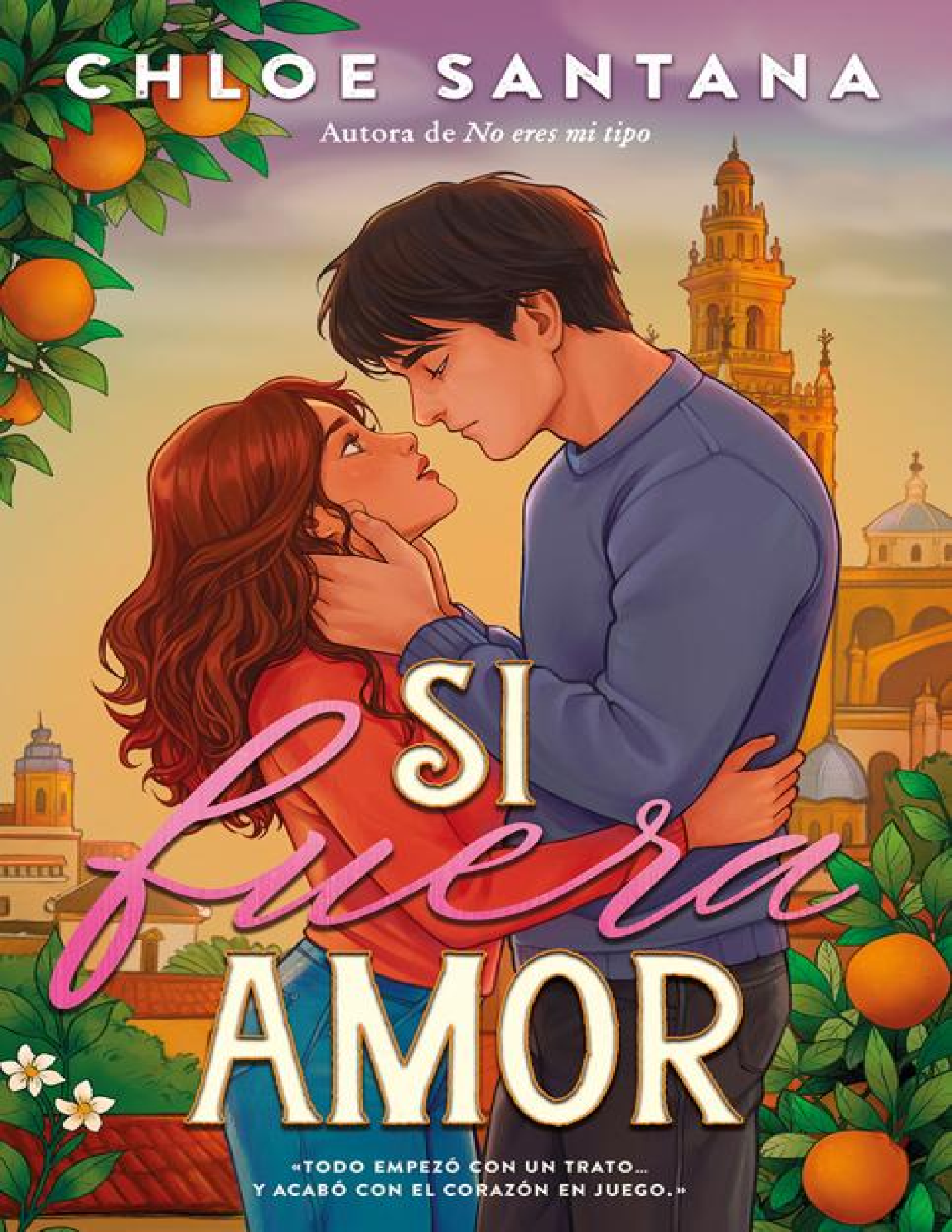
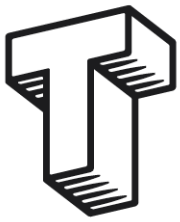

CHLOE SANTANA
Autora de *No eres mi tipo*
SI
fuera
AMOR
«TODO EMPEZÓ CON UN TRATO...
Y ACABÓ CON EL CORAZÓN EN JUEGO.»

SI *fuera* AMOR

CHLOE SANTANA



Si fuera AMOR



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición: octubre 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2025 *by* Chloe Santana
All Rights Reserved
AUTORA representada por EDITABUNDO, S.L., Agencia Literaria
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 979-13-87750-37-4

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

A Rosa, mi melli. Gracias por hacer que la vida brille más a tu lado. Y a quienes encuentran refugio en las historias de amor, creen en los finales felices y sueñan con el suyo: merecéis ser la prioridad de alguien, no lo olvidéis nunca. Y, sobre todo, no os conforméis con menos.

¿Cómo me he metido en este lío?

Vamos, Georgi. Tú puedes. No será tan horrible. No elegiste nacer pobre. No naciste en Los Remedios ni tienes un ático en Triana. Necesitas el dinero. Es un trabajo raro, pero de algo hay que vivir. Solo eres una veinteañera con muy mala suerte. La gente desesperada comete locuras. Ya sabes lo que dicen: si la vida te da limones…

Ay, Dios, no puedo. ¡Me va a dar algo!

¿Iré al infierno por esto?

Hola, soy Georgina —Georgi para los amigos—, hablo sola cuando me pongo nerviosa y, sí, justo en este momento estoy a punto de entrar en crisis. Tomo aire para calmarme, pero sigo plantada como una mema frente a la puerta de la cafetería. En la acera de enfrente, una anciana vestida con un abrigo amarillo y un sombrero con estampado de flores no me quita ojo. Mi nueva jefa es rara de narices. No quiero cagarla en mi primer día, así que le enseño el pulgar para demostrarle que todo va bien.

¿A quién demonios quieres engañar? ¡Estás a punto de desmayarte!

La anciana me hace señas para que entre de una vez. Estoy sudando pese a que estamos a principios de enero y hace un frío que pela. Vaya forma de empezar el año.

Me obligo a recordar el consejo de mis amigos: «Haz el trabajo, trinca la pasta y lárgate. Son tres mil euros, Georgi. Tienes un préstamo y un montón de facturas. No puedes ponerte exquisita».

Respiro hondo, enderezo la espalda y empujo la puerta.

Allá vamos…

Busco con la mirada al hombre desagradable y horrible que estoy convencida de que voy a encontrarme. Mi jefa me ha dicho que viste un jersey azul marino y pantalones grises y que está al fondo, en la mesa junto a la ventana, probablemente leyendo un libro. Hay un grupo de chavales de pie en mitad de la sala, por lo que no puedo ver a mi cliente. ¿Debería llamarlo así? Ni idea.

Debo ceñirme al plan, pero primero quiero echarle un vistazo y saber a qué me enfrento. Me muevo hacia la izquierda mientras finjo observar un cuadro de Frida Kahlo.

Tengo el estómago más revuelto que una lavadora en pleno ciclo de centrifugado. Todavía puedo echarme atrás, ¿no? Ella lo entenderá.

Pienso en la octogenaria de amarillo que me espera fuera; no quiero disgustarla. Hace un rato ha insinuado que está delicada de salud. Creo que lo ha dicho para presionarme, pero vete a saber. ¿Y si le da un síncope por mi culpa? No me lo perdonaría. Es una señora mayor tan extravagante como adorable; huele a masa de galletas y es muy simpática. Me recuerda a mi abuela.

Me muerdo el labio, me rasco la nuca y giro la cabeza en busca del susodicho. Asumo que voy a encontrarme con un tipo grotesco; un orco de Mordor, mínimo. En realidad, me da igual. El aspecto de mi «cliente» es lo de menos. Me conformo con que no intente meterme mano y sea educado. Seguiré las instrucciones de mi jefa, cogeré la pasta y me olvidaré de este día tan…

¡Joder!

Pestañeo varias veces, preguntándome si la mente me está jugando una mala pasada. Pero solo hay un tipo con jersey azul marino y pantalones grises, sentado junto a la ventana, leyendo un libro.

Trago saliva.

Si digo que ha superado todas mis expectativas, me quedo corta.

No es horrible. Ni tiene pinta de pirado. Parece normal. Y está… buenísimo.

Te recuerdo que no estás aquí para ligar.

Acallo la molesta vocecita porque, siendo sincera, no creo que evaluar a mi «cliente» sea un pecado. Tengo ojos en la cara. No es un delito usarlos.

Los dioses de la genética se han esmerado con él. Tiene el cabello negro azabache que le cae desordenado sobre la frente, y los bíceps se le marcan bajo el jersey ajustado. Aunque está sentado y no puedo ver lo alto que es, desde aquí parece enorme e intimidante. Ni siquiera necesito ver su cara para saber que es guapo. Desprende ese aire varonil —de macho alfa— que, sin querer, acaba protagonizando un *tiktok* viral mientras rescata a un gatito de un árbol. Las risitas coquetas de las adolescentes de la mesa contigua me confirman lo que ya sospechaba: está como un tren.

Me doy la vuelta justo cuando levanta la cabeza del libro y mira en mi dirección, como si se hubiera dado cuenta de que alguien lo observa; las mejillas me arden de la vergüenza. No es para nada lo que esperaba. ¡Se suponía que debía ser feo! ¿Por qué parece recién salido de un anuncio de calzoncillos de Dolce & Gabbana?

Ahora es cuando deberías salir corriendo, Georgi.

Sin embargo, en lugar de hacer caso a mi sabia voz interior, me dirijo al mostrador y pido un capuchino. Ni siquiera me gusta el café.

Genial, acabo de sufrir un orgasmo cerebral que ha frito las pocas neuronas que me quedaban. Sé que la situación está fuera de control cuando decido seguir al pie de la letra el plan de mi jefa, a pesar de

que mi «cliente» no es para nada lo que esperaba.

Me convenzo de que solo es trabajo y de que no tiene la menor importancia. Acataré las instrucciones, cogeré el dinero y no volveré a ver a ese Adonis de pelo negro por el que no siento ni una pizca de atracción. Es pan comido; un regalo caído del cielo. Soy una adulta práctica a la que le gusta estar soltera y hace lo que puede para llegar a fin de mes. No voy a hacerme ilusiones con el nieto de mi jefa. En serio.

No me juzgues, ¿vale? Las buenas chicas también cometemos errores.



1

Mi vida es un desastre con sabor a fresa

Hace cinco días…

—¿Qué tal una mariposa? —sugiero esperanzada. La niña resopla, pero no me doy por vencida. Cualquiera que me conozca un poco sabe que nunca me rindo con los críos, aunque me haya tocado la más exigente del cumple—. ¡A todo el mundo le encantan las mariposas! Son preciosas y las hay de muchos colores. Además, algunas hacen viajes increíbles. La mariposa monarca, por ejemplo, vuela miles de kilómetros desde Canadá hasta México. ¡Y pesa menos de un gramo! —añado con entusiasmo.

La niña se limita a mascar chicle mientras me observa con desinterés. No me lo tomo como algo personal; captar la atención de una generación que no sabe jugar al parchís y se aburre con un *tiktok*

de más de quince segundos es todo un reto. Y esta niña, en particular, es de las difíciles. Detrás de ella hay una cola de siete críos impacientes. Hace cinco minutos he atendido a un niño que me ha chocado los cinco después de maquillarlo de tigre, pero esta princesa es un caso aparte. A mi lado, Borja está terminando de retocar a un Spiderman de seis años.

—¿Sabías que si una mariposa revolotea a tu alrededor significa que vas a tener buena suerte? —insisto sin dejar de sonreír—. En algunas culturas…

—Odio los bichos —me interrumpe. Doy un respingo cuando escupe el chicle, que aterriza a medio centímetro de mi zapatilla—. ¡No quiero ser algo pequeño y repugnante!

Borja nos mira de reojo y sacude la cabeza con incredulidad. Levanto la mano con disimulo para que no intervenga. No puedo perder la compostura. Hay niños más complicados que otros; algunos tienen una preadolescencia prematura. No importa, ¡me encanta mi trabajo!

—¿Y qué quieres ser, tesoro? —utilizo mi tono más dulce.

La niña, que no tendrá más de nueve años, se aparta el pelo de la frente con un gesto presumido y levanta la barbilla. Vaya, de mayor será toda una diva.

—Maddy Pérez.

—¿Quién?

Conozco todas las series infantiles del momento y no tengo ni idea de quién es la tal Maddy. ¿Será un personaje nuevo de *Ladybug*? Debo actualizar mi suscripción a Disney Plus si no quiero quedarme obsoleta.

—Es una de las protas de *Euphoria* —me chiva Borja.

¿Qué demonios es *Euphoria*?

Cuando termina con Spiderman, saca su móvil y me enseña una foto de la susodicha. Maddy Pérez resulta ser una animadora con ropa ajustada, ojos delineados y aspecto de malota, que mantiene una relación tóxica con un tal Nate, quien le saca cinco cabezas y tiene pinta de haber terminado el instituto hace seis veranos. Me da un ataque de tos. ¿En qué momento los niños se han vuelto tan precoces? A su edad, yo jugaba con las Barbies o saltaba a la comba, no veía series de adolescentes protagonizadas por veinteañeras atractivas que van con tacones al instituto.

—Dora, la exploradora, mola más —cambio de tema—. ¡Hasta le han hecho una peli!

La niña resopla y se cuela delante del crío que Borja iba a maquillar. Vaya, acaba de pasar de mí. Ahora sí que empiezo a tomármelo como algo personal. ¿Qué le echan al Colacao de los críos de hoy en día?

Mi compañero se encoge de hombros y me lanza una mirada de «yo me encargo». Al final, la niña se sale con la suya mientras yo maquillo a un adorable panda que no deja de quejarse de sus aburridas clases de piano. Según él, ya les dijo a sus padres que prefiere el fútbol porque de mayor quiere ser como Cristiano Ronaldo. Le pregunto si le gusta Cristiano porque es un gran delantero, y el niño me mira como si fuera lerda y me suelta que lo que de verdad le importa es ganar mucho dinero para comprarse un yate y ligar con un montón de titis (sí, ha dicho «titis»); los niños nunca dejarán de sorprenderme.

Cuando termino el pintacaras, estoy exhausta.

—Odio este trabajo —se queja Borja—. Malditos Gremlins, no los soporto.

—Pensaba que querías ser padre.

—Menos mal que este curro mal pagado me ha abierto los ojos. Esas pequeñas sabandijas parecen inofensivas cuando nacen, pero luego te chupan la juventud, te exigen el último iPhone y, cuando más los necesitas, te mandan de una patada al asilo para fundirse tu herencia. No, gracias. Soy un orgulloso *childfree*.

Se me escapa una risita nerviosa; no puedo creer que piense tal salvajada. A ver, no tengo nada en contra de quienes deciden no tener hijos y me parece una decisión muy respetable. Además, solo lleva dos meses en la agencia y es verdad que el sueldo es una mierda, pero la mayoría de los críos son monísimos; algunos te abrazan o te regalan sonrisas melladas que te llegan directas al corazón.

—Solo son niños. Seguro que nosotros también habríamos perdido la inocencia si nos hubiésemos criado pegados a la pantalla de un móvil.

—No entiendo por qué te gustan tanto. —Me mira como si fuera una extraterrestre—. A mí me encantaban, hasta que empecé a currar como animador infantil. En serio, les estoy cogiendo alergia. Sé de lo que hablo. Tengo intolerancia a la lactosa, pero prefiero atiborrarme a yogur y pasar un mes con cagaleras antes que criar a uno de esos parásitos malcriados y maleducados. ¿Los oyes? No paran de berrear. No me extraña que la mayoría de la gente prefiera adoptar un perro.

Estoy a punto de caerme de la silla.

—Venga, Borja. Me encantan los perros. De hecho, adoptaría uno si mi compi de piso no fuera alérgico. Pero los niños son…

—¡Demonios! —me interrumpe justo cuando iba a decir que son seres inocentes y puros—. Este verano mi novia y yo iremos a uno de esos resorts de lujo en los que no admiten mocosos. ¡Ese es el

verdadero paraíso, Georgina! ¿Por qué crees que se han puesto de moda ese tipo de hoteles?

—Porque la sociedad cada vez tiene menos tolerancia a la infancia y…

—No veo la hora de tomar el sol sin preocuparme de que un niño me salpique al tirarse a la piscina. Dios, ¿por qué tuve que nacer pobre? —Levanta la cabeza para buscar una explicación divina—. ¿Te importa encargarte de la siguiente actividad? Necesito fumar. Si vuelvo a escuchar a otra niña cantar la banda sonora de Frozen, te juro que me pego un tiro.

Lo miro alarmada. No quiero acabar traumatizada por el suicidio de mi compañero de curro, así que será mejor que desaparezca antes de que ocurra una tragedia. Pobrecito, está muy estresado. Al fin y al cabo, este trabajo no es para todo el mundo. De hecho, creo que voy a pedirle a mi jefe un aumento de sueldo. No valora la pasión que pongo en este empleo.

—Tranquilo, tómate un descanso.

Borja se marcha a toda prisa. La semana pasada me confesó que solo había aceptado el trabajo porque no le salía nada mejor. Entiendo que algunos críos son un pelín repelentes, pero sigo pensando que nuestro deber como animadores infantiles es ser lo más profesionales posibles.

Voy a la cocina a preguntarle a la madre dónde prefiere que hagamos la carrera de relevos con globos, ya que hace demasiado viento en el jardín. Estamos en Heliópolis, una de las zonas más pijas de la ciudad, rodeados de chalets con jardines impecables y naranjos perfectamente alineados. El viento hace que algunas flores de azahar caigan al suelo, llenando el aire con su perfume dulce. Pero, en lugar de encontrarme con ella, me doy de bruces con un hombre cuyo

rostro me resulta familiar.

—Ahora tocan los globos, ¿no?

Lo observo con los ojos entornados. Tengo mala memoria para las caras, pero sé que me suena de algo. Estoy convencida de que debería recordarlo.

—Corazón, te he hecho una pregunta.

«¡Corazón!».

La verdad me revuelve el estómago. Claro que conozco a este imbécil: es el tipo que engañó a mi mejor amiga. Le hizo un montón de promesas para que se enamorase de él hasta las trancas, y luego descubrió que el muy sinvergüenza estaba casado y tenía un hijo. Cuando se lo recriminó, él la bloqueó y se esfumó sin dejar rastro. Dani se quedó hecha polvo. Le prometí que, si algún día me cruzaba con aquel canalla, le cantaría las cuarenta. Ya han pasado más de ocho meses, pero una mujer nunca olvida al hombre que le partió el corazón a su amiga. Es una ley universal del feminismo.

—¡Eres tú!

—Sí, soy yo. —Esboza una sonrisa engreída y saca pecho. Se pasa una mano por la mata de pelo canoso—. El padre del cumpleañero. ¿A que no aparento ser el padre de un niño de ocho años? Estoy en forma porque hago *crossfit*. Todas me echan menos de cuarenta.

Me guiña un ojo.

—¡El tipo que engañó a Daniela! —exclamo indignada. A él se le borra la sonrisa de golpe—. Me enseñó una foto tuya. Me he acordado cuando me has llamado «corazón». A ella le decías lo mismo. ¿Cómo puedes ser tan…?

Me agarra del codo y me arrastra hasta la despensa. Cierra la puerta y enciende la luz antes de que pueda protestar. Tengo las mejillas encendidas de indignación. Mi amiga pasó dos semanas

llorando en la cama por culpa de este idiota, y ni siquiera pudo plantarle cara porque él desapareció del mapa. Es un mentiroso y un caradura. Alguien debe darle un escarmiento. Por desgracia, no puedo insultarlo porque me tapa la boca con una mano.

—Fue un error —dice con evidente desesperación. Intento zafarme, pero me ha inmovilizado contra la puerta y es más fuerte que yo—. He cambiado, ¿vale? No puedes joderme la vida solo porque tu amiguita me engatusó con su juventud. ¿Qué quieres que te diga? Estoy en plena crisis de los cuarenta, y Dani es un bombón. Por aquella época mi mujer era muy distante, pero ahora estamos mejor que nunca. Me di cuenta de que la amo. Si le cuentas la verdad, vas a destrozarla. Es muy sensible. No querrás hacerle daño…

Le lanzo una mirada asesina y me revuelvo como una fiera, pero no me suelta. ¡Esto es el colmo! Ni siquiera muestra un ápice de arrepentimiento. ¿Cómo se atreve a justificarse? Incluso tiene la poca vergüenza de culpar a mi amiga. Necesito que me suelte para darle una paliza. Ojalá hubiera asistido a aquellas clases de defensa personal que me regaló Víctor, en lugar de quedarme en el sofá haciendo maratón de *Friends*.

—Puedo comprar tu silencio. —A estas alturas me está mirando con una mezcla de pánico y locura—. Soy cirujano plástico. Me sobra el dinero. ¿Cuánto quieres? Seguro que no te pagan mucho por inflar globos y disfrazarte de payasa.

Intento morderlo. Él enarca las cejas, sorprendido. Me repasa de arriba abajo con una mirada lenta que me pone los vellos de punta, hasta que vuelve a abrir la boca:

—¿Quieres un aumento de pecho gratis? No estás muy bien dotada. Lo ideal para tu estatura y complexión sería una talla

noventa y cinco. —Me retuerzo con tanta furia que consigo que retroceda un par de centímetros. Suspira hondo, observándome con impotencia—. De acuerdo, te diré lo que vamos a hacer. Voy a quitarte la mano de la boca y no vas a gritar. Luego hablaremos como dos personas civilizadas, ¿entendido?

Asiento, muy seria. En cuanto aparte la mano, le demostraré lo «civilizada» que puedo ser cuando se trata del imbécil que engañó a mi amiga y acaba de sugerir que necesito operarme las tetas. A lo mejor le arreglo el cerebro de un buen puñetazo.

—Eres un…

No me da tiempo a decir nada más, pues la puerta se abre de golpe. La sorpresa me desequilibra y caigo de espaldas, como en cámara lenta. Aterrizo de culo. No me doy un golpe en la cabeza con el borde de la mesa por puro milagro. Una mujer visiblemente consternada me fulmina con la mirada.

Genial. Ahora sí que estamos todos.

—¿Estabas enrollándote con mi marido en la despensa? —pregunta horrorizada.

—¡No! —Me pongo de pie a toda prisa—. ¡Él me ha encerrado!

—Está loca, cariño. —El muy cínico la rodea con un brazo, como si quisiera protegerla de mí—. Esta chiflada no ha parado de acosarme desde que llegó. Menos mal que has abierto la puerta justo a tiempo. ¡Ha intentado besarme! ¡Quería abusar de mí!

La mujer se queda confundida. Lo reconozco; a mí también me ha dejado perpleja. Luego se aparta del sinvergüenza y levanta los brazos para que no se acerque.

—No me mientas, Sebastián. —Me señala con un dedo y doy un respingo—. ¡Es tu tipo! Mucho más joven que tú… ¡Tanto que podría ser tu hija! ¿Cómo puedes hacerme esto en el cumpleaños de Guille?

—¿Mi hija? —El susodicho se sobresalta como si acabasen de insultarlo—. Ni ella es tan joven ni yo soy tan viejo. A ver, ¿qué edad tienes? No, espera. ¿Cuántos años me echas? Sé sincera.

Tardo unos segundos en comprender que está hablando conmigo. Lo de este tipo no es normal.

—Yo… —balbuceo, aún sin palabras.

—¡Eres una mala persona! —me grita su esposa, que está al borde de las lágrimas—. ¿Qué clase de mujer intenta besar al marido de otra en el cumpleaños de su hijo?

Retrocedo asustada cuando se le dilatan las aletas de la nariz. No sé cómo me he convertido en la mala de esta historia, pero tengo clarísimo que voy a aclarar este malentendido.

—Oiga, que yo jamás tendría algo con ese esperpento —replico acalorada—. ¡Fue él quien me encerró en la despensa cuando lo reconocí!

—¿Cómo que lo reconociste? —inquiere más desconcertada que antes.

—¡No la escuches! —brama su marido—. ¡Está loca! ¡Llama a la policía!

—¡Serás cerdo! ¡Mentiroso! —le grito fuera de mí—. Deberías haberle dicho a mi amiga que estabas casado cuando ligaste con ella en aquel *pub*. De haberlo sabido, Dani jamás habría tenido algo contigo. ¡Hasta te quitaste la alianza!

—Sebastián… —solloza su mujer.

—¡Estarás contenta, chivata! ¡Mira lo que has hecho! —me reprocha el caradura.

Su esposa intenta abofetearlo, pero él es más rápido y se esconde detrás de mí. Consigo esquivar el golpe por los pelos. De repente, estoy en mitad de un matrimonio en plena crisis. Ella lo insulta

mientras él me culpa de todo y me utiliza como escudo. Al cabo de unos minutos, tenemos público. Algunos padres y madres han venido a cotillear, pero eso no disuade a Sebastián ni a su mujer de dar el espectáculo.

—¡Te odio! —La mujer rompe a llorar—. ¡Me has robado los mejores años de mi vida!

Borja está en el umbral de la puerta. Contempla la escena con estupor, al igual que el resto de los invitados. Me lanza una mirada en busca de una explicación, pero estoy ocupada intentando huir. Sebastián sigue escondido detrás de mí mientras su mujer le lanza todos los objetos que hay en la encimera. Cuando un salero me roza la mejilla, pierdo la paciencia. Esto es el colmo. Se acabó. No tengo la culpa de los problemas conyugales de este par de chiflados.

Empujo a Sebastián para quitármelo de encima, pero él me atrapa por el codo para volver a ponerme delante de su mujer, que parece un *pitbull* hambriento al que le han quitado un trozo de carne. Desesperada por escapar, busco algo a lo que agarrarme. Por desgracia, mi mano encuentra el mantel de la mesa en la que hay una enorme tarta de tres pisos.

El desastre es inevitable.

La tarta acaba en el suelo. La mujer pega un grito desgarrador. Sebastián me suelta, pierdo el equilibrio y aterrizo de boca sobre pastel. Se hace el silencio. Tengo la cara cubierta de nata. No puedo ver nada. Me limpio con la manga del jersey, me pongo de pie sin que nadie me ayude y me encuentro de frente con Guille, el cumpleañero.

Mierda.

Tierra, trágame.

No me hice animadora infantil para esto.

Pobre crío…

—¡Sorpresa! —exclamo para salir del paso con los brazos extendidos—. ¿A que ha sido un número espectacular?

Guille me mira con el ceño fruncido. Sus padres han dejado de pelearse y están pálidos. Todos los ojos están puestos en mí. Así que hago lo único que se me ocurre para salvar la situación. Me llevo un dedo a la frente manchada de tarta y lo pruebo.

—Mmm, es de fresa, ¡mi favorita!

Entonces se desata el caos.



2

Si quieres, te lo deletreo

Aprieto el móvil contra la oreja mientras intento no perder los nervios.

—¡Solo te pido que me escuches! —le suplico por enésima vez.

—No, Georgina —responde mi jefe con tono duro—. Estoy cansado de tus meteduras de pata. Te perdoné la vez que discutiste con la madre de aquel niño, pero esto es inaceptable.

—¡Le dio una bofetada! —Bajo la voz cuando noto que la señora mayor sentada enfrente me mira con curiosidad—. El maltrato infantil es un delito, Paco.

—¿Sabes cuál es tu problema? —Ni siquiera me deja responder—. Eres una metomentodo insufrible. Vas por ahí con tu sonrisa de niña buena, pero en el fondo no puedes evitar meterte en los problemas de los demás porque te encanta sentirte moralmente superior. Como aquella vez que amenazaste con denunciarme a la Seguridad Social

si no readmitía a Eloísa por haber faltado cuatro días al trabajo.

—Tenía la gripe —la defiendo—. Las personas enfermamos de vez en cuando, Paco. Los empleados no somos máquinas.

—Ah, ¡no lo niegas! —exclama, más furioso aún—. ¡Sabía que habías sido tú!

Se refiere al *e-mail* anónimo que le envíe. No me arrepiento de haber ayudado a mi compañera. Otra cosa es que negase ser la responsable.

—No cambies de tema, jefe. Estábamos hablando…

—… de que te has liado con un cliente y luego le has contado una historia absurda a su mujer.

—¡Eso no es lo que ha pasado! —replico indignada. La señora mayor me mira con creciente interés, al igual que algunos de los pasajeros del vagón. Me da igual. Estoy alterada y la impotencia me consume. No puedo creer que ese cerdo infiel haya conseguido que todos piensen que me he enrollado con él en la despensa de su casa. Incluso Borja me ha mirado mal cuando me han echado del cumple —. Ese tipo conoció a mi amiga en un *pub*, le dijo que estaba soltero y la engañó durante meses —le cuento toda la historia para que se ponga en mi piel—. ¿Por quién me tomas, Paco? ¡Jamás me liaría con un hombre casado!

—Dios santo, Georgina. —Su voz suena cansada, como si hablar conmigo le resultara agotador—. Lo peor es que creo que dices la verdad. Es la clase de situación rocambolesca en la que solo tú podrías estar metida.

—¡Pues claro que he sido sincera! —exclamo aliviada—. Menos mal que me crees. No te imaginas el mal rato que he pasado cuando me han echado del cumple.

—No hace falta que vengas a recoger tu finiquito. Te haré una

transferencia.

Me quedo sin aire. Menos mal que estoy sentada, o me habría derrumbado. La señora mayor me mira ahora con más preocupación que curiosidad.

Trago el nudo que tengo en la garganta y hago un gran esfuerzo por encontrar las palabras. Lo que de verdad quiero decirle a mi jefe es que es un desagradecido. Me he partido el lomo en este trabajo, he echado horas extras sin ver un duro a cambio y soy un encanto con los niños. ¡No me lo merezco! Sin embargo, estoy tan aturdida que solo consigo balbucear:

—No entiendo…

—Si quieres, te lo deletreo: estás despedida.

—¡No puedes despedirme! ¡No es justo! —protesto indignada—. Soy una buena trabajadora. Ni siquiera me quejé cuando no me diste de alta y…

Ha colgado.

Observo la pantalla con impotencia. Ojalá le salgan hemorroides. Tengo que contenerme para no estrellar el móvil contra el suelo; lo que sería una tontería ahora que no tengo curro y no puedo comprar otro. De hecho, hace unos segundos, cuando aún tenía un empleo mal pagado, tampoco podía permitirme ningún lujo.

Suspiro y me hundo en el asiento. No sé qué voy a hacer con mi vida. Si antes apenas llegaba a fin de mes, ¿cómo voy a pagar las facturas ahora? Debería trazar un plan en lugar de compadecerme… He superado cosas peores, solo es otro bache en el camino. Saldré adelante. Siempre lo hago.

De pronto, me percato de que una mujer embarazada está de pie, agarrada al pasamanos. Hay un montón de personas jóvenes sentadas, pero nadie le ha cedido el asiento. Me levanto y le

pregunto si quiere sentarse. La mujer asiente, aliviada.

—Gracias.

—No hay de qué. —Miro su enorme barriga con un pellizco de añoranza—. ¿De cuánto estás?

La mujer se acaricia la tripa.

—Treinta y dos semanas.

—Qué bien. ¡Te queda poco!

—Estoy algo asustada —me confiesa.

—Seguro que todo saldrá genial. —Le guiño un ojo, aunque lo único que me apetece es meterme en la cama y devorar una tarrina gigante de helado de vainilla y nueces de macadamia—. Esta es mi parada. Adiós, ¡qué tengas un buen día!

La mujer me desea lo mismo. Por desgracia, el mío no puede ir a mejor. Estoy en el paro, tengo un montón de deudas y un saldo de dos cifras en la cuenta bancaria.

Soy un desastre.

Una fracasada.

Salgo del vagón con el ánimo por los suelos. Apenas he dado un par de pasos cuando alguien me toca el hombro. Me doy la vuelta y me encuentro con la señora mayor que estaba sentada justo enfrente de mí. Viste de forma bastante extravagante: un largo vestido vaporoso verde menta, una americana de rayas multicolores y unas botas de agua celestes. Lleva el cabello blanco recogido en una coleta alta. No sé cómo se las apaña para conjuntar tantos colores sin parecer hortera, yo sería incapaz. Por su figura estilizada, no le echaría más de cincuenta años, pero su rostro es el de una octogenaria que acepta el paso del tiempo con elegancia.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunto por cortesía.

—En realidad, sí —responde con energía—. Tengo un negocio que

proponerte, jovencita.

Frunzo el ceño y doy un paso atrás. No suelo desconfiar de las ancianas, pero en el metro me he tropezado con varias personas que intentaron timarme. Recuerdo lo que me dijo mi abuela cuando era niña: «Nunca te fíes de un desconocido que te ofrece algo».

—No, gracias. No tomo drogas.

La señora me mira perpleja durante unos segundos. Luego suelta una carcajada que me toma desprevenida. Se le humedecen los ojos por culpa de la risa y se quita las gafas para limpiarlas con un pañuelo de tela que saca de su bolso. Luego vuelve a colocárselas y me mira con mucho interés, sin una pizca de disimulo, al igual que hizo en el vagón mientras hablaba con mi exjefe.

—No soy traficante de drogas, querida —me tranquiliza—. Dori se morirá de risa cuando se lo cuente.

—¿Quién es Dori? —pregunto con suspicacia. Me caen bien las personas mayores, pero esta señora es muy rara.

—Mi mejor amiga. Le encantan las buenas anécdotas. Como te he dicho, tengo un negocio que proponerte. Y no tiene nada que ver con el tráfico de estupefacientes. —Se cuelga de mi brazo, como si nos conociéramos de toda la vida—. ¿Te apetece tomar un té?

—Pues…

—¡Estupendo!

—No he dicho que…

—Tranquila, sé que has tenido un día difícil. —Me sonríe con una ternura que me desconcierta—. Pero tu suerte está a punto de cambiar.

—Tengo algo de prisa…

—Hay una cafetería que sirve unas pastas deliciosas a un corto paseo a pie. —Me conduce escaleras arriba—. ¿Cómo te llamas,

querida?

—Georgina —respondo apurada. Busco con la mirada al vigilante del metro. ¿Pensará que estoy loca si le digo que una anciana de aspecto inofensivo intenta secuestrarme? —. Como le he dicho, no puedo tomarme ese té porque…

—Soy Elvira. —Me sonríe con tanta dulzura que me desarma; no puedo negarle un té a esta señora. La verdad es que siento debilidad por las personas mayores—. Estoy segura de que vamos a ser grandes amigas.

Si creía que el día no podía depararme más sorpresas, me equivocaba.



3

Una oferta laboral poco ortodoxa

Estamos en La Crème de La Crème, una coqueta cafetería francesa situada en la Plaza de la Encarnación, junto a las Setas. Me caliento las manos en la taza de té mientras observo a Elvira con una mezcla de recelo y tímida curiosidad. No sé qué quiere de mí. Llevamos quince minutos aquí. No ha parado de hablar, pero no ha dicho ni una palabra del supuesto negocio. Ahora sé que es viuda, que tiene un hijo, que a su mejor amiga la dejó su marido por una profesora de yoga veinte años más joven y que ambas le pincharon las ruedas del coche para darle una lección (al marido, no a la profesora). A lo mejor es la típica persona mayor que se siente sola y solo busca una excusa para acercarse a alguien. Puedo soportarlo. Todavía no quiero regresar a casa, o de lo contrario tendré que contarles a mis amigos que han vuelto a despedirme. Además, Elvira parece maja. Me recuerda a mi abuela. Al pensar en ella, me invade la tristeza.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada—. Te has puesto pálida.

—Sigo digiriendo que me han despedido.

—Ah, eso. —Asiente pensativa. Luego me dedica una mirada cómplice que no termino de entender. Esta mujer es un misterio—. No he podido evitar escuchar tu conversación telefónica. Pensarás que soy una cotilla, pero hablabas muy alto y parecías bastante alterada.

Me pongo roja como un tomate; no hace falta que me lo recuerde.

—Por eso tengo la impresión de que el destino nos ha reunido. —Entrelaza nuestras manos y el corazón me da un vuelco. Creo que no estoy preparada para escuchar lo que va a decir—. Llevo mucho tiempo buscando a la chica perfecta. He hecho varias entrevistas, pero todas las candidatas eran unas aprovechadas a las que solo les interesaba el dinero. No eran de fiar.

—De fiar… —repito, incrédula.

—Ajá —murmura disgustada—. Puse un anuncio en Internet con un nombre falso; ya sabes, para que ningún conocido me descubriese. No esperaba que se presentasen tantas candidatas. Estaba muy esperanzada, pero todas me decepcionaron. Es evidente que me tomaron por una vieja chiflada. ¡Creían que podían engañarme y coger el dinero! No tengo un pelo de tonta. ¿Por qué la gente trata a los ancianos como si fuéramos críos en lugar de adultos con mucha experiencia?

Le da un sorbo al té y se coloca bien las gafas. Solo tengo una cosa clara: Elvira no es la clase de abuelita inocente a la que se puede pisotear.

—Disculpe, Elvira, pero no entiendo nada.

—Ah, sí. —Suelta una risita—. Tengo buen ojo para la gente. Nada más verte, supe que hay algo especial en ti. Pareces una chica con

buen corazón que ha tenido mala suerte. Eres justo lo que andaba buscando.

—¿Para qué?

—Es un trabajo poco convencional. —Le da otro sorbo al té—. Después del fracaso del anuncio, pensé en contratar a una actriz, pero en realidad solo necesito la ayuda de una buena persona… Alguien a quien acaban de despedir de manera injusta, cede su asiento a una embarazada y acepta tomar un té con una completa desconocida, por ejemplo. Y esa eres tú, Georgina.

—Estoy un poco perdida.

—Oh, sí. Debería ir al grano. —Me sonríe con dulzura—. Tengo buen ojo para la gente. ¡Y he tenido un flechazo contigo! Tienes un corazón noble. Eres exactamente lo que necesito.

—No soy una buena persona por haber hecho lo correc…

Me interrumpe con un gesto de mano, así que cierro la boca. Me sabe mal llevarle la contraria a una persona mayor.

—Mi nieto está pasando por una mala racha. Es un chico educado y gentil. Pero, por desgracia, está deprimido y es incapaz de admitir que tiene un problema. Ya sabes cómo son los hombres, querida. Por suerte para él, soy la clase de abuela que no puede mirar para otro lado, aunque nunca me haya pedido ayuda. —Me guiña un ojo. No tengo ni idea de qué tiene que ver su nieto en todo esto—. Solo quiero que una buena chica lo ayude a salir de su burbuja. Se ha convertido en un ermitaño. Sin embargo, si conociera a la persona adecuada…

—Ay, no —respondo con un hilo de voz—. No me estará pidiendo que…

—Es un buen chico —insiste sin perder la sonrisa—. Te caerá bien.

—¡No soy una señorita de compañía! —exclamo, sonrojada de

indignación—. ¿Por quién me toma?

Elvira le da un bocado a la pasta; ni siquiera se ha inmutado. Menos mal que parecía un angelito. Ya ni siquiera te puedes fiar de una adorable anciana… Vaya tela.

—Cálmate, querida. No te pido que te acuestes con él.

—Pues lo parecía… —Bajo la voz—. Sé que le he dado la impresión de estar desesperada, pero hay límites que no estoy dispuesta a cruzar.

—Perdóname, cielo. No pretendía ofenderte. —Su expresión es tan compungida que soy incapaz de enfadarme con ella—. Sigo pensando que eres la persona perfecta para este trabajo. Mi adorado Oli necesita una amiga, te suplico que le des una oportunidad. Te caerá bien cuando lo conozcas. Pareces llena de vida y tengo la impresión de que sientes debilidad por las causas perdidas como él. Te aseguro que mi queridísimo nieto necesita un empujoncito para salir de su caparazón. Claro está, te pagaría por tu servicio. ¿O acaso no necesitas un empleo?

La miro con los ojos entornados. No puedo creer que me ofrezca dinero a cambio de hacerme amiga de su nieto. Aquí hay gato encerrado. Me imagino que el susodicho es un hombre de cincuenta años que vive con su madre, tiene agorafobia y es adicto al porno. No, gracias.

Puede que haya dado en el clavo con lo de que siento debilidad por las causas perdidas, pero tampoco soy una suicida. En fin, tendré que robarle los yogures a Víctor y echarle la culpa a Dani para no morir de inanición. Supongo que hay cosas peores.

Elvira coge una servilleta, saca un bolígrafo de su bolso y escribe algo. Luego me la entrega. Abro mucho los ojos. Miro de nuevo la cifra. Pestañeo varias veces.

—¿Tres mil euros? —pregunto con voz estrangulada—. ¿Por hacerme amiga de tu nieto?

Por esa cantidad te haces amiga del nieto, del perro y hasta le desatascas las cañerías si hace falta.

Dios mío, qué mala es la desesperación.

—Es el adelanto, querida. —Vuelve a escribir una cifra que supera con creces mi sueldo anual como animadora infantil—. Esta es la cantidad que te pagaré al final del trabajo. Calculo que solo serán un par de meses, lo justo para que espabile. Luego ya nos inventaremos que tienes que mudarte por trabajo o algo, y la relación se enfriará de manera natural.

—Todo este dineral por ser amiga de su nieto durante unos meses… —repito en voz baja—. ¿Y seguro que, cuando dice «amiga», no se refiere a… acostarme con él?

—Pensaba que los jóvenes de hoy en día erais más modernos. ¿Acaso no crees en la amistad entre un hombre y una mujer?

Y tanto que sí. Víctor es mi mejor amigo y nunca ha habido nada remotamente sexual entre nosotros, pero su abuela no me ha pagado nunca ni un céntimo.

—Esto es muy raro. —Me pongo de pie. Ya he escuchado suficiente —. Es halagador que haya pensado en mí, pero no puedo aceptar el dinero. No me parece bien engañar a su nieto. No me sentiría cómoda haciendo algo así.

Elvira no disimula su decepción.

—Al menos guarda mi número. —Me entrega un papel—. Por si cambias de idea.

—No va a suceder. Lo siento, Elvira.

—Ha sido un placer conocerte, Georgina. —Ella también se levanta y me da un abrazo que me descubre con la guardia baja. Huele a

masa de galletas y agua de rosas—. Eres una chica muy especial.

Salgo mareada de la cafetería. Me lo merezco por haber aceptado tomar algo con una desconocida. A ver, reconozco que el dinero me vendría de maravilla porque mi exjefe nunca me dio de alta, por lo que no puedo cobrar el paro. Además, no tengo ahorros, pero sí deudas a montones, y no quiero pedir dinero prestado a mis amigos. No soy idiota, estoy en apuros. No obstante, tengo el suficiente sentido común para saber que el negocio que me ha propuesto Elvira es una completa locura.

Vale, estoy perdida. Cualquiera que me conozca sabe que las locuras son mi especialidad.



4

De amigos y antiguos follamigos

Doy un lento paseo de camino a casa porque quiero postergar el momento de la verdad y me detengo delante del escaparate de mi librería favorita. Dentro hay un hombre muy apuesto que me dedica una mirada desabrida. Levanto la barbilla para demostrarle que esta pequeña derrota no va a poder conmigo. En realidad es un cartel a tamaño real de un tal Oliver Vidal que sostiene con arrogancia un ejemplar de *Lo que oculta la noche*. No he leído nada suyo, pero siempre anuncian sus libros como si fuera una estrella del *rock*. Seguro que escribe como el culo y solo le han dado una oportunidad porque está buenísimo. La gente guapa lo tiene más fácil.

Argh, qué pensamiento tan repugnante. No me reconozco. La tristeza y la incertidumbre sobre mi futuro laboral están empezando a sacar lo peor de mí. Le ofrezco una sonrisa de disculpa a Oliver. No quiero ser la clase de persona que paga su frustración con los demás,

aunque ese alguien solo sea la versión en cartón de un famoso escritor.

—Seguro que tus libros no están mal, pero a mí lo que me va es la novela romántica —me despido de él antes de reanudar la marcha.

Vivo en el barrio de San Pablo. Heredé un piso y un puñado de deudas cuando mi abuela falleció después de mi decimonoveno cumpleaños. Quedarme sola fue duro: de repente, perdí a mi única familia y mis trabajos precarios no alcanzaban para todo. Por suerte, ya conocía a Víctor del curso de animación infantil; así que vi el cielo abierto cuando mi amigo me sugirió la posibilidad de vivir juntos y compartir gastos. En aquella época, él salía con Daniela, su primera novia. Luego rompieron, pero los tres seguimos siendo inseparables; tanto que, hace un par de años, nuestra amiga se mudó con nosotros.

Llevo tiempo arruinada y su decisión me ha salvado de vivir en la indigencia, pero no puedo aprovecharme más de ellos. Además, me da vergüenza contarles que me han echado del curro porque no quiero decepcionarlos.

Adoro a mis amigos; son mi familia y no sé qué haría sin ellos. Ahora bien, nunca les he confesado que mi mayor temor es fallarles y que me abandonen. No quiero volver a estar sola, así que he aprendido a no pedir ayuda porque me da miedo ser una carga para quienes me rodean. He normalizado caminar de puntillas para no molestar, por si acaso mis amigos me dan la espalda.

En realidad, no tengo motivos para pensar que me abandonarían. El problema es que, para pedir ayuda, hay que ser muy valiente, y yo llevo demasiado tiempo escondida detrás de un caparazón de independencia y falsedad.

Estoy doblando la esquina de mi calle cuando Marcos me llama por teléfono. Marcos es mi ex. O, mejor dicho, «mi ex casi algo».

Fuimos follamigos sin exclusividad durante un año y luego decidí ser sincera con la esperanza de que él quisiera algo más serio. Te ahorraré el drama: Marcos me soltó el típico rollo de «ahora estoy muy centrado en el trabajo y no tengo tiempo para una relación», así que se acabó. Él quería seguir acostándose conmigo, pero yo ya no estaba dispuesta a conformarme con menos de lo que quería.

Hace un par de meses, volvió a dar señales de vida. Al principio me mostré recelosa, pero él me aseguró que me echaba de menos y solo quería recuperar nuestra amistad. No soy rencorosa y ya no siento nada por él, por lo que decidí darle una oportunidad. Además, cocina la mejor pasta carbonara que he probado, cuenta unos chistes malísimos y es fan de *Star Wars*, así que puedo llamarlo siempre que me apetece hacer un maratón. Dani y Víctor no lo tragan —me quieren demasiado como para admitir que no todos los tíos deberían besar el suelo que piso—, e intentan convencerme de que Marcos es un cretino que no me quiere lo suficiente para estar conmigo, pero es lo bastante egoísta para espantar a cualquier tío que se me acerque. De todos modos, yo no lo veo así. Hasta el momento no ha intentado nada, y ya le dejé claro que he pasado página y solo lo veo como un amigo.

—¡Ey! —exclamo con falsa alegría.

Se me da fenomenal esconder mis emociones desde que mi abuela empezó a jugar al bingo y se endeudó con un montón de préstamos personales. Algunos días iba al colegio sin desayunar porque no teníamos dinero para llenar el frigorífico, pero yo fingía que no estaba muerta de hambre para no despertar las sospechas de los profesores. Mi abuela no era mala, solo tenía una adicción. Aquello me obligó a madurar antes de tiempo.

La última vez que lloré fue en su funeral, hace más de seis años.

No soy de las que se hunden con facilidad. Saldré de esta. ¿Cómo? No tengo ni idea, pero a cabezonería y optimismo, no hay quien me gane.

—He tenido un día de mierda —se queja—. Echaba de menos oír tu voz.

—¿Ya te sientes mejor? —bromeo, a pesar de que en este momento no estoy de humor para levantarle el ánimo a nadie.

—Sabes que hablar contigo siempre me saca una sonrisa. —Me cuenta que ha tenido un problema en el trabajo y dejo que se desahogue—. ¿Te vienes a casa? Necesito compañía. Puedo preparar macarrones a la carbonara. Te dejo elegir la peli. ¿Qué te parece?

En otro momento me apuntaría sin dudar, pero ahora necesito asimilar que estoy en el paro.

—Mejor otro día.

Marcos guarda silencio. Sé que no se lo esperaba. No soy la clase de amiga que te deja en la estacada.

—¿Te pasa algo? —se interesa—. Puedes venir a casa y hablar conmigo. O puedo ir a la tuya, aunque sé que Dani y Víctor no me soportan.

No es buena idea que venga, ni tampoco entiendo por qué lo sugiere. Sabe que en mi piso hay una norma establecida sobre no traer ligues. A ver, él solo es un amigo, aunque es cierto que Dani y Víctor lo miran como si quisieran asesinarlo cada vez que coinciden con él.

—Me duele un poco la cabeza. —Me da vergüenza explicarle que han vuelto a despedirme. Sé que me miraría con pena y se ofrecería a enchufarme en su trabajo—. Nos vemos otro día, ¿vale?

—Claro… —responde, notablemente contrariado—. Tendré que llamar a otra persona. Pero que sepas que tú siempre serás mi

primera opción.

Pongo los ojos en blanco. Nunca lo fui, por eso rompimos. No pasa nada, no le guardo rencor. Lo que sucedió me ayudó a comprender que no hay amor más importante y poderoso que el propio. Si tú no te quieres, nadie podrá apreciar lo mucho que vales.

Para mi sorpresa, Víctor y Dani están esperándome en la entrada. Pongo cara de póquer. Antes muerta que admitir que estoy hecha polvo.

—Corta el rollo. Sabemos que te han despedido —dice Daniela—. Borja nos lo ha dicho.

Víctor le da un codazo.

—Íbamos a dejar que ella nos los contase —le recrimina.

—No iba a hacerlo. Es demasiado orgullosa.

Uf, Borja es un chivato.

Aprieto los labios para contener una mueca de irritación; no voy a desmoronarme. Me quedé huérfana a los nueve años y nunca conocí a mi padre. Mi abuela —mi única figura materna—, falleció cuando tenía diecinueve años y me quedé sola con un montón de deudas. No he tenido una vida fácil. Me han despedido otra vez. ¿Y qué? No es el fin del mundo. Con el paso del tiempo he aprendido a relativizar y a darle a los problemas la importancia justa y necesaria; soy de las que ven el vaso medio lleno.

—Espero que sepas que puedes contar con nosotros —dice Víctor con delicadeza—. Eres nuestra amiga. A Dani no le echamos en cara que estuviera cuarenta y ocho horas seguidas llorando por el final de *Juego de Tronos*.

—¡Eh! —protesta ella—. ¡No estamos hablando de mí! Aunque sigo pensando que fue una injusticia…

El comentario me saca una sonrisa. Mi amigo me quita el bolso

mientras Dani me pasa un brazo por encima de los hombros y me besa en la mejilla. De repente, me siento algo mejor; hay gestos que tienen la capacidad de acariciarte el corazón y quitarte un peso de encima.

Al principio le resto importancia para que no se preocupen por mí, pero no se dan por vencidos hasta que les cuento toda la historia. Me levantan el ánimo al despotricar de mi jefe e insultar al ex de Dani.

—Gracias por haber puesto a ese canalla en su sitio —dice emocionada. Los tres sabemos lo mal que lo pasó por culpa de ese idiota. Al menos he podido vengarme por ella. No hay mal que por bien no venga—. Siento muchísimo que te hayan despedido. Te encantaba tu trabajo.

—Ahora tengo una excusa para encontrar algo mejor. Además, tú habrías hecho lo mismo por mí.

—No, qué va —interviene Víctor—. Ella le habría partido las piernas con un bate de beisbol.

—En realidad, lo habría atropellado con el coche —responde con una sonrisita malvada—. No me gusta ensuciarme las manos.

Me echo a reír porque sé que solo intentan animarme. Soy muy impulsiva, pero no me arrepiento de haberme enfrentado al hombre que engañó a Dani; para eso están las amigas.

—Lamento que te hayas enterado así.

—¡Bah! —Dani le resta importancia con la mano—. Sucedió hace un montón de tiempo. Ya ni siquiera recuerdo la cara de ese gusano. Lo que de verdad me cabrea es que tu jefe te haya despedido por culpa de ese idiota. Deberías denunciarlo.

—Paso de problemas. Prefiero olvidarme del tema y buscar otro trabajo.

—Si necesitas dinero…

—No —la interrumpo, categórica—. Puedo apañármelas sola.

Tienes doce euros con veinte céntimos en tu cuenta corriente, y un paquete de chóped y dos latas de Nestea en el frigorífico. Spoiler: necesitas ayuda.

—Lo digo de verdad —insiste mi amiga—. Tú siempre cuidas de mí. Este mes he echado horas extra. Puedo prestarte algo hasta que encuentres un nuevo curro.

—Lo tengo todo controlado —miento.

Deja que te eche un cable. No seas orgullosa.

Me doy cuenta de que Dani intercambia una mirada preocupada con Víctor, que se muerde el labio.

—*¿Pretty Woman* o *El diario de Bridget Jones?* —pregunta mi amigo para cambiar de tema.

—Julia Roberts —elige Dani—. Haz palomitas.

Víctor refunfuña y su exnovia le da una patada en el culo cuando se levanta del sofá. Luego le grita que traiga cervezas porque necesito emborracharme. Víctor le grita que es una mala influencia y ella le hace una peineta. Dios, cómo los quiero. Me alegro de que decidieran seguir siendo amigos después de la ruptura. Los tres somos una piña y me habría partido el corazón que me hubiesen obligado a elegir.

—Ahora que por fin nos hemos quedado solas, insisto en lo del préstamo. Tengo dinero ahorrado. Así no estarás tan apretada. Tú me has apoyado un montón de veces. Déjame hacer algo bueno por ti, Georgi.

—No lo necesito. —«Mentira, mentira, mentira».

—¡No seas pesada! —la regaña Víctor, que regresa con las cervezas.

—Víctor, a veces sobras; es bueno que lo sepas. Georgi me quiere más a mí. —Dani le saca la lengua.

—No podríais vivir sin mí —se jacta—. Soy el más sensato de los tres.

Dani le pega con un cojín. Me entra la risa floja. Pobrecillo, lo ha tomado desprevenido. Mi amigo «el sensato», decide pagarle con la misma moneda. Intento separarlos, pero al final terminamos inmersos en una guerra de cojines. Dani es una bruta y me derriba de un almohadazo en el estómago. Me doblo por la mitad y finjo que me ha hecho mucho daño. En cuanto baja la guardia, Víctor y yo nos aliamos para atacarla. Al final los tres acabamos llorando de la risa. Tal vez sea una chica impulsiva de veintiséis años con mala suerte en los trabajos, pero al menos tengo un gusto exquisito para los amigos.

Hoy ha sido un día de mierda. Sin embargo, no podría haber terminado mejor. Estoy apretujada entre mis dos mejores amigos mientras vemos a Julia Roberts sumergirse en una bañera de espuma.

La vida es complicada e imprevisible. Por eso es más fácil sobrellevarla si te rodeas de personas dispuestas a llorar contigo de la risa cuando lo único que te apetece es esconderte dentro de un hoyo. Porque la vida en buena compañía sabe mejor.



5

Si bebes, no tomes decisiones de las que podrías arrepentirte mañana

No tenía pensado hablarles de Elvira a mis amigos. Me daba vergüenza contarles que he aceptado tomar un té con ella porque no sé poner límites, ni siquiera con una desconocida. Pero después de *Pretty Woman* hemos puesto *Notting Hill* —Dios bendiga a Julia Roberts—, y lo de beber cerveza se me ha ido de las manos.

—¿Sabéis qué es lo más raro de todo? —pregunto, arrastrando las palabras—. Esa abuelita no parecía peligrosa. La pobre solo está desesperada por ayudar a su nieto. —Sacudo la cabeza, todavía incrédula ante su disparatada propuesta—. Tres mil euros por hacerme su amiga…

Dani se atraganta con la cerveza y Víctor se sobresalta. Me caigo en el sofá y me entra hipo. Lo veo todo borroso.

—¿Te ha ofrecido tres mil pavos? —Dani está atónita.

—Y le has dicho que no… —Víctor se frota la cara—. Georgi, mi vida. Ese dinero sería la solución a tus problemas hasta que encuentres un nuevo empleo.

Intento enderezarme con dificultad. Al final, extiendo los brazos para que uno de ellos se apiade de mí. Soy una tortuga bocarriba. Después de lo que me parece una eternidad, Víctor me ayuda a sentarme.

—Nunca te he dicho que te pareces a Jughead con ese flequillo. —Le aparto el pelo de la cara y me entra la risa—. ¡Me encanta *Riverdale*!

—¿Podemos pasar de esa serie tan rara para abordar el tema importante? ¡Georgi! —Dani me zarandea y me entra una pequeña arcada—. Has rechazado tres mil euros. ¡No puedes permitírtelo! Eres pobre.

—Pobre y honrada. —Me rio porque, de repente, todo me parece divertidísimo.

—Los buenos sentimientos no cuentan a la hora de tomar decisiones —dice Víctor.

¿Es que nadie entiende el concepto de dignidad?

La dignidad no llena la nevera ni paga la factura de la luz. Acepta el dinero, no seas tonta.

—¡Sí! —Dani levanta el puño en señal de aprobación—. ¿Qué hay de malo en cumplir la voluntad de una pobre anciana a la que le quedan tres telediarios?

—¡Daniela! —le riño—. Parecía gozar de buena salud. De todos modos, no me parece correcto aprovecharme de su desesperación.

—Tú no has sido quien la ha abordado a la salida del metro. Te ha ofrecido una salida, Georgi. Cógela antes de que encuentre a otra que tenga menos reparos —insiste Dani. Víctor asiente. Los tres estamos borrachísimos—. Seguro que su nieto es un *gamer* de cuarenta y cinco años que lleva camisetas de Pikachu y se queja de las feministas en Forocoches. Le vas a hacer un favor al alegrarle la vista. Es fácil: tomas un par de cafés con él, te embolsas la pasta y luego te olvidas de la simpática abuelita. Tres mil euros y todos contentos.

—No quiero beneficiarme de la debilidad que esa pobre anciana siente por su …

—Georgi. —Víctor me pone las manos en los hombros y me mira con los ojos vidriosos—. Si encontrases una cartera sin documentación que contiene quinientos euros, ¿qué harías?

—La entregaría en la comisaría más cercana —respondo sin dudar.

Dani se da una palmada en la frente y mi amigo suelta un gruñido de frustración.

—Dios mío, Víctor. ¿Qué hemos hecho mal? ¿Por qué tiene que ser tan pardilla? —protesta Dani, como si yo no estuviese delante.

—No, Georgi —insiste mi amigo—. La cartera no tiene documentación. No sabes a quién pertenece. Si la llevas a la comisaría, lo más probable es que un policía corrupto se quede con el dinero. Así que debes…

—… devolverla porque no es mía —insisto convencida.

Dani masculla una palabrota. Se me escapa un bostezo; quiero dormir. Víctor me pellizca el brazo. Me espabilo, aunque de mala gana.

—¡Son tres mil euros!

—Bueno… La verdad es que eso solo era un adelanto. Me ofreció

bastante más.

—¡No fastidies! ¿Cuánto? —inquiere Dani, curiosa.

Me tapo la boca para no responder. Normalmente soy una bocazas, pero el alcohol me suelta aún más la lengua. Mi amiga no tiene reparos en rebuscar en mi bolso, a pesar de mis protestas. Pega un grito al ver la cifra que Elvira escribió en la servilleta.

—Si no lo haces tú, lo haré yo —decide con voz codiciosa. Se parece a Gollum con su «tesoro»—. ¿Este es su número de teléfono? Voy a llamarla. No tengo ningún problema en charlar con el pringado de su nieto. Será una obra de caridad.

—¡Eh! —protesto indignada—. ¡Me lo ha dado a mí!

—Tienes razón. —Dani mira la pantalla de su teléfono—. Es muy tarde. Las viejas suelen acostarse temprano.

—«Vieja» es un término muy despectivo. Seguro que Elvira se ofendería. Además, es una señora muy moderna y agradable…

—Escríbele un wasap —sugiere Víctor—. La clave del móvil de Georgi es uno, dos, dos, tres.

—¡Te lo dije para que lo utilizaras en caso de emergencia! —le recrimino.

Víctor y Dani intercambian una mirada cómplice.

—Es una emergencia.

—Te estamos salvando la vida —concuerda Dani—. Ya nos lo agradecerás cuando estés sobria. Las borrachas de buen corazón no pueden tomar decisiones sensatas.

Me levanto para recuperar mi teléfono, pero en ese momento me sobreviene otra arcada. Salgo disparada hacia el baño y consigo vomitar por los pelos dentro del inodoro. Ay, me encuentro fatal. Tardo varios minutos en recuperarme, me enjuago la boca y observo mi patético reflejo en el espejo. No tengo nada especial, salvo mi

capacidad para meterme en líos. Me prometo que jamás volveré a beber (mentira), y regreso al salón con paso renqueante y la esperanza de que ese par de entrometidos se hayan mantenido al margen. Mi móvil está en la mesa y los dos tienen cara de culpabilidad.

Mierda, lo han hecho.

Menos mal que podemos contar con ellos. Si fuera por ti, estaríamos acabadas…

—A tu nueva amiga le gusta trasnochar —comenta Dani—. Está entusiasmada con que hayas cambiado de opinión. Habéis quedado mañana a las nueve y media.

—¡Sois lo peor! —Lloriqueo como una niña a la que acaban de obligar a hacer los deberes de matemáticas.

Mis amigos comienzan a elucubrar sobre el nieto de Elvira: «Seguro que tiene una relación complicada con su madre y te hace *mansplaining* sobre los cólicos menstruales. A lo mejor es un masturbador compulsivo. O peor, un asesino en serie. En ese caso sí que deberías llamar a la poli, Georgi…». Son un par de víboras. Pero los quiero. Y estoy agotada. Por eso dejo que me venza el cansancio y decido dejar esta mierda para mañana.



6

¿Aceptas Bizum?

Elvira me está esperando en el sitio acordado. Llego tarde porque me he levantado hace menos de veinte minutos. Me quedé grogui en el sofá, y esta mañana me he despertado con los ronquidos de Víctor y el pie de Dani en la cara. Son una pésima influencia. Debería haber llamado a Elvira para explicarle que todo ha sido un malentendido, pero me ha dado pena dejarla tirada en el último minuto. Así que aquí estamos.

Elvira me dedica una amplia sonrisa. Desde luego, mi nueva jefa no pasa desapercibida. ¿Debería llamarla «jefa»? ¿Eso significa que acepto el empleo? Me mira con tanta esperanza que siento una punzada de culpabilidad. Se nota que quiere muchísimo a su nieto. De lo contrario, no habría buscado la ayuda de una desconocida. ¿Quién soy yo para arruinar su felicidad y tirar a la basura tres mil euros?

Dios mío, la desesperación es un pésimo motivo para tomar decisiones.

—¿Aceptas Bizum, querida?

Pongo cara de circunstancia. Su abrigo amarillo se veía desde la parada del autobús que hay a doscientos metros. A lo mejor temía pasar desapercibida y por eso ha elegido un sombrero con estampado de rosas silvestres para darle un toque extra al conjunto. Elvira desprende alegría y vitalidad por todas partes. Yo, por el contrario, tengo una pinta anodina con mis pantalones vaqueros, las Converse gastadas y el jersey *oversize* de color verde musgo, al que ya le han salido pelotillas y que, según Dani, hace juego con mis ojos.

No podríamos ser más distintas. No tengo ni idea de lo que ha visto en mí. Soy una chica de veintiséis años bastante simplona: no llego al metro sesenta, tengo el pelo castaño y encrespado. El único rasgo destacable son mis ojos, que siempre me han parecido demasiado grandes desde que aquel abusón de cuarto de primaria me comparó con un sapo.

—¿Qué quieres que ponga en el concepto? —Elvira me sorprende con su destreza para las nuevas tecnologías. Tiene el último iPhone. Esta mujer es una caja de sorpresas—. «Amiga de alquiler» es un poco sospechoso, ¿no? ¿O prefieres que te pague en efectivo? No quiero que tengas problemas con Hacienda. Tal vez deberías hablarlo con tu gestor.

Sí, claro. El mismo hombre que gestiona tu cuenta secreta de las Bahamas.

—Mejor espere a que entre en la cafetería…

—¡Bobadas! —Elvira guarda el móvil en su bolso—. Acabo de enviarte quinientos euros, que es lo máximo que puedo hacer de golpe. Cuando me digas cómo te va mejor, te paso el resto. Me fío de ti, querida. Es lo mínimo que puedo hacer después de que te

abordase a la salida del metro. La confianza es un sentimiento recíproco; hay que dar para recibir algo a cambio.

Tengo náuseas que no tienen nada que ver con la resaca. Ahora me siento fatal por haber supuesto que podría entrar en la cafetería, hacer un pequeño papel y embolsarme tres mil euros sin esfuerzo. No soy así. ¿En qué estaba pensando?

—Elvira…

—¡No! —exclama con tanto ímpetu que me sobresalta—. Prohibido arrepentirse. No me veas como una octogenaria que ha perdido el juicio. Estoy en mis cabales y hago con mi dinero lo que me da la gana. No te estás aprovechando de mí, querida. Recuerda que fui yo la que te ofreció el trabajo. Quítate esa absurda idea de la cabeza. No soy una ancianita en apuros. Es humillante que pienses eso de mí.

Me pongo colorada como un tomate. Lo último que quiero es insultarla.

—No pretendía…

—Te diré cuál es el plan.

—El plan… —repito con un nudo en la garganta.

—Entrarás a pedir un café, te acercarás a Oliver y luego tropezarás accidentalmente. —Enarco una ceja, pero ella continúa sin inmutarse —. Te derramarás el café encima y mi nieto, que es un joven muy educado, se ofrecerá a ayudarte. Entonces le darás las gracias y aprovecharás para presentarte.

Me rasco la nuca. No quiero derramarme el café encima. Me empieza a entrar taquicardia al imaginar que haré el ridículo.

—¿No sería más sencillo que me acercara a él para entablar una conversación?

—En absoluto —decide ella—. Créeme, conozco a mi nieto. Para llamar su atención necesitamos utilizar una táctica más agresiva. ¿Te

gusta leer?

—Sí.

—A él le encanta Bukowski. Ahí tienes un tema de partida.

Un momento, ¿Bukowski? ¿Y ese quién es? Yo soy más de Sophie Kinsella y Ali Hazelwood. Me empieza a entrar el pánico. Elvira debe de notar mi nerviosismo, pues me da un apretón reconfortante en el brazo.

—Lo harás bien. Estoy segura de que le causarás una grata impresión.

¡Mayday! ¡Mayday! Tragedia inminente. ¡Abortamos misión!

—Elvira, creo que anoche me vine arriba al enviarte aquel mensaje —reculo agobiada—. No voy a ser capaz de…

Le entra un ataque de tos y se cubre la boca con el pañuelo de tela. Le doy golpecitos en la espalda sin saber si la estoy ayudando o empeorando la situación. Tiene los ojos llorosos, y el color ha abandonado su rostro enjuto y cuarteado por el paso de los años.

—¿Estás bien? —pregunto alarmada.

—La edad no perdona. Estoy regular. —Se agarra a mi brazo—. Es muy importante para mí hacer todo lo posible por la felicidad de mi nieto antes de reunirme con san Pedro. De lo contrario, no me iré tranquila.

Se me corta el cuerpo. Ay, madre, ¿se está muriendo? Yo la veo estupenda para su edad, pero quizá la he juzgado a la ligera.

—Elvira… —titubeo.

—No quiero obligarte a hacer algo con lo que no te sientas cómoda —suspira con derrotismo y vuelve a toser—. Seguro que crees que soy una vieja chiflada.

—¡Lo haré! —exclamo agobiada.

Su rostro recobra la alegría y se endereza como si fuera una

chiquilla de dieciséis años. La miro anonadada. Me parece que acaba de tomarme el pelo.

—¡Estupendo! ¡Lo harás genial! —Me da la mano para obligarme a andar—. Seguro que os lleváis muy bien.

—¿Cuál es su color favorito? ¿Le gusta Steven Spielberg? ¿Es más de playa o de montaña? ¿Practica algún deporte? ¿Tiene aficiones? —pregunto rápidamente. Creo que estoy a punto de sufrir un infarto. Necesito saber algo de él si quiero que la cosa funcione.

Vale, cálmate. Puedes hacerlo. Eres una persona muy extrovertida. Solo debes ser tú misma.

Mierda, esto va a ser un desastre.

—¡Lo harás bien!

Elvira me da un empujoncito para que cruce el paso de peatones. La cafetería en la que voy a encontrarme con su nieto es un borrón azul turquesa. Me va a dar algo. Este sería un buen momento para que Mr. Darcy viniese a rescatarme y admitiese que ha luchado en vano para reprimir sus sentimientos por mí. Pero como soy una desgraciada, tendré que apañármelas sola. Y seguro que haré el ridículo.

—¡Tú puedes!

He de reconocer que su fe en mí es tan inquebrantable como infundada. Una cosa es ser una chica sociable por naturaleza que suele causar buena impresión, y otra muy distinta convertirme en actriz para conocer a un tipo solitario que probablemente esté emparentado con Ted Bundy.

—¿Cómo sabré quién es? —pregunto angustiada en mitad del paso de peatones.

Un conductor me pita para que mueva el culo. Genial, estoy obstaculizando el tráfico.

—¡Lleva un jersey azul oscuro, pantalones grises y está sentado en la mesa del fondo que hay pegada a la ventana! —grita Elvira—. Seguramente estará leyendo.

—¿Y si lo dejamos para otro día?

Me obligo a caminar cuando el conductor saca la cabeza por la ventanilla y me llama idiota. Uf, la gente no tiene un ápice de paciencia en esta ciudad. Ahora estoy al otro lado de la acera. Mi nueva jefa (ahora ya es oficial) me saluda con la mano. Le sonrío con debilidad; no quiero decepcionarla.

Madre mía, voy a decepcionarla.

La culpa es de Víctor y Dani. ¡Estarán contentos!

Me suena el móvil. Lo saco del bolso y me pongo todavía más nerviosa al leer el mensaje. Es del banco. Malas noticias: me he retrasado en el pago de la cuota del préstamo que pedí para la derrama de la comunidad de vecinos.

¿Cuántas mensualidades podría pagar con el dinero que me ha prometido Elvira?

Doy otro paso hacia la cafetería.

Si lo piensas fríamente, estoy haciendo todo lo posible para sobrevivir. Mi psicólogo —al que dejé de ir hace un año porque no podía permitírmelo— me dijo que debía ser proactiva y aprovechar las oportunidades que me diese la vida. Pues eso estoy haciendo. En fin, debería estar orgulloso de mí.

Vuelvo a guardar el móvil, levanto la cabeza y me encuentro con la mirada ilusionada de Elvira. No pienso fallarle. Haré lo que me ha pedido. Todo saldrá bien.

Vamos, Georgi. Tú puedes. No será tan horrible. No elegiste nacer pobre. No naciste en Los Remedios ni tienes un ático en Triana. Necesitas el dinero. Es un trabajo raro, pero de algo hay que vivir. Solo eres una

veinteañera con muy mala suerte. La gente desesperada comete locuras. Ya sabes lo que dicen: si la vida te da limones…



7

No tiene verrugas ni es Ted Bundy, pero va sobradito de mala leche... y está muy bueno

No debería ser tan atractivo. ¡Se suponía que era un adefesio!

¿Por qué el nieto de Elvira tiene pinta de ser un imán para las mujeres? (Y los hombres, por las miraditas cargadas de lascivia que le dedica el empleado que hay detrás de la barra). Esto es raro de narices.

Está absorto en la lectura mientras las adolescentes que hay en la mesa contigua lo señalan sin cortarse. No parece tener ningún problema para relacionarse con el sexo contrario. ¿Para qué necesita una amiga? ¿Por qué me ha contratado Elvira?

—¿Qué vas a tomar?

La pregunta del empleado me obliga a dejar de mirarlo como si fuera una acosadora.

—Un capuchino —digo, a pesar de que odio el café.

El camarero prepara el capuchino con gesto cansado. Cómo lo entiendo; trabajar detrás de una barra es agotador. Cojo la taza con manos temblorosas. Estoy hecha un flan y sigo sin entender qué hago aquí, cuando debería estar en casa apuntándome a todas las ofertas de InfoJobs.

—Ni lo intentes.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—El tío bueno. —Señala con la cabeza al susodicho—. He visto a un montón de mujeres hacer el tonto para llamar su atención. Él finge que no se da cuenta y siempre va a su bola. Es evidente que quiere estar solo.

Las mejillas me arden de vergüenza. Es humillante que mis intenciones sean tan descaradas. Además, solo es un trabajo. Fantasear con mi cliente es patético y poco profesional.

—No lo miraba en *ese* plan —me hago la digna.

—Ya. —El empleado me lanza una mirada desabrida—. Uno con noventa.

Pago en efectivo y me largo con la cabeza bien alta. Dudo que tuviese alguna oportunidad con un tipo que tiene pinta de empotrar contra la pared a rubias de piernas kilométricas a las que me parezco en el blanco de los ojos.

Ni siquiera me van los guapos. Prefiero a los hombres normales. A ver, no me malinterpretes. Marcos no es feo; es mono, en plan asequible, y no como si fuera un actor de Hollywood que aparece por tercer año consecutivo en la lista de los hombres más deseados del planeta.

Recuerdo lo que me dijo Elvira sobre su nieto: «Solo quiero que una buena chica lo ayude a salir de su burbuja. Se ha convertido en un ermitaño». Sin embargo, solo veo a un hombre muy atractivo que obviamente no tiene problemas para ligar. Entonces, ¿a qué se refería su abuela?

Tírate el café encima, háblale de Bukowski y sal de aquí cagando leches.

«¡No es tan fácil!».

Pues no haber aceptado el dinero.

«¡Soy pobre!».

Y tonta. Sobre todo, tonta. Con lo fácil que habría sido pedirles ayuda a tus amigos…

«¡Eh, no me insultes!».

Sabes que estás hablando contigo misma, ¿no?

A veces no me soporto. De todos modos, no me queda más remedio que aceptar el consejo de la vocecita que vive en mi cabeza. Así que arrastro los pies en dirección al nieto de Elvira mientras pienso en cómo iniciar la conversación. Me faltan un par de metros para llegar hasta él cuando, de pronto, levanta la cabeza y me ve mirándolo. Doy un respingo.

No… puede… ser.

De lejos no lo había reconocido, pero no hay duda de que es él. Tiene el mismo gesto circunspecto del cartel de la librería: mandíbula angulosa, labios gruesos y esos ojos azules —fríos— con los que ahora me observa con cautela. Me quedo sin aliento cuando nuestras miradas se encuentran.

¡Es Oliver Vidal!

¡Mayday, mayday! *¡Abortamos misión!*

¿Por qué demonios estoy a punto de hacer el ridículo delante del escritor de novela negra más famoso —y cañón— del país?

No hace falta que finja porque, de hecho, la tragedia sucede de una forma tan precipitada que no puedo evitarla. El corazón me da un vuelco, me tropiezo con mi propio pie, y la taza sale volando. Por desgracia, aterriza en el jersey de Oliver, que suelta una maldición.

No era el plan de Elvira, pero tal vez…

—Lo sien…

—¿A ti qué cojones te pasa? —me ladra Oliver—. ¿No puedes mirar por dónde vas?

Me sobresalto. No había imaginado que su voz fuera tan profunda y grave.

—Ha sido un accidente —balbuceo avergonzada. Cojo un puñado de servilletas y me acerco a él—. Deja que te ayude.

—Ya has hecho suficiente. —Me quita las servilletas sin ni siquiera rozarme la mano, como si le diera asco.

Su tono, duro como una roca, me deja paralizada. Se seca el jersey mientras las adolescentes se parten de risa. Genial, tenemos público. Un intenso calor me sube por el pecho.

—¿Estaba muy caliente?

Oliver deja de limpiarse y me fulmina con una mirada más fría que un iceberg de la Antártida. Eh… me lo tomaré como un sí.

—¿Puedo hacer algo para…?

—No —me espeta, cortante.

Me muerdo el labio. Esto no va *nada* bien. Estoy delante de la ventana y desde aquí puedo ver a Elvira, que no nos quita la vista de encima. Tiene razones para preocuparse. Oliver le da la espalda a su abuela. De repente, él se percata de que algo capta mi atención y se gira para saber de qué se trata. Elvira se esconde detrás de un árbol antes de que su nieto la descubra.

Uf, por los pelos. Tengo que reconducir la situación. A lo mejor no

está todo perdido.

El libro que Oliver estaba leyendo tiene algunas salpicaduras de café. Lo cojo para secarlo antes de que pueda arrebatármelo, aliviada de ser útil, aunque sea en algo.

—Estaba manchado.

Oliver respira hondo. Tiene la mandíbula apretada, el ceño fruncido y los ojos brillantes de irritación. De cerca es aún más imponente. Para ser sincera, el cartel de la librería no le hace justicia. Sus facciones son duras y varoniles. Los ojos azules contrastan con el tono negro azabache de su pelo, que cae en mechones rebeldes sobre su frente. Es como si Henry Cavill hubiera tenido un hijo con Nate Archibald de *Gossip Girl* y este hubiera sacado lo mejor de ambos. Rondará el metro noventa; me saca tres cabezas y me siento diminuta e insignificante. Reconozco que me da un poco de miedo, pero contengo el impulso de retroceder.

—Gracias —dice con sequedad—, ahora no sé por qué página iba.

—Oh. —Se me escapa una risita nerviosa—. No hemos empezado con buen pie. ¡No pasa nada! Te invito a un café para compensarte por las molestias.

Oliver levanta las cejas. Acto seguido recupera el libro y pone distancia entre nosotros. Luego me mira con recelo. Nunca había visto unos ojos de un azul tan oscuro, como un océano profundo en una noche sin luna.

—¿Te estás riendo de mí? —me ladra.

Mi sonrisa se esfuma de golpe. Pues claro que no. Lo que pasa es que me da la risa cuando meto la pata. Su expresión, por el contrario, es la viva imagen de la indignación.

—No —respondo con voz ahogada—. Solo intento disculparme por haberte derramado el café encima.

Oliver sacude la cabeza con incredulidad. Soy incapaz de sostenerle la mirada, así que echo un vistazo disimulado a la portada del libro: *Los renglones torcidos de Dios*. Qué coincidencia, la leí hace poco y me gustó bastante.

—Me trae sin cuidado —responde con frialdad. Solo entonces me percato de que acabo de hablar en voz alta—. No tenías por qué montar semejante numerito. Habría bastado con que me lo pidieras con educación. Nunca me niego a firmar un autógrafo.

—¿Qué? —murmuro desconcertada.

Oliver permanece impasible.

—Sé que me has reconocido.

—¡¿Qué dices?! —No puedo creer que piense que le he tirado el café encima a propósito. Ni que fuera Brad Pitt—. ¿Por qué iba a pedirte un autógrafo? No sé quién eres.

—Mientes fatal. —Su tono engreído me enerva—. ¿No te lo han dicho nunca?

—¿Y a ti no te han dicho que vas sobrado de prepotencia y mala educación? —replico, levantando la barbilla.

Enarca una sola ceja. Ahora está más sorprendido que cabreado. Me parece perfecto. ¿Quién se cree que es?

—Te recuerdo que eres tú la que ha metido la pata.

—He intentado disculparme —replico, molesta—. No tengo la culpa de que tengas tan mal carácter.

—Suelo ponerme de malhumor cuando una desconocida me acosa.

—¡No te estoy acosando!

Hasta hace un momento ni siquiera sabía que el nieto de Elvira era Oliver Vidal. Es un hecho: todos los guapos son unos cretinos.

—Lo que tú digas.

El desdén de su voz, sumado a las risitas de las adolescentes,

termina de aplastar mi orgullo. De repente, estoy cabreadísima. Con mi exjefe por haberme despedido de forma injusta, con mis amigos por haberme metido en este lío, y con este escritor del tres al cuarto que me ha confundido con una acosadora. ¡Hasta aquí podíamos llegar!

—Retiro mis disculpas y el café al que pensaba invitarte —le suelto, orgullosa.

—Gracias por ahorrarme la molestia de rechazar ambas cosas —responde con ironía—. Me quitas un gran peso de encima.

Le sostengo la mirada con una rabia impropia de mí. Me fastidia que sea tan alto, pero lo que de verdad me escuece es que me observe con esa soberbia, como si fuese una molesta mosca que revolotea a su alrededor. Aprieto los puños. Alguien debería ponerlo en su sitio.

—Eres el colmo de la humildad —digo—. Si te sirve de consejo, yo que tú me preocuparía.

Oliver apenas se inmuta.

—En serio, deberías hacértelo mirar.

—¿El qué? —inquiere de mala gana.

—El palo que tienes metido por el culo. No me extraña que estés tan amargado, debe de ser incomodísimo no poder cagar a gusto. A lo mejor, si lo sacaras, te darías cuenta de que el mundo no está aquí solo para fastidiarte. Pero, claro, qué sabré yo, si ni siquiera sé cómo mirar por dónde voy. —Me doy la vuelta y camino echando humo.

Me encantaría ver la cara que ha puesto, pero no pienso rebajarme a mirarlo. Ya he tenido suficiente. El nieto de Elvira ha sido una sorpresa, sí, una muy desagradable. En el fondo, me lo merezco. Acabo de aprender una valiosa lección: nunca puede salir nada bueno de una mentira.



8

No puedo morir sin conocer a Morgan Freeman ni subir a Machu Picchu

Han pasado tres días desde mi desagradable encuentro con Oliver Vidal, el nieto de Elvira. Cada vez que pienso en él, me hierve la sangre. Sí, puede que no sea un orco de Mordor ni tampoco un pervertido, pero que esté muy bueno y haya vendido más de dos millones de ejemplares de sus libros (lo he buscado en Google), no le da derecho a tratar a la gente como una mierda.

Menudo imbécil.

No tuve más remedio que rechazar la oferta de Elvira. Ella intentó convencerme de que le diera una segunda oportunidad, pero no di mi brazo a torcer. No quiero ser amiga de su nieto. De hecho, si me

lo cruzara por la calle y me pidiera la hora, saldría corriendo en dirección contraria. Y le escupiría en un ojo. Que se fastidie.

Me escuece el orgullo al recordar que creyó que lo estaba acosando porque quería un autógrafo. Nadie me había mirado como si valiese menos que una boñiga. ¿De qué va? Aprieto la carpeta contra el pecho y acelero el paso. Quiero llegar pronto a casa para ver ese concurso de televisión que tanto me gusta. Con suerte, Víctor se apiadará de mí y cocinará lo único que sabe hacer sin quemar la cocina: huevos fritos con patatas.

Le prometí a Elvira que le devolvería hasta el último céntimo. El problema es que diez minutos después de que me hiciera el Bizum, el banco se cobró un recibo pendiente del préstamo personal y una cuota atrasada de la tarjeta de crédito. Ahora le debo cuatrocientos euros que no sé de dónde voy a sacar. Elvira me rogó que aceptase el dinero porque le sabía mal que su nieto hubiese sido tan grosero conmigo —«Ha tenido un mal día, te aseguro que es un chico encantador», intentó defenderlo—, pero no pienso quedarme con algo que no me he ganado. Por eso me apunté a todas las ofertas laborales de los portales de empleo a los que estoy suscrita, y he estado toda la mañana repartiendo currículums.

—¡Ya estoy en casa! —exclamo con energía. Mi intención es fingir que no he tenido un día horroroso.

Entro en la cocina, le robo una lata de Coca-Cola a Dani, y voy al salón con una sonrisa falsa. Mi expresión se descompone al ver a Elvira sentada en el sofá, entre mis amigos, que la escuchan fascinados mientras ella charla sin parar. Pestañeo a la espera de que la imaginación me haya jugado una mala pasada. No obstante, Elvira sigue ahí, vestida con un jersey azul turquesa con margaritas, una falda rosa chicle con volantes y el pelo recogido en dos trenzas

atadas con unos coleteros con forma de cerezas, por si acaso pudiera pasar desapercibida. Su expresión se ilumina al verme.

—¡Hola, querida! —me saluda eufórica—. ¡Me alegro de volver a verte!

Me atraganto con el sorbo que acabo de darle al refresco. Víctor tiene la boca manchada de migas de galleta, y Dani acaba de servirse otra taza de café. Los dos actúan como si la presencia de Elvira fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué hace aquí? —pregunto con un hilo de voz.

—Nos ha traído galletas caseras. —Víctor señala el plato medio vacío—. Nos cae genial. Queremos adoptarla.

—¡No es un perro! —protesto alterada.

—Las personas mayores siempre me han dado mal rollo, pero Elvira es mi nueva mejor amiga —añade Dani, como si no me hubiese oído—. Voy a crearle una cuenta de Instagram para que suba sus modelitos. Tiene madera de *influencer*.

Elvira se ríe y le da un cariñoso pellizco en la mejilla. Dani le sonríe con dulzura y moja una galleta con aspecto de pene en el café. Sí, las galletas caseras de Elvira tienen forma de polla. Y yo que pensaba que esta mujer ya no podía sorprenderme…

—¿Quieres una? —Elvira me ofrece el plato—. Empecé a hacerlas hace unos días para la despedida de soltera de mi amiga Dori. ¿Recuerdas que te conté que su exmarido la dejó por su profesora de yoga? Pues resulta que Dori se ha enamorado del mejor amigo de su ex, que resulta que siempre estuvo loco por ella. Van a casarse la semana que viene. A mi *bestie* no le gusta perder el tiempo… Yo creo que, a nuestra edad, lo mejor es disfrutar de la soltería y no tener ataduras. Los hombres de nuestra generación están muy chapados a la antigua. ¡Pero ella sabrá! A mí ya nadie me corta las alas, prefiero

el sexo sin compromiso y tener una cama para mí sola.

Dani se tapa la boca y murmura entre risas: «Ha dicho *bestie* y "sexo sin compromiso"» mientras Víctor engulle otra galleta con el diseño de un conejito de *playboy* y observa a Elvira con adoración. Estupendo, los ha hechizado.

—Esto… —Me rasco la nuca—. No quiero ser maleducada, pero ¿cómo ha averiguado dónde vivo?

Dani levanta la mano.

—Culpable —admite sin remordimientos—. Guardé su número.

—¡Daniela! —le riño. No sé de qué me extraño.

—La llamé para saber por qué estabas tan cabreada después de haber conocido a su nieto. No soltaste prenda y nos tenías muy intrigados. Elvira estaba muy preocupada por ti y ha venido porque dice que no le coges el teléfono —me reprocha indignada—. A las personas mayores hay que respetarlas, Georgi.

La madre que la parió. La voy a matar cuando consiga echar a Elvira de nuestra casa.

—Qué calladito te lo tenías… Con que Oliver Vidal —me acusa Víctor—. Esas cosas se cuentan, perra.

—A ver… —Me froto la cara. Dios, qué pesadilla. Mis amigos y Elvira en la misma habitación. Seguro que los ha engatusado para que me convenzan de aceptar el empleo—. Gracias por las galletas, Elvira. Tienen muy… buena pinta. Pero no puede presentarse en mi casa sin avisar.

—En primer lugar, empieza a tutearme de una vez, querida. Ya te lo pedí el otro día. En segundo lugar, me ha invitado ella. —Señala a Dani y pone cara de pena—. Solo quería charlar contigo. Pensé que te gustaría ver a una vieja amiga. Pero, si molesto, será mejor que me vaya.

Elvira se levanta con dificultad. Víctor la abraza y Dani le dice que están encantados de tenerla en casa. Luego me lanzan sendas miradas asesinas. Es oficial: están de su parte. Lo tengo todo perdido.

—No la… *te* estoy echando —digo agobiada—. Eres más que bienvenida.

—¡Qué maravilla! —exclama satisfecha, volviendo a sentarse—. Tenéis una casa preciosa. Me sorprende que esté tan limpia y ordenada. Pensé que los jóvenes erais más descuidados con estos temas.

—Estas dos lagartas me tienen esclavizado, Elvi. No limpian ni friegan los platos —se queja Víctor—. Son unas mandonas insoportables. Dani deja sus tangas tirados por cualquier parte y Georgi siempre se olvida de tender la ropa. Tengo miedo de traer a un ligue a casa y que crea que soy un mal partido.

Elvi.

Madre mía, debo sacarla de aquí antes de que le pidan que se mude con nosotros. Aprovecho que Dani y Víctor se enzarzan en una discusión para coger una silla y sentarme enfrente de Elvira.

—Es un detalle que hayas pasado a saludarme —digo para salir del paso—. Te devolveré el dinero lo antes posible.

—¡No he venido por eso! Puedes quedarte el dinero. Ya te lo dije.

—No pienso aceptarlo. —Esbozo una sonrisa tensa—. Si has venido a hablar de tu nieto…

—Creo que deberías darle una segunda oportunidad. Es un chaval estupendo. Lo sorprendiste en un mal día. Tú no eres de las que se rinden, querida. Lo veo en tus ojos. No has podido dejar de darle vueltas al tema, ¿verdad?

—Pues claro que no —respondo irritada—. Fue grosero y

antipático. Ahora entiendo por qué estás tan desesperada. ¡Es un borde! Con razón no tiene amigos. ¿Quién va a aguantar a ese energúmeno?

—¡Georgina! —me ladra Víctor—. No le hables así a Elvi. Ella solo quiere lo mejor para su nieto.

Lo miro mal, pero no le afecta. Estoy harta de que se metan en mi vida. No debería haber aceptado ese té con Elvira, ni haber ido a su encuentro por culpa del mensaje que ellos le enviaron. Tengo que aprender a decir «no». De hecho, voy a empezar justo ahora.

—No —digo, alto y claro—. No voy a volver a quedar con Oliver. Búscate a otra.

Elvira se pone de pie con la ayuda de mis amigos, que la tratan como si estuviese hecha de cristal. Hace un puchero que ignoro al cruzarme de brazos. Esta vez no cuela. No caeré en su trampa.

—Georgina, querida. —Se acerca y me toca el brazo—. Dale una última oportunidad.

—No.

—Hazlo por mí. Será lo último que te pida.

—No.

—Me harías tan feliz…

—¡No! —Doy un pisotón—. No, no y no.

Se tambalea hacia atrás, como si acabase de partirle el corazón, y se agarra con esfuerzo al borde de la mesa. Me mantengo firme. No me inmuto. Esta vez no va a engañarme. Elvira está más sana que una pera.

—Ay.

Vaya, qué buena actriz. Ahora le falta el aliento y sus mejillas han perdido todo el color.

—Elvira, no finjas que… —Logro sujetarla antes de que pierda el

equilibrio. Tiene la mirada perdida y está muy pálida—. ¡Elvira!

Dani y Víctor me ayudan a sentarla en el sofá. Solo entonces soy consciente del cuerpo frágil que se esconde bajo la ropa moderna y colorida. Elvira respira con dificultad. Parece haber envejecido diez años de golpe.

—¡Mierda, Georgi! —grita Víctor, horrorizado—. ¡Te la has cargado!

Me entran ganas de gritar como una histérica. Dani le toma el pulso y luego le da un sopapo a Víctor.

—Está viva, idiota. Solo se ha desmayado.

Víctor llama a la ambulancia y Dani y yo nos quedamos haciéndole compañía a Elvira, que vuelve en sí. Me mira como si no me reconociera y aferra mi mano sin fuerza.

—No puedo morir sin conocer a Morgan Freeman ni subir a Machu Picchu —murmulla desvaída.

—Estarás contenta —me susurra Dani al oído.

Pongo cara de arrepentimiento.

—No te vas a morir, Elvira. —Le aprieto la mano para que sepa que estoy a su lado—. Te prometo que le daré una segunda oportunidad a tu nieto. *Porfa*, no me dejes. Eres la abuela más guay que conozco. Me caes genial.

Elvira vuelve a perder la conciencia y Dani rompe a llorar. Estoy endeudada, en paro y creo que acabo de mandar al otro barrio a una adorable anciana. ¿En serio la vida no piensa concederme una tregua?



9

El imbécil

La luz del amanecer me golpea como un puñetazo en la cara. Cierro los ojos con fuerza y remoloneo en el cálido abrazo de las sábanas con la esperanza de volver a conciliar el sueño. Anoche me acosté a las tres de la madrugada y estuve un buen rato dando vueltas en la cama, incapaz de sucumbir al cansancio. No habré dormido más de un par de horas. Llevo siete años lidiando con el maldito insomnio y, para mí, descansar cinco horas seguidas es un regalo caído del cielo.

Me doy por vencido al cabo de diez minutos, cuando el dolor de cabeza se hace tan insoportable que tengo que salir de la cama para buscar un analgésico. Me tropiezo con el edredón que hay tirado en el suelo y le doy una patada a la mesita de noche. Suelto una palabrota, miro con odio al mueble y cojeo hacia la cocina, que es un maldito caos. Me lleva bastante tiempo encontrar una tableta de ibuprofeno. Me tomo tres pastillas que trago con un sorbo de Coca-Cola, el desayuno de los campeones. Luego observo con desgana el

desorden de mi ático. A mi madre —que es una fiel seguidora de esa gurú japonesa adicta al orden que dice que no hay que tener más de treinta libros en casa—, le daría un infarto si viese cómo vive el perdedor de su hijo; un tipo que escribe libros mediocres y tuvo la fortuna de nacer con una cara bonita. Estoy convencido de que no merezco tanto éxito, pero estar en el sitio correcto y en el momento adecuado me convirtió en una estrella literaria, algo que me hace ganar mucho dinero y me incomoda de cojones.

Hay libros amontonados por las esquinas. Tirados de cualquier forma en el sofá, junto a los envases de comida para llevar de los que me alimento cuando recuerdo que tengo hambre. El escritorio no tiene mejor aspecto: parece el lugar de trabajo de una mente perturbada. Hay una camisa tirada encima del ordenador de sobremesa, porque anoche me rendí y decidí tapar la pantalla; estaba avergonzado de ser un inútil que es incapaz de escribir un par de capítulos para que mi agente deje de tocarme los huevos.

Mierda, hablando de Casandra…

Hace tres semanas le prometí que le enviaría las cincuenta primeras páginas de mi próximo libro. Si no me manda al carajo es porque firmé un contrato y la editorial la está presionando para que lo cumpla. Tengo que darle cualquier adelanto, aunque sea un bodrio, para que pare de bombardearme con mensajes.

Mi móvil está enterrado debajo de un cojín. Lo pongo a cargar y voy al frigorífico con la esperanza de encontrar algo que no esté caducado. Solo hay un huevo, medio cartón de leche que huele rancia y un tetrabrik de zumo de manzana. Frunzo el ceño. Odio el zumo de manzana; no sé qué demonios hace ahí. Mierda, soy un puto desastre.

Será mejor que baje a desayunar a la cafetería de la esquina. No he

vuelto desde que discutí con aquella chica; la que me dijo que tenía un palo metido por el culo. Al pensar en ella, se me escapa un suspiro de agotamiento. Guardo la distancia con todo el mundo, pero jamás soy borde ni grosero a propósito con nadie. Era un mal momento porque acababa de tener un inesperado brote de inspiración e iba a apuntar la idea justo cuando me derramó el café encima. Al mirarla tuve la impresión de que era una loca que lo había hecho adrede para llamar mi atención —no sería la primera vez que algún lector me reconoce y me pide un autógrafo—, así que pagué mi frustración con ella. No me siento orgulloso. Me quedó bastante claro que no era una fan. Debería haber aceptado su disculpa. De hecho, no he vuelto a la cafetería porque me da vergüenza reencontrarme con ella. Está claro que no es de las que se dejan avasallar, pero no estoy de humor para pedirle perdón.

Me paso una mano por el pelo. Debería limpiar el ático, hacer la compra y sentarme delante del ordenador. Casandra me gritó que ya ni siquiera espera que sea un buen libro. El primero fue un bombazo inesperado; el segundo, mediocre pero comercial, y el tercero fue lapidado por la crítica. «Me conformo con que escribas algo que se pueda vender. Tienes un nombre en este mundillo. Aprovéchate del éxito y mándame lo que sea». No la culpo por ser pragmática. El problema es que soy demasiado orgulloso para enviarle cualquier basura y cobrar el adelanto. Quiero publicar algo de lo que no me avergüence. Ojalá supiera cómo. A estas alturas ya ni siquiera recuerdo cómo se escribe un buen libro.

Estoy agotado e irritado. Qué novedad.

Me doy una ducha, me pongo un jersey que no está arrugado, unos vaqueros que encuentro tirados en el suelo y voy a la cocina para encender el móvil. Tengo un montón de llamadas perdidas y

wasaps. La mayoría son de Casandra y mi abuela. Las llamadas de esta última son las que me hacen sentir culpable. Casandra es mi agente y no tengo fuerzas para mentirle; sin embargo, mi abuela es mi gran debilidad. Cualquiera que me conozca sabe que es la única persona a la que visito sin sentirme obligado, y a la que llamo un par de veces a la semana para comprobar si se toma la pastilla de la tensión y sale a caminar todos los días. La quiero con locura. Es la mujer más buena y especial que conozco.

Decido que mañana la invitaré a cenar a ese italiano que tanto le gusta, el del camarero que siempre le dice lo guapa que está y con el que liga con descaro mientras yo finjo horrorizarme y le tomo el pelo al decirle que es demasiado mayor para él. Pero eso será mañana; hoy no estoy de humor para relacionarme con nadie (otra novedad).

Menos mal que la chica con la que discutí no está en la cafetería. No pienso admitir en voz alta que me sentí intimidado por una criatura con voz chillona que no pasa del metro sesenta. Tengo una reputación que mantener.

Después de desayunar, vuelvo a casa y me siento delante del ordenador durante una hora y media en la que contemplo la pantalla en blanco de Word y juego al solitario. Estoy a punto de rendirme cuando me llama un número desconocido. Siento el impulso de colgar, pero al final tengo un mal presentimiento y lo cojo al quinto tono.

—¿Diga?

—¿Es usted Oliver Vidal? —pregunta una voz femenina y fría.

—Sí.

—Le llamo del hospital Virgen Macarena. —Me pongo rígido. Nadie te llama del hospital para darte una buena noticia—. Aparece como el contacto de emergencia de la señora Elvira García.

La mano que sostiene el teléfono me tiembla. Tengo el cuerpo cortado y maldigo el momento en el que he decidido posponer la cita con mi abuela. Ni siquiera logro entender lo que me dice. Salgo disparado del ático y bajo las escaleras a toda prisa porque el ascensor va demasiado lento. Jamás me perdonaría que le pasara algo a mi abuela. ¿Cómo he podido ignorar sus llamadas durante una semana? Soy un completo egoísta.



Corro como un loco por el pasillo del hospital. No me quedaré tranquilo hasta que la vea. Me da igual que la administrativa me haya asegurado que mi abuela está fuera de peligro. El corazón me late desbocado e ignoro a un hombre que me reconoce y grita que le ha encantado mi último libro. «Que te den», pienso. «No es el momento ni el lugar de comportarse como un fan. Además, el libro es una basura».

Habitación doscientos tres, habitación doscientos cuatro, habitación doscientos cinco…

La puerta de la doscientos seis está abierta y entro al borde de la taquicardia. Freno al ver a mi abuela. Está tumbada en la cama y sonríe. Me relajo un poco al ver que está bien. Hay una mujer joven sentada en la butaca que hay junto a la cama, y ella y mi abuela están charlando como si se conocieran de toda la vida.

—Así que Morgan Freeman —le dice la desconocida, riéndose de una forma que me resulta… sorprendentemente agradable; tanto que no me importaría volver a escucharla. No puedo verle la cara porque está de espaldas, pero su voz me suena familiar—. A mí también me parece un gran actor.

Mi abuela se ríe. Me gusta verla contenta. Se nota que ella le cae bien. No va vestida con ropa de enfermera, así que me pregunto quién será.

—Es mi amor platónico desde que vi *Paseando a Miss Daisy* por primera vez.

—No la he visto —le confiesa su misteriosa amiga.

—¡Oh, querida! —exclama mi abuela con dramatismo—. Jessica Tandy está espléndida. Es una obra maestra. Tienes que venir a mi casa a hacer un maratón de mis películas favoritas. Los grandes clásicos no pasan de moda. Prepararé mi famosa tarta de pistacho y queso. Me encanta recibir invitados, sobre todo cuando son tan encantadores como tú.

Es hora de que me la presente. No conozco a su nueva amiga, pero sé que mi abuela siente debilidad por las causas perdidas y tiende a ser demasiado generosa con los extraños. No voy a permitir que una desconocida se aproveche de su buena voluntad.

Carraspeo para llamar su atención, y ambas se sobresaltan. Mi abuela sonríe de oreja a oreja al verme. La chica se vuelve y abre mucho los ojos. Tengo que utilizar todo mi autocontrol para no retroceder impactado.

Es… la chica de la cafetería.

La observo embobado. No es para menos. Ahora que no estoy cabreado, tengo el dudoso placer de fijarme en detalles que preferiría no haber notado: el tono verdoso de sus ojos grandes y algo rasgados; el brillo de su cabello castaño y ondulado; la nariz pequeña, cubierta de pecas que se desparraman por sus mejillas; la boca apetitosa y fruncida en una mueca de disgusto.

No me gusta. Para nada. En la cafetería ya me pareció chillona, repelente y con una sonrisa que me puso de los nervios. Pero, por

algún ridículo motivo, no puedo dejar de mirarla.

Trago saliva. De repente, tengo la boca seca.

Genial, ahora resulta que mi cerebro ha decidido que mi tipo ideal es una chica con los ojos del color del musgo bañado por el sol del atardecer, diminuta como una ninfa y con una constelación de pecas en la cara.

Es preciosa. Soy un tonto por no haberme dado cuenta la primera vez que la vi. No cometeré el mismo error de nuevo.

Ella me mira impresionada. Tal vez le he causado el mismo impacto.

No entiendo nada. Llevo tanto tiempo sin fijarme en una mujer que mi reacción resulta absurda y desproporcionada. Me molesta volver a verla. Estoy confundido e intrigado, y me pongo de malhumor. ¿Qué tiene de especial para que la mire más de dos veces?

Mierda, ¿qué demonios me pasa? Solo es una cara bonita. Llevo demasiado tiempo sin echar un polvo. Debe de ser eso.

—Ostras, el imbécil —dice alterada. Mi abuela se ríe. Ella se tapa la boca y me mira horrorizada—. Uy, ¿he hablado en voz alta?

El hechizo se rompe. Mi cuerpo se congela. Y vuelvo a recordar por qué me cayó tan mal aquel día.



10

¿Y esta qué hace aquí?

—¿Os conocéis? —pregunta mi abuela.

La chica me lanza una mirada asesina. Su naricilla cubierta de pecas se arruga en un gesto de enfado de lo más infantil. Por un momento, casi me disculpo con ella por haber sido tan borde aquel día, pero me escuece que me haya llamado imbécil, así que cuadro los hombros, la ignoro y me centro en mi abuela, que parece muy entretenida con la situación.

—¿Y esta qué hace aquí? —le suelto.

Ella da un respingo.

—*¿Esta?* —replica indignada.

Tiene las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos. No sé por qué eso me la pone tan dura. A lo mejor voy a caer enfermo… Sí, será algún virus. Ni siquiera es mi tipo. Es demasiado bajita y delgada. Pero —por alguna razón que no logro entender— pienso que mis manos podrían rodear completamente su estrecha cintura.

Ella levanta la barbilla con ademán orgulloso; el mismo gesto con el que se enfrentó a mí en la cafetería. Sus ojos son una mezcla fascinante de tonos tierra con destellos verdosos que brillan con rabia.

—Tengo un nombre.

—¿Tengo pinta de que me importe? —replico con sequedad, solo por tocarle las narices.

No debería haberla llamado «esta» ni tampoco contestarle de esa forma; sin embargo, siento la imperiosa necesidad de cabrearla por haberme hecho dudar de mí mismo antes. No sé por qué una cosa tan diminuta y guapa consigue ponerme de los nervios.

—Tienes pinta de estar amargado —suelta, con una sonrisita burlona que me dan ganas de borrar—, pero eso ya lo sabes. Te lo dije el otro día.

Me lanza una mirada triunfal, orgullosa. Y yo entrecierro los ojos, indignado, porque ha dado en el clavo.

—¿Podéis dejar de discutir? —interviene mi abuela, y juraría que disimula una sonrisa divertida—. Ella es mi amiga Georgi.

—Mis amigos me llaman Georgi —me observa con evidente desagrado—. Tú puedes llamarme Georgina.

Ah, conque esas tenemos… Que no se preocupe. A esto podemos jugar los dos. ¿Quiere guerra? La va a tener.

Mierda, ¿qué me pasa? ¿Por qué permito que me saque de mis casillas? Debería estrecharle la mano y decir que estoy encantado de conocerla, aunque sea mentira. Uno de los dos tiene que actuar con madurez.

Me pierdo en su boca curvada en una mueca furiosa. Un ramalazo de algo nuevo y desconcertante me sacude de la cabeza a los pies. Hacía demasiado tiempo que una persona no me despertaba tanta

curiosidad… e irritación.

—Me gustaría hablar a solas con mi abuela, Georgina —pronuncio su nombre con gravedad.

—¿Me estás echando?

Su expresión atónita consigue que toda mi sangre se concentre en el mismo sitio; algo de lo más incómodo y desconcertante porque hace demasiado tiempo que mi «amigo» no daba señales de vida. Ya pensaré en ello en otro momento. Ahora solo puedo alegrarme de que se haya picado. No permitiré que tenga la última palabra.

—Sí —contesto con suficiencia.

—¡Oliver! —me regaña mi abuela.

—No pasa nada, Elvira. —Georgina le da un apretón tranquilizador en el brazo—. No esperaba menos de él. Estaré fuera por si me necesitas.

La observo de reojo cuando se levanta. Me da igual lo que piense de mí; es mejor así. Ni siquiera me conoce. Si lo hiciera, tendría una opinión aún peor. Aunque, como ya he dicho, no me importa en absoluto lo que opine esa pitufa de ojos verdes tan irritante.

Me llega el olor de un perfume de flores silvestres cuando me roza sin querer el brazo. Se me escapa un gruñido y ella me mira contrariada, asumiendo que su contacto me ha molestado. No me quedo tranquilo hasta que sale de la habitación, e incluso entonces tengo el corazón acelerado. ¿Qué cojones ha sido eso? No entiendo nada.

—¿De qué os conocéis? —pregunta mi abuela.

—Me tiró un café encima —le explico malhumorado—. No me cae bien.

—No es excusa para que seas maleducado.

Lo sé. No logro entender por qué me afecta tanto. Esto no tiene

ningún sentido.

—¿Qué tal estás? —me preocupo, ansioso por cambiar de tema—. Aún no he podido hablar con el médico.

—Solo ha sido un desmayo sin importancia.

—No nos iremos hasta que te hagan un chequeo completo. De todas formas, mañana pediré cita en el médico del seguro. Espero que hayas dejado el vino, abuela. El doctor dijo que…

—Voy a cumplir ochenta y seis primaveras. A estas alturas, ni tú ni nadie puede decirme lo que debo hacer. Tomaré una copita de vino todos los días si me apetece. Prefiero morir feliz que durar un par de años más, amargada por haceros caso a todos. —Levanta la mano para que me calle cuando estoy a punto de replicar—. No escurras el bulto. Has sido muy desagradable con mi amiga. Te conozco, Oliver. Eres reservado, pero no antipático. ¿Qué mosca te ha picado?

—Nunca me habías hablado de tu amiga —protesto a la defensiva.

—La acabo de conocer. Ya somos uña y carne.

Hostia, ya empezamos.

—Abuela… —Sacudo la cabeza con incredulidad.

—Tengo buen ojo para la gente.

Tiene «debilidad» para la gente. Hace tres meses conoció a un tal Sebastián, un indigente; lo invitó a almorzar y quiso alojarlo en su casa porque el hombre no tenía a dónde ir. Al final logré convencerla para que le pagase un hostal. Ella lo contrató como jardinero, aunque no tenía experiencia. Ahora, los arbustos están disparejos y le invita a merendar todos los días porque se ha propuesto buscarle novia. Sebas —como ella lo llama— ha resultado ser un buen hombre que solo necesitaba una oportunidad, pero no sería la primera vez que confía a ciegas en una persona que al final la engaña para llevarse algo a cambio. Como aquella estafadora que la convenció de invertir

cinco mil euros en un supuesto negocio de *cupcakes* que nunca vio la luz; o el pintor acuciado por las deudas al que pagó por adelantado para arreglar la fachada de su casa, y desapareció del mapa tras cobrar el cheque. Eso no le impide seguir ayudando a desconocidos porque tiene alma de buena samaritana desde que mi abuelo falleció hace quince años.

—Me he desmayado delante de Georgina y ella no se ha separado de mi lado en ningún momento. Me ha hecho compañía hasta que has llegado. Es una chica estupenda, muy buena y generosa.

—Has llegado a esa conclusión después de estar con ella… ¿Cuánto tiempo?, ¿media hora?

—¡Eso no importa!

—¿Dónde estabas cuando os habéis encontrado?

—Pídele que vuelva —me ignora—. Me gustaría darle las gracias. Y, por la cuenta que te trae, sé amable con ella.

No quiero volver a verla, maldita sea. Me saca de quicio. A mí, que siempre mantengo la calma y me he convertido en un experto en no mostrar emoción alguna delante de otras personas. Hay algo en Georgina que… no sé. Sea lo que sea, prefiero no averiguarlo y seguir con una rutina donde las sorpresas no tienen cabida.

—Oliver —insiste—. Hazlo por mí.

—Abuela, eso no es justo. Siempre hago lo que me pides.

—Qué mentiroso. —Pone los ojos en blanco, a pesar de que ambos sabemos que tengo razón. Es la única persona a la que casi nunca le niego nada—. Todavía no me has dado un bisnieto.

La idea de hacerme cargo de otro ser vivo me parece ridícula; ni siquiera sé cuidar de mí mismo. Puede olvidarse de que tenga descendencia.

—Tengo veintiocho años —digo para salir del paso.

—Ya eres mayorcito para encontrar a una buena chica. O un chico. Sabes que no tengo prejuicios. ¿Te gustan los hombres? No hemos hablado del tema. Por mí no hay problema. Los gais me caen fenomenal. ¿Te he contado que el año pasado Dori y yo estuvimos en un bar de ambiente en nuestro viaje a Brighton? ¡Qué bien lo pasamos! Bailé hasta la madrugada con una *drag queen* que se llamaba Sasha Velour. ¡Si hubiera nacido treinta años antes…!

Conozco bien la historia. Después de aquella fiesta estuvo una semana en la cama con dolor de espalda, pero la edad no la frena para divertirse. Mi padre pone el grito en el cielo e intenta controlarla en vano. Mi abuela está empeñada en vivir su segunda juventud desde que el abuelo murió. Me parece fenomenal. No le hace daño a nadie al vestir con ropa moderna e ir a la discoteca con su mejor amiga. El mundo sería un lugar mejor si todos persiguiéramos lo que nos hace felices en lugar de preocuparnos por la opinión de los demás.

—Me gustan las mujeres. —Lo sabe de sobra, aunque hace tanto tiempo que estoy solo que ya no recuerdo lo que se siente al tocar a una.

—En el pasillo hay una muy guapa y simpática.

Suspiro con resignación. Sabía que no perdería la oportunidad de emparejarme con su nueva mejor amiga. Cree que perderé mi carácter avinagrado si me enamoro perdidamente. Como si el amor fuera la solución a todos mis problemas y otra persona pudiera completar mis carencias. Qué tontería.

—De acuerdo. —Me rindo. No quiero alterarla dado su delicado estado de salud—. Iré a buscarla. Eso es todo, abuela.

—Pídele su número.

Es un caso perdido, nunca cambiará. Salgo al pasillo y tardo dos

minutos en encontrar a Georgina. Está delante de una máquina expendedora. Tiene los brazos en jarras y mira con deseo la chocolatina que se ha quedado atascada contra el cristal.

—¿También le has declarado la guerra a la máquina? —intento sonar desenfadado, pero no consigo disimular del todo mi sarcasmo.

Ella se sobresalta porque no me ha oído llegar. Luego me ignora a propósito y sigue observando con deseo la chocolatina Mars. No sé por qué me fastidia tanto que no me preste atención si acabo de echarla de la habitación porque necesitaba perderla de vista. Debería darme la vuelta y regresar con mi abuela, pero recuerdo que me ha pedido que fuese amable, así que decido esforzarme más. Solo por ella, que conste.

—Puedo zarandear la máquina —me ofrezco.

Georgina echa un vistazo a mis brazos, como si estuviera evaluando si soy lo bastante fuerte. Tengo que contener el ridículo impulso de remangarme las mangas del jersey para demostrarle que estoy en buena forma. Mierda, mi abuela tiene razón. ¿Qué mosca me ha picado?

—Ese celador me ha reñido por darle una patada. —Hace un gesto hacia el armario empotrado que no nos quita la vista de encima—. No quiero que te metas en problemas por mi culpa.

«Quiero meterme en problemas por ti».

Espera, ¿qué?

Me alejo del dispensador, desconcertado por mi arrebato. No sabía que dentro de mí había un tipo deseoso de impresionar a una mujer que hace unos minutos lo ha llamado imbécil.

Estoy incubando la gripe, no hay otra explicación.

—Seguro que hay otra máquina en la planta de abajo —sugiero.

—Da igual. Solo tenía dos euros.

Empiezo a sacar la cartera.

—Puedo…

—No —contesta con los labios apretados y las mejillas encendidas. Está claro que no va a aceptar mi dinero. Es una chica orgullosa. Lo entiendo—. ¿Qué quieres?

—A mi abuela le gustaría darte las gracias. —También me ha pedido que sea amable con su nueva amiga, así que inspiro hondo y digo con un falso tono cordial—: Soy Oliver. Antes no me he presentado.

—Estabas muy ocupado echándome de la habitación —responde con ironía—. Ya sé cómo te llamas. Tu abuela te ha regañado.

Quizás debería recordarle que ella me ha insultado primero. Si no lo hago es porque tengo que apartarme para dejar paso a un celador que empuja una camilla. El pasillo es muy estrecho y termino pegado a Georgina, que queda atrapada entre mi cuerpo y la máquina expendedora. Oigo cómo contiene el aliento y eso, por otra inexplicable razón, despierta a esa parte de mi cuerpo de la que carezco de control y se revoluciona al estar cerca de ella. La camilla me golpea en las costillas y el celador se disculpa antes de seguir su camino. Pierdo el equilibrio, me inclino hacia delante y apoyo las manos en el cristal de la máquina para no aplastar a Georgina, que pega un salto.

Estamos *demasiado* cerca, y eso me pone nervioso. Ahora soy plenamente consciente de su cuerpo pequeño y delgado. También del olor a fresas que me envuelve al agachar la cabeza y oler su pelo sin que se dé cuenta. Es muy bajita, podría levantarla en brazos sin esfuerzo. Gira la cabeza y su boca me roza el codo. Me echo hacia atrás de forma brusca, impactado y molesto al mismo tiempo. Ella me observa con los labios fruncidos.

—¿Te has hecho daño?

Coloca su mano con delicadeza en mi costado, a escasos centímetros de donde me ha golpeado la camilla. Me aparto de un tirón, sobresaltado. Sus ojos se abren con sorpresa y deja caer el brazo.

—No pretendía…

—Estoy bien —espeto, con un tono tan duro que ella entorna los ojos—. ¿Te importaría despedirte de mi abuela?

—En absoluto. Lo habría hecho si no me hubieras echado.

Ignoro su pulla y la acompaño a la habitación, pero me quedo fuera cuando entra. Desde aquí puedo escuchar sus risas. Me alegro de que mi abuela se divierta. Le he dado demasiados quebraderos de cabeza y siento que nada puede compensar el dolor que le he causado.

El médico aparece al cabo de unos minutos, así que entro en la habitación. Le explica a mi abuela que solo ha sido una bajada de tensión y que le darán el alta dentro de un par de horas. Lo acribillo a preguntas y no me quedo tranquilo hasta que las responde todas con profesionalidad. Mi abuela me mira disgustada cuando el médico se marcha.

—Me trata como si fuera una niña —le dice a Georgina—. ¿Te lo puedes creer? ¡Soy cincuenta y siete años mayor que él!

—Solo se preocupa por ti —interviene ella, para mi sorpresa.

—Ya has oído al doctor. No me queda más remedio que permanecer aquí un par de horas. Voy a ver la nueva temporada de *Outlander*. ¡Qué guapo es Sam Heughan! Siempre he sentido debilidad por los escoceses. Me encantan los hombres pelirrojos que visten falda. —Mi abuela coge el iPhone 15 que le regalé por Navidad—. Oliver, lleva a Georgina a su casa.

—¡¿Qué?! —exclamamos a la vez.

—No voy a dejar que esta simpática y adorable jovencita se vaya sola.

—Soy mayorcita. —Georgina esboza una mueca incómoda—. Cogeré un autobús.

Eso, que coja un autobús. No es mi problema. Que se las arregle sola.

—De eso nada. —Mi abuela me mira sin disimulo y luego la señala con la cabeza—. A mi nieto no le importa. Es su forma de agradecerte que me hayas hecho compañía, y de disculparse por haber sido tan grosero contigo.

«Ella me ha llamado imbécil», tengo ganas de gritar. Puedo pedirle un taxi; no hay necesidad de que esté encerrado en un espacio tan reducido con ella. Será raro e incómodo. No sabré qué decirle, y cabe la posibilidad de que me olvide hasta de cómo respirar.

—Oliver —insiste mi abuela.

Me vengo abajo al verla en la cama, con la bata de hospital y la vía en el brazo. No va a darse por vencida. El médico ha dicho que no debe alterarse, así que lo mínimo que puedo hacer es no llevarle la contraria.

—Claro —accedo de mala gana. Me dirijo a Georgina con la expresión más conciliadora e hipócrita del mundo—. No me importa llevarte.

Sabe que no estoy siendo sincero e irradia tensión cuando asiente, pero parece que tampoco quiere preocupar a mi abuela, que está encantada de haberse salido con la suya.

Solo es un corto trayecto en coche. Ni siquiera tenemos que hablar. Pondré la radio y prestaré atención a la carretera. No volveré a ver a Georgina en cuanto la deje en su casa. Dentro de un par de días ni

siquiera me acordaré de ella.



11

¿Tengo monos en la cara?

Uf, qué situación más violenta.

Preferiría haber cogido el autobús. Además, él no quería llevarme. Podría disfrutar de una conversación trivial si se tratara de otra persona —de hecho, Dani dice que tengo verborrea y que soy capaz de hablar hasta con una piedra—, pero él ha dejado bastante claro que no me soporta y yo no tengo necesidad de hablar con quien no quiere saber nada de mí.

No puedo borrarme la imagen de su cara al verme en la habitación: ojos abiertos, pupilas dilatadas y mandíbula apretada. ¡Seguro que pensaba que nunca más se cruzaría conmigo! Luego, al pasar junto a él, le he rozado el hombro y ha gruñido como si hubiera tocado un excremento. ¿Y en el pasillo? Se ha quedado de piedra cuando nos hemos acercado por culpa del celador y casi ha suspirado de alivio al alejarse. Por no hablar de cómo se ha apartado

horrorizado cuando le he tocado el costado para comprobar si estaba bien. El muy cretino… Nunca nadie me había tratado así.

«Lo capto, Oliver. Te desagrado. Tampoco hace falta que montes un drama. Ni que fuera a saltarte encima…».

Uy, alguien se ha picado.

No sé por qué me afecta haberle causado una mala impresión. No soy una persona insegura que se preocupe por lo que los demás piensen de mí. De hecho, siempre he creído que la única opinión relevante es la de las personas que te aprecian y desean lo mejor para ti. Y, en la mayoría de las ocasiones, lo que de verdad cuenta es ser fiel a tus principios porque no hay nada peor que traicionarse a uno mismo…

Me percato de que Oliver no deja de mirarme de reojo y de aferrar el volante con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos. Después de subir a su cochazo —un Mercedes de alta gama—, ha encendido la radio y no nos hemos dirigido la palabra desde entonces. Estoy empezando a mosquearme. No me molesta que no me hable, pero sí que me vigile como si creyese que voy a robarle… vete a saber qué.

—¿Tengo monos en la cara? —le espeto.

Oliver para en un semáforo en rojo y se vuelve a mirarme. Es la primera vez que lo hace sin disimulo.

Ostras, qué guapo es. Sus rasgos son muy masculinos; todo líneas duras, sin una pizca de suavidad. Ni siquiera se ha peinado, lo que le otorga un aspecto algo salvaje. No necesita perder el tiempo delante del espejo. Seguro que se ha puesto lo primero que ha encontrado, apañándoselas para parecer inalcanzable.

Es desagradable, pero muy follable.

«¡No he dicho eso!», le recrimino a la vocecita.

—No —responde sin inmutarse.

—Llevas un rato mirándome de reojo.

Me sostiene la mirada de una forma tan intensa que mi estómago se contrae. Sus ojos me atrapan un segundo demasiado largo, como si evaluara algo en mí. Después, su mandíbula se tensa, y me pregunto si está enfadado conmigo o consigo mismo.

—No sabía que no pudiera mirarte.

Me desconcierta que no lo niegue. El semáforo se pone en verde y pisa el acelerador. Vuelve a concentrarse en la carretera y mi estúpido corazón se relaja.

—Ni que fuera a robarte la alfombrilla.

—¿Qué?

—He dicho que no voy a robarte.

—No creo que seas una ladrona.

—Me estabas vigilando.

—Te miraba —dice con esa voz tan profunda que me estremece—. Hay una gran diferencia.

Un ardor inesperado me sube por las mejillas. Me gustaría que me explicase lo que acaba de decir, pero no me atrevo a pedírselo. No entiendo por qué me observaba si no desconfía de mí. ¿Qué otro motivo podría haber? Es evidente que le desagrado…

—Tranquila —añade—, no eres mi tipo. No te miraba en ese plan.

—Supongo que tu tipo son las mujeres desagradables y amargadas, así que gracias por el halago. —Le guiño un ojo y esbozo una sonrisa de suficiencia.

Lanza un suspiro entrecortado, como si estuviera a punto de decir algo, pero decidiera tragárselo. Sabia decisión. «Si me buscas, me encuentras, guapo».

Volvemos a sumirnos en un silencio incómodo, y me doy cuenta de que es un conductor hábil y paciente cuando le hace un gesto a un

señor mayor para que cruce por el paso de peatones, aunque todavía le faltaban unos metros para llegar.

—Ahora eres tú la que me mira —señala, con un tono arrogante que me saca de mis casillas.

Es increíble que haya decidido abrir la boca para decir algo tan ridículo. No es cierto. Bueno, vale, tal vez sí. Estoy en su coche, el silencio me incomoda y no sé dónde poner los ojos. Quizá lo he mirado en un par de ocasiones.

Han sido más de un par, me recrimina la voz.

«¿Tú de parte de quién estás?».

—Si te has dado cuenta es porque tú también me estabas mirando.

—No he dicho lo contrario —responde con calma.

Me vuelvo hacia él, hecha una furia.

—¿Cuál es tu problema?

—Tendrás que ser más específica.

—Tu problema conmigo —insisto irritada—. ¿Qué te he hecho para que te comportes como si tuviera una enfermedad contagiosa? ¡Solo te tiré un café encima por accidente!

—No sé de qué me hablas.

—Oh, claro. —Me rio sin dar crédito—. No te atrevas a fingir que todo está en mi cabeza. ¡La cara que has puesto cuando me has visto en la habitación del hospital! ¡Como si hubieras visto un fantasma! Te ha faltado echar a correr.

Espero que lo niegue, pero al cabo de unos segundos, dice:

—No esperaba volver a verte. —Su tono oculta algo que no sé descifrar. Su expresión es inescrutable.

—Siento desilusionarte —respondo con ironía—. Te aseguro que el sentimiento es mutuo.

Por la forma en la que contrae la mandíbula y agarra el volante,

diría que está empezando a perder la compostura. Genial, yo también estoy enfadada. No tiene derecho a observarme como si tuviera tres cabezas o a actuar como si respirar el mismo aire que yo le diera asco. Podría fingir que no le caigo como una patada en el estómago. Tampoco es pedir tanto.

—Me he sorprendido al encontrar a mi abuela acompañada de la última persona que esperaba —admite.

—Y que te dijo que tenías un palo metido por el culo…

—Cómo olvidarlo —contesta con sequedad—. Aunque no te habría echado de la habitación si no me hubieras llamado imbécil.

—Te has comportado como uno.

—Es difícil no ponerse a la defensiva cuando te insultan.

—Casi tanto como ser amable cuando alguien te tira un café, se disculpa y trata de arreglarlo —le recuerdo con aspereza. Y añado con ironía—: Oh, vaya… No tengo papel ni boli para que me firmes un autógrafo. Quizá podríamos hacernos una foto, ya que eres tan famoso y «simpático». Así la guardo de recuerdo.

Tiene la desfachatez de resoplar.

—¿Quieres que te diga que tuve un mal día y lo pagué contigo?

—Eso no justificaría lo borde que fuiste.

Suelta una risa desganada y niega con la cabeza, como si yo fuese un caso perdido. Me clavo las uñas en las palmas de las manos. Nunca me había sentido tan incómoda con alguien.

—El GPS indica que estamos a dos minutos de tu casa. Seguro que podemos intentar no discutir hasta que te bajes del coche.

—Te aseguro que yo también estoy deseando perderte de vista —contesto con la cara hirviendo y una grandísima necesidad de quedar por encima de él.

—No tienes ni idea.

Hay algo en su tono que me pone la piel de gallina. No sé si es la gravedad con la que pronuncia cada palabra, o el hecho de que me mire un segundo de reojo antes de volver a centrar la vista en la carretera. El caso es que me afecta demasiado para dejarlo estar, porque el rechazo que le produzco es de lo más insultante. Me dejo llevar por un impulso y abro la puerta cuando detiene el coche en un semáforo en rojo.

—¿Se puede saber qué haces?

—Es evidente. —Me peleo con el cinturón para desabrocharlo—. No te haré sufrir más. Me bajo aquí. Puedo ir a pie.

Antes de que pueda abrir del todo, su mano se cierra con firmeza sobre mi brazo. No es un agarre violento, pero lo suficientemente decidido como para obligarme a detenerme.

—No —dice con expresión tensa, sin soltarme—. No voy a dejarte tirada en mitad de la carretera.

Tiene razón, es una mala idea. No hay paso de peatones; tendría que zigzaguear entre la larga hilera de coches y luego cruzar los dos carriles contrarios, donde circulan a toda velocidad. Con suerte no acabaría aplastada en el asfalto como un insecto.

¿Cómo he podido tener una idea tan estúpida? No sé qué me pasa. Una cosa es ser impulsiva, y otra comportarme como una idiota.

Me sorprende cuando Oliver se inclina sobre mí para coger el cinturón. Su boca roza mi frente de forma accidental, y por un instante noto cómo contiene la respiración. Huele demasiado bien, a gel de baño y loción para el afeitado. Su mano se detiene un segundo antes de seguir con el movimiento, como si necesitara recuperar el control.

Me abrocha el cinturón y se aparta con brusquedad. Tiene la mandíbula tensa y sus dedos tamborilean contra el volante antes de

arrancar.

—No vuelvas a hacer algo así —me pide con voz queda, casi ronca, y luego añade con evidente esfuerzo—: Por favor.

Asiento con la boca seca. La temperatura parece haber subido diez grados de golpe. Su mirada apenas roza la mía antes de centrarse de nuevo en la carretera, pero hay algo en su expresión —una mezcla de frustración y una sombra desconocida— que hace que mi corazón lata más rápido de lo que debería.

No te hagas ilusiones. Seguro que es porque tendría que llamar a la policía si te atropellan y no quiere que le causes más molestias. Está deseando librarse de ti.

«Tienes razón».

No volvemos a dirigirnos la palabra hasta que aparca delante de mi edificio. Son los dos minutos más largos y raros de mi vida. Ojalá supiera qué pasa por su cabeza, así dejaría de actuar como una cría que se pone a la defensiva porque el hombre más guapo que ha visto en su vida la trata como si tuviese la lepra.

—Creo que hemos empezado con mal pie —digo con la esperanza de que me dé la razón.

Oliver mira por encima de mi hombro, hacia la ventana. Espero un tiempo prudencial, hasta que comprendo que no va a decir nada y comienzo a sentirme como una imbécil.

Ni siquiera soporta mirarme a la cara. Pues qué bien. Será mejor que me largue.

—Gracias por traerme —añado.

Oliver por fin se digna a prestarme atención. Abre la boca, pero no dice nada. El silencio vuelve a flotar entre nosotros, denso y pesado. No puedo soportarlo más. Abro la puerta del coche con tanta prisa por salir que me tropiezo con el bordillo y estoy a punto de caerme

de boca. Menos mal que consigo agarrarme al borde de la puerta.

Me sorprende encontrarme a Marcos esperándome frente a mi portal. Nunca viene sin avisar.

—Ey. —Me da dos besos y señala con la cabeza detrás de mi espalda—. ¿Quién es?

No tengo por qué darle explicaciones y no me apetece contarle lo que me une a Oliver, así que me encojo de hombros.

—He venido a invitarte a cenar. Me han ascendido y quería celebrarlo contigo. Si no tienes otros planes y tu amigo no te está esperando, claro.

—¡Oh! ¡Enhorabuena! —Le doy un abrazo porque me alegro mucho por él. Llevaba bastante tiempo peleando por ese puesto. Es genial que lo haya conseguido.

Marcos me estrecha más de lo normal. Lo achaco a la emoción del momento y le froto la espalda con cariño. Sin embargo, se niega a soltarme cuando intento retroceder, lo que me deja bastante descolocada. Me rio para salir del paso y murmuro que me está ahogando. Justo entonces me percato de que hay alguien detrás de mí. Me aparto de Marcos, que me pasa un brazo por encima de los hombros con ademán posesivo y observa fijamente a Oliver. No le queda más remedio que levantar la barbilla para sostenerle la mirada. El escritor es más alto que él.

La mirada de Oliver se detiene un instante en la mano de Marcos, lo justo para que me pregunte si lo he imaginado. Luego, me mira con la misma calma distante de siempre. Su expresión sigue siendo inescrutable, pero hay una rigidez en su postura que antes no estaba ahí.

—No quería interrumpiros —me dice—. Te has olvidado el bolso.

Me lo entrega sin que me dé tiempo a darle las gracias y regresa a

su coche. Me aparto de Marcos cuando Oliver se va. Seguro que ha pensado que estamos juntos, aunque en realidad no podría importarme menos. Lo que me fastidia es que un tío que no me valoró se crea con derecho a marcar territorio delante de otro hombre. Por ahí no paso.

—¿Qué hacías en el coche de Oliver Vidal? —me pregunta desconcertado.

—¿Lo conoces?

—He leído un libro suyo. Una puta basura. —Se ríe. A mí el comentario no me ha hecho gracia—. ¿Me he perdido algo?

—Es una larga historia.

Marcos espera que diga algo más, cosa que no hago. Me ha molestado que me abrazase para darle a entender a Oliver que había algo más entre nosotros.

—Qué misteriosa estás hoy —bromea—. ¿Qué tal si te invito a ese mexicano que tanto te gusta y me cuentas de qué va esa historia?

—No me apetece. Tal vez otro día.

Marcos no oculta su decepción.

—Estás enfadada —advierte cabizbajo—. ¿He hecho algo mal?

No soy la clase de persona que escurre el bulto cuando otra le pide sinceridad, así que voy directa al grano:

—Me has abrazado más de lo normal para que él pensase que eres mi novio.

—Me alegraba mucho de verte. No ha sido con otra intención.

—¿En serio? —Enarco una ceja—. Me ha parecido que le estabas ladrando que soy tuya.

—No eres mía, Georgi.

—Eso ya lo sé.

—Perdona si te he dado la impresión equivocada. Te juro que solo

quería darte la buena noticia, y por eso me he dejado llevar por la emoción. Sabes lo mucho que me he esforzado por conseguir ese ascenso. No hay más.

—¿De verdad? —dudo. No quiero ser malpensada. Hasta este momento, Marcos no me ha dado motivos para desconfiar de él—. Te dije que solo quería ser tu amiga y sigo pensando lo mismo. Me encanta estar contigo, pero no podemos seguir viéndonos si albergas esperanzas de otro tipo.

—Para nada. —Me ofrece esa sonrisa que en el pasado me deslumbraba—. Siento haberte cortado el rollo con tu nuevo ligue. No volverá a pasar.

Suelto un bufido. No podría estar más equivocado.

—No estamos saliendo.

—Pues parece que te importa mucho lo que haya pensado.

—Me da igual —respondo con sinceridad—. Solo quería aclarar las cosas entre nosotros. Que no haya malentendidos ni creas que busco algo más que una amistad.

Se lleva una mano al pecho.

—Todo resuelto. ¿Puedo invitarte a cenar?

La verdad es que estoy muerta de hambre y me gustaría celebrar su ascenso. No veo por qué no puedo aceptar su invitación después de haber zanjado este malentendido. Por eso le digo que sí.

A menudo enredamos las relaciones a base de mentiras y cobardía, cuando en realidad la vida es más fácil si vas de frente y eres sincera con los demás sobre lo que puedes ofrecer y esperas de ellos. ¡Cuántos problemas nos ahorraríamos si todos fuésemos con la verdad por delante!



12

El mejor regalo del mundo sabe a chocolate

Me estoy inscribiendo en una oferta de InfoJobs cuando llaman al timbre. Dani está sentada a mi lado, pintándose las uñas de los pies con un esmalte azul turquesa, y Víctor está destrozando la cena. El humo que sale de la cocina es una señal de que hoy vamos a pedir comida china. Dani y yo somos unas cocineras nefastas, y nuestro pobre amigo lo intenta sin éxito. Por tanto, en esta casa nos alimentamos a base de bocadillos, lasaña congelada y los táperes que Dani roba de su trabajo porque dice que no le pagan lo suficiente y ha decidido cobrar la diferencia en rollitos de primavera y *jiaozi* (es camarera en un restaurante chino).

—¡El timbre! —le grita Dani.

—Tú no muevas el culo, pedazo de perra —responde él desde la

cocina—. ¡Estoy ocupado!

—¡No puedo andar! Tengo las uñas recién pintadas. ¡Tú estás más cerca de la puerta!

Es imposible concentrarse en esta casa de locos; siempre se están gritando. Ahora recuerdo por qué cortaron: se peleaban a todas horas.

—¡Georgi! —me llama Víctor.

—Un segundo —contesto mientras termino de redactar el correo electrónico—. Estoy liada.

—Sois unas flojas —refunfuña, saliendo de la cocina para abrir la puerta—. Hacéis conmigo lo que os da la gana. Sois unas brujas dominantes. Algún día me largaré y entonces lloraréis por no haberme valorado lo suficiente. ¡Os aviso de que no servirá de nada!

Dani sacude la cabeza y pone los ojos en blanco. Sobra decir que Víctor es la madre que limpia, quema la comida y se queja de lo desagradecidas que somos (con razón); Dani es la adolescente que monta fiestas en casa y da portazos cuando se cabrea, y yo soy la mediadora que se pone de parte de uno u otro en función de con quién me llevo mejor ese día. Somos un trío peculiar, pero nuestra dinámica familiar funciona. Llevamos un par de años viviendo juntos y todavía no nos hemos matado.

—¡Elvi! —exclama mi amigo. De repente, ha olvidado que estaba enfadado—. ¡Cuánto me alegro de que no estés muerta! ¡Dani, mira quién ha venido a vernos!

¡Alerta! ¡Alerta! Sal corriendo. Es una lianta que siempre causa problemas.

Debería hacerle caso a mi sabia voz interior, que nunca se equivoca. Pero, por supuesto, me levanto para saludar a Elvira. Atrás quedó la anciana frágil y pálida que se desmayó en nuestro

salón hace un par de días. Hoy ya desprende su energía habitual, con una blusa amarilla, unos vaqueros deshilachados, unas Converse de color lila y el pelo blanco peinado en unas preciosas ondas de sirena que le llegan hasta la mitad de la espalda. Me encanta que no se lo tiña y lo lleve tan largo.

Tengo que admitir que me cae genial; nunca había conocido a una abuela tan moderna. Tiene muchísima personalidad y le importa un bledo que la gente la mire por la calle. Me gusta que no pase desapercibida al vestir con todos los colores del arcoíris. El cretino de su nieto es otra historia.

—Hola, Elvira. —Le doy un abrazo que me ablanda el corazón—. Me alegro mucho de que ya estés recuperada.

—Y tanto que debes alegrarte. Le dio un chungo por tu culpa —me recrimina Víctor.

Le lanzo una mirada asesina. Él se encoge de hombros, sin un ápice de arrepentimiento, mientras Dani asiente para darle la razón. Cómo les gusta llevarme la contraria. Son lo peor.

—¡Tonterías! —Elvira me da una palmadita afectuosa en la mano. Luego arruga la nariz—. ¿A qué huele?

—El inútil de Víctor ha quemado la tortilla de patatas —le cuenta Dani.

—Inútil tú, cerda. Mira quién fue a hablar. La que estropeó la colada por echar líquido de lavavajillas en lugar de detergente.

—Qué rencoroso eres. Eso pasó hace un siglo.

—Sigo esperando que me pagues la camisa. Me costó doscientos pavos.

—Te hice un favor. Te quedaba como el culo.

—Vamos, vamos. No os peleéis —interviene Elvira. Me sorprende que le hagan caso, pues a mí suelen ignorarme—. Hago una tortilla

de patatas que sabe a gloria. Dadme un delantal y me pongo manos a la obra. ¿Os gusta con cebolla?

—Sin cebolla y poco hecha. —Dani le da un beso en la mejilla—. Gracias, Elvi. Eres un sol.

—¿Qué? No, no. —Intento detener a Elvira, que ya está entrando en la cocina. No me queda otra que seguirla—. Elvira, no puedes ponerte a cocinar. Eres nuestra invitada.

—No lo soy. No me habéis invitado, os he invadido. Soy demasiado mayor para tener vergüenza. A mi edad comprendes que es mejor decir lo siento que pedir permiso. —Se ríe—. Me gustaría que hablásemos después de que tengas el estómago lleno si no te importa.

—No puedo dejar que…

—¿Dónde guardáis el aceite?

Tiene tanta energía que soy incapaz de llevarle la contraria. Me ofrezco a ayudarla, pero me echa de la cocina. ¡De mi propia cocina! Dani y Víctor están encantados con la visita. Yo no tanto, pues sé lo que vendrá después de la cena. Empiezo a conocer a Elvira, y no es de las que se rinden.



—Es la mejor tortilla que he comido en mi vida —dice Víctor. Ya va por la tercera porción—. Deberías aprender a hacerla en forma de polla. Seguro que te forras, Elvi.

Me atraganto con un trozo de patata. No entiendo por qué lo quiero tanto, de verdad.

—Soy una jubilada muy satisfecha. Lo de la comida erótica lo dejo para mis ratos libres. Lo único que me falta es un bisnieto y ver

casado a Oliver —dice con tono soñador. Es un pensamiento un poco chapado a la antigua, pero la entiendo, porque a veces olvido que tiene más de ochenta años—. Georgi, querida, ¿hablabas en serio cuando dijiste que ibas a darle una segunda oportunidad a mi nieto?

—Pensé que no me habías oído —murmuro con la cabeza gacha.

No he olvidado la promesa que le hice cuando pensé que iba a morir por mi culpa. Desde entonces, he albergado la esperanza de que ella sí lo hubiese hecho. En fin, soñar es gratis.

—Lo dije en un momento de desesperación. No me lo tengas en cuenta.

Elvira me observa decepcionada. No quiero que vuelva a desmayarse porque le he roto el corazón. Sé que no debería haberle dicho tal cosa, pero tampoco me veo con fuerza de volver a ver a su nieto. Cuando estoy con él no soy la chica alegre y habladora que se mete a todo el mundo en el bolsillo, sino que me pongo nerviosa, actúo con torpeza y cometo locuras del tipo «intentar salir de un coche en mitad de una carretera atestada de coches que circulan a toda velocidad».

—Claro, querida —dice desanimada—. Lo entiendo perfectamente. Oliver fue muy grosero al echarte de la habitación. No tienes por qué cumplir tu palabra.

—Ella lo llamó imbécil —apunta Dani—. Es lógico que él se pusiera a la defensiva.

—¿Tú de parte de quién estás? —le pregunto indignada.

Dani señala a Elvira.

—De ella —responde sin dudar—. Me gusta cómo viste y cocina de maravilla. Ya la quiero más que a ti.

—Qué feo, Georgi —me regaña Víctor, que ha decidido sumarse a mi lapidación—. Las promesas que se hacen en el lecho de muerte

son sagradas.

—¡Si está más fresca que una lechuga! —estallo.

Elvira tose sin disimulo y pone cara de anciana desvalida.

—El médico dice que los sobresaltos son malos para mi salud. —Comienza a levantarse—. No he venido a causar problemas. Si vais a pelearos con Georgi, será mejor que me marche.

—¡No! —gritan mis amigos.

—¡Vale! —me rindo. No soporto que se alíen contra mí—. Si tu nieto reconoce que se equivocó, le daré una segunda oportunidad. Solo una, Elvira. No entiendo por qué estás tan empeñada en que sea su amiga. Es evidente que no tiene problemas para…

—¡Oh, querida! —Salta a mis brazos con tanto ímpetu que casi me tira de la silla—. Te prometo que no te arrepentirás. Mi Oli es un chico maravilloso. ¡Ya lo verás! Seguro que llegáis a ser grandes amigos.

Irme a vivir a Marte me parece un objetivo más realista, sinceramente.

—Primero debe disculparse —le recuerdo—. Y tú no puedes obligarlo. No debes intervenir, Elvira.

—Claro, claro. Me mantendré al margen.

—Todavía no he aceptado el trabajo. No te hagas ilusiones.

—Sabia decisión, Georgi —coincide Dani—. Elvi, ¿quieres ver *Cincuenta sombras de Grey*?

Para mi consternación, Elvira asiente con entusiasmo y termina sentada entre mis amigos con un bol enorme de palomitas en el regazo. Me froto la cara. Ojalá Oliver no se disculpe; no sabría cómo explicarle que su abuela está en mi sofá viendo una película erótica.

Dani le explica de qué va para ponerla en contexto, y Elvira se ríe y le cuenta que fue al estreno con su amiga Dori. Qué grande es.

Siempre va un paso por delante. Me encantaría conocer a Dori, por cierto. Seguro que son tal para cual.



Un par de días después, casi me he olvidado de Elvira, que no ha vuelto a dar señales de vida. Mis amigos están con el corazón destrozado porque echan de menos su tortilla de patatas y sus comentarios picantes sobre Christian Grey, pero no seré yo quien mueva un dedo para decirle nada. Fue bonito mientras duró. Ahora tendrán que buscar otra fuente de diversión. Yo tengo que centrarme en la entrevista de trabajo que tengo mañana. No es la oferta de mis sueños, pero sería maravilloso que me contratasen; así podría quitarme un peso de encima al devolverle a Elvira el dinero que le debo.

—¡Ya voy! —grito cuando llaman al timbre.

Es un repartidor con un ramo enorme. Doy por hecho que es para Dani, pues está tonteando con un camarero nuevo del restaurante. Víctor y yo le tomamos el pelo, ya que cada vez que habla de él se ruboriza como una adolescente.

—¿Georgina Román?

—¿Es para mí? —pregunto sorprendida.

—¿Eres Georgina? —Asiento como una boba—. Entonces es para ti. Firma aquí, por favor.

Firmo el recibo y acepto el ramo. Abro mucho los ojos al verlo. No es un ramo de rosas. Es… un ramo gigantesco de chocolatinas Mars. A simple vista hay al menos cincuenta barras de chocolate. Se me hace la boca agua. No entiendo nada.

¿Quién?

¿Por qué?

¿Cómo?

Víctor y Dani vienen a cotillear y me roban dos chocolatinas. Son un par de buitres. Estoy tan impresionada que ni siquiera los regaño. Mi amiga encuentra la tarjeta que hay escondida.

—«Lo siento. Oliver» —lee en voz alta, emocionadísima. Parece que ha sido ella quien ha recibido el ramo—. Uy, alguien va a tener que darle una segunda oportunidad a cierto escritor buenorro.

Me pongo colorada y le quito la tarjeta. Debe de ser un error. Ese gruñón jamás me haría un regalo tan increíble. No me gustan los ramos de flores porque me parece cruel cortar algo hermoso solo para que se marchite al cabo de unos días. Sin embargo, un ramo de chocolatinas —de mis favoritas—… es otra historia. Sobre todo si viene acompañado de una disculpa por escrito.

«Lo siento. Oliver».

Es tan seco que casi parece que le ha costado escribirlo. Puedo imaginarlo frunciendo el ceño mientras decidía si firmar la tarjeta o no.

¿Lo habrá obligado Elvira a disculparse? Al menos estoy segura de que la idea del ramo de chocolatinas Mars sí ha sido suya. Aquel día se ofreció a comprarme otra e imagino que esta es su forma de pedirme perdón por haber empezado con mal pie. Tal vez su abuela lo haya presionado un poco, pero al ver el chocolate me ablando como un chicle.

Quizá podamos ser amigos después de todo.



13

Espabila de una maldita vez

Me despierto sobresaltado cuando llaman al timbre. Tardo varios segundos en recordar dónde estoy. Anoche me quedé dormido en el sofá. La última vez que miré la hora eran las cuatro y media de la madrugada y estaba leyendo un libro soporífero sobre un padre que remueve cielo y tierra para encontrar a su hija desaparecida.

Me desperezo y el libro que estaba en mi pecho cae al suelo. Un relámpago de dolor me atraviesa la nuca; la cabeza me va a explotar. Vuelven a aporrear la puerta. No sé quién se ha colado en el portal, pero no espero visita, así que puede irse al infierno. De nuevo, siento como si mi cráneo fuera a estallar y mis ojos a salirse de las cuencas. Me aprieto las sienes mientras me arrastro hacia la cocina americana en busca de un analgésico.

Sufro de cefaleas desde hace siete años. El neurólogo dice que son tensionales, producto del estrés y la ansiedad crónica. Pero estoy convencido de que la culpabilidad que arrastro desde aquel día es

tan intensa que se ha instalado en mi cerebro para hacerlo papilla. Tengo rachas buenas y luego, de repente, las cefaleas regresan sin piedad. A veces el dolor llega a durar casi una semana. Durante un tiempo mejoré con la medicación que me prescribió el psiquiatra, pero las pastillas me dejaban tan adormilado que las abandoné, desoyendo su consejo. Prefiero convivir con el dolor que ser un puto zombi.

Me tomo tres analgésicos con un par de sorbos de una lata de Coca-Cola caliente que anoche dejé olvidada en la encimera. Hago una mueca y contengo las ganas de vomitar. Qué asco.

—¡Oliver! —exclama la voz de una mujer a la que llevo evitando varias semanas. Golpea la puerta con tanta fuerza que temo que vaya a tirarla abajo—. ¡Abre! Sé que estás dentro. No puedes huir eternamente de mí.

«Ojalá pudiera».

Apoyo las manos en la barra, cierro los ojos y me inclino hacia delante. Respiro hondo y cuento hasta diez. No he llegado ni al siete cuando ella vuelve a gritar mi nombre. Estupendo, está hecha una furia.

—¡Abre, maldita sea! —exige cabreada—. No voy a permitir que sigas ignorándome. Vamos a tratar el tema como dos adultos.

Tiene razón: le debo mi carrera. Ha sido muy generosa y paciente conmigo, así que lo mínimo que puedo hacer es dejarla entrar y aguantar la bronca con humildad.

—Un segundo —digo con voz rasposa.

Al menos consigo que deje de aporrear la puerta. Ordeno los cojines del sofá, tiro a la basura los envases de comida que encuentro desperdigados en la mesa y meto los vasos sucios en el lavavajillas. No me importa que me juzgue, pero la conozco y se pondría a

limpiar porque se preocupa por mí.

Abro la puerta y me encuentro con el rostro tirante de Casandra. Es casi tan alta como yo, lleva el pelo rubio atado en una coleta alta y va vestida con un traje pantalón azul oscuro. Es la viva imagen de la sofisticación y el enfado. Me señala con un dedo afilado.

—Eres lo peor.

—Dime algo que no sepa.

—Te he conseguido una prórroga de dos meses. —Entra sin que la invite y echa un vistazo a su alrededor, como haría una madre que aparece por sorpresa en casa de su hijo recién independizado para averiguar si vive en un vertedero—. Agradécemelo, Oliver. He sudado la gota gorda por tu culpa.

—¿Cómo?

—Les he dicho que necesitabas más tiempo y que la espera merecería la pena porque he leído los primeros capítulos y será un bombazo.

Se me escapa una carcajada resignada. Ella endereza la espalda, molesta por mi actitud.

—Se lo han tragado o han preferido pasar por el aro. No lo sé. —Me corta el paso para que no escape—. Lo entiendo, estás bloqueado. No eres el primer escritor al que le pasa, así que te diré lo mismo que a todos: espabila de una maldita vez. Si no publicas algo este año, la gente se olvidará de ti. ¿Qué harás cuando se te acabe el dinero?

No sé por qué me hace esa pregunta. No es algo que me preocupe. Lo sabe de sobra. Soy un desastre como escritor, pero tengo buen ojo para las finanzas. Gracias a la herencia de mi abuelo, hice un par de inversiones que tuvieron mucha rentabilidad. Soy un hombre de gustos sencillos y el coche y el ático están pagados, por lo que podría

vivir diez años sin dar un palo al agua. Lo sé, soy un cabrón con suerte.

—Piensa a largo plazo.

Esbozo una mueca. No puedo hacerlo. Me conformo con ir tirando. No quiero saber dónde estaré en el futuro. Porque, si la vida fuese justa, habría muerto hace siete años. No tengo derecho a soñar con el futuro. Ese es el problema.

—Te gusta escribir —prueba otra táctica—. ¿Qué ha pasado con el hombre que me envió su primer libro? Había verdadera pasión en sus palabras. Me gustaría volver a verlo. No suelo equivocarme, Oliver. Demuéstrame que no cometí el peor error de mi carrera al apostar por ti.

—No seas tan orgullosa. Si el problema es el dinero que te he hecho perder, te lo devolveré y asunto zanjado.

Casandra retrocede como si la hubiera golpeado.

—Vete a la mierda —me espeta dolida—. Qué ciego estás.

No la sigo cuando sale del ático. Sé que le he hecho daño, pero tal vez sea mejor así. Casandra no solo me considera un proyecto literario. Por alguna inexplicable razón, también me aprecia. Por eso ha venido a verme.

Ojalá tuviera la decencia de sentir remordimientos. Una buena persona iría tras ella y le pediría disculpas. Pero yo nunca he sido ni podré ser un hombre decente, y estoy demasiado atrapado por los errores del pasado como para asumir que tal vez podría hacer algo con mi vida.

—Tienes dos meses —insiste desde la entrada—. Si para entonces no me has enviado algo, te juro que tu menor problema será la multa por incumplimiento de contrato.

Me pregunto hasta dónde sería capaz de llegar para salirse con la

suya. Siempre he admirado su carácter tenaz. Hoy, por el contrario, desearía que se diese por vencida conmigo.

Solo quiero rendirme.

Desvanecerme.

Que todos se olviden de mí.

Pero es complicado tirar la toalla cuando alguien te grita que no te rindas.



No hago nada de provecho durante el resto del día: termino el libro que estaba leyendo —no me ha gustado—, le envío un wasap a mi abuela para recordarle que se tome la pastilla de la tensión, y veo una miniserie sobre un hombre que tiene una relación inquietante con su acosadora.

Me pregunto si a Georgina le habrá gustado el ramo de chocolatinas. No sé qué mosca me picó. Es cierto que solo lo hice para que mi abuela me dejase en paz y que no quise contradecirla cuando me exigió que me disculpase con su nueva amiga, pero no tiene sentido que me tomase la molestia de enviarle un ramo de chocolatinas, en lugar de comprar otro regalo más impersonal.

En el fondo sé por qué lo hice: quería hacerla sonreír.

¿Qué he ganado con eso? Nada. Ni siquiera he podido ver la cara que habrá puesto al recibir el ramo. Quizá le caigo tan mal que ha tirado las chocolatinas a la basura. Vete a saber. A lo mejor se las ha regalado al imbécil de su novio… Una sensación ácida me sube por la garganta al recordar al tipo rubio que la abrazó de manera posesiva y me lanzó una mirada airada para demostrarme que no tengo ninguna posibilidad con ella. Como si yo albergase la

esperanza de que una chica tan increíble se fijase en mí; como si pretendiese arrastrar a Georgina a una vida miserable y oscura que apagase el brillo de los ojos más bonitos que he visto nunca…

Intento sacarla de mi cabeza. No quiero recordar el olor de su pelo, la franqueza de su mirada, ni la energía que desprende. La entierro en lo más profundo de mi alma, en el lugar donde murió la esperanza. Para mantener la mente a raya, pongo otro capítulo de la serie. Donny ha llegado a un punto crítico con Martha cuando recibo un wasap de una persona muy importante para mí que, de vez en cuando, me recuerda que sigue aquí.

Cristina: te echo de menos.

Por un instante estoy tentado de responder que pronto le haré una visita. La extraño, claro que sí. Pero no puedo. Le hice un gran favor al salir de su vida.

Es un hecho: a todos les va mejor sin mí. No hay nada peor que aceptar que no mereces el amor de las personas que más te importan; que no puedes retroceder en el tiempo para arreglar el pasado. Y, por ese motivo, vives el presente con desgana y miras al futuro sin esperanza.



14

Que lo disfrutes

—Y ese es el plan —concluye Elvira.

¡Huye! En la tienda al final de la calle buscan una dependienta. Eso sí es un trabajo de verdad.

Ojalá la entrevista que hiciste no hubiera acabado con un «ya te llamaremos»…

—No lo veo claro —contesto nerviosa. Una mueca de impaciencia se dibuja en su rostro—. ¿Qué tal si lo saludo, le saco algún tema de conversación y lo invito a un café para limar asperezas?

Entrecierra los ojos con escepticismo.

—No aceptará.

Me ofende un poco que esté tan convencida de que su nieto me considera una compañía poco agradable. ¡A saber qué le habrá contado el muy estirado! Por otro lado, me envió las chocolatinas y, quizá, si ambos ponemos de nuestra parte, lleguemos a ser…

No digas grandes amigos, por favor.

«… ¿Conocidos cercanos?».

—Hazme caso —insiste, poniéndome las manos en los hombros—. Oliver necesita un empujoncito.

—Ya, como el que le di en la cafetería, ¿no? —le recuerdo con sarcasmo.

—Esta vez no tiene por qué salir mal. ¡Fue un accidente! Seguro que lo tiene más que olvidado. Se disculpó contigo. —Apoya una mano en mi espalda para llevarme hacia el supermercado—. Cíñete al plan. Todo saldrá bien.

Entonces, ¿por qué tengo la impresión de que será un desastre?

Suspiro con resignación.

—Tú eres la jefa —claudico—. Pero que conste que no me parece un buen plan.

—¡Date prisa! —Me arroja hacia delante con tanta fuerza que me tropiezo con el primer escalón de la entrada—. ¡Ahí viene! Ve directa al pasillo de los productos de higiene.

Madre mía. No sé en qué momento me subí al carro. Esta es la clase de locura de la que una se arrepiente el día del juicio final, cuando un arcángel con cara de pocos amigos te pregunta qué méritos has hecho para entrar al cielo, y tú recuerdas, compungida, que aceptaste dinero de una anciana a cambio de hacerte amiga de su nieto.

Las instrucciones de Elvira han sido claras: dirigirme al expositor de los geles de baño y ponerme de puntillas para alcanzar el de la estantería superior, que, casualmente, es el mismo que utiliza Oliver. Por lo visto, su afición por la bergamota y el sándalo propiciará una conversación distendida, o eso ha dicho su abuela. Yo no lo veo, pero ella es quien está al mando.

¿Dónde leches están los geles de baño? ¿No se suponía que estaban justo aquí?

Me pongo nerviosa al ver a Oliver al final del pasillo. Camina como si fuese el dueño del maldito supermercado: zancadas despreocupadas, mirada desabrida y expresión ausente. ¿Por qué sigue estando tan bueno con una simple sudadera gris y unos vaqueros gastados? Miro a mi alrededor, sin saber qué hacer. Ni rastro de los geles de baño. Seguro que algún simpático reponedor ha decidido reorganizar el supermercado esta mañana. Qué suerte la mía.

Oliver se acerca. Aún no me ha visto. Mis ojos escanean entre un centenar de marcas de desodorante, mascarillas capilares y contornos de ojeras. Parezco un francotirador en plena guerra, intentando localizar un objetivo. El hombre que hay a mi lado coge un champú. En la mano derecha sostiene un gel de baño.

—¡Oye! —exclamo alterada, y el pobre se sobresalta—. ¿De dónde lo has cogido?

Retrocede asustado.

—De… allí. —Señala con una mano temblorosa dos estanterías más allá.

Oliver lleva los auriculares puestos y acaba de pararse a menos de cinco metros, frente al mostrador de las espumas de afeitar. El hombre del champú se aparta cuando echo a correr hacia la estantería indicada. Oliver reanuda el paso. Ni siquiera me paro a ver los geles de baño. Me pongo de puntillas y estiro los brazos de forma exagerada. Elvira tenía razón: no llego. Por una vez, me alegro de ser bajita.

¿Y si pasa de largo? Quizá le caigo tan mal que prefiere ignorarme. Miro de reojo en el momento que él levanta la cabeza, entorna los

ojos y frena en seco. Me observa visiblemente descolocado, justo cuando me percato de que el suelo está mojado y mi pie izquierdo resbala. Suelto una exclamación, pierdo el equilibrio y patino hacia atrás. Intento agarrarme a la estantería, pero solo consigo tirar algunos botes que se esparcen por el suelo. Si no me abro la cabeza es porque alguien me agarra de la cintura.

—¿Estás…? —comienza a decir Oliver.

Levanto el brazo para impedir que algo ovalado y duro me golpee la frente, pero no calculo bien la distancia y le pego en la cara a Oliver. Con fuerza. De hecho, uno de los auriculares sale volando por el tortazo. Él suelta una maldición. Me enderezo de golpe, horrorizada.

Ay… mi… madre.

Me tapo la boca con las dos manos. Tiene la marca de mis dedos en la mejilla izquierda. Ostras, seguro que le he hecho mucho daño.

No mueve ni un músculo de la cara, solo me mira con gesto inescrutable. Me muerdo el labio, angustiada.

—Ha sido sin querer —balbuceo—. ¿Te duele?

Se acaricia la mejilla una sola vez. Sus ojos son puro hielo. No dice nada. Creo que eso es un «sí».

—Otra vez tú —masculla, poniendo énfasis en la palabra «tú».

Saco dos conclusiones de su breve intervención: no se alegra de verme, y está furioso.

Necesito arreglarlo. Me habría caído de no ser porque él me ha sostenido y se ha llevado un golpe por mi culpa. Se me ocurre la brillante idea de agacharme para buscar su auricular, justo cuando él hace lo mismo.

—Déjalo —dice—. No hace falta que…

Nuestras manos se rozan y siento un cosquilleo eléctrico en la

punta de los dedos. Es una sensación tan inesperada como desconcertante. Levanto la cabeza para descubrir si él también lo ha notado, pero retira la mano de un tirón. Tiene los dientes apretados y una sola arruga muy marcada en la frente. Ahí tengo mi respuesta.

Me fijo en algo pequeño y negro, justo detrás de su zapatilla. Me inclino hacia delante, rozándole sin querer la barbilla, y estiro el brazo para cogerlo. Me doy cuenta de que contiene la respiración y aparta ligeramente la cabeza, como si yo oliese mal. Me huelo la axila con disimulo. No lo entiendo. Mi olor es el de siempre: colonia de flores silvestres, de oferta en la droguería.

—¡Lo tengo! —exclamo triunfal.

Le doy el auricular y nuestras manos se rozan de nuevo por accidente. El cosquilleo inesperado recorre ahora mi brazo, tan fuerte que me quedo paralizada por un instante. Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos, fríos pero intensos, observándome con una mezcla de desconcierto y algo más que no logro descifrar.

Intento levantarme rápidamente, pero mi pie resbala en el suelo mojado. Antes de que pueda evitarlo, pierdo el equilibrio y caigo hacia él, todavía agachado. Oliver reacciona con rapidez, atrapándome por la cintura para evitar que me caiga, por segunda vez. El movimiento es tan firme que siento cómo sus manos me sujetan con fuerza, sin titubeos, acercándonos más de lo necesario.

Quedo tan pegada a su pecho que noto el calor de su cuerpo y el ritmo contenido de su respiración. Permanece inmóvil, pero sus manos me sostienen con una seguridad que me desarma. Como si temiera que volviese a caerme, como si… le importase mi bienestar. Es algo ridículo, lo sé.

—Georgina —murmura con voz tensa, ronca.

—¡Sí! ¡Ya me aparto! Lo siento —exclamo abochornada.

Me apoyo en su hombro para levantarme, y mi mano se desliza antes de encontrar apoyo firme. Su pecho sube y baja con fuerza, y su respiración irregular roza mi oreja. Estoy completamente pegada a él, y cada movimiento parece empeorar la situación. Me invade su olor a bergamota y sándalo, que me deja atontada por unos segundos. No me atrevo a mirarlo a la cara, a pesar de que siento sus ojos fijos en mí.

—¿Serías tan amable de quitarte de encima?

Su tono huraño y exigente me obliga a reaccionar. Me incorporo, apoyando una mano en lo que espero que sea su rodilla y la otra en el suelo. El tiempo se detiene cuando nos ponemos de pie, incapaces de mirarnos. Opto por clavar la vista en mis zapatillas blancas, que ahora están cubiertas de un líquido viscoso y transparente. Parpadeo, perpleja.

Pero ¿qué…?

—Aquí lo tienes. —Oliver me entrega el bote con una expresión imperturbable—. Que lo disfrutes.

Es un lubricante efecto calor con sabor a fresa, tamaño grande. Me percato de dónde estoy: frente a la estantería de los preservativos y los lubricantes. Un señor calvo y barrigón que pasa por mi lado me sonríe con lascivia y me guiña un ojo.

Aprieto el bote contra la palma de mi mano mientras Oliver prosigue su camino, sin girarse ni una sola vez.



15

Oberón

Han pasado tres días de lo sucedido en el supermercado, pero Elvira no se da por vencida. Ni yo tampoco. Lo suyo es cabezonería, y lo mío, puro orgullo. Porque la verdad es que no lo entiendo: soy extrovertida y alegre, se me da bien hacer amigos y ¡la gente me adora! Me llevo bien con todos mis vecinos, me paro a charlar con los empleados de las tiendas de mi calle —que saben mi nombre y me saludan como si fuera una más de su familia— e incluso he conseguido ganarme al dueño cascarrabias de la panadería, que dice odiar a todo el mundo, pero que me sonríe cada vez que me ve y dice que soy la nieta que le habría gustado tener. Vamos, que suelo meterme a los demás en el bolsillo. Y no es algo nuevo: en sexto de primaria me votaron como la niña más simpática y risueña de clase, los profesores me adoraban, los padres de mis amigos decían que era un encanto y las amigas de mi abuela me pellizcaban la mejilla y me

regalaban chuches.

Es un hecho: causo buena impresión. Siempre lo he sabido. Nunca me he llevado mal con nadie. No tengo ni un solo enemigo. Entonces, ¿por qué demonios le caigo mal a Oliver?

Le tiraste un café hirviendo, lo llamaste imbécil, le pegaste una bofetada …, enumera la voz de mi conciencia, con tono repelente.

«Fueron accidentes. Bueno, lo de «imbécil» podría habérmelo ahorrado. ¡Pero no puedes culparme por ser torpe! ¡No lo hago a propósito!».

A saber cuál será la nueva ocurrencia de Elvira. Debería renunciar, lo sé. Pero estoy harta de echar currículums, de las entrevistas que no llevan a nada y de que no me contesten de las ofertas de empleo a las que me apunto. Por eso estoy aquí, un martes a las nueve y cuarto de la mañana de un frío día de finales de enero. El Parque del Alamillo está casi desierto a esta hora; la bruma matinal se eleva entre los pinos, y solo un par de corredores pasan junto a mí. Me arrebujo dentro del chaquetón. Odio el invierno de esta ciudad: frío por la mañana, calor a mediodía y frío que te cala hasta los huesos al anochecer. Como buena sevillana, lo que de verdad me apasiona son los cuarenta grados a la sombra y tomar una cervecita helada en una terraza mientras mis amigos me hablan de sus últimos ligues.

Una mujer con el pelo blanco recogido en una coleta alta, vestida con una gabardina verde caqui, pantalones amarillos, botas negras de estilo militar y una bufanda de lana color rojo cereza se acerca, arrastrada en mi dirección por un enorme San Bernardo completamente negro de mirada bobalicona. Elvira me saluda con una mano, mientras con la otra intenta contener al perro de setenta kilos que casi la tira de boca.

—¡Hola, querida!

Elvira tira con fuerza de la correa cuando el San Bernardo intenta meter la cabeza dentro de una papelera. El perro tiene muchísima energía; no parece la mejor compañía para una anciana que, aunque está en plena forma, ya muestra algunos achaques propios de la edad. Voy a ayudarla antes de que el perro la meta en un charco. Le quito la correa y casi termino arrastrada por esa mole canina, pero consigo controlarlo con las dos manos.

No sé cómo se las ha apañado para llegar hasta aquí con esa bestia.

—¡Quieto, Oberón! —le ordena Elvira.

El perro ladea la cabeza, con la lengua fuera y, sorprendentemente, se sienta a mi lado. Guau, impresionante. Ahora resulta que Elvira, además de tener un talento increíble para conjuntar prendas extravagantes, también es adiestradora canina es su tiempo libre.

Acaricio al perro en la cabeza, que me lame la mano mientras me mira con ojos ingenuos.

—No sé si quiero preguntar.

—Es de un amigo —me explica—. Tengo que devolvérselo antes de las doce. De pequeño, a Oliver le encantaban los perros. Estuvo un verano entero suplicándole a sus padres que le regalasen un San Bernardo. Era fan de Beethoven; el chucho de esa saga de películas, no el compositor.

—Ah, no —me niego, adivinando sus intenciones—. Ni hablar. No voy a pasear a Cicerón solo porque creas que tu nieto se ablandará al verlo por culpa de unas películas de las que seguro que ya ni siquiera se acuerda. De pequeña, después de ver *La telaraña de Carlota*, estuve obsesionada con tener un cerdito, pero eso no significa que ahora…

—Se llama Oberón —me corrige sin alterarse—. Su dueño es profesor de Mitología en la universidad.

El perro se incorpora al oír su nombre. Olisquea la hierba y tira de la correa, así que no me queda más remedio que sujetarlo.

—Oliver viene a correr a este parque algunas mañanas. Debería estar al llegar, porque antes me ha escrito y me ha dicho que se iba a hacer un poco de ejercicio… —Ignora mi mirada angustiada—. ¿Preparada para hacer de paseadora canina de este simpático amiguito? Es un buen perro. Un poco inquieto, pero muy obediente. Saldrá bien, no te preocupes.

Siempre que dice eso, no me queda más remedio que preocuparme. Agarro del collar a Orfeón, o como se llame; estoy demasiado nerviosa para recordar su nombre. El perro lloriquea para que lo suelte, arañando la hierba con las patas delanteras. Se lanza a por un escarabajo y consigo detenerlo antes de que lo espachurre de un zarpazo.

—¡No, Orejón! Estate quieto —le riño—. Elvira, será mejor que te lo lleves. ¿No ves que pesa por lo menos quince kilos más que yo?

—Se llama…

—¡Auch! —Suelto la correa cuando pega un tirón, y me toma tan desprevenida que la cuerda me quema la mano por el roce. No consigo atraparlo a tiempo y el perro sale disparado hacia un claro del parque. A mi lado, Elvira abre los ojos de par en par—. Conque muy obediente, ¿no? ¿Y ahora, qué?

—Si lo pierdo, su dueño me mata. En realidad, no lo ha dejado a mi cargo; es de un vecino estirado que no me da ni los buenos días. He sobornado a su asistenta para que me lo prestase mientras él está en la universidad. Si se entera de que lo he robado… —Pone cara de pena—. ¿Vendrás a visitarme a la cárcel, querida? Eso me recuerda aquella vez, hace seis años, que pasé doce horas en una celda por culpa de un malentendido en una manifestación…

—¿Que has hecho qué? —pregunto alterada. El San Bernardo está cada vez más lejos, saltando por la hierba como si fuese una cabra montesa. Afortunadamente, llevo zapatillas deportivas—. Luego hablamos. ¡Olorón, ven aquí!

Y así, una fría mañana de invierno, acabo persiguiendo un perro para evitar que mi jefa vaya a prisión por ser una ladrona.



16

Un accidente

Corro al ritmo de *Back in Black*, de AC/DC, la misma canción que escuchaba cuando evité que Georgina se cayese en el supermercado. Maldita sea, ya vuelvo a pensar en ella. Llevo días sin poder quitármela de la cabeza. Esta noche tuve una fantasía de lo más absurda: ella me susurraba al oído que la follase y acto seguido la empotraba contra la estantería de los lubricantes. Gritaba mi nombre al correrse. Mi nombre; el mío, y no el de su novio. Me he despertado cachondo y empapado en sudor, sintiéndome culpable y confundido.

No entiendo qué me pasa. Llevo años apagado, sin ganas de nada; con el cuerpo funcionando en piloto automático, anulando cualquier reacción que no sea básica para sobrevivir. Y, de repente, siento cosas que creía enterradas; de repente, todo está fuera de control. Ni siquiera recuerdo la última vez que algo despertó mi interés, y mucho menos una mujer.

Alargo la zancada y aprieto los dientes. Aumento la velocidad, ignorando la punzada de dolor en el costado izquierdo. Tengo que dejar de pensar en ella.

Un chaval que no tendrá más de diecinueve años me adelanta por la derecha, pavoneándose. Golpe bajo a mi orgullo. No me queda más remedio que correr más deprisa y lanzarle una mirada triunfal cuando logro adelantarlo. Patético. Ya no puedo caer más bajo.

Estoy hecho polvo. Y hecho mierda, la verdad.

Esta situación absurda me pone de malhumor. *Georgina* me pone de malhumor y me saca de mis casillas. Jamás había conocido a alguien que tuviese semejante capacidad de irritarme. Habla por los codos y desprende un optimismo ridículo, como si el mundo no fuera un lugar miserable. ¿Por qué no puedo sacármela de la cabeza?

¿Por qué ella? ¿Por qué ahora? No debería afectarme, pero lo hace. Sus hoyuelos no deberían atraerme, pero lo hacen. Incluso sus ojos, que cambian de color según la luz, parecen burlarse de mi lógica.

El chaval vuelve a ponerse delante cuando no tengo más remedio que hacer un descanso; es eso o echar la pota. Me apoyo con una mano en la farola, derrotado. Tiene la desfachatez de girar la cabeza y lanzarme una sonrisa engreída. Idiota. Podría con él si hubiese dormido algo, pero estaba demasiado ocupado fantaseando con una *hobbit* de pelo castaño y mirada fascinante con la que no puedo dejar de encontrarme a todas horas.

Me paso una mano por la barbilla. Debería afeitarme.

Admito que fui un bruto con ella en el supermercado; sé que me golpeó sin querer. Para colmo, me puse celoso al darle el lubricante, consciente de que iba a utilizarlo con su novio. O no. A lo mejor prefiere darse placer a sí misma. De todos modos, no es de mi incumbencia. Por Dios, no tengo derecho a sentir celos. ¿De qué voy?

¿De repente soy un cabrón posesivo? Me enfurece no poder manejar mis emociones en lo que respecta a ella. No tiene el menor sentido, pero así son las cosas. Cuanto antes acepte este encaprichamiento pasajero y absurdo, antes podré…

Una bola de pelo enorme se estrella contra mí y algo húmedo y cálido resbala por mi mejilla. Levanto los brazos para defenderme del San Bernardo que tengo encima. El perro piensa que estamos jugando y me planta las patas manchadas de barro en el pecho.

—¡No! —le ordeno indignado—. ¡Siéntate! ¡Quieto! ¿Dónde diablos está tu dueño?

Miro ofuscado a mi alrededor. No entiendo por qué algunas personas sueltan a sus mascotas si no pueden controlarlas. A lo lejos veo una joven de melena larga y castaña que viene corriendo hacia mí. Me va a oír. Sujeto la correa con firmeza para apartar al perro, que me da un lengüetazo en la boca. Arrugo la nariz con asco justo cuando la chica se detiene, mirándome boquiabierta. No puede ser.

Mascullo una maldición. Ella se tensa, a la defensiva, y nos miramos en silencio. Tiene las mejillas sonrojadas por el esfuerzo y los ojos brillantes. Definitivamente son verdes.

—¿Es tuyo? —pregunto con tono áspero.

Georgina se acerca con cautela, como si temiese que fuera a gruñirle. Esto no puede estar pasando. Es imposible. Somos setecientos mil habitantes en esta ciudad y ella vive en la otra punta, ¿cuál es la probabilidad de encontrarnos cuatro veces en menos de un mes? Esto no me puede estar pasando…

—De un amigo —responde, aún sin aliento por la carrera.

—No deberías soltarlo.

—Se ha escapado. Gracias por atraparlo.

—Qué remedio.

El perro decide que es el momento perfecto para perseguir a un pájaro que picotea una miga de pan del suelo. Casi me tira de espaldas, pero consigo sujetarlo con evidente esfuerzo. Fulmino a Georgina con la mirada, que aprieta los labios, conteniendo una mueca burlona. Ahí está, otra vez; su condenada sonrisa. Intenta ocultármela al girar la cabeza, pero atisbo el hoyuelo de su mejilla derecha. Un súbito calor se apodera de mi pecho.

—Sí, es muy gracioso que este chucho haya intentado matarme.

Ella se gira de nuevo hacia mí. Tiene la poca vergüenza de poner los ojos en blanco.

—Oh, *por favor* —resopla—. No digas tonterías. Ni que fuera a asesinarte de un lametón.

—La lengua de un perro alberga hasta seiscientos tipos de bacterias diferentes. No es el tipo de beso que me gustaría recibir. —Mis ojos se clavan una fracción de segundo en su tentadora boca, pero ella está demasiado disgustada para notarlo—. Cógelo, tengo prisa.

—Este perro tiene más vacunas que tú. —Da un paso hacia mí—. Es igualito a Beethoven. El de la película. ¿No te parece mono?

Observo al perro. No se parecen en nada. Este es completamente negro y el de la película era blanco y marrón, con unas manchas ligeramente negras en la cara. Sí, de pequeño estaba obsesionado con la familia Newton y le pedí un San Bernardo a Papá Noel, ¿qué pasa?

—Tiene cara de bobo.

Georgina sacude la cabeza con resignación. Es mejor que piense que soy un cabrón sin sentimientos.

—Trae, anda. No vaya a ser que te asesine con su lengua repleta de bacterias —dice con ironía.

Nuestras manos se rozan al entregarle la correa. El aire que hay entre nosotros se carga de electricidad. Juraría que ella también lo percibe, por cómo se separan sus labios y retrocede aturdida, agarrando la correa. Pero no puede ser. Debe de ser cosa de mi imaginación calenturienta. Ella está fuera de mi alcance. Tiene novio. No le convengo. Fin de la historia.

—Ay, madre mía —murmura horrorizada—. Tienes el pómulo hinchado.

Enarco una ceja y le lanzo una mirada de: «¿Qué esperabas? Me pegaste muy fuerte».

Georgina pone cara de culpabilidad. Estoy a punto de decirle que no se preocupe cuando me toma desprevenido al levantar la mano y acariciarme la mejilla. Las palabras mueren en mis labios y el aire abandona mis pulmones. El roce de sus dedos tibios es delicado, cauto. Entrecierro los ojos, rindiéndome al placer que me embriaga. Hacía tanto tiempo que nadie me tocaba, que…

El perro se gira con brusquedad hacia la izquierda, golpeándole la cadera. Georgina se tambalea hacia delante y la agarro del codo para estabilizarla. El San Bernardo gruñe a una paloma mientras Georgina intenta contenerlo. Es imposible. Su amigo debería haber buscado a otra persona. ¿Acaso no la ha visto? No debe pesar más de cincuenta kilos y sus brazos son incapaces de sujetar al perro.

—¡Para! —ordena con tono autoritario—. Estate quieto. ¡Perro malo!

Demasiado tarde.

El San Bernardo se lanza a por la paloma cuando esta levanta el vuelo. Consigo atrapar la cuerda, pero no a Georgina, que frena con mi cuerpo. Sus manos terminan en mis hombros; sus pechos, pegados a mi torso. Y su boca, su deliciosa boca, aterriza contra la

mía.

Abro los ojos de par en par, impactado. Ella, por el contrario, los tiene cerrados.

Su boca…

Nos estamos besando.

Hostia puta.

Ella se queda paralizada, como si no entendiera lo que acaba de pasar. O, mejor dicho, *está* ocurriendo, porque ninguno de los dos se aparta. Es como si el tiempo se hubiera congelado. Tiene unos labios suaves, cálidos… Demasiado perfectos. Lo sabía. Una dulzura inesperada me invade. Son increíblemente mullidos. Exquisitos. Con un regusto a fresa, como si hubiese mascado chicle o una piruleta. Su sabor me nubla el juicio, altera mis sentidos, destruye mis convicciones… Mi mundo tambalea y soy incapaz de moverme, aunque sé que debería hacerlo. Esto no debería estar sucediendo, pero me parece tan bueno, tan perfecto, que no me da la gana de alejarme. Su aroma a flores me golpea en esa parte de mi cuerpo que tiene vida propia. La sangre se acumula en mi entrepierna.

Oh, mierda.

No puedo pensar con claridad. Quiero más. Besarla es una droga adictiva de la que nunca podré desengancharme. Ahora lo sé. Qué puta maravilla.

Voy a saquear esta boca obstinada hasta que ella me necesite con la misma intensidad. Quiero morder sus labios, deslizar la lengua por su cuello, hundir la mano en su pelo y…

Me estoy empalmando justo cuando el ladrido del perro me devuelve a la realidad.

La agarro de los brazos para apartarla. Ella me mira conmocionada; su rostro es una mezcla de asombro y, quizá,

arrepentimiento. No tengo la menor duda de que, si no se ha alejado primero, solo ha sido porque estaba en *shock*.

—Lo siento —decimos a la vez. Y volvemos a añadir—: Ha sido un accidente.

Nos callamos, abochornados. Georgina asiente. Yo trago saliva. Da un paso atrás, desenredándose de mi cuerpo, y siento una inesperada sensación de abandono. Aprieto los puños, conteniendo el impulso de hundir las manos en su pelo y volver a besarla.

—Quieto —le espeto al perro.

El San Bernardo lloriquea al ver a la paloma volar. Luego se sienta a mi lado, ajeno al beso fortuito que ha provocado, y que, por desgracia para mí, ha sido un beso que jamás olvidaré, aunque no vaya a repetirse. Uno que me parece demasiado real para haber sido un mero accidente.

—¿Cómo se llama?

—Eh… —Georgina parece aturdida. Mira al perro, con el ceño fruncido—. Ol… Olmeron, no…, esto… eh… Olendo… uhm… —El San Bernardo inclina la cabeza, como si la estuviese juzgando por no recordar su nombre—. Olanzo, Olvido… ¡Oliver!

El perro ladra, moviendo la cola. Pongo cara de estupor. ¡Venga ya!

—¿Se llama igual que yo? —pregunto ofendido.

Georgina se encoge de hombros y evita mirarme a los ojos. De repente, está muy interesada en los cordones de sus zapatillas.

—Su dueño era fan de *Oliver y Benji* —murmura en voz baja.

—Dile de mi parte que lo lleve a un adiestrador. —Ato la correa con un doble nudo al banco más cercano, para que no se escape—. Adiós, Georgina.

Echo a correr con la ferviente necesidad de poner distancia entre nosotros. Me muero de ganas de girarme hacia ella, pero no lo hago.

Porque estoy seguro de que lo que encontraré al mirarla sería arrepentimiento. Y yo, maldita sea, he disfrutado cada segundo de ese beso que no debería haber existido.



17

Son las mejores

—Ya te vale —le recrimino a Elvira, dos días después de lo sucedido con el San Bernardo.

Mi jefa se encoge de hombros con despreocupación. Claro, a ella le parece tan normal porque es la reina de los disparates, pero yo no puedo olvidar que besé a Oliver… por accidente. Todavía puedo sentir el roce áspero de su mandíbula sin afeitar y sus manos grandes y cálidas en mi cintura. Su boca firme, y a la vez desafiante. Fue un beso rudo, torpe. Por un instante, pegada a sus labios, sentí que él se moría de ganas de ir un paso más allá. Luego se apartó y descubrí el horror de su expresión.

¿Es normal que lleve dos noches soñando con un beso que no debería haber existido? ¿Es lógico que me torture pensando que a él no le gustó?

Me abanico con la mano.

Ojalá el San Bernardo no me hubiese empujado contra él. Ahora no sabría que sus labios saben a caramelo y vainilla —una combinación que en aquel momento me volvió loca— ni que, al besarlo, siento que el mundo deja de existir.

—¿Tienes calor? —me pregunta, sorprendida. Elvira pone una mano en mi frente para comprobar la temperatura—. No estás enferma.

—He corrido porque estaba a punto de perder el tren —le explico, aún sofocada por el recuerdo de la boca de Oliver.

Me observa con un deje de recelo. No me cree.

—Siento que lo del perro no saliese bien —dice, suspirando—. ¿Quién iba a imaginar que se escaparía? ¿De verdad Oliver no se ablandó ni un poco?

No le he contado que nos besamos por culpa de Oberón; sí, ahora recuerdo cómo se llama. Es increíble que estuviese tan nerviosa después del beso accidentado que le dijese a Oliver que el perro se llamaba como él.

—Dijo que tenía cara de bobo y se quejó de que intentase asesinarlo con su lengua llena de bacterias.

—Oh. —Sus ojos se llenan de decepción—. ¡Le encantaba Beethoven! No lo entiendo.

Está tan desanimada que me cuesta seguir enfadada con ella. Sé que lo hizo con su mejor intención. No tiene la culpa de que mi corazón se acelere y mi estómago dé un vuelco cada vez que recuerdo la boca cálida de su nieto.

—De pequeña, quería irme a vivir a Rovaniemi y trabajar como elfo de Papá Noel. Lo tenía todo pensado: viajaría en trineo y aprendería a patinar sobre hielo. Sería Navidad todo el año. Pero, con el tiempo, me di cuenta de que odio el frío. —Me arrebujo dentro

de la chaqueta. Por fin vuelvo a tener una temperatura corporal normal—. Las personas cambian, Elvira.

—Para mí sigue siendo el mismo chiquillo que me regalaba figuritas de plastilina y me pedía que hiciera palomitas y viésemos el *Rey León*.

La imagen de un Oliver diminuto que jugaba con plastilina y era fan de Disney me enternece sin poder evitarlo, aunque me cuesta creer que no naciera siendo un hombre de metro noventa de expresión taciturna y ojos glaciales.

—Era monísimo. —Me lee la mente.

Si ella lo dice…

El amor de una abuela es ciego. Seguro que nació con cara de vinagre y la convicción de responder con monosílabos para demostrar su odio por la humanidad.

—Por cierto. —Miro a nuestro alrededor. Estamos en la entrada del cine de Nervión—. ¿Qué hacemos aquí?

—Quiero invitarte al cine para pedirte disculpas por lo del otro día. —Saca el iPhone y le muestra la pantalla al taquillero, que escanea las entradas—. ¿Qué te parece? ¡Tarde de chicas!

El comentario me saca una sonrisa. Temía que tuviese otra de sus ideas alocadas, así que puedo relajarme. Necesito tiempo antes de reencontrarme con Oliver. Mi estúpido corazoncito de veinteañera soltera y adicta a las novelas románticas merece un respiro.

—¿De qué va la película? —pregunto, de repente interesada.

—Dori dice que es una historia intrigante y emocionante que te mantiene en vilo.

—¡Esas son las mejores!

—Fila once, butaca ocho. —Señala la sala frente a nosotras—. Ve tu primero. Necesito ir al servicio.

—Te espero y entramos juntas.

—Te vas a perder los tráileres. —Me empuja hacia la puerta, pese a que intento permanecer a su lado. No me queda más remedio que caminar, porque hay una pareja detrás de mí y estoy bloqueando el acceso—. ¡Luego nos vemos!

Entro a la sala de mala gana. La adoro, pero es un poquito mandona. Mi abuela era igual; siempre se salía con la suya. Al recordarla, siento un pellizco de añoranza en el centro del pecho. La echo muchísimo de menos. No era perfecta, pero lo era todo para mí. No es que el amor ciegue, como dicen algunos, sino que las virtudes de las personas que queremos pesan más que sus errores.

La sala está a oscuras. Enciendo la linterna del móvil e ilumino el suelo. Voy a la fila once y busco el asiento. Solo hay tres libres. Me siento en mi butaca; las dos que están vacías son las que quedan pegadas al pasillo. Pongo el teléfono en silencio y me acomodo para ver los tráileres.

Qué raro. Está tardando demasiado.

Saco el móvil y le envío un mensaje. El tipo que hay dos asientos a mi izquierda carraspea indignado. Qué exagerado. Ni siquiera ha empezado la película. Un hombre se sienta a mi lado, justo cuando empiezan los créditos. Debe haberse equivocado de sitio, y estoy a punto de hacérselo notar cuando él se me adelanta:

—Georgina —dice con una voz grave.

—¡Oliver! —exclamo nerviosa, al ver quién está sentado justo a mi lado—. ¿Qué haces aquí?

Mi voz suena más aguda de lo normal. Lleva una barba de tres días que le queda de maravilla y unas ojeras marcadas. Me observa con los ojos entornados, como si me estuviese acusando de algo.

—Ver una película —contesta a la defensiva.

Ya, claro. ¿Qué iba a hacer si no en el cine? Vaya pregunta más tonta.

Se pasa una mano por la mandíbula. Es evidente que mi presencia no le hace ninguna gracia. Se frota la nuca y evita mirarme directamente, como si estar aquí conmigo le resultara insoportable. Sus dedos tamborilean sobre el reposabrazos. Parece molesto, fuera de lugar. Otra confirmación de que no me soporta. Tardo tres segundos en comprender que esto ha sido cosa de Elvira.

—Me encantan las películas de este director —comenta, sacando un caramelo Werther's del bolsillo de su pantalón. Lo desenvuelve con parsimonia y se lo lleva a la boca. Recuerdo el beso que nos dimos. Ahora entiendo por qué sabía a caramelo y vainilla—. ¿Quieres uno?

Siento un cosquilleo en la nuca. Mi estómago se contrae al recordar el beso. Me doy cuenta de que me observa a la espera de que responda, así que trago saliva con dificultad y niego con la cabeza.

Oliver pone el móvil en silencio y aprovecho para enviarle un wasap a Elvira. Seguro que sabía que Oliver estaría aquí. No puedo creer que me haya mentido. Lo suyo es increíble. Aunque no sé de qué me sorprendo; está dispuesta a todo con tal de que me haga amiga de Oliver.

Yo: Ya te vale.

Elvira: Disfrutad de la película. Seguro que lo pasáis bien.

Ojalá estuviera aquí para darse cuenta de que Oliver parece muy incómodo. Estoy segura de que no se cambia de asiento porque quedaría fatal.

—Qué coincidencia —dice, con un tono que no sé descifrar—. Yo

siempre escojo este asiento.

Por eso su abuela sabía qué butaca comprar para que acabáramos sentados juntos.

—A mí también me gusta —respondo para salir del paso—. Está a la distancia perfecta de la pantalla.

Si no sospecha de mí es porque la opción de que su abuela me haya contratado es demasiado surrealista para que se la plantee.

—No soy tu fan ni una acosadora que se ha obsesionado contigo —aclaro, por si acaso se le ha pasado por la cabeza—. Ni siquiera he leído uno de tus libros.

No puedo ver su expresión porque tengo los ojos clavados en la pantalla. Le rozo el codo al apoyarme en el reposabrazos y siento cómo se tensa, pero no se aparta de inmediato. Es un gesto pequeño, suficiente para que mi piel se erice. Finalmente, mueve el brazo, alejándolo de mí y dejando un espacio más grande del necesario entre nosotros. Debería sentirme aliviada por no tener que compartir el reposabrazos, pero solo siento bochorno. Es humillante que no soporte estar cerca de mí, sobre todo después de habernos besado por accidente.

—¿Te gustan este tipo de películas?

—Eh… sí —contesto, pues no se me ocurre otra razón para estar aquí sola. Ni siquiera sé de qué va, pero recuerdo lo que me dijo Elvira—. Me encantan las historias intrigantes y emocionantes que te mantienen en vilo. Son las mejores. Me apasionan.

—A mí también me apasiona el género de terror.

Un momento, ¿ha dicho «terror»?

Me vuelvo hacia él con cara de espanto, pero no se da cuenta porque está mirando la pantalla. Ahora sí que voy a matar a Elvira. ¡Odio las películas de miedo! Tuve pesadillas durante una semana

después de ver la primera parte de *Expediente Warren*. Soy una cagona; es un hecho. Víctor y Dani siempre me toman el pelo.

—Este director es especialmente explícito y sangriento —murmura en voz baja. Me hundo lentamente en el asiento—. Maneja como nadie las escenas de tensión y el terror psicológico. Te va a encantar.

Maravilloso. Creo que voy a sufrir un ataque de pánico.

Quizá podría poner alguna excusa, pero acabo de alardear de lo mucho que me gustan este típico de películas y quedaría como una chiflada. A ver, no es el fin del mundo. Fingiré prestar atención mientras recuerdo algún capítulo de *Gossip Girl*, y cerraré los ojos con disimulo en las escenas más aterradoras. Sobreviviré. No será para tanto.

Diez minutos después, estoy apretando la mano de Oliver y enterrando la cara en su pecho cuando la amiga de la protagonista baja al sótano después de escuchar un ruido en mitad de la noche.

—Pero ¿por qué baja en lugar de llamar a la policía? —protesto en voz baja—. Está clarísimo que el malo la está esperando. Ay, se la va a cargar…

—Bajar al sótano es una herramienta narrativa que provoca tensión y ansiedad en el espectador. En mi opinión es un cliché muy trillado, aunque suele funcionar.

—Avísame después de que muera —contesto angustiada.

—¿No decías que te gustaban este tipo de películas?

—Y me gustan… —murmuro, sin apartar la cara de su pecho. Huele a ese gel de baño con bergamota y está tan calentito que me niego a soltarlo—. Pero odio los sobresaltos.

Si le molesta que esté pegada a él, lo disimula bien. Aunque, por cómo se tensan sus hombros cada vez que me muevo, sé que está haciendo un esfuerzo titánico para no apartarse. Y yo estoy

demasiado asustada para moverme.

—Ya ha pasado —dice con voz áspera.

—No me mientas.

—Brooke ha muerto. El malo estaba detrás de una estantería y le ha cortado el cuello.

Me alejo de él hasta que vuelvo a tener la espalda pegada al asiento, pero no le suelto la mano. La pobre Brooke se está desangrando en el suelo. Sus amigas bajan al sótano, pero el asesino ha escapado.

—Eso le pasa por tonta —comento indignadísima—. Por lo menos podría haber cogido un palo. O una pistola. ¡Vive en Estados Unidos! ¿No debería tener al menos una táser?

Por el rabillo del ojo me doy cuenta de que su boca se curva hacia arriba. Mi corazón se salta un latido. Es la primera vez que lo veo sonreír. Apenas es una media sonrisa, pero está guapísimo.

Soy consciente de que no le he soltado la mano. Me muerdo el labio.

—¿Te puedo dar la mano? —pregunto con timidez.

Oliver baja la cabeza para observar nuestras manos entrelazadas y se gira hacia mí, de nuevo con esa expresión indescifrable que me pone tan nerviosa. Ya, claro. Debería habérselo preguntado antes, no ahora.

—Me refiero a que si te molesta…

—No.

¿No le molesta o no puedo darle la mano? Oliver vuelve a mirar la pantalla. Estoy a punto de soltarlo cuando me acaricia el dorso con el pulgar. Es un roce leve y efímero, pero basta para que me tranquilice y sienta un millón de mariposas en el estómago.

Me avergüenza admitir que paso el resto de la película

poniéndome en evidencia. Me agarro a su brazo y escondo la cara en su pecho. Siento su calor a través de mi ropa. Su mano envuelve la mía, como si estuviera dispuesto a superar su incomodidad solo para calmarme.

Cuando pongo cara de asco en una escena en la que el novio de la protagonista se desangra, me susurra al oído que la sangre es una mezcla de jarabe de maíz y colorante, lo que me hace sonreír. Al darle un codazo porque me llevo un susto, me asegura que no le he hecho daño. Cuando vuelvo a esconder la cara en su pecho y luego suelto una risita avergonzada, él ni siquiera se inmuta. Sé que está incómodo porque lo delata la tensión de sus músculos, pero evita moverse para no romper el contacto. No se queja ni una sola vez y la verdad es que aguanta el tipo de forma sorprendente, sin burlarse de mí o recriminarme que le esté estropeando la película.

—Perdón —me disculpo cuando llega a su fin y se encienden las luces—. Te habré fastidiado la película. Seguro que ha sido la peor hora y media de tu vida.

Suelto su mano al percatarme de que todavía la estaba sujetando. Oliver me observa un largo instante sin decir nada.

—Ha sido una experiencia que no voy a olvidar.

¿Una mala? ¿Terrible? ¿Bochornosa?

Me pongo un mechón rebelde detrás de la oreja y me doy cuenta de que su mirada sigue el recorrido de mi mano.

—¿Te apetece ir a cenar? —suelto a bocajarro. Ni siquiera sé por qué lo hago. Mi boca es más rápida que mi cerebro.

Sus ojos se abren con sorpresa. No he podido evitarlo. He pensado que, si había soportado darme la mano durante noventa minutos, quizá le gustaría charlar y cenar conmigo. Pero, por su expresión tirante, comprendo que me he venido demasiado arriba.

—No —dice finalmente.

Cojo mi bolso y me pongo la bufanda. No pienso insistir. No sé qué esperaba. Ni siquiera le caigo bien. ¿Por qué iba a querer pasar más tiempo conmigo? Cada vez que estamos juntos es por culpa de su abuela, que fuerza nuestros encuentros sin que él lo sepa. Por supuesto que está deseando perderme de vista. Que haya sido amable conmigo no significa que quiera ser mi amigo.

—Tengo que trabajar —añade, como si creyese que necesita poner una excusa.

—Vale. —Fuerzo una sonrisa—. Pues… hasta la próxima. Me alegro de volver a verte. Ya nos veremos otro día. O no. ¡Quién sabe! —exclamo, cada vez más nerviosa mientras me alejo hacia las escaleras. Por favor, ¿puedo dejar de meter la pata?—. ¡Adiós!

Bajo las escaleras a toda prisa, con el corazón acelerado y las mejillas hirviendo. Ni siquiera me quedo tranquila después de salir del cine. Madre de Dios, ¡qué manera de hacer el ridículo!

Por una vez estamos de acuerdo en algo.



18

Insoportable

Subo las escaleras de dos en dos sin saludar a la vecina con la que me cruzo. Me da igual quedar como un maleducado. Estoy tan desesperado por llegar a casa que ni siquiera he podido esperar el ascensor. Maldigo por lo bajo cuando se me caen las llaves al suelo y no consigo abrir hasta el tercer intento. Cierro la puerta de una patada y cruzo el pasillo como una exhalación. Me la saco de los pantalones antes de llegar al baño.

La agarro por la base y apoyo la espalda en los azulejos fríos de la pared. Recuerdo el olor a fresas de su pelo y su mano pequeña aferrada a la mía, el roce de su boca en mi cuello y su cuerpo suave apretado contra el mío, el sonido de su risa avergonzada al creer que me estaba molestando cuando yo solo podía pensar en lo bien que me sentiría al follarla. Eso basta para que esté a punto de correrme como un animal.

Nunca había sentido una necesidad tan urgente.

Nunca había deseado a nadie de esta forma.

Ni siquiera recuerdo haber sentido algo parecido. Llevo años siendo un puto zombi, con un cuerpo que no reacciona a nada. Hasta ahora.

Lo que siento es tan intenso que apenas me avergüenzo de masturbarme pensando en ella. He cometido muchos errores a lo largo de mi vida. ¿Qué más da uno más? Me arrepentiré luego, pero primero necesito aliviarme. Si no, voy a perder la cabeza.

—Georgina —murmuro, con los ojos cerrados como un maldito pervertido—. Georgina, mierda, qué bueno...

Muevo la mano de arriba abajo mientras murmuro su nombre como un loco. Me la imagino delante de mí, mirándome con los ojos abiertos y las mejillas sonrojadas. Pienso en lo bien que me sentiría si se arrodillara y abriera la boca. Le follaría esa boquita contestona que alardea de no haber leído ninguno de mis libros. Después la subiría a la encimera de la cocina, ella me rodearía la cintura con las piernas y la penetraría con fuerza, sabiendo que estaría en el cielo.

Acaricio la punta con el pulgar. Está hinchada, resbaladiza y dolorida. Suelto un gruñido entrecortado. Ojalá estuviera aquí. Me gustaría ver la cara que pondría al ver el efecto que causa en mí.

Podríamos hacerlo en la ducha, es lo suficientemente amplia para los dos. Le arrancaría la ropa y la agarraría del pelo mientras me hundo en ella, observando maravillado como el agua resbala por su piel. Seguro que tiene unas tetas preciosas, pequeñas y pálidas. Ese pensamiento me arranca otro gemido.

Me ha pedido perdón por fastidiarme la película, cuando la verdad es que he tenido que fingir que estaba prestando atención para disimular que me moría de ganas de sentarla a horcajadas encima de mí y besarla hasta que lo único que gritase fuera mi nombre.

Pienso en ella a todas horas, cada maldito segundo del día. No hago otra cosa. Es casi enfermizo. Rememoro el beso que nos dimos en el parque y mi cerebro genera versiones alternativas en las que ella me lo devuelve y toma la iniciativa.

No podía ir a cenar con ella, ni de broma. Debo alejarme de Georgina. Aunque me muera de ganas de estar cerca y hacerle un montón de cosas indecentes que seguramente la harían huir en dirección contraria.

Echo la cabeza hacia atrás y aprieto la mandíbula cuando acelero el ritmo. Mis movimientos son violentos y furiosos, pero no es suficiente. No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve tan cachondo. Quizá nunca. Y todo por una mujer que estaba asustada y me dio la mano para sentirse segura.

Ahora la tengo frente a mí, mientras se desviste y me pregunta qué quiero hacerle. Le digo que todo lo que me deje, y ella asiente antes de quitarse el sujetador y murmurar que está muy mojada.

Me tiemblan las rodillas cuando empiezo a correrme. No he durado ni un minuto. *Patético*. Así de afectado estoy por culpa de una mujer con la que no tengo ninguna posibilidad. Y, si la tuviera, debería alejarme de ella porque no le convengo.



19

Las bicicletas me dan alergia

—¡Todo listo! —Elvira aplaude emocionada.

Yo tengo mis dudas. Víctor y Dani me convencieron de que era una buena idea, pero esos liantes no están aquí para ver cómo hago el ridículo —otra vez— delante de Oliver. A este paso, llevará un crucifijo y un collar de ajos alrededor del cuello por si tiene la desgracia de tropezarse conmigo de nuevo. Ya ha dejado claro que no me quiere en su vida. En el cine no tuvo reparos en rechazarme cuando lo invité a cenar. ¿Por qué me empeño? ¿Es solo porque necesito el trabajo, o más bien una cuestión de amor propio?

Tú te lo has buscado, canturrea la voz. *Te va la marcha…*

La ignoro y observo con gesto descompuesto a mi jefa, o lo que sea. Ya ni siquiera sé cómo llamarla. Hoy viste un abrigo fucsia, pantalones *beige* y botas de *cowboy* adornadas con un precioso bordado de rosas. Elvira destila *glamour* con su cabello plateado y

trenzado, y las enormes gafas de sol estilo aviador. A sus ochenta y tantas primaveras, desprende una vitalidad contagiosa. Esa ha sido una de las razones que me han llevado a aceptar de nuevo el trabajo; las otras fueron el «ya te llamaremos» de la entrevistadora que se ha despedido de mí esta mañana, el descubierto de mi cuenta bancaria, y la desesperación por llegar a fin de mes y no morir antes de los treinta ahogada por las deudas.

Y el beso por accidente no tuvo nada que ver, claro.

«En absoluto», le aseguro. «Soy una profesional de… este oficio. Elvira me cae bien, soy pobre y quiero hacerla feliz; ambas salimos ganando. Oliver me sigue pareciendo un cretino, con beso y ramo de chocolatinas incluidos».

Lo que tú digas.

—Saldrá bien —me tranquiliza. Su sonrisa afable no me transmite ni una pizca de confianza—. Solo tienes que dejar que te atropelle con la bicicleta.

Me rasco el codo. Me pica todo el cuerpo, una señal de lo nerviosa que estoy.

—No lo veo claro.

—He escogido este tramo del carril bici porque hay un paso de peatones muy cerca. Sal de ese arbusto cuando lo veas doblar la curva. Finge que te ha golpeado con el manillar y tírate al suelo. Es pan comido. Oliver conoce el camino. Irá despacio, no sufrirás daño.

Un plan sin fisuras. Maravilloso. ¿Qué podría salir mal?

—Eso lo dices porque a ti no va a atropellarte —contesto agobiada. No sé en qué momento me he sumado al carro, en lugar de estar repartiendo currículums por la ciudad. Soy el claro ejemplo de que los problemas te encuentran si los buscas—. Es una mala idea, Elvira. ¿Y si cruzo por el paso de peatones y lo saludo como haría una

persona normal?

—¡Qué tontería!

—Ah, que fingir un atropello no lo es…

—Pues claro que no. Este tipo de accidentes funcionan en las películas. Será un encuentro perfecto para forzar una conversación. —Una película es lo que se ha montado en la cabeza—. Háblale de Sofia Coppola o de Christopher Nolan. Y no se te ocurra mencionar a Spielberg; cree que sus películas están sobrevaloradas. Uy, ya viene. ¡Escóndete!

—¡Espera! ¡No lo veo del todo claro! —Elvira me da un empujón hacia el arbusto—. ¡Espera! Va a salir mal. ¿Qué tal si le damos otra vuelta antes de…?

Mierda, ya se ha ido.

Me rasco la nuca. Uf, creo que la situación me está produciendo urticaria, no puedo dejar de rascarme. No veo a Oliver. Esto es una locura; no voy a hacerlo. Cruzaré por el paso de peatones y fingiré un encuentro casual. ¡Lo del atropello es un disparate! Me lloran los ojos y no puedo dejar de estornudar. El picor se hace más intenso cuando me limpio las lágrimas.

Un momento… Bajo la cabeza y miro las características hojas alargadas, de un tono verde brillante. El tallo rosado, del que brotan pequeñas flores, está cubierto de una pelusilla blanca. Genial, me he escondido detrás de un arbusto de parietaria, una planta a la que soy alérgica. Cómo no. Esto me pasa por apuntarme a este disparate. Me lo tengo merecido. Salgo de mi escondite estornudando, con los ojos llorosos.

Suelto un grito cuando algo duro golpea mi espinilla. El impacto me tira de espaldas y acabo despatarrada en el carril bici. Lo veo todo borroso y siento un ardor intenso en la pierna. Alguien

masculla una maldición y se agacha para ayudarme. Una mano cálida se apoya sobre la mía.

—¿Estás bien? —Su voz es grave y reconfortante. Lo miro a través de los ojos vidriosos. Su rostro es un borrón familiar—. Lo siento, no te he visto; has aparecido de la nada. Deja que te ayude. —De repente, me suelta y noto que se echa hacia atrás—. ¡Georgina!

—Ay —balbuceo, avergonzada al reconocerlo—. Hola, Oliver.

Me moquea la nariz y apenas puedo abrir los ojos, que me escuecen como si me hubiesen echado sal. No le veo la cara, pero su voz es inconfundible. Tarda unos segundos en reaccionar.

—¿Te has hecho daño? —pregunta preocupado. Me palpa con cuidado por encima de la ropa. Me sobresalto cuando me roza la pierna—. Tienes los ojos…

—La alergia.

Sostiene mi rostro y asumo que está inspeccionándome. Me da vergüenza que lo haga. Imagino mi aspecto horroroso: los ojos hinchados como dos pelotas de tenis, la nariz roja y las mejillas cubiertas de un sarpullido. Qué maravilla. Mira por dónde, al final me ha atropellado de verdad. Seguro que Elvira está encantada.

—¿A qué eres alérgica?

Señalo donde creo que está el arbusto de parietaria. Oliver me ayuda a levantarme con cuidado.

—Será mejor que te saque de aquí.

—Estoy espantosa, ¿no?

No responde. O sea, que sí. Me guía fuera del carril bici y tiene la amabilidad de ofrecerme el brazo para ayudarme, ya que no puedo apoyar el pie derecho en el suelo. Se me escapa un suspiro de alivio cuando me siento en un banco. Todavía no puedo verle la cara.

—Tengo que revisar tu tobillo.

La idea de sus dedos tocando mi piel desnuda acelera mi corazón.

—Estoy bien. No hace falta que…

Dejo de respirar al sentir que se arrodilla entre mis piernas y pone una mano en mi empeine. Sus dedos me queman por encima de la ropa. Tengo un charco de lava en el estómago.

—No te he atropellado a propósito.

Durante unos segundos permanezco descolocada, hasta que comprendo que cree que no me fío de él. Los hombros me tiemblan al reírme.

—Ya lo sé. —Abro la cremallera del bolso y busco a ciegas los antihistamínicos—. Necesito la pastilla para la alergia o corro el riesgo de convertirme en un monstruo.

—¿Puedo ayudarte?

—Claro —contesto aliviada.

Estoy sorprendida de que sea tan agradable, pero imagino que se siente culpable de haberme atropellado.

Oliver pone una pastilla en la palma de mi mano y me entrega la botella de agua que guardo en el bolso.

—¿Me das permiso para inspeccionar tu tobillo?

—Sí, pero no es necesario que…

Oliver me sube el pantalón y el roce de su mano grande y cálida contra mi piel me prende como una cerilla. Una oleada de algo inesperado e intenso me sube por el vientre. Doy gracias de que los síntomas de la alergia camuflen mi expresión sofocada.

—Explícame algo, Georgina —dice con voz grave—. ¿Por qué tengo la impresión de que siempre apareces en mi vida para ponerme en evidencia?



20

Huele a Hugo Boss

—¡No es verdad! —exclamo abochornada—. No lo hago a propósito.

«Son cosas de tu abuela, que está como una cabra».

—No he dicho que lo hagas a propósito. Yo tampoco pretendía atropellarte. Pero aquí estamos. Otra vez. Resulta extraño que hayamos coincidido cinco veces en menos de un mes.

No sé si está molesto o interesado; me cuesta leer a Oliver. En realidad ha sido amable conmigo, a pesar de que no empezamos con buen pie y tengo clarísimo que no soy santo de su devoción. Ni siquiera sé por qué me he puesto a la defensiva. En honor a la verdad, estaba dispuesta a participar en el plan de Elvira, pero me he echado atrás en el último instante con un resultado calamitoso. De verdad que no entiendo cómo me las apaño para darle la vuelta a la situación cuando se trata de Oliver. No me sorprendería que pensara que me falta un tornillo o soy gafe.

El antihistamínico empieza a hacer efecto y ya puedo ver el contorno duro y masculino de su rostro, también los mechones de cabello negro y la boca severa; una boca que recuerdo a la perfección, por cierto. Tiene la mano apoyada en mi rodilla. Frunzo el ceño. Seguro que no se ha dado cuenta de que me está tocando.

—Ya me encuentro mejor.

Oliver aparta la mano y contengo el ridículo impulso de agarrarla para que vuelva a dejarla donde estaba.

—¿Cuántos dedos ves? —Levanta el pulgar, el índice y el corazón.

—Tres.

—¿Te duele la cabeza?

—No me he dado ningún golpe en la cabeza —bufo—. Me llamo Georgina, tengo veintiséis años y vivo con mis amigos Víctor y Dani. Anoche cené espaguetis a la boloñesa. Mi color favorito es el amarillo. Siempre he querido tener un gato, pero Víctor tiene alergia a los animales. Tú eres Oliver, el nieto de Elvira que me odia —digo a toda prisa para demostrar que no sufro un traumatismo.

—No te odio. —Me palpa el tobillo con delicadeza y doy un respingo—. ¿Te duele aquí?

—Un poco más arriba, en la espinilla. —Me pongo rígida cuando me acaricia la zona y observa mi reacción. Esbozo una expresión seria para fingir que no me duele—. Si estuviera roto, no podría apoyar el pie en el suelo. Estoy bien.

—Te saldrá un moratón. Deberías ponerte hielo.

Se incorpora y por fin puedo volver a respirar con normalidad. Ha sido muy extraño tenerlo arrodillado entre mis piernas. Algún día les contaré a mis nietos que Oliver Vidal se postró a mis pies.

Me pregunto si Elvira nos estará espiando escondida detrás de un árbol con unos prismáticos.

—Bueno, gracias por tu ayuda.

Oliver asiente y vuelve al carril bici para recoger su bicicleta. Ni siquiera se despide de mí cuando se marcha empujándola. Pestañeo sin dar crédito. Guau, eso no me lo esperaba; al menos podría haberme dicho adiós. Me escuece que tenga tantas ganas de librarse de mí. En el fondo, sabía que su amabilidad era forzada. Por supuesto que iba a largarse después de comprobar que no estoy gravemente herida. ¿Qué esperaba?

Me seco los ojos, que todavía me lagrimean por culpa de la alergia y me siento un poco tonta. No somos amigos, y ni siquiera le caigo bien. Al menos Elvira habrá podido comprobar que su nieto no me traga e imagino que dejará de insistir. Algo es algo.

—¿Nos vamos?

Levanto la cabeza, perpleja. Oliver está plantado delante de mí y no hay rastro de la bicicleta.

—Pensaba que te habías ido.

—Tenía que aparcar la bici. —Señala el punto de estacionamiento para bicicletas eléctricas de alquiler al otro lado de la acera—. Me quedaré más tranquilo después de que te pongas hielo en la pierna.

—Ah, yo no… —Me muerdo el labio. No sé qué decir, lo he juzgado mal—. No hace falta. Pediré un taxi.

—Vivo aquí al lado.

Estoy a punto de negarme justo cuando veo a una mujer vestida con una gabardina fucsia que salta y sacude los brazos para llamar mi atención. Cualquiera diría que tiene ochenta y cinco años. Me pongo pálida. Elvira gesticula con las manos, intentando decirme algo. Oliver se da la vuelta para averiguar qué es lo que miro y su abuela consigue esconderse a tiempo detrás de un naranjo. Él observa el árbol con suspicacia y soy consciente de que ha visto algo

sospechoso cuando da un paso hacia delante. Actúo sin pensar y le golpeo en el codo. Oliver vuelve la cabeza hacia mí como un látigo, incrédulo.

—Me has pegado —dice contrariado.

—Tenías una avispa.

Aprieto los labios al ver que Elvira sale de su escondite, levanta el pulgar y huye corriendo como si estuviese en plena pubertad. Oliver se percata de que me ha cambiado la cara y empieza a girarse de nuevo, así que me pongo de pie y lo agarro del cuello. Me mira confundido. No es para menos. Estoy abrazada a él como un koala y no hay un centímetro de espacio entre nosotros. De repente, soy plenamente consciente de lo pequeña que soy en comparación a él.

—Georgina… —Su forma de pronunciar mi nombre me pone los vellos de punta.

Tiene las manos en mis hombros, grandes y cálidas. Me apoyo en el pie izquierdo mientras el derecho me arde de dolor. Me pierdo en sus ojos, oscuros como un océano profundo. Me flaquean las rodillas y doy gracias de que él no me haya apartado.

—Eh… yo… —Busco una excusa que justifique mi actitud, la que sea; cualquier cosa con tal de no quedar como una auténtica pirada delante de un hombre que me mira como si me faltase un tornillo—. Iba a darte las gracias por cuidar de mí. Es… es… ¡una costumbre inuit! Mi bisabuelo materno fue un aventurero y vivió diez años con ellos. Se ve que, si una persona cuida de ti, debes agradecérselo agarrándolo del cuello y… eh… dándole un beso.

Las manos de Oliver resbalan por mis hombros y, por un instante, sus ojos se detienen en mi boca antes de volver a mirarme con una mezcla de confusión y pánico.

—¿Tenemos que besarnos?

—¡No! —Me rio como una histérica—. ¿Te imaginas que tuviese que besar a todas las personas que han hecho algo bueno por mí? Con lo del cuello ya basta, es… un gesto simbólico para honrar a mi bisabuelo. Lo ocurrido me ha hecho pensar en él y no quiero que su espíritu me atormente esta noche; se tomaba al pie de la letra las tradiciones de sus amigos inuit.

Oliver asiente más tranquilo. Por lo visto, la idea de besarme otra vez le parece tan tentadora como una patada en los huevos. A ver, que yo no he vuelto a pensar en ese beso accidentado. Ni un solo segundo. Para nada.

Qué fácil es engañarse a una misma.

—¿Estás segura de que no te has dado un golpe en la cabeza?

—¡Eh! —Dejo de abrazarlo y me desplomo en el banco—. Mi bisabuelo era muy orgulloso. Si te burlas, tal vez se vengue de ti.

—Asumiré el riesgo. —Hay un brillo divertido en sus ojos. Es obvio que no se ha creído ni una palabra de mi historia—. Si no vuelves a pegarme ni a intentar besarme, reitero la invitación a mi casa.

—No iba a besarte —me hago la digna—. Que quede claro.

—Por todo ese rollo de tu bisabuelo con los inuit.

—Búscalo en Internet si no me crees. —«Por favor, no lo hagas».

Por el rabillo del ojo, veo a Elvira escondida detrás de una papelera. Es increíble lo cotilla que es. No sé en qué momento se ha acercado a nosotros, lo que tengo claro es que debo sacar a Oliver de aquí si no quiero que nos descubra.

—Vale, si insistes, acepto tu invitación. —Haría cualquier cosa con tal de que no nos descubra. Antes muerta que confesarle que su abuela me ha pagado para que sea su amiga—. Pero que conste que no hace falta que cuides de mí.

—Ni siquiera puedes caminar.

—Claro que sí.

Aprieto los dientes al apoyar el pie en el suelo. Entonces, Oliver sacude la cabeza, me rodea con un brazo por la cintura y otro por detrás de las piernas, y se me escapa un grito ahogado al darme cuenta de que acaba de levantarme en brazos. Le rodeo el cuello de forma instintiva por si acaso se le ocurre dejarme caer, aunque me tiene bien sujeta. Sabía que estaba fuerte, pero no imaginaba que tanto.

—¡Oliver! —exclamo avergonzada cuando comienza a caminar como si no pesase nada—. ¿Qué haces?

—Lo que ves —responde muy calmado. Su mano descansa en la curva de mi cintura con naturalidad. El calor de su palma me atraviesa como una descarga eléctrica, y mi pulso se acelera peligrosamente—. Tú tienes tus costumbres, y yo las mías.

Me falta el aliento y no sé dónde poner los ojos. Soy incapaz de mirarlo porque, si lo hago, descubrirá lo afectada que estoy.

—¿Sueles levantar en brazos a todas las mujeres guapas que te encuentras por la calle?

—Contigo he hecho una excepción.

¿Eso qué quiere decir?, ¿que piensa que soy fea o que no suele hacer esto con nadie? No voy a rebajarme a preguntárselo, aunque me corroa la curiosidad.

—Bájame.

—Por supuesto —contesta sin soltarme—. Lo haré cuando lleguemos a mi casa y te pongas un poco de hielo.

—Esto no… —Escondo la cara en su pecho al pasar por delante de dos chicas que lo miran impresionadas y sueltan una risita. Madre mía, qué vergüenza. Parezco una damisela en apuros—. Ponme en el

suelo, por favor. Puedo andar.

—Se te ha cambiado la cara al levantarte. Es evidente que te duele.

No lo contradigo, tiene razón. Así que hago lo único coherente en esta situación: cierro los ojos, inspiro su olor con disimulo —como si fuese una droga—, y me maravillo con la firmeza de sus brazos. Tampoco cometo un delito por disfrutar el momento. Además, no pienso hablar del tema con mis amigos; se montarían una película y me exigirían detalles que no puedo compartir sin ruborizarme.

¿Soy una persona un pelín patética por admitir que lo disfruto?

Desde luego que sí.

«¿Acaso no ves que está más duro que una piedra y huele a Hugo Boss?».

Llegamos a su portal y camina directamente hacia el ascensor. En ningún momento parece que le cueste cargar conmigo. De todos modos, me siento culpable de haber propiciado este accidente y, como estoy convencida de que no tengo ningún hueso roto, le pido que me deje en el suelo.

Él, sin embargo, pulsa el botón de la última planta y me estrecha entre sus brazos con una firmeza que me hace sentir a salvo. Un millón de mariposas revolotean en mi vientre. No puedo evitar sonreír y vuelvo a esconder la cara en el hueco de su cuello para que no vea lo colorada que estoy. Al hacerlo, inhalo su olor y mi corazón da un pequeño salto de emoción mientras me odio un poco por desear que el ascensor tarde una eternidad en llegar a su planta.



21

Un lobo solitario

Oliver me ha traído hielo y ha esperado a que la hinchazón bajase para comprobar que puedo mover el pie. Luego ha insistido en llevarme al médico por si tengo un esguince y, aunque le he asegurado una decena de veces que podía caminar, no se ha quedado tranquilo hasta que le he hecho una demostración.

Ahora me cuesta creer que sea un cretino. *Bueeeno*, vale, ya no pienso que lo sea.

Coge el paño húmedo por el hielo derretido y lo lleva a la cocina americana. Oliver vive en el barrio de El Arenal, en pleno casco antiguo, muy cerca de la Torre del Oro y a un corto paseo del río Guadalquivir. Es uno de mis lugares favoritos de la ciudad porque me trae muy buenos recuerdos, de las contadas ocasiones en las que mi abuela me llevaba a desayunar churros con chocolate y luego íbamos al mercado. Es un barrio con mucho encanto e historia, solo

apto para los bolsillos más pudientes.

El espacio es diáfano, con techos altos y un precioso suelo de madera, a juego con los escasos muebles de diseño. Lo que más me gusta es el gran ventanal que llena la estancia de luz y conduce a una terraza con vistas privilegiadas de la Giralda y los típicos tejados del casco antiguo. Solo unos pocos afortunados pueden permitirse vivir en un ático como este, por lo que me queda claro que a Oliver le sobra el dinero. Es impresionante, sí; y también frío e impersonal. No hay rastro de la calidez de un hogar, o ningún detalle o fotografía que te hable de la persona que vive aquí. Siento un inexplicable pellizco de compasión al entender por qué Elvira me contrató.

—Estás de suerte. Hoy tengo refrescos y zumos. —Si se ha dado cuenta de que observaba este lugar con curiosidad, no da muestras de estar molesto—. ¿Qué te apetece beber?

La pregunta me deja atónita. No me entra en la cabeza que todavía no me haya lanzado una indirecta para que me largue.

—Nada, gracias.

—¿Ni siquiera una Coca-Cola? —Me mira con interés y algo más intenso que no sé descifrar—. ¿Qué pasa, Georgina?

—Si quieres que me vaya solo tienes que decirlo. No hace falta que seas educado. No tienes la culpa de que apareciera en mitad del carril bici.

—Tengo sed y me parece de mal gusto no ofrecerte algo de beber. —Me da la espalda y abre el frigorífico. Supongo que habría sido mucho pedir que me dijese que no quiere que me vaya—. ¿Coca-Cola? ¿Agua? ¿Zumo de naranja?

—Un zumo, gracias.

Coge una lata de Coca-Cola, sirve un vaso de zumo y regresa al salón, pero no se sienta a mi lado. Permanece de pie, con el hombro

apoyado en el pilar de la cocina. No puedo evitar fijarme en la forma en que esa postura desenfadada resalta la amplitud de su espalda. Mierda, ¿en qué estoy pensando?

En lo mismo que yo: está buenísimo.

Ignoro a la molesta vocecita y sigo a lo mío.

Si fuese otra persona, ya le habría sacado un millón de temas de conversación. Pero es Oliver, un hombre que emana una energía inaccesible que me obliga a preguntarme en qué momento me pareció realista aceptar la oferta de su abuela. Porque no tenemos nada en común, y nunca podré ser amiga de un tipo que me pone nerviosa cada vez que clava sus ojos gélidos en mí.

—¿Qué hacías por esta zona de la ciudad y cómo has acabado en mitad del carril bici?

Me enderezo en el sofá.

—¿Es un interrogatorio? —replico a la defensiva.

Se encoge de hombros y le da un sorbo al refresco.

—Siento curiosidad.

Su expresión es indescifrable. No es solo curiosidad. Lo que pasa es que no se fía de mí y es lo suficientemente educado para disfrazarlo de otra cosa; algo normal teniendo en cuenta todos nuestros encuentros.

—Iba al centro a hacer unas compras —contesto lo primero que se me ocurre—. Lo del carril bici no tiene justificación. Debería haber cruzado por el paso de peatones, pero me ha entrado la alergia y la verdad es que ni siquiera sé cómo he ido a parar allí en medio.

Odio quedar como una imbécil, pero tampoco puedo contarle la verdad. Seguro que me echaría a patadas si supiera que su abuela es mi jefa.

—Me iré en seguida. —Le doy un trago al zumo—. No quiero

molestarte. Tendrás cosas que hacer.

Su expresión es tensa, inescrutable. Durante un segundo, casi espero que me diga que no me vaya, pero se limita a decir:

—Como quieras. —Su tono es tan cálido como un iceberg—. ¿Has vuelto a ver a mi abuela?

Me mira fijamente, como si pudiera atravesarme y llegar a un lugar que guardo bajo llave. Siento una punzada en el pecho. No debería afectarme tanto, pero no lo culpo por querer averiguar si soy una buena compañía; es lógico que se preocupe por ella.

—El otro día me hizo una visita. A mis amigos les cae genial, la llaman Elvi.

Sus labios se curvan en una media sonrisa que se esfuma demasiado rápido. Contengo el impulso de pedirle que lo repita. Ha sido como ver una estrella fugaz: maravilloso y efímero. Por un instante he vislumbrado al hombre del que su abuela presume con orgullo y me encantaría conocerlo. Detrás de esa fachada impertérrita tal vez haya un tipo que merezca la pena.

—Me dijo que eres su nueva mejor amiga.

—Es imposible que le quite el puesto a Dori.

—¿Conoces a Dori? —Enarca una ceja, sorprendido.

—Me encantaría —admito riendo—. Ojalá hubiera ido a su despedida de soltera.

—Te aseguro que no habrías podido seguirles el ritmo, son imparables.

—Oye, ¡que soy la última en salir de una discoteca! Me gusta bailar hasta que me duelen los pies. Si Dori tiene la mitad de energía que tu abuela, estoy convencida de que las tres seríamos inseparables. Pero a mí no me van las galletas en forma de polla. Soy más de salado que de dulce.

Oliver se atraganta con el refresco.

—Veo que estás al tanto de su nueva afición por la repostería —dice tosiendo.

—¿Has probado sus galletas? —pregunto con picardía.

—Intentó obligarme —responde en voz baja. Qué mono, se ha sonrojado.

—Eres demasiado melindroso. Seguro que no te habría pasado nada por comerte una.

—Yo también prefiero lo salado, aunque a veces tengo antojo de probar algo dulce. —Sus ojos se clavan en mi boca. Es una mirada que dura una fracción de segundo y desata un huracán en mi pecho. No sé qué ha sido eso. Le suena el móvil y la tensión que acaba de formarse entre nosotros se disipa como si nunca hubiese existido. Oliver mira la pantalla con expresión crispada—. Tengo que contestar. Es mi agente. Estás en tu casa.

Me pregunto por qué ha puesto esa cara y si la imaginación me ha jugado una mala pasada, pero no le doy más vueltas y decido tomarme lo que ha dicho al pie de la letra, así que me levanto para cotillear. El salón está limpio pero desordenado. Huele a pino, por lo que deduzco que habrá limpiado hace poco. Hay libros amontonados en cualquier parte y papeles desperdigados en el escritorio; es el único rastro de que aquí vive una persona. Intento encontrar cualquier detalle que me cuente algo sobre él, pero no hallo nada relevante; ni una foto familiar, ni un solo recuerdo de su infancia.

Me queda claro que Oliver es un escritor caótico y solitario.

Me acerco a su lugar de trabajo para echar un vistazo. La pantalla del ordenador está apagada. Sobre el escritorio hay un puñado de folios en blanco y, en uno de ellos, hay algo escrito. Reconozco su

caligrafía; es la misma de la nota que acompañaba al ramo de chocolatinas Mars. «Cinco de febrero. Comprar el regalo de cumpleaños de Elena. Tiene que ser algo muy especial. ¿Qué podría gustarle?». Ha subrayado la fecha; no quiere que se le olvide.

¿Quién es Elena? Parece importante para él. Elvira debería haberme hablado de ella.

No es asunto tuyo.

«Solo quiero hacer bien mi trabajo. Si hay una mujer que le importa, debería saberlo. Seguro que a ella no le gusta que su abuela me haya contratado. No quiero causarle problemas».

Oliver regresa al salón y me ve hojeando un libro de la estantería. Me asusto y lo suelto. Es un ejemplar de *Grandes Esperanzas*. Me agacho para recogerlo y veo que se ha caído una fotografía de dentro de sus páginas: Oliver de adolescente, a orillas de un lago, abrazado con camaradería a un chico rubio y con un brazo alrededor de los hombros de una guapísima belleza morena. Los tres están sonriendo; son la estampa de la felicidad y la juventud.

Oliver me quita la fotografía de la mano, vuelve a guardarla dentro del libro y lo devuelve a la estantería. Ahora puedo leer con claridad sus emociones: está furioso y asustado.

—No pretendía husmear —me disculpo—. Has dicho que estaba en mi casa y…

—Da igual. —Su voz es una bofetada helada—. ¿Quieres salir a la terraza para apreciar las vistas? Es la mejor parte del piso.

—De verdad que no pretendía…

—Déjalo, Georgina.

Capto la advertencia. Será mejor que no insista.

Siento que cualquier progreso que pudiese haber hecho con él se ha ido al traste. No era mi intención hurgar en su pasado; solo me

picaba la curiosidad. Sin embargo, ahora me pregunto quiénes son las personas de la fotografía y por qué ha reaccionado de esa forma.

—Me gusta tu ático —digo para cambiar de tema.

—No hace falta que mientas.

Madre mía, ¿tan trasparente soy? Ojalá él también lo fuera.

—Es espectacular. Me das envidia de la buena.

—Pero… —intuye sin acritud—. Porque hay un «pero». Puedes decir lo que piensas, no voy a enfadarme.

—Es demasiado frío.

—Me gustan los espacios abiertos.

—No en ese sentido. No hay fotos familiares o de amigos colgadas en la pared.

Me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca. Acabo de ver una, escondida dentro de un libro, y seguro que tiene sus motivos; unos que no son de mi incumbencia.

Él ni siquiera se inmuta, como si el incidente de la foto no hubiese sucedido. Su rostro es una máscara inexpresiva cuando dice:

—No tengo amigos.

Lo miro como si no lo hubiese escuchado bien. Seguro que ha exagerado.

—Todo el mundo los tiene.

—Yo no —insiste cortante—. Me gusta ir a mi bola.

Es terrible creer que no le importas a nadie, que estás completamente solo en un mundo tan grande. Me resulta inadmisible. Porque, cuando tienes un mal día, la sonrisa de un amigo o la llamada preocupada de un familiar pueden marcar la diferencia.

No logro entenderlo, quizá porque soy lo opuesto a él. Cuando perdí a mi abuela, estuve agradecida de tener a mis amigos. Me

habría perdido a mí misma de no haber contado con ellos.

—Lo entiendo, eres un lobo solitario —concedo de mala gana—. Pero incluso los lobos solitarios necesitan refugiarse en la manada de vez en cuando.

—Hay personas que nacemos para estar solas.

Parpadeo sin dar crédito, aunque él mantiene su gesto impasible. La sinceridad de sus palabras me parte el corazón.

Todos merecemos ser importantes en la vida de otra persona. Todos, sin excepción.

Ahora, más que nunca, entiendo por qué Elvira estaba tan desesperada por encontrar a alguien que se hiciera amiga de su nieto. Qué equivocada estaba. El problema no es la capacidad de Oliver para acostarse con una mujer, sino su falta de fe en la humanidad o, quizás más preocupante, en sí mismo.

Ese es el momento exacto en el que comprendo que quiero ser su amiga. Porque sé mejor que nadie lo que es sentirse sola, porque la vida es demasiado complicada para no contar con otra persona que te tienda una mano o te dé un abrazo cuando más lo necesites.



22

Jaque mate

Me parece que Georgina está deseando marcharse, pero es demasiado educada para decirlo sin rodeos. Por eso me ha preguntado varias veces si quiero que se vaya. No sé por qué me molesta tanto que quiera alejarse de mí. Solo es un incordio con una sonrisa preciosa y unos ojazos en los que no puedo dejar de pensar. Ni siquiera la soporto. La atracción que siento por ella es tan absurda como irritante. Además, me gusta estar solo; soy un ermitaño que no recibe visitas y es alérgico a las reuniones sociales.

Georgina es… impredecible, imposible de ignorar. Me desquicia y fascina a partes iguales, y eso me cabrea aún más. Nunca había conocido a alguien que supusiera tal desafío. A veces me altera hasta el punto de querer gritar, pero otras tengo que hacer un gran esfuerzo para no sonreír por su culpa.

Odio no tener la situación bajo control. No me reconozco. No entiendo por qué me he puesto nervioso cuando me ha soltado ese

rollo sobre su bisabuelo y los inuit. Supongo que solo bromeaba. Lo peor de todo es que, por un ridículo instante, he albergado la esperanza de que dijese la verdad, con tal de tener una excusa para besarla. Es exasperante. No sé cómo lo consigue, pero siempre logra que me sienta como un completo idiota.

Tengo que pedirle que se vaya. Me da igual quedar como un cabrón, pero me da miedo acostumbrarme a su presencia y no puedo permitirme el lujo de conocerla, a pesar de que estoy seguro de que es una chica increíble. Increíblemente molesta, eso es lo que quería decir.

Estoy a punto de decirle que tengo que trabajar cuando llaman al timbre. Voy a abrir de mala gana, ya que resultaría muy raro que no lo hiciera. Mi abuela me sonríe de oreja a oreja, me besa en la mejilla y entra sin pedir permiso. Típico de ella.

—Vengo a cenar contigo. —Me señala con un dedo—. No admito un no por respuesta. Estoy a punto de cumplir ochenta y seis años. ¿Sabes que la media de esperanza de vida en España para las mujeres es de ochenta y seis años y un mes? ¡No tengo tiempo que perder, Oliver!

—Abuela, no digas eso ni en broma. —Me pongo de malhumor ante la idea de que me falte.

—¡Ah, Georgina! —Se lleva una mano al pecho al tropezarse con su amiga—. ¿Qué haces aquí?

—Pues… —comienza a decir ella.

—¡Oh! —No la deja responder—. ¡Estáis liados!

Me pellizco el puente de la nariz con el índice y el pulgar. Lo que faltaba. Sabía que sacaría conclusiones precipitadas.

¿Georgina y yo? ¡Venga ya! Ni siquiera pegamos. Somos demasiado diferentes.

Georgina parece tan incómoda como yo y me queda clara la opinión que tiene sobre mí. Es lógico, dada mi actitud. Le he arrebatado esa foto de mala manera, así que supongo que cree que oculto algo. Y no le falta razón, porque no pienso compartir esa parte de mi pasado con nadie, y mucho menos con ella.

—Nos hemos encontrado por casualidad —le explico, para que no se haga ilusiones—. Georgina ha sufrido un accidente sin importancia y la he invitado a mi casa para que se recuperase.

Mi abuela asiente complacida.

—Te dije que era un buen chico. —Le guiña un ojo a Georgina y comienza a poner los táperes que ha traído en la encimera—. Me alegro de que hayáis hecho las paces. ¿Te quedas a cenar, querida? Mi nieto se burla de mí porque soy un poquito exagerada con la comida.

Un «poquito exagerada» es quedarse corto; hay por lo menos siete fiambreras llenas hasta arriba de croquetas, empanadillas y lasaña. Es un desastre con las cantidades, pero siempre ha sido una gran cocinera. De hecho, mi abuelo presumía constantemente de haberse casado con una mujer tan preciosa como hábil en los fogones.

—Eh… bueno… —Georgina se ruboriza—. Si a Oliver no le importa…

—Abuela —intervengo serio—, Georgina quiere irse.

Por favor, que se vaya. Necesito que se vaya. Tenerla aquí es como estar atado a una bomba a punto de explotar. Cada vez que me mira o se ruboriza, siento que algo en mi interior se ablanda.

Ella asoma la cabeza cuando mi abuela abre un táper de croquetas. Le falta aplaudir de la emoción, y no la culpo; las croquetas de mi abuela están deliciosas.

—Son de jamón —dice mi abuela.

—Me encantan las croquetas. —Georgina mira con deseo la comida—. Pero no quiero molestar.

Estoy a punto de gritarle que a mí sí me molesta. Me molesta esta atracción que me trae de cabeza. Me molesta pensar en ella a todas horas, incluso cuando intento concentrarme en cualquier otra cosa. Me molesta cómo consigue colarse en mi vida, con esa sonrisa que debería odiar pero que solo logra desarmarme. Me molesta. Y punto.

—¡Qué tontería! —Mi abuela la agarra del codo y la arrastra hacia la mesa del comedor que rara vez utilizo—. ¡Oliver, no seas maleducado! Vamos, saca los cubiertos.

Obedezco resignado. Cualquiera le lleva la contraria cuando se pone en plan sargento. No me queda más remedio que sentarme al lado de Georgina y fingir que no estoy incómodo, cosa que se me da bastante mal porque no recuerdo la última vez que ejercí de anfitrión. Por suerte, mi abuela lleva el peso de la conversación y Georgina parece encantada. Aprovecho que está absorta en la charla para observarla sin pudor. Tiene los ojos rebosantes de alegría, y es de esas personas que al hablar gesticulan con las manos. Ni siquiera presto atención a sus palabras; estoy demasiado ocupado memorizando las pecas de su cara y el contorno tentador de sus labios. De repente, echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada por algo que ha dicho mi abuela. Me estremezco de placer. Tiene una risa preciosa, de otro planeta; tan contagiosa que me arranca una sonrisa involuntaria.

—¿De verdad te encerraste en tu habitación cuando descubriste que los Reyes Magos son los padres? —me pregunta sin poder dejar de reír.

Mi sonrisa se esfuma. No sé por qué me sorprende que estuviesen hablando de mí. Manda huevos. A mi abuela le encanta contarle esa

historia a todo el mundo. A los ocho años me desvelé de madrugada y descubrí a mi padre colocando los regalos en el árbol de Navidad. Tuve un berrinche monumental: rompí a llorar y pasé todo el día de Reyes encerrado en mi habitación hasta que mi hermana menor me amenazó con tirar a la basura el Scalextric que me habían regalado si no abría la puerta. Yo era un soñador bastante práctico, y ella era más madura que yo.

—Siempre ha tenido mucho genio —le cuenta mi abuela.

—Vamos a cambiar de tema —sugiero irritado.

—Otra vez nos llamaron del colegio —me ignora—. Había ido de excursión al zoo con su clase. Se enfadó al ver a los animales encerrados en jaulas y decidió encadenarse a un árbol para protestar. Se tragó la llave y tuvieron que llamar a los bomberos. Nunca supimos de dónde sacó la cadena. Lo expulsaron una semana, y ni con esas se dignó a pedir perdón.

Georgina me mira impresionada. Seguro que está buscando algún rastro del crío travieso e idealista que quería cambiar el mundo. Puede ahorrárselo. Ya no existe. De la noche a la mañana me convertí en un adolescente insufrible y engreído. Mi abuela debería contarle que con el paso de los años me transformé en un auténtico cretino.

—Estaba obsesionado con esa película… —Mi abuela hace memoria—. La de los animales que terminan varados en una isla de África. Me pedía a todas horas que la pusiera. Hasta le compré un disfraz de león.

—¿En serio? —Georgina sonríe de medio lado—. Me encantaría ver una foto.

«No, por favor».

—¡La tengo guardada! Cuando era pequeño, siempre me dejaba fotografiarlo. Era un niño muy cariñoso y simpático. —Me mira con

ojos repletos de añoranza—. Mis amigas me tenían envidia porque lo llevaba a todas partes conmigo.

—Abuela… —le suplico en vano.

Ella saca su teléfono y busca la dichosa fotografía. Se la enseña con orgullo a Georgina, que murmura un sonoro «oh». Ahí tenía nueve años y posé con una garra levantada y la boca abierta para emular un rugido.

—¡Eras una monada! —exclama Georgina.

—Me alegro de que os divirtáis a mi costa —contesto con sequedad.

Georgina le devuelve el móvil y aprieta los labios para contener una sonrisa. Niego con la cabeza y suelto un suspiro derrotado. Mi abuela me observa con esa nostalgia que la ha perseguido desde que lo eché todo a perder, y yo me pregunto si el amor incondicional es tan ciego que te impide darte por vencido con las personas que te importan.

—Te aseguro que tiene sentido del humor. No es tan cascarrabias como parece. Te sorprenderías si escarbaras un poco.

Me sobresalto al sentir una mano encima de la mía y mi corazón se salta un latido al descubrir que pertenece a Georgina. Observo cómo encajan. Por un instante, tengo la absurda impresión de que ella está hecha para mí. Entonces, me saca la lengua, burlándose.

—No me das ningún miedo, Gruñón. —Me da una palmadita afectuosa antes de apartar la mano.

«Gruñón». Tengo que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo y encerrarme en la habitación como cuando era un crío.

¿Qué demonios ha sido eso? ¿Por qué siento esperanza cuando ella me mira como si diese por sentado que soy una buena persona?

Necesito librarme de mi invitada forzosa antes de que me vuelva

loco; pero a mi abuela, a quien le encanta llevarme la contraria, le apetece jugar al *Scrabble*. No me queda más remedio que unirme a la partida cuando ella le cuenta a Georgina que no quiero participar porque tengo muy mal perder. Decido que quiero machacar a Georgina en el momento en que ella suelta una risita vanidosa y murmura que será mejor que me abstenga, pues no quiere que la eche a patadas después de que me derrote. Qué osada. Es increíble que crea que puede vencerme. La ortografía es mi terreno. Soy escritor, las palabras son lo mío. Nadie me gana al *Scrabble*.



Media hora después, tengo la impresión de que me han tocado las peores fichas. Me rasco la nuca mientras observo el tablero como si fuese mi peor enemigo. No puedo creer que vaya perdiendo. ¿Qué narices me pasa? ¿Por qué estoy tan nervioso? Soy muy bueno jugando al *Scrabble*. De hecho, soy el mejor. Pero lo único que se me ocurre con las fichas que tengo son palabras como «pedo» «bebé» o «lee». Absolutamente patético. Georgina, por el contrario, no para de crear maravillas como «flexibilidad», «cigarras» o «caciques». Ni siquiera está concentrada. Apenas tarda unos segundos en formar una palabra cuando le toca. Después, sigue de cháchara con mi abuela. Es una puñalada a mi orgullo, pues llevo cinco minutos devanándome los sesos para intentar impresionarla.

Espera, ¿qué?

Me da igual lo que piense. Mi abuela tiene razón: soy muy competitivo. Las emociones del día me han jugado una mala pasada.

—Te toca —me recuerda.

—Ya lo sé —respondo crispado.

—Si no se te ocurre algo, cede el turno —insiste mi abuela.

Tengo una idea al estudiar de nuevo el tablero. Aprovecho la última «a» de «Venezuela» para formar la palabra «campeón». Soy tan infantil que le lanzo una mirada de suficiencia a mi contrincante. Ella no se inmuta. Le quedan tres fichas y se deshace de ellas al crear la palabra «reto» utilizando la letra «t» de «hotel». No necesito contar los puntos para saber que ha ganado.

Jaque mate.

El enfado deja paso a la admiración cuando mi abuela la felicita y ella se sonroja de placer. Dios, es guapísima. Ni siquiera se da cuenta del efecto que causa en los demás. En mí. Es frustrante. Es peligroso. Necesito apartar la vista, pero no puedo. Otra razón más para detestarla; aunque lo que siento en este momento es tan confuso que no quiero analizarlo.

Dice que ha tenido suerte y que lo ha pasado genial. Yo estaba tan concentrado en la partida que no me he dado cuenta de que el tiempo se me ha pasado volando. Ya no estoy molesto por haber perdido; es una grata sorpresa que sea una rival formidable.

—Eres muy buena —la felicito con sinceridad.

Georgina me sonríe. A mí. No a su novio, ni a mi abuela. Me regala una sonrisa que le marca los hoyuelos de las mejillas. Una sonrisa auténtica, capaz de iluminar un campo de fútbol. Una sonrisa que va directa a mi corazón y me deja sin respiración.

—De pequeña estuve apuntada a un club de *Scrabble*. Llegué a competir en algunos torneos a nivel estatal. He jugado con ventaja.

—Oliver es escritor y no ha dado ni una —dice mi abuela—. Normalmente es muy bueno, pero hoy ha sido un jugador pésimo. Hasta a mí me ha dado vergüenza.

—Gracias, abuela.

—Cualquiera diría que estabas tan empeñado en deslumbrar a tu invitada que te has puesto nervioso —sugiere con picardía.

Es increíble la facilidad que tiene para leerme la mente. No hay quien pueda con ella, siempre va un paso por delante de mí.

—Recuérdame por qué te quiero, abuela.

Ella me lanza una mirada edulcorada.

—Puede que no te haya impresionado jugando al *Scrabble*, pero te aseguro que es un gran escritor —le dice a Georgina.

—No he leído nada tuyo —reconoce—. ¿Cuál me recomiendas?

«Ninguno».

No sé por qué me da tanto miedo que lea mis libros. Por el amor de Dios, he vendido dos millones de ejemplares. Estoy siendo ridículo.

—Mi favorito es *El secuestro* —interviene mi abuela—. Seguro que tienes algún ejemplar aquí. Deberías dedicárselo.

—Claro, me encantaría —contesta Georgina.

Mi abuela me mira expectante. Salgo del trance, me pongo de pie y voy a la librería. Cojo uno de los ejemplares de cortesía de la editorial y lo firmo. Le entrego el libro y nuestras manos se rozan. Aparto la mía con brusquedad porque lo que acabo de sentir al tocarla no es ni medio normal. Ella entorna los ojos, desconcertada por mi reacción.

—Espero que te guste —digo con falsa frialdad.

Ella se limita a asentir, contrariada. Es mejor así. No podemos volver a vernos. No puedo arriesgarme a que esta mujer rompa los esquemas de mi vida aburrida, segura y previsible.

Me doy cuenta de que mi abuela nos observa decepcionada. Está claro que la pobre tenía la esperanza de emparejarme con su nueva amiga. Ojalá algún día pierda la fe en mí. No la culparé si se da por

vencida.



23

Cierra la boca

Abrazo el libro de Oliver contra el pecho.

Lo he pasado genial jugando con él y Elvira al *Scrabble*. Ha sido divertido recordar la época en la que era una cría a la que su abuela acompañaba a los torneos. Tengo un montón de fotografías que demuestran que fuimos felices, pese a los problemas y las deudas.

Elvira ha obligado a Oliver a acercarme a casa. Él no ha rechistado, pero sé que no le apetecía estar conmigo. Ha habido un momento, durante la cena, en el que he llegado a creer que de verdad podríamos ser amigos. Luego se ha picado conmigo al *Scrabble* —no habría podido ganarme, quedé tercera en el campeonato nacional—, y me lo he pasado tan bien que deseo repetirlo. Elvira ni siquiera tendría que pagarme; lo haría con mucho gusto.

El problema es…

—¿Te caigo mal? —pregunto sin tapujos.

Oliver gira en una curva. Ni siquiera me mira, aunque noto que lo he tomado desprevenido. Al cabo de lo que me parece una eternidad, contesta:

—¿A qué viene esa pregunta? —replica con el ceño fruncido.

No es un «no». Me vale. La optimista que vive en mí decide que es suficiente, por ahora. Tampoco le voy a pedir que me cuente un chiste o baile una sevillana conmigo, pero no soy de las que se rinden. Quiero hacer feliz a Elvira y demostrarle a este gruñón que lo mejor de la vida son los amigos.

—Me regalaste un ramo de chocolatinas Mars porque sabes que me gustan —suelto envalentonada—. Creo que te caigo bien.

—Lo que tú digas —contesta impertérrito.

—No te habrías tomado tantas molestias si no te importase —insisto, viniéndome arriba.

Oliver aprieta el volante con fuerza, y noto cómo su mandíbula se tensa. Se frota la barbilla, sin mirarme, completamente concentrado en la carretera.

—Fue para contentar a mi abuela —dice al fin, en un tono seco y cortante—. No te creas tan importante.

Frena en un semáforo en rojo.

Es como si me hubiese tirado un cubo de agua fría. Me habría dolido menos si me hubiera insultado, la verdad. Me vuelvo completamente hacia él, pero ni siquiera me mira. Entrecierro los ojos al darme cuenta de una cosa: no lo hace porque no quiera, sino porque no puede. Hay algo en su postura corporal que lo delata; sus hombros están tensos y sujeta el volante como si fuera su salvavidas. La forma en que me evita grita incomodidad y entonces comprendo que no ha sido sincero. Por eso me contrató su abuela: Oliver aparta a todo el mundo, y ahora intenta hacer lo mismo conmigo.

—Pues le daré las gracias a Elvira —contesto para picarlo, esbozando una sonrisa que no puede ver, pero que espero que note en mi voz.

Oliver suelta un gruñido bajo y pisa el acelerador cuando el semáforo cambia de color. Me mira de reojo un segundo, confundido, porque esperaba cualquier reacción menos esta.

—Haz lo que quieras —dice finalmente, devolviendo la vista a la carretera con un movimiento brusco. Oliver gira en la primera curva. Mi edificio está al final de la calle. Lo miro sin disimular y él hace un gran esfuerzo para no prestarme atención; ahora lo sé. Me cruzo de brazos y me entra la risa floja. Él suelta un suspiro resignado, como si yo fuera un caso perdido.

—Vamos, no te enfades, Gruñón —lo provoco—. Si estás molesto porque te he ganado al *Scrabble*, te concederé la revancha.

Pone mala cara. Me mira un breve instante antes de echar los hombros hacia atrás y apretar el volante como si le fuera la vida en ello.

—No me apetece.

—¿Por? —Me muerdo el labio para contener una sonrisilla. Sé que está mintiendo, pero es demasiado orgulloso para admitir que se muere de ganas de jugar otra partida.

—No tengo nada en contra de ti —dice, y esta vez sí se gira hacia mí. Sus rasgos se endurecen, y la línea de su mandíbula se marca mientras sus ojos me observan con una intensidad abrasadora, que me hace sentir desnuda. Sus dedos tamborilean contra el volante con una fuerza contenida, como si intentara canalizar algo que no puede expresar con palabras —. Eres amable, y mi abuela te adora, pero pierdes el tiempo conmigo. No tengo la menor intención de repetir la cena o la partida de *Scrabble*.

—Auch. —Me llevo la mano al centro del pecho—. Eso ha dolido.

—No te lo tomes como algo personal.

—No lo hago. Lo que pasa es que te gusta ir a tu bola por ese rollo de tío misterioso e inaccesible que no logro entender. Por desgracia para ti, me encantan los retos.

Oliver frunce el ceño; yo esbozo una sonrisilla traviesa.

—Y acabo de decidir que quiero ser tu amiga.

—¿Por qué? —replica contrariado—. ¿Es otra tradición de los amigos inuit de tu bisabuelo?

—Ellos te habrían pegado una patada en el culo, pero yo prefiero darte un voto de confianza.

—¿Qué parte de que no quiero volver a verte no has entendido?

Su tono brusco me deja atónita. Es sorprendente la facilidad con la que cambia de agradable a gruñón. Quizá tiene un botón oculto en la nuca.

—Lo he pillado a la primera —contesto sin dejarme impresionar por su malhumor—. Solo siento curiosidad por ti…

—El sentimiento no es mutuo.

Oliver aparca el coche delante de mi edificio. Estoy a punto de responderle que no hace falta que actúe como un cretino cuando algo impacta contra mi ventanilla. Me llevo tal susto que pego un salto del asiento. Lo primero que veo es una cara enrojecida y un par de ojos color avellana inyectados en sangre. Me cuesta reconocer a Marcos, que golpea el cristal con los puños. Nunca lo había visto tan desquiciado.

—Conque no había nada entre vosotros, ¿eh? —me recrimina a voces—. ¡Al menos podrías haberme dicho que pasabas de mí para estar con él!

Estoy tan mareada por la realidad que me cuesta abrir la puerta.

Pero ¿de qué va? Habíamos quedado para cenar, pero le he enviado un mensaje cuando Elvira me ha invitado a probar sus croquetas. Lo he avisado una hora y media antes y le he pedido disculpas por cancelar el plan. No entiendo a qué viene su enfado. Al salir me encuentro con un rostro contraído por la rabia. Este no es el chico divertido y agradable al que le di una segunda oportunidad, no sé qué mosca le ha picado.

—No tengo que darte explicaciones —digo en voz baja, avergonzada por su actitud—. El otro día ya te lo dejé claro.

—¡Los amigos se dicen la verdad! —me grita hecho una furia—. Has cancelado nuestra cita a última hora.

Doy un paso atrás. Su desfachatez es increíble.

—No era una cita —musito. O, al menos, yo no sabía que lo fuera. De lo contrario, no habría aceptado.

Marcos me mira con desprecio y dice:

—Te has portado como una auténtica zo…

—Te sugiero que no termines esa frase —le advierte Oliver, que ha debido de bajar del coche mientras discutíamos.

Se pone a mi lado y Marcos palidece al verlo. Oliver se limita a observarlo con una calma peligrosa. No hace falta que diga o haga nada. Su presencia basta para que Marcos se venga abajo; es como si empequeñeciera un metro de golpe. Marcos me lanza una mirada suplicante, pero estoy tan conmocionada por lo que acaba de suceder que no me nace defenderlo. ¡Ha estado a punto de llamarme «zorra»! ¿De qué coño va?

—Esto no es cosa tuya —protesta Marcos con voz temblorosa—. Estaba hablando con ella.

Oliver lo ignora y se vuelve hacia mí. No dice nada, pero me pregunta con la mirada si quiero que se quede.

—Métete en tus asuntos —insiste Marcos—. Nos iba bien hasta que apareciste…

—Cierra la boca —le espeta Oliver sin mirarlo. Tiene los ojos fijos en mí. Marcos traga saliva y obedece, lo que es de agradecer—. ¿Estás bien, Georgina?

Su voz se suaviza al dirigirse a mí, aunque la intensidad de su mirada no disminuye ni un ápice.

Me cuesta un gran esfuerzo asentir. Agradezco su ofrecimiento, pero puedo lidiar yo sola con Marcos. No lo necesito para plantarle cara. Y desde luego que lo haré, en cuanto domine el manojo de nervios que tengo en el estómago.

—No te preocupes —lo tranquilizo. Su rostro es una máscara impasible, pero sus ojos se han convertido en un océano peligroso. Oliver no se mueve, por lo que me acerco a él y le aprieto el brazo para que comprenda que puedo apañármelas sola—. No va a hacerme daño.

—¡Pues claro que no! —se victimiza Marcos—. ¡No soy esa clase de tío!

Sinceramente, ahora mismo, no sé quién es.

Oliver se mete la mano en el bolsillo y saca su móvil. No sé qué pretende al entregármelo. Ignoramos a Marcos cuando berrea como si fuese un crío que no se ha salido con la suya. Dios, me da vergüenza ajena.

—Guarda tu número —me pide, para mi sorpresa—. No me iré hasta que sepa que puedes llamarme si lo necesitas.

—Guau, ahora resulta que además de escritor también eres Supermán —se burla Marcos—. Y supongo que yo soy el malo de la película…

—¿Qué parte de «cierra la boca» no has entendido? —le corta

Oliver, volviendo a prestarle atención. Marcos retrocede unos pasos mientras Oliver lo observa como si fuese una hormiga—. Si vuelves a faltarle al respeto o a levantarle la voz, tendrás un problema conmigo, ¿entendido?

Marcos asiente sin ocultar una mueca rabiosa. Grabo mi número en el teléfono de Oliver y se lo devuelvo. Entonces, él me da un toque para que tenga el suyo. Luego me pone la mano en la mejilla. Es un roce cálido y breve que basta para desarmarme por completo. Mi corazón se acelera de forma absurda por un simple gesto que solo pretende mostrarme apoyo.

—¿De verdad quieres que me vaya? —pregunta en voz baja, visiblemente contrariado.

Miro de reojo a Marcos, que parece haberse calmado. Respiro hondo. No creo que corra peligro. Además, este es un problema que tengo que resolver sola, aunque agradezco su ofrecimiento.

—Sí —decido—, debo hablar con él.

Oliver me mira durante unos segundos, indeciso. Sus ojos recorren mi rostro como si intentara asegurarse de que estoy bien. Veo la lucha que hay en su expresión. Sus labios se aprietan, como si quisiera decir algo, pero no encontrara las palabras correctas. Su respiración lenta y controlada contrasta con los puños apretados a sus costados. No quiere dejarme sola. Al final asiente con una breve inclinación de cabeza, pero no sin antes lanzarle una última mirada de advertencia a Marcos; una afilada, que contiene algo más que simple enojo. Una promesa silenciosa de que volverá si es necesario. Marcos retrocede un paso, encogiéndose de nuevo.

—No dudes en llamarme —me asegura—. Estaré cerca, por si acaso.

Agradezco en silencio su ofrecimiento. Oliver se aleja caminando.

Marcos parece más tranquilo, pero, en cuanto lo perdemos de vista, me suelta:

—Ha sido patético. Podrías fingir que no se te han caído las bragas.

Inspiro hondo y le espeto:

—Tú y yo vamos a dejar las cosas claras de una maldita vez.



24

Quería escuchar tu voz

—Georgina… —comienza Marcos.

—No. —Levanto una mano cuando tiene el atrevimiento de dar un paso hacia mí. Le lanzo una mirada dura y se queda quieto—. Ya has hablado suficiente. Es mi turno.

Tengo el corazón desbocado. Esto no tiene nada que ver con el sentimiento que me producía Marcos hace unos meses y no entiendo cómo pude hacerme ilusiones con alguien tan horrible. La decepción es más profunda y dolorosa que el enfado. Ese ha sido siempre mi problema, desde que falleció mi abuela: tengo tanto miedo de quedarme sola que fuerzo vínculos con cualquiera que me ofrezca un poco de cariño, incluso si esa persona no merece la pena.

—Los tíos como tú —digo sin perder la calma— sois unos completos egoístas. Te asustaste cuando te dije que quería una relación formal porque eres un inmaduro emocional que quiere

tenerlo todo: el cariño y la compañía de alguien que te ama, y la libertad de follarte a otra cuando tienes la autoestima por los suelos y necesitas sentirte especial. Pero era tan ingenua que esperé durante demasiado tiempo a que quisieras lo mismo que yo. Y es ridículo, ¿sabes? Porque alguien como tú, enamorado de sí mismo, en el fondo es incapaz de querer a otra persona. Menos mal que me di cuenta de que no merezco ser la segunda opción de nadie —continúo, satisfecha—. No sabes cuánto me arrepiento de haberte dado una segunda oportunidad. Y ahora tienes la desfachatez de fingir que te sientes herido porque me ves en compañía de otro hombre. Tiene tantísima gracia…

La sangre ha abandonado su rostro. Delante de mí solo hay un narcisista que acaba de darse cuenta de que le han quitado la careta.

—¿Qué tiene gracia? —pregunta a la defensiva.

—Los hombres como tú siempre volvéis —contesto sin alterarme —. Porque os molesta que la otra persona por fin se haya dado cuenta de que no os necesita para ser feliz. Entonces os entra el pánico y decidís regresar por todo lo alto para recuperar a la mujer que ahora sí se valora lo suficiente.

Marcos retrocede como si lo hubiera golpeado. Su labio superior se enrosca en una mueca de desprecio. Esa es la cara que me ha estado ocultando desde que regresó a mi vida con la intención de manipularme para que volviera a caer en sus brazos.

—Guau —dice con sorna—. Sí que estás despechada.

—Piensa lo que te dé la gana. No voy a perder más tiempo contigo —contesto con firmeza. Es la clase de persona que prefiere morir matando antes que asumir sus errores. Me alejo caminando, con la cabeza bien alta, y añado sin volverme—: Tú y yo ya no somos amigos. No vuelvas a molestarme. No quiero saber nada de ti.

Estoy a punto de entrar en el portal cuando me corta el paso. Respiro hondo y abrazo el libro de Oliver contra el pecho. Es lo bastante pesado para usarlo como arma si se atreve a ponerme una mano encima.

—Lo entiendo. Tienes motivos para estar enfadada conmigo. Me he portado fatal. Es que… estaba aterrado. —Se pasa una mano por el cabello rubio y me lanza una mirada lastimera que ya no funciona conmigo—. Tienes razón, ¿es lo que quieres oír? Fui un imbécil que quería exprimir su soltería al máximo porque me daba miedo tener una novia tan increíble. Siempre he sentido que no estaba a tu altura, Georgi. Por eso te rechacé. No sabes cuánto me arrepiento.

Me da por reír. Otra mentira más. Me pregunto cuántas tendrá guardadas en el arsenal. Siento lástima por su siguiente víctima; ojalá pudiera advertirla de lo que le espera.

—Te echo de menos. Esta vez puedo hacerlo bien. Solo tienes que darme otra oportunidad.

—No —digo categórica—. ¿Acaso no has escuchado nada de lo que te he dicho? Joder, Marcos. ¡Eres un manipulador! Si quieres hacer las cosas bien, sal de mi vida para siempre.

—¡Te quiero! —exclama desesperado. Entro en el portal y tiene la desfachatez de seguirme—. Sé que he herido tus sentimientos, y entiendo que necesites tiempo para perdonarme. Estás enfadada, lo entiendo. Seré paciente. Pero no hace falta que actúes como una rencorosa; no te pega.

Me froto la cara, alucinada.

—Además, tampoco sufriste tanto —añade con sorna—. Ni siquiera lloraste cuando rompimos. Eres la persona más dura e insensible que conozco.

Sus palabras me dejan boquiabierta. ¿Va en serio? No puedo creer

que acabe de recriminarme que no derramase ni una sola lágrima por él. Lo de este tío es increíble.

—Será mejor que te vayas.

—Acabo de reconocer que puedo darte lo que quieres. —Hace caso omiso—. ¿Acaso no es eso suficiente? ¿En serio tengo que seguir arrastrándome?

—¡Lo que quiero es que te alejes de mí para siempre!

Víctor sale del ascensor y nos observa lo suficiente para comprender que algo va mal. Marcos me ha agarrado con fuerza del brazo para detenerme. Tengo los ojos vidriosos y respiro de forma entrecortada. Mi amigo, que no podría haber llegado en un momento mejor, deja caer la bolsa de basura y se acerca a mí. Su gesto basta para que Marcos me suelte y retroceda como un conejillo asustado.

—Solo quería hablar con ella —se defiende, con la cara roja—. Al menos debe escucharme.

—No te debe nada —le aclara Víctor, que me pasa un brazo por encima de los hombros con ademán protector—. Te ha pedido que te vayas. Tienes dos segundos para salir de su vida o llamaré a la policía.

Marcos masculla una palabrota antes de marcharse y yo suelto un profundo suspiro de alivio. Jamás pensé que pudiera ser así; su nueva faceta me ha dejado boquiabierta. Uno nunca termina de conocer a las personas.

—Menos mal que has aparecido.

—He oído lo suficiente. —Nunca había visto a Víctor tan tenso—. Lo de la policía no era broma. Si vuelve a molestarte, debes tomar medidas.

—Lo sé.

No voy a restarle importancia. Pensaba que podía manejar la situación sola; de lo contrario, no le habría pedido a Oliver que se fuera.

—¿Crees que soy insensible?

—¿Qué? —Mi amigo frunce el ceño—. No, por supuesto que no.

—Marcos dice que no lo pasé tan mal cuando rompimos porque no lloré.

—Es más imbécil de lo que creía. —Sacude la cabeza con incredulidad. Su mirada se suaviza al mirarme—. Eres una de las personas más fuertes que conozco porque pasaste por mucho siendo muy joven. ¡Pues claro que no lloraste por ese energúmeno! No merecía ni una sola de tus lágrimas. Tú eres de las que se levanta cuando tropieza y sigue sin mirar atrás. Aunque, si algún día sientes que es demasiado y necesitas un hombro sobre el que llorar, aquí tienes el mío.

—Te quiero. —Lo abrazo con fuerza—. Te quiero muchísimo.

—¿Más que a Dani? —pregunta ilusionado.

—Oh, cállate.

Estoy tan alterada que acompaño a mi amigo a tirar la basura. No quiero quedarme sola. Antes de llegar a casa le pido que no le cuente nada a Dani porque no quiero preocuparla. Víctor refunfuña que está cansado de que vaya por la vida fingiendo que no necesito ayuda, aunque acepta mi petición porque es la clase de amigo que siempre me respeta.

Estoy tan cansada que me desvisto y me dejo caer en la cama. El libro de Oliver está en la almohada. Estiro el brazo para cogerlo. Todavía no he leído la dedicatoria y me pica la curiosidad. Seguro que habrá escrito la típica frase que utiliza con todos sus lectores.

Para Georgina:

Que fue capaz de comer doce croquetas, hacer reír a mi abuela y machacarme al Scrabble. Tienes razón, soy un gruñón. Pero, cuando te miro (si se lo cuentas a alguien lo negaré fervientemente), siento muchas ganas de sonreír.

Oliver.

No puedo pegar ojo. Doy vueltas en la cama y me rindo al cabo de media hora. Cojo el libro, ignoro la dedicatoria que ya he releído un puñado de veces e intento concentrarme en la lectura. Unos minutos después, estoy dentro de la historia. La protagonista es una chica con claustrofobia que despierta la noche después de su boda encerrada en un zulo. Mientras intenta escapar, debe descubrir quién la ha secuestrado; resulta que tiene varios enemigos con razones para querer vengarse de ella. He devorado cincuenta páginas sin darme cuenta.

Me llega un wasap justo cuando Marina, la protagonista, descubre que tiene un misterioso compañero de celda. Cojo el móvil para ponerlo en silencio. Qué libro tan adictivo, necesito descubrir quién es el malo. No puedo dejar de leer.

El teléfono resbala de mi mano al ver el nombre de Oliver. Me ha enviado un wasap. Me muerdo el labio y abro su mensaje, incapaz de resistir la tentación.

Oliver: He vuelto a buscarte, pero ya no estabas. Sé que es muy tarde. Solo necesito saber que estás bien.

Un segundo, ¿ha vuelto a buscarme? Vaya, no me lo esperaba. Cuando ha dicho que andaría cerca, creía que se trataba de una broma para asustar a Marcos. No he pensado que hablase en serio.

Yo: Todo controlado. Me da vergüenza que estuvieras allí.

Oliver: No tienes nada de lo que avergonzarte. ¿Estás bien?

Yo: Sí.

Oliver: ¿De verdad?

Yo: Estoy bien, en serio.

Yo: He empezado a leer *El secuestro*.

Oliver: Sé sincera. Podré soportarlo.

Yo: Estaba convencida de que sería una porquería (la novela negra no es mi género favorito). Cincuenta y dos páginas después, tengo mil teorías sobre el secuestrador y la impresión de que Marina no es ningún angelito. Me he enfadado al recibir tu mensaje porque solo quiero seguir leyendo.

Oliver: Entonces, no te molesto más.

Yo: Espera.

Yo: Gracias. Ya sabes por qué.

Oliver me llama y suelto el teléfono como si quemara. Pongo los ojos como platos. Seguro que se ha equivocado, pero sigue sonando y no me queda más remedio que descolgar.

—Me has llamado por error.

—No —contesta—. Quería escuchar tu voz.

—Ah. —Suelto una risita patética, nerviosa—. ¿Por qué?

—No puedo dejar de pensar en ti. —Me olvido de cómo se respira. Lo habré oído mal—. Me arrepiento de haberme marchado sin

cerciorarme de que habías entrado en el portal. Pero me has pedido que me fuera y debía respetar tu decisión.

—¿Por eso me has llamado? —digo, incrédula.

—Necesitaba saber si estabas bien.

—Lo estoy. Gracias por preocuparte por mí.

—Nunca me des las gracias por eso.

Trago saliva. Menos mal que no lo tengo delante, porque sería incapaz de esconder el rubor de mis mejillas.

—Si estuvieras aquí, no me quedaría más remedio que besarte —le confieso en un susurro—. Por la tradición de los inuit y eso.

—Y yo sería incapaz de rechazarte, para honrar a tu bisabuelo.

Imagino lo que sentiría al posar mis labios sobre los suyos con decisión, en lugar de por error. Cierro los ojos y me tapo la cara con una mano. De repente, tengo mucho calor. Solo estamos bromeando. No es real. Ni siquiera quiere ser mi amigo.

—Buenas noches, Georgina.

—Buenas noches, Oliver.



25

¿Quién quiere divertirse?

Cálmate. No lo hagas.

Mi mirada se cruza con la de ella, que se encoge atemorizada. Sabe por qué estamos aquí. Una rabia ciega y peligrosa corre por mis venas. Alguien me da una lata de cerveza. Bebo la mitad de un trago y Gael me pide que eche el freno.

—Vete a la mierda —le espeto—. No eres mi padre.

Un par de chicas se quitan la ropa pese al frío que hace. La más atractiva mete un pie en el lago y suelta un chillido. Qué idiota, ¿qué esperaba? Claro que el agua del lago está helada; estamos en invierno. La morena, de curvas voluptuosas, tarda más de lo normal en vestirse mientras me mira y regresa a la casa caminando muy despacio. Detrás de mí, Cristina suspira exasperada.

Hoy no. No estoy de humor para echar un polvo.

El alcohol baja por mi garganta. Tengo el pulso acelerado por la ira.

Aprieto los puños cuando un compañero de segundo se tropieza y me golpea sin querer el hombro.

—Perdona, tío —se disculpa al ver mi cara de pocos amigos.

—Deberíamos irnos —sugiere Gael.

Lo ignoro. Siempre ha sido un pusilánime. A lo lejos, Thiago está enrollándose con la rubia que hace unos minutos se quitó la ropa. Cristina lo ve y siento cómo se le encoge el corazón. Ella se gira con brusquedad y parpadea para ocultar las lágrimas.

—No merece la pena. —Gael me pone una mano en el hombro—. Llévatela de aquí.

Lo haré después de poner a ese cabrón en su sitio. Aprieto los puños y doy un paso al frente. Hace tanto frío que nuestras respiraciones se convierten en volutas de humo. Cristina se frota las manos para entrar en calor. Gael da vueltas a mi alrededor, incapaz de ocultar su nerviosismo. Le doy un último trago a la cerveza y luego la arrojo al lago. La lata flota en el agua. Alguien eructa y otra persona suelta una carcajada.

—¿Quién quiere divertirse? —pregunto a nadie en particular.

La gente se concentra a mi alrededor. Ni siquiera he tenido que alzar la voz para que me presten atención. Siempre ha sido así, desde que tengo uso de razón. La mayoría de ellos ni siquiera me caen bien. Son patéticos y frívolos. Están vacíos.

Thiago rodea con un brazo la cintura de la rubia y se acercan a mí. Se pavonea como una estrella. Qué osado. Sin mí no sería nada, solo el hijo del jardinero; un donnadie que no habría llegado ni a la vuelta de la esquina.

—Me apunto. —Sus ojos se desvían un momento hacia Cristina antes de centrarse en mí. Me está retando—. El gran Oliver Vidal siempre es el rey de la diversión.

El sarcasmo de sus palabras termina de sacarme de mis casillas. Cristina

y Gael intercambian una mirada preocupada. Estoy demasiado borracho para advertirles que deberían largarse antes de que la situación se desmadre.

—Y tú siempre has sido mi mejor compañero de juegos —le recuerdo a mi antiguo amigo.

Thiago deja de abrazar a la rubia. A través de su sonrisa despreocupada puedo percibir el odio, la envidia, el resentimiento. Son tan palpables que me pregunto si siempre habrán estado ahí y yo he sido demasiado ciego, o por el contrario se han ido asentando con el paso de los años.

—Oliver —me pide Cristina.

—Cállate —le ordeno.

—Hazle caso —le sugiere Thiago—. Como todos.

Corto la distancia que nos separa. Es casi tan alto como yo, pero ninguno de los dos se achanta. Gael hace el amago de separarnos y Cristina lo agarra del brazo. Sabia decisión. Me llevaré por delante a cualquiera que intente impedir que le borre la sonrisa arrogante a ese canalla.

—Te vas a arrepentir —le advierto. En ese momento, no sé que esas palabras me pesarán durante el resto de mi vida.



Me despierto sobresaltado. Estoy empapado en sudor y las sábanas están enredadas a los pies de la cama. Tengo el corazón tan acelerado que me llevo una mano al pecho, temeroso de que vaya a pararse de golpe. Una sensación de asco me sube por el estómago. No soy lo suficientemente rápido para llegar al baño, así que vomito en el pasillo.

Me dejo caer en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y los codos en las rodillas. Cierro los ojos para olvidar. Solo quiero que los

recuerdos dejen de atormentarme. Soy demasiado cobarde y egoísta. Daría lo que fuera, todo el dinero y el éxito, para que me arrancaran los recuerdos.

No sé cuánto tiempo permanezco ahí sentado. Me pongo de pie un buen rato después de que haya amanecido. Limpio el desastre, me tomo un analgésico para frenar el intenso dolor de cabeza y me siento delante del ordenador. La pantalla en blanco se burla de mí. Hubo una época en la que escribir se convirtió en una terapia; una vía de escape para ignorar el pasado. Porque, si creaba un universo atroz, poblado de personajes miserables que bailan entre el bien y el mal, podía escapar de mi realidad.

«No me das ningún miedo, Gruñón».

«Si estuvieras aquí, no me quedaría más remedio que besarte».

Mis dedos se deslizan sobre las teclas ante el recuerdo de una mano pecosa que aferra la mía, y unos ojos color verde musgo que me sonríen. Son recuerdos tan agradables, tan puros, que emborronan la pesadilla que me atormenta desde hace siete años.

Escribo veinte páginas sin parar; las palabras brotan de mis dedos enfurecidos. Llevaba tanto tiempo sin escribir que, de repente, no parece suficiente. Vuelco todo lo malo que tengo dentro y lo convierto en una historia macabra y retorcida, exorcizando así mis demonios.

Está anocheciendo cuando me levanto de la silla. Tengo los músculos entumecidos y me ruge el estómago. Observo la pantalla con una satisfacción inusitada. No quiero releer ni hacer correcciones. Ni siquiera lo pienso; me dejo llevar por un impulso y se lo envío por correo electrónico a Casandra con el asunto: «A ver qué te parece».

Voy al frigorífico, tiro toda la comida caducada a la basura y hago

la lista de la compra. Pido *pizza* a domicilio y aprovecho la espera para limpiar mi habitación, que da vergüenza ajena. Menos mal que Georgina no llegó a entrar.

Le doy una generosa propina al repartidor, pongo un capítulo de la serie que estoy viendo y le doy un bocado a la *pizza*.

Hoy es un día raro. Tengo ganas de vivir.



26

Eso sí que ha sido un cumplido

No he sabido nada de Elvira durante varios días, hasta que reaparece de repente en mi puerta para pedirme que la acompañe a una gala benéfica. Al principio me resisto por no tener ropa adecuada, pero termina convenciéndome de usar un vestido prestado de Daniela.

Elvira va preciosa, como siempre. Viste un vaporoso vestido rojo de tul y unas botas de tacón con estampado de leopardo. Lleva el cabello blanco recogido en un apretado moño en la coronilla y los labios pintados de un llamativo tono cereza.

Al entrar en la fiesta se convierte en el centro de todas las miradas. La mayoría de la gente la conoce y se empeña en llamar su atención, pero apenas les hace caso. Elvira desprende seguridad, pero yo siento que voy disfrazada con este vestido de satén color azul eléctrico con la espalda escotada y una abertura que llega hasta el muslo derecho. No estoy acostumbrada a vestir tan arreglada.

Elvira me ha explicado que lleva cuarenta y dos años asistiendo a esta gala benéfica, que se celebra en el hotel Alfonso XIII. Un simple vistazo a los invitados me confirma lo que ya sospechaba: Elvira pertenece a la clase alta. Estoy rodeada de *cayetanos*[*], mi peor pesadilla. Jamás me había sentido tan fuera de lugar. Mi amiga me toma del brazo y me sonríe con dulzura.

—No dejes que te amedranten, querida. Tú a lo tuyo. Brillas con luz propia, nunca lo olvides. —Nos adentramos en la multitud mientras saluda con un movimiento de cabeza a un par de mujeres que se ríen sin disimulo al ver sus botas. A ella ni siquiera le afecta —. La mitad de estas personas son unos esnobs; demasiado preocupados por las apariencias y los cotilleos. Unos pocos me caen bien. A esos te los presentaré. Todos los años venía acompañada de mi marido. Después de que él falleciera, empecé a vestirme como me dio la gana, y los que antaño fueron mis amigos me pusieron verde. ¿Y sabes qué descubrí? Que tenía menos amigos de los que pensaba y que me había quitado un gran peso de encima.

—Eres muy valiente, Elvira.

—Ay, querida. —Se ríe con despreocupación—. Lo que soy es vieja. Cuando cumples años, te das cuenta de que la felicidad y la libertad van de la mano. Pasé demasiado tiempo siguiendo las reglas, vistiendo con decoro y preocupada por lo que un puñado de cretinos pensase de mí.

—¿En qué momento cambiaste?

—Perder a mi marido me enseñó que no hay que desperdiciar el tiempo siendo la versión que otros esperan de ti. Las personas que valen la pena son las que te aceptan tal y como eres. Los demás, los que te juzgan y no tienen el menor interés en conocerte, son meros figurantes de tu historia. A esos no hay que hacerles ni caso. —Elvira

frena, se vuelve hacia mí y sostiene mi barbilla con dos dedos—. Eso es lo que más me gusta de ti, Georgina: no intentas aparentar algo que no eres. Tú eres auténtica, corazón. Yo tardé demasiado en descubrir que no puedes ser feliz si te debes más a los demás que a ti misma. Por eso no voy a permitir que olvides lo mucho que vales. No te dejes intimidar por estos buitres. Si te he pedido que me acompañes es porque estoy orgullosa de que seas mi amiga.

Sus palabras me calientan el corazón. Desde la primera vez que la vi sentí un aprecio genuino por ella. Hay personas que nacen para dejar huella en los demás. Aunque tengamos un acuerdo… «laboral», estoy segura de que nuestra amistad es sincera.

—Elvira… —digo emocionada.

—Mira —me interrumpe—. Ahí está Oliver.

Observo al hombre vestido con un traje de chaqueta negro que está en el centro del salón; su presencia llena la estancia con un halo masculino y poderoso. El cabello negro y bien peinado, a juego con el esmoquin y la pajarita, resalta sus ojos azules. Tiene una mano metida en el bolsillo, en una pose despreocupada que no encaja con la tensión que emana de sus hombros. Una mujer alta, rubia y atractiva está charlando con él. Oliver la escucha sin decir nada. A simple vista, hacen buena pareja: sofisticados y con ese aire distinguido que comparten las personas que han nacido en un ambiente privilegiado. Al mirarlos siento un pellizco de inseguridad porque, a diferencia de mí, ellos sí están en el lugar al que pertenecen.

—No me habías dicho que él estaría aquí, y eso que te lo pregunté —protesto en voz baja.

No esperaba encontrarme con Oliver. Si antes me sentía incómoda, ahora considero que me he colado en una fiesta en la que no pinto

nada. El discurso de Elvira pierde su efecto en mí. Soy un pez payaso rodeado de tiburones.

—El otro día, en su casa, me di cuenta de que te va mejor si no sigues mis planes. Por eso no te he avisado. Me gustas más cuando improvisas y eres tú misma.

—No sé ser yo misma con esta ropa.

—Estás muy guapa, Georgina.

Clavo una mirada insegura en la mujer rubia; es el reflejo de la elegancia. El vestido de corte imperio le queda como una segunda piel. Seguro que está hecho a medida y no ha tenido que robarlo del armario de su amiga.

—¿Es Elena?

—Se llama Sonia. O Sofía. No me acuerdo —contesta Elvira. Parece tan contrariada como yo—. ¿Por qué me preguntas por Elena?

—Sé que es importante para Oliver.

—Interesante…

—¿El qué?

—Tu curiosidad por la vida de mi nieto.

O sea, que la rubia no es Elena y tengo razón al sospechar que ella es una persona fundamental en la vida de Oliver.

—Pensé que a tu nieto no le gustaban las fiestas. Me dijiste que era un ermitaño.

—Su editorial es uno de los patrocinadores de la gala benéfica este año, así que está obligado a asistir por contrato. No le ha quedado más remedio. Si por él fuera, estaría encerrado en su ático.

Eso explica la rigidez de su cuerpo. No le apetece estar aquí. Me pregunto si la conversación con la rubia habrá conseguido animarlo. Como siempre, soy incapaz de descifrar su expresión.

—Podrías haberme avisado.

—Soy fan de la improvisación. Y ahora no estás trabajando para mí.

De todos modos, me habría gustado saberlo. Así habría estado preparada.

Un hombre mayor se acerca a saludar a Elvira en el momento que Oliver levanta la cabeza y me ve. Su mirada se clava en mí, incapaz de ocultar su sorpresa. Levanta las cejas y sus ojos resbalan por mi vestido. De repente, me siento desnuda y vulnerable. Esbozo una sonrisa tímida y lo saludo con la mano. No sé qué otra cosa hacer. La rubia se da cuenta de que él ha dejado de escucharla y se gira para averiguar a qué se debe su distracción. Al verme, su gesto se transforma en una mueca desdeñosa. Le toca el brazo a Oliver para volver a reclamar su atención, pero él la ignora y camina hacia mí mientras mi corazón se acelera sin remedio.

—Hola —digo con timidez.

—No sabía que vendrías. —Si se alegra de verme, lo disimula de maravilla—. Mi abuela no me dijo nada.

—Ya somos dos.

Un camarero se acerca con una bandeja repleta de copas de vino blanco. Cojo una y Oliver niega con la cabeza. Algo doloroso brilla en sus ojos por un instante. Luego se recompone y me mira, como si supiera que he sido consciente y me estuviera retando a decir algo. No pienso caer en la trampa. Su pasado le pertenece por completo; compartirlo o no conmigo es su decisión.

—Elvira me ha contado que tu editorial es la patrocinadora de esta gala.

—Sí, es una de las empresas que colabora. Este año los fondos se destinan a una asociación sin ánimo de lucro que lucha contra la pobreza infantil —dice con tirantez.

—No pareces muy contento.

—No soporto la hipocresía de estas reuniones. La mayoría solo viene para hacerse una foto y presumir de su generosidad. Si realmente quieres hacer algo bueno, no necesitas que el mundo lo sepa.

—Pueden hacer algo bueno y pasarlo bien. No veo el problema.

—Estas galas nunca son divertidas. Créeme.

—Estás muy convencido.

—Habría preferido pagar el cubierto y no asistir, pero soy el encargado de dar el discurso de apertura. Por lo visto, a los lectores les encantan los escritores que colaboran con alguna causa social. O eso dice mi agente.

—¿Tan malo es que crean que tienes corazón? —bromeo para que se relaje.

—Es que… —Inclina la cabeza, resignado—. Creí que ya había dejado este asunto atrás. No me agrada que me obliguen a participar en semejante pantomima.

No dice nada más y decido no hurgar en la herida. De todos modos, creo que sé por dónde va: su familia es de clase alta. Elvira me ha dicho que lleva años asistiendo a esta gala y no hay más que ver la facilidad con la que se desenvuelve entre los invitados. Echo un vistazo a mi alrededor y veo a varias personalidades influyentes: un presentador de la televisión local, una diseñadora de trajes de flamenca y un famoso cirujano plástico al que reconozco de haber visto en una marquesina de un centro comercial. Esta fiesta reúne a la crema y nata de la sociedad sevillana.

—¿Te confieso un secreto? —pregunto, captando su atención—. Si hubiera sabido a dónde me traía tu abuela, no habría venido. Siento que soy una intrusa. No eres el único que está incómodo.

Oliver me observa fijamente. Entrelazo mis manos con nerviosismo y hago un gran esfuerzo para no agachar la cabeza. Tiene los ojos brillantes de una emoción poderosa y abrasadora. No sé si le gusta lo que ve, pero al menos estoy convencida de que no puede apartar la vista. Y… santo cielo, debería estar prohibido que un hombre mirase así a una mujer.

—Georgina —dice, tragando saliva—, estás…

—¡Por fin he podido librarme de ese viejo crápula! —lo interrumpe Elvira—. Nunca me ha caído bien. Tu abuelo, que en paz descanse, hizo algunos negocios con él, pero yo no tengo por qué soportarlo. Me cae fatal desde que se divorció de su tercera mujer para tener una aventura con una chiquilla. ¿Os podéis creer que me ha dejado caer que siempre le he gustado? ¡Qué desfachatez! Si tu abuelo levantase la cabeza…

—Es un buen partido —la provoca Oliver—. Es el propietario de un parking y una cadena de restaurantes.

Elvira se mete dos dedos en la boca y finge una arcada. Me atraganto con el vino por culpa de la risa.

—Mi abuela se ha convertido en una rompecorazones desde que enviudó —me cuenta Oliver—. La mitad de los hombres de esta fiesta le tienen echado el ojo.

—No soy estúpida, Oliver. Quieren mi dinero. Que les den. Pienso fundirme hasta el último euro antes de irme al otro barrio. De paso, disfrutaré de mi soltería y les daré mucho de lo que hablar.

Oliver se tapa los oídos y finge estar horrorizado. Elvira pone los ojos en blanco. Los observo divertida. Me gusta la relación que tienen. Cada vez que los veo juntos conozco una faceta de Oliver que no comparte con los demás.

—Oliver, sé un caballero y acompaña a Georgina a nuestra mesa

mientras voy a saludar a unos viejos conocidos —le pide su abuela —. Ni se te ocurra dejarla sola. La pobre cree que está ridícula con ese vestido.

—Ya me he dado cuenta, abuela. —Oliver me observa un largo instante que consigue robarme el aliento. Luego le dice a su abuela —: No podría estar más equivocada.

Siento un calor sofocante. Me tiemblan las rodillas.

Eso ha sido… un cumplido, ¿no?

Pues claro que sí, tonta. Ahora mueve el culo y deja de comportarte como si no tuvieses derecho a estar aquí.

Por una vez hago caso a la voz. Apenas he dado un paso cuando siento la palma de una mano cálida posarse en el centro de mi espalda desnuda. La presión es ligera pero suficiente para que un torrente de calor suba por mi cuello hasta mis mejillas. Su boca, suave y cálida, se detiene peligrosamente cerca de mi oído. Su aliento me acaricia la piel y se me eriza el vello de la nuca.

—Antes de que mi abuela me interrumpiese —murmura con tono grave—, iba a decirte que estás preciosa.

Me roza el cuello con la nariz y el mundo a nuestro alrededor desaparece. Desliza el pulgar por mi espalda, una sola vez, antes de apartar la mano en un movimiento deliberado que se parece demasiado a una caricia.

Eso, definitivamente, sí ha sido un cumplido.

«Solo intenta ser agradable conmigo. No significa nada».

Sin embargo, mientras me acompaña hasta nuestra mesa, me pregunto si la mirada que Oliver me ha dedicado cuando charlaba con aquella mujer no estaría más cargada de deseo que de sorpresa… Descubro la respuesta cuando me siento en la silla que tiene mi nombre y descubro que él está enfrente, justo al lado de la

rubia que lo observa con ojos triunfales, codiciosos. Entonces comprendo que Oliver solo ha sido amable conmigo porque sabe lo insegura que me siento en este momento.

Ojalá no me hubiera mentido.

* Término coloquial que hace referencia a personas, generalmente jóvenes, de clase alta y adinerada, y de ideología conservadora.



27

Trivial

Oliver sube al escenario a dar el discurso y Elvira reaparece para presentarme a los demás integrantes de nuestra mesa: un matrimonio de cardiólogos, dos jubilados londinenses y el viejo crápula, que me mira el escote sin disimulo. Sonia/Sofía arruga la nariz al darse cuenta de que Elvira la ha ignorado por completo, y luego saca su móvil para grabar el discurso de Oliver, como si fuese su mayor fan. Elvira resopla y le doy un codazo para que disimule. Todos nos hemos percatado de que no soporta a Sonia/Sofía.

Oliver se limita a dar las gracias a los presentes por su contribución a la causa y les desea que pasen una velada maravillosa. Después se baja del escenario y regresa a la mesa. El discurso ha durado menos de un minuto, lo que evidencia que no le gusta ser el centro de atención.

—Soy Sofía —se presenta la rubia justo cuando Oliver se sienta a

su lado—. Oliver y yo nos conocemos desde hace muchos años. Fuimos juntos a la universidad.

Su tono es arrogante, posesivo.

—Pues él nunca habla de ti —le suelta Elvira.

Sofía enrojece de furia. Oliver se tapa la boca con la servilleta para disimular una sonrisa y luego, para cambiar de tema, comenta que espera que haya carne porque no le gusta el pescado.

—El primer plato es a elegir entre hojaldre de salmón y espinacas o pularda rellena de foie —le explica Sofía, y acto seguido bate las pestañas de manera seductora—. Yo también soy más de carne que de pescado.

—Pues que se haga vegetariana y mantenga las garras lejos de mi nieto —murmura Elvira en voz baja.

—Shhh —la regaño.

—¿Te estás divirtiendo, Georgina? —me pregunta Sofía—. Soy la organizadora del evento por tercer año consecutivo. Elvira suele venir acompañada de su encantadora amiga Dori, que ahora está de luna de miel en Costa Rica con su nuevo y flamante marido. A todos nos ha sorprendido que este año te haya escogido a ti. De hecho, me ha obligado a cambiar la disposición de los asientos en el último momento para hacerte un hueco.

¿Acaba de decir que sobro?

—Tú podrías haberte sentado en cualquier otro sitio —dice Elvira —. A mí no me habría importado en absoluto.

Se hace un silencio incómodo. A Sofía se le dilatan las aletas de la nariz y Elvira la mira con fingida inocencia, como si no acabase de ponerla en su sitio por insinuar que soy una molestia.

—Una velada maravillosa —intervengo para suavizar la tensión—. Enhorabuena, Sofía.

Ella hace un mohín.

—¿De qué os conocéis Elvira y tú? —pregunta con tirantez—. Seguro que es una historia fascinante. Todos sabemos que nuestra adorada Elvira siente debilidad por los más desfavorecidos.

Oliver, que hasta ese momento fingía estar muy interesado en el bordado del mantel, se sobresalta. Su mandíbula se endurece y una vena palpita en su cuello.

—Me salvó la vida. —Elvira me aprieta la mano con cariño—. Y ahora somos grandes amigas.

—Oh, eres médico —continúa Sofía—. ¿Cuál es tu especialidad?

—Soy animadora infantil —aclaro—. Elvira dice que le salvé la vida porque llamé a una ambulancia, pero no hice nada que no hubiera hecho cualquiera.

—Fascinante —dice con desdén—. Así que eres dueña de una empresa de animación infantil. ¿A cuántos empleados tienes bajo tu cargo?

Comprendo lo que intenta, pero no voy a dejarme humillar. Ni tampoco fingiré ser otra persona para agradar a un puñado de extraños.

—A ninguno, estoy en paro. La verdad es que no he tenido demasiada suerte con el trabajo. En mi último empleo ni siquiera me dieron de alta. Espero que pronto me salga algo mejor.

—Pobrecita, qué vida más dura. —Ni siquiera oculta su tono burlón—. Pero la verdad, no creo que sea cuestión de suerte. Esa es la excusa de los mediocres para justificar su fracaso. Deberías haber estudiado una carrera. A la gente conformista le va mal en la vida. Claro que no todos nacemos para liderar. Algunos están hechos para obedecer órdenes.

—A mí me ha ido bastante bien sin terminar la carrera —interviene

Oliver. Su voz es afilada como un cuchillo—. Aunque, claro, no todo el mundo tiene la ventaja de haber nacido en una familia rica que pague sus caprichos.

Sofía palidece, pero Oliver continúa implacable.

—Deberías dar las gracias por tener unos padres que te rescataron cada vez que metiste la pata. Como cuando fundaste esas dos empresas con su dinero. Recuerdo que quebraron en tiempo récord. Eso sí que es un logro personal. —Hace una pausa, y su mirada se endurece—. No eres la más indicada para criticar a Georgina. Ella no tiene nada de qué avergonzarse.

Sofía cierra la boca, petrificada. Estoy tan conmocionada como ella; no esperaba que Oliver saliese en mi defensa.

Elvira pone una mano encima de la mía y me pregunta al oído si me encuentro bien. Asiento en silencio. Me percato de que Oliver me está mirando y no puedo evitar sonreírle. Él no me devuelve el gesto. Habría sido mucho pedir.

Sofía permanece callada durante el resto de la cena. Estoy segura de que nadie echa en falta sus comentarios venenosos.



Me quedo con hambre después de la escasa comida. Los entrantes eran ridículos y las porciones de los platos principales, diminutas. Me entra la risa cuando Elvira murmura que debería haber traído un táper con croquetas. Sin embargo, lo hemos pasado bien. Ha puesto en su sitio al crápula cuando lo ha descubierto mirándome el escote sin disimulo y hemos mantenido una conversación agradable con Roberto y Elisa, los cardiólogos. Ella es encantadora y me ha pedido que le envíe mi currículum, ya que la hija de su prima acaba de abrir

una ludoteca y busca personal. Oliver ha permanecido taciturno durante toda la cena, pese a los esfuerzos de su abuela por incluirlo en la conversación. Por suerte, nos hemos librado de los comentarios viperinos de Sofía, que me ha estado lanzando miradas asesinas, como si yo fuera la culpable del mal rollo entre ella y Oliver.

—¡Ahora llega mi parte favorita de la fiesta! —exclama Elvira cuando Sofía se marcha. Estoy a punto de pedirle que no sea mala con la organizadora hasta que comprendo que no se refiere a su ausencia. Sofía sube al escenario y anuncia el concurso de preguntas. La mesa ganadora recibirá un premio—. Oliver, cariño, ya sabes lo competitiva que soy. Espero que abras la boca para responder alguna pregunta. De lo contrario, dejarás de ser mi nieto favorito.

—Mi hermana es tu nieta favorita. Siempre me lo echas en cara.

—Uy, si sabe hablar —lo pincha su abuela.

—Solo cuando me interesa.

—Es una pena que dieras el estirón. Me caías mejor cuando eras un niño que andaba pegado a mis faldas y le decías a todo el mundo que yo era tu mejor amiga.

Oliver me mira como diciendo: «Ves lo que tengo que aguantar?».

—¿De qué trata el concurso? —les pregunto.

—Es un *Trivial* de cultura general —me explica Elisa—. La mesa que acierte más preguntas gana.

—Si el soso de mi nieto no nos ayuda, contamos con Georgi. Es muy competitiva. El otro día machacó a Oliver al *Scrabble*.

—Gracias por recordármelo, abuela —responde él con ironía.

—Haré lo que pueda —contesto con timidez. Por suerte, soy una gran aficionada a los concursos de televisión y muchas de las preguntas suelen repetirse—. Lo importante es pasar un buen rato.

—Si yo fuera tú, me sentaría en otro sitio —me recomienda Oliver

—. Mi abuela tiene muy mal perder. El año pasado tuvo un cabreo monumental porque le arrebataron el primer puesto.

—Hicieron trampa. Utilizaron el móvil —se indigna. Señala sin disimulo la mesa más cercana—. Ese vejestorio se cree mejor que nadie.

—Se refiere a Javier Ruecas —me explica Oliver, haciendo un gesto hacia un atractivo anciano vestido con un traje de rayas—. Su archienemigo. Siempre están como el perro y el gato, aunque tengo la teoría de que en el fondo se gustan.

—¡Oliver! —Su abuela le lanza una servilleta—. No digas tonterías. ¡No tengo tan mal gusto!

—No está mal, Elvi —digo tras echarle un vistazo al susodicho.

Ella se cruza de brazos, pone mala cara y comienza a despotricar sobre Javier y sus innumerables defectos, lo que incrementa mi curiosidad. El hombre la observa sin disimulo e intenta hacer contacto visual con ella, que lo ignora. Aprieto los labios para contener una sonrisa. Creo que Oliver tiene razón: entre esos dos hay algo.

—Hace seis años me llamó hortera —me cuenta disgustada.

—No sabía que fueses tan rencorosa, abuela.

Elvira levanta la cabeza y fulmina a Javier con la mirada, que está emocionadísimo de que por fin le haya prestado atención.

—Esta vez no va a salirse con la suya.

Entiendo a lo que se refiere cuando varios camareros aparecen para confiscar nuestros teléfonos hasta que acabe el concurso. Elvira sonríe orgullosa y Oliver pone los ojos en blanco.

—¿Has tenido algo que ver? —le pregunto en voz baja.

—Hice un pequeño donativo a cambio de que tuvieran en cuenta mi opinión.

—No está bien sobornar a la gente, abuela —la regaña Oliver.

—¡Ya empieza! —exclama eufórica—. Si perdemos, no volváis a dirigirme la palabra hasta dentro de un par de meses.

Hago un gran esfuerzo para contener la risa. Incluso Oliver aprieta los labios para disimular una sonrisa. Intercambiamos una mirada cómplice; ambos hemos decidido que haremos todo lo posible para ganar y hacer feliz a Elvira. Un camarero nos entrega un pulsador y nos explica que se ilumina al presionarlo. La mesa que lo accione primero y acierte la pregunta consigue un punto. Elvira se frota las manos, preparándose para la batalla.

—¡Damas y caballeros! —exclama Sofía. Se nota que está encantada de ser el centro de atención—. Es para mí un placer anunciar el décimo tercer concurso de *Trivial*. Recordad que lo importante es participar y pasar un rato divertido. No está permitido hacer trampas ni faltar el respeto a los contrincantes. —Sofía mira sin disimulo a Elvira, que suelta un resoplido—. Vamos con la primera pregunta: ¿En qué año el hombre pisó la luna por primera vez?

Oliver aprieta el pulsador, pero Sofía le cede el turno a la mesa de Javier. Él se pone de pie, le sonríe con suficiencia a Elvira y responde:

—Mil novecientos sesenta y nueve.

—¡Correcto! —exclama Sofía—. Primer punto para la mesa número seis.

—¡No es justo! —protesta Elvira, golpeando la mesa—. Oliver ha pulsado primero.

Javier tiene el descaro de hacerle una reverencia y ella se pone roja de ira. Jamás la había visto tan cabreada. Le doy una palmadita en la mano para que se relaje.

—No es verdad, abuela —la tranquiliza—. Su pulsador se ha iluminado antes.

—La próxima vez sé más rápido.

—Siguiente pregunta —anuncia Sofía. Me inclino hacia delante para estar preparada—. ¿Qué carabela no volvió del viaje en el que Colón descubrió América?

—¡La Santa María! —grito, después de que nuestro pulsador sea el primero en iluminarse.

Sofía nos concede el segundo punto, claramente contrariada. Elvira me da un fuerte abrazo, se pone de pie y le hace una peineta a Javier, que tuerce el gesto. Sofía le recuerda las normas y Oliver le pide que se comporte, pero ella los ignora.

—¡Así se hace, Georgi! —me felicita, eufórica—. Vamos a machacar a ese vejestorio.

Javier, el «vejestorio», se sobresalta.

—¡Tengo la misma edad que tú! —le grita indignado.

—Se conserva fatal —dice Elvira a nadie en particular—. Las malas personas envejecen peor.

—Hay partes de mi cuerpo que aún funcionan perfectamente —se jacta su enemigo, y tiene el descaro de guiñarle un ojo—. Ven y lo compruebas.

Elvira se pone hecha una furia y se oye un murmullo general. Seguro que Oliver ya no piensa que estas galas son aburridas.

—Ten cuidado —le advierte ella con los dientes apretados—. A tu edad se tienen muchos accidentes.

—¿Me estás amenazando? —replica, incrédulo.

—Recordarte que te partiste la cadera después de bailar el chachachá con tu última novia no es una amenaza. Yo no tengo la culpa de que estés hecho una birria.

—¡Estás enfadada porque siempre has estado loquita por mí!

—¡Eso es mentira! —Elvira se altera tanto que debo apretarle la

mano para que se relaje. Su nieto le pide que lo deje estar y los amigos de Javier le ordenan que se siente—. Que carcamal tan insufrible. ¡No lo soporto!

—Señores, mantengan la calma —interviene Sofía, arrugando la nariz—. Vamos a continuar con el concurso. El próximo participante que le falte el respeto a otro será descalificado.

—Solo me he defendido —replica Elvira en voz baja.

Sofía carraspea para que todos le presten atención.

—¡Siguiente pregunta! —anuncia—. ¿Cuál es la capital de Albania?

Oliver pulsa y responde de inmediato:

—Tirana.

Obtenemos un segundo punto. Elvira se levanta de un salto, le saca la lengua a Javier y se pone a bailar la conga mientras Elisa, su marido y el viejo crápula la vitorean. Me uno a ellos mientras Oliver sacude la cabeza, pero no logra esconder la sonrisa cuando lo miro.

—¡Calma! —ordena Sofía. Tarda un buen rato en que le presten atención. La pobre está a punto de sufrir un ictus del disgusto—. ¿Cómo se llama la madre de Simba en la película *El rey León*?

Como buena fan de Disney, me adelanto y respondo «Sarabi». Luego el equipo de Javier consigue acertar dos preguntas seguidas. A partir de ese momento, nos enfrascamos en una encarnizada lucha. Oliver y yo lo damos todo para pulsar y responder antes que ellos mientras Elvira nos jalea como si fuera nuestra mayor fan. Ambos equipos vamos en primer puesto cuando Sofía anuncia una adivinanza que decidirá el ganador.

—Esta es buena. ¡No seáis malpensados! —Suelta una risita frívola —. ¿Dónde tienen las mujeres el pelo más oscuro y rizado?

Nadie aprieta el pulsador. Nos miramos los unos a los otros sin saber qué pensar. El crápula, que hasta ese momento no había

participado, acciona el botón y dice en voz baja:

—¿En los sobacos? O tal vez en el…

Tengo una corazonada.

—¡En África! —Me pongo de pie—. ¡La respuesta es África!

Todos me miran impresionados. Sofía hace un gran esfuerzo para enmascarar su expresión contrariada y asiente de mala gana. Mis compañeros de equipo me felicitan como si acabase de ganar un millón de euros. Elvira le hace un corte de mangas a su archienemigo, que suspira decepcionado para disimular la sonrisa que ha nacido en sus labios.

—Bien hecho, campeona —me felicita Oliver.

Sé que es una tontería, pero me sonrojo de placer. Sofía aparece para entregarnos el premio: una cena para dos personas en un restaurante con una estrella Michelín. Todos nuestros compañeros están de acuerdo en que debemos disfrutarlo Oliver y yo, ya que somos los que hemos respondido más preguntas. Estoy a punto de darles las gracias cuando Oliver se me adelanta.

—Se lo cedo a Georgina. Ella nos ha dado la victoria.

Me quedo tan cortada que cierro la boca. Vaya, qué forma más elegante de decirme que no quiere cenar conmigo. Elvira se da cuenta de lo que acaba de suceder, sacude la cabeza con incredulidad y se pone de pie para hacer un brindis. La imito e ignoro a Oliver, que actúa como si no acabase de rechazarme delante de un montón de personas.

A mí también me ha dolido.

Le doy un sorbo al champán con la esperanza de que el alcohol se lleve mi malestar.



28

Baila conmigo, Gruñón

Al descubrir a Georgina en la fiesta me he quedado hecho un flan. No esperaba volver a verla, por eso le envié aquel mensaje y luego la llamé. Pensé que no la echaría de menos si escuchaba su voz por última vez y me cercioraba de que el idiota de su novio no le había hecho daño…

Parece una diosa griega con el pelo suelto y ese vestido. Un trozo de tela que me ha tenido al borde de un infarto durante toda la noche. Nunca una espalda desnuda me había parecido tan tentadora. Por eso, cuando me ha dicho que sentía que era una intrusa, he tenido que hacer un gran esfuerzo para no reírme. ¿Acaso no se ha mirado al espejo? Alguien debería recordarle todos los días que es preciosa, tiene los ojos más bonitos del mundo y una sonrisa por la que valdría la pena iniciar una guerra. Al menos ha conseguido relajarse durante la cena. Ella y mi abuela han llevado el peso de la conversación mientras los demás las escuchaban extasiados. Es una

chica extrovertida y muy alegre, tan diferente a mí, tan luminosa… que, cada vez que la observo a escondidas, me doy cuenta de que sonrío como un bobo.

Ha sido un placer poner en su sitio a la estirada de Sofía. No me ha quedado más remedio que sentarme a su lado, ya que los asientos estaban asignados, y primero he pensado que podría soportar su charla insustancial, pero la gota que ha colmado el vaso ha sido que se burlase de Georgina. Su maldad me ha sacado de mis casillas y he estado de malhumor hasta que ha empezado el *Trivial*. Es increíble que haya intentado humillar a Georgina, que es la persona más honesta y brillante que he conocido. Sofía podría nacer diez veces y jamás estaría a su altura.

Me hierve la sangre al verla hablar con Jorge, que no se ha despegado de ella desde el concurso. Es un tipo encantador, impecable; el tipo de hombre que cualquier mujer sensata elegiría. Coincidimos en la universidad y tuvo la sensatez de alejarse de mí. Estaba centrado en su carrera y era la clase de persona con sentido común que aprovechó el hecho de pertenecer a una familia acomodada para labrarse un buen futuro. Mientras que yo, por el contrario, solo era un idiota arrogante, adicto a las fiestas y el alcohol. Ahora tiene su propio bufete y seguro que no le cuesta conciliar el sueño. Me alegro de que le vaya bien. Se lo merece.

Realmente hacen buena pareja. Lo que no entiendo es por qué esa idea me resulta insoportable.

—Ahí lo tienes. —Mi abuela se planta a mi lado—. Ese es un hombre que sí sabe lo que quiere y no menosprecia a una chica estupenda solo porque está muerto de miedo.

La miro sin entender.

—¿De qué hablas?

—Has rechazado a Georgina delante de todo el mundo.

—No es cierto. —Frunzo el ceño. Jamás haría algo así.

—Ni siquiera te has dado cuenta. —Mi abuela me mira incrédula —. ¿No eres consciente de que la has humillado al decirle que no querías acompañarla a la cena? Al menos podrías haber tenido la delicadeza de comentárselo en privado.

—Es ridículo que debamos cenar juntos por culpa de un concurso. No quería imponerle mi presencia. Mírala, abuela. —Una sensación agria me sube por la garganta al ver cómo se ríe por algo que le ha dicho Jorge. Aparto la vista de golpe. Ya no quiero seguir mirándola, no lo soporto—. Lo último que pretendía era ofenderla. He dado por hecho que preferiría ir a la cena con algún amigo.

«O acompañada del idiota de su novio. Con cualquiera, excepto conmigo».

—Ay, Oliver… —Suspira con resignación—. No te enteras de nada.

—Le he hecho un favor.

—Si eso es lo que crees, tal vez ella debería ir al restaurante con ese chico tan agradable.

—No es asunto mío.

Un hombre se acerca a nosotros y mi abuela pone mala cara al verlo. Es Javier Ruecas, que le tiende una mano para sacarla a la pista de baile. Ella parpadea sorprendida.

—¿Me concedes el honor de bailar conmigo, bella Elvira? —le pregunta.

—No te burles de mí, Javier. No estoy de humor.

La empujo con el hombro para que se acerque a él. Quiero que sea feliz. No ha tenido una relación estable desde que el abuelo falleció y ambos sabemos que se muere de ganas de bailar con Javier. Aunque nunca me ha contado la historia que los une, es obvio que su

constante tira y afloja es algo más que una simple animosidad.

—Te pido disculpas si te he ofendido —le dice Javier—. Tienes razón. Soy un viejo un poco tramposo. Admito que me gusta hacerte rabiar porque te pones muy guapa cuando te enfadas.

Mi abuela observa su mano con recelo. De repente, está más aturdida que molesta.

—Solo un baile —acepta a regañadientes—. Para limar asperezas. No te hagas ilusiones.

Acepta su mano y se deslizan hacia la pista de baile. Los observo con un deje de envidia. Han hecho que parezca tan fácil que estoy tentado de cruzar los metros que me separan de Georgina para arrancarla de los brazos de un buen hombre. Por eso me sobresalto al encontrármela de frente.

—¿Y Jorge? —pregunto, incapaz de ocultar mi irritación.

—Me ha pedido que nos fuésemos de la fiesta, pero he preferido quedarme.

Siento un poderoso alivio que se desvanece en cuanto recuerdo que lo ha rechazado porque tiene novio.

Georgina pone los ojos como platos al ver a mi abuela bailando con Javier.

—¡No puedo creerlo!

—Esos dos se gustan desde hace medio siglo. O puede que más. Por lo que sé, se conocen desde críos.

—¿No te molesta que tu abuela tenga un pretendiente?

—En absoluto. Tiene derecho a rehacer su vida y me encantaría que compartiese sus últimos años con un hombre que la aprecie. Además, Javier siempre me ha parecido un buen tipo. Es el presidente de una fundación benéfica y tiene un gran sentido del humor.

—Me gusta que no la juzgues —admite—. Hay hijos y nietos que ponen el grito en el cielo cuando una persona mayor decide rehacer su vida.

«Mi padre, por ejemplo. No lleva del todo bien que mi abuela saliese a comerse el mundo en lugar de permanecer encerrada en casa después de enviudar».

Sofía vuelve a subir al escenario para anunciar el concurso de baile por parejas y noto que a Georgina se le ilumina la expresión. El día que estuvo en mi casa me dijo que le encanta bailar y que es la última en cerrar las discotecas.

—Lástima que no tenga pareja. —Me lanza una mirada significativa.

—Pídeselo a Jorge —digo con tono mordaz—. Seguro que estaría encantado.

—Si no te conociera, creería que te molesta que haya ligado conmigo.

«No me molesta. Me sienta como una patada en los huevos».

—Es un buen partido —reconozco fríamente—. Lo malo es que serías la cuñada de Sofía, y no es una persona agradable.

—En la universidad erais muy amigos, según me ha dicho hace cinco minutos al acorralarme en el baño para advertirme que no soy tu tipo.

«Claro que eres mi tipo. La segunda vez que te vi, decidí que el verde de tus ojos es mi color favorito. Desde entonces, no puedo dejar de pensar en ti… Haz que pare. Te lo suplico».

—Nos movíamos en el mismo círculo, sin más. Pero de eso hace mucho tiempo.

—La familia política no se elige. Con el paso del tiempo me cogería cariño, estoy segura. Además, le caigo mal porque cree que me

interpondré entre vosotros. Qué tontería. Si tú ni siquiera soportas la idea de ir a un restaurante conmigo.

—Georgina… —digo avergonzado, al comprender que mi abuela tiene razón. He sido un bruto al no darme cuenta de que podía herir sus sentimientos—. No pretendía imponerte mi presencia.

Ella enarca una ceja, confundida.

—¿Qué quieres decir?

—He creído que preferirías ir con otra persona. Salta a la vista que no soy la mejor compañía.

Se lleva una mano a la barbilla y parpadea despacio.

—Uhm.

—Debería habértelo dicho en privado. Si te he ofendido, te pido disculpas.

Parece sorprendida, hasta que una sonrisa genuina y preciosa se forma en sus labios. Siento que soy el gilipollas más afortunado del mundo porque me está sonriendo a mí.

—Por suerte para ti, no soy una persona orgullosa. —Le resta importancia—. Baila conmigo, Gruñón.

—¿Qué?

—Sé mi pareja en el concurso de baile.

—No. —Retrocedo nervioso y me choco con un camarero al que le pido disculpas—. No sé bailar.

—¿Y qué?

—El concurso es para profesionales. Todos los participantes han recibido clases —trato de hacerle entender. No me parece justo que se exponga sin saber que no estará en igualdad de condiciones. Además, la mirarán un montón de estirados que están deseando que alguien se desmarque para despedazarlo sin piedad.

—Qué más da. —Se encoge de hombros—. Vamos a divertirnos.

—No es un baile para divertirse, sino para lucirse. Si sales ahí…

—No tengo miedo de hacer el ridículo. —Me lee la mente—. Me da igual lo que piensen de mí. Cuando he llegado a la fiesta, casi olvido que nunca me ha importado la opinión de los demás. Deberías practicarlo, Oliver. Puede que incluso te lo pases bien.

—Haz lo que quieras —me rindo. Al menos la he avisado—. Pero no cuentes conmigo.

—Entonces tendré que pedírselo a ese señor que no me quita ojo. —Se refiere al viejo crápula. Sé que solo es una broma—. Los maduritos son muy interesantes.

—¿Intentas ponerme celoso?

—¿Funciona? —Chasquea la lengua al comprender que no voy a ceder—. Supongo que si quisiera jugar esa baza, tendría que elegir a Jorge. No has dejado de mirarme mientras hablaba con él.

Me deja boquiabierto al darse la vuelta y cruzar el salón con decisión. Levanta los brazos, echa la cabeza hacia atrás y se mueve al ritmo de la música. Siento un nudo en el estómago cuando Jorge aprovecha la oportunidad para acercarse a ella. La toma de la cintura y dan una vuelta. Ella se ríe, se aleja y baila con alegría y desenfreno, ajena a las miradas desdeñosas que despierta. Sacude el pelo y mueve las caderas, en contraste con los demás concursantes que siguen una coreografía. Baila con una libertad contagiosa mientras Jorge intenta seguirle el ritmo en vano. Siento que me arrancan el corazón del pecho, lo tiran al suelo y lo pisotean. Porque ese podría ser yo.

—Ay, Dios. —Sofía aparece a mi lado y suelta una risita maliciosa —. Mírala, alguien debería decirle que está haciendo el ridículo.

Me tenso. Mierda, la que faltaba. Es una pesada. ¿Por qué no va a molestar a otro?

—No le hace daño a nadie. Y tu hermano está con ella.

—Jorge siempre ha tenido mal gusto. —Arruga la nariz. Me aparto con brusquedad cuando me pone una mano en el codo. Ella levanta las cejas, contrariada por mi rechazo. Nunca le he dado motivos para creer que entre nosotros podría haber algo más. Nos enrollamos un par de veces durante nuestra época universitaria. Nada serio. Luego desapareció de mi vida, como lo hicieron los demás, y no la he echado de menos—. Te recuerdo que hubo un tiempo en el que mi compañía te resultaba placentera.

«Era una persona distinta», quiero decirle.

—Lo pasábamos bien, Oliver —ronronea, deslizando la mano por mi pecho.

Pongo distancia entre nosotros, asqueado.

—No me toques.

—¿En serio? —pregunta sin dar crédito—. Ahora entiendo por qué dicen que te has convertido en un muermo. ¿Dónde está el antiguo Oliver? El que dirigía el cotarro y organizaba las mejores fiestas. Me gustabas más cuando sabías divertirte.

—He cambiado.

Sofía suelta una carcajada, como si acabase de contarle un gran chiste. No voy a perder el tiempo explicándole que no estoy orgulloso de mi pasado. Tal vez en el fondo siga siendo el mismo miserable, pero al menos he aprendido de mis errores y no estoy dispuesto a repetirlos.

—Tú serías el primero en burlarte de ella —se refiere a Georgina, que baila ajena a la atención que despierta—. Si la hubieras conocido hace unos años, la habrías destrozado. ¿Le has contado la clase de persona que eras? ¿Le has explicado lo que hiciste?

Guardo silencio porque sé que tiene razón. Sofía esboza una mueca

satisfecha y cruel. Se me parte el corazón al ver que Jorge se percata de los cuchicheos y se aparta avergonzado de Georgina. Maldito sea, va a dejarla tirada en mitad de la pista de baile.

—Uy, mi hermano ya se ha hartado de ella. Alguien debería decirle que no puede participar sola.

—A ti qué más te da.

—Es patética —se burla—. Todos la están mirando, pero nadie se atreve a decirle que este no es su sitio.

Georgina sigue bailando cuando Jorge la abandona. Aprieto los puños. Menudo imbécil. Pensaba que era mejor que su hermana. Incluso mi abuela, que está bailando con Javier, la observa preocupada al darse cuenta de que su amiga desentona entre todas las parejas que han preparado una coreografía.

—Qué forma de ponerse en evidencia —continúa Sofía con la maldad que la caracteriza—. ¿No le da vergüenza?

—Tú sí que das vergüenza. Eres peor que el veneno —le espeto sin poder contenerme—. Pues claro que este no es su sitio. Georgina es demasiado buena para un lugar en el que todos estamos demasiado preocupados por las apariencias. Ella brilla sin hacerle daño a nadie, mientras que tú intentas apagarla porque eres una persona mezquina y desagradable que necesita herir a los demás para destacar un poco.

Sofía se sobresalta cuando me alejo caminando hacia el centro de la pista de baile. Georgina está imitando un movimiento de *Pulp Fiction*. Le toco el hombro y se da la vuelta. Se queda tan sorprendida como yo por lo que acabo de hacer.

—He cambiado de opinión. —Le ofrezco una mano—. ¿Quieres bailar conmigo?



29

La La Land

Suena *Twist and Shout*, de Los Beatles. Las parejas que participan en el concurso se mueven al ritmo del *twist* con pasos sincronizados. Todos parecen bailarines profesionales; sin duda, se han preparado para el concurso. Incluso Elvira y Javier se deslizan con elegancia por la pista. No puedo apartar los ojos de Oliver, que me tiende la mano. Se ha dado cuenta de que Jorge me ha abandonado y ha decidido sustituirlo porque cree que estoy abochornada. Ay, no me conoce. No me importan los cuchicheos. Pero lo que acaba de hacer me ha tomado tan desprevenida que trago saliva antes de aceptar su mano. Porque sé que lo está pasando fatal y, aun así, está dispuesto a hacer el ridículo por mí.

Mi príncipe azul gruñón.

—Hola. —Sonrío de oreja a oreja, sin poder ocultar mi felicidad.

—No sé qué hacer —admite agobiado—. Nunca bailo.

—Tengo una idea.

Me mira con suspicacia cuando tiro de su mano para llevarlo al centro de la pista y me quito los zapatos de una patada porque son demasiado altos y no estoy cómoda. Una señora ahoga un grito y le da un codazo a su marido para que preste atención.

Me subo las mangas de una camisa inexistente, como John Travolta en *Fiebre del sábado noche*, pongo cara seria y señalo a la primera persona del público que veo; un señor que frunce el ceño, descolocado. He visto tantas veces la película que ejecuto los mismos giros y saltos de Tony Manero, el protagonista. Soy una fanática de las películas de baile, ¿no lo había mencionado? Me doy cuenta de que acaparo todas las miradas, pero me da igual. Mis pasos son expresivos, repletos de la seguridad que siempre me invade cuando lo doy todo en la pista. Oliver permanece quieto, sin saber qué hacer. Tendré que probar con otra.

—¿Has visto *Pulp Fiction*, Gruñón?

—No —adivina mis intenciones—. Ni de coña. No vamos a…

—*It was a teenage wedding and the old folks wished them well* —canto en voz baja, con la esperanza de que esta vez me siga. Imito a Uma Thurman. Flexiono las rodillas, echo la cabeza hacia atrás y me muevo hacia los lados—. Vamos, Gruñón. Que les den. ¿A quién le importa lo que piensen?

Oliver está paralizado. Doy una vuelta a su alrededor. Tal vez debería haberlo pensado mejor antes de aparecer con su brillante armadura, dispuesto a rescatarme. Esta soy yo, y no cambio por nadie. Sacudo la cabeza y levanto los brazos. Él me observa impresionado.

—¿De qué tienes tanto miedo? —Tiro de su pajarita y lo atraigo hacia mí. Su postura es rígida—. Para ser una persona tan solitaria,

te asusta que los demás te juzguen.

—Georgina —dice angustiado—. Yo nunca…

—… ¿te lo pasas bien?

Le rodeo el cuello con los brazos, me pongo de puntillas y le doy un beso en la barbilla. Está ardiendo. Permanece inmóvil, tenso. Y, por primera vez, tengo claro que yo soy la causa. Me aparto un poco para mirarlo y le sonrío sin pudor. Entonces, sus manos se clavan en mi cintura.

—Tu sonrisa —murmura fascinado—, haría cualquier cosa por verla de nuevo.

Mis labios se curvan hacia arriba y él deja escapar el aire muy despacio. Me mira como si fuese un niño que abre su regalo de Navidad. Sonrío de nuevo, esta vez con plenitud. Oliver se relaja un poco y afloja una mueca que no llega a ser una sonrisa, pero me acelera el corazón igualmente.

Sigo con la coreografía. Le doy un empujoncito, me pellizco la nariz y me agacho. Para mi sorpresa se rinde, levanta las manos a la altura del rostro, con los dedos índice y medio extendidos, formando el signo de la paz. Los dos hacemos el mismo movimiento, mirándonos a los ojos con seriedad. Luego, él mueve los codos hacia atrás en un movimiento fluido y sacude las caderas. No puedo creer lo que acaba de hacer. Suelto una carcajada atónita y seguimos bailando. A alguien se le cae una copa. Nuestros compañeros de bailen nos miran incrédulos.

—Así que puedes seguirme el ritmo… —digo extasiada.

Muevo las caderas hacia delante y lo persigo. Él retrocede al ritmo de la música. Parecemos sincronizados. Un brillo divertido ha derretido el hielo de sus ojos. No lo reconozco. Cómo me gusta.

—Hago lo que puedo.

—Y muy bien. —Me doy la vuelta y extiendo los brazos—. ¿Qué tal un poco de *La La Land*?

Mis pies golpean el suelo a un ritmo ligero y alegre. Es fácil. He visto la película más de veinte veces. Conozco de memoria los movimientos del personaje interpretado por Emma Stone. Doy una vuelta mientras Oliver me sigue con fluidez. Levanto los brazos, doy otra vuelta sobre mí misma y me quedo de cara a Oliver. Los dos respiramos con esfuerzo. Alguien aplaude entre el público. Otra persona nos silba.

Oliver me da la mano y avanzamos y retrocedemos por la pista. Es increíble la química que tenemos, como si hubiésemos hecho esto cientos de veces. Me toma por sorpresa al agarrarme de las caderas para levantarme. Se me escapa un grito y suelto una carcajada al flotar en el aire. Todavía sigo riendo cuando mis pies tocan el suelo.

Me vuelvo hacia él, impresionada. Sonríe de medio lado, vuelve a darme la mano y me hace girar. Ya no seguimos una coreografía. Nos dejamos llevar. Le pongo las manos en el pecho, sintiendo su calor bajo la tela, y las deslizo muy despacio hacia sus hombros. Mi pulso se acelera cuando él me acerca más, como si no pudiera evitarlo. Me estrecha por la cintura y giramos, giramos, giramos, hasta que todo a nuestro alrededor desaparece y solo existimos nosotros.

Es maravilloso.

Seguimos moviéndonos cuando la música deja de sonar. Apoyo la cabeza en su hombro y me entra la risa floja. Su mano se desliza con suavidad hacia el centro de mi espalda y me estremezco de placer al sentir sus dedos cálidos sobre mi piel desnuda. Cierro los ojos, inhalo su aroma y escondo la cara en el hueco de su cuello. Nunca habría imaginado que la noche pudiese acabar así. Quiero quedarme aquí para siempre.

No sé cuánto tiempo permanecemos abrazados, encerrados en nuestra propia burbuja, hasta que me pone las manos en las mejillas para que lo mire. Se me corta el aliento al encontrarme con sus ojos. Hay algo diferente, más humano y vulnerable en ellos. Me sonríe con dulzura y le devuelvo el gesto. Es la primera vez que lo hace sin tapujos. Está guapísimo.

—Estás sonriendo —murmuro confundida.

—Es difícil no hacerlo cuando estoy contigo. —Me acaricia el rostro con los pulgares—. ¿Lo has pasado bien?

Sí, sí, sí.

Asiento, feliz.

—¿Y tú?

Justo cuando Oliver va a responder, se acerca la señora que antes le ha dado un codazo a su marido y me devuelve los zapatos. Me apoyo en Oliver para ponérmelos, y él me agarra del brazo para ayudarme.

—¡Ha sido maravilloso! —exclama—. ¡Habéis dado un gran espectáculo! Por fin un número que no es aburrido. Enhorabuena, chicos. Hacéis una pareja muy bonita. Se nota que os queréis mucho.

Oliver se aparta de mí, visiblemente incómodo. Se pasa una mano por el pelo y endereza la espalda. Me muerdo el labio. Por un momento he llegado a pensar que… tal vez nosotros… No lo sé. Qué equivocada estaba. Soy una tonta.

—No somos pareja —le aclaro abochornada.

—Oh. —La mujer parece decepcionada. Mira a Oliver, luego a mí y suelta una risita—. Ay, soy una romántica empedernida. Perdonad la interrupción. Solo quería felicitaros. Me ha encantado.

La mujer se marcha y me percato de que todos nos están mirando. Espero ver rostros burlones o muecas de desdén, pero la gente nos

señala y aplaude. Me tapo la cara con una mano, avergonzada. Oliver me agarra del brazo con el que me cubro y nos inclinamos en una reverencia ante la multitud.

—Saluda a tus fans. Ahora no te vengas abajo.

—*Nuestros* fans —corrijo—. Te los has ganado al levantarme en el aire. Te habría matado si me hubieses dejado caer.

—Nunca. —Me doy cuenta de que habla muy en serio y tengo que admitir que confío en él. Mucho.

El jurado puntúa a todos los concursantes y obtenemos el tercer puesto. Algunas personas del público protestan porque dicen que merecemos ser los ganadores, pero no podría importarme menos. Ni siquiera he pensado en el concurso mientras bailábamos.

Nos dan una medalla y posamos para hacernos una foto con los demás finalistas. Un miembro del jurado nos entrega dos copas de champán para brindar. Algo cambia en Oliver y comprendo que algo va mal cuando se le ensombrece la expresión. El cámara del evento nos pide que brindemos. Oliver contempla su copa como si hubiese visto un fantasma.

—¡Un brindis por los auténticos ganadores! —exclama la señora que nos ha felicitado antes.

Todos alzan las copas y nos observan con interés. A Oliver le tiembla la mano con la que sostiene la copa. El cámara sigue grabando. Levanto el brazo, me bebo de un trago mi copa de champán y le arrebato la suya. Todos me miran impresionados cuando me la acabo y exclamo:

—¡El baile me ha dejado muy sedienta!

La gente ríe y brinda, y Oliver por fin respira aliviado. Le doy su espacio para no incomodarlo. Estoy dispuesta a fingir que no me he dado cuenta de lo que acaba de pasar. Elvira me llama y aprovecho

el momento para alejarme de él. Su abuela me abraza con efusividad.

—¡Habéis estado fabulosos! ¡Qué manera de bailar! —Me estrecha entre sus brazos. Sus ojos están rebosantes de un afecto sincero—. Querida, gracias por sacar a mi nieto de su caparazón. Hacía demasiado tiempo que no lo veía divertirse.

—En realidad, me ha hecho un favor al ser mi compañero de baile. Nadie quería acompañarme.

—Ay, Georgina. —Elvira me pellizca la mejilla con cariño—. Me alegro mucho de haberte conocido.

Javier aparece para invitarla de nuevo a bailar y ella se hace la dura durante unos segundos. Se nota que le gusta, por lo que me escaqueo hacia el servicio para concederles intimidad.

Mi corazón sigue acelerado cuando me echo agua en la cara. Soy incapaz de calmarme al recordar las manos grandes y cálidas de Oliver en mi cintura, su sonrisa auténtica, el fuego de sus ojos… Tal vez sean imaginaciones mías, pero nadie me había mirado así: como si fuese única, valiosa e importante. Como si estuviese dispuesto a todo para conservarme a su lado.

Ay… Dios, no.

¡No debería estar sintiendo esto por Oliver! No mientras siga trabajando para su abuela. Pero lo estoy sintiendo y cada vez me cuesta más fingir que no me afecta.



30

No es de fiar

Al salir del baño me tropiezo de nuevo con Jorge. Después del concurso de *Trivial*, se me ha acercado para felicitarme por la victoria —igualito que su hermana, vaya—, hemos tenido una charla agradable y he notado que le gustaba, pero la atracción no ha sido mutua. Por eso lo he rechazado con educación cuando me ha preguntado si me apetecía abandonar la fiesta con él.

—Ha sido un baile increíble. Deberíais haber ganado.

—Qué va —contesto con sinceridad—. Ellos se merecen el primer premio. Nosotros solo lo hemos pasado bien.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Depende —contesto—. ¿Cuál es?

—¿Oliver y tú estáis saliendo?

—Ah, no, no —aclaro con rapidez—. En realidad soy amiga de su abuela.

—Ya decía yo. Sois muy diferentes. Me extrañaba que una persona como tú se hubiese fijado en él.

—¿Por qué lo dices? —No puedo evitar ponerme a la defensiva.

—Hacía mucho tiempo que no lo veía, porque ya no se prodiga en las fiestas y apenas se deja ver, pero esta noche parecía otro —admite descolocado—. El Oliver que yo conocí en la universidad jamás se habría comportado así: bailar, reírse, dejarse llevar delante de todo el mundo… No era su estilo. Tenía esa actitud de «yo soy el líder y todos los demás, peones». Era arrogante, competitivo, obsesionado con ganar y con quedar por encima. Todos dimos por hecho que acabaría al frente de la empresa familiar. Aunque supongo que ahora que es un famoso escritor ha encontrado otra forma de ser el protagonista —dice con evidente desagrado—. Casi me trago que ha cambiado y ya no queda nada de aquel chaval con una vena cruel y arrogante. Nunca nos movimos en el mismo círculo porque a mí me gustaba pasar desapercibido, mientras que hay personas, como Oliver y mi hermana, que han nacido para destacar. Si crees que Sofía puede ser despiadada, no tienes ni idea de la clase de persona que es Oliver.

—Yo no he hablado mal de tu hermana —le aclaro irritada. Jamás he sentido la necesidad de despotricar de otra persona para quedar por encima; es una actitud ruin y rastrera.

—Lo que intento decirte es que mi hermana y Oliver eran tal para cual por aquella época y que las personas como él no evolucionan. Cuando naces con tantos privilegios, es muy incómodo mirar hacia abajo. A Oliver le encantaba que le hicieran la pelota y le besaran el culo. Pero, si alguien se interponía en su camino…

—No hagas eso —le pido indignada. No voy a permitir que critique a Oliver cuando no está aquí para defenderse. No me parece

justo.

—Solo quiero advertirte. Pareces una buena chica, Georgina.

Su tono condescendiente me saca de mis casillas.

—No soy tonta. De hecho, soy perfectamente capaz de elegir mis amistades. Además, no tengo por qué escuchar a alguien que me ha dejado plantada en mitad de la pista de baile porque se avergonzaba de mí. —Paso por su lado con la cabeza bien alta y añado—: Oliver es una buena persona. Te recomiendo que aparques el pasado y dejes a un lado el resentimiento.

Jorge tiene el sentido común de no seguirme. Al salir del pasillo me encuentro con Oliver justo al doblar la esquina. No necesito preguntarle cuánto ha oído. Su expresión atormentada me confirma que lo ha escuchado todo, pero no seré yo la que hurgue en un pasado que es evidente que lo persigue.

—Necesito tomar el aire —digo—. ¿Me acompañas?

Tarda unos segundos en reaccionar, hasta que asiente en silencio y me sigue hacia el balcón. El aire frío de febrero me acaricia la piel desnuda de los hombros y la espalda. Me arrepiento de no haber traído una chaqueta, pero no quería estropear el atuendo. Me apoyo en la barandilla para observar el precioso jardín. Entonces, me doy cuenta de que tengo el corazón acelerado. Me he enfadado muchísimo con Jorge por intentar ensuciar la opinión que tengo de Oliver. ¿Cómo se atreve? No soporto a las personas que atacan a los demás para defenderse. Jorge podría haberse disculpado por dejarme sola, en lugar de echarle mierda encima a Oliver.

Oliver apoya las manos en la barandilla. Se ha colocado a una distancia prudencial de mí, como si de repente tuviese miedo de tocarme. Lo miro de reojo: el contorno duro y masculino de sus facciones, los ojos azul cobalto, rebosantes de un cansancio

profundo. De repente, parece mayor.

—Venía del servicio y os he oído sin querer. No era mi intención escucharos a escondidas.

Me duele que se disculpe después de haber sido testigo de las palabras de Jorge. Me importa un bledo la persona que era antes; lo que cuenta es quién es ahora. Nadie tiene derecho a juzgarlo por su pasado.

—Yo también me habría quedado si hubiese escuchado a alguien hablando mal de mí.

—Da igual. —Se encoge de hombros—. Tampoco ha dicho ninguna mentira.

—A mí no me da igual —respondo roja de indignación—. No venía a cuento, ni yo le había preguntado.

—Es que tiene razón, maldita sea. —Cierra los ojos y niega con la cabeza—. No estoy orgulloso de la persona que era hace unos años. Ojalá pudiese borrar aquella época.

No digo nada. Ni me importa lo que otros me digan de él ni soy nadie para juzgar lo que haya hecho en el pasado o cuando sea. No solo porque no es mi estilo, sino porque he decidido darle un voto de confianza.

—No deberías haberme defendido, Georgina.

—Pues no me arrepiento en absoluto. —Me doy la vuelta para quedar de cara a él. Apoyo los codos en la barandilla y busco su mirada—. Tu pasado no es asunto mío.

—Tendrías una opinión diferente de mí si me hubieras conocido en aquella época. —Se niega a mirarme. Tiene la vista clavada en el jardín—. Me habrías odiado.

Me muerdo el labio. No puede hablar en serio.

—«Odio» es una palabra muy fuerte.

—Pues te habría caído como el culo.

Se me escapa la risa incrédula.

—Tal vez. Nunca lo sabremos. ¿A quién le importa? —No voy a elucubrar sobre la opinión que habría tenido de él si nos hubiéramos conocido hace unos años. No tiene el menor sentido—. La primera vez que te vi creí que eras un cretino. Ahora me inclino a pensar que solo eres solitario y un poco cascarrabias. —Le doy un empujoncito con el hombro para animarlo—. Te dije que no me das ningún miedo, Gruñón.

Tiene la mirada perdida y su gesto es una sombra de arrepentimiento.

—Georgina…

—Me gusta el hombre que me ha defendido de Sofía y luego ha querido bailar conmigo, aunque se moría de vergüenza. —Le pongo una mano en el brazo y noto que se sobresalta un poco. Al menos no se ha apartado—. Me caes bien.

Sacude la cabeza y vuelve a cerrar los ojos. Hay tanto dolor en su expresión que no puedo contener el impulso de acariciarle el pelo. Es un gesto de afecto espontáneo, sincero, porque sospecho que hace mucho tiempo que no deja que otra persona llegue hasta él; pero, sobre todo, porque me moría de ganas. Él atrapa mi mano cuando estoy a punto de apartarla, abre los ojos y me da un beso en el centro de la palma mientras me mira sin pestañear. Una descarga de energía ardiente me sube por el pecho.

—Tú siempre ves lo mejor de los demás, ¿no?

Me da otro beso en los nudillos y luego vuelve a colocar mi mano en la barandilla. He de hacer un gran esfuerzo para dejarla quieta. Todavía tengo el estómago encogido y siento el tacto de sus labios en la piel.

—¿Y eso es malo?

—Es… complicado —confiesa en un susurro. Se inclina hacia mí y pone una mano en mi mejilla—. Cuando me sonríes, siento la absurda esperanza de querer ser una persona mejor.

—¿Para qué?

—Para estar contigo.

Aparta la mano con brusquedad, como si se diera cuenta de que ha cruzado un límite. Tengo la boca seca e intento tragar saliva. Estoy tan confundida que soy incapaz de decir algo coherente. Siempre me da una de cal y otra de arena. El problema es que atesoro cada gesto amable como un regalo inesperado y valioso.

—Lo que ha pasado en el brindis… —Es incapaz de terminar la frase.

—Quizá podríamos centrarnos en quienes somos ahora en lugar de en aquellos que fuimos —sugiero—. No te haces una idea de lo intensa e insoportable que era yo con catorce años. O de que hubo una época en la que estaba ridículamente obsesionada con cierta estrella del *pop*.

—No me digas que eras fan de Justin Bieber.

Me encojo de hombros y el amago de una sonrisa nace en sus labios. Le doy un pequeño empujón y él me lo devuelve con complicidad. Nos reímos. Y lo que sea que acaba de surgir entre nosotros me parece más puro y real que el pasado que lo atormenta y del que se avergüenza.

—Gracias.

—¿Por qué?

No quiero obligarlo a hablar de un tema que parece avergonzarlo. Hace unos días me dejó claro que no quería ser mi amigo, así que prefiero fingir que no me he dado cuenta de lo que ha pasado en el

brindis.

—Llevo siete años sin beber alcohol porque tomé una mala decisión en la universidad después de emborracharme —dice con voz ronca, apartando la mirada con rapidez—. Gracias por impedir que hiciera el ridículo.

Su confesión me toma desprevenida. Ni siquiera entiendo por qué ha decidido confiar en mí. Empiezo a conocer al hombre que hay detrás de la coraza y algo me dice que quiere que guarde silencio, pero sospecho que necesita un abrazo. Cabe la posibilidad de que me rechace, pero eso no me frena. Le rozo la mano, indecisa. No se aparta, por lo que me pongo de puntillas para rodearle el cuello con los brazos en el instante que una ráfaga de luz ilumina el cielo oscuro. Tropiezo hacia delante y me agarra del brazo para evitar que pierda el equilibrio.

—¡Fuegos artificiales! —exclamo ilusionada.

Oliver me suelta y entrelazo mi mano con la suya. La electricidad recorre las yemas de mis dedos. El cielo se llena de destellos brillantes; rojo, azul, verde y amarillo. Ráfagas luminosas crean figuras imposibles. Un serpentín magenta. Un corazón de tonos púrpuras. Un crisantemo dorado. Estrellas y mariposas de vívidos colores danzan en el cielo mientras la gente a nuestro alrededor aplaude. Me doy la vuelta para observar su rostro atractivo, iluminado por la luz de los fuegos artificiales, y siento un desesperado deseo de aplastar mi boca contra la suya. Doy un respingo cuando una fuerte explosión da por finalizado el espectáculo. Le aprieto la mano y suelto una carcajada porque me he asustado.

Las personas que salieron al balcón vuelven a entrar en la fiesta y nos quedamos solos de nuevo. Me muerdo el labio al sentir el frío

que me eriza la piel. Oliver se da cuenta y me toca el brazo.

—Estás helada. —Se quita la chaqueta y la pone sobre mis hombros—. ¿Mejor así?

Qué bien huele. Pregúntale si podemos quedárnosla y olerla cuando lo echemos de menos.

—Sí.

Oliver se pone detrás de mí y, pese a mi respuesta, me frota los brazos para que entre más rápido en calor. ¿Es así con todo el mundo o solo conmigo? Me gusta que sea tan considerado. Quizá me guste demasiado. Soy plenamente consciente de su cuerpo duro y cálido pegado a mi espalda. Qué maravilla.

—Deberíamos entrar. —Desliza las manos con suavidad, desde mis hombros a los codos—. Te estás congelando.

—Quedémonos un ratito más. Me gusta estar aquí. —«Contigo».

—Yo también prefiero escapar de esa fiesta tan horrible —admite sin tapujos.

—No me ha parecido horrible mientras bailábamos juntos.

—Ni a mí.

No puedo verle la cara, pero estoy convencida de que sonríe. Sus brazos me estrechan contra su pecho y aprieto los labios para contener un gemido de placer. Estoy calentita, cómoda y protegida. No quiero que este momento termine nunca.

Me suenan las tripas.

Oliver deja de abrazarme y se da la vuelta para mirarme con las cejas arqueadas. Pongo cara de circunstancia. Una sonrisa burlona se dibuja en sus labios.

—¿Lo que he escuchado ha sido…?

«Madre mía. Tierra, trágame».

—Vamos. —Me tiende una mano—. Estás muerta de hambre. Yo

también. Larguémonos de aquí. Todavía estamos a tiempo de comer una hamburguesa.

Acepto su mano sin dudar un segundo.



31

Un Big Mac y una foto

Si alguien me hubiese contado hace tres horas que iba a terminar la noche en un Burger King con Georgina, le habría dicho que estaba loco. Solo he ido a la gala benéfica porque estaba obligado por contrato; lo último que me apetecía era reencontrarme con Sofía o recordar que hubo una época en la que me encantaba ser el puto centro de atención. El tipo que se liaba cada noche con una chica distinta y se creía el dueño del mundo es cosa del pasado; ese energúmeno quedó sepultado por la culpa y la soledad. Y con él, muchas otras cosas que no sé si alguna vez podré recuperar.

No nos despedimos de mi abuela porque está bailando muy acaramelada con su antigua némesis. Me aguanto la risa cuando Georgina me pregunta si les veo futuro. Mi abuela es una mujer con mucho carácter que lleva toda la vida alardeando de su enemistad con Javier, así que no lo tengo claro. Pero he visto cosas más raras.

Georgina intenta convencerme en vano de pagar a medias. A lo

mejor soy un anticuado, pero hace mucho tiempo que no disfruto de la compañía de alguien, y creo que lo mínimo que puedo hacer a cambio es invitarla. Es alegre, preciosa y, cuando me mira, siento que se me para el corazón. Quiero pagar la cena, llevarla a casa y cerciorarme de que entra sana y salva en su portal. Luego me encantaría enviarle *tiktoks* de gatitos, aprender a cocinar para alimentarla con platos deliciosos, y despertarme con su olor impregnado en mis sábanas. Aunque sé que es imposible, porque tiene novio y hace siete años decidí no volver a arruinarle la vida a nadie.

—Este Big Mac le da tres mil vueltas al mini hojaldre de salmón y espinacas —dice después de dar el último bocado—. Puede que lo llamen comida basura, pero a mí me sabe a gloria.

Frunce los labios al beber de la pajita y me imagino su boca alrededor de mi polla. Se me pone dura como una piedra. Entonces, empeora la situación al mojar una patata en el kétchup y emitir un gemido de satisfacción. Fantaseo con agarrarla del pelo y hundirme en ella mientras grita mi nombre. Maldita sea, he perdido el juicio. Me rasco la nuca y clavo la mirada en un cartel de «Prohibido fumar» con la esperanza de recuperar la cordura. Madre mía, llevo demasiado tiempo sin echar un polvo.

—¿Te pasa algo? —pregunta extrañada.

«Sí, que quiero follarte. ¿Cómo te gusta? ¿Lento o rápido? ¿Fuerte o suave? ¿En la cama o contra la pared?».

Sacudo la cabeza y enumero todas las capitales de provincia que recuerdo: La Coruña, Lugo, Pontevedra, Ourense, Oviedo…

—Oliver, ¿estás bien?

Una mano cálida me aprieta el brazo. Me sobresalto y me echo hacia atrás, rompiendo el contacto con brusquedad. Georgina

entorna los ojos, sorprendida por mi actitud. Debo decir algo coherente antes de que dé por hecho que soy un bruto con repentinos cambios de humor.

—Tu novio es un idiota —suelto sin pensar—. El otro día quise estrangularlo.

Georgina se queda atónita. Mierda, ¿en serio es lo único que se me ha ocurrido? Apenas la conozco y su vida privada no es asunto mío; no debería importarme que salga con un idiota que a todas luces no la merece, pero no soporto la idea de que esté con alguien que la trate mal. Mi lado más primitivo emerge al imaginar que él le pone las manos encima.

En cualquier caso, acabo de meter la pata hasta el fondo y no se me ocurre qué decir para arreglarlo. Georgina me mira en silencio, prolongando mi agonía.

—Ya sé que tu vida sentimental no es de mi incumbencia. —«Sigo queriendo arrancarle la cabeza»—. Pero puedes llamarme a cualquier hora si necesitas ayuda. Lo digo en serio, Georgina.

—No, eso no es…

—Sé que apenas nos conocemos y que esto te parecerá raro, pero cuenta conmigo —insisto con un deje de desesperación—. Por favor, cuenta conmigo.

Georgina se pasa una mano por el pelo y suspira. Supongo que me dirá que me meta en mis asuntos. Me lo merezco por haberme pasado de la raya. ¿De qué voy? No es una damisela en apuros y está claro que es capaz de valerse por sí misma. Sin embargo, daría lo que fuera porque me permitiese cuidar de ella.

—Marcos no es mi novio.

¡¿Qué?! Un segundo, ¿ellos no…?

Vale, no son pareja. El alivio me invade de golpe, seguido del

pánico al ser consciente de que me estoy haciendo ilusiones.

—Di por hecho que entre vosotros… —Hago un gesto con las manos. Lo estoy empeorando. Mejor cierro la boca.

—Hubo un tiempo en el que fuimos algo más que amigos, pero nunca llegamos a ser pareja. Él no quiso ir en serio, así que dejamos de vernos.

Es la clásica historia del tipo que no sabe valorar a una chica increíble y regresa con el rabo entre las piernas cuando decide recuperarla. Si pensaba que no podía caerme peor, estaba equivocado. Menudo cerdo.

—El otro día le dejé claro que ya no quiero saber nada de él. No tienes de qué preocuparte. Lo tengo controlado.

—Vale —contesto, sin quedarme del todo tranquilo—. De todos modos, no era asunto mío. Pero me alivia que no compartas tu vida con alguien que sea capaz de faltarte al respeto.

No sé si está enfadada. Me cuesta ver más allá de su expresión ceñuda.

—La próxima vez, pregúntamelo.

—¿El qué?

—Si tengo novio.

—¿Estás saliendo con alguien? —suelto a bocajarro.

—No.

Siento una necesidad enorme de apartarle el mechón castaño que le tapa la frente y aplastar mi boca contra la suya. Ella es más rápida y se lo coloca detrás de la oreja. Me sostiene la mirada y me olvido de cómo respirar. Ojalá supiera lo que está pensando, así dejaría de meter la pata. Con Georgina me siento como si tuviera quince años y no supiera nada sobre las mujeres.

—¿Y tú? —pregunta con voz suave.

—¿Yo qué? —replico, confuso.

—¿Tienes pareja?

Me dan ganas de reír. Dios, no me conoce en absoluto. De lo contrario, no me haría una pregunta tan absurda.

—No.

—¿Lo ves? —Ladea la cabeza y sonríe de una forma que hace que el corazón casi se me salga del pecho—. No es tan difícil. A partir de ahora, nos preguntamos lo que queramos saber y así no sacamos conclusiones precipitadas.

«Yo quiero saberlo todo de ti: tu comida favorita, la película que más te hace reír, el lugar que sueñas visitar… para poder acompañarte algún día».

—No se me da muy bien conocer gente nueva.

—Ya me he dado cuenta —responde burlona—. Inténtalo conmigo.

El caso es que me puede la curiosidad. Nunca había sentido tanto interés por otra persona. Necesito saciarlo o me volveré loco.

—Háblame de ti.

—¡No funciona así! —protesta riendo—. Hazme una pregunta.

Tengo miles. Demasiadas. Podría pasar toda la noche interrogándola y estoy seguro de que no me bastaría. Al final opto por la primera que se me ocurre.

—¿Cuál es tu mayor sueño?

No lo duda.

—Me encantaría abrir una ludoteca; ser mi propia jefa y hacer las cosas a mi manera. Estoy cansada de empleos basura en los que me explotan y no puedo tener un ápice de iniciativa. Ya sé que no parece gran cosa, pero me encantan los niños y se me da bien interactuar con ellos —me cuenta ilusionada—. También me gustaría ahorrar lo suficiente para viajar a Egipto. Ver las pirámides, bucear en el Mar

Rojo y hacer un crucero por el Nilo. Mi abuela y yo éramos adictas a los documentales del Antiguo Egipto. Prometimos que algún día iríamos juntas, pero enfermó de forma repentina y falleció a los pocos meses. Ojalá hubiésemos tenido más tiempo.

—Lo siento. —Le acaricio el dorso de la mano. Sospecho que está a punto de derrumbarse, por eso me sorprende que exhale y se recomponga al instante. No se rompe. Ni siquiera tiene los ojos vidriosos por la emoción.

—La echo de menos todos los días —dice con naturalidad, como si se hubiera acostumbrado a vivir con el dolor. Me doy cuenta de que Georgina tiene más capas de las que se ven a simple vista. Es sentimental y espontánea, pero también más dura de lo que aparenta —. ¿Alguna pregunta más, Gruñón? Vamos, aprovecha. Luego será mi turno.

—¿Cuál es tu mayor miedo?

—Quedarme sola —responde al cabo de unos segundos—. Nunca conocí a mi padre, y mi madre murió cuando era muy pequeña. Mi abuela era mi única familia. Ahora solo tengo a Víctor y Dani. —Hace una pausa—. La gente piensa que, como soy habladora y me llevo bien con todo el mundo, no puedo sentirme sola. Pero no es lo mismo tener gente alrededor que tener a alguien contigo. Por eso me da miedo que mis amigos se cansen de mí, que se muden a otro país o que les pase algo terrible.

—Dios, Georgina. —Me paso una mano por el pelo. No me lo esperaba. Me muero de ganas de abrazarla, pero estoy convencido de que no podré soltarla si la toco. Por eso me quedo quieto.

—Es mi turno.

Me pongo tenso.

—No me gusta hablar de mí.

—No me digas. —Pone los ojos en blanco—. ¿Qué es…?

Georgina se calla al percatarse de que dos mujeres jóvenes vienen hacia nosotros. La más alta le da un codazo a la otra. Su amiga se acerca a mí, visiblemente nerviosa.

—Perdona, ¿eres Oliver Vidal? —me pregunta con timidez—. Nos encantan tus libros. ¿Podemos hacernos una foto contigo?

Me levanto de mala gana. Lo último que me apetece es fotografiarme con un par de desconocidas. Si me obligo a ser educado es porque me debo a mi público y tengo demasiado interiorizadas las broncas de Casandra sobre mi falta de don de gentes. Georgina se ofrece a hacérnosla y no me queda más remedio que permanecer apretado entre las dos amigas. Luego me bombardean a preguntas sobre *El secuestro*, mi primer libro y el único del que me siento algo orgulloso, y se marchan al cabo de lo que me parece una eternidad. La verdad es que han sido agradables; el problema lo tengo yo, que con el paso de los años me he convertido en un lobo solitario con una exacerbada fobia social.

Georgina y yo no podemos ser más diferentes.

—Te llevo a tu casa —me ofrezco. Espero que no insista en coger un taxi.

Supongo que va a hacerme la pregunta que estaba a punto de formular antes de que nos interrumpieran. En ese caso, me veré obligado a escaquearme. Lo de hablar de mí no lo practico a menudo. Para mi sorpresa, asiente y me sigue en silencio. Salimos del Burger y le abro la puerta del coche. Se gira hacia mí y me roza el hombro sin querer. Aspiro su olor como si fuera una droga. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no agarrarla de la cintura, besarla y llevarla a mi casa.

Sé que no puede ser. Pero, si tuviésemos una oportunidad, sería

increíblemente bueno con ella.

—Gracias por la cena. —Se pone de puntillas, apoya las manos en mi pecho y me da un beso en la mejilla—. ¿Sigues sin querer ser mi amigo?

—Sí —respondo sin apartar la vista de su boca. «Un amigo no querría subirte el vestido, arrancarte las bragas y comerte el coño».

Georgina me mira como si no me creyese, se aleja de mí y sube al coche. Tardo más de lo normal en cerrar la puerta, demasiado ocupado al fantasear con todo lo que me gustaría hacerle.



32

¿A que es una monada?

Estoy furiosa. Elvira me ha llamado hace un rato y me ha dicho que necesitaba que fuera a casa de su nieto urgentemente, pero ha colgado cuando le he preguntado de qué se trataba. Hacía cuatro días que no sabía nada de ella ni veía a Oliver —desde la cena benéfica—, y me he puesto tan nerviosa que he salido corriendo y he agarrado el primer autobús, preocupada por que le hubiese pasado algo grave.

No recuerdo la última vez que estuve tan enfadada. No puedo creer que Elvira me haya llamado para esto. Ya entiendo por qué no ha querido explicármelo por teléfono. ¡Sabía de sobra que me negaría a hacer algo así! Todos tenemos un límite. Una cosa es que tengamos un acuerdo, y otra muy distinta que me utilice para sus disparates.

Ignoro su expresión compungida y esquivo el lametón de la bola

de pelo que tiene en los brazos. El cachorro mueve el rabo y gime para llamar mi atención. Será mejor que no lo mire. De lo contrario, estoy perdida. Elvira lo sujeta con dificultad mientras me asegura que no tenía otra opción.

—¡No pienso ayudarte! —protesto, indignada—. Oliver nos va a matar.

—No seas exagerada, querida.

El cachorro, un cruce de labrador y caniche, salta de los brazos de Elvira, y consigo atraparlo de puro milagro antes de que cruce la carretera. Me lame la barbilla y luego mordisquea un mechón de mi pelo. Es un bebé nervioso y juguetón, así que no me queda más remedio que abrazarlo contra mi pecho y fulminar a Elvira con la mirada. Otra vez me ha metido en un lío. A Víctor y Dani les encantará la anécdota.

—Le has gustado —señala complacida.

Intento no mirar a los ojos a la bolita rechoncha, de color canela y pelaje suave. Siempre he sentido debilidad por los animales. De no ser por la alergia incurable de Víctor, a estas alturas sería la orgullosa dueña de una decena de gatos y varios perros abandonados.

—A ver cómo le explicas a Oliver que debe hacerse cargo del perro —digo—. Te adelanto que no le va a hacer ni pizca de gracia. No pienso ayudarte. De este lío sales tú solita.

—Es una niña —me informa. La acaricia entre las orejas. La cachorra se frota contra su mano—. ¿Qué querías que hiciera? No podía dejarla sola en la carretera. Te conozco, Georgina. Tú tampoco la habrías abandonado.

—¡Ni me plantaría en casa de Oliver para exigirle que cuide de ella!

—¿Por qué no? Vive solo. Le vendrá bien tener compañía. —Mete

la mano en su bolso, saca una galleta con forma de hueso y se la da a la perra, que la engulle de un bocado—. Mira qué buena es. Estaba muerta de hambre cuando la encontré. Pobrecita, a saber lo que habrá tenido que sufrir.

No te ablandes. Sé fuerte.

Aprieto los labios. No voy a permitir que me convenza. Oliver se va a enfadar. Y yo no seré partícipe de esta encerrona.

—Seguro que se hacen amigos. Ya verás lo bien que se llevan. ¿Quién podría resistirse a esa carita? —Le da una caricia—. De pequeña tuve un perro. Un precioso bodeguero que se llamaba Byron. Vivió dieciséis años. Todavía lo echo de menos.

—¿Por qué no te la quedas tú?

—¡No puedo! Anoche me hice daño en la espalda corriendo detrás de ella. Es una cachorra. Tiene muchísima energía. Necesita que le den largos paseos y jueguen con ella hasta agotarla. Yo solo soy una anciana frágil y…

Ya empezamos.

La perra mordisquea uno de los cordones de mi sudadera mientras escucho a Elvira sin dar crédito. De acuerdo, un cachorro de labrador no es la raza más adecuada para una persona mayor, pero nadie se traga que sea una señora desvalida. Podría quedarse temporalmente con la perrita hasta encontrarle una familia.

—Contacta con una protectora —sugiero.

—He llamado a varias, pero todas están desbordadas. La perrera no es una opción.

Por supuesto que no. Todos sabemos lo que sucede en las perreras. La pobre no duraría ni un par de días. Cuando se cansa de jugar, me olisquea con entusiasmo y luego apoya la cabeza en mi regazo. Tarda tres segundos en quedarse dormida. Siento un pellizco en el pecho.

Jo, es adorable. Ojalá pudiese quedármela.

¡Te estás ablandando!

«Mierda, es verdad».

—Tu nieto se pondrá hecho una furia. No sé por qué me has llamado.

—Seguro que entre las dos podemos convencerlo.

—Ya, claro. Porque tengo mucha influencia sobre Oliver, al que apenas conozco.

—Bailasteis en la fiesta.

—Le di pena, Elvira.

—No creo que sea lástima lo que siente por ti.

No tengo ni idea de lo que siente, pero prefiero no saberlo.

—No te entiendo. Si quieres que seamos amigos, chantajearlo emocionalmente para que se haga cargo de un perro no es la mejor forma de lograrlo. —Acuno a la cachorra entre mis brazos—. Te has pasado tres pueblos. He venido corriendo porque pensaba que le había sucedido algo malo a Oliver.

—Pues sí que te preocupas por mi nieto para apenas conocerlo… —dice con tono acusador.

Resoplo. No es eso. Puede hacerse todas las ilusiones que quiera sobre nosotros. Soñar es gratis.

La perra bosteza, y mi corazón se ablanda como un chicle. Ojalá Oliver se hiciera cargo de la cachorrita, pero estoy convencida de cuál será su reacción. Solo a Elvira se le ocurre regalarle un perro a su nieto.

—No cuentes conmigo.

—De acuerdo —responde desanimada—. Al menos ayúdame a meterla en el ascensor. Pesa mucho y no puedo con ella.

Elvira entra en el portal y la sigo de mala gana.

—Ni se te ocurra jugármela —le advierto. La conozco, sé de qué pie cojea. No me apetece ver la cara que pondrá Oliver cuando abra la puerta.

—Estoy segura de que le acabará cogiendo cariño.

Hay que reconocer que el optimismo de Elvira es insuperable.

—Parece mentira que no conozcas a tu nieto… —Sacudo la cabeza —. Puedo ayudarte a encontrarle un dueño por redes sociales.

—No pienso dejar a esta cosita inocente en manos de un desconocido.

La perrita se despierta de su minisiesta en cuanto salimos del ascensor y mira a su alrededor, jadeando nerviosa. De repente, como si supiera que se avecina una tragedia, se pone a ladrar como una descosida. Intento calmarla en vano. La cachorra salta de mis brazos y corre a esconderse detrás de la planta artificial que hay al otro lado del rellano. Hasta el momento se había portado muy bien, pero ha debido de percibir mi inquietud. Se oculta entre la maceta y la pared, temblando asustada. Elvira, que es una mentirosa consumada, decide que este es el momento perfecto para llamar al timbre. Consigo atrapar a la perra justo cuando ella se cuela en el ascensor y oigo pasos al otro lado de la puerta.

—¡Elvira! —le reprocho angustiada.

Estoy demasiado lejos para llegar a tiempo al ascensor. Elvira me sonríe con picardía y sacude la mano a modo de despedida.

—Lo siento, querida. Sé que tú puedes convencerlo de que se quede con la perra. Por eso te he llamado.

—¡No! ¡Elvira! ¡Traidora!

Todo pasa a cámara lenta. La puerta del ascensor se cierra. Oliver aparece en el rellano, sin camiseta y con cara de desconcierto. La perra empieza a ladrar como si estuviese poseída, escapa de mis

brazos y tiene la maravillosa idea de orinar en el felpudo. Después se hace una bolita, apoya la cabeza en la zapatilla de Oliver y se duerme tan pancha.

Oliver permanece inmóvil. Mira a la cachorra, que ronca sobre su pie izquierdo. Luego levanta la cabeza y me observa fijamente.

—Uy —balbuceo—. ¿A que es una monada?



33

Esto

Tomo una decisión que cualquier mujer sensata evitaría en mi situación: comerme a Oliver con los ojos. Dudo que vuelva a verlo sin camiseta, así que considero que tengo todo el derecho del mundo a echar un vistazo, sobre todo teniendo en cuenta que estoy aquí porque su abuela me ha tendido una trampa.

Tener semejante cuerpazo debería ser ilegal. Es como si lo hubiesen fabricado con Photoshop: espalda ancha, brazos musculosos en la medida perfecta, tableta de chocolate y una hilera de vello oscuro que se pierde bajo la cinturilla del pantalón. Trago saliva. De repente, tengo la boca seca.

—Tienes un montón de abdominales.

Enarca una ceja.

Dios mío, dime que no he dicho eso en voz alta. Por la forma en la que las comisuras de sus labios se elevan hacia arriba hasta formar

una sonrisa arrogante, estoy cien por cien segura de que soy una bocazas. Al menos ya no está tan serio. Hasta que la perra se espatarra bocarriba y comienza a roncar. Entonces, Oliver vuelve a adoptar una expresión circunspecta.

—Georgina.

—¿Sí? —Retrocedo con disimulo hacia la escalera. Quizá esté a tiempo de huir. Entonces será su problema y me ahorraré tener que darle una explicación—. Yo, uhm…

—Ni se te ocurra —adivina mis intenciones. Observa de nuevo a la bola de pelo que duerme a sus pies y, ahora sí, pone cara de pocos amigos—. ¿Qué demonios es esto?

No me gusta cómo se refiere a ella.

—«Esto» es una perra. Un respeto.

—No me digas.

—Un bebé al que abandonaron en una carretera. No puedo quedármela porque, como ya sabes, mi compañero de piso es alérgico a los animales.

—No.

—Todavía no me has dejado…

—Rotundamente no. —Se cruza de brazos. ¿Es normal que me quede embobada al ver cómo se marcan sus pectorales? Al menos tiene los pies quietos, así que la perra sigue durmiendo—. No sé por qué has pensado que era buena idea traerla a mi casa. No soy la persona más adecuada para cuidar de esto.

—Es una perra.

—Me da igual. No la quiero. Llévatela.

—No puedo. —Hago un puchero—. No sé qué hacer con ella.

—Ni yo.

—¡Puedes adoptarla!

Me mira como si tuviese cuatro cabezas. Su expresión pasa del desconcierto al enfado, luego al estupor, y, por último, a la impaciencia. Descruza los brazos y me distraigo de nuevo con el movimiento de sus pectorales. Uf, ¿qué me pasa? Como si nunca hubiese visto a un tío bueno sin camiseta.

—Georgina, no puedes aparecer en mi casa con esto…

—¡No la llames así! Es una perra y tiene sentimientos.

—Vale. Como quieras. —Se pasa una mano por la cara, visiblemente agotado—. No puedes aparecer en mi casa con una perra y esperar que me haga cargo de ella. ¿En qué estabas pensando?

—Es que es muy mona. Solo mírala —insisto desesperada. Seguro que si lo hace, se ablanda como un flan.

La perra ronca panza arriba. Su barriga redonda y rosa se infla con cada respiración. Me da tanta ternura que me entran ganas de llevarla a mi casa y cruzar los dedos para que Víctor no sufra un *shock* anafiláctico.

—Aquí no se puede quedar —contesta inmutable—. No me gustan los animales.

Uy, nadie lo diría por cómo reaccionó con aquel San Bernardo.

—El perro es el mejor amigo del hombre.

—Haz el favor de quitármela de encima. Se me está durmiendo el pie.

—Ay, pero mírala un momento. Es adorable.

—Me has interrumpido en medio de la escritura de un capítulo. De verdad, no tengo tiempo para esto.

—¡Es una perra!

—Vale, lo que sea —dice irritado—. Te agradecería que la sacaras del rellano. Estoy ocupado.

—No puedo hacerme cargo de ella.

—Haberlo pensado antes de recogerla. Sé que lo hiciste con tu mejor intención, pero no puedes venir a mi casa y esperar que me enamore perdidamente de… —Oliver se sobresalta cuando la perra, que se ha despertado, gruñe y mordisquea los cordones de su zapatilla—. ¡Para! ¡No hagas eso!

—Solo está jugando. —Aprieto los labios para aguantar la risa—. Es un bebé. Si muerde es porque le duelen los dientes.

—¡No, quieta! —le ordena Oliver, molesto. Me hace gracia verlo tan indignado e indefenso por culpa de una bolita de pelo—. Mierda, Georgina. Deja de reírte y llévatela de una vez.

—Si te alejas, pensará que quieres jugar con ella.

—No quiero jugar con esto —contesta malhumorado. ¡Y dale con llamarla «esto»! Oliver aparta el pie y la perra vuelve a atacar los cordones sin piedad. Me mira con cara de enfado y dejo de reírme porque ha llegado al límite de su paciencia—. Endósasela a otro. No es mi problema.

—¡Ha sido tu abuela! —me defiendo. Si ella no ha tenido el menor reparo en abandonarme, yo tampoco lo tendré en delatarla—. Me ha llamado bastante alterada y me ha pedido que viniese a tu casa. No me ha explicado de qué se trataba. He pensado que a lo mejor habías sufrido un accidente, o yo qué sé. Pero, cuando he llegado, me he encontrado con la perra. Luego se las ha apañado para llamar a tu puerta y dejarme tirada. Y ahora no sé qué hacer. ¿Qué demonios hago con ella? Víctor se morirá si la meto en casa, y tampoco puedo abandonarla. Me siento culpable. Últimamente todo me sale mal. Me echaron del trabajo, nadie me contrata y mi antiguo «casi algo» resultó ser un auténtico imbécil. Así que no te atrevas a enfadarte conmigo porque creo que estoy a punto de reventar, y te juro que yo

nunca lloro. Así que no me quedará más remedio que romper algo o ponerme a gritar como una histérica.

Dios, me estoy agobiando.

¿De verdad la vida no va a concederme una tregua? Solo quiero un trabajo en el que no me exploten y con el que pueda pagar las facturas. Y, en un futuro no muy lejano, enamorarme de un buen hombre que corresponda mis sentimientos, me compre chocolate cuando tenga la regla y sea fan de *Star Wars*. Tampoco pido tanto.

De repente, unos brazos fuertes me estrechan contra un pecho cálido y duro. El gesto es tan inesperado que me roba el aliento. No me doy cuenta de que estoy temblando hasta que Oliver me abraza. Su agarre es seguro, pero al mismo tiempo tiene una delicadeza que me desarma por completo, como si temiera que pudiese romperme. No dice nada, solo me envuelve con fuerza. Su mano se posa en mi espalda con firmeza para atraerme más a él, y yo no tengo más remedio que rendirme.

Apoyo la mejilla en su hombro y cierro los ojos. Huele muy bien; a gel de baño y loción para el afeitado. Y me abraza como siempre he necesitado que lo hagan: como si no quisiera soltarme. Poco a poco me voy relajando. Su mano se desliza por mi espalda en un gesto casi imperceptible que me hace contener la respiración. Todos los sentimientos que estaban a punto de desbordarme se disipan hasta que solo queda la calma.

Pero hay algo más. Bajo la seguridad que transmite su abrazo, percibo una tensión sutil, contenida. Su pecho sube y baja con fuerza con cada inhalación. Me pregunto si él también se está conteniendo, y eso provoca que mi corazón se salte un latido ante la posibilidad de que la atracción sea mutua. Porque, por mucho que intente negarlo, deseo a este hombre con cada fibra de mi ser.

Siento que no puede sucederme nada malo entre sus brazos. Es un pensamiento tan raro que me aparto de él, con las mejillas encendidas y el corazón desbocado al mirarlo a los ojos.

—¿Mejor? —pregunta con tacto. Sus ojos se suavizan al mirarme. No hay rastro del tipo malhumorado que ha abierto la puerta. Al ver que no reacciono, añade con cautela—: No estoy enfadado. Lamento que mi abuela te haya involucrado en algo así. Debería haberlo imaginado.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado —admito descolocada—. Será mejor que me lleve a la perra.

—No es tu problema, Georgina.

—Ni el tuyo. Está claro que no quieres quedártela.

Estoy irritada y no entiendo por qué. Ninguno de nosotros tiene la culpa. Oliver y yo miramos a la perra sin saber qué hacer. Al cabo de un rato, decidimos que llame a su abuela para que venga a recogerla. Será lo mejor.

—Ha apagado el móvil. Seguro que lo ha hecho a propósito.

—Genial —contesto, para nada sorprendida—. Me la quedaré hasta que consiga hablar con ella.

—No puedes; tu compañero tiene alergia. Y yo, bueno, lo he pensado mejor y puede quedarse aquí hasta que le encuentres una familia.

—No.

—¿Cómo? —Frunce el ceño.

—Que no. Se viene conmigo.

—No te entiendo. ¡Pero si hace un momento intentabas convencerme de que me la quedase!

—Pues ya no quiero que te la quedes. La has llamado «esto». Y has sido muy antipático.

—¿Acaso tiene un nombre?

—Sí —miento—. Se llama Princesa.

Oliver pone cara de horror y le lanzo una mirada asesina para que se atreva a juzgar mi elección.

—Perdona por no haber saltado de alegría al ver que una perra se había meado en mi felpudo y por no imaginar que mi abuela estaba detrás; aunque no me sorprende, porque le encanta meterse en mi vida —dice con ironía.

Uy, si tú supieras.

A pesar de su tono seco, noto un leve atisbo de algo en su expresión: preocupación, duda.

—Mira, no me hace ni pizca de gracia quedarme con ella, lo admito —añade—. Pero es evidente que tú estás al borde de sufrir un colapso, mi abuela se ha desentendido y yo no voy a dejarte tirada, así que acepta mi ayuda.

—¿Por qué? —refunfuño—. Has dicho que no te gustan los animales.

—Porque me importas, Georgina.

Oliver parece tan desconcertado como yo por lo que acaba de decir y se hace un silencio pesado e incómodo entre nosotros. No puede haberlo dicho en serio, seguro que solo intenta ser amable conmigo, como el otro día en la cena. Debe de ser eso. Creo que los dos estamos alterados por la situación. Lo mejor será que acepte que se haga cargo de la cachorrita hasta que le encuentre una familia.

—Vale, gracias por quedártela. —Me agacho para despedirme de la perra y me llevo una desagradable sorpresa al ver que ha desaparecido—. ¿Dónde se ha metido?

Oliver entra en su ático para buscarla y sale al cabo de un rato con la expresión descompuesta.

—No está. La he buscado por todas partes. Debe de haberse escapado mientras estábamos discutiendo qué hacer con ella.

El peso de la culpa me aplasta el pecho. ¿Cómo van a salirme las cosas bien si ni siquiera soy capaz de cuidar de un cachorrito durante unos minutos?

—Ay. —Bajo las escaleras a toda prisa, llamándola a gritos—. ¡Princesa, ven aquí!

Oliver corre detrás de mí. No hay rastro de la perra en ningún rellano, ni tampoco en el portal. La puerta que da a la calle está abierta de par en par y se me cae el alma a los pies. La pobre debe de haberse asustado. Oliver me pone una mano en el hombro para tranquilizarme.

—La vamos a encontrar.

—Vale —contesto indecisa—. Pero, antes de salir a la calle, deberías ponerte una camiseta.

Adiós, abdominales.



34

Me odia

Típico de mi abuela: meterse en mi vida y desaparecer después de convertirla en un caos con la absurda esperanza de que me acerque a una chica impresionante que está completamente fuera de mi alcance. Vale, tengo que reconocer que es la primera vez que hace algo así, pero lo de inmiscuirse en mis asuntos es algo a lo que me tiene más que acostumbrado.

Eso de intentar darme a la perra y engañar a Georgina ha sido una jugada maestra, lo reconozco. Ahora me arrepiento de haber reaccionado tan mal. En mi defensa diré que después de un montón de meses de bloqueo, por fin he empezado a escribir algo de lo que estoy orgulloso, y lo último que esperaba al abrir la puerta era encontrarme con una perra orinando en mi felpudo, acompañada de la mujer en la que no puedo dejar de pensar a todas horas.

A ver, no soy el tipo de hombre ideal para cuidar de un cachorro. Me agobia que la perra se ponga enferma, o se parta una pata al

saltar del sofá, o que le ocurra cualquier desgracia bajo mi responsabilidad. Georgina tiene razón: estaría mejor en otro lugar; a cargo de una persona que no padezca insomnio ni jaquecas que le producen bruscos cambios de humor, y que no sobreviva a base de cafeína y comida precocinada.

En fin, no soy un partidazo.

—¡Ven aquí, pequeña! —la llama Georgina.

Su desesperación me hace sentir más culpable. Ojalá le hubiera tendido la mano nada más verla, en lugar de comportarme como un bruto dispuesto a cerrarle la puerta en las narices. El problema es que siempre que la tengo cerca no quiero que se vaya, por eso estoy tan asustado. Es la primera vez que siento la enorme tentación de dejar a alguien entrar en mi vida.

—No te vamos a hacer daño, cosita. —Se vuelve hacia mí con una expresión compungida que me destroza. Dios, esos ojos grandes y llenos de pena son mi maldita ruina—. ¿Y si le ha pasado algo malo?

Mierda. No soporto verla tan triste. Me irrita que me importe tanto. ¿Qué demonios hago aquí preocupándome más por sus sentimientos que por los míos? No sé cuándo empecé a preocuparme por su bienestar, pero me convierto en un imbécil cada vez que sonríe, desesperado por que vuelva a hacerlo. No debería haberme fijado en lo suave que tiene la piel, ni en lo bien que le huele el pelo mientras la abrazaba.

Es oficial: he perdido la puta cabeza. Soy un perdedor. Y lo peor es que no quiero parar.

—Seguro que la encontramos —digo con falsa confianza—. No puede andar muy lejos.

Georgina camina a mi lado, desanimada. Me encantaría ser la clase de hombre que la hace sentir segura. Dios, daría lo que fuera por

cuidarla, incluso si eso significa hacerme cargo del chucho. Necesito que sonría de nuevo.

Un lloriqueo me saca de mi ensimismamiento. Freno en seco y aguzo el oído. Me pongo de rodillas para mirar debajo de un coche y descubro, con gran alivio, que la perra está escondida detrás de una de las ruedas. Está hecha un ovillo, temblando de pánico.

—¡La he encontrado! —Estiro el brazo y la perra retrocede asustada. No me queda más remedio que meterme debajo del coche y rezar para que no me muerda. La agarro con mucho cuidado y salgo victorioso—. Creo que está bien.

Georgina abraza a la perra, lo que también me incluye en el *pack*, ya que la tengo sujeta contra mi pecho. Le da caricias, la llena de besos y la colma de cumplidos. Siento una punzada de envidia que se disipa en cuanto levanta la cabeza y me mira con esos ojazos verdes que me dejan sin aliento. Me sonríe, y la vida vuelve a tener sentido.

—Gracias —musita.

Siento un orgullo difícil de disimular. Es ridículo, no he hecho nada del otro mundo; pero, maldita sea, qué bien me siento al verla sonreír. Daría lo que fuera, incluso lo que no tengo, con tal de que nunca perdiera la sonrisa.

De repente, una gota de lluvia le salpica la frente; otra le da en la punta de la nariz. Observo embobado cómo el agua resbala desde su pómulo hasta la comisura de su boca y siento un deseo salvaje, primitivo, de besarla. Ahora no puedo dejar de mirarle los labios sin disimulo. Sé que se da cuenta porque noto que traga saliva y me pregunto si hay una mínima posibilidad de que esta atracción que siento no sea solo cosa mía. Hasta ahora no me lo había planteado y daba por hecho que su interés en ser mi amiga era fruto de una

mezcla de pena y curiosidad, pero hace un rato se ha quedado de piedra al verme sin camiseta y ha hecho ese comentario sobre mis abdominales que me ha sacado una sonrisa tonta. Estaba nerviosa y no le he dado mayor importancia, pero… Madre mía, o voy a poder resistirme a ella si hay una posibilidad de que se sienta atraída por mí. Porque mi autocontrol tiene un límite, y dejaré de ser un buen hombre si ella me desea la mitad de lo que yo la deseo a ella.

Georgina me roza el brazo; una caricia inocente que convierte mi sangre en lava y mi cerebro en una amalgama de pensamientos obscenos por los que debería ir a la cárcel. La imagino sin ropa, en mi cama, gimiendo mi nombre, con mi cabeza enterrada entre sus muslos. Fantaseo con follármela contra la pared de mi dormitorio mientras ella me muerde el hombro y me clava las uñas en la espalda.

Comienza a llover con fuerza y la perra se revuelve incómoda entre nosotros.

Maldita sea, me he empalmado otra vez.

—Oliver —dice, mirándome sin pestañear.

Ese es el momento en el que decidido mandar al infierno las dudas, cortar la distancia que nos separa y besarla sin contemplaciones. Pero la perra salta de mis brazos, aterriza en los de ella y se pone a ladrar como una alimaña endemoniada. Juro que me lanza una mirada triunfal antes de hacerse un ovillo en el pecho de Georgina.

Nos acaba de cortar el rollo.

—Deberíamos ponernos a cubierto. —Tapa al animal con su jersey —. No quiero que se resfríe.

¿Los perros pueden resfriarse? Me abstengo de hacer la pregunta en voz alta y regresamos corriendo al portal. Estamos empapados al

entrar en el ascensor. La perra, que sospecho que nos ha interrumpido a propósito, ronca como un angelito en los brazos de Georgina. La puerta se cierra y nos sumimos en un tenso silencio. Estoy seguro de que es consciente de que iba a besarla. El problema es que ahora nunca sabré si ella iba a devolverme el beso, lo cual me deja en una posición vulnerable que no me gusta en absoluto.

Me paso una mano por el pelo mojado. No me reconozco. Podría decir algo para romper la tensión, pero no se me ocurre nada ingenioso. ¡Con lo bien que se me daba antes ligar!

Cuando el ascensor se detiene, salgo a toda prisa y entro en mi ático. Al darme cuenta de que Georgina se queda indecisa en el umbral, maldigo para mis adentros y me giro hacia ella con una expresión seria que temo que la asusta un poco, pues dice:

—Será mejor que me vaya.

—Pasa, por favor. —Me hago a un lado para que sepa que es bienvenida. No entiendo por qué consigo que todo sea tan complicado entre nosotros—. Estás chorreando y hace frío. Te daré una toalla y algo para cambiarte mientras tu ropa se seca.

—No quiero ser una molestia.

—Nunca lo eres. —«Eres la persona menos molesta que conozco. Me encanta estar contigo, pero soy un bruto que se ha acostumbrado a estar solo y no pienso con claridad cuando te tengo cerca. ¿Podemos empezar de cero? Por favor, me gustas muchísimo»—. Vamos, entra.

—Vale, si insistes —contesta con una risita tímida. Dios, necesito que lo haga de nuevo; el sonido de su risa se ha convertido en mi banda sonora favorita.

Quiero dejar de meter la pata, así que voy al baño, cojo un par de toallas limpias y luego busco en mi armario hasta dar con la

sudadera más gruesa. Cuando regreso, Georgina está en el mismo sitio donde la he dejado, visiblemente incómoda. Maldigo para mis adentros.

—Puedes cambiarte en mi habitación. —Señalo la puerta que hay al otro extremo del salón. Me gustaría ofrecerle algo caliente, pero se me acabó el café y la leche hace una semana. Soy un puto desastre que no recibe visitas—. Deja esto en el suelo, quiero decir, eh… —Me rasco la nuca. Por favor, ¿puedo dejar de fastidiarla? Esbozo una expresión que espero que resulte relajada—. ¿Cómo se llama?

Georgina sonríe de nuevo.

—Te mentí, no tiene nombre. —Suelta a la perra, que está claro que me odia, pues se sube de un salto al sofá y se caga en el cojín. Georgina se tapa la boca y me mira alarmada—. Uy, creo que lo ha hecho porque está nerviosa. A lo mejor no es buena idea que te la quedes. Si has cambiado de opinión, no pasa nada, yo…

Me enferma que dé por hecho que voy a cabrearme porque la perra haya elegido mi cojín favorito para plantar un pino. De acuerdo, no soy la alegría de la huerta; pero tampoco soy un maldito monstruo ni un desalmado capaz de echar a un animal desamparado de mi casa a la mínima de cambio. Vaya, sí que tiene una pésima opinión de mí. Ahora sé cuál habría sido su reacción si la hubiera besado. Por suerte, la perra me ha salvado de hacer el ridículo.

—No pasa nada.

—Lo voy a limpiar.

—Georgina. —La agarro con suavidad de la muñeca cuando hace el amago de moverse—. En serio, no hace falta. Puedo hacerlo yo.

—A mí no me importa. —Su mirada indecisa oscila entre la perra y yo—. Es lo mínimo que puedo hacer.

Maravilloso. Quiere ponerse a limpiar porque sospecha que voy a

tirar a la perra por el balcón en cuanto se vaya.

—Eres mi invitada. —La suelto, horrorizado ante la posibilidad de hacerla sentir incómoda—. Será mejor que te cambies antes de que cojas una pulmonía mientras yo recojo esto.

Georgina asiente y se encierra en mi habitación. Menos mal que esta mañana he hecho la cama. Aprovecho para limpiar el regalo que me ha dejado la intrusa, le quito la funda al cojín y la meto en la lavadora.

—Muchas gracias —le digo a la perra.

Me salpica al sacudirse. Luego me lame la mano. Pongo mala cara y me alejo de ella. Lo que faltaba. Se tumba bocarriba, como esperando que le rasque la panza. Paso de ella. Voy al baño a cambiarme de ropa. Al regresar al salón, me quedo paralizado al ver a Georgina vestida con mi sudadera, que le llega hasta las rodillas.

Es lo más sexi que he visto en mi vida.

«Por favor, no te empalmes de nuevo. Piensa en la muerte de la madre de Bambi o en el cambio climático».

—Deberíamos bañarla. Se ha ensuciado al esconderse debajo del coche —dice, y me alegra muchísimo que no se haya dado cuenta de que se me ha puesto dura al verla con mi ropa, que, por cierto, le queda mucho mejor que a mí—. Estará muerta de hambre. ¿Tienes algo que darle de comer?

En el frigorífico hay una lata de aceitunas y medio tetrabrik de zumo de naranja que caducó hace tres días. No sé qué come un cachorro, pero no tengo ganas de que vuelva a cagarse en mi sofá.

—Voy al súper que hay aquí al lado.

Me pongo una chaqueta y cojo un paraguas.

—Está lloviendo a mares.

Necesito enfriarme, así que me vendrá de perlas.

—¿Qué tengo que comprar?

—Ya sabes, lo típico. —Levanta a la perra en brazos y vuelvo a sentir esa inexplicable sensación de celos. Estoy fatal—: Pienso para cachorros y empapadores.

Salgo de mi casa con la necesidad de sentirme útil. Tardo más de veinte minutos en hacer la compra porque no decidía qué marca de pienso comprar. Para colmo, hay un montón de chucherías caninas, los empapadores van por tallas y la cajera me entretiene al contarme que también acaba de adoptar un perro; lo que, sinceramente, me importa un carajo porque lo único que quiero es regresar rápido a casa para comprobar que Georgina no se ha marchado. Menos mal que la encuentro enjabonando a la perra, que debe de odiarme bastante, pues se escapa de sus brazos y se sacude justo a mis pies. Deja todo el suelo hecho un desastre y Georgina la regaña. Intento atraparla, pero la condenada es muy rápida y consigue salir del baño. Juro que me mira con satisfacción antes de mearse en la alfombra.



35

En el fondo es muy mono

Oliver no me deja ayudarlo a limpiar la alfombra. Menos mal que no se queja ni pone mala cara.

Estoy hecha un lío.

¿Qué demonios ha pasado entre nosotros en la calle? ¿Estoy alucinando o de verdad iba a besarme? ¿Por qué tengo tantas ganas de que lo haga, pero al mismo tiempo me aterra que todo sea imaginación mía?

Elvira te contrató para ser su amiga. No es ético besar al nieto de tu jefa. Se va a cabrear cuando se entere de que lo has engañado.

Ah, sí. Por eso.

No debería darle tantas vueltas. Oliver solo ha sido amable porque se siente culpable de que su abuela me dejase tirada con la perra. Lo único que hemos compartido en la calle ha sido un abrazo efusivo, fruto del alivio que hemos sentido al encontrar al cachorro. Eso es

todo. No hay más.

Se ha quedado embobado con tu boca. Te ha encantado cómo te miraba. Y darías lo que fuera por que volviera a hacerlo.

—¿Te pasa algo? —Me sobresalto al sentir la mano de Oliver apoyada en mi hombro—. ¿Va todo bien?

—Sí —miento sin pensar mientras termino de secar a la perra, que se ha quedado medio grogui después del «relajante» baño—. Deberíamos buscarle un sitio para dormir.

—Ya lo he arreglado.

Oliver me enseña la improvisada cama: un cojín en el suelo cubierto por una manta de piel de borrego. No está mal, parece cómoda y calentita. La perra se acerca a inspeccionarla y cruzo los dedos para que no vuelva a dejarle un regalito. Al lado hay un cuenco lleno de pienso y otro con agua. El animal entierra la cabeza en la comida y la devora con ansiedad. Luego hace pis en el empapador que Oliver ha colocado cerca de los comederos, se sube de un salto al sofá y se tumba bocarriba. Se queda dormida antes de que pueda reñirla. Voy a ponerla en su cama, pero Oliver me toma de la mano.

—Déjala. Parece muy a gusto.

Ignoro la corriente de electricidad que acaricia mis dedos.

—No debe acostumbrarse o pensará que es su cama. Tienes que marcar límites —dice la persona que nunca ha tenido un perro, pero ha visto cientos de *tiktoks* sobre adiestramiento canino.

—No se acostumbrará. Estará aquí de forma temporal hasta que le encontremos una familia.

—Tienes razón —contesto indecisa. Ha dejado bastante claro que no va a encariñarse con la perra hasta el punto de adoptarla. Entonces descubro las bolsas que hay encima de la barra de la

cocina, me acerco a cotillear con curiosidad y veo que están llenas de cajas de galletas para cachorros, juguetes de cuerda y mordedores. Incluso hay un peluche de un reno. Lo cojo y me vuelvo hacia él—. ¿Y esto?

Oliver se encoge de hombros.

—La cajera del supermercado me ha dicho que su perro tiene el mismo y le encanta. Me ha aconsejado que comprase juguetes para que no muerda los muebles y recompensas para educarla.

Vaya, vaya. Así que ha ligado con la cajera del súper. No pierde el tiempo.

Un momento, ¿y a mí qué más me da?

Los celos te sientan fatal, Georgi.

—He comprado leche. ¿Te apetece un chocolate caliente para entrar en calor?

—Sí, gracias.

Oliver dice que me ponga cómoda mientras prepara el chocolate. Estos pequeños gestos son los que me descolocan. A veces pienso que quiere librarse de mí y que solo es amable por educación. Es un hombre serio y poco hablador, así que doy por hecho que mi presencia le molesta. Pero, entonces, me llama por teléfono para oír mi voz, o terminamos cenando de madrugada en un Burger, o me mira como si se muriese de ganas de besarme, y… no sé qué pensar.

—También he comprado algo de picar. Por si tenías hambre. —Aparece en el salón con una bandeja repleta de galletas y dos humeantes tazas de chocolate—. No sabía cuáles son tus favoritas.

Las hay con pepitas de chocolate, de chocolate blanco, con nueces y de glaseado de limón. Cojo una galleta con pepitas, la mojo en el chocolate y le doy un mordisco. Estoy segura de que mira mi boca antes de apartar la vista y darle un trago a su bebida.

—Ya sé que no vas a quedártela, pero, si quieres que te obedezca, deberías ponerle un nombre. —Buen intento por mantener a raya la ansiedad—. Venga, elige uno.

Oliver contempla a la perra con escepticismo.

—Me odia.

—No digas tonterías.

La perra se da la vuelta y casi se cae del sofá, pero Oliver la atrapa justo a tiempo. Esboza una mueca, como si le diese alergia tocarla. La cachorra despierta desorientada, se sienta en su regazo y le da un lametón en la mano. Oliver pone cara de espanto y se mira la mano con el ceño fruncido.

—Uy, sí. Mira cuánto te odia.

—Prefiero que no me lama —dice ofendido.

—Es su forma de demostrar afecto.

Oliver suelta un bufido y se limpia la mano en el pantalón. La perra se acurruca sobre sus piernas y vuelve a roncar. Se queda rígido, sin saber qué hacer, observando a la perrita como si fuese un dogo argentino de cuarenta y cinco kilos. Aprieto los labios, conteniendo una sonrisa. Parece aterrado.

—Puedes acariciarla.

—No quiero.

—No te va a morder.

—Ya lo sé —contesta indignado, alzando las cejas como si creyera que acabo de insultarlo—. Es solo que me gusta tener mi espacio.

—No me digas. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Qué nombre te gusta?

—Es una tontería. Es un chucho, no necesita nombre. Además, su futuro dueño se lo cambiará.

—Vamos, no seas así. Te hará más caso si sabe cómo se llama.

Lo piensa durante unos segundos, aunque no oculta su irritación, como si ponerle un nombre fuese lo más absurdo del mundo.

—Leia. O Padme.

—¿Eres fan de *Star Wars*? —me emociono al instante.

—¿A quién no le gusta *Star Wars*?

—A Dani y Víctor. Se niegan a hacer un maratón conmigo. Siempre ponen pegas. Se quedaron dormidos con *La amenaza fantasma*; dicen que es un tostón.

—¿En serio? —pregunta incrédulo. Su expresión malhumorada se suaviza por un instante—. ¡Es la mejor!

—¿A que sí? —Mi estúpido corazón se acelera sin remedio. Marcos y yo discutimos una vez porque dijo que era la peor película de la saga y que Jar Jar Binks era ridículo. Por poco le pego—. Qui-Gon Jinn es mi personaje favorito.

—El mío es Obi-Wan —me confiesa—. Yo sí haría un maratón de *Star Wars* contigo, Georgina.

Es lo más bonito que me han dicho nunca. Me pongo como un tomate y le doy otro sorbo al chocolate para disimular.

—Me gusta Leia. Es un nombre genial para una mascota.

—No me la voy a quedar.

La perra lloriquea en sueños y Oliver la acaricia distraído hasta que se tranquiliza. Disimulo una sonrisa. Quizá termine encariñándose con ella después de todo.



36

Ninguna duda

Estoy tan nerviosa que no me había dado cuenta de que Oliver tiene el pelo y la sudadera mojados después de haber ido corriendo al supermercado en plena tormenta para comprar pienso y algo de comer para mí. Todo sería más fácil si siguiera siendo el cretino que conocí en aquella cafetería. No entiendo por qué, de repente, es mono. Incluso me ha preparado un chocolate caliente mientras esperamos a que mi ropa, que ha puesto en la secadora, se seque…

—¿En qué piensas, Georgina?

Juro que, si vuelve a pronunciar mi nombre con esa voz grave que me pone tan cachonda, no respondo de mis actos.

—Estás empapado. —No puedo admitir en voz alta que tengo muchísimas ganas de besarlo, lo que sería un error monumental dado que su abuela me ha contratado para ser su amiga, no su novia.

Ni siquiera me doy cuenta de que estoy de pie hasta que él me toca

la mano.

—¿Dónde vas? —Me mira confuso—. No quiero que te marches. A lo mejor no he sido lo suficientemente claro cuando te he dicho que no eras ninguna molestia. Porque quiero que te quedes. De hecho, me encantaría que te quedaras. Este lugar es más bonito cuando estás tú.

Es como si Cupido me hubiera lanzado una flecha. ¡Bum!, en todo el pecho.

Sí, ha sido claro. Por primera vez, no pienso que sobro ni que soy una carga; y me da tantísimo miedo lo que veo en sus ojos que salgo corriendo hacia el baño. Oliver parece descolocado cuando regreso con una toalla.

—Tienes que secarte —digo de forma atropellada—. Deberías quitarte la sudadera.

—¿Te sentirás incómoda si me desnudo delante de ti?

Se me escapa una risa nerviosa. Me voy a sentir de todo menos incómoda si se quita la sudadera. Si pudiera, le hacía un monumento. Así son las cosas.

—Ya te he visto antes sin camiseta.

—Y has comentado algo sobre mis abdominales…

—No lo recuerdo.

Oliver esboza una sonrisa arrogante y se desnuda de cintura para arriba. Le tiro la toalla a la cara por si se atreve a repetirlo. Se seca el torso mientras hago un gran esfuerzo por mantener los ojos lejos de su cuerpo.

No le mires los abdominales, no se los mires, no se los mires…

Soy débil y le echo un vistazo rápido mientras se seca de mala manera. Tiene unos oblicuos de lo más tentadores.

—Ya está. Ya estoy seco —dice con la espalda medio chorreando

todavía.

—Oh, venga ya. ¿Qué tienes? ¿Cuatro años?

Le arrebato la toalla y le froto la piel con demasiada brusquedad. Oliver se queda quieto, observándome sin decir nada. El azúcar del chocolate se me ha subido a la cabeza. No hay otra explicación.

—¿Satisfecha?

—Sí —musito avergonzada—. Debía cerciorarme de que no cogías una pulmonía. Tienes que cuidar de Leia.

—Entonces lo he malinterpretado. Pensé que te preocupabas por mí.

—Me preocupo por mis amigos, y tú me dijiste que no quieres que lo seamos.

—Nunca podré verte como una amiga, Georgina.

La temperatura sube diez grados de golpe. Soy plenamente consciente del hombre medio desnudo que tengo delante y de cómo me mira, porque siempre he querido que lo hicieran así; que alguien me viese de verdad, y me mirase como si fuera más que suficiente, como si fuera valiosa, única e importante… Así es como me hace sentir.

Me acerco a él sin poder evitarlo y le paso una mano por el pelo húmedo. Oliver entrecierra los ojos y suelta un gruñido de placer. La retiro al darme cuenta de lo que hago y me agarra de la muñeca para volver a colocarla donde estaba. Me mira de una forma sincera, vulnerable, y me sonríe con una tristeza que me aplasta el corazón.

—Me gusta que me toques —admite con voz ronca—. Sigue, por favor. Hace muchísimo tiempo que no dejo que nadie lo haga.

Entierro las manos en su pelo y le acaricio el cuero cabelludo. Oliver se relaja y muestra tanto alivio que me guardo todas las ganas de preguntar. Apoyo la palma de la mano libre en su pecho y siento

los latidos acelerados y fuertes de su corazón. Me mira durante un instante y luego cierra los ojos, suspira e inclina la cabeza hacia delante a modo de súplica.

—¿Te gusta? —inquiero con voz temblorosa, a pesar de que sé cuál es la respuesta.

Dibujo el contorno de su rostro con el dedo índice. Oliver separa los labios y traga saliva.

—Sí. —Abre los ojos y me mira con intensidad—. Pero preferiría ser yo quien te tocara a ti.

Me lamo el labio inferior. Soy demasiado impulsiva para refrenarme.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Quieres que te lo ruegue?

—No.

Dejo caer las manos y él las atrapa entre las suyas. Me besa los nudillos mientras observa mi reacción.

—Tú nunca tienes que rogarme, Georgina. —Toma mi barbilla para que lo mire—. Ya estoy a tus pies. Solo falta que te des cuenta.

Estamos tan cerca que puedo sentir la calidez de su pecho a través de la sudadera. Pone la mano en mi cintura con una torpeza que me resulta encantadora, y siento su necesidad ardiente, las ganas desesperadas de dejarse llevar. Sus labios rozan los míos con timidez, casi pidiendo permiso. Y esa suave caricia me derrite por completo. Algo se apodera de mí, una sensación tórrida, desesperada, y me subo a horcajadas encima de él y le rodeo el cuello con los brazos. Él se queda inmóvil, conteniendo la respiración. Justo cuando creo que he ido demasiado lejos, un sonido ronco y grave escapa de su garganta.

Todo mi cuerpo se estremece. Es la señal que necesito para encontrar el valor que me falta. Deslizo mi boca por su mandíbula,

hasta su cuello, dejando un reguero de besos cálidos. Sus manos permanecen en mi cintura, pero cuando mi lengua roza el punto sensible detrás de su oreja, apoya la frente contra la mía y sus dedos se clavan en mi cadera. Me acomodo un poco, rozando el bulto que hay en sus pantalones. Se le escapa un gemido bajo, casi agónico. Acto seguido, en un movimiento rápido, me agarra del trasero y tira de mí hacia su erección. Un estallido de placer recorre mi columna vertebral cuando levanta las caderas, como si la presión no fuera suficiente.

Oh, Dios…

Su erección presiona con firmeza contra mí a través de nuestros pantalones. Su mano derecha acaricia mi culo, y la izquierda se entierra en el pelo de mi nuca. Murmura algo entre dientes cuando me froto con más insistencia, completamente desesperada.

Estoy mareada por el deseo. No puedo pensar con claridad. Quiero que me arranque los pantalones y me folle.

Me inclino hacia delante, aplastando mis pechos contra su torso, y él me tira del pelo y envuelve mi cintura con un brazo, pegándome más a su cuerpo. Mientras me muevo encima de él, cada roce aviva la sensación. Todavía estamos vestidos, y ya es demasiado intenso; dudo que pudiera soportarlo si fuera su erección la que me llenase. Tiene los ojos cerrados y el placer dibujado en el rostro. Mis movimientos se vuelven más deliberados y me contoneo sobre su erección. La fricción, constante y deliciosa, envía olas de calor a través de mi cuerpo, y siento una urgencia desesperada. Jamás había estado tan excitada. Podría correrme así, con la ropa puesta.

Sé que la tiene enorme, lo noto a través de los pantalones. Cuando le rodeo el cuello con los brazos, pegándome más a él, ansiosa por sentirlo por completo, Oliver suelta un suspiro ronco, gutural. Me

agarra con ambas manos, levanta las caderas y me muerde el cuello. Nos quedamos inmóviles, respirando con dificultad. Abro los ojos de golpe y me encuentro con su mirada hambrienta, decidida. Su aliento cálido acaricia mis labios. Nos acercamos despacio, rozándonos con una timidez ridícula, teniendo en cuenta lo que acabamos de hacer. Pero esto parece más personal, y peligroso.

—¿Puedo besarte? —pregunta, indeciso y necesitado.

Su mano se ahueca en mi mejilla y se me pone la piel de gallina por el contacto. Sus ojos se clavan en mi boca al mismo tiempo que inclina la cabeza hacia mí, esperando mi respuesta.

—Pensaba que no te había gustado el beso que nos dimos en el parque —admito con tono tembloroso, rodeándole el cuello con los brazos.

—No tienes ni idea de lo bien que me haces sentir.

Su pulgar me acaricia la cadera por encima de la ropa antes de agarrarme y empujar hacia abajo, contra su enorme erección. La intensidad de la sensación me deja paralizada y con ganas de más. Gira la cara y me acaricia el pómulo con la boca, dejando un reguero de besos hasta llegar al lóbulo de la oreja. Lo atrapa con sus dientes, sin llegar a morderme, provocándome un intenso cosquilleo en el estómago.

—Esto es culpa tuya —susurra en mi oído con voz ronca. Mete la mano por dentro de mi pantalón y me agarra el culo—. No nos besamos en el parque.

—Claro que sí.

Me indigna que no lo recuerde mientras que yo no puedo dejar de pensar en aquel beso.

—Aquello fue un accidente.

Se echa hacia atrás para mirarme a los ojos. Me agarra del cuello,

sin fuerza pero con firmeza, acariciándome la base de la garganta con un dedo; estoy segura de que puede sentir mi pulso acelerado.

—Si te hubiera besado de verdad, no tendrías ni la más mínima duda sobre lo mucho que me gustó.

No me da tiempo a exigirle que lo demuestre, porque su boca se apodera de la mía: firme, autoritaria y con una pizca de desesperación que me vuelve loca. Dios mío, tiene razón.

Esto sí es un beso de verdad.

Tiene una mano enterrada en el pelo de mi nuca mientras la otra se desliza por todo mi cuerpo. Siento una descarga de energía ardiente que me sacude de la cabeza a los pies. Así deberían ser todos los besos, aunque al instante me arrepiento de este pensamiento, porque no quiero que haga esto con nadie más, por mucho que sea una locura. Se me escapa un gemido de protesta cuando deja de besarme, pero lo silencia en el instante al recorrer mi cuello con la boca, arañándome con los dientes. Echo la cabeza hacia atrás para permitirle un mejor acceso, enterrando los dedos en su pelo. Parece que le encanta por el gruñido de satisfacción que suelta antes de adueñarse de nuevo de mi boca.

Bien, de acuerdo. Ahora no tengo la menor duda de cuánto le gusta besarme.

Estoy mareada y siento una necesidad abrumadora de desnudarme y arrancarle la ropa. Me doy cuenta de que nada me lo impide, salvo mis propias dudas absurdas. Le palpo la bragueta con manos temblorosas, sonriendo al oír cómo inhala bruscamente. Justo cuando le estoy desabrochando los pantalones, un golpe nos sobresalta.

Tardo unos segundos en comprender que alguien está aporreando la puerta con fuerza, como si quisiera tirarla abajo.

—¡Oliver, abre! —grita una voz femenina—. Sé que estás ahí.

Oliver murmura una palabrota. Tiene los ojos cerrados y me agarra por los hombros. Parece hecho polvo.

—¡Venga ya, Oliver! —protesta la mujer—. Tenemos que hablar muy seriamente. Ni se te ocurra pasar de mí. He visto la luz desde la calle. No me iré hasta que abras. Sabes lo insistente que puedo ser. Tú verás.

Me pongo de pie, abochornada. De repente, me siento fuera de lugar. No sé quién es esa mujer, pero es obvio que no piensa marcharse. Oliver se pasa una mano por el pelo, con evidente impotencia. Sus ojos están llenos de agobio.

—¿Dónde está mi ropa?

—En la secadora —contesta aturdido. Al darse cuenta de lo que pretendo, me sigue a trompicones hasta la cocina—. Espera, Georgina. Dame un momento para librarme de ella.

Cojo la ropa y voy al cuarto de baño sin mirar atrás. No tengo derecho a recriminarle nada, lo tengo clarísimo; pero jamás me había sentido tan… ¿Qué es lo que siento? ¿Decepción?, ¿celos?, ¿vergüenza? He estado a punto de follar con Oliver, y ni siquiera he sido del todo sincera con él. La interrupción de esa desconocida me ha venido de perlas para no cometer un error. Por eso me visto a toda prisa y regreso al salón, donde Oliver está discutiendo con una guapísima rubia que se queda perpleja al verme.

—Oh, quizá no debería haber subido cuando me crucé en el portal con tu vecina —murmura con tono culpable—. De acuerdo, ahora lo entiendo.

—Tengo que irme —digo sin mirar a nadie en particular—. Los cachorros comen cinco veces al día. Si quieres que use el empapador, ponla encima en cuanto se despierte. Te llamaré si le encuentro un

dueño. Gracias por cuidarla.

—No te vayas, Georgina. —Oliver me sigue hasta el ascensor y se queda fuera cuando entro—. No es lo que piensas.

—No pienso nada. —Porque no tengo derecho a sacar conclusiones, sean cuales sean—. Es que tengo prisa.

Su expresión es la viva imagen de la frustración.

—Por favor —insiste—. Solo…

Abre la boca para decir algo más, pero decide guardar silencio cuando la puerta empieza a cerrarse. Apoyo la espalda contra la pared y me llevo una mano al pecho. Mi corazón todavía está acelerado. Claro que no pienso nada. La relación que tenga con esa mujer tan atractiva no es asunto mío. Además, ¿cómo podría pedirle explicaciones si le he mentido? No tengo derecho a enfadarme ni a estar decepcionada. Pero no puedo evitar preguntarme si esa desconocida es Elena, y lo peor de todo es que me da miedo saber la respuesta.



37

¿Estás celosa?

—¡Vamos, alegra esa cara! —Víctor levanta su copa. Sería un desperdicio que no terminásemos esta botella de vino que no podemos permitirnos, así que brindo con él y le doy un sorbo—. Estamos celebrando que te han contratado, Georgi. ¿Por qué parece que estás deprimida?

—Estoy contenta.

Fuerzo una sonrisa que no es del todo mentira. Siento un gran alivio porque por fin he encontrado un trabajo. La cardióloga de aquella fiesta le habló de mí a su prima y ayer hice una entrevista. Esta mañana me han confirmado que empiezo en un par de días. El sueldo es decente y mi jefa parece simpática. Debería estar dando saltos de alegría, pero sigo dándole vueltas a lo que sucedió en casa de Oliver. Que haya venido a celebrarlo con mi amigo gracias al premio que ganamos por el baile de la cena benéfica tampoco ayuda

a deshacerme de esta sensación tan agria.

—¿Qué te pasa? —intuye. Es la persona que mejor me conoce, puesto que hemos pasado por un montón de cosas juntos: estuvo a mi lado cuando me quedé sola después de la muerte de mi abuela, y yo lo apoyé cuando los imbéciles de sus padres le dieron la espalda al saber que es bisexual. No puedo mentirle—. El otro día Oliver y yo nos besamos.

«Me restregué contra el como una gata en celo y casi tuve un orgasmo».

—¡Sabía que estabas rara desde que fuiste a aquella fiesta llena de pijos! —Pega un golpe en la mesa; algunos clientes nos miran con mala cara—. No contaste nada de cómo lo pasaste, y últimamente has estado muy distraída.

Vomito todo lo ocurrido desde que conozco a Oliver; no me guardo nada para que tenga todos los detalles. Si les he ocultado la verdad a mis amigos era porque no quería que me juzgaran. Con Víctor es más fácil desahogarme ya que no es tan visceral como Dani.

—Vaya, sí que estás hecha un lío.

—¡No me digas algo que ya sé! —Bajo la voz al darme cuenta de que somos el centro de atención. Aquí todo el mundo habla en susurros. Qué lugar tan frío—. No entiendo lo que me pasa.

—Que te pone cachonda.

Le tiro la servilleta de tela a la cara y se ríe. Será mejor que tengamos esta conversación en otro sitio. Aquí podríamos encontrarnos con algún conocido de Elvira u Oliver, y está claro que a ninguno de nosotros se nos da bien hablar en voz baja.

Damos un paseo de regreso a casa.

—No sé qué pensar —admito agobiada—. Al principio no lo tragaba. Solo acepté el trabajo porque estaba desesperada. Creía que

era un cretino, pero no sé en qué momento empecé a verlo de otra forma.

—¿Cuando Marcos estuvo a punto de insultarte y le ordenó que cerrase la boca? ¿O cuando te llamó después para comprobar si estabas bien? Y recuérdame qué fue lo que te dijo…

—Que quería escuchar mi voz —musito con el rostro hirviendo.

—O tal vez te diste cuenta de que no era un idiota cuando te llevó en brazos a su casa después de atropellarte por accidente…

Levanto las manos, derrotada. De acuerdo, lo capto: Oliver nunca ha sido un cretino.

—¡Vale, vale!

—O cuando bailó contigo aunque es evidente que se moría de vergüenza —continúa—. O quizá cuando te llevó a comer una hamburguesa porque sabía que te habías quedado con hambre después de aquella ridícula cena. O cuando se quedó con la perra y te aseguró que no eras ninguna molestia, y luego te dijo que todavía no te habías dado cuenta de que es él quien está a tus pies.

Que mencione todos esos momentos en voz alta me hace sentir la persona más tonta sobre la faz de la tierra. Visto así, parece que Oliver beba los vientos por mí, pero es ridículo. Víctor ni siquiera lo conoce y no sabe que Oliver me da una de cal y otra de arena, ni que cada vez que me mira, me da un vuelco el estómago y siento que soy incapaz de formular una frase coherente.

—Vamos, Georgi. —Me da un empujoncito con el hombro—. A ese hombre le molas. Nadie muestra tanto interés si no quiere echar un polvo. Te lo digo yo, que me gustan las mujeres a pesar de lo complicadas que sois. No digo que seas el amor de su vida, pero es evidente que no quiere ser tu amigo porque lo que de verdad le apetece es…

—Ya lo he entendido. —Pasamos junto a un padre y su hija. Le tapo la boca para que no suelte una barbaridad. No aparto la mano hasta que estamos lo bastante lejos para que no nos oigan—. Llámame idiota, pero sigo sin tenerlo claro. No sabes lo inaccesible que es. Y, para colmo, me siento fatal por haberlo engañado. Ojalá nunca hubiera aceptado el trabajo de Elvira. Se va a cabrear muchísimo cuando sepa la verdad.

—¿Y por qué iba a enterarse? La verdad está sobrevalorada, Georgi. ¿Recuerdas que el último novio que tuve me dejó porque me había puesto los cuernos con su profesor de boxeo? —Cómo olvidarlo. Dani y yo estuvimos una semana animándolo y me apunté a un curso de alfarería porque le hacía ilusión—. Si iba a dejarme, no hacía falta que fuese sincero. Sigo sin entender por qué me lo contó. Me sentí como una mierda. Lo habría superado antes si me hubiese soltado el típico rollo de que no estaba preparado para una relación seria. A veces, la sinceridad está de más. No necesitamos saberlo todo y hay mentiras piadosas que son necesarias para no hacer daño. Definitivamente, algunas personas cuentan la verdad para quitarse un peso de encima porque necesitan sentirse mejor consigo mismas.

En parte tiene razón. Sé que Oliver se enfadará si le confieso por qué me acerqué a él. Le haré daño, y es lo último que quiero. Víctor está en lo cierto: solo pienso en contarle la verdad para sentirme menos culpable.

—Es evidente que no podéis ser amigos y lo bueno es que ya no necesitas el empleo. Habla con Elvira, lo entenderá. Ya tienes vía libre con Oliver. Asunto zanjado. —Me da un tirón de la mano para que no me choque con un chaval que circula en patinete eléctrico por la acera a toda velocidad—. Deja de comerte la cabeza. Te complicas demasiado la vida. Os gustáis, ¿cuál es el problema?

—No me siento cómoda al ocultarle la verdad. Y ni siquiera sé si le gusto realmente aunque me haya dicho que sí. Te juro que es más fácil descifrar un texto en arameo que saber lo que pasa por la cabeza de Oliver. Además… —me muerdo el labio. De perdidos al río. No quiero quedarme con nada dentro—, me vine abajo después de que su amiga nos interrumpiese.

—Un momento. —Víctor frena y entorna los ojos—. ¿Estás celosa?

Aprieto los labios. No puedo evitar poner cara de cachorrito desamparado. Por supuesto que lo estoy; no he dejado de darle vueltas a la cabeza desde que me fui de su casa.

—No tienes derecho a estar celosa, Georgi —dice con tacto—. No tenéis nada serio y es un hombre atractivo. Lo normal es que se acueste con quien le dé la gana. Y, como tío bisexual, te aseguro que Oliver debe triunfar un montón.

—Supongo —admito de mala gana.

Recuerdo lo que me dijo en su ático cuando lo acaricié: «Hace muchísimo tiempo que no dejo que nadie lo haga». Tuve la impresión de que hablaba en serio. No me pareció que fuese un hombre al que le gusta el sexo sin compromiso. Obviamente, no tendría nada de malo si fuera el caso, pero juraría que no es así.

—¿Crees que la mujer que os interrumpió es la tal Elena que tanto te preocupa?

He llegado a la conclusión de que no puede ser la misma. Sé que Elena es importante para Oliver. Sin embargo, estuvo más que dispuesto a librarse de aquella mujer para quedarse conmigo.

—No.

—Deberías haber dejado que se explicase.

—Me fui porque sabía que no podría controlarme si me quedaba —le aclaro. No pienso admitir que su «amiguita» me cortó el rollo—.

No puedo dar un paso más mientras su abuela me paga para que sea su amiga.

—Entonces deberías llamar a Elvira, ¿no crees?



38

Solo somos amigos

Llamo cuatro veces a Elvira hasta que me coge el teléfono. Doy por hecho que me ha estado evitando porque sabe que estoy enfadada. Lo primero que escucho es a alguien jadeando al otro lado.

Pero ¿qué demonios?

—Hola, Elvira.

—¿Quién es? —pregunta una voz masculina que me resulta familiar.

—Soy Georgina —respondo desconcertada—. ¿Javier?

—¡Hola, Georgina! —dice muy alegre, como si fuera lo más normal del mundo que el antiguo archienemigo de Elvira tenga su teléfono —. ¿Qué tal estás? Deberíamos volver a jugar al *Trivial*. Soy muy competitivo y a mi edad no puedes negarme la revancha.

—Eh… vale. —No entiendo nada—. ¿Está Elvira? Me gustaría hablar con ella.

—Se ha dejado el teléfono en el jardín. Ha ido a preparar limonada mientras desatasco la canaleta de la terraza. ¡Estaba llena de hojas! La muy bruja daba por hecho que soy demasiado mayor para subirme a una escalera. ¿Te lo puedes creer? Mi médico dice que estoy en forma para tener ochenta y seis primaveras. —Lo oigo respirar con dificultad y me pregunto si debería llamar a una ambulancia—. Se ha sentido culpable después de comprobar que estoy hecho un roble. Por eso ha ido a hacer limonada. Nunca pensé que probaría la famosa limonada casera de Elvira. Oye, no le digas que la he llamado bruja, ¿vale? No quiero que se enfade.

—Vale. —Me aguanto la risa—. ¿Por qué estás en casa de Elvira? Pensaba que no os llevabais bien.

—Le gusta hacerme sufrir. Sinceramente, después de casi setenta años, creo que es justo que me dé una oportunidad. Sé que la hacía rabiar bastante cuando éramos jovencitos, pero por aquel entonces las cosas eran muy complicadas. O nosotros nos empeñamos en complicarlas —admite en voz baja. Su confesión me produce mucha ternura—. Al cabo del tiempo, me enteré de que se había casado y asumí que jamás tendríamos una oportunidad. Me rompió el corazón. Eso tampoco se lo digas. Luego conocí a mi mujer, que era maravillosa, y fuimos felices durante treinta años. No sé por qué te cuento esto. Creerás que soy un viejo torpe.

—No, no —contesto intrigada—. Es obvio que lo vuestro viene de lejos.

—Llevo persiguiéndola desde que me quedé viudo y ella perdió a su marido. No me importa que se haga la dura. Ya no soy un chaval inseguro y torpe. Lo bueno de ser tan viejo es que no tengo tiempo que desperdiciar. Cuando te haces mayor, aprendes a dejar las inseguridades a un lado y perseguir lo que de verdad te importa —

reflexiona—. ¿Qué tal te va con Oliver? Hacéis una pareja muy bonita. ¿Tú crees que me dará su beneplácito?

—Oliver y yo no estamos juntos, pero es evidente que le caes bien. Seguro que se alegra de que su abuela esté saliendo contigo.

—Vaya, no lo sabía —contesta sorprendido—. Por la forma en que os mirabais, di por hecho que entre vosotros había algo más. Uy, ya viene. Te la paso antes de que se ponga hecha una furia.

Escucho a Elvira discutir con él. Al cabo de unos segundos, ella se pone al teléfono.

—Georgina, querida —me saluda con su efusividad habitual—. ¡Cuánto me alegro de que hayas llamado!

—Muchas gracias por engañarme el otro día.

—¿Sigues enfadada? A estas alturas pensaba que ya se te habría olvidado.

—Da igual, no te he llamado para eso. —No tengo fuerzas ni ganas de ponerme a discutir—. Por cierto, si yo fuera tú, le daría una oportunidad a Javier. Parece un buen hombre.

—Solo somos amigos —contesta avergonzada. De fondo, escucho que Javier exclama: «¡Y una mierda!»—. ¿Para qué me has llamado, querida?

—He encontrado trabajo en una ludoteca.

—¡Es una noticia maravillosa!

—Elvira, lo siento, pero no puedo seguir con lo nuestro. No me siento cómoda al engañar a Oliver. Te prometo que te devolveré el dinero en cuanto cobre.

—No te preocupes por eso, Georgina. De verdad que estoy muy contenta por ti. Aunque me desilusiona que no vayas a ser amiga de mi nieto —admite apesadumbrada—. La noche que os fuisteis juntos de la fiesta pensé que sacabas lo mejor de él. Hacía demasiado

tiempo que no veía a mi nieto sonreír.

—Ya, es que… —Juego con un mechón de mi pelo. Lo mejor será que vaya directa al grano—. No hace falta que me pagues para ser amiga de Oliver. Lo haría encantada. De hecho, me encantaría seguir viéndolo. Pero no creo que podamos ser amigos.

Guarda silencio durante un instante.

—Te has acostado con él.

—¡Elvira! —protesto escandalizada—. No nos hemos acostado.

«Solo estuvimos a punto. Es diferente».

—Sé que te gusta, querida.

—Vale —balbuceo. Es ridículo que siga negándolo—. Sí, a lo mejor me gusta un poco. Por eso quiero ser sincera con él. —Sí, después de pensarlo mejor, y a pesar de lo que le dije a Víctor, siento que debo contarle la verdad.

—Oh, querida. —La angustia que destila su voz resquebraja mi seguridad—. Oliver se va a enfadar.

—No me digas.

—Podrías ahorrarle el hecho de que su abuela sea una vieja metomentodo… Sobre todo si has empezado a verlo con otros ojos. Oliver carga con una mochila emocional muy pesada y sé que le importas. Contigo he visto al nieto que ya creía perdido. Pero, si le cuentas la verdad, estoy segura de que volveré a perderlo.

El alma se me cae a los pies; no lo había visto de esa forma. No quiero que los secretos se interpongan entre nosotros, pero tampoco me apetece ser la culpable de crear una brecha insalvable entre Oliver y su abuela.

—¿Me estás pidiendo que no le cuente la verdad? —pregunto con un hilo de voz.

—Lo que te pido es que no destruyas la frágil confianza que mi

nieto ha recuperado en sí mismo. Me dolería que Oliver se enfadara conmigo, pero lo que no puedo soportar es que sea infeliz por mi culpa —dice devastada—. La decisión es tuya, Georgina. Sea cual sea, sabes que siempre tendrás mi amistad. Eres una joven estupenda.

No siento que lo sea después de colgar el teléfono. Lo que sí sé es que estoy en una encrucijada. Da igual el camino que tome. Tengo la impresión de que esta vez no puedo acertar.



39

No eres tú, soy yo

Algo caliente y húmedo se desliza por mi mejilla. Me despierto sobresaltado porque acabo de tener una pesadilla. Leia me da otro lametazo en la barbilla y se tumba en mi pecho. Mi primer impulso es ordenarle que se baje del sofá, pero sus ojos tristes me detienen. Con un suspiro de resignación, le rasco entre las orejas. Recuerdo con nitidez lo que he soñado, pero ahora estoy más relajado. Acariciar a la perra me hace sentir mejor, aunque me niego a admitirlo en voz alta. Quién lo hubiera imaginado. Hace tres días que convivimos y cada vez que tengo una pesadilla, ella me despierta. La verdad es que me hace compañía y le he enseñado algunos trucos. Es muy lista.

Soy consciente de que le estoy cogiendo cariño, lo cual es ridículo porque no voy a adoptarla. Ni siquiera sé por qué me molesto en pensar eso. Es cierto que la he llevado al veterinario, pero solo porque no quiero que me contagie una enfermedad, no porque me

preocupe su bienestar. Claro que no.

La pongo en el suelo, pese a sus quejas, y señalo sin contemplaciones la cama que le compré.

—A tu sitio —le ordeno con firmeza.

Ella prefiere el sofá. A mí no me importa, pero será mejor que no se acostumbre. Tal vez a su futuro dueño no le guste que se tumbe panza arriba a su lado mientras ve una serie de Netflix. Leia va a hacer pis en el empapador. Aprendió en poco tiempo que no me hace gracia encontrar regalitos por toda la casa.

—Muy bien —la felicito a regañadientes. Quién me ha visto y quién me ve… Voy a la cocina y cojo la bolsa de beicon. La perra se pone a dar saltos de felicidad a mi alrededor—. Siéntate, Leia.

Obedece de inmediato y le doy un trozo de tocino.

—Muy bien, guapa. —Aunque en el fondo me molesta cómo me manipula, cojo otra loncha y muevo el brazo hacia delante para que sepa lo que tiene que hacer—. Túmbate, Leia.

La perra sigue con la mirada el beicon, se relame los bigotes y se tumba al cabo de unos segundos. Estoy más impresionado de lo que me gustaría reconocer. Ayer estuvimos practicando menos de cinco minutos y pensé que tardaría en aprenderlo.

—¡Qué lista eres! —exclamo satisfecho—. La familia que te adopte estará muy contenta contigo.

Leia gruñe, me da la espalda y va a tumbarse en su cama. Juraría que se ha enfadado. Guardo el tocino en la nevera y la miro de reojo.

—Eres una perra muy guapa, buena y lista —le aseguro—. No eres tú, soy yo.

Leia me ladra y yo suelto una risa amarga. Hacía muchos años que no utilizaba esa frase. Menos mal que dejé atrás la fase de ser un picaflor al que le importaban una mierda los sentimientos de las

chicas con las que se acostaba. El caso es que da igual lo mucho que me aleje de todos; tengo la impresión de que los errores que cometí en el pasado siempre terminarán alcanzándome.

Será mejor que ponga un anuncio en Internet para encontrarle un dueño. No puedo permitirme el lujo de encariñarme con ella. De verdad, no sé qué me ha entrado. Primero Georgina, y ahora la perra. Lo mejor que pudo pasar fue que Casandra nos interrumpiese. ¿Qué habría ocurrido si hubiésemos seguido?

Que habría llegado hasta donde ella me hubiera dejado y me habría sentido el tipo más afortunado del mundo.

Debería haberla llamado para explicarle que entre Casandra y yo no hay nada. No es mi culpa que se llevase una impresión equivocada. Pero, maldita sea, no soporto que la única persona que de verdad me interesa y no sabe nada de mi pasado crea que soy un cretino.

Ignoro la punzada de amargura que me atenaza la garganta. ¿Y luego qué? ¿Juego a las casitas con ella? Acabaré haciéndole daño, como a todos. Al igual que a Thiago, Cristina, Gael, Elena… A excepción de mi abuela, que todavía no se ha rendido conmigo, porque es la mujer más tozuda y exasperante del mundo.

Debería colgar un anuncio en Internet para librarme de Leia, o tal vez podría contactar con una protectora. Busco mi móvil por todas partes. Anoche me quedé dormido a las tantas en el sofá después de un intenso día de escritura. Al menos he recuperado la pasión por mi trabajo. Lo encuentro debajo de un cojín justo cuando llaman a la puerta. Espero que no sea el típico comercial que pretende que cambie de compañía telefónica. El otro día le cerré la puerta en las narices a un testigo de Jehová; ojalá mis vecinos recordaran cerrar la puerta de la calle. Abro de golpe para que la persona que hay al otro

lado de la puerta comprenda que no me apetece que me toquen los cojones.

—Georgina —digo sorprendido.

Acaba de retroceder un paso y maldigo para mis adentros. Fuerzo una mueca amable que debe resultar muy falsa, pues parece asustada.

—Te he interrumpido en un mal momento —intuye nerviosa—. Lo siento, eso me pasa por venir sin avisar. Solo quería ver qué tal te va con Leia. Volveré otro día. O mejor te llamaré.

—No. —Me echo a un lado para invitarla a entrar. Ahora que la tengo cerca me pasa lo de siempre: no quiero que se vaya—. Entra, por favor. Seguro que Leia se alegra de verte.

«Casi tanto como yo».

La perra da vueltas a su alrededor, moviendo el rabo. Georgina se agacha para acariciarla y se lleva un lametazo en la mano. Se ríe. Por ridículo que parezca, este día de mierda se vuelve menos gris.

—Hola, pequeña. —Le rasca la barriga, cosa que le encanta—. Yo también te he echado de menos, gordita.

Georgina levanta en brazos a la perra y se pone de pie. No debería malacostumbrarla, pero no soy el más indicado para darle consejos. Leia hace lo que le da la gana desde que llegó.

—Le has comprado una cama. —Señala el colchón con estampado de huesos que hay junto a los comederos.

—Para que no se acostumbre a dormir en el sofá.

Georgina deja a Leia en el suelo, que se sube de un salto al sofá. Me mira con las cejas arqueadas y me encojo de hombros. Sí, es obvio que mi plan ha sido todo un éxito.

—La veterinaria dice que está muy sana. La ha desparasitado y le ha puesto la primera vacuna.

—No sabía que te lo tomarías tan a pecho.

—Mira lo que le he enseñado. —No puedo desperdiciar la oportunidad; estaba deseando mostrárselo a alguien—. Vamos, ven aquí.

La perra obedece y se baja del sofá. Cruzo los dedos para que no me deje en evidencia delante de Georgina. Es la primera vez que pruebo sin beicon, y espero que salga bien.

—Siéntate, Leia. —Ladea la cabeza y me mira con ojos inocentes. Parece confundida hasta que echo la mano hacia atrás, como hago con el tocino. Entonces, comprende lo que le pido y se sienta sobre sus patas traseras—. ¡Eres una campeona!

Georgina aplaude entusiasmada. Es como si me hubiera hecho un cumplido. Me vengo arriba y le ordeno a Leia que se tumbe. La perra obedece, satisfecha de recibir tanta atención.

—¿Has visto que lista es? —digo sin poder ocultar mi orgullo—. Bien hecho, Leia.

Leia ladra entusiasmada, da una vuelta a mi alrededor y corre en dirección al frigorífico. Adivino lo que quiere y se me escapa una sonrisa floja. Georgina me mira intrigada.

—Está reclamando su premio —explico. Voy a la cocina y le doy un trozo de beicon. Leia se marcha corriendo por si fuéramos a quitárselo. Me doy cuenta de que Georgina me mira con una sonrisilla y frunzo el ceño—. ¿Qué pasa?

—Te has encariñado con ella.

—¿Qué? —Doy un respingo, ofendido—. No, de eso nada. Solo le he enseñado un par de trucos para que deslumbre a su futuro dueño. Podrías grabarla y subir el video a Internet. A ver si alguien se encapricha de ella y se la lleva de una vez.

—No hace falta. Ya le he encontrado una familia.

—Ah… —Siento como si me hubieran pegado un puñetazo en el estómago. No lo entiendo; debería estar aliviado de librarme de la perra—. Qué rápido. ¿Quiénes son?

—Unos amigos de Víctor. Se enamoraron de ella al ver la foto. Viven en Cádiz y vienen de visita en un par de semanas como mucho y me han preguntado si puedes cuidar de ella hasta entonces.

—Claro.

—Están esperando su primer hijo. Su perro falleció hace un par de años. Dicen que ya han pasado el duelo y que están preparados para volver a tener una mascota.

—¿Y si se cansan de Leia cuando nazca el bebé? —pregunto con temor. No quiero dársela a cualquiera; jamás podría perdonarme que le sucediera algo malo.

—Eso no va a pasar. Ella es voluntaria en una protectora y su marido es auxiliar veterinario. Les encantan los animales. Precisamente quieren que el bebé se crie con un perro. Son la familia ideal. Estará muy bien atendida —asegura. Estudia mi reacción y esboza una media sonrisa comprensiva—. A no ser que hayas cambiado de opinión y quieras adoptarla.

Leia está mordisqueando el reno de peluche. Viene corriendo hacia mí y lo deja a mis pies. Cojo el reno y lo lanzo lejos para que lo persiga. La perra sale disparada en busca del juguete. Será mejor que le compre una pelota. Tiene muchísima energía.

—No voy a quedármela —contesto con las manos metidas en los bolsillos. Necesito que deje de insistir, así que opto por hacerme el duro—. Menos mal que le has encontrado una familia. No puede quedarse aquí para siempre.

—¿De verdad? —duda, aún esperanzada.

Levanto el pie izquierdo y le enseño la punta mordisqueada de mi

zapatilla.

—Estoy deseando librarme de ella. Ha roto todos mis calcetines y ayer se ensañó con mis zapatillas preferidas. —La verdad es que le hice una foto cuando la descubrí en el acto. Me pareció muy mona—. Tiene que irse.

Georgina levanta los brazos en son de paz.

—Vale, vale. Solo quería dejarlo claro. Esa familia ya se ha hecho ilusiones con ella y no me gustaría decirles que no en el último momento.

—No va a pasar. —«Le irá mejor sin mí. Como a todos».

—Leia parece muy a gusto contigo —murmura pensativa. La perra regresa para que le lance de nuevo el reno. Lo arrojo al otro extremo del pasillo y lo persigue ladrando. Al levantar la cabeza, me doy cuenta de que Georgina está justo a mi lado. Me observa con esos ojazos verdes repletos de motas doradas que me han quitado el sueño en demasiadas ocasiones—. Si te hago una pregunta, ¿serás sincero conmigo?

—Sí —contesto sin pensar, y me arrepiento de inmediato.

—¿Por qué no dejas que nadie se acerque a ti? —pregunta con timidez—. ¿De qué tienes miedo?

—El otro día dejé que te acercases bastante a mí —le recuerdo con aspereza—. Te marchaste antes de descubrir hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

Un intenso rubor se apodera de sus mejillas. Está tan guapa que no puedo resistir el impulso de ponerle un mechón de pelo detrás de la oreja. Le rozo la mejilla y noto cómo se le escapa el aliento. Debería apartar la mano, pero no lo hago. Me encanta tocarla. Pienso en ello constantemente. Cada puto segundo del día.

—¿Me he acercado demasiado, Georgina?

—No —admite con voz ronca.

—Entonces, ¿por qué te fuiste? —Le pongo la otra mano en la mejilla y le miro los labios con una desesperación que ya no me esfuerzo en ocultar. He intentado mantenerme alejado, de verdad que sí. Pero ha sido ella la que ha llamado a mi puerta. Y estoy tan cansado, solo y excitado que no puedo soportar más esta agonía. Le acaricio el pómulo con el pulgar; tiene la piel más suave que he tocado en mi vida. Estoy tan cerca que puedo contar las pecas de su cara y fijarme en el diminuto lunar que tiene en el centro del labio superior—. La mujer que nos interrumpió es mi agente. Se llama Casandra y está felizmente casada. No hay nada romántico entre nosotros, ni nunca lo ha habido. Sabe que odio las visitas, pero eso no le impidió plantarse aquí para comprobar si voy en serio con el manuscrito.

—Vale —dice al cabo de lo que me parece una eternidad. Se lame el labio inferior y siento un ramalazo de deseo en la entrepierna. Esta mujer no sabe que me está matando lentamente—. De acuerdo, odias las visitas. Siento haber venido sin avisar. ¿Quieres que me vaya?

—Mierda, Georgina. —Me paso una mano por la cara y se me escapa una carcajada atónita—. De todo lo que te he contado, ¿has decidido quedarte con eso?

—Es que no tengo derecho a pedirte explicaciones. Da igual lo que haya entre vosotros, no he venido a recriminarte nada.

—No quiero que pienses que hago esto a menudo.

—¿Hacer qué, Oliver?

—Invitar a una chica preciosa a mi casa y pedirle que me acaricie el pelo. —Inspiro hondo y la miro con intensidad—. No bromeaba cuando te dije que hacía mucho tiempo que nadie me… tocaba.

Parece confundida. Sé lo que está pensando: se pregunta a qué me

refiero exactamente. Dejaré que saque sus propias conclusiones.

—¿Y no lo has echado de menos?

—No —contesto con sinceridad—. Hasta que te conocí.

Tiene los ojos muy abiertos. Me muero de ganas por cortar la distancia que nos separa y estampar mi boca contra la suya, pero ya he dado el primer paso. La pelota está en su tejado. Además, prefiero que sea ella la que marque el ritmo; la idea de que vuelva a huir se me antoja insoportable.

—¿Te apetece ver *Star Wars*? —pregunta con timidez. Se viene abajo al ver mi cara de sorpresa—. Vaya, qué tonterías se me ocurren; estás muy liado con el manuscrito, claro. No pasa nada. No quiero distraerte.

—Ojalá todas las distracciones fueran como tú. —Le sostengo la barbilla para que me mire. No sé cómo voy a conseguir que deje de pensar que es una molestia y comprenda que el problema lo tengo yo—. Siempre voy a querer ver *Star Wars* contigo.

Su cara de ilusión hace que estos tres días de mierda hayan merecido la pena. Porque Georgina me da algo que creí que jamás iba a recuperar: la esperanza; las ganas de estar con otra persona, la fe en mí mismo… Y eso, para alguien que vivía refugiado en una soledad enfermiza, es un auténtico regalo caído del cielo.



40

Más que suficiente

El imperio contraataca está a punto de terminar. Después de la primera película, me ha preguntado si tenía hambre y hemos pedido *pizza*. He intentado pagar a medias, pero no me ha dejado. No me avergüenza admitir —entre tú y yo—, que he estado más pendiente de cómo me rozaba sin querer que de las peripecias de Han Solo al mando de el Halcón Milenario. Juro que he intentado mantener la distancia, pero, aunque el sofá no es pequeño, Oliver es más alto y pesado que yo y lo ocupa casi todo, así que al final termino echada encima de él. Ahora mi rodilla descansa encima de su muslo como si fuera lo más normal del mundo.

¿Por qué no nos ahorras el sufrimiento y te lanzas de una vez? Las mujeres también podemos tener la iniciativa.

«Por favor, cállate. Escóndete dentro de ese rincón del cerebro al que no hago ni caso».

—¿Has dicho algo? —Oliver gira la cabeza hacia mí, intrigado. Debería estar prohibido permanecer muy cerca de un hombre tan atractivo. Resisto las ganas de apartarle el pelo negro de la frente; no quiero parecer desesperada, sin importar lo que opine mi subconsciente—. ¿Georgina?

—No.

—Sí que has dicho algo, pero no te he oído bien porque estaba pendiente del final. La escena del abrazo de Leia y Luke siempre me da que pensar. ¿Y si al final no hubieran descubierto que eran hermanos? Quizá Leia no se hubiera quedado con Han Solo.

—¡¿Qué dices?! —exclamo indignada. No voy a permitir que estropee uno de los mejores romances del cine—. No hay duda de que ellos eran *endgame*.

—¿Que eran qué?

Pongo los ojos en blanco. No me extraña que no esté al tanto de la jerga que se utiliza en la novela romántica aunque sea escritor. Seguro que no ha leído un libro de amor en su vida.

—Cuando una pareja es *endgame* significa que terminarán juntos al final del libro o de la película. Ya sabes: Darcy y Elizabeth Bennet, Lily y Marshall de *Cómo conocí a vuestra madre*, Kate y Richard de *Castle*, Chandler y Mónica de *Friends*… son clarísimos ejemplos. No hay otra opción. Siempre estuvieron predestinados.

—Vale, lo entiendo. Pero en el caso de Han y Leia, no lo tengo tan claro. Te recuerdo que Leia besó a Luke. ¿Por qué lo hizo si lo suyo con Han era tan *endgame* como dices?

No entiendo que quiera discutir sobre algo tan obvio; es como si hubiera dicho que la tierra es plana o el sol no sale por el este y se pone por el oeste. Han y Leia son mi Imperio romano. ¿De qué va?

—Lo hizo para darle una lección a Han; fue un beso por despecho.

Puede que Luke sintiera algo por Leia, pero ella solo lo veía como un amigo.

—Si tú lo dices…

—¡Es que tengo razón! —Me entran ganas de zarandearlo. Lo agarro de la sudadera y lo acerco a mí—. Para Leia, siempre fue Han.

Oliver agacha la cabeza para observar mis manos cerradas, me mira a los ojos y esboza una media sonrisa demasiado sexi. Al darme cuenta de lo que acabo de hacer, lo suelto de inmediato. Él me agarra de las muñecas y me acaricia el dorso de las manos con los pulgares.

—No te enfades.

—No me voy a enfadar por algo tan ridículo. —Resoplo para apartarme un mechón de la cara. Hay un brillo pícaro en sus ojos; sabe que me he picado—. Es solo que me fastidia que para ser escritor no tengas ni idea de novela romántica.

—¿Eso crees?

—Dime una novela romántica que hayas leído.

Guarda silencio mientras sigue acariciándome las manos. Se le da genial distraerme. Enarco las cejas a la espera de una respuesta que, por supuesto, nunca llega. Me pongo en pie para romper el contacto y me doy cuenta de que parece frustrado.

—No voy a cabrearme contigo porque admitas que piensas que la novela romántica es un género de segunda.

—No creo eso —me contradice muy tranquilo—. Simplemente no me llama la atención. No me parece realista.

—Claro. —Pongo los ojos en blanco—. Porque la historia de un asesino en serie es más realista que la de dos personas que se enamoran. ¿Quién no se ha tropezado con un psicópata armado con una motosierra alguna vez en la vida?

Mi comentario le saca una sonrisa que le marca el hoyuelo de la

barbilla. No creo que sea consciente de lo atractivo que es. Ojalá sonriese más a menudo.

—Admiro a todos los escritores por igual, independientemente del género que escriban. No creo ser mejor que ellos. De hecho, ni siquiera estoy seguro de ser bueno. Mi éxito se lo debo a mi agente y, en mayor medida, a la suerte.

Me cuesta entender que se vea de esa forma. Yo sí creo que tiene talento. La primera vez que lo vi, di por hecho que solo era un tipo arrogante pagado de sí mismo. Ahora estoy segura de que, detrás de esa fachada, hay un hombre vulnerable y atormentado que no siente ni una pizca de amabilidad por sí mismo.

—A mí ni siquiera me picaba la curiosidad por el *thriller* hasta que leí tu libro. Si te sirve de algo, yo sí creo que se te da muy bien lo que haces.

—¿Te ha gustado? —pregunta intrigado.

—¿Te interesa la opinión de una persona que solo lee novela romántica?

—Me importa muchísimo tu opinión, Georgina.

Un calorcillo reconfortante me sube por las mejillas. Genial, ahora voy a ponerme colorada. Soy muy pálida y va a darse cuenta, así que no me queda más remedio que darle la espalda y cotillear en su librería como quien no quiere la cosa.

—Me ha encantado —digo con sinceridad. Ojeo los libros. Por supuesto, todos son grandes clásicos y novelas negras. Lo que yo decía—. Creo que el final que le diste a la protagonista era el más creíble. Me habría gustado que se librase, pero así es la vida. Las malas personas no siempre reciben su merecido. Ese es el motivo de que me guste tanto la novela romántica.

—¿Por qué? —Me doy cuenta de que lo tengo detrás de mí.

—Porque… —deslizo los dedos por los lomos de los libros. Me sorprende encontrar *Verity* de Colleen Hoover; es una de mis autoras favoritas—. La novela romántica siempre tiene un final feliz. Cuando tengo un mal día y escojo un libro de amor, sé que voy a terminarlo con una sonrisa. Para mí tiene muchísimo mérito que me mantenga enganchada, a pesar de saber lo que va a suceder.

—¿Es indispensable que tenga un final feliz? —Apoya una mano en mi cintura y la deja ahí. Me pregunto si ha sido un gesto espontáneo o se ha dado cuenta de lo que ha hecho.

De repente, el aire se vuelve pesado y asfixiante. No quiero quedar como una tonta, pero tengo que hacer un gran esfuerzo para hilar un pensamiento coherente. Sospecho que me sentiría de maravilla al tener su mano en la zona más necesitada de mi cuerpo, y siento un hormigueo entre los muslos al imaginar lo que sería capaz de hacerme con esos dedos tan largos.

—Lo principal es la relación amorosa entre los protagonistas y… bueno, puede haber subtramas, pero el conflicto tiene que girar en torno a cómo superan los obstáculos para estar juntos —le explico, emocionada porque me encanta hablar de lo que me gusta, a pesar de los nervios que me provoca la caricia que ha iniciado su mano sobre mi costado—. Sé que hay gente que piensa que una novela puede ser romántica incluso si los protagonistas no terminan juntos, pero para mí es fundamental que tenga un final feliz. Me siento un poco engañada cuando no es así, porque me gusta pensar que, para algunos afortunados, los finales felices sí existen.

—¿Crees que tú no eres una de esas personas?

Me da la vuelta con suavidad. Sé que estoy perdida al mirarlo a los ojos. Es como si acabase de correr una maratón y estuviese exhausta, pero me hubiese quedado con ganas de más.

Pienso en todos los tipos con los que he salido. Jamás he sentido que estuviera viviendo mi propia novela romántica ni que fuera «el definitivo», o que alguno de ellos estuviese dispuesto a prenderle fuego al mundo por mí. Quizá no soy realista y las novelas románticas me han convertido en una gran soñadora…

—Nunca he sido la prioridad de otra persona —confieso en voz baja.

—Prométeme una cosa, Georgina. —Levanta el brazo y me acaricia la mejilla con una ternura que me destruye por completo—: Nunca te conformes con menos de lo que mereces.

—¿Y qué es lo que merezco exactamente?

—Todo. —Su mano desciende por mi barbilla y me roza el labio inferior con el pulgar—. Mereces que alguien te elija todos los días y que te diga lo absolutamente increíble que eres hasta que te lo creas.

Pone las manos a cada lado de mi cabeza y quedo encerrada contra la librería. Mi corazón se salta varios latidos. Ahora no tengo ninguna duda de lo que está pensando; el deseo que veo en sus ojos es innegable.

—No he podido dejar de pensar en ti desde la segunda vez que te vi.

—¿La segunda? —replico confundida.

—Sí, en el hospital. Te escuché reír —dice, como si eso significara algo—. ¿Y sabes lo que sentí?

Niego con la cabeza, deseosa de descubrirlo. Oliver apoya su boca contra mi mejilla y me da un beso cálido y largo que me deja sin aliento.

—Que era un idiota por no haberme dado cuenta desde el primer día de que eres la chica más alucinante que he conocido —dice contra mi piel—. Así que, cuando creas que nunca podrás ser la

prioridad de otra persona, recuerda que eres más que suficiente. —Levanta mi barbilla para mirarme a los ojos—. Para mí, eres perfecta.

Lo que acaba de decir me toma tan desprevenida que me quedo con la boca abierta, como si fuera un pez fuera del agua. Tardo unos segundos en asimilar que este hombre guapísimo, capaz de cargarme en brazos y que me llama por teléfono porque quiere oír mi voz, piensa que soy alucinante. Y perfecta.

Sus palabras me erizan la piel, se cuelan entre mis grietas y van directas al centro de mi pecho, donde se esconde esa parte vulnerable y deseosa de afecto que daría lo que fuera por que otra persona la eligiese.

Oliver me pone las manos en las mejillas de nuevo y apoya la frente en la mía. Hasta entonces no me doy cuenta de que está temblando. Sé que debería decir algo, lo que fuera; pero tengo miedo de moverme o de murmurar cualquier tontería que estropee este momento.

—Si te tengo cerca, no puedo pensar en nadie más —me confiesa con voz grave—. Y cuando estás lejos, te echo de menos a todas horas.

Su calor me envuelve hasta erizarme el vello de los brazos. El aire entre nosotros se carga de electricidad y mi corazón palpita dolorosamente contra mis costillas mientras contengo la respiración.

—Pienso en ti constantemente —admite derrotado, como si por fin se hubiera rendido—. No sé qué me has hecho.

Sus palabras me provocan un nudo en el estómago. Me flaquean las rodillas. Si no me besa él, lo haré yo.

—Nada —musito.

Sonríe con vulnerabilidad, casi pegado a mis labios.

—Mentirosa —susurra, sacudiendo la cabeza con resignación—.

Me muero de ganas de volver a besarte —dice, observando mi boca con un profundo anhelo—. Echo de menos tus labios. Me mata no saber qué habría pasado si te hubieras quedado el otro día. Aunque… ¿sabes qué? —Sonríe de medio lado—. Estoy seguro de que me hubiese sentido la hostia de bien.

Su boca roza la mía con timidez, como si creyese que voy a rechazarlo, a salir corriendo o cualquier estupidez que no se me ha pasado por la cabeza. Me acaricia los labios muy despacio. Y es tan dulce, tan cauto, que comprendo que tiene miedo de meter la pata o pasarse de la raya y por eso se está conteniendo. Da por hecho que me largaré como la última vez que nos interrumpieron.

Le echo los brazos al cuello y lo atraigo hacia mí. Le devuelvo el beso con unas ganas que no entiendo por qué lo toman tan desprevenido, pues responde con bastante torpeza. Hay algo muy tierno en el hecho de que tenga miedo de asustarme. Me hace sentir más valiosa y deseada que en toda mi vida. Es una sensación extraordinaria.

Abro la boca y se me escapa un gemido cuando su lengua encuentra la mía. Oliver se aparta con brusquedad y lo miro confundida. Tiene el pelo despeinado por mis dedos, los ojos oscuros y los labios hinchados.

—¿He hecho algo mal?

—Ese ruidito que se te ha escapado…

—¿Prefieres que esté callada? —pregunto contrariada—. Porque no creo que pueda…

Oliver me abraza, entierra la cara en mi pelo y se ríe. Me entran ganas de pegarle, pero se esfuman al sentir su boca en mi cuello, dejando un reguero de besos que intercala con pequeños mordiscos que me aceleran el pulso. Aprieto los labios para contener otro

gemido. Él se aparta un poco para mirarme a los ojos; los suyos están llenos de una emoción salvaje.

—No te contengas. Hay una gran posibilidad de que me corra con los pantalones puestos si vuelvo a escucharte gemir —me confiesa un poco abochornado—. ¿Tienes algún problema con eso?

Debe de estar exagerando, aunque la mera idea de tener tanto poder sobre él es embriagadora.

—No.

—Bien, porque me encanta saber lo mucho que te gusta que te bese. —Me acaricia por encima del jersey y vuelvo a hacer ese «ruidito» que, al parecer, le hace perder la cabeza. Oliver me sube un poco la tela y me da un beso muy cerca del ombligo. Me acaricia la cadera con el dedo índice y juro que no lo hago a propósito cuando se me escapa otro quejido entrecortado—. Empiezo a creer que quieres que me sienta avergonzado del poco control que tengo sobre mí mismo cuando se trata de ti.

¿Sí? ¿No? Ni idea.

No puedo pensar con claridad mientras me lame el abdomen. Tampoco ayuda que vuelva a apoderarse de mi boca, esta vez sin una pizca de cautela. Ahora que sabe que no voy a rechazarlo, me besa como de verdad quería hacerlo hace unos segundos.

Noto su erección presionando contra mi cadera. Me acaricia la garganta con la lengua hasta llegar al lóbulo de mi oreja, y entonces, me susurra al oído:

—Mira cómo me tienes.

Separo las piernas todo lo que me permite la falda que llevo puesta y agradezco en el alma haber hecho esta elección. Ahora soy yo la que no sabe por dónde empezar a tocarlo. Sus manos están en todas partes: en mi cintura, clavadas en mi culo, trepando por mi vientre…

Las mías se atreven a deslizarse con timidez por sus bíceps. Parece demasiado bueno para ser real. Nunca había deseado tanto a alguien. Por la forma en que se estremece cuando lo acaricio, juraría que él siente lo mismo.

—Dime una cosa —murmura mordiéndome el cuello—. ¿Te has puesto esta falda y has venido a mi casa porque querías que te follara?

«Sí».

—Me… niego a responder —balbuceo con el corazón desbocado—. Es una pregunta de… muy mal gusto.

Oliver se ríe porque sabe que no lo digo en serio. Me delata que tiemble de placer cuando mete una mano por debajo de mi falda y me acaricia el interior del muslo.

—¿Ves lo que me haces? —Me agarra del culo para empujarme contra su erección—. Entiende de una vez que no eres una molestia —. Me muerde el lóbulo de la oreja—. Soy yo el que tiene un montón de problemas con los que no quiero cargarte. Tú eres absolutamente perfecta, en serio. —Su boca recorre mi mandíbula—. Estoy perdido. ¿Sabes por qué?

Niego, incapaz de hablar.

—Quiero portarme bien. —Sacude la cabeza con resignación—. Pero has arruinado mi intención de ser un buen tío cuando has llamado a mi puerta hace un rato.

Trago saliva para encontrar mi voz.

—Portarse bien está sobrevalorado —respondo jadeando.

Su boca se estrella contra la mía. Este beso es más crudo y desesperado que los anteriores. Entierra una mano en mi pelo y tira con suavidad. Nuestras lenguas se enredan y me da otro beso, más largo y desenfrenado que los anteriores. Este hombre va a acabar

conmigo y ni siquiera nos hemos desnudado. Apenas lo acaricio por encima de la sudadera, se le escapa un gruñido de satisfacción. Me muerde el labio inferior y luego desliza la lengua justo en la misma zona. La mezcla de rudeza y ternura me vuelve loca. Vuelve a tirar de mi pelo, esta vez con más con fuerza, pero sin hacerme daño, obligándome a echar la cabeza hacia atrás. Y entonces me lame la garganta como un animal hambriento. Me gusta muchísimo el poder que tengo sobre él, y lo bien que se le da saber dónde y cómo tocarme; es como si lo hubiéramos hecho cientos de veces.

—Me muero de ganas de follarte —lo dice como si fuera una advertencia—. Si no me frenas, te voy a arrancar las bragas.

Separo un poco más las piernas para que sepa que no pienso echarme atrás y lo beso con una necesidad que me quema la piel. Lo siento en todas partes. Creo que nunca tendré suficiente.

Se me escapa una protesta cuando se aparta un poco para darme un beso en la barbilla.

—¿Qué prefieres? —pregunta con voz áspera—. ¿Mis dedos? ¿Mi boca?

Soy demasiado codiciosa para responder. Me niego a elegir. Debe leerme la mente, pues ladea una sonrisa satisfecha y vuelve a besarme. Cretino arrogante. Ahora entiendo por qué dijo que no podemos ser amigos, y estoy completamente segura de lo que hago cuando lo agarro de la sudadera y digo:

—Haz lo que quieras conmigo.



41

A ti

«Haz lo que quieras conmigo».

Las palabras resuenan en mi cabeza. Hasta hace poco, pensaba que era imposible que Georgina me dijera algo así, pero aquí estamos y me dan igual las consecuencias. La quiero a ella. La necesito tanto que voy a reventar los pantalones.

Sé que ella merece algo más que un polvo desesperado y rápido contra la librería. Merece que la lleve a mi cama, bese cada centímetro de su piel con veneración y recuerde cada lunar y peca de su maravilloso cuerpo; pero he perdido la poca cordura que me quedaba cuando me ha devuelto el beso. Si esto es todo lo que vamos a tener, lo aceptaré de buen grado, lo atesoraré en mi memoria y me masturbaré pensando en ella durante el resto de mi vida mientras intento olvidarla en vano.

«Solo una vez —me prometo a mí mismo—, puedo acostarme con ella para dejar de pensar a todas horas en cómo sería. Necesito

sacármela de la cabeza».

Georgina me acaricia por encima de la ropa. Maldita sea, es que voy a correrme sin haberme quitado los putos pantalones. Ni que fuera un crío que no sabe lo que hace y esta la primera vez que toco a una mujer… Aunque la verdad es que hace mucho tiempo que no lo hago.

—Bésame —murmura contra mis labios.

Aplasto mi boca contra la suya. Nunca me cansaré de esto; es imposible. Besarla es una droga. Qué idiota soy. ¿Cómo voy a poder olvidar algo que me hace sentir tan bien?

Me aparto un poco para mirarla a la cara, pese a sus protestas. Está despeinada y tiene las mejillas arreboladas. Es una diosa.

—Eres preciosa. —Lo digo porque de verdad lo pienso y también porque me he dado cuenta de que los halagos funcionan con ella. Beso cada centímetro de su cuello y percibo su pulso acelerado contra mis labios—. Qué bien me haces sentir, Dios.

Dudo que sea consciente del poder que tiene sobre mí. Si lo supiera, haría lo que le diera la gana conmigo. Y yo se lo permitiría con mucho gusto.

—¿Sabes cuántas veces he imaginado que te tenía justo así?

Menea la cabeza. Me pongo de rodillas y se apoya en mis hombros. La agarro de las caderas para sostenerla; está temblando.

—Demasiadas —confieso—. En mis fantasías gritabas mi nombre y me suplicabas que no parase.

—No soy de las que suplican —murmura jadeando.

—Ni yo de los que se arrodillan. —Le subo la falda y le doy un beso en el interior del muslo—. No sé si utilizar los dedos o la boca.

Emite otro de esos gemidos que van directos a mi entrepierna y yo echo la cabeza hacia atrás para observarla. Tiene los ojos en blanco y

la boca entreabierta. Que puta maravilla.

Meto la mano por debajo de su falda y la acaricio por encima de las bragas, presionando la palma de la mano contra su pantorrilla. Observo su reacción, fascinado. Ella respira de forma entrecortada y echa la cabeza hacia atrás. Le doy un pequeño mordisco en la ingle y sonrío satisfecho por lo que acabo de descubrir.

—Estás muy mojada.

—¿Te doy instrucciones para que sepas lo que tienes que hacer? —se burla.

Cómo me pone que me plante cara.

Me pongo de pie, sin apartar la mano de sus bragas. La acaricio mientras le doy un beso largo y me bebo sus gemidos. Me está haciendo perder el control. Me encantaría ser paciente y saborearla sin prisa, enterrarme dentro de ella y follarla despacio; pero llego a mi límite cuando me tira del pelo. Empujo mis caderas contra las suyas, le agarro las muñecas por encima de la cabeza y me apodero de sus labios.

—Mis dedos —decido, acariciándole el cuello. Separo los labios y succiono su delicada piel, arrancándole un gemido—, porque quiero verte la cara mientras te corres.

El tono verde de sus ojos se oscurece. Los tiene muy abiertos, como si hasta ahora hubiera creído que iba en broma. O quizá esta parte de mí acaba de tomarla desprevenida. ¿Qué esperaba? Me muero de ganas de hacerle de todo. Que mi libido haya estado desplomada tanto tiempo no significa que no sepa cómo satisfacer a una mujer.

—Separa las piernas —ordeno, rozándole la garganta con los labios. Siento su pulso acelerado contra mi boca y me aparto para verle la cara—. No dejes de mirarme mientras te toco.

—¿Te pone darme órdenes?

—Sí —reconozco—. Haces conmigo lo que te da la gana desde que apareciste en mi vida. No puedo pensar en otra cosa ni en nadie más. Me irrita que vivas en mi cabeza. Es insoportable. Así que, por una vez, quiero sentir que tengo el control.

Noto el efecto que tienen mis palabras en ella, que se queda sin aliento, mirándome sin pestañear. Está tan nerviosa y guapa que me entran ganas de comérmela a besos.

—Y que grites mi nombre cuando te corras en mi mano.

Levanta la barbilla en un gesto desafiante que me pone más duro de lo que ya estoy. Si es un desafío, acepto el reto.

—Si crees que vas a… —Su voz se ahoga cuando la acaricio por encima de las bragas otra vez. Intenta fulminarme con la mirada, pero termina poniendo los ojos en blanco y mordiéndose el labio para ahogar un gemido.

Esbozo una sonrisa de lado.

—¿Decías? —replico satisfecho.

—Todavía no he… gritado tu nombre.

Me gusta que me desafíe, casi tanto como meter la mano por debajo de su ropa interior y escuchar el jadeo que se le escapa cuando la acaricio con dos dedos. La expresión de su cara la traiciona. No le queda más remedio que echar la cabeza hacia atrás y soltar un suspiro entrecortado cuando la penetro con el índice y el corazón, los curvo para encontrar su punto más sensible y presiono el pulgar contra su clítoris.

Le tiemblan las piernas y suelta un gemido entrecortado. Si no pierde el equilibrio es porque la tengo sujeta por las muñecas.

La observo fascinado: el rubor de sus mejillas, los ojos entornados, los labios hinchados por mis besos… Ver cómo intenta enmascarar el placer mientras se va rindiendo poco a poco es mejor que cualquiera

de mis fantasías.

—Ah…, Oliver, voy a…

Estoy tan embobado mirándola que ni siquiera me doy cuenta de que dice mi nombre hasta que lo grita por última vez antes de llegar al orgasmo. Le suelto las muñecas y cae sobre mí, con las manos apoyadas en mis hombros y la cara enterrada en mi pecho. Sigo calmándola con mis dedos hasta que se relaja por completo y sus hombros se sacuden con una risa suave y feliz que significa más para mí de lo que estoy preparado para admitir en este momento.



42

Flotar en una nube

Georgina respira de forma entrecortada; tiene los ojos vidriosos y el rostro arrebolado por el orgasmo. La observo fascinado mientras se recupera. Dios bendito, es preciosa. Dudo que pueda gustarme más que ahora, pero entonces estira el brazo, posa la mano en mi mejilla y le tiembla el pecho al reírse.

Trago saliva, conmocionado.

Quiero satisfacerla y verla sonrojada y feliz todos los días de mi vida. Qué idiota he sido al pensar que una sola vez sería suficiente. Niego con la cabeza, sonriendo. Ella me mira confundida unos segundos antes de que tome su rostro y presione mis labios contra los suyos. Estoy completamente loco por esta mujer.

Agarro su mano y la llevo hasta mi necesitada entrepierna. Me acaricia por encima del pantalón, lo que es más que suficiente para que me fallen las piernas y tenga que agarrarme a una de las baldas. La librería se tambalea un poco y algunos libros caen al suelo; soy

rápido y levanto el brazo para impedir que uno le golpee la cabeza. El volumen acaba en el suelo, abierto por la primera página, en la que hay unas líneas escritas con una caligrafía de trazos firmes: «¿Te parece un poco cursi que tu mejor amigo te haya regalado un libro por tu cumpleaños? No se lo digas a Cristina; nos tomaría el pelo. Te quiero, tío. Thiago». Me quedo paralizado, con la vista clavada en la dedicatoria de *Grandes esperanzas*, el libro que me regaló mi amigo por mi decimoctavo cumpleaños. En la última página hay una foto guardada en la que aparecemos jugando en la playa; tendríamos siete u ocho años.

—Oliver —susurra Georgina.

Me sobresalto y le suelto las muñecas. Ella me observa con cautela y luego desvía la mirada hacia el libro que hay en el suelo; me agacho para recogerlo y lo devuelvo a su sitio con rapidez, como si me hubiese quemado al tocarlo. El suelo está repleto de libros. Me paso una mano por el pelo, conmocionado por lo que acabo de hacer. Ni siquiera tengo condones. No sé en qué demonios estaba pensando. He perdido por completo el control.

—¿Estás bien? —Me toca el hombro.

Me paso una mano por la barbilla. No puedo seguir con esto; no quiero que vuelva a aparecer el imbécil impulsivo que llevo siete años manteniendo a raya.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta indecisa.

Estoy a punto de decirle que sería lo mejor, pero la miro a los ojos y me doy cuenta de que sigue sonrojada y con la boca hinchada por mis besos. Al percibir su fragilidad, soy consciente de que jamás me lo perdonaré si la dejo marchar. No puedo herir sus sentimientos porque me importan más que los míos. Da igual que esté confuso y aterrado. Si dejo que se vaya, jamás volveré a verla, y esa posibilidad

me da más miedo que lo que ha estado a punto de pasar entre nosotros.

—No. —Le bajo la falda con delicadeza. No quiero que crea que la estoy rechazando—. Quédate, por favor.

La rodeo con mis brazos en un intento por calmarme y buscar refugio. Al principio permanece inmóvil, y creo que me devuelve el abrazo porque nota que estoy a un paso de desmoronarme. Me dan igual sus razones; solo me importa el inesperado consuelo que siento al apoyar la barbilla en su cabeza mientras me aprieta con fuerza.

—No pienses, ni por un segundo, que me arrepiento de haberte besado.

Cierro los ojos cuando sus dedos me acarician el pelo.

—Estoy segura de que te ha gustado tanto como a mí, pero eso no significa que no pueda comprender que necesitas tu espacio.

—Lo que necesito es que sigas abrazándome.

Georgina no me suelta. Dudo que merezca tanta atención después de haber reaccionado de una forma tan brusca, pero me aferro a ella de todos modos. No sé cuánto tiempo permanecemos así. Después de que consiga tranquilizarme, me aparto unos centímetros y le pongo un mechón detrás de la oreja.

Hay muchas cosas que quiero decirle: «Estoy hecho una mierda», «Me gustas de verdad», «No quiero complicarte la vida», «No te haré ningún bien», «Quédate a mi lado aunque sea difícil»…

Le acaricio la mejilla y digo con voz queda:

—No sé si puedo darte lo que buscas.

Georgina toma mi mano para impedir que siga tocándola. Su rechazo me parte el corazón.

—Ni siquiera sé lo que quiero —contesta con sinceridad—. ¿Qué quieres tú?

—A ti.

La he tomado tan desprevenida como a mí, lo que no quita que sea verdad. La quiero a ella, desde la segunda vez que la vi. Quiero sus sonrisas, sus besos, su compañía. Quiero sentir que no voy a arruinarlo todo. Quiero hacerla reír. Quiero ser capaz de hacerla feliz.

Pero no tengo ni idea de cómo dejarla entrar, porque estoy seguro de que saldrá corriendo en cuanto descubra la clase de persona que soy.

—¿Quieres que me quede? —Su voz está teñida de dudas.

—Por supuesto que sí. —No puedo culparla por dudar de mí. Primero la empotro contra la librería y luego me arrepiento. Debe de estar confundida. Entrelazo nuestras manos y pongo la otra en su mejilla. Me maravilla su reacción. Cómo entreabre los labios y se pega de forma inconsciente a mi cuerpo—. Sigo pensando que este lugar es más bonito cuando estás tú. Simplemente es…

—¿… complicado? —termina mi frase cuando guardo silencio.

—No quiero darte la impresión de que estoy jugando contigo. Después de que Casandra nos interrumpiese pensé que no volveríamos a vernos. En parte estaba aliviado de que ese malentendido nos hubiese separado, pero al mismo tiempo me daba rabia que la única mujer que me interesa creyera que soy un imbécil. —Sus ojos se abren por la sorpresa. No tengo inconveniente en ser sincero, hasta cierto punto. Es mejor poner las cartas sobre la mesa—. No te llamé porque me parecía injusto cargarte con mis problemas. Pero da igual lo mucho que intente guardar la distancia contigo, porque, si tú también estás interesada, entonces estoy perdido.

Me regala una sonrisa tímida y preciosa.

—Es obvio que estoy interesada —admite sin dejar de sonreír—.

No tienes que contármelo todo hoy, ni mañana, ni dentro de un mes. Podemos ir despacio mientras descubrimos a dónde nos lleva esta atracción. No voy a enfadarme porque tengas tus límites y cambies de opinión en el último momento. ¿Acaso te habrías cabreado conmigo si te hubiese pedido que parases?

—No —contesto sin pensar. Solo le habría preguntado si había hecho algo que la hubiese incomodado.

—Lo único que te pido es que hables conmigo, Oliver. Justo como estamos haciendo ahora.

Asiento algo más tranquilo. No me exige nada del otro mundo, así que creo que puedo hacerlo. Hasta hace poco, la idea de acercarme a otra persona me resultaba aterradora. Sin embargo, la alternativa de renunciar a ella es tan dolorosa que estoy dispuesto a romper mis propias reglas.

La beso como debería haber hecho antes; sin prisas y con el afecto que solo me nace brindarle a ella. Quiero decirle que me encanta el sabor de sus labios, que nada me hace sentir tan bien como esto… Se me da fatal expresar mis sentimientos y espero que al menos comprenda que no tengo ni idea de lo que siento, pero que mi corazón jamás había latido tan rápido a causa de otra persona.

Me encanta que sea tan menuda; nunca me habían gustado las mujeres bajitas porque daba por hecho que sería muy incómodo agacharse para un beso, pero ahora me pondría de rodillas si fuera necesario. La agarro de las caderas para levantarla del suelo y se le escapa una risita nerviosa. Me rodea la cintura con las piernas y la llevo hasta el sofá. Tengo la cara y los hombros cubiertos por su pelo. Le doy un beso en la punta de la nariz y en cada mejilla. Le aparto ese mechón rebelde de la frente, y ella me sonríe de una forma que hace que el corazón no me quepa dentro del pecho.

—Me gustan tus pecas. —Ahora que sé lo importante que son para ella los halagos, nunca dejaré de piropearla—. Y tu boca. Y tus ojos.

Ya se está sonrojando.

—Nunca me había sentido así.

—¿Cómo?

—Como si flotase en una nube —musita—. Como si fuese especial.

Puedo decirle cien razones por las que me parece la chica más especial que he conocido, pero Leia se despierta de la siesta y salta encima de mi pecho para interponerse entre nosotros. Me da un lametazo en la boca y arrugo la nariz.

—Uy, alguien está celosa —bromea Georgina.

—Leia, vete a tu sitio.

La perra le gruñe a Georgina, que enarca las cejas.

—Parece que ya ha decidido cuál es su sitio y no le gusta tener competencia.

Georgina se quita de encima y se sienta a mi lado. Leia se hace una bolita en mis piernas; incluso suspira satisfecha antes de quedarse dormida de nuevo. Esto es el colmo. Sin embargo, no la llevo a su cama; el sofá es lo bastante amplio para los tres. Me tumbo con cuidado de no despertar a la perra y le hago un hueco a mi lado a Georgina, que utiliza mi brazo izquierdo como almohada.

Nos miramos y siento que las cosas empiezan a tener sentido después de tanto tiempo. La vida me ha dado una tregua. O lo que sea; me da igual. El caso es que pienso aprovecharla.

—Lo que ha pasado hace un momento entre nosotros… —No sé cómo verbalizarlo sin meter la pata. Georgina espera un tiempo prudencial antes de mirarme intrigada.

—¿Sí, Gruñón? —me anima a continuar.

Pongo mala cara.

—Sabes que no me gusta que me llames así.

—Creo que solo finges que te molesta; en el fondo eres un cachito de pan. —Para reafirmar su teoría, señala a la perra con la cabeza, que está roncando en mi regazo.

No lo soy. Puede preguntarle a Cristina o a cualquiera de los que tuvieron la mala suerte de cruzarse conmigo hace unos años; seguro que la espantan como intentó hacer Jorge. Esa certeza saca mi lado más posesivo y egoísta. Flexiono el brazo para acercarla más a mí.

—¿Qué ibas a decir? —insiste.

Hay un montón de cosas que quiero explicarle, para las que cabe la posibilidad de que nunca esté preparado.

—No quería ir tan deprisa —me disculpo avergonzado—. Es que me gustas mucho.

Me acaricia la base del cuello con el dedo índice. No es normal que me guste tanto que me toque. Quizá se deba a que hacía demasiado tiempo que no llegaba tan lejos con una mujer. Eso tendría bastante sentido.

—No has hecho nada que yo no quisiera.

Mi polla salta de alegría dentro de los calzoncillos. Una simple frase le ha bastado para volver a ponerme cachondo.

«No echaba de menos el sexo —reflexiono—. Es por ella. Ella me hace sentir así».

—Vale, sí que quería ir deprisa. —Escondo la cara en su pecho y ella tiembla de risa—. No sé lo que estoy haciendo, Georgina.

Al menos me quito una carga al reconocerlo en voz alta. Ella hunde los dedos en mi pelo y me acaricia el cuero cabelludo, lo que me provoca un murmullo de satisfacción. No sabía la falta que me hacía el contacto físico hasta que me acarició por primera vez. Es curioso cómo te acostumbras a la soledad, hasta que aparece una

persona que te recuerda lo bien que te sientes al recibir un poco de cariño.

Me entran ganas de protestar cuando deja de peinarme con los dedos al cabo de un rato que me ha parecido muy corto. Le doy un beso en la garganta y me aparto de mala gana. Su sonrisa de suficiencia es más que merecida.

—Pensaba que si nos acostábamos me lo quitaría de encima y así dejaría de fantasear contigo a todas horas. Luego tenía planeado no llamarte y olvidarme de ti. Esa es la clase de persona que soy —admito sin tapujos. Quiero que sepa a qué atenerse. Tiene derecho a tomar una decisión sabiendo toda la verdad. O, al menos, la que le incumbe.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—En cuanto me has pedido que te besara, he sabido que no iba a ser suficiente. Además, no quiero ser el mismo cretino de antes, al que le encantaba el sexo sin compromiso y le importaban una mierda los sentimientos de las chicas con las que se acostaba. Hubo una época en la que… era alguien que no me enorgullece recordar —continúo avergonzado, sintiendo el peso de los recuerdos—. Utilizaba a las personas, especialmente a las mujeres, como un medio para escapar de mis propios problemas. Solo pensaba en mí mismo. —Respiro hondo, recordando esos días tan oscuros—. Me enredé en un montón de líos y cometí tantos errores que al final perdí casi todo lo que tenía, incluido el respeto por mí mismo. Entonces pensé que podía llenar aquel vacío con el dinero y las fiestas, hasta que… —Hago una pausa, incapaz de ser del todo sincero por temor a su reacción—. Perdí a mis verdaderos amigos y alejé a todos aquellos que alguna vez se preocuparon por mí. Por mi culpa, alguien muy querido…

Las palabras se atascan en mi garganta y siento que me falta el aire. No puedo. Nunca hablo del tema con nadie. ¿Cómo no va a juzgarme si soy incapaz de perdonarme a mí mismo?

—Todos cometemos errores. —Entrelaza nuestros dedos y pasa el pulgar por el dorso de mi mano; es un gesto cargado de ternura que me reconforta más de lo que merezco—. Yo tampoco soy perfecta.

—No es lo mismo. No tienes ni idea. Yo no… —Quiero soltarle la mano, pero me lo impide—. No soy bueno para ti. Me he acostumbrado a estar solo y sé que hay un montón de gente que me odia y me guarda rencor. Me lo merezco y lo tengo más que asumido, pero no soportaría hacerte daño y que tú fueras una de esas personas, Georgina.

Me mira con los ojos entornados y permanece pensativa durante unos segundos antes de inclinarse para darme un beso suave en los labios que me deja con ganas de más.

—Por eso me alejabas cada vez que intentaba acercarme —comprende al fin.

—Te alejaba porque sigo creyendo que eres demasiado buena para mí. Sin embargo, para sorpresa de nadie, resulta que soy más egoísta de lo que pensaba y no pienso renunciar a ti a menos que tú me lo pidas.

Georgina parece horrorizada.

—No creo que seas egoísta. Y de ningún modo estoy de acuerdo con esa chorrada que has dicho sobre mí.

—Algún día espero que te mires al espejo y comprendas lo mucho que vales. —Le acaricio la mejilla con ternura—. Si te vieras como lo hago yo, te juro que tendrías la autoestima por las nubes.

—No eres un mal hombre, ni mereces quedarte solo. —Sabe que es una tontería discutir. Se le escapa un bostezo y se acurruca conmigo

—. Voy a cerrar los ojos un momentito, no me dormiré.

No ha pasado ni medio minuto antes de que su respiración se relaje. La aprieto contra mi pecho y le doy un beso en la frente. Murmura algo en sueños que no logro entender. Leia sigue acurrucada en mi regazo. No puedo moverme o las despertaré. Aunque la verdad es que tampoco me apetece levantarme. Por primera vez, siento que estoy justo donde debo y quiero estar.



43

Quiero volver a verte

Me he despertado una hora después al lado de Oliver, que se ha hecho el dormido para fingir que no ha estado todo ese tiempo mirándome. Todavía me resulta complicado asimilar que me encuentra tan interesante que se queda embobado observándome mientras me echo una siesta utilizando su brazo como almohada.

Ningún hombre me había hecho sentir tan valiosa. Es una sensación tan agradable que me gustaría embotellarla y guardarla en un lugar seguro.

Hemos estado bastante tiempo dándonos el lote en el sofá, pese a las protestas de Leia, que intentaba meterse en medio para reclamar la atención de Oliver. Y luego me ha preguntado si me apetecía ver *El retorno del jedi*, un plan al que no he podido resistirme, por mucho que me gusten sus besos. Cuando le he preguntado si tenía palomitas, ha puesto cara de circunstancias y todavía no había

terminado de decirle que no hacía falta que bajase al súper, cuando ya se había puesto las zapatillas para salir a comprar.

Después de la película, me ha acompañado a casa; le he dicho que podía coger un Uber, pero se ha negado. Hemos hecho el viaje con Leia sentada en el asiento trasero, que incluso tiene su propio cinturón de seguridad. Está clarísimo que se ha encariñado con ella. Él dice que solo la ha subido un par de veces al coche para que se acostumbre a viajar y yo no quiero llevarle la contraria, pero sé que se arrepentirá de darla en adopción. Lo que pasa es que he comprendido que Oliver es una persona que necesita tiempo y espacio, así que prefiero no agobiarlo.

—Gracias por traerme —le digo cuando llegamos frente a mi portal. Me desabrocho el cinturón y me inclino entre el hueco de los asientos delanteros para despedirme de Leia, que mueve el rabo y me da un lametón en la mano—. Adiós, gordi. Pórtate bien y no te comas más zapatillas.

Oliver me toma de la mano en cuanto vuelvo a sentarme.

—Yo también quiero un beso.

—¿No has tenido suficiente con todos los que te he dado hoy? —bromeo juguetona.

—Nunca. —Se quita el cinturón y se inclina hacia mí. Mi corazón se acelera cuando ahueca la mano sobre mi mejilla y acerca su boca a la mía—. Bésame otra vez para que recuerde lo bien que me haces sentir.

No tiene que pedírmelo dos veces.

Deslizo mis labios sobre los suyos y la sensación que se apodera de mi vientre es como caer a toda velocidad en una montaña rusa. Es un beso lento y dulce que poco a poco se va convirtiendo en algo más urgente y desesperado. Me encanta que entierre una mano en mi

pelo y apoye la otra en la parte baja de mi espalda para pegarme más a él, como si no tuviera suficiente de mí. Cuando me acaricia la cintura por encima del jersey, pienso que no es lógico que una simple caricia me excite tanto. Se me escapa un gemido y murmura mi nombre con voz grave, sin despegar la boca de la mía. Sonrío sin poder evitarlo, pues ahora sé cuánto le afecta. Lo agarro de la sudadera cuando me da un pequeño mordisco y luego pasa la lengua por la zona exacta en la que me ha mordido. Un latigazo de deseo me golpea el interior de los muslos. Si no paramos, voy a subirme a horcajadas encima de él y le voy a suplicar que me folle.

Me aparto sofocada y apoyo la frente contra la suya. De fondo escucho a Leia ladrar, claramente disgustada. Me ha salido una rival.

—Todavía no te has ido y ya te echo de menos —dice contrariado —. ¿Es normal?

Me entra la risa floja. Si sigue besándome de esa manera y diciendo ese tipo de cosas, voy a perder la cabeza por él.

—Ni idea.

—Me lo temía. —Me retiene unos segundos antes de soltarme y darme un pico—. Quiero volver a verte.

—¿Cuándo…?

—Mañana.

Me dan ganas de dar saltitos de emoción porque no ha dudado ni un segundo.

—¿Me estás pidiendo una cita? —Quiero tener las cosas claras.

—Sí.

—Recógeme a las nueve. —Le nacen algunas arrugas alrededor de los ojos cuando esboza una sonrisa—. Deberías sonreír más. Estás muy guapo y no pareces tan temible, Gruñón.

—No me ha quedado claro si era un cumplido.

No pienso volver a repetirlo. Estoy segura de que recibe un montón de halagos.

—¿Crees que deberíamos decírselo a tu abuela?

—Si queremos que nos presione y se inmiscuya en nuestras vidas, entonces sí. —Siento una punzada de culpabilidad en el centro del estómago. Oliver malinterpreta mi reacción y me acaricia el dorso de la mano—. Hay muchas cosas de las que me avergüenzo, pero tú nunca serás una de ellas. Jamás escondería lo que hay entre nosotros, te lo prometo. Pero conozco a mi abuela y sé lo invasiva que puede ser cuando se ilusiona con alguien. No quiero que te sientas presionada si decides que no quieres que sigamos viéndonos.

No tiene ni idea de lo invasiva que es en realidad.

«Cállate, por favor».

—Me parece bien. —Hago un gran esfuerzo para que mi expresión no trasluzca mis emociones—. Aunque a lo mejor sospecha algo. Ya sabe que me gustas.

—¿Lo sabe? —Me mira intrigado.

Abro la puerta y salgo del coche.

—Se lo dije. —Pasa de la perplejidad al regocijo en cuestión de un segundo. Esboza una sonrisa engreída—. Oh, cállate.

Cierro la puerta y camino a toda prisa hacia el portal. Antes de entrar me vuelvo para mirarlo, a sabiendas de que voy a ver de nuevo esa expresión tan chulesca. Sin embargo, me encuentro con algo completamente diferente. Sus labios, antes curvados con seguridad, están relajados, sin rastro de esa sonrisa confiada. Sus cejas están ligeramente fruncidas. Sus ojos, que brillaban con cierta arrogancia, ahora revelan una mezcla de duda y timidez, casi como si mi comentario lo hubiera desarmado. Me quedo congelada ante esa fragilidad inesperada, porque este es el verdadero Oliver: el

hombre solitario pero necesitado de afecto que admite que no sabe lo que está haciendo, porque debajo de esa fachada inaccesible hay una persona tremendamente vulnerable que carga con una mochila muy pesada que no se atreve a compartir con nadie.

Elvira me advirtió que destruiría la frágil confianza que ha recuperado en sí mismo si le cuento la verdad. Se le iluminan los ojos cuando levanto la mano para despedirme, y entonces comprendo que su abuela tenía razón.

No quiero ser la culpable de que Oliver se aleje de todo el mundo y vuelva a encerrarse en su caparazón. No sé en qué me convierte eso; solo estoy segura de que no quiero hacerle daño, aunque tenga que ocultarle la verdad para evitarlo.



44

Viejas heridas

Escribo cuatro mil quinientas palabras sin hacer una pausa. Mi meta diaria está en dos mil, así que la mañana ha sido muy productiva. Nunca, ni siquiera durante el proceso de escritura de mi primer libro, había ido tan deprisa. Por aquella época acababa de abandonar la universidad y estaba empeñado en darle un giro radical a mi vida. Dejé el alcohol, fui a terapia, me suscribí a varios pódcasts de meditación y empecé a tomar antidepresivos. Luego conocí a Casandra y, durante un breve lapso, tuve la esperanza de que todo fuera a mejor. Prefiero no recordar el momento en el que las cosas volvieron a torcerse.

Estoy tan motivado que incluso limpio el ático a fondo, compro algunas plantas y luego hago la compra. Ahora tengo el frigorífico lleno, lo que supone un gran hito en mi alimentación cimentada en bebidas energéticas y comida para llevar. Si Georgina me hace otra visita, quiero que se sienta cómoda. También he comprado lo que ya

sé que le gusta: palomitas, galletas, chocolate… Además de verduras y alimentos básicos con la idea de aprender algunas recetas con las que impresionarla.

Me froto la cara y suelto una carcajada. Madre mía, sí que me ha dado fuerte.

Supongo que a esto se refiere la gente con lo de ilusionarse con otra persona: la necesidad de mostrarle tu mejor versión; las ganas de verla a todas horas y de llamarla o enviarle mensajes para que sepa que estás pensando en ella; la sensación de sentirte invencible.

Sí, así es justo como me siento: invencible. Quiero aferrarme a esa emoción; o más bien lo necesito. Ni siquiera sabía que estaba tan cansado de estar solo hasta que la conocí. Es como si Georgina se hubiera colado en una parte de mí que era inaccesible para los demás e hiciera aflorar un lado dulce y protector que no sabía que tenía. Estoy seguro de que solo soy así con ella porque, sin pretenderlo, consigue sacar lo mejor de mí.

Georgina desprende una energía positiva y contagiosa. Su presencia es capaz de iluminar la estancia más oscura; como sucedió en aquella fiesta que dejó de parecerme horrible nada más verla. Es tan alegre que me contagia sin querer su optimismo. Ni siquiera me juzgó cuando intuyó que tengo un problema con la bebida; se limitó a echarme un cable sin esperar nada a cambio porque es generosa y muy empática.

No la merezco, pero eso no significa que no vaya a hacer todo lo posible para que decida quedarse a mi lado. Para mí no es mi primera opción, sino la única.

—¿Adónde la llevo? —le pregunto a Leia.

La perra ladea la cabeza y me mira sin entender. Luego se marcha a hacer pis en el empapador, rasca la superficie con las patas traseras

para marcar territorio (lo he buscado en Google), y me trae la pelota para que juegue con ella.

—Gracias por tu ayuda. —Sale disparada cuando le lanzo la pelota —. ¿A un italiano?

Leia regresa moviendo la cola y deja la pelota a mis pies. Si tuviese algún amigo, podría pedirle consejo. Pienso en Gael y Cristina, y una sensación agria me sube por la garganta. No, ni de broma. Fui un mierdas con ellos. Podría llamar a Casandra, pero no me apetece contestar un interrogatorio.

Leia me ladra para llamar mi atención; quiere que siga con el juego.

—Eres una princesita exigente. —La acaricio justo detrás de las orejas y arrugo el ceño al darme cuenta de que acabo de poner voz infantil. Es verdad que me estoy encariñando con la perra. Suelto la pelota, me pongo de pie e ignoro sus lloriqueos—. A tu sitio.

Leia me persigue hasta que me encierro en el baño. Intento no sentirme culpable al escuchar sus ladridos desesperados al otro lado de la puerta; resisto a duras penas el impulso de abrir y tirarme al suelo para seguir jugando con ella. Me quito la ropa, entro en la ducha y pienso en dónde llevar a Georgina. Ojalá supiera cuál es su comida favorita. En realidad, sé tan pocas cosas de ella que me agobia la posibilidad de meter la pata.

Para eso son las citas, ¿no? Sirven para conocer a la persona que te gusta.

Leia se ha cansado de llorar. Al salir del baño, la encuentro tumbada delante de la puerta con las orejas gachas y me lanza una mirada suplicante mientras mueve la cola. Tardo tres segundos en ablandarme y volver a tirarle la pelota. En fin, soy un caso perdido. Seguro que consigue acostumbrarse a su nueva familia. Lo que no

tengo del todo claro es que yo no vaya a echarla de menos. Mientras hago varias reservas, me tiro al suelo para jugar con ella. Se rinde al cansancio al cabo de veinte minutos y termina dormida en mi regazo. La estoy acariciando distraído en el momento que me suena el móvil. Me pongo tenso al leer el nombre que aparece en la pantalla. No recuerdo exactamente cuándo fue la última vez que mi madre me llamó, pero creo que ha pasado algo más de un año. Estaba convencido de que ya se había hecho a la idea de que no quiero saber nada de ellos.

Cuelgo sin pensar; ha sido una reacción automática. Hace tanto tiempo que no hablo con ella que apenas recuerdo el sonido de su voz. Soy incapaz de hacer frente a la mezcla de emociones complejas que me invade. Permanezco sentado en el suelo, acariciando a Leia en un intento por mantener la calma. Un vacío frío se apodera de mi pecho. Respiro hondo y cierro los ojos con fuerza.

No los echo de menos, no es eso. O al menos, no es tan simple. Sí que anhelo la conexión que tenía con ellos cuando era un crío mimado, antes de que nuestra relación se torciera debido a sus exigencias y mi incapacidad de estar a la altura. No me engaño; sé que soy el único culpable de mis errores y a veces hasta he pensado en tender un puente, pero sospecho lo que pasaría y en el fondo no estoy preparado. Tengo demasiada rabia acumulada. La realidad de haber sido una constante fuente de decepciones para ellos —principalmente para mi padre— acrecienta el miedo a reabrir viejas heridas.

De hecho, justo cuando creía que esa cicatriz invisible y profunda estaba sanando, una simple llamada de teléfono me recuerda que el pasado vuelve cuando menos te lo esperas para darte donde más duele. Y, de repente, no tengo ganas de nada.



45

¿Te he asustado?

Sé que algo va mal nada más ver a Oliver. Lo noto en la tensión de su rostro y en la sombra que se esconde tras sus ojos azules, que me miran con más intensidad de la habitual. No es la persona más abierta del mundo, pero con el paso de los días he aprendido a leer sus emociones. Por eso no consigue engañarme al estrecharme por la cintura y acariciar mi boca con la suya.

—No sabes cuánto me alegro de verte —dice.

Sus labios presionan los míos con una fuerza extraña y percibo su desesperación al estrecharme entre sus brazos. A pesar de que le devuelvo el beso con verdaderas ganas para que encuentre el alivio que necesita, su alma sigue escondida detrás de un muro que no consigo derribar. Respira de forma entrecortada cuando nos separamos.

—¿Va todo bien? —pregunto con tacto. No quiero presionarlo, solo

necesito que entienda que puede confiar en mí.

Oliver no responde. Se limita a permanecer abrazado a mí, con una mano en el centro de mi espalda y la otra enterrada en mi pelo. Echo la cabeza hacia atrás y le doy un beso en la barbilla que consigue hacerlo reaccionar.

—¿Cuál es tu comida favorita?

Genial. Acaba de responder a mi pregunta con otra que no tiene nada que ver.

—Me encantan los tacos.

—Menos mal que he reservado en un mexicano. —La mano que hay en mi espalda asciende por mi costado y me estremezco de placer, aunque no es el momento ni el lugar—. ¿Quieres dar un paseo? El restaurante está en la Alameda.

Hay una media hora caminando, pero no tengo ningún problema porque me encanta andar. Lo bueno de no tener carnet de conducir es que te acostumbras a ir a todos sitios a pie o en transporte público.

—Claro.

Me pongo de puntillas para darle otro pico que se convierte en un beso largo y cálido en cuanto nuestros labios se rozan. Pone la mano justo unos centímetros por encima de mi culo y me acerca más a él. Su forma de tocarme me enloquece, como si no tuviera suficiente de mí. Se las apaña para ser rudo y tierno; posesivo y a la vez respetuoso. Me da justo lo que quiero y necesito.

El beso pronto se nos va de las manos y a los dos se nos olvida que estamos en mitad de la calle. Cuando lo agarro del jersey para que no se atreva a soltarme, él me acaricia las muñecas mientras prolonga el beso unos segundos más antes de apartarse. Se me escapa un murmullo de protesta y Oliver esboza una de esas sonrisas arrogantes que me producen una mezcla intensa de

emociones. Entonces me da un beso en el lóbulo de la oreja que consigue aplacarme antes de apartarme el pelo de la cara con una ternura que me toma desprevenida, teniendo en cuenta que hace un segundo me estaba besando como si quisiera arrancarme la ropa.

—Parece que tú también te alegras de verme —me susurra satisfecho al oído.

—Prefiero que me beses a que digas obviedades.

Sacude la cabeza, se ríe y vuelve a besarme. Alguien carraspea detrás de nosotros y nos apartamos sobresaltados; es una de mis vecinas, que tiene más de ochenta años. En ese momento me doy cuenta de que estamos bloqueando la entrada del portal, así que nos apartamos, Oliver saluda a la señora con un gesto de cabeza, me da la mano y echamos a andar. No hemos recorrido más de diez metros cuando tira de mí y vuelve a besarme.

—Oliver —protesto riendo. Me derrito ante el roce de sus dedos en mi cuello. Le pego sin fuerza en el pecho y se aparta de mala gana, no sin antes darme un beso en la sien—. No sabía que fueras tan cariñoso.

—Ni yo. —Entrelaza nuestras manos mientras me mira de una forma que me llega muy dentro—. ¿Te molesta?

—Pues claro que no —contesto en voz baja. El corazón se me va a salir del pecho y mi cara es una tetera hirviendo—. ¿Cómo sabías que me gusta la comida mexicana?

—No tenía idea. —Reanudamos el paseo—. También he reservado en un restaurante italiano, un japonés y un hindú.

—¿En serio?

Se encoge de hombros con despreocupación.

—Quería acertar.

Un calorcillo reconfortante se apodera de mi pecho. Le gusto de

verdad. Lo tenía casi asumido después de lo que pasó ayer, pero saber que se ha tomado tantas molestias para que nuestra primera cita sea perfecta me produce un subidón de endorfinas.

—Será mejor que cancele las otras reservas para que otras personas puedan aprovecharlas. —Coge su teléfono y no me suelta la mano mientras las anula. De pronto, echa un vistazo a mi calzado. Casi nunca utilizo tacones, pero hoy quería arreglarme. He estado una hora delante del armario antes de escoger un minivestido negro que casi nunca me pongo. Y menos mal que a Dani le tocaba trabajar, pues de lo contrario habría tenido que explicarle que iba a tener una cita con el nieto de mi antigua jefa—. ¿Estás cómoda con esos zapatos? Puedo volver por el coche si has cambiado de opinión.

—No me molestan. —Me encanta que sea tan considerado. Sé que se daría la vuelta si se lo pido.

—Estás muy guapa. —Sus ojos se oscurecen al subir por mis piernas desnudas—. ¿Te has puesto este vestido porque sabías que me pasaría toda la noche deseando arrancártelo?

—No —musito acalorada. Si la conversación va por este camino, dudo que podamos llegar al restaurante sin meternos mano—. Lo he elegido porque quería impresionarte.

Di que sí. Con la verdad por delante. O con casi toda, mejor dicho.

Me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca. No pretendo hacerme la interesante ni fingir algo que no soy, pero tampoco hace falta ser tan directa.

—¡No te rías! —Le pego sin fuerza en el hombro cuando se le dibuja una sonrisa en los labios—. Es que me pones nerviosa. Y cuando lo estoy, hablo sin pensar y digo un montón de tonterías.

Justo entonces, Oliver frena de golpe y da un paso por delante, lo bastante para que yo, que no estoy mirando, me tropiece con su

cuerpo. Él me sostiene por los hombros para evitar que me caiga. Su sonrisa no es engreída, sino más bien tierna.

—Ni tienes por qué estar nerviosa ni puedes hacer nada para impresionarme más de lo que ya estoy, porque me gustas tal y como eres. No cambiaría ni una peca de tu cara, Georgina. —Pone las manos en mis mejillas y me da un beso que me ablanda como si estuviera hecha de plastilina—. Soy yo el que debería estar de los nervios, en realidad. De hecho, estoy bastante agobiado. Es mi primera cita.

—*Nuestra* primera cita. —«Ojalá sea la primera de muchas».

—Nunca le había pedido una cita a una mujer.

No puede ser, debe de estar bromeando. Tiene veintiocho años y es un tío bueno y exitoso. Sé que me dijo que hace tiempo que no ha estado con nadie, pero algo falla.

—¿Por qué no?

—Hasta ahora, no había querido que funcionara con nadie ni me había imaginado compartiendo mi vida con otra persona.

Yo he perdido la cuenta del número de citas que he tenido; soy una romántica empedernida y siempre he deseado encontrar a esa persona especial que encajase en mi mundo.

—Seguro que has conocido a un montón de chicas increíbles.

—Tal vez —contesta sin inmutarse—. Pero ninguna de ellas era como tú.

No sé qué decir. Es como si, de golpe, hubiese olvidado cómo se formulan las palabras. Me ha sorprendido con la guardia baja y lo único que consigo es esbozar una sonrisa tímida. Mi mente se queda en blanco, pero mi corazón late más rápido, como si intentara llenar el silencio que se ha formado entre los dos.

—¿Te he asustado? —intuye. Deja la mano en mi mejilla y pongo la

mía encima de la suya para que no la aparte—. Al menos ya no estás nerviosa.

—No, lo que pasa es que nunca habría pensado que acabaría teniendo una cita con el hombre al que le derramé un café hirviendo encima.

—No estaba tan caliente.

—¡Mentiroso! Te recuerdo que quisiste matarme.

—Tuve un mal día —se defiende—. Y tú me dijiste que tenía un palo metido por el culo. Estamos empatados.

A los dos nos entra la risa floja. No tuvimos el primer encuentro más romántico, la verdad. Es surrealista lo mucho que han cambiado las cosas entre nosotros.

—Ya no pienso que seas un cretino. —Me llevo una mano al pecho de forma solemne—. Vamos, Gruñón. Me muero de hambre.

—No me gusta que me llames así.

Me da igual que lo niegue; la sonrisa que intenta contener lo delata. En ese preciso momento, me doy cuenta de que yo sí había imaginado mi futuro al lado de varios hombres, pero con ninguno de ellos quise que funcionara de verdad. No hasta que conocí a cierto cascarrabias de ojos azules que me demostró que las apariencias engañan y que es muy fácil ser tú misma si encuentras a la persona adecuada.



46

Todo lo que sé de ti

Voy a reventar después de haber comido tantos tacos en Mano de Santo, un mexicano en plena Alameda de Hércules. Justo al lado hay un *pub* de música de los ochenta en el que bailo hasta que me duelen los pies mientras Oliver me observa desde la barra con una sonrisa que se le borra cuando lo saco a la pista y me susurra al oído que más tarde se vengará de mí. Luego damos un paseo por el río porque necesito enfriarme después de beber tantos margaritas y bailar *Girls just want to have fun* creyéndome una diva del *pop*, y le hablo de mis libros favoritos y de mi obsesión por las películas de Julia Roberts. Me escucha distraído, como si estuviera en otro lugar. La cena estaba siendo muy agradable hasta que le ha sonado el móvil y se le ha cambiado la expresión al ver quién lo llamaba. Le he dicho que podía responder, pero se ha limitado a colgar y ha cambiado de tema. En el *pub* ha intentado fingir que todo iba bien, pero sé que

algo le preocupa.

Sé que le pasa algo y me agobia que prefiera estar en cualquier otro sitio menos aquí conmigo.

Estamos a orillas del río Guadalquivir; a lo lejos se divisa el puente de Triana. Es una noche suave de invierno y ha sido una velada casi perfecta. Podría dejarlo estar y pedirle que me acompañe a casa, pero no quiero que vuelva a meterse dentro del caparazón sin que sepa que puede confiar en mí.

—Estás muy callado —digo con tiento—. Más de lo normal, quiero decir.

—Me gusta escucharte.

—Sé que algo te ronda la cabeza. —Me pongo delante de él y lo miro a los ojos—. No te pido que me lo cuentes, pero al menos quiero que entiendas que puedes desahogarte conmigo si es lo que necesitas.

Oliver deja escapar el aire que estaba conteniendo.

—Lo sé.

—¿De veras? —Le toma la mano y le acaricio el dorso—. A veces las cosas malas resultan más llevaderas si las compartimos con otra persona.

Veo la lucha interna que hay en su expresión. No quiero presionarlo, aunque creo que todo le resultaría menos pesado si hablase con alguien. Ni siquiera tengo que ser yo. El problema es que me consta que está muy solo. Daría lo que fuera por que me dejase llegar hasta él.

—Mi madre me ha llamado esta tarde y ha vuelto a insistir durante la cena, por eso estoy algo agobiado. No le he cogido el teléfono porque llevo más de un año sin hablar con ella y siento que no estoy preparado para oír lo que tenga que decirme —lo suelta de golpe,

como si así fuera más fácil. Guardo silencio por miedo a decir algo que rompa la frágil confianza que acaba de depositar en mí—. No tengo una buena relación con mis padres. Mi abuela intentó en vano que nos acercásemos, pero se dio por vencida hace cuatro años, cuando mi padre y yo coincidimos en una gala benéfica en la que casi llegamos a las manos y tuvo que separarnos. Lo último que le dije fue que jamás lograría entender que una persona tan buena fuese la madre de un hijo de puta tan ruin y despreciable. Desde entonces no nos hablamos.

—Cuando nos enfadamos, todos decimos cosas de las que después nos arrepentimos. Atacamos donde más duele, impulsados por esa necesidad de protegernos a través del daño.

—No me arrepiento de lo que dije. La verdad puede ser dolorosa, pero nunca injusta.

No sé qué responder a eso. No conozco a su padre, ni soy nadie para juzgar su relación.

—De todos modos, tienes derecho a sentirte mal por no haber contestado al teléfono. Es tu madre. Es lógico que te duela.

—Nunca seré el hijo que desean. Estoy seguro de que no me ha llamado para preguntarme qué tal me va o interesarse por mi trabajo.

—¿No les gusta que seas escritor? —pregunto sorprendida.

—Dios, ¡no! —Niega con la cabeza y se ríe con desgana—. Mi padre tenía la esperanza de que mi afición por la escritura fuese algo pasajero. De hecho, estaba convencido de que al final me pondría al frente de la empresa familiar. Mi madre vive a su sombra y no tiene ni voz ni voto. Seguro que solo me ha llamado para «hacerme entrar en razón» —entrecomilla la frase con los dedos.

—No tienes que pedir disculpas por desviarte del camino que

escogieron para ti. Los hijos no somos una prolongación de los deseos de nuestros padres.

—Lo sé. Hay muchas cosas por las que debería pedir perdón, pero escribir no es una de ellas. —Me duele que sea tan duro consigo mismo—. Siento haber estado ausente durante nuestra cita. Te juro que estaba deseando volver a verte. Es solo que no quiero que tengas que lidiar con mis mierdas, pero he sido incapaz de fingir que todo iba bien.

—No tienes que aparentar nada, Oliver —digo con suavidad—. No voy a salir corriendo porque hayas tenido un mal día. Cuando alguien te gusta de verdad, quieres estar en sus buenos y malos momentos.

—¿Y si hay más malos que buenos momentos?

—Los compartimos para que la carga no sea tan pesada.

—Eso no es justo.

—¿Sabes lo que tampoco lo es? —Le doy un apretón cariñoso en el brazo—. Que tengas una opinión tan horrible de ti mismo.

—Te aseguro que pensarías lo mismo de mí si me hubieses conocido antes —contesta con voz queda—. Jorge te hizo un resumen bastante acertado, en realidad. Si te hubieras cruzado conmigo en aquella época, habrías pensado que era un idiota egoísta y cruel que estaba acostumbrado a salirse con la suya.

—No me importa la persona que fuiste, sino la que eres —lo contradigo de forma vehemente. Me adelanto cuando hace el amago de interrumpirme—. No quiero a alguien perfecto, sino a una persona que me acelere el corazón y con la que pueda tener algo real. Tu pasado te pertenece a ti, y te aseguro que no voy a huir si algún día decides compartirlo conmigo. Lo que cuenta es quién eres ahora, y cómo me siento cuando estamos juntos.

—¿Y cómo te sientes?

—Especial, valiosa, deseada —respondo sin dudar. Le acaricio los antebrazos y me inclino hacia delante para que nuestros labios se rocen—. Siento que por fin soy la primera opción de alguien, y que ese alguien también es la mía. No vas a estropearlo solo porque estés asustado.

—Mira que eres testaruda. —Me acaricia la boca con la suya—. Ahí tienes otra cosa que me gusta de ti.

—Yo tampoco soy perfecta. Hay un montón de cosas de las que me arrepiento.

—No me digas que copiaste en un examen —bromea.

—A los trece años robé en un supermercado —le confieso. No se lo había contado a nadie—. Una caja de galletas y unos zumos.

—¿Por qué? —pregunta con más curiosidad que reproche.

—Mi abuela perdió en el casino todo el dinero que nos quedaba para pasar el mes y estuve dos semanas sin llevar el desayuno al instituto. Una profesora se percató y empezó a indagar. Al darme cuenta de que no podía poner más excusas, decidí robar la comida para que me dejase en paz. Quería proteger a mi abuela, pero eso no justifica lo que hice. Decidí que al mes siguiente pagaría lo que había robado, pero los días pasaron y el miedo se apoderó de mí —bajo la voz—. Nunca volví a aquel supermercado. Me daba muchísima vergüenza. Tuve la oportunidad de asumir mi responsabilidad, pero preferí callarme y seguir con mi vida.

—Eras una niña —dice horrorizado—. Lo hiciste por tu abuela.

—Podría haber perdido ayuda. Sabía que lo que hice estaba mal.

—Ya sé lo que intentas, pero no es lo mismo, Georgina. En tu lugar, probablemente habría hecho lo mismo…

—Espera, hay más —lo interrumpo—. Te conté que no llegué a

conocer a mi padre, pero lo cierto es que conseguí sonsacarle a mi abuela su nombre. Quería tener un padre, como los demás niños, y no soportaba ser la rarita de la que todos se compadecían. Además, necesitaba comprender por qué se había desentendido cuando mi madre se había quedado embarazada. Me aferraba a un montón de excusas ridículas; así que, cuando supe que era empresario y vivía en un casoplón con su mujer, que estaba forrada y con la que llevaba veinte años casado, me puse hecha una furia al entender que simplemente había pasado de nosotras porque sabía que mi existencia iba a arruinar su matrimonio. Entonces me colé en su casa, le rajé las ruedas del coche y escribí la palabra «infiel» en la luna delantera. Al poco tiempo, su mujer lo dejó y me alegré muchísimo.

—Los únicos que conocen la historia son mis amigos, con los que me fui de la lengua en una noche de borrachera y les hice jurar, entre sollozos, que jamás volveríamos a hablar del tema—. Todavía no sé cómo, mi abuela se enteró de lo sucedido y me pidió explicaciones. Le juré que no había sido yo y ni siquiera me vine abajo al mirarla a los ojos y asegurarle por la memoria de mi madre que no sabía de lo que me estaba hablando…

Oliver se ha quedado en *shock*. No me extraña; no me siento nada orgullosa de mi adolescencia. Al cabo de los meses me vine abajo y le confesé la verdad a mi abuela, pero el daño ya estaba hecho.

—¿Qué edad tenías?

Pongo los ojos en blanco.

—Dieciséis. Sabía lo que hacía.

—Eras una cría que tenía derecho a estar dolida con el miserable de su padre.

—Venga ya, Oliver. ¡Metí la pata! Lo que intento decir es que todos cometemos errores de los que no nos sentimos orgullosos.

—Algunos son peores que otros —dice con voz queda.

—No has salido corriendo. ¿Quieres que siga?

—Podrías estar toda la noche confesándome tus peores secretos y no me iría a ningún lado, Georgina. Estoy justo donde quiero estar.

Seguro que cambia de opinión si le cuentas que te acercaste a él porque Elvira te pagó a cambio.

—Lo del casino que acabo de decirte no fue una excepción. Mi abuela era ludópata —continúo, en un intento por deshacerme de la presión que siento en el pecho—. Empezó a jugar poco después de que mi madre falleciera y tuvimos un montón de problemas económicos. La tapaba porque no quería que los servicios sociales interviniesen y le quitaran mi custodia. Un día era una abuela amorosa que se preocupaba por mí, y al siguiente se había gastado todos los ahorros en el bingo y sobrevivíamos gracias a la caridad de nuestros vecinos. La vergüenza, el miedo y el hambre me acompañaron durante parte de mi infancia y toda mi adolescencia. Cuando murió, heredé sus deudas al quedarme con el piso porque no tenía a dónde ir. Su adicción me destrozó la vida. Me digo a mí misma que no le guardo rencor, porque era la persona más importante de mi mundo y la echo de menos todos los días. Pero, en el fondo, siempre he sabido que seguía enfadada con ella. He escondido la rabia muy dentro para que nadie la notase. Aunque está ahí, como una herida abierta.

»Algunos días me preguntaba por qué tuvo que morir mi madre en aquel maldito accidente de tráfico, y deseaba que hubiese sido mi abuela. Sé que es cruel y mezquino; que mi abuela tenía una enfermedad, acababa de perder a su hija y cuidó de mí lo mejor que pudo. De hecho, jamás le dije cómo me sentía, pero creo que ella lo sospechaba. No me perdono el no haber sido sincera con ella. Ojalá

me hubiese atrevido a ser valiente, porque se habría podido ir en paz, sabiendo que la perdonaba y la quería con toda mi alma. El día que la enterré me quedé sin lágrimas. Desde entonces no lloro, ni me quejo, ni pido ayuda porque tengo miedo de ser una carga para mis amigos, que han estado a mi lado desde entonces. Lo hago porque no quiero quedarme sola, Oliver. ¿En qué me convierte eso?

—Dios, Georgina.

El mundo se detiene cuando él me abraza. Su silencio es justo lo que necesito. Por primera vez en mucho tiempo, bajo la guardia y no tengo miedo de que me juzgue o se vaya. El calor de su cuerpo me envuelve mientras escucho el latido de su corazón, fuerte y constante bajo mi mejilla.

He luchado durante demasiado tiempo contra mis propias emociones. Nunca le dije a mi abuela cómo me hacía sentir su adicción porque no quería hacerle daño. Jamás le pedí ayuda a un adulto de confianza porque me aterraba meterla en problemas. Fui la versión que otros necesitaban por miedo a quedarme sola: la nieta comprensiva; la alumna que finge que todo va bien en casa; la amiga que da sin pedir nada a cambio, no vaya a ser que los demás consideren que es una molestia… Así que, al sacarlo todo fuera, sin necesidad de ser otra persona salvo yo misma, siento una extraña sensación de paz.

Mi cuerpo empieza a ceder. El nudo en mi pecho sigue ahí, pero es menos doloroso. Oliver me estrecha con fuerza entre sus brazos mientras yo cierro los ojos y escondo la cara en su pecho, refugiándome en su cuerpo cálido y en lo bien que huele. Jamás había dejado a nadie entrar en esa parte de mi vida; ni siquiera a mis amigos. Y me doy cuenta de que siempre me ha dado pavor que me juzgaran o, peor aún, que me tuvieran lástima. De hecho, es una

verdad que tenía enterrada muy dentro, donde habitan las inseguridades y la vergüenza de las malas decisiones.

—No quiero que pienses ni por un segundo que eres una carga para mí. —Me da un beso en el pelo. Levanto la cabeza y me sorprende la intensidad que hay en su mirada. La muralla que siempre tiene levantada parece haberse agrietado un poco. Me roza la mejilla con los dedos y me entran ganas de llorar por la ternura con la que me toca—. No tengas miedo de decir o hacer algo que me aleje, porque eso no va a pasar. Si tú quieres estar conmigo, no hay nada ni nadie que me lo impida, ni siquiera mis malditos miedos.

—Todavía no lo sabes todo de mí.

—Sé que te brillan los ojos cuando hablas de algo que te ilusiona, y que te tocas el pelo si estás nerviosa —me contradice con seguridad —. Sé que me miras de reojo cuando crees que no me doy cuenta, sin hacerte una idea de lo bien que me siento al tener tu atención. Sé que estás muy guapa cuando bailas y que nunca das crédito a las habladurías de los demás porque prefieres darle un voto de confianza a todo el mundo. También sé que hablas de tus amigos como si tuvieras mucha suerte de tenerlos, sin ser consciente de que son tan afortunados o más que tú; porque eres considerada, divertida, lista y espontánea. —Hace una pausa y respira hondo—. Es verdad, no lo sé todo de ti. Pero lo que sí sé es suficiente para querer estar contigo

Me pongo de puntillas para besarlo. Sus labios presionan con firmeza contra los míos, llevándose la escasa amargura que me quedaba después de haberme abierto con él.



47

Me subestimas

Cogemos un taxi de regreso a mi casa porque empiezan a dolerme los pies. Me pesan los párpados y apoyo la cabeza en el hombro de Oliver. Intento no quedarme dormida, pero me lo pone muy difícil cuando me acaricia el dorso de la mano. Al llegar a nuestro destino, me despierta con un beso en la mejilla. Abro los ojos y sonrío como una boba al ver cómo me mira. Oliver abona la carrera y me ayuda a bajar del coche. Estoy demasiado aturdida para discutir con él, a pesar de que me parece injusto que también pagase la cena.

—Siento haber echado una cabezadita. —En realidad, no lo siento en absoluto y me tapo la boca para ocultar un bostezo.

—No pasa nada. Estabas muy mona. Hasta te he sacado una foto.

—¡No te habrás atrevido! —me indigno. Me consta que duermo con la boca abierta; hay una foto mía pegada en la nevera que lo atestigua. Uno de mis amigos me dibujó una polla en la frente y

todavía no he logrado averiguar quién de ellos fue—. Bórrala. Ya.

—Se te caía la baba. Creo que estabas soñando conmigo.

Me limpio las comisuras de la boca, que está seca. Oliver se ríe y lo fulmino con la mirada.

—Me estás vacilando —comprendo—. Me ha costado entenderlo porque nunca haces bromas, Gruñón.

—Pero ¿has fantaseado conmigo o no?

—Nunca recuerdo mis sueños —contesto ruborizada. Me acerco y le echo las manos al cuello—. ¿Y tú, sueles soñar conmigo?

—Sí. Todas las noches.

La naturalidad con la que responde me deja aturdida. Entorno los ojos, intentando descifrar si vuelve a tomarme el pelo. Oliver me estrecha por la cintura con ese ademán un pelín posesivo que me pone tan cachonda.

—En mis sueños haces conmigo lo que te da la gana. Y siempre te suplico que no te vayas.

Me muerdo el labio.

—¿Y te hago caso?

—No. —Me roza los labios—. Te encanta torturarme.

—En la vida real no soy tan mala.

Oliver me aparta un mechón de la cara y deja su mano en mi mejilla. El calor que me invade por ese simple roce es abrumador. Entonces aprieta su boca contra la mía durante un instante que me parece demasiado corto y luego me suelta y se aparta, para mi desconcierto.

—Nos vemos otro día, Georgina.

¿Ya está? ¿No va a pedirme que lo invite a subir? ¿No va a insinuar que podríamos ir a su casa?

—Ya sé que estás muy verde en esto de las citas —digo con

atrevimiento—, pero lo de no acostarse en la primera siempre me ha parecido una tontería.

Esboza una media sonrisa socarrona.

—Me muero de ganas de follarte, Georgina —admite con los ojos clavados en mis labios—. Pero, si me invitas a subir, no te dejaré dormir en toda la noche y mañana no podrás caminar derecha.

Abro la boca, aunque no consigo que salga una sola palabra. Me quedo ahí plantada, como un pasmarote, intentando digerir que Oliver acaba de decir en la misma frase «follarte» y «caminar derecha».

—Mañana tienes que levantarte temprano y sé lo importante que es para ti el trabajo —continúa, como si no acabase de hacerme una promesa sexual muy tentadora y explícita. Antes le he contado que estoy muy emocionada de empezar a trabajar en la ludoteca, y también un poco nerviosa—. No quiero distraerte ni ser la causa por la que no rindas bien.

—Qué considerado. —Pongo los ojos en blanco—. A lo mejor no eres tan bueno como alardeas.

—Me subestimas si de verdad crees que no voy a hacer que te corras. —Me tiemblan las piernas cuando da un paso adelante, me toma la mano y deposita un beso casto y cálido en mis nudillos que me provoca un cosquilleo en las extremidades—. Tómatelo como una promesa, Georgina. Buenas noches.

—Buenas noches —digo en voz baja, incapaz de moverme.

Se aleja caminando muy despacio, con las manos metidas en los bolsillos. Tengo las mejillas encendidas y una sonrisa bobalicona en los labios. De repente, alguien pronuncia mi nombre y me doy la vuelta para encontrarme con la cara perpleja de Dani. El calor me abandona de golpe. Por su expresión, sé que ha visto lo suficiente

para sacar sus propias conclusiones.

—Qué fuerte. —Su tono indignado me confirma que va a echarme la bronca—. ¿Por qué no me habías contado que te estás tirando al nieto de Elvira?



48

La hermana que siempre quise

Dani acaba de salir del turno nocturno del restaurante. Está hambrienta y me obliga a acompañarla al súper veinticuatro horas que hay al final de nuestra calle. La sigo sin rechistar, ya que jamás le llevo la contraria cuando se enfada. No me queda más remedio que hacerle un resumen de la situación.

—¿De qué vas? —me recrimina delante de la estantería de los fideos instantáneos. Coge unos con sabor a curri y me hace un gesto para que la siga al pasillo de los dulces. No se decide entre una tableta de chocolate con caramelo y otra con galleta. Cojo la de caramelo, que siempre es un acierto, y se la tiendo con una sonrisa conciliadora. Ella suelta un gruñido y escoge la otra—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Me encanta el caramelo.

—¡Me refiero a Oliver! —grita alterada—. ¿De verdad te parece

buena idea…?

—Me gusta —la interrumpo con vehemencia—. Muchísimo. No intentes convencerme de que no le dé una oportunidad.

Dani resopla.

—No me refería a eso. Me parece estupendo que por fin hayas reconocido que Oliver te mola; quien, dicho sea de paso, es más guapo en persona. Se te pone cara de tonta cuando hablas de él y, por la forma en la que te miraba, es evidente que está deseando arrancarte la ropa y hacerte un montón de cosas de las que luego espero detalles con pelos y señales.

—Ni de broma.

—Lo que intento decir es que me alegro de que te hayas fijado en un hombre que está coladísimo por ti. No como el imbécil de Marcos, al que no entiendo qué le veías. —Alguien carraspea en el pasillo trasero y nos escabullimos hacia la sección de los cereales, que está vacía—. Os he visto, Georgi. Te miraba como si no pudiera creer la suerte que ha tenido de encontrarte. Ni siquiera he hablado con él y ya me cae bien.

—No entiendo… —arrugo el ceño, confundida—. ¿Cuál es el problema?

—¡Qué le has ocultado la verdad! —Me zarandea—. ¿Cómo crees que va a sentirse cuando se entere de que su abuela te contrató para que fueses su amiga? Pensará que todo ha sido una farsa, ¿no te das cuenta? Yo en su lugar me sentiría dolida y muy engañada.

—Ya no trabajo para Elvira, Dani.

—Pero te pagó para que te acercases a él.

—Le voy a devolver el dinero.

—Díos santo, Georgi. —Se frota la cara—. Sabes que esto no puede acabar bien. Deberías ser sincera con él. Es lo mínimo que se merece.

Sé que rechazaste el trabajo en cuanto empezaste a verlo con otros ojos, pero, si no le cuentas la verdad, parecerá más grave de lo que es.

Me muerdo los carrillos. No puedo decirle que tengo mis razones para no contarle la verdad, que lo último que quiero es herir a Oliver y resquebrajar la confianza que ha recuperado en sí mismo. Dani no podría entenderlo.

—No tiene por qué enterarse.

—Si tú estás cómoda engañándolo, pues nada, estupendo. —Pone cara de indignación—. Tú sabrás, Georgi. Yo no podría salir con un hombre al que le estoy ocultando ciertas cosas. Me cuesta entender que siguieras el consejo de Víctor cuando me tienes a mí, que a lo mejor soy más visceral, pero por lo menos nunca te digo lo que quieres oír.

—No es culpa de Víctor.

—¡Desde luego que no! Tú solita te has metido en este lío. Es como si fueras tu peor enemiga. No lo entiendo. Eres una de las mejores personas que conozco y mereces encontrar a alguien para el que lo seas todo —continúa con más suavidad—, pero las parejas que tienen secretos no van a ninguna parte.

—Ya sé que no es la situación ideal…

Alguien me interrumpe al ponerme una mano en el hombro. Arrugo la nariz cuando percibo su inconfundible perfume. A Dani se le cambia la expresión al ver de quién se trata.

—Las cosas de las que uno se entera al ir al súper a las tantas de la noche —dice Marcos con tono malicioso.

Mierda, el que faltaba. Me doy la vuelta para enfrentarme a él. Tiene los ojos rebosantes de rencor y una sonrisita cruel en los labios. No me cabe la menor duda de que nos ha estado espiando. Debería

haber sospechado que la reacción violenta que tuvo la última vez que nos vimos fue solo la punta del iceberg. Este es Marcos, el de verdad. Algunas personas muestran su verdadera cara cuando la relación se rompe.

—¿Qué quieres? —le espeto.

—Saludar a una vieja amiga.

—No somos amigos.

—Tienes razón —contesta con los dientes apretados—. Pasaste de mí cuando el escritor forrado te hizo un poco de caso. Mira que eres patética, Georgi. Ese tío podría tener a cualquiera. Se acabará cansando de ti.

—Los hombres despechados sois lo peor —interviene Dani—. Qué asco das.

—Pídele a tu amiguita que me hable con más respeto —me ordena con tono rabioso—. Podría irme de la lengua y decirle a tu nuevo novio que eres una puta mentirosa que se acercó a él porque no tiene dónde caerse muerta.

—¡Te voy a…!

Agarro a mi amiga cuando se abalanza contra él. Sé lo que pretende.

—No merece la pena —le digo con una calma que no sé de dónde nace.

Marcos me mira con odio al darse cuenta de que no ha conseguido alterarme.

—¿Sabes lo que sí merece la pena? —Se inclina hacia delante, pero no le doy el gusto de retroceder—. Contarle a tu flamante escritor que su abuela te pagó para que fueras su amiguita. Por Dios, ni que tuviera seis años. Seguro que tiene alguna tara. A lo mejor su padre le pegaba de pequeño y eso le ha producido una exacerbada

ansiedad social. O puede que sea uno de estos tipejos inseguros con la autoestima baja porque la tiene muy pequeña. —Se lame el labio inferior. Sus ojos brillan con malicia—. ¿Qué es lo que le pasa, Georgi?

—Cállate. —Aprieto los puños, deseando pegarle en esa cara de idiota. Puede desquitarse conmigo, pero no voy a permitir que insulte a Oliver—. No hables de él.

Se cruza de brazos con chulería.

—¿O si no qué?

—Nadie te va a creer, fantasma —le suelta Dani—. ¿Quién se va a fiar de ti? Claramente estás dolido con mi amiga porque pasó de tu cara.

—Ya veremos. —Marcos se aleja de nosotras cuando el dependiente aparece en el pasillo y nos pregunta si va todo bien—. No hay ningún problema. Ya me voy.

Tiene la poca vergüenza de guiñarme un ojo. Agarro a mi amiga del brazo, que parece un *pitbull* a punto de saltarle a la yugular. No respiro aliviada hasta que él sale del supermercado.

—Miente —intenta tranquilizarme—. No va a decirle nada a Oliver. Pero en el hipotético caso de que se atreva, diré que se lo ha inventado todo.

—No tienes que mentir por mí.

—No pienso darle la satisfacción de salirse con la suya. Sigo pensando que Oliver tiene derecho a saber la verdad, pero no por boca de esa sabandija asquerosa y resentida. Antes muerta que permitir que el cretino de tu exfollamigo te haga una jugarreta por haberlo mandado a paseo. —Dani me sonríe con franqueza—. Soy tu amiga, te quiero con toda mi alma y no necesitas pedirme que mienta por ti. Iría al fin del mundo contigo, idiota.

—¿De veras? —pregunto vacilante.

—Si alguna vez asesinas a alguien, no te preguntaré el motivo. Me limitaré a comprar una pala —contesta con firmeza—. Pensé que ya lo sabías, Georgi. Eres la hermana que siempre quise. No hace falta que compartamos la misma sangre para que te considere parte de mi familia.

Le doy un abrazo que la aplasta, y no la suelto a pesar de que se queja. Por primera vez, aunque le pese a Marcos, no tengo miedo de quedarme sola. Mientras la abrazo siento que al fin algo encaja dentro de mí. Esa sensación de vacío, de no pertenecer a ningún sitio y de sentir la necesidad de agradar a toda costa, se desvanece poco a poco. Y me siento de maravilla al entender, de una vez por todas, que no soy una carga para mis amigos. Me elegirán siempre, al igual que yo a ellos. Porque la amistad, como el amor, solo tiene sentido si puedes ser tu misma.



49

Me encanta cómo hueles

Por la mañana me despierto empalmado, lo que se ha convertido en una costumbre desde que conocí a Georgina. Me entra la risa al recordar que se mostró recelosa cuando le dije que, si me invitaba a su casa, no la dejaría dormir en toda la noche y a la mañana siguiente no podría caminar derecha. Es increíble que de verdad piense que no voy a utilizar todas mis armas para que grite mi nombre y acabe la mitad de obsesionada conmigo de lo que yo estoy con ella.

No fue una promesa, sino un hecho inevitable. Sonrío como un idiota cuando pienso en su risa nerviosa y en cómo se mordió el labio inferior. Mierda, es que me encanta que me desafíe.

Me duele la erección. No voy a poder concentrarme hasta que me la quite de la cabeza. Todos los días lo mismo. No importa cuánto me esfuerce por pensar en otra cosa; al final siempre termino volviendo a ella. Georgina es mi maldito talón de Aquiles, y lo más gracioso de

todo es que no es consciente del poder que tiene sobre mí. Podría hacer lo que quisiera conmigo y se lo permitiría con mucho gusto.

No me queda más remedio que meterme en la ducha. De lo contrario, no voy a escribir ni una sola palabra. Solo necesito pensar en cómo su cuerpo responde al mío, en su piel cálida bajo mis manos, sus mejillas sonrosadas y esa boca apetitosa y suave que encaja tan bien con la mía. No tardo ni medio minuto.

Después de correrme como un campeón, me doy una ducha, me pongo una camiseta, unos pantalones de chándal, le doy de comer a Leia y salgo a correr. Regreso al cabo de cuarenta y cinco minutos empapado en sudor y vuelvo a meterme debajo del grifo. Luego desayuno un par de tostadas con zumo de naranja y café, lo que me llena de orgullo, pues antes habría optado por un analgésico y una lata de Coca-Cola. Mi nueva rutina me hace sentir lleno de energía y con la mente despejada.

Me siento delante del escritorio, enciendo el ordenador y estiro los brazos. Leia se tumba en mis pies, a pesar de que tiene una cama comodísima. A estas alturas no voy a fingir que me desagrada que me haga compañía. Mi trabajo es muy solitario, así que contar con su presencia es un regalo inesperado. Suelo hacer una pausa cada hora y media para estirar las piernas, en la que ahora también aprovecho para jugar un poco con ella antes de retomar la escritura.

—Creo que he metido la pata —le digo. Leia levanta la cabeza, adormilada. Me mira con sus ojitos vivarachos y ladea la cabeza para prestarme atención. Me rasco la nuca, desesperado por encontrar una salida—. No debería haber matado a Marcos en el séptimo capítulo. Para este me vendría de perlas; podría sacrificarlo para que Claudia escapase.

Sí, usé el nombre del ex de Georgina para un personaje odioso y

repugnante, al que eliminé sin piedad en la primera mitad del libro. Seguro que no soy el único escritor que hace esto. Cuando alguien me cae mal, es inevitable que termine convertido en ese personaje al que todos los lectores detestarán, y cuyo destino será tan horrible, retorcido y sanguinario como me plazca.

—Me lo pasé muy bien al escribir la escena del estrangulamiento. El imbécil de Marcos merecía sufrir hasta el último aliento por haber engañado a Claudia. Pero tal vez me precipité. Nunca encontraron su cadáver, así que no sería tan raro que resucitase —elucubro en voz alta, mientras Leia me observa con la lengua fuera—. ¿Tú qué opinas?

Leia se lanza a atacar mi zapatilla. Se pone a gruñir y a tirar de los cordones.

—Tienes razón, está mejor muerto —concuerdo—. Deshacerme de él tan pronto fue un acierto. En su lugar podría utilizar a Iván, el mejor amigo de Claudia. Me da pena que acabe descuartizado por el tipo enmascarado de la motosierra, pero es lógico que se sacrifique por ella. Siempre la ha amado en secreto y daría lo que fuera por salvarla.

Leia se cansa de mordisquear la zapatilla, se sienta y me da un lametón en el tobillo. Me lo tomo como un gesto de aprobación por haber resuelto el conflicto. Despacho a Iván en un capítulo emocionante y brutalmente cruel en el que la heroína consigue escapar por los pelos. No me planteo si es normal que celebre haber asesinado con una motosierra a un pobre infeliz cuyo único delito fue amar en silencio a su mejor amiga. Estoy seguro de que mi antiguo psicólogo se pondría las botas conmigo.

Después de un fructífero e intenso día de escritura, almuerzo algo ligero y le envío un wasap a Georgina. Me pica la curiosidad. Estaba

muy ilusionada y nerviosa con su nuevo empleo, espero que su primer día haya sido un éxito.

Yo: ¿Qué tal te ha ido?

Está en línea y tarda menos de un minuto en responder.

Georgina: ¡Genial! Mi jefa es muy maja. Un niño me ha dado un abrazo y me ha dicho que soy su mejor amiga.

Yo: Qué niño más afortunado.

Georgina: Tú puedes darme todos los abrazos que quieras. Me encanta cómo hueles. Casi tanto como tus manos cálidas.

Me río por lo bajo al ser consciente de cómo esa respuesta hace que mi cuerpo reaccione más de la cuenta.

Yo: Cuidado, Georgina. Podría ir a tu casa para comprobar si es verdad lo que dices.

Georgina: No lo harás. Sé que estás ocupado con tu libro.

Me está retando. Mis dedos teclean con rapidez, sin pensarlo demasiado.

Yo: Solo tienes que admitir que te mueres de ganas de volver a verme, y en cinco minutos estoy allí.

Georgina: Eres un escritor muy ocupado. No quiero distraerte…

Me pongo de pie, incómodo por la presión creciente en mi entrepierna. Es casi absurdo que una conversación tan inocente me esté poniendo a mil. No quiero imaginar lo que sentiré cuando por fin nos acostemos. Jamás había deseado tanto a otra persona.

Yo: Hay distracciones que merecen mucho la pena.

Georgina: Te recuerdo que anoche fuiste tú el que se despidió con un casto beso y un simple «buenas noches».

Yo: Te aseguro que me quedé con ganas de más. Es lo que me pasa cada vez que estoy contigo.

Georgina: ¿Qué te impide dar el siguiente paso?

Mi mente se llena de imágenes tentadoras: ella, desnuda y sudorosa, retorciéndose de placer debajo de mí. Las dudas que albergaba se han esfumado por completo. Dios, ¿qué demonios me frena? Ni que tuviera quince años; aunque es justo como me siento al estar con ella: torpe, inseguro e indefenso. Pero, esta vez, mis miedos no impiden que cruce el salón a toda prisa, coja una chaqueta y las llaves del coche. Al abrir la puerta de par en par, me doy de bruces con mi abuela, que me mira con una sonrisita cómplice, como si adivinara mis intenciones.

—¿Vas a alguna parte? —pregunta con falso tono despreocupado.

«Sí, a follar con Georgina».

—Eh… —No quiero que se haga ilusiones y empiece a darme la brasa. No me queda más remedio que entrar de nuevo—. Solo iba a hacer un recado. Puede esperar. Hola, abuela. Gracias por venir sin avisar, como siempre. ¿Qué me traes esta vez? ¿Un gatito abandonado?

—Pensé que a estas alturas ya se te habría pasado el enfado. —Entra sin que la invite, oliendo a galletas recién hechas que supongo que guarda dentro de su bolso—. Las abuelas no tienen por qué avisar, Oliver. Como no me llamas nunca, no me ha quedado más remedio que hacerte una visita para comprobar que sigues vivo.

Es obvio que el karma se está cebando conmigo. Cuando por fin encuentro una mujer increíble, la vida se empeña en ponerme trabas para que no pueda echar un polvo. Mi antiguo yo no daría crédito.



50

Tu gran corazón

Mi abuela está sentada en el sofá acariciando a Leia, que intenta robarle la galleta con pepitas de chocolate que sostiene con la otra mano. La detengo justo cuando está a punto de darle un bocado.

—No, Leia. El chocolate es tóxico para ti. Podrías enfermar. Ve a tu cama. —Utilizo un tono que suele hacerla obedecer.

Me lanza una mirada lastimera que ignoro y señalo la cama. Se baja de un salto con el rabo entre las piernas. Me cuesta ser duro con ella, pero no quiero que enferme.

—Te preocupas mucho por ella —deja caer mi abuela.

—La convertiste en mi responsabilidad, así que no tengo más remedio que cuidarla.

—Sabía que te la acabarías quedando —dice complacida—. Le aseguré a Georgina que le cogerías cariño. Los perros hacen mucha compañía.

—No te equivoques, ya tiene una familia y vendrán a por ella

dentro de un par de semanas. Te agradecería que dejases de meter a Georgina en tus enredos. No es justo que la utilices para conseguir lo que quieres de mí.

Se le ilumina la expresión.

—¿Por qué?, ¿funciona?

—Abuela…

—¡De acuerdo!

Levanta las manos en señal de paz. No me engaña ni por un segundo; no es de las que se rinden. Hace lo que le da la gana desde que falleció el abuelo. De hecho, me parece estupendo, excepto en lo que me concierne a mí. No me hace ni pizca de gracia que se meta en mi vida.

—¿A qué se debe el honor de tu visita?

Se recoloca las gafas y me escruta con los ojos entrecerrados. Lo de esta mujer es de otro planeta. Es como si tuviese rayos láser y pudiera ver dentro de mí.

—Soy demasiado vieja para sentirme ofendida por que tengas muchas ganas de librarte de mí. —Me hace un gesto con la mano para que guarde silencio cuando estoy a punto de contradecirla—. Es obvio que te he interrumpido cuando estabas a punto de ir a un lugar muy importante. No te preocupes, no te robaré mucho tiempo. Solo he venido a invitarte a mi cumpleaños. Te negaste a ir a los últimos, así que esta vez espero contar con tu presencia. Podría ser el último, Oliver.

—¡No digas eso! —Me pongo malo al imaginar que puede faltarme —. Te queda mucha vida por delante, abuela. Todavía tienes que hacer el safari con Dori. Incluso te da tiempo a casarte por segunda vez.

—Qué tonterías dices. ¿Con quién, si puede saberse?

—Con Javier. —Intento contener la risa al ver su expresión abochornada. Sé que se está viendo con él—. No pongas esa cara, abuela. Os doy mi beneplácito. Me cae muy bien.

—De repente, te crees muy gracioso —contesta indignada—. Reconozco que nos hemos hecho buenos amigos. No paraba de insistir y he decidido darle una oportunidad. A mi edad es ridículo tener enemigos. En cualquier caso, no cambies de tema. Por una vez, me gustaría que estuvieras en mi cumpleaños.

No fui a los anteriores porque no me apetecía encontrarme con mis padres, ni tampoco con Cristina y Elena. Demasiada mierda acumulada para resolver en un día que debe ser especial para mi abuela.

—Tu padre estará en Alemania, en la nueva sucursal de la empresa. —No me toma desprevenido. El trabajo es lo primero para él, incluso si eso implica perderse el cumpleaños de la persona que lo trajo al mundo—. Y tu madre irá con él para encargarse de la fundación benéfica. —La gente pobre le da alergia, pero tiene que guardar las apariencias, cómo no—. No tienes que preocuparte por ellos. He dado por hecho que te gustaría saberlo.

—Mi madre me llamó el otro día —le cuento, sin poder ocultar mi malestar—. No le cogí el teléfono. A lo mejor tú sabes qué es lo que quería.

—No, Oliver. —Adopta una actitud más seria—. Hace mucho tiempo que decidí apartarme de vuestra guerra, tal y como me pediste. Si quieres saberlo, tendrás que descolgar el teléfono la próxima vez que te llame.

«Ni de broma».

—Siento que te duela que no nos hablemos —digo con sinceridad.

—No es fácil para mí —admite con calma—. Él es mi hijo y tú eres

mi nieto. Ambos sois muy importantes para mí y daría lo que fuera por volver a ver unida a nuestra familia, pero debo respetar tus decisiones, por mucho que me entristezca. La relación entre padre e hijo no siempre es sencilla y, aunque me duele que estéis distanciados, entiendo que es algo que debes resolver tú solo. Si algo he aprendido con el paso del tiempo es que los padres tienen que aceptar que sus hijos sigan su propio camino.

—Gracias por entenderlo —contesto con un nudo en la garganta.

—Siempre estaré aquí para ti, Oliver. Y espero que, aunque decidas no tener relación con ellos, encuentres un poco de consuelo y alegría en las personas que sí elijas tener cerca.

Pienso de inmediato en Georgina, en la felicidad que me invade cada vez que estoy con ella.

—Te juro que he intentado llevarme bien con mi padre, pero me lo ha puesto muy difícil. No logro entender que sea tan egoísta e inflexible. Puedo llegar a excusar a mi madre, que vive por y para agradarlo. Sin embargo, él… —Sacudo la cabeza e inspiro hondo—. Ojalá no hubiese desperdiciado la mitad de mi juventud haciendo lo imposible por agradarlo, y la otra intentando fastidiarlo porque sabía que nunca sería lo suficientemente bueno para él.

—El orgullo de los Vidal es legendario. —Me da una palmadita cariñosa en la mano—. Cristina y Elena también estarán de viaje, así que tampoco vendrán a mi cumpleaños. Supongo que te has quedado sin excusas para no asistir.

Me mira de una forma que lo dice todo, y dejo escapar el aire, sin ocultar el alivio que me invade al saber que no voy a reencontrarme con ellas. No estoy preparado para hablar con Cristina, ni tampoco para mirar a Elena a la cara. Mi abuela lo sabe y me ha ahorrado el mal trago de preguntar.

—Allí estaré.

—Te quiero, Oliver. —Me da un abrazo de los suyos—. Tu hermana, tu padre y tú sois mi orgullo. Os quiero a todos por igual. Independientemente de lo diferentes que sois, te juro que los tres tenéis algo de tu abuelo, a quien quise muchísimo.

—¿Qué parte me ha tocado? —bromeo con cierta curiosidad.

Me agarra del rostro y me mira con cariño.

—Tu gran corazón —dice sin dudar—. La grandeza del amor está en sentirlo sin esperar nada a cambio. Todos quieren ser amados, pero lo realmente valioso es amar de verdad, sin importar si se es correspondido.

No soy capaz de llevarle la contraria, aunque no estoy de acuerdo con ella. No me parezco al abuelo, por mucho que se empeñe en verme con buenos ojos. Si no, que se lo digan al chaval que buscaba con desesperación la aprobación de su padre y pisoteaba a cualquiera con tal de salirse con la suya. A ese idiota no le importaban los sentimientos de los demás, ya que solo pensaba en sí mismo.

Después de que mi abuela se vaya, cojo el teléfono para comprobar si tengo otro mensaje de Georgina. Me nace una sonrisa al ver que ha vuelto a escribirme, pero la euforia del momento se desvanece de golpe cuando lo leo.

Georgina: Al final los amigos de Víctor vienen hoy a Sevilla, así que dentro de un par de horas recogerán a Leia. Si quieres despedirte de ella, es mejor que te des prisa. Muchísimas gracias por cuidarla.

Dejo el teléfono sobre la mesa y miro a Leia. Está acurrucada en su cama, ajena a lo que está por venir. Una sensación de vacío se

apodera de mi pecho. Debería darme prisa en recoger sus juguetes y el resto de las cosas que le he comprado. Ahora es el problema de otra familia. Debería estar feliz, ¿no? Es justo lo que quería. Por fin me he librado de ella.



51

Aliens de dos metros y *Las supernenas*

Llaman a la puerta como si quisieran tirarla abajo. Desde que se rompió la cerradura del portal, cualquiera puede subir sin avisar, así que no tengo ni idea de quién es. Estoy echándome una siesta en el sofá, agotada después de la paliza que me han dado los críos, y muy feliz de haber superado con éxito el primer día de trabajo. Aunque reconozco que me escuece un poquito que Oliver no haya venido tras nuestro intercambio de wasaps. He dado por hecho que aparecería para hacer realidad lo de que no pudiera caminar derecha; porque las promesas están para cumplirlas, ¿no?

—¡Ya voy! —Me pongo de pie de mala gana. Seguro que a Víctor se le han olvidado las llaves. La última vez entró como un huracán gritando que necesitaba plantar un pino. La confianza da asco.

Abro la puerta, protestando por tener que levantarme y me llevo una gran sorpresa al ver de quién se trata.

—Oliver, ¿qué…?

—No dejes que se la lleven —me interrumpe sin aliento. Está despeinado y sudoroso. Es obvio que ha venido corriendo—. No estoy preparado para decirle adiós. Ni mañana. Ni dentro de una semana. Mierda, le he cogido cariño.

Entra en mi piso, mirando a su alrededor con curiosidad durante unos segundos. Luego vuelve a mostrar la misma expresión agobiada que he visto al abrir la puerta.

—Ya sé que te dije que quería librarme de ella. —Se pasa una mano por el pelo. Está alterado—. Te juro que estaba convencido. Pero no esperaba que se sentase debajo de mi escritorio mientras escribo. Ya no puedo escribir sin ella; se ha convertido en mi compañera de trabajo.

—¿Leia? —pregunto, perpleja.

—Si me bloqueo o no sé cómo seguir, hablo con ella para que me aconseje.

—Es una perra, Oliver. No sabe hablar.

—Ni falta que hace. Nosotros nos entendemos. —Camina nervioso de un lado a otro del salón; está fuera de sí—. Me gusta tirarme al suelo para jugar con ella, aunque me haga el duro. Ni siquiera me importa que se haya adueñado del sofá. ¿Sabías que le encanta *La patrulla canina* y *101 dálmatas*?

—Vaya… No sabía que los perros vieran la tele —respondo, rascándome el codo y aguantándome la risa que me provoca la imagen.

—Le pongo los dibujos mientras almorzamos juntos.

—Ah… —Dios, alguien debería decirle que resulta adorable ahora

mismo.

—Lo mejor de volver a casa es saber que esa bola de pelo diminuta que se come mis calcetines me está esperando, ¿sabes? Y cuando viene corriendo a saludarme, ladrando y moviendo el rabo, le da significado a la palabra «hogar». —Su voz tiembla ligeramente al pronunciarla.

No sé qué decir. Acostumbra a mostrarse tan duro que a veces olvido que detrás de esa armadura hay un trozo de pan; un hombre terriblemente vulnerable y asustado. Y tiernamente sexi, para qué negarlo.

—No puedes quitármela, Georgina. Me equivoqué al no querer adoptarla. Ella es la que cuida de mí. —Tiene los ojos brillantes de emoción y la voz ronca—. Me la quedo. Dile a esa familia que den media vuelta y se busquen otro perro. Ni tú ni nadie va a convencerme de lo contrario. Leia es mía.

Apenas puedo contener la risa al verlo tan decidido, así que aprieto los labios para no estropear el momento, pero no lo consigo.

—Lo siento, es que… Me alegra mucho que hayas cambiado de opinión, Oliver. Confieso que albergaba una pequeña esperanza —separo unos centímetros los dedos índice y pulgar—, pero no podía imaginar que te había dado tan fuerte por ella. Es… muy tierno. Y no hay mejor dueño para Leia que tú, así que voy a llamar a los amigos de Víctor enseguida. Se van a llevar un disgusto, pero hay miles de perros esperando un hogar en alguna perrera o protectora, seguro que lo entenderán.

Oliver suspira aliviado y se deja caer en el sofá como si acabara de ganar una batalla. Al cabo de unos segundos me mira y su expresión se suaviza. Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada; a mí también me da un ataque de risa. Verlo así, tan relajado y feliz, me

hace sentir una calidez extraña. Mi Gruñón, que siempre parece al borde del colapso, se ve tan diferente aquí, en mi salón, después de admitir que se ha encariñado con Leia. Vulnerable, sincero… y extremadamente adorable.



Después de llamar a los amigos de Víctor —que, sí, se han llevado un disgusto—, le ofrezco algo de beber a Oliver, que lleva un buen rato contándome, sin dejar de sonreír, las travesuras de Leia. Parece un padre orgulloso que no puede dejar de presumir de su cachorrito.

Al regresar con las dos tazas de chocolate, lo encuentro de pie, observando el mueble de la televisión. A diferencia de su ático impoluto e impersonal, mi rincón del salón está lleno de figuritas decorativas, recuerdos de valor incalculable y fotografías en las que aparezco haciendo el tonto con mis amigos.

—Déjame adivinar… —dice, sin apartar la vista de una foto enmarcada—. ¿Esta parte es cosa tuya?

—Sí y… bueno, Dani y Víctor pasan bastante del tema decoración.

Se queda mirando una foto en la que tengo cinco años y estoy abrazada a la cintura de mi madre. Es de los pocas que tengo con ella. Ni siquiera recuerdo el momento, pero tengo una tirita en la frente y cara de enfado; seguro que me había metido en algún lío. Oliver la coge con cuidado, inspeccionándola de cerca, sacude la cabeza y una sonrisa le ilumina el rostro; luego la deja en su lugar y sigue curioseando. Ahora le toca a la estantería de mis libros de novela romántica. Se toma su tiempo en leer los títulos y algunos parecen llamarle la atención, ya que los coge para ojear entre sus páginas. De repente, se sobresalta y enarca las cejas. Me doy cuenta

de que se trata de una historia sobre una fisioterapeuta que tiene una relación poliamorosa con tres jugadores buenorros de *hockey*.

Mierda.

Al menos ya sabe lo que te gusta. Podrías pedirle que te lo haga.

—¿Estás cotilleando? —pregunto, acercándome para dejar su taza encima de la mesa.

—Sí —responde sin inmutarse. Se vuelve hacia mí, todavía con el libro abierto de par en par. Agacha la cabeza para continuar leyendo, se le escapa un carraspeo y vuelve a mirarme, esta vez con una sonrisa ladeada y pícara—. No sabía que estos libros fueran tan… entretenidos.

Entretenidos quiere decir «guarros», para que lo sepas.

—¿Quieres que te lo preste? —No pienso dejar que juzgue mis gustos. Aún no ha llegado a la sección de los *aliens* azules de dos metros que son sexualmente posesivos, pero tiernos y protectores con las humanas de las que se enamoran.

—Tal vez. —Cierra el libro y lo deja en su sitio—. Me ha quedado claro que debería ampliar mis horizontes literarios. No sabía lo que me estaba perdiendo.

Aunque mi rostro arde como una hoguera, le lanzo una mirada desafiante, por si se está burlando de mí. Pero al observarlo mejor, comprendo que en realidad solo siente una sincera curiosidad, porque le intereso de verdad. Es una sensación de lo más agradable y reconfortante. Nadie había querido saberlo todo de mí.

Oliver coge la taza, le da un sorbo y continúa con la inspección. No se lo impido. Yo he estado en su ático y me he puesto a fisgonear cuando me ha dejado sola, motivada por un interés descomunal.

—La gran campeona del *Scrabble* —dice al ver los diplomas colgados en la pared—. Quiero la revancha.

—Te daré otra paliza.

—No te creas. La próxima vez me centraré por completo en el juego, en lugar de quedarme embobado mirándote. No cometeré el error de subestimarte de nuevo, listilla.

—Ya, claro. Mi gran belleza te distrajo.

—Sí —reconoce—. Nunca me canso de mirarte. Eres preciosa.

Sonrío halagada. Me considero del montón y no pasa nada; la belleza es subjetiva y no soy tan superficial como para estar obsesionada con mi aspecto. De hecho, creo que lo más valioso que tengo no es mi cara ni mi cuerpo, pero reconozco que siempre he deseado que un hombre me mirase como lo hace él. Cuando me veo reflejada en sus ojos, siento que soy la persona más poderosa del mundo.

Terminamos el chocolate en silencio mientras él sigue curioseando. De vez en cuando coge cualquier tontería, como la rana de peluche que hay en el sofá, y me mira sonriendo, como si fuese algo extraordinario.

Me muerdo el labio. De repente, me sudan las manos y el corazón me late muy deprisa. No sé de dónde saco el arrojo para encontrar mi voz.

—¿Quieres ver mi habitación? —le suelto con atrevimiento. Se me queda mirando sin decir nada. Quizá he sido muy directa—. Los libros más subidos de tono los tengo allí escondidos. No me gusta compartirlos con Dani, que dobla las esquinas.

—Las personas que no utilizan marcapáginas deberían ir a la cárcel —contesta serio.

—¿A que sí?

Asiente en silencio. Se lo he dejado bastante clarito. Si acaso podría sacar una pancarta que dijese: «Fóllame, por favor». Empiezo a

sentirme muy abochornada, hasta que Oliver esboza una sonrisa que refleja una mezcla de deseo y timidez. Entonces entiendo que está tan nervioso como yo. Me quita la taza, la deja en la mesa junto a la suya y se me queda mirando sin decir nada.

Si no lo llevas a tu habitación ahora, lo haré yo.

«Ah, vale. Está esperando a que dé el primer paso. Dios, estoy hecha un manojo de nervios. Gracias, querido subconsciente».

No hay de qué.

Le doy la mano y lo conduzco hacia mi dormitorio. Oliver se ríe, y no sé por qué hasta que señala la colcha de *Las supernenas*.

—¿Qué? —le doy un empujoncito con el hombro—. Es mi serie favorita.

—Nada, que es muy tú —reconoce. Echa un vistazo a los libros apilados en la mesita de noche y al mural repleto de dibujos que me han ido regalando los niños con los que he trabajado a lo largo de los últimos años. Las paredes están pintadas de un tono verde menta y hay fotografías de mi abuela, mi madre y mis amigos por todas partes—. Es justo como lo había imaginado.

—No entiendo a qué te refieres.

—Cálido, acogedor y un poco infantil.

—¡No soy infantil!

—Claro que sí —me contradice. Se acerca para agarrarme de la barbilla—. Pero no tiene nada de malo, ¿sabes? A todos nos iría mejor si no perdiésemos a nuestro niño interior. La capacidad de disfrutar al máximo de todo, incluso de las cosas simples, te hace única.

—Entonces, ¿te gusta la simplicidad? —pregunto contrariada.

—Me gustan las cosas auténticas. —Sus ojos se oscurecen—. Y tú eres lo más real que me ha pasado en la vida.

Sus labios encuentran los míos, suaves y al mismo tiempo llenos de urgencia. Nos movemos con lentitud, pero pronto se vuelve más intenso, desesperado. Todo lo que hay a nuestro alrededor desaparece, hasta que solo quedamos nosotros. Y tiene razón: es deliciosamente real. Es perfecto.



52

¿No lo echabas de menos?

Oliver se aparta un poco, con la respiración entrecortada y los ojos brillantes de ese deseo salvaje que me consume. El ambiente está cargado de anticipación y nerviosismo. Desliza su boca por el borde de mi cuello, provocándome una intensa ola de calor, entierra una mano con fuerza en el pelo de mi nuca y me muerde el lóbulo de la oreja.

—Quiero follarte —me susurra al oído.

—No es ninguna novedad. —Le acaricio por encima de los pantalones. Está duro y suelta un gruñido ronco cuando lo toco—. ¿Qué te lo impide?

Me agarra del culo y me levanta del suelo con una facilidad que me toma por sorpresa. Suelto un pequeño grito y lo rodeo por el cuello. Me sienta en el borde de la cama y se coloca de rodillas entre mis piernas. Tiene los ojos oscuros y el pelo despeinado por mis

dedos. Está guapísimo.

Apoya una mano en mi muslo, y ese simple contacto basta para convertir mi cuerpo en un charco de lava. Observo cómo su mano cálida y enorme cubre casi toda mi pierna y esbozo una sonrisa traviesa. Por la forma en que me mira, sé que adivina lo que estoy pensando.

—Me gusta que juegues conmigo —me dice mientras desliza su mano hacia mi rodilla, de manera delicada pero posesiva, como si fuera algo extremadamente valioso para él.

—Lo sé.

—Te crees que lo sabes todo, ¿eh? —Se inclina para besarme de nuevo. Esta vez, su boca es más exigente, más decidida. Intento prolongar el beso cuando se aparta, pero no me lo permite—. No tienes ni idea, Georgina.

—¿De qué?

—Llevo matándome a pajas desde que te conocí. —Su confesión me toma desprevenida—. Me despierto empalmado cada mañana después de haber soñado contigo. Y nunca es suficiente, por más que intente encontrar alivio. —Me agarra de las caderas, empujándome contra su erección. Un jadeo ronco sale de mis labios—. Porque te tengo demasiadas ganas.

—No le veo el problema.

Sus hombros se sacuden al reírse. Tiene la frente contra la mía y las manos clavadas en mi cintura.

—El problema es que no sé ni por dónde empezar contigo. —Sus dedos se deslizan bajo mi sudadera con un toque tan sutil como el ala de una mariposa. Cuando se da cuenta de que no llevo sujetador, me mira y sonríe de lado—. ¿Recuerdas lo que te dije la última vez?

Me muerdo el labio cuando me agarra un pecho. Su pulgar traza

un círculo en torno a mi pezón, duro y sensible. Observa mi reacción sin pestañear. Trago saliva y echo la cabeza hacia atrás, entregándome por completo.

—Algo sobre no caminar derecha…

—No —dice con voz grave, mientras pellizca mis pezones, enviándome a un estado de delirio exquisito—. ¿Qué fue lo otro que te dije, Georgina?

—Que… —intento hacer memoria, pero soy incapaz de pensar con claridad—. Yo… eh…

—¿Sí, cariño? —insiste con una voz engañosamente suave, sin dejar de tocarme las tetas tal y como ha tardado dos segundos en adivinar que me gusta—. ¿Qué te dije?

—Que ibas a conseguir que me corriera —logro decir con voz entrecortada.

—Buena chica.

Me da un beso en la clavícula y luego se detiene, mirándome de una forma que me confunde por un instante. Asiento sin dudar al darme cuenta de que me está pidiendo permiso para quitarme la sudadera. Tarda menos de un segundo en sacármela por la cabeza con un movimiento rápido y se echa hacia atrás, conmocionado, como si nunca hubiera visto a una mujer medio desnuda. Me sonrojo al ver la mezcla de devoción y admiración que brilla en sus ojos. Siento los pechos pesados y doloridos por sus caricias y el corazón lleno de una emoción intensa y reconfortante, porque necesito que siga mirándome así durante el resto de mi vida.

Se frota la mandíbula y masculla algo que no llego a entender. Creo que ha dicho una palabrota.

—Qué puta suerte tengo —murmura, más para sí mismo, antes de cernirse sobre mí y besarme a escasos centímetros del ombligo—. En

mis sueños no te hacía justicia.

Levanto las caderas, desesperada por más contacto. Los dos gemimos cuando nuestros cuerpos se rozan por encima de la ropa. No quiero imaginar cómo me sentiré al tenerlo dentro. Esto ya es condenadamente bueno.

Desliza la boca por mi cuello, arañándome con los dientes mientras sus manos exploran cada rincón de mi cuerpo con una precisión que me desarma. Apenas soy capaz de sujetarme a él. Me encantaría tocarlo, pero me ha dejado fuera de combate con solo unos cuantos besos y caricias.

Sus labios se funden con los míos, y no sé cómo se las apaña para besarme y tocarme al mismo tiempo. Yo soy incapaz de tomar la iniciativa porque, aunque me muero de ganas, ahora estoy a su merced. De repente, me agarra de la garganta, su lengua se hunde en mi boca, y su mano libre desciende despacio hacia mis pantalones cortos.

—Es de mala educación recibir a un invitado en ropa interior.

—Son unos *shorts* deportivos —contesto sin aliento.

—Te lo has puesto porque sabías que vendría a buscarte. —No es una pregunta. Lo afirma con convicción, y no le falta razón. Tenía la esperanza de que llamase a mi puerta—. No te preocupes. Un trozo de tela no va a impedir que te coma el coño.

Me quita los pantalones cortos de un tirón y, sin dejar de mirarme a los ojos, separa mis piernas y entierra la cabeza entre ellas. Cuando me agarra de la rodilla y besa el interior de mi muslo, estoy a punto de desmayarme.

—¿Quieres que siga? —Su tono es exigente y suave al mismo tiempo.

—Sí.

Dios, no sabía que pudiera ser tan rudo, ni cuánto iba a gustarme. Aparta mis bragas y gruñe con satisfacción al percatarse de lo mojada que estoy, lo que me excita todavía más. Se acerca poco a poco, como si quisiera prolongar mi agonía. Estoy a punto de suplicarle cuando desliza la lengua por mis pliegues. Clavo las uñas en las sábanas mientras un gemido desesperado brota de mis labios. El muy arrogante se ríe, pero no me importa, siempre que no pare. Me agarra el culo con ambas manos y succiona mi clítoris.

Se acabó, estoy perdida. Tiemblo y me retuerzo de placer, murmurando un montón de palabras incoherentes. En algún momento, lo agarro de la nuca y le tiro del pelo con fuerza, sin dejar de gemir. Estoy tan cerca de desmoronarme que apenas puedo soportarlo. Él lo nota, y justo cuando estoy a punto de explotar, para.

—Todavía no —murmura, besándome el muslo.

Sus labios trazan un camino lento y deliberado hacia arriba. Cada beso es una promesa que posterga el clímax, aumentando la tensión hasta que se vuelve casi insoportable. Me entran ganas de matarlo por torturarme de esta forma, pero no puedo protestar porque su boca se apodera de la mía y siento mi propio sabor en sus labios; estoy mareada y más excitada que en toda mi vida. Hunde los dientes en mi labio inferior, y luego pasa la lengua por el mismo punto, martirizándome de manera deliciosa. Entonces sus manos se ahuecan sobre mi rostro y acaricia mis mejillas con una ternura que contrasta con la forma en que me ha llevado al límite hace solo unos segundos.

—Súbete encima de mí. Quiero verte la cara cuando te corras.

—¿No te ha bastado con tener la tuya enterrada entre mis piernas?

—Te encanta provocarme, ¿verdad? —Coloca dos dedos bajo mi barbilla y me mira extasiado—. Haz lo que te digo, Georgina.

Lo empujo poniéndole una mano en el pecho. Antes de subirme a horcajadas encima de él, me quito las bragas y sonrío al ver cómo traga saliva al verme completamente desnuda. Es injusto que él aún siga vestido. Pero, al mismo tiempo, este juego de poder es lo más erótico que me ha pasado en la vida.

Apoyo las manos en sus hombros y comienzo a frotarme contra él. La sensación es tan intensa que tengo que detenerme un segundo para recuperar el aliento. Oliver está igual de afectado, lo sé porque separa los labios y percibo cómo sube la nuez de su garganta. Me recorre la espalda con los dedos, muy despacio. Yo dejo caer la cabeza y sigo moviéndome, sonriendo al ver cómo me mira, sin perder ni un detalle. Pero en cuanto acelero el ritmo, me agarra de las caderas para detenerme. Lo miro confundida.

—No tan rápido.

Aprieto los labios, frustrada. Estoy más excitada que nunca y no creo que aguante mucho más. Me acaricia el clítoris con el pulgar y entonces entiendo que quiere asegurarse de que llegue antes que él. Es tan mandón… Aunque dudo que pueda recomponerme después; me está dejando destrozada.

—¿Quieres mis dedos? —Me tira del pelo suavemente para que responda.

Asiento desesperada. Para mi sorpresa, aumenta la presión sobre mi clítoris. Ya no puedo moverme, es demasiado. Satisfecho, desliza dos dedos dentro de mí, lo que provoca que un gemido ronco escape de lo más profundo de mi garganta. No pienso quedarme quieta, de eso nada. Cabalgo sus dedos, encantada de sentir que también lo hago perder el control.

—Oliver… —murmuro mientras acelero el ritmo.

Me da igual darle la satisfacción de haber gemido su nombre. Le

bajo la cremallera con manos temblorosas y consigo acariciar su enorme erección por encima de los calzoncillos. Sacudo las caderas, sintiendo la presión perfecta que ejercen sus dedos, que se mueven más rápido dentro de mí. Al fin me desplomo sobre su pecho, gritando de placer, sudorosa y exhausta. Juro que le devolveré el favor en cuanto consiga recuperar el aliento. Entonces lo siento temblar bajo mi cuerpo y, en ese momento, me doy cuenta de que mi mano está pegajosa.

No puede ser. Apenas he conseguido tocarlo un par de veces por encima de la ropa. Pero… se ha corrido dentro de los calzoncillos.

—Lo siento —se disculpa, respirando con dificultad.

Me aparto para mirarlo a la cara. Tiene la expresión relajada de quien acaba de llegar al orgasmo, pero también parece profundamente avergonzado. No sé qué pensar. Ha demostrado que tiene mucha experiencia. Ese no es el problema, ni de lejos. Es innegable que nos une una atracción bestial, pero me cuesta entender lo que acaba de suceder. Nunca había visto a un hombre perder el control así.

Le pongo una mano en el pecho, justo encima del corazón, y siento sus latidos acelerados y fuertes. Algo va tomando forma en mi interior al recordar lo que me dijo aquel día en su ático: «Me gusta que me toques. Hace muchísimo tiempo que no dejo que nadie lo haga».

—No te disculpes. Sabes que me ha encantado.

—¿Te gusta que me haya corrido sin haberme quitado los pantalones? —replica con sorna. Es obvio que está muy afectado—. Porque yo no planeaba que nuestra primera vez fuera así, te lo aseguro.

Me inclino para rozarle la boca con la mía y siento cómo se

estremece. Es increíble que no me haya dado cuenta antes. Tal vez no debería insistir; parece que estoy pisando un terreno pantanoso. Aunque, si no le hago la pregunta, no dejaré de darle vueltas al tema.

—¿Cuánto tiempo hace que no…?

—Mierda, Georgina. —Se mueve incómodo debajo de mí—. Ha quedado bastante claro que hace un montón que no…

—Vale, perdona. —Aprieto los labios y le acaricio el brazo; no debería haberlo presionado.

—Siete años —admite en voz baja. Pongo los ojos como platos; aunque su expresión me confirma lo contrario, no puede hablar en serio. Él observa mi reacción, como si adivinara lo que se me pasa por la cabeza. Suspira y asiente, confirmando mis sospechas—. No ha habido nadie en siete años.

—Cuando dices que no…

—Llevo siete años sin acostarme con una mujer.

Mantiene la mirada fija en mí, como esperando que diga algo, cualquier cosa, pero me he quedado en blanco. Es un hombre increíblemente atractivo y he visto la reacción que provoca en la mayoría de las mujeres que se cruzan con él, así que está claro que candidatas no le habrán faltado. A pesar de ello, soy la primera que lo toca en tanto tiempo. Estoy perpleja y también halagada de que me haya permitido llegar tan lejos. Es abrumador y noto que me falta un poco el aire. No sé cómo ha podido vivir tanto tiempo sin sexo. En su lugar, yo me habría vuelto loca.

Su pulgar me acaricia la cadera, reclamando de nuevo mi atención. Esbozo una pequeña sonrisa; parece una reacción ridícula tras la intimidad que acabamos de compartir.

—Pues no has perdido ni un poco de práctica… —digo sin pensar.

Mierda, que alguien me grape la boca. Oliver suelta una carcajada y me relajo de golpe.

—Eso parece —contesta sonriendo con picardía.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy íntima? O sea, otra. No tienes que responder si no quieres. Sé que me estoy pasando de la raya.

—He tenido la cara entre tus piernas, Georgina. Creo que ya hemos dejado atrás la timidez.

Me sonrojo sin remedio.

—¿No lo echabas de menos?

—¿Acostarme con la primera chica que se me cruzara y despertarme al día siguiente sintiéndome vacío, sin recordar siquiera su nombre porque no significaba nada para mí? —responde con tranquilidad, mientras aprieta mi muslo y me sonríe con sinceridad —. No. La verdad es que durante los últimos años mi libido… no lo sé, se desplomó. —Agacha la cabeza y suelta un suspiro. Parece resignado, como si por fin estuviera dispuesto a aceptar algo que llevaba demasiado tiempo negándose.

»He estado lidiando con algunos problemas de… ánimo — continúa, visiblemente incómodo. Su voz es baja, casi un murmullo —. Nunca he hablado del tema con nadie porque me avergonzaba admitir que la tristeza y la culpa me han pesado tanto que ni siquiera se me pasaba por la cabeza intimar con una mujer. Mi cuerpo casi nunca funcionaba en ese sentido, pero, en las pocas ocasiones que ocurría, me las arreglaba solo. Y eso me bastaba. Te juro que me bastaba, aunque no fuera del todo satisfactorio porque seguía sintiéndome muy vacío.

—¿Qué ha cambiado?

Oliver levanta la cabeza y nuestros ojos se encuentran. Sonríe con una vulnerabilidad que hace que mi corazón se acelere.

—Te conocí, y entonces recordé lo que se siente al desear a alguien.

—Así que ya estás curado —bromeo, intentando aliviar la tensión, aunque el temblor de mi voz me delata.

—Depende —responde, sonriendo de lado—. Porque tengo un problema.

—¿Cuál?

—El problema es que no quiero hacer esto con nadie más que no seas tú.

Mis ojos se abren de par en par por la sorpresa. ¿Lo dice en serio? La sinceridad que veo en sus ojos me calienta el pecho y siento un cosquilleo por todo el cuerpo. Me inclino para besarlo justo cuando la puerta se abre de golpe.

—¿Has visto mi cargador? —pregunta Víctor—. No lo encuentro por ningún…

Oliver me cubre de forma protectora con su cuerpo. Víctor enmudece, perplejo al vernos. Le pego un grito, pero ni por esas reacciona. Entonces le lanzo un cojín que le da en la cara. Por fin se da la vuelta.

—¡Perdón! —El muy idiota se parte de risa—. Pensaba que estabas sola. Esto… será mejor que me vaya. Adiós, Georgi. Encantado de conocerte, Oliver. Ya si eso hablamos cuando dejes de estar debajo de mi amiga.

—¡Víctor! —le grito hecha una furia.

Cierra la puerta y lo escucho reír al otro lado. Dios, lo voy a matar cuando lo vea luego. Le lanzo una mirada de disculpa a Oliver, que se ha quedado tan cortado como yo. Me encojo de hombros, en un intento por restarle importancia. Genial, nos acaba de cortar el rollo.



53

No te vayas

Todavía estamos en la cama. Georgina ha pedido algo de cenar y hemos comido *pizza* mientras veíamos *El retorno del Jedi* en su portátil, acurrucados bajo el edredón de *Las supernenas*. No queremos salir de la habitación. Le cambié el empapador a Leia y le di de comer antes de venir, así que puede pasar la noche sola. El amigo de Georgina no ha vuelto a dar señales de vida, aunque sé que está en casa porque lo escuchamos trastear en la cocina y ella le ha gritado que ni se le ocurriera volver a abrir la puerta. Dani, según me ha contado, está de turno de cierre en el restaurante donde trabaja. Es un alivio que nadie nos interrumpa más. Ojalá Víctor hubiera elegido otro momento para hacer su aparición estelar, y no justo cuando acababa de confesarle a Georgina que llevo siete años sin acostarme con nadie.

Sé que no tengo nada de qué avergonzarme. Pero, maldita sea, ¿era mucho pedir que no me corriese sin quitarme los calzoncillos? He

quedado como un adolescente cachondo sin ningún control sobre su cuerpo. Verla disfrutar, con las mejillas enrojecidas, despeinada y completamente desnuda mientras gritaba mi nombre, ha sido demasiado para mí. Podría morirme tranquilo con esa imagen grabada en la memoria. Además, parece que a ella no le ha importado. Georgina acaba de entender que estoy loco por ella; que es mi mayor debilidad. Solo espero durar un poco más la próxima vez. De todos modos, sé que estaré perdido en cuanto vuelva a quitarse la ropa y me acaricie la polla con esa mano llena de pecas.

—¿En qué piensas? —Se tumba de lado y me mira. Su pierna está enredada entre las mías y sus manos descansan en mi pecho.

—¿Sinceramente? —le acaricio los hombros, preguntándome qué demonios he hecho para tener tanta suerte.

Asiente sonriendo.

—En cómo sería volver a follarte, esta vez con mi polla dentro de ti.

Es increíble que se sonroje después de lo que hemos hecho. Le doy un beso en la punta de la nariz y luego otro en los labios. Tiene una boca perfecta: dulce, ansiosa y suave. Enseguida estoy encima de ella, que se retuerce de placer al sentir mi erección. Meto una mano por debajo de su camiseta y le acaricio el abdomen, arañándole la piel de forma superficial. Le doy un mordisco en el cuello y luego deslizo los dientes hasta la clavícula. Estoy seguro de que si meto una mano entre sus piernas descubriré que está muy mojada. Me aparto con la respiración entrecortada, sabiendo que si no me detengo ahora, follaremos en su habitación.

—No quiero que nuestra primera vez sea así. —Al ver su cara de decepción, la beso despacio para calmarla—. Necesito que grites mi nombre un millón de veces más antes de sentirme satisfecho, pero

creo que te vas a cortar con tu amigo al otro lado de la puerta.

—Me da igual que pueda oírnos.

—A mí no. Porque hay partes de mí que ni siquiera sabía que existían… hasta que te oí gemir mi nombre.

—Qué posesivo.

—Puede ser —admito con una sonrisa ladeada, aunque lo siento más de lo que debería—. La idea de que otro hombre te toque, de que te apetezca estar con alguien más… —Siento un nudo en el estómago—. Ya sé que no hemos hablado de exclusividad, pero… prefiero que, si te acuestas con alguien, sea conmigo.

—¿Y si me apetece tener sexo a las cuatro de la madrugada?

Me da igual que se burle, porque lo digo completamente en serio:

—Recurre a mí. —«Por favor, recurre a mí. Porque si quieres hacer esto con alguien más, me vas a romper el corazón».

—Claro —contesta con suavidad—. Siempre y cuando tú también lo cumplas.

—He dicho que no quiero hacer esto con nadie más que no seas tú y que llevo siete años sin tocar a una mujer…

—A lo mejor has vuelto a cogerle el gustillo.

—Solo te deseo a ti —digo con franqueza—. Ni siquiera puedo pensar en nadie más. No hay otras, no las hubo en mucho tiempo… ni las habrá después. Lo único que me interesa es que tú quieras lo mismo que yo. Y lo que yo quiero es estar contigo.

Georgina me sorprende con la guardia baja al darme un empujón y llenarme la cara de besos. Su pelo me hace cosquillas mientras una sensación de dicha se instala en mi pecho. La agarro de la cintura y me apodero de su boca. Dios, nunca me cansaré de besarla. No es que las demás mujeres no existan, sino que ella ha acabado con todas.

—Estás muy guapo después de correrte, Gruñón —dice con tono mimoso contra mis labios.

—¿Entiendo que eso es un sí?

—¿Y tú qué crees?

—Que tengo muchísima suerte.

—¿De que los dos queramos lo mismo?

—No, Georgina. —Enredo una mano en el pelo de su nuca y la miro con cariño—. De haberte encontrado.

Se le marcan los hoyuelos al sonreír. Entrelaza nuestras manos y me besa los nudillos. Nunca pensé que fuera capaz de sentir algo tan poderoso por otra persona. Me invade una sensación de triunfo al comprender que no tengo miedo de darle una oportunidad a lo que siento; que los errores del pasado pesan un poco menos si existe la promesa de un futuro a su lado.

—Quédate a dormir. —Se acurruca a mi lado—. Ya sé que no vamos a hacer nada, pero no te vayas.

—No quiero irme.

Georgina parece aliviada. Le aparto el pelo de la cara y le beso la frente. Los dos tenemos una mochila emocional en nuestras espaldas. La suya está llena de un temor exacerbado a la soledad cimentado en la creencia de que no será suficiente para nadie. Debería decirle que siempre la elegiré, que no debe tener miedo de que me vaya, ni de que lo único que quiera de ella sea echar un polvo. Que, maldita sea, por supuesto que me apetece quedarme, aunque no vayamos a acostarnos; porque me encanta estar con ella, ya sea para escucharla hablar, jugar al *Scrabble*, ver una película o simplemente estar acurrucados en la cama. Pero decido guardar silencio y abrazarla fuerte para que sepa que puede contar conmigo, al igual que ella me lo ha demostrado. Serán mis hechos, en lugar de

mis palabras, los que le demuestren lo valiosa que es para mí. Porque si algo he aprendido del pasado es que lo que de verdad nos define son nuestros actos.



54

Tengo que irme

La rabia me ciega y anula cualquier buen sentimiento que pudiera albergar hacia él. Siento un desprecio tan grande por el hombre que tengo delante que aprieto los puños, dispuesto a borrarle esa sonrisa asquerosa de la cara.

—¡Levántate! —le grito cuando se cae de rodillas—. Todavía no he acabado contigo.

Mi amigo me mira con un odio tan profundo que me hace retroceder un paso. De repente, siento un profundo vacío al ser dolorosamente consciente de su traición. Agacho la cabeza y observo con espanto mis manos manchadas de sangre.



—¡Oliver! —Alguien me zarandea con suavidad—. Tranquilo, es una pesadilla. Estoy aquí.

Me despierto sobresaltado. Mi primer impulso es apartar bruscamente a la persona que tengo encima, que suelta un grito de dolor. Entonces, me espabilo de golpe y miro horrorizado a Georgina, que se ha golpeado la cabeza contra el cabecero.

Maldita sea, ha sido culpa mía. Me siento en la cama, abochornado, y miro mis manos, las mismas con las que hace siete años le di una paliza a mi mejor amigo; las mismas que acaban de empujar a Georgina.

—Lo siento —murmuro con la voz rota—. Lo siento muchísimo. No quería hacerte daño.

—Estoy bien. —Sonríe para tranquilizarme y se señala la cabeza—. La tengo muy dura, o eso decía muy abuela.

—Te he dado un empujón —insisto, angustiado.

—Estabas dormido, ha sido un acto reflejo. —Me aparto cuando me toca el brazo—. No debería haberme subido encima de ti, por si reaccionabas mal. La culpa es mía, Oliver.

—No. —Sacudo la cabeza y me tapo la cara, luchando por contener las lágrimas—. Siempre hago lo mismo. Le hago daño a todos los que me importan. Se lo hice a Cristina, Elena, Gael… y Thiago. —Me quiebro al decir su nombre—. Y te lo acabaré haciendo a ti, tarde o temprano.

—No es cierto.

—Dios mío, Georgina. Mira lo que acaba de pasar.

—Lo que ha pasado es que tenías una pesadilla y yo no te he despertado con suficiente cuidado. La próxima vez sabré cómo hacerlo.

—No habrá una próxima. —Me quito las manos de la cara y salgo de la cama sin mirarla. Si lo hago, estaré perdido. Me da igual que me odie. Ahora mismo, lo único que quiero es protegerla de mí

mismo. ¿Dónde están mis zapatos? Mierda, debo salir de aquí—. Tengo que irme.

—¿Adónde? —pregunta con voz suave detrás de mí.

No la he oído bajar de la cama. Sigo dándole la espalda, incapaz de respirar bien.

—A mi casa.

—Has dicho que no querías irte.

—Eso ha sido antes de empujarte.

—Oliver… —Sus dedos rozan mi hombro con cautela, pero esta vez no me aparto. Su contacto, lejos de alterarme, me trae una paz inesperada—. Si te vas, lo entenderé. Pero quiero que sepas que mañana te llamaré. Y, si no me contestas, iré a tu casa y me quedaré allí hasta que me abras la puerta.

—Mierda, Georgina.

—Puedo aceptar que no quieras estar conmigo, pero no que te alejes porque creas que debes protegerme. No te tengo miedo. De hecho, serías la primera persona a la que llamaría si estuviese asustada. —Su mano se apoya con más firmeza en mi hombro—. Ojalá no sintieras la necesidad de huir cuando el pasado te atormenta. Porque yo estoy justo aquí, lista para escucharte, abrazarte o darte lo que necesites. Y no pienso irme, te lo juro.

Una lágrima traicionera resbala por mi mejilla. Maldita sea, no quiero llorar delante de ella. No puedo desmoronarme, me da demasiada vergüenza. Sin embargo, mi cuerpo tiene otros planes. Carraspeo para fingir que es un ataque de tos y me limpio las lágrimas con un manotazo. Entonces, ella me abraza por detrás. Sus brazos rodean mi cintura y apoya la mejilla en mi espalda.

Le agradezco que no diga nada. Cierro los ojos y pongo mis manos sobre las suyas. Tal vez tenga razón. No puedo irme cada vez que las

cosas se pongan feas, no se lo merece. Lo único que me duele más que hacerle daño de forma inconsciente es herir sus sentimientos al marcharme.

No sé cuánto tiempo permanecemos abrazados, hasta que logro calmarme un poco. Ya no tengo miedo de quedarme; se ha convertido en mi ancla y, por injusto que parezca, voy a aferrarme a ella con todas mis fuerzas.

—Necesito ir al baño —digo más tranquilo.

—Está al fondo del pasillo.

Salgo sin encender la luz, guiándome a oscuras hacia la puerta. Me echo agua fría en la cara y cuento hasta diez. «No huyas», le digo a mi reflejo aterrorizado. Porque la verdad es que me da más miedo perder a Georgina que enfrentarme de una vez a mi pasado.



55

Este tío me cae genial

Una vez que me calmo, salgo del baño y me doy de bruces con Víctor. Conocer al mejor amigo de la chica que te gusta justo después de haber tenido dos dedos dentro de ella no es la forma más políticamente correcta de empezar una relación. La culpa es suya por no llamar a la puerta, aunque supongo que él y Georgina tienen tanta confianza que están acostumbrados a invadir la privacidad del otro.

Lo observo con cautela. Este tipo de rostro afable es muy importante para Georgina y, a pesar de que no lo conozco, ya me cae bien por el simple hecho de ser su mejor amigo. Le ofrezco la mano para aliviar la tensión, y él me toma por sorpresa al abrazarme y darme unas palmadas en la espalda. Me aparto incómodo e intento mantener una expresión neutral, fingiendo que no me incomoda su cercanía. No soy la persona más sociable. Con Georgina me nace ser cariñoso, pero ella es la excepción.

—Encantado de conocerte —me dice con una sonrisa sincera—. Soy Víctor, y tú debes de ser Oliver. Georgi me ha hablado mucho de ti.

Sí, me emociona que su mejor amigo sepa que existo.

—Tienes los ojos de tu abuela —observa—. Oye, tío, perdona por la interrupción de antes. No se me habría ocurrido entrar de haber sabido que Georgi tenía compañía. Ella nunca trae a nadie a casa, así que he asumido que estaba sola. Y, bueno, aquí la intimidad brilla por su ausencia.

—¿De verdad? —pregunto, sorprendido.

—Tenemos la regla de no traer ligues a casa. La pusimos porque Dani y yo estuvimos juntos una temporada y Georgi sabía que me resultaría incómodo encontrarme a un tío saliendo de la habitación de mi ex. Fue idea suya, para salvarme el culo. Típico de ella, ¿no? Pensar en los demás antes que en sí misma. —No digo nada porque tiene razón; Georgina es la clase de persona que antepone las necesidades de sus seres queridos a las suyas propias—. Pero aquí estás. Un dato de lo más revelador.

—En realidad, he venido sin avisar —explico. No quiero que Georgina discuta con sus amigos por mi culpa—. No le he dado otra opción que dejarme entrar.

—Podría haberte pedido que te fueras, pero te has quedado a dormir. Ni el idiota de Marcos llegó tan lejos, y te aseguro que no fue porque no lo intentase.

Este tipo me cae muy muy bien.

—Puedo irme si…

—No, no —me interrumpe con rapidez—. Perdona, me has malinterpretado. No se me ocurriría echarte. Esa regla es absurda, y estoy seguro de que a Dani tampoco le importará. Lo que intentaba

decirte es que le gustas de verdad. Parece la típica persona que se hace ilusiones muy rápido, pero en realidad es muy selectiva porque le cuesta creer que los demás sepamos apreciar lo especial que es.

—Es increíble —respondo, sonriendo como un tonto enamorado.

—Sí, ¿verdad? —dice con complicidad—. Me abrió las puertas de su casa cuando mis padres me echaron. No te aburriré con mis dramas familiares, pero ella pensaba que le hacía un favor porque se sentía sola tras la muerte de su abuela, y la verdad es que fue ella quien me salvó. Estaba hecha polvo y, aun así, todas las mañanas me obligaba a salir y pasear con ella para despejarme; siempre conseguía sacarme una sonrisa. Un día la encontré llamando a mis padres a escondidas, gritándoles que eran unos miserables por no respetar mi sexualidad. ¿Qué clase de persona aparca a un lado su dolor para cuidar a su amigo? —pregunta emocionado—. Gracias a ella aprendí que solo merezco rodearme de quienes me acepten tal como soy. Esa es Georgi. Si te cuelas en su corazón, habrás ganado un tesoro de valor incalculable.

De verdad, este tipo me gusta. La forma en la que habla de la mujer que me tiene loco es preciosa, y tiene toda la razón.

—Lo mínimo que puedo hacer es asegurarme de que se fije en alguien que la merezca, y no en el primer imbécil que le regale los oídos. —Se pone serio y me mira con recelo, cosa que antes no hacía —. No tienes pinta de serlo. Pero, si le haces daño, te juro que te las verás conmigo. Y con Dani, que es mucho más vengativa.

En su lugar, haría exactamente lo mismo. Le pongo una mano en el hombro y lo miro a los ojos.

—Jamás le haría daño a propósito —digo con sinceridad—. No sé si soy lo bastante bueno para ella, pero te prometo que le daré lo mejor de mí. Lo único que quiero es cuidarla y verla sonreír.

Víctor se relaja de golpe y vuelve a recuperar su expresión afable.

—¡Genial! —Me da otra palmada en la espalda—. Ni se te ocurra decirle que hemos hablado. No tienes idea de lo complicado que es vivir con dos mujeres que siempre se alían en mi contra. No quiero que se enfade porque me haya metido en su vida. Por cierto, mañana no curro, así que voy a salir de fiesta esta noche. Volveré… —mira su reloj—… después de que amanezca. Y Dani va a pasar la noche fuera. He pensado que te gustaría saberlo.

Me guiña el ojo y se va silbando. Estoy seguro de que no tenía planes, pero lo ha hecho a propósito para darnos intimidad. Me gusta ver que Georgina cuenta con alguien que la cuida y defiende; no merece menos.

Regreso a la habitación sabiendo que hace unos minutos he sido un bruto con ella. No puedo huir cada vez que las cosas se pongan feas. Quiero despertarme más noches a su lado, pero sé que volveré a tener pesadillas. Lo mínimo que puedo hacer es ser honesto con ella.



56

A veces, me gustaría estar en cualquier lugar menos en mi propia mente

Oliver llevaba bastante tiempo encerrado en el baño y estaba empezando a angustiarme. No he querido agobiarlo y he decidido darle su espacio, pero justo cuando estaba a punto de ir a buscarlo para preguntarle si se encontraba bien, lo he oído hablando con Víctor en el pasillo. Juro que mataré a mi amigo si le ha hecho un interrogatorio. Oliver es una persona muy reservada y no voy a permitir que lo atosigue; aquí estoy yo para protegerlo de ese metomentodo.

Oliver regresa antes de que yo decida hacer nada. He encendido la lámpara de la mesita de noche porque no quería que se tropezase, y

he pensado que la luz del techo sería demasiado fuerte teniendo en cuenta que se ha avergonzado de haberse derrumbado delante de mí. Aunque no soy la más indicada para criticar que no quisiese llorar delante de mí, ya que hace un montón que no me vengo abajo, ni siquiera con mis amigos. Creo que lloré tanto en el funeral de mi abuela que en algún momento me quedé sin lágrimas al darme cuenta de que mi tristeza no la traería de vuelta.

—Dime que Víctor no te ha hecho un tercer grado. —Decido ignorar el hecho de que hace un rato quería marcharse; prefiero que sea él quien decida si le apetece hablar del tema, y en qué términos. Al ver su expresión, me tapo la cara con una mano. Ya me lo ha dicho todo—. ¡Es lo peor!

—Solo ha insinuado que podemos gritar todo lo que nos apetezca. Se va de fiesta y Dani duerme fuera. Ha sido un detalle que tuviera a bien informarme.

—Ah —contesto más relajada. Entonces lo miro con suspicacia. Conozco a Víctor, y seguro que ha querido cerciorarse de que Oliver es un buen tío—. ¿De verdad que no te ha molestado?

—Para nada.

Se sienta en el borde de la cama. Me muerdo el labio, intentando disimular que no estoy preocupada por él. Es increíble que quisiera marcharse por haberme dado un empujón. ¡Ha sido un accidente! Una vez le di un codazo en el ojo a Dani al despertarme de sopetón porque me quedé dormida y llegaba tarde al trabajo. Lo tuvo morado una semana. Víctor se divirtió de lo lindo comparándola con Yao, el amigo bajito y con mal carácter de Mulán.

En serio, no lo entiendo. Asumo toda la culpa por haber creído que ponerme encima de él y zarandearlo era una buena idea, ojalá lo hubiese despertado con más tacto.

—¿Dónde te has golpeado? —pregunta preocupado.

—Aquí. —Me señalo la sien derecha—. Pero no me duele.

Es verdad; no ha sido para tanto.

Levanta la mano, indeciso, y me lanza una mirada interrogante, como si necesitara permiso para tocarme, cuando la verdad es que me encanta que lo haga y me muero de ganas de que me bese. Uf, ¿podemos volver ya a la parte en la que nos enrollábamos?

Me acaricia con suma delicadeza, como si estuviese hecha de porcelana. No puedo soportarlo más, así que lo agarro de la muñeca y coloco la palma de su mano contra mi piel. Está temblando y respira hondo. Me mira angustiado, de nuevo con los ojos vidriosos.

—¿Lo ves? —digo con suavidad—. Nada de nada.

Abre la boca, pero me adelanto y le pongo un dedo en los labios. Ya sé lo que va a decir.

—Ni se te ocurra volver a disculparte —le pido hastiada—. Sé que te cortarías la mano antes de hacerme daño a propósito. Confío en ti, Oliver. Ni siquiera tenemos que volver a hablar de ello. ¿Qué tal si apagas la luz, te tumbas a mi lado y me abrazas hasta que me duerma?

Se inclina y me da un beso en la sien. Su boca cálida y suave me hace cosquillas, y yo lo agarro de la camiseta para que no se aparte. Esto es todo lo que necesito; ojalá lo entienda de una vez. Cuando me envuelve con sus brazos fuertes, es como volver a tocar el cielo. No despega la boca de mi frente. ¿Por qué me gusta tanto que lo haga? Supongo que me encanta la sensación de protección y afecto sincero que me embriaga. Y, sobre todo, siento que este beso va más allá del simple deseo físico que he podido experimentar con otras personas. Hay algo muy puro y tierno en él, que implica una conexión emocional que jamás había sentido con nadie.

—Lo siento —murmura, casi sin despegar los labios de mi piel.

Me acaricia la espalda con una mano.

—Te he dicho que no volvieras a disculparte.

—No por haberte golpeado sin intención, sino por intentar marcharme. Estaba asustado.

—¿Quieres hablar del tema? —Me aparto y lo miro a los ojos—. No tenemos por qué hacerlo. Es tu decisión.

—Sí.

Su respuesta me toma desprevenida. Me levanta en brazos como si no pesara nada y me tumba a un lado de la cama. Luego se echa a mi lado. La luz tenue de la lamparita dibuja los contornos de su cara. Creo que nunca le he dicho que me parece el hombre más atractivo que he conocido. Bueno, hace unos días hice un comentario sobre sus abdominales que no pienso repetir en voz alta.

—Me distraes si me miras así.

—Es injusto que seas tan guapo.

Oliver sacude la cabeza y se ríe. Me encojo de hombros, esbozando una sonrisa traviesa.

—¿Qué pasa? ¿Tú puedes decirme que soy preciosa y yo no puedo hacerte un cumplido?

—Hazme todos los que quieras. Me alegro de que te guste lo que ves. —Me roza el cuello con la nariz—. De todas formas, ya lo sabía.

—¡Idiota! —Le golpeo con un cojín.

—Un idiota guapo.

Pongo los ojos en blanco, intentando aguantarme la risa. Cuando se nos pasa la tontería, Oliver me aparta un mechón de la cara y vuelve a ponerse serio. Me quedo quieta; no quiero hacer ni decir nada que pueda arruinar su intención de sincerarse.

—Tengo pesadillas a menudo —me confiesa—. En realidad son

recuerdos… —cierra los ojos, apesadumbrado—, que me siguen atormentando después de muchos años por haber tomado un montón de malas decisiones. —Se pasa una mano por el pelo con frustración—. Dios mío, qué difícil.

La nuez de su garganta baja al tragar; está muy afectado.

—Antes te he golpeado sin querer porque te he confundido con Thiago, el chico que aparece en la foto que viste oculta en aquel libro —dice atropelladamente—. Era mi mejor amigo. Tuvimos una gran discusión porque hizo daño a una persona muy importante para mí. Nunca se lo perdonaré, pero tampoco me justificaré por haberle dado aquella paliza. —Se cubre la cara y sus hombros se hunden bajo el peso de la culpa—. Creo que tengo esas pesadillas porque me da pánico volver a ser el de antes: un idiota impulsivo y temperamental que arreglaba los problemas a puñetazos, emborrachándose o follando con la primera mujer que se le cruzaba por delante.

—Que te preocupe tanto es la prueba de que estás haciendo todo lo posible para ser una persona mejor. —Le acaricio el pelo con delicadeza—. Estoy convencida de que todos podemos cambiar si nos lo proponemos. No sé si te sirve de algo, pero a mí me has demostrado que eres amable, considerado y generoso.

Aparta las manos y me mira agradecido.

—Me sirve de mucho, Georgina —dice con voz ronca. Toma una profunda respiración, esforzándose por recuperar la compostura—. Solía tener insomnio y dolores de cabeza. Ahora duermo mejor y ya no tomo analgésicos, pero lo malo es que tengo más pesadillas. A menudo me despierto sobresaltado, sin saber dónde estoy. A veces tardo un buen rato en darme cuenta de que solo ha sido un sueño. O mejor dicho, un recuerdo.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—No tienes que…

—*Quiero*. —Le aprieto el brazo—. Así funciona cuando alguien te importa. Quiero ayudarte, Oliver.

—No lo sé —contesta indeciso—. Leia suele despertarme con lametones.

—¿Quieres que te lama la cara?

—Mierda, no. —Se le escapa una risa nerviosa—. Sería raro.

—Un poco.

—Creo que la próxima vez bastará con que me llames. Pero no me toques, por favor. Y deberías mantener la distancia, por si acaso —dice con tono suplicante. Sus ojos brillan de aflicción—. Me quería morir cuando me he dado cuenta de que te había empujado.

Me muerdo el labio; no sé cómo expresar lo que siento con palabras, pero lo intentaré.

—Lo que me ha dolido no ha sido el golpe, sino ver cuánto te había afectado y que sintieses la necesidad de apartarme cuando lo único que yo quería era estar ahí para ti.

—Dios mío. —Me toma de la cintura y me pone encima de él antes de tomar mi rostro entre las manos. No logro descifrar su expresión, hasta que dice—: A veces, me gustaría estar en cualquier lugar menos en mi propia mente. Es agotador lidiar con tanta mierda. Siento tanto odio hacia mí mismo que dudo estar preparado para que me quieras. No digo que vaya a pasar, porque estoy hecho una porquería, soy un desastre y tú eres absolutamente increíble. Pero si sucede en algún momento, seré el tipo más afortunado del mundo.

—No depende de ti —digo en voz baja, intentando digerir lo que acaba de compartir conmigo—. No importa que no estés listo para que te quiera. Eso… no cambia lo que empiezo a sentir por ti.

Ni impide que me esté enamorando irremediablemente o que no importe que él no llegue a sentir lo mismo; el resultado seguirá siendo idéntico. El amor no entiende de obstáculos ni límites. De lo contrario, no sería el sentimiento más poderoso e irreflexivo de todos.

Me acaricia las mejillas y me mira con una mezcla de ternura y agradecimiento que me desarma. Mi dulce Gruñón cree que no es digno de amor. Qué equivocado está; es muy fácil quererlo.

—El destino te llevó hasta mí aquel día en la cafetería —dice convencido—. No ha dejado de insistir, obligándonos a coincidir hasta que me rendí y acepté que quería estar contigo. Siento si a veces lo complico todo, pero llevo tanto tiempo solo que mi primer impulso es huir cuando la opción correcta es abrirte mi corazón. Ten paciencia conmigo, Georgina. Esto es nuevo para mí.

El destino se llama Elvira.

«Cállate, por favor».

Oliver me besa. Cierro los ojos y le ruego a la vocecita que se mantenga al margen. Lo que Oliver no sabe es que él no es el único que complica las cosas, aquí tiene a una gran experta.



57

Demasiado bueno para ser real

Sigue despierto, su respiración irregular lo delata. Su aliento cálido me hace cosquillas en la nuca mientras su brazo descansa alrededor de mi cintura. Ha sido una noche intensa: primero la interrupción de Víctor, que nos ha arruinado el momento, y luego ha tenido una pesadilla y me ha abierto su corazón. Aunque, después de todo esto, ambos pensábamos que lo mejor sería descansar, ninguno de los dos contaba con no poder pegar ojo por culpa de esta atracción constante. No importa que hace unas horas me haya regalado un orgasmo que me ha dejado completamente exhausta. Quiero más.

Por una vez estamos de acuerdo en algo.

Presiono mi culo contra su erección. Saber que me desea tanto me hace sonreír; es halagador sentirlo así, tan duro. Me muerdo el labio al escucharlo gemir y vuelvo a frotarme. Su mano se aferra a mi cadera, pero no me aparta cuando vuelvo a empujar hacia atrás otra

vez. Entonces, me da un beso en el hombro.

—Olvidaba lo mucho que te gusta jugar conmigo —susurra mientras sus dientes rozan suavemente mi cuello y sus dedos se enredan en mi pelo—. No vamos a poder dormir si sigues moviéndote así.

—Dormir está sobrevalorado.

Su risa grave me recorre como una descarga. Lo tomo como una invitación y me pego más a él. Su pulgar dibuja círculos perezosos sobre mi pelvis como si supiera lo fácil que es hacerme perder la cabeza. Es injusto que apenas tenga que esforzarse para ponerme cachonda. Dios, necesito más.

—¿Te deletreo lo que quiero? —Mi voz es exigente, más ansiosa de lo que pretendía.

Vuelve a reírse. Atrapa el lóbulo de mi oreja con los dientes y tira de él, lo que me provoca un gemido de placer. La mano que estaba en mi cadera se desliza por mis pantalones cortos y me acaricia por encima de la ropa interior. Un gruñido ronco brota de su garganta cuando descubre lo mojada que estoy.

—No hace falta —contesta con tono engreído. Aparta mis bragas con un movimiento ágil y recorre mis pliegues con un dedo—. Sé lo que quieres, ¿sabes por qué?

Contengo la respiración cuando para de tocarme. Me tira del pelo, obligándome a girar la cabeza para que lo mire. Su boca me roza la barbilla y separo los labios a la espera de un beso, pero en lugar de eso, su lengua se desliza por mi garganta.

—¿Lo sabes? —insiste con una autoridad que me enloquece.

—Dímelo tú —refunfuño acalorada—. Ya que lo sabes todo.

Me tumba bocarriba con tanta facilidad que me da un vuelco el corazón. No puedo verle bien la cara, pero en la oscuridad alcanzo a

distinguir el brillo ladino de sus ojos y una media sonrisa.

—Algún día te follaré esa boquita.

—¿Por qué no ahora?

Guarda silencio durante unos segundos; no sé si lo he dejado perplejo o se lo está planteando.

—Porque ahora quiero follarte con mis dedos.

—¿Y luego?

—Dios, Georgina. —Apoya su frente en la mía y suelta una risa suave—. Debería haber imaginado que hablarías tanto cuando lo hiciéramos.

Mi cuerpo se pone rígido al instante. Una vez salí con un tipo que no soportaba que tomase la iniciativa o expresara mis deseos en voz alta. Por suerte, duró poco.

—¿No te gusta?

—Me gusta todo lo que haces. —Su boca baja para besarme la barbilla despacio, con devoción—. Y lo que dices. Si cambias, me matas.

Me baja los pantalones y las bragas de un tirón. Su boca encuentra la mía, decidida y exigente. Atrás ha quedado el hombre cauteloso por miedo a mi rechazo. Nuestras lenguas se enredan mientras su pulgar empieza a acariciar mi clítoris. La fricción es perfecta y sus movimientos tan precisos que mi cuerpo empieza a reaccionar antes de que sus dedos me penetren. Un gemido escapa de lo más hondo de mi garganta cuando los desliza en mi interior. Al principio se mueve despacio, explorando, pero luego acelera el ritmo. Separo las piernas y me agarro a sus hombros, desesperada por encontrar algo a lo que aferrarme. Es como si fuera a desmoronarme de un momento a otro, a pesar de estar tumbada.

Es tan bueno, tan intenso, que no voy a durar mucho.

—Quiero verte —murmura—. ¿Puedo encender la luz?

Asiento sin pensar. Al darme cuenta de que sigue esperando, recuerdo que no puede verme la cara y farfullo:

—Sí.

—Me encanta mirarte. —Sus labios encuentran de nuevo los míos —. Podría correrme solo con verte.

Se inclina hacia la mesita de noche, sin dejar de masturbarme, y una tenue luz nos envuelve. Estoy ruborizada y despeinada cuando me mira. Sus ojos me recorren de arriba abajo como si fuese la primera vez que me ve medio desnuda. Me agarra del cuello y, sin pestañear, sus dedos se arquean para encontrar mi punto G. Un espasmo de placer recorre mis piernas. Él estudia mi reacción, maravillado. Retuerzo la colcha con las manos y levanto las caderas. Sin soltarme el cuello, pasa su pulgar por mi labio inferior, muy despacio. Me está volviendo loca.

—Ponte de rodillas —me ordena. Su tono es firme—. Mírame y monta mi mano como sé que te gusta.

Me tiene que ayudar a levantarme, ya que me tiemblan las piernas. Me sujeto a sus hombros y comienzo a moverme hacia delante y detrás. Es perfecto. Es demasiado bueno. Cuando su mano libre se cuela bajo mi camiseta y me acaricia los pezones, siento que esto va a acabar conmigo. Sus dedos me penetran más deprisa mientras mis caderas siguen el ritmo, y no puedo evitar imaginar lo bien que me sentiría al tenerlo dentro.

—Ojalá fuera tu polla.

Su mano tiembla contra mí cuando lo digo. No puedo soportarlo más. Me agarro a su cuello, echo la cabeza hacia atrás y me dejo llevar por completo. Me aprieta un pecho, ejerciendo la presión perfecta. Entonces exploto. Una sensación intensa y maravillosa se

apodera de todo mi cuerpo.

—Eso es, córrete para mí.

No deja de mover los dedos hasta que echo el cuerpo hacia delante y apoyo la frente en su hombro, completamente exhausta. Cuando los saca, un suspiro de derrota brota de mis labios. Estoy temblando al echar la cabeza hacia atrás y mirarlo justo cuando se lleva los dedos a la boca y los lame. Mi estómago se contrae y vuelvo a notar un cosquilleo en los muslos.

Ahora soy yo la que toma las riendas y lo desvisto con urgencia y torpeza. Él me ayuda a quitarle la camiseta mientras mis manos se deslizan por su abdomen duro y se le acelera la respiración. Lo acaricio despacio, deleitándome en cada centímetro.

Oliver no me quita la vista de encima. Sé, sin necesidad de preguntárselo, que le encanta cómo lo toco, lo noto en la forma en que se estremece o se inclina hacia mí. Le desabrocho los pantalones con manos temblorosas y, de repente, me doy cuenta de que se tensa. El ambiente cambia de golpe. Recuerdo lo que ha pasado hace unas horas y lo avergonzado que se ha sentido. Eso me obliga a detenerme y mirarlo a los ojos.

—¿Va todo bien?

—Sí.

—¿Puedo seguir?

Su expresión permanece tensa, pero luego se relaja y me regala una media sonrisa vulnerable.

—Me muero si paras —admite—. Es que no quiero irme tan deprisa, pero me temo que no duraré mucho cuando me toques.

Le desabrocho el primer botón y sonrío más tranquila.

—Tenemos toda la noche.

Lo acaricio por encima de los calzoncillos. Aún no lo he visto, pero

ya sé que la tiene enorme.

—No soporto estar lejos de ti —dice con voz ronca—. Y, cuando estoy cerca, pienso que es demasiado bueno para ser real.

Mi corazón se calienta por sus palabras. Deslizo la mano dentro de su ropa interior y le acaricio la punta húmeda con un dedo. Observo su reacción para saber si voy por buen camino. Tiene los ojos entornados, la frente fruncida y la mandíbula apretada. Yo no soy, ni de lejos, tan intuitiva como él, así que prefiero preguntárselo antes de meter la pata.

—Dime cómo te gusta que te toque.

—No importa —contesta con dificultad—. Simplemente hazlo. Me gustará todo lo que hagas.

Al principio lo acaricio con cierta timidez, pero a él no parece importarle, porque solo murmura un montón de palabras incoherentes que no logro entender. Ha sido sincero; podría hacer lo que me diera la gana y creo que le encantaría. De todos modos, me esfuerzo por estar a la altura y ser tan generosa como él ha sido conmigo, así que decido aumentar la presión y lo acaricio con más seguridad; despacio, de arriba abajo.

—Georgina —susurra—. Necesito… un preservativo.

¿Ya? Oh, Dios. Sí que le ha gustado.

—No tengo —contesto apurada—. Dime que has traído.

—Están en mi cartera.

Me desplazo por la cama hasta la mesita de noche. Cojo su cartera y encuentro uno en la parte trasera. Él ya se está quitando los pantalones cuando regreso a su lado. Abro mucho los ojos cuando se baja los calzoncillos.

No puede ser. Sospechaba que la tendría grande, pero esto es…

—Ay, Dios… —exclamo algo agobiada.

Oliver me mira confundido. Al darse cuenta de cuál es el «problema», una sonrisa arrogante se dibuja en sus labios. Me entran ganas de matarlo.

Cretino.

—¿No es lo que esperabas?

—Pues… —Me muerdo el labio, indecisa—. No me va a caber.

Se ríe, y mis ganas de asesinarlo aumentan y le lanzo el preservativo, que atrapa al vuelo con una mano. Está guapísimo, con el pelo negro despeinado cayéndole sobre la frente y esos ojos azules que me roban el aliento cada vez que me miran.

—Siempre te la puedes meter en la boca.

—¡Imbécil! —Le pego con la almohada.

—Te recuerdo que ha sido cosa tuya…

Me agarra de las muñecas y me atrae hacia él. Tarda menos de cinco segundos en conseguir que me derrita de nuevo. Solo le bastan un puñado de besos por el cuello; así de fácil se lo pongo. Es vergonzoso.

—Ahora en serio, Georgina, no tenemos por qué hacerlo si no te apetece. Nunca te forzaría a hacer algo que no quisieras.

—Pero tú quieres.

—Lo que quiero es estar contigo —murmura, deslizándome los dedos por el muslo con una caricia lenta—. Y lo que necesito es que tú disfrutes tanto como yo.

—Podemos probar… —Confío en él y sé que parará si se lo pido. Por eso me envalentono y vuelvo a acariciarlo. Oliver deja caer la cabeza hacia delante.

—No lo hagas por compromiso…

—¿Te parece que me siento forzada? —replico, extasiada al verlo perder el control.

Uso ambas manos. Con una lo acaricio desde la base hasta la punta, acelerando el ritmo, y con la otra le aprieto suavemente los testículos. Un gruñido profundo escapa de su garganta cuando lo hago. Su nuez baja al tragar. Pronuncia mi nombre una y otra vez. Cuando siento que está a punto, le quito el condón de las manos y rasgo el envoltorio.

—¿Segura?

Asiento con los ojos nublados por el deseo. Me ayuda a ponérselo. Luego me tumbo bocarriba y él se coloca encima de mí, apoyándose en los codos para no aplastarme.

—Te deseo tanto que me duele.

Sus palabras me derriten. Separo las piernas para que se acomode, pero, en lugar de ir con prisa, vuelve a acariciarme para cerciorarse de que esté preparada. Sabe cómo tocarme y tardo muy poco en estar húmeda. Entonces, se agarra la polla y la frota contra mi entrada. No me penetra de golpe, como me sorprende descubrir que estoy deseando, pese a mis reparos iniciales, sino que me atormenta de una forma deliciosa. Se frota contra mí, de arriba abajo, presionando la punta contra mi clítoris hinchado. Levanto las caderas y lo atraigo del cuello.

—Oliver…

—¿Sí, cariño? —Me besa en los labios—. Dime qué quieres.

Está jugando conmigo. En condiciones normales le plantaría cara, pero estoy completamente acabada. Y él lo sabe.

—Dímelo, Georgina —insiste, tirándome del pelo cuando no respondo.

—Quiero que me folles.

Me agarra de las muñecas, aprisionándolas por encima de mi cabeza. La punta de su erección presiona contra mi entrada. Lo miro

a los ojos, con el corazón acelerado. Entonces, se entierra de un profundo empujón. Estoy a punto de protestar por la sorpresa, hasta que se separa y vuelve a entrar lentamente. Me doy cuenta de que no me la ha metido entera. Se queda quieto y me observa, su rostro cubierto por el deseo.

—¿Estás bien? —pregunta con voz entrecortada.

La presión que ejerce sobre mis muñecas se afloja un poco, sin llegar a soltarme.

—No pares.

Por fin vuelve a moverse. Al principio siento una presión tan fuerte que me cuesta respirar, pero Oliver es paciente. Se mueve despacio, llenándome un poco más con cada embestida y esperando unos segundos a que me acostumbre a él. No siento una pizca de dolor cuando me penetra por completo, sino una sensación intensa y absolutamente increíble. Él apoya la frente contra la mía, con los ojos cerrados.

—Soy tuyo —exhala con fuerza.

Mío.

Mi corazón late con fuerza. Me siento codiciosa y llena de orgullo. La palabra «mío» resuena en mi mente como un mantra. Me suelta las muñecas para que pueda tocarlo. Le acaricio el rostro. Levanto las caderas para buscarlo. Lo atraigo hacia mis labios para besarlo con desesperación y murmuro contra su boca:

—Soy tuya.

Se le escapa un gruñido de satisfacción al oírme. Entonces, me levanta por las caderas y me sienta encima de él. Quiere que lo monte. Me agarra los pechos mientras lo cabalgo. Me duelen los muslos y estoy exhausta. No sé en qué momento paso a estar sobre mis rodillas, con él agarrándome por la cintura y penetrándome por

detrás. Somos un par de animales. Menos mal que estamos solos, aunque estoy segura de que nuestros gritos han despertado a los vecinos.

Me rodea el vientre con los brazos y acabo con la espalda pegada a su pecho. Me tiemblan las rodillas cuando vuelve a enterrarse con fuerza dentro de mí. Dios, mañana tendré agujetas. Al recordar lo que me dijo sobre no poder caminar derecha, le doy un tirón del pelo.

—Idiota —le suelto riendo.

Oliver también se ríe porque entiende a qué me refiero. Captura mi boca y me besa con una autoridad que me enloquece. Me empiezo a relajar contra él, aceptando la sensación que me invade. Se da cuenta de que estoy a punto y acelera el ritmo. Se corre pocos segundos después de que yo llegue al orgasmo.

Me ha follado como una bestia. Dios mío, me ha encantado.

Me acaricia la espalda mientras lucho por recuperar el aliento y siento una inesperada sensación de abandono cuando sale de mí. Tengo las piernas flojas al dejarme caer en el colchón. Oliver me da un beso suave en la mejilla antes de levantarse de la cama. Supongo que va al baño a quitarse el preservativo. Regresa al cabo de unos minutos, apaga la luz y se tumba a mi lado. Me gusta cómo me estrecha entre sus brazos de manera protectora.

—Buenas noches. —Me da otro beso, esta vez en el hombro—. Que descanses, Torbellino.

Cierro los ojos y me rindo al cansancio. De repente, caigo en la cuenta de lo que acaba de decir.

¿Torbellino?

Te ha puesto un apodo.

Sonrío sin poder evitarlo; ahora mismo estoy flotando en una

nube. Menos mal que no puede verme la cara, porque tengo que parecer una idiota con esta sonrisa enorme. Mi corazoncito vuelve a acelerarse. Soy muy muy feliz.



58

¿Es tu novio?

Dios, estoy destrozada.

A la mañana siguiente llego con agujetas al trabajo.

Es sábado y los niños que van al colegio se han despertado con ganas de reencontrarse con sus amigos de la ludoteca. No me dan tregua. Un crío le pega una patada a otro, que le ha quitado su pelota, y el caos comienza. Una niña de seis años, convencida de que es Superwoman, trepa a la cima de la librería y se lanza en picado como si tuviera alas. Echo a correr desde la otra punta de la clase y consigo atraparla en brazos justo a tiempo. Mi rápida reacción me vale el visto bueno de mi jefa, que me dice que estoy en todo y se nota que me apasiona mi trabajo. Paso todo el día en una nube de felicidad, fruto de lo a gusto que me encuentro en la ludoteca y lo bien que me sentó el *polvazo* de anoche. Aunque me duelan las piernas, no me importa.

Más tarde, mientras recojo los juguetes desperdigados por la alfombra, mi jefa me llama.

—¿Qué haces todavía aquí?

—Ordenar la clase —contesto desconcertada.

—Deberías haber salido hace diez minutos. —Sacude la cabeza, como si fuera un caso perdido. Me quita la cesta en la que estoy guardando las cosas—. Anda, vete. Ah, y procura cruzarte con el nuevo papá cañón. Dios, tiene a la mitad de las madres revueltas. Mira que llevo años aquí, pero nunca había visto nada igual.

Bah, no será para tanto. Además, por cursi que parezca, solo tengo ojos para Oliver.

—Gracias por la oportunidad, Sandra —le digo con sinceridad—. Me encanta trabajar aquí.

—Lo sé, se nota. —Me sonríe con complicidad—. La compañera que sustituyes se cogerá una excedencia después de su baja por maternidad. Ya sé que solo llevas dos días aquí y no quiero precipitarme, pero tengo la impresión de que vas a quedarte mucho tiempo con nosotros; a no ser que quieras irte, claro.

—¡No quiero! —exclamo, sin preocuparme por sonar demasiado efusiva—. Hasta mañana, jefa.

—Que tengas un buen día, Georgina.

Salgo de la ludoteca con una sonrisa radiante. Siento que soy muy afortunada. Me va bien en el trabajo, en las relaciones… y todo parece posible.

Excepto que no le has contado la verdad a Oliver, tu ex se ha enterado y está empeñado en fastidiarte.

«No es mi ex —contesto enfurruñada—, solo éramos follamigos».

Eso es solo una cuestión de semántica.

Ignoro a mi vocecita, siempre empeñada en amargarme la

existencia. Me pongo el abrigo y salgo a la calle. Me tropiezo con un corrillo de madres solteras que hablan a voces. Uy, cualquiera diría que tienen dieciséis años.

—¿A qué niño habrá venido a recoger? —pregunta una con curiosidad.

—Ni idea —le contesta otra—. Nunca lo había visto por aquí. Será nuevo.

—Le pediré su número con la excusa de agregarlo al grupo de WhatsApp de los padres de la ludoteca —añade una rubia con una sonrisa pícara.

—Anda, mira esta, qué lista.

Todas se echan a reír. Pues sí que tiene que estar bueno. De lo contrario no me explico tanto revuelo. De pronto, empiezan a darse codazos entre ellas. Me tapan la acera de enfrente, así que no puedo ver al nuevo «papá cañón».

—Ahí viene —murmura la rubia.

Se abre un hueco y logro ver al hombre alto y de pelo negro que se acerca caminando. La seguridad que desprende es hipnótica. Parece ajeno al revuelo que ha causado; solo tiene ojos para mí. Su expresión se ilumina al verme, levanta el brazo y me saluda.

Ay, madre. ¡Es Oliver!

¿Qué está haciendo aquí?

Una oleada de calor me recorre todo el cuerpo, a pesar de que estamos a finales de febrero. Las piernas me tiemblan al recordar lo que pasó anoche entre nosotros. Esta mañana hemos desayunado juntos, pero me he ido a toda prisa porque llegaba tarde al trabajo y no hemos vuelto a hablar desde entonces.

—Hola —lo saludo con timidez.

—Hola, Torbellino. —Ahueca la mano en mi rostro y me da un

beso suave en los labios—. Estás muy guapa.

Las madres nos miran con una mezcla de curiosidad y evidente decepción. No es un «papá cañón». Este tipo buenorro es mío. *Mío*. Él me lo dijo anoche. Lo recuerdo con total claridad. Debería firmarlo por escrito y estampárselo en la cara a todas estas mujeres.

—Hola —repito como una idiota—. ¿Qué haces aquí?

—Te echaba de menos y he pensado que podría pasar a recogerte para invitarte a almorzar. Si te apetece y no tienes nada que hacer, claro.

Me quedo pasmada, sin saber qué decir.

Un segundo, ¿estoy viviendo mi propia historia de amor? ¿Como las que tanto me gusta leer? Porque creo que acabo de encontrar al hombre de mis sueños. Dios mío, me estoy enamorando a la velocidad de la luz.

—Vale, no ha sido buena idea —contesta cuando no digo nada. Se rasca la nuca. De repente, parece nervioso—. Lo siento, no he pensado que quizá tenías planes. Puedo llevarte a donde quieras si te parece bien, así estaremos un rato juntos.

—¡No! —le agarro el brazo—. Es que… no me lo esperaba. Me alegro muchísimo de que hayas venido a buscarme.

—Ah. —Se relaja de golpe y su expresión se ilumina de nuevo—. Pensaba que había metido la pata.

Alguien carraspea a nuestro lado. Es Lucas, un niño de la ludoteca, que me tira del chaquetón para llamar mi atención. No parece muy contento.

—¿Es tu novio?

La pregunta me deja perpleja. Miro a Oliver sin saber qué decir, y luego al niño. No hemos hablado de ello. Abordamos el tema de la exclusividad, pero nada más. A estas alturas, yo ya tengo clarísimo

que quiero ir en serio, pero no me apetece precipitarme por si él no quiere lo mismo.

—Sí —responde Oliver mientras me pasa un brazo por los hombros; es un gesto cargado de un cariño que me acaricia el corazón.

Ha dicho que sí.

Vale, no debo saltar de alegría. No es para tanto.

Lucas pega un pisotón en el suelo. Su reacción me saca del trance y vuelvo a la realidad.

—No puede ser tu novia. —El niño lo mira disgustado—. Yo le he pedido que lo fuera esta mañana.

Oliver asiente serio, haciendo un gran esfuerzo por aguantarse la risa. Lucas se cruza de brazos y saca pecho.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que soy demasiado joven —admite de mala gana—. Pero no me importa; me esperaré, porque mi mami dice que hay que tener paciencia. Y luego Georgi será mi novia, porque es muy guay.

—Tienes razón, es muy guay —concuerda Oliver—. Pero deberías fijarte en las niñas de tu edad, colega.

—No soy tu colega. —Le saca la lengua y luego me mira con adoración—. Adiós, Georgi, ya nos casaremos mañana.

—¡Hasta mañana, tesoro! —me despido del niño.

Oliver está sonriendo cuando nos miramos y yo me encojo de hombros. Sí, en solo dos días ya soy la monitora más popular de la ludoteca, ¿qué pasa?

—¿Debería preocuparme? —bromea.

—Bueno, es adorable —contesto sin dejar de sonreír—. Su idea de una relación es escondernos debajo de la mesa para comer palitos de zanahoria mojados en queso y hablar de *Ninjago*. —Oliver me mira

confundido, así que añado—: Es una serie sobre un grupo de ninjas. Él es Jay, el ninja del rayo; y yo soy Nya, la ninja del agua. En la serie son novios, así que creo que ha sacado la idea de allí.

—Suena divertido. —Pone cara de pena—. No puedo competir con lo que te ofrece.

—Tienes razón, deberíamos cortar. Fue bonito mientras duró.

—Soy demasiado posesivo. Te quiero solo para mí. —Esconde la cara en mi pelo y me da un suave mordisco en el cuello al tiempo que se le escapa una pequeña risa. Luego me toma de la mano, como si no acabase de acelerarme el pulso, y me conduce a su coche.

—¿Dónde quieres ir a comer, Torbellino?

Torbellino, otra vez.

Leváis menos de un día saliendo. Es demasiado pronto para enamorarte de él.

«Que te calles».

—Me da igual. —Si es con él, me iría al fin del mundo. Me muerdo el labio. Soy incapaz de no preguntárselo—. ¿Por qué me llamas así?

—¿No te gusta? —Me mira como si ya supiera que me encanta; es horrible ser tan transparente.

—Sabes que sí.

Me aparta el pelo de la cara con ternura.

—Desde que llegaste, todo ha cambiado —confiesa con una sonrisa —. Al principio me asustaba que hicieras volar por los aires mis convicciones. Me has obligado a salir de mi zona de confort, y no me molesta nada, porque me gusta la persona que soy cuando estás cerca. —Me toma del rostro y me mira con un brillo especial en los ojos—. Así te veo, como un torbellino que ha sacudido mi mundo por completo.

La felicidad me inunda de golpe, aunque sigo un poco aturdida

por la sorpresa. Es lo más bonito que me han dicho jamás. Me pongo de puntillas y acerco mi boca a la suya, sin poder dejar de sonreír.

—Voy a ser una novia muy empalagosa —le advierto—. Que quede claro.

Oliver se ríe antes de besarme con muchas ganas. Mi corazón late con fuerza y creo que nunca me acostumbraré a lo que siento al besarlo; es demasiado real, demasiado perfecto. Es todo lo que siempre he querido.



59

Es un bebé

Después de almorzar en Blanco Cerrillo, un emblemático bar de tapas en el casco antiguo, volvemos a mi casa para darle un paseo a Leia. En realidad, todavía es demasiado pequeña para salir a la calle, pero la veterinaria me aconsejó que la sacase en brazos para que se familiarizara con el exterior. Leia es una cachorra activa y sociable, así que mientras Georgina la carga, ella va con la lengua fuera, observándolo todo con curiosidad. Les ladra a los pájaros que salen de los naranjos, mueve la cola cuando alguien se acerca a acariciarla y se pone la mar de contenta al cruzarse con varios perros. El paseo es un éxito hasta que nos adentramos en una de esas típicas callejuelas estrechas donde debes pegarte a la pared si te cruzas con alguien. Un hombre de aspecto desabrido tuerce el gesto al ver a la perra y se aparta horrorizado cuando Leia estira el cuello para olfatearlo con interés. El tipo se sobresalta, a pesar de que Georgina sujeta a Leia contra su pecho y no hay forma de que escape.

—¡Deberíais ponerle un bozal a ese demonio! —protesta, mientras se limpia una inexistente mota de polvo de la hombrera de su chaqueta.

Georgina lo mira alucinada, como si se hubiera vuelto loco de remate.

—Es un cachorro y solo estaba jugando.

—¡Ha intentado atacarme! —El hombre se aleja de nosotros en la dirección contraria, pero sigue protestando—. ¡Lo que hay que ver! Ahora resulta que las mujeres de hoy en día, en lugar de tener hijos, cargan a los chuchos como si fueran bebés. ¡Qué cosa tan ridícula!

No me da tiempo a decirle que se meta en sus asuntos, porque Georgina se transforma. Su rostro se ruboriza desde las orejas hasta las pestañas, y se le dilatan las aletas de la nariz. Saca pecho y fulmina al hombre como si tuviera rayos láser en los ojos.

—Preocúpate de tu vida, ¡amargado! —le suelta hecha una furia. Leia percibe su malestar y comienza a ladrar, mostrándole los dientes al hombre—. ¡Tú sí que eres un demonio!

El tipo se marcha a toda prisa, sin dejar de protestar. Georgina le grita que el mundo sería un lugar mejor con más animales y menos personas como él mientras Leia le ladra como si estuviese poseída. Me quedo perplejo. Cualquiera se atreve a meterse con estas dos; van a una.

Mi «dulce» novia acuna a Leia contra su pecho y la acaricia para tranquilizarla. Todavía tiene las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de enfado. La única vez que la había visto así de furiosa fue cuando nos conocimos en aquella cafetería.

—Recuérdame que nunca me meta contigo —bromeo en un intento por relajar el ambiente. Georgina se vuelve hacia mí con la frente fruncida. ¿Es normal que me parezca guapísima en este

momento? Me acerco a ella y le pongo las manos en las mejillas. Le doy un beso suave que consigue apaciguarla en cuestión de segundos—. Si algún día necesito seguridad en una firma de libros, te contrataré como guardaespaldas.

Pone los ojos en blanco.

—No tengo ganas de pelearme con mujeres como las madres de la ludoteca —contesta un poco crispada. No sé a qué se refiere, la verdad—. Ese tipo me ha sacado de mis casillas. ¿Cómo se atreve a comparar a esta adorable bola de pelo con un demonio?

Abraza a Leia de forma protectora contra su pecho. La perra le da un lametón en la mejilla y la mira con adoración.

—¿Qué tienen que ver las madres de la ludoteca con esto? —pregunto desconcertado.

—Oh, venga ya. ¡No me digas que no te has dado cuenta!

—¿De qué?

Georgina me observa unos segundos sin decir nada, como si tratara de descifrar algo. Entonces sacude la cabeza con incredulidad y suelta una carcajada. Ahora estoy más perdido.

—Sí que estás desentrenado.

—¿Sobre qué?

—Ya sabes; sobre ligar. Has causado un pequeño revuelo en la ludoteca. Creían que eras un padre y querían agregarte al grupo de WhatsApp para conseguir tu número.

Se me corta el cuerpo. Mi expresión horrorizada le hace bastante gracia, ya que vuelve a reírse. No sé qué me molesta más: el hecho de que esas mujeres crean que estoy disponible, cuando en realidad la única persona que me interesa es Georgina, o que hayan dado por hecho que soy padre.

—Me da igual estar desentrenado. —Me encojo de hombros—.

Eres mi novia. No necesito ni quiero ligar con otras.

Su gesto se suaviza y la mirada que me regala es deslumbrante; voy a hacer todo lo posible para que nunca pierda esa sonrisa que luce y me desarma por completo.

—Qué disgusto se van a llevar las pobres… —Se ríe, encantada de saber que no tiene competencia. Mis problemas e inseguridades podrán generarle mil dudas, pero al menos sabrá que para mí es la única. Me doy cuenta de que Leia está roncando en los brazos de Georgina, que la acuna como si fuese una recién nacida—. Es increíble. Ya ha vuelto a quedarse dormida.

—Es un bebé. Necesita descansar.

—Es una perra —digo, solo para chincharla.

—Es una princesita de cuatro meses.

Le da un beso en el hocico. Leia se acomoda en sus brazos y saca la lengua fuera. Georgina se muerde el labio, enternecida. Es increíble lo bien que se le dan los animales, igual que los críos; no me extraña, ya que es una persona alegre, paciente y cariñosa.

Una sensación incómoda se abre paso en mi pecho. Georgina tiene instinto maternal. Yo, por el contrario, soy un tipo que hasta hace un día se veía incapaz de cuidar de una mascota. Siempre he dado por hecho que no tendré descendencia. Solo hay que echarme un vistazo: las pesadillas, los traumas del pasado… Dios, es que ni siquiera sé cocinar algo decente. Pensar que el día de mañana tendré que hacerme cargo de un bebé me provoca muchísima ansiedad.

—Tú quieres tener hijos. —No se lo pregunto, me ha bastado con ver su cara después de salir de la ludoteca.

Me mira algo extrañada por el cambio de tema.

—Sí —contesta sin dudar, al cabo de unos segundos—. Me gustaría ser madre. ¿Por?

Mierda, ¿por qué su respuesta me agobia tanto? Apenas llevamos unas horas saliendo de forma oficial, no debería darle tanta importancia. Pero, en el fondo, sé por qué siento unas repentinas ganas de salir corriendo: estoy convencido de que nunca podré darle lo que quiere.

Georgina observa mi reacción. Puede que al principio no fuese un libro abierto, pero ya empieza a leer mis expresiones; por eso no necesita preguntarme de qué va esto.

—Ah, entiendo. Estamos teniendo esa conversación que todas las parejas tienen en algún punto de la relación. —Asiente como para sí misma—. ¿Vas a huir, Oliver?

«Me encantaría estar en cualquier otra parte, porque no soporto la idea de decepcionarte».

—No —contesto, aunque me muero de ganas de echar a correr. Es lo que hago siempre; huir como un cobarde cuando las cosas se complican.

—No pasa nada —me tranquiliza. Maldita sea, no es verdad. Ella sueña con ser madre y a mí me horroriza la idea de que un crío dependa de mí—. No quiero serlo en un futuro cercano, así que no hace falta ni que pienses en ello. Solo prométeme una cosa. —Me mira con una calma que contrasta con lo rápido que me late el corazón—. Si cuando llegue el momento decides que no quieres ser padre, romperás conmigo.

Me sobreviene un malhumor que me toma desprevenido.

—¿Por qué tengo que tomar yo la decisión?

—Porque para entonces estaré enamorada hasta la médula de ti y no podré dejarte. Sé que harás eso por mí, que nunca antepondrás el estar juntos a mi felicidad.

Me quedo en silencio, asimilando lo que acaba de decir. Tiene

razón. Aunque me doliese romper con ella, jamás me perdonaría que renunciara a su sueño por mi culpa. Es lo correcto.

Pienso en ella como madre. Georgina sería increíble, no me cabe la menor duda. Imagino una mini versión de ella, con su pelo, su sonrisa y esa forma tan bonita que tiene de ver el mundo. Mi corazón se derrite sin remedio al saber que me sería imposible no amar a su hijo, aunque no fuese mío. Ese pensamiento despierta en mí un impulso primitivo: quiero alzarla en brazos, llevarla a casa y quitarle las dudas sobre lo nuestro a base de polvos.

—¿Se te ha pasado ya la crisis existencial? —pregunta con suavidad—. Me gustaría seguir con nuestro paseo.

Le doy la mano, más aliviado al entender que tiene razón: somos jóvenes y acabamos de empezar. No es algo a lo que debamos enfrentarnos, al menos por el momento.

Es curioso cómo uno se acostumbra a la soledad y, cuando por fin encuentra a alguien que realmente vale la pena, haría lo imposible por quedarse a su lado.



60

Cuando todo encaja

En Sevilla no abundan los sitios donde ir con perros, pero la Casa del Libro es una maravillosa excepción. Georgina se detiene a contemplar el escaparate lleno de novedades y enseguida me arrastra hacia dentro y deposita a Leia en mis brazos para poder perderse en el pasillo de novela romántica. Yo, por el contrario, me quedo con la perra delante de la estantería de terror, echándole un vistazo al último libro de Stephen King.

Al rato me doy cuenta de que una pareja tiene uno de mis libros en las manos y me observan indecisos. Demonios, había olvidado lo incómodo que es venir a una librería, por eso siempre compro por Internet. Debería estar agradecido por tener lectores, pero prefiero ir a mi bola y mantener la distancia con la mayoría de la gente. Georgina es la gran excepción, aunque eso no cambie quién soy en esencia. A ella le gusto tal como soy, esa es la clave de que me sienta tan cómodo.

Me escabullo hacia el interior porque no me apetece entablar una charla forzada con un par de extraños. Al girar la esquina me tropiezo con Georgina, que sostiene un libro de bolsillo.

—Qué fuerte —me dice con una sonrisa traviesa—. Te he visto escapando de tus fans.

—No sé de qué me hablas.

—¡Está aquí! —Le tapo la boca para que deje de gritar. Dios, es lo peor. A veces no entiendo por qué me gusta tanto, en serio. Le lanzo una mirada de advertencia y no quito la mano hasta que asiente con cara de inocencia—. Qué vergüenza que pases de tus lectores. Seguro que solo querían una firma. —No me sermonea, ya que hace un gran intento por no reírse. Genial, me está tomando el pelo. Sabe que odio ser el centro de atención—. Tan guapo y tan gruñón.

—Ja, ja. Muy graciosa.

—¿Cómo sobrevives a las firmas de libros?

—Fatal —admito sin rodeos—. No me gustan. Me incomoda que me den besos o abrazos. No tengo la capacidad de fingir simpatía, así que la mayoría de mis lectores se van decepcionados porque soy un imbécil.

—Eres reservado —me corrige—. No es lo mismo. Me parece injusto que no te den el beneficio de la duda. No eres maleducado; simplemente necesitas que respeten tu espacio.

—La primera impresión lo es todo. Rara vez le damos a un desconocido el beneficio de la duda; nuestra intuición, así como nuestros prejuicios, tienden a prevalecer —reflexiono—. Al principio, Casandra me echaba la bronca, pero con el tiempo se resignó. Sabe que no puede obligarme a ser más abierto. Nunca seré ese tipo de persona.

—No tienes por qué cambiar —dice comprensiva—. Eres un buen

escritor, Oliver. No todos pueden ser extrovertidos ni sentirse cómodos en una multitud. Si fuéramos iguales, el mundo sería muy aburrido, ¿no? —reflexiona, mirándome con ternura—. A mí me gusta muchísimo como eres y no quiero que cambies.

—Lo sé. —La tomo de la barbilla y la beso—. Yo tampoco quiero que cambies. Bueno, salvo por ese mal genio que sacaste hace un rato con ese pobre hombre…

—¡Tonto! —Me golpea sin fuerza con el libro—. De pobre hombre nada. Qué tipo tan odioso.

—Pensaste lo mismo de mí cuando nos conocimos.

—En realidad, di por hecho que eras un cretino. —Se muerde el labio—. Muy guapo, pero un auténtico cretino.

Me llevo una mano al pecho, fingiendo que me ha herido. Luego cojo el libro de bolsillo para echarle un vistazo: *Hopeless*, de Colleen Hoover. Un momento, me suena esta autora.

—Es la misma que escribió *Verity*. Lo tienes en tu librería.

—Qué cotilla eres.

—Tengo derecho a curiosear en tus libros —contesta muy digna—. Es una regla no escrita entre las parejas.

—¡Pero si cuando has estado en mi casa todavía no estábamos saliendo!

—¡Cuando tú husmeaste en mi estantería tampoco!

—Pero ya sabía que quería estar contigo.

—Uf, cómo te gusta tener la última palabra. —Recupera el libro—. ¿Sorprendido de haber leído a una autora de novela romántica?

—No —respondo con sinceridad—. Porque era una novela negra. Soy de los que piensan que hay autores versátiles que pueden cambiar de género.

—¿Eso significa que escribirás algo que no sea de terror? —Se

ilusiona con la idea—. Una novela erótica, por favor. Tengo un argumento buenísimo: una monja karateka viaja al pasado y se enamora perdidamente de un *highlander* musculoso y protector que…

—Ni de broma —la interrumpo riendo.

—¡Ni siquiera me has dejado terminar! —protesta con un mohín—. Tienes en tus manos un *best seller*. Allá tú.

—Me arriesgaré a dejarlo pasar.

—Qué soso. —Me saca la lengua—. ¿De qué va tu próximo libro? Todavía no me has hablado de él y me pica la curiosidad. Adelántame algo, ¿no?

—No.

Abre los ojos, sorprendida por mi respuesta brusca. Mierda, no puedo hablar del manuscrito. De hecho, es la última persona con la que quiero hacerlo. Tarde o temprano lo leerá, pero, mientras tanto, prefiero mantenerla alejada de la historia. Me resulta muy embarazoso que lo lea.

Para desviar la conversación, le pregunto por su libro favorito mientras nos dirigimos a la caja. Intento regalarle el libro que está a punto de llevarse, pero se niega. Da igual. Antes he visto que se fijaba en otro; una preciosa edición de tapa dura con un dragón en la portada. Mañana volveré a por él.

Tarda un buen rato en decidir cuál es su libro favorito. Al final se decanta por *Besar a un ángel*, una de sus primeras lecturas románticas, a la que le tiene un cariño especial.

—Pero mi autora de cabecera es Sarah J. Maas —continúa emocionada, mientras caminamos de vuelta a casa—. Sus sagas de fantasía son increíbles. *Una corte de rosas y espinas* al principio parece un *retelling* de *La bella y la bestia*, pero conforme te adentras en sus

páginas…

Me habla entusiasmada de un tal Tamlin y una odiosa mujer llamada Amarantha. Se abanica al mencionar a Rhysand, que se nota que es su personaje predilecto. Georgina desprende una energía contagiosa; una felicidad pura. Somos muy distintos, y, aunque la novela romántica no podría interesarme menos, la escucho fascinado mientras me destripa el libro. Después se disculpa riendo, aunque ambos sabemos que no voy a leerlo.

—Y entonces, en la corte Primavera… —Se detiene de golpe y frunce el ceño—. ¡No me estás escuchando!

—Claro que sí. —No he hecho otra cosa desde que hemos salido de la librería—. Hay una maldición, por eso todos llevan máscaras. Feyre es la única salvación de Tamlin. Y entonces, en la corte Primavera…

—Ah. —Se ruboriza un poco—. Pensaba que te estaba aburriendo.

—Lo que no entiendo es por qué ella es tan buena arquera si nadie le enseñó a usar el arco. No tiene el menor sentido.

—¡Es autodidacta! —protesta enfadada.

Uy, parece que alguien se pica si critico sus libros favoritos.

—Yo ahí veo un gran agujero en la trama —digo solo para molestarla.

Georgina se escandaliza y me explica con vehemencia los motivos por los que me equivoco. Es un torbellino; mi dulce Torbellino.

Mientras la escucho defender con uñas y dientes la historia, me doy cuenta de que tal vez me cueste sentirme cómodo con otras personas, pero con ella me resulta muy fácil ser yo mismo. Somos muy diferentes, sí, pero estoy completamente seguro de que nuestras diferencias son las que equilibran la balanza. Por eso funcionamos tan bien. Georgina tiene la chispa que a mí me faltaba. Cuando estoy

a su lado, ilumina mis días oscuros y me devuelve las ganas de sonreír.

Entonces, todo encaja.



61

Necesito pedirte un favor

Georgina se tira al suelo a jugar con Leia en cuanto llegamos a casa. Las observo sonriendo durante un largo instante. Luego cojo el delantal que compré ayer en Amazon, lo ato a mi cintura y me lavo las manos en el fregadero. He visto una receta en TikTok, que es imposible que me salga mal.

Estoy rallando el queso parmesano en el momento en que ella aparece en la cocina con el cuenco vacío de Leia. Al verme, se tapa la boca y me cruzo de brazos, resignado. Debería haber comprado el delantal negro, pero estaba agotado y escogí este. Seguro que parezco imbécil gracias al estampado de mazorcas. La señalo con el cuchillo de cortar.

—Ahórrate el comentario, estoy armado.

—Hola, señor chef. —Me guiña un ojo. Luego abre el cajón del mueble donde guardo las cosas de Leia, coge el saco de pienso y llena el comedero. Me gusta que actúe como si estuviera en su casa.

Me parece tan normal tenerla aquí, tan bonito, que me cuesta recordar cómo era todo antes de que llegara. Como si este fuera su lugar desde siempre. Como si el ático le perteneciera, al igual que ya se ha apoderado de la mitad de mi corazón—. ¿Cuál es el menú?

—Pasta al curri.

—¡Me encanta el curri!

Menos mal que he acertado. He elegido una receta fácil que solo requiere mezclar ingredientes y cocinar la pasta. No quería arriesgarme la primera vez.

—Ponte cómoda. La cena estará lista dentro de un rato. —«Si no incendio la cocina».

—Vale, Gruñón.

Me da un beso en la mejilla. Cierro los ojos y aspiro el olor de su pelo como si fuera un animal. Uf, ya se me ha puesto dura. No parece darse cuenta, porque me sonríe con dulzura y sale de la cocina con esa forma de caminar tan característica, como si diera saltitos de felicidad.

Sigo las instrucciones del paquete de arroz basmati. Bien, puedo hacerlo. Soy un hombre adulto. No es tan complicado. Mientras se cuece, empiezo con el pollo al curri, que he visto mil veces hacer en TikTok. Troceo la pechuga, la echo en la sartén con un poco de aceite y, mientras se dora, preparo el sofrito con cebolla, ajo y jengibre. ¿O era primero el curri en polvo? Bueno, no creo que el orden de los ingredientes altere el resultado…

Qué fácil. Soy el puto amo. Pongo la sartén al nueve para que se haga más rápido, solo un minuto. No es tanto. Me muero de ganas de saber cómo me agradecerá Georgina mi nuevo talento culinario.

Un momento, ¿a qué huele?

¡Mierda! La cebolla está negra y el pollo se ha pegado al fondo

como si fuera cemento armado. ¿Cómo ha podido pasar esto tan rápido? Aparto la sartén del fuego y enciendo el extractor.

Saco la cabeza por la puerta de la cocina para comprobar que Georgina no me ha oído toser. Raspo el fondo de la sartén, rescato lo que puedo del pollo y echo un bote de leche de coco con curri en polvo por encima, sin saber muy bien las cantidades. Mezclo con decisión. ¡Improvisación creativa! Solucionado; soy un *crack*.

La salsa está un poco seca, pero no hay que dejarse llevar por las primeras impresiones. Allá vamos. Lo pruebo y me entra una arcada. ¡Demonios! ¿Por qué sabe tan mal? El pollo está duro y la salsa amarga. Es repugnante.

Tiro el desastre a la basura sin pensarlo. Después, de mala gana, voy al salón y le digo a Georgina:

—Volvamos a la comida para llevar. —Espero que me tome el pelo, pero ella me mira con ternura. Parece que se lo esperaba—. ¿Prefieres comida china o italiana?

—China. —Me hace un hueco en el sofá y una sonrisa traviesa empieza a dibujarse en sus labios. Lo sabía—. No te preocupes, Gruñón. No hace falta que intentes impresionarme. Ya lo hiciste cuando te bajaste los pantalones.

Que mencione lo que hicimos anoche vuelve a despertar a mi *amigo*. Le aparto el pelo de la cara y dejo la mano en su mejilla. Me fascina cómo se estremece cuando la toco; es como si su cuerpo estuviese hecho para el mío.

—Eres lo peor, ¿sabes?

—Se me ocurre una forma de quitarte el disgusto —insinúa con tono meloso.

—No estoy… —Me trago las palabras cuando se sienta encima de mí—. *Oh*, de acuerdo. Si te refieres a *esa* forma… —Echo la cabeza

hacia atrás cuando me besa el cuello—. Sí, de hecho estoy muy triste por haber estropeado la cena. Me vendría bien un poco de consuelo.

Me muerde la barbilla y desliza la lengua por mi cuello. Clavo las manos en su cintura y levanto las caderas para que note cuánto la deseo. El gemido que brota de sus labios es delicioso. La agarro del culo y vuelvo a presionarla contra mi erección. Me está torturando al frotarse contra mí. Dios, me sobra toda la ropa. Pero esta vez, ella es la que no tiene prisa. Se toma su tiempo al meter las manos bajo mi jersey, acariciando mi abdomen con las yemas de los pulgares. Me encanta cuando me araña al llegar al pecho, justo cuando su boca encuentra la mía, exigente y ansiosa.

Le pongo una mano en la mejilla y con la otra le aprieto el culo. Y eso es todo, porque soy incapaz de actuar con normalidad. Esto parece demasiado bueno para ser real, pero lo es. Soy el tipo más afortunado del puto mundo. La cabeza me da vueltas al sentir sus manos en todas partes. Ni siquiera puedo ayudarla a quitarme el jersey; mi cerebro ha hecho cortocircuito.

¿Es normal que me guste tanto que me toque? Nunca había sentido nada parecido.

Me acaricia la hendidura de la espalda al mismo tiempo que me da besos por el torso. Su boca es suave, cálida y perfecta. Me rindo, que haga lo que quiera conmigo.

Soy completamente suyo, ya se lo dije. Si este es mi último momento de vida, moriré feliz, lo juro.

Cuando desabrocha mis vaqueros y me acaricia la polla por encima de los calzoncillos, la miro embelesado: el pelo le cae por los hombros y tiene el rostro arrebolado. Está preciosa. Un latigazo de placer me recorre la ingle cuando libera mi miembro.

Mierda, otra vez no.

Cierro los ojos y empiezo a enumerar todas las marcas de arroz que se me ocurren. Ella deja de tocarme y apoya las manos en mis muslos. Noto su mirada, por lo que abro los ojos y me encuentro con su expresión confundida.

—¿No quieres? —pregunta indecisa.

Dios, cree que no me apetece. Le recojo el pelo para que esté más cómoda y asiento sin decir nada. En este momento no estoy preparado para explicarle que me muero si no se la mete en la boca, pero que me da vergüenza tener tan poco control sobre mi cuerpo porque no quiero correrme a los tres segundos.

—Espera que agarro un condón —digo—. Me hice pruebas y estoy limpio, pero entiendo que…

Su lengua me acaricia el borde del glande, llevándose mis palabras. Jaque mate. Un gemido estrangulado brota de mi garganta. De todos modos, no iba a durar demasiado por mucho que intentase pensar en otra cosa, así que me limito a aceptarlo. Enredo su pelo en mi puño y la agarro suavemente del cuello con la otra mano. No necesito enseñarle cómo me gusta porque todo lo que hace me parece perfecto.

Maldita sea, me vuelve loco que no utilice las manos y se apoye en mis muslos. Se la mete tan hasta el fondo como puede. Apenas llega a la mitad, pero es más que suficiente. Es increíble. No sé cómo he podido vivir sin esto, en serio.

Envuelve la punta con los labios y me lame despacio. Estoy viendo las estrellas. Hundo las manos en su pelo, totalmente ido; esto no puede ser normal. Aunque intento controlarme, me roba el poco poder que me queda. Empujo las caderas, penetrándola con embestidas fuertes y desesperadas. Ella emite un gorjeo y la miro para asegurarme de que no me he pasado de la raya, pero ella sigue

chupándomela con los ojos llorosos, sin quejarse.

—Qué bueno, hostia. —Le tiro un poco del pelo, fuera de mí—. ¿Cómo puedes hacerlo todo tan bien, cariño?

Le digo que es increíble y que llevaba demasiado tiempo fantaseando con esto; es la pura verdad. De repente, dejo caer la cabeza, contrayendo los músculos del abdomen. No hay vuelta atrás; estoy a punto. Ella lo nota y acelera el ritmo. La agarro de los hombros para que pare, pero continúa lamiéndome.

—Georgina, espera… —murmuro con voz estrangulada—. Voy a…

Me tiemblan las piernas y suelto un gruñido. No se aparta cuando me corro y se lo traga todo mientras la observo sin pestañear, maravillado. Entonces me mira y lame las últimas gotas hasta dejarme limpio.

Dios.

Es que… *ha sido increíble.*

El corazón me late desenfrenado. Si esto fuera un combate, ella habría ganado por completo y yo estaría derrotado en el *ring*. Georgina permanece de rodillas, despeinada y con las mejillas arreboladas. Jamás me había parecido tan guapa. La agarro de los hombros, la siento en mis piernas y me apodero de su boca. Está mojada cuando mi mano derecha encuentra su coño. Sé cómo tengo que tocarla para conseguir que se derrita en cuestión de segundos. Solo necesito verla tan excitada y escucharla decir mi nombre para estar otra vez preparado. Cuando gime contra mis labios, me inclino hacia delante para buscar mis pantalones y consigo encontrar la cartera dentro del bolsillo. Me las apaño para coger un preservativo mientras le acaricio el clítoris hinchado. La abandono un instante para ponérmelo, sonriendo cuando murmura una protesta. Luego vuelvo a tomarla en brazos y la llevo al dormitorio. La tumbo en la

cama, me agarro a sus caderas y me hundo de una sola embestida.

Nos quedamos sin aliento.

—Rodéame el cuello —le pido mientras le beso la barbilla, los pómulos y los párpados cerrados.

Comienzo a moverme cuando lo hace, despacio y calculado. Ella se aferra a mi nuca y me muerde el hombro. Hago un gran esfuerzo para no acelerar el ritmo. De vez en cuando la saco, me froto contra sus pliegues y vuelvo a enterrarme hasta el fondo. La sensación es devastadora.

—Oliver…

Sé lo que necesita. Meto la mano entre nosotros y la acaricio justo como sé que le gusta. Está al límite, igual que yo. No dejo de tocarla al ir más deprisa. Cuando sospecho que va a terminar, presiono su clítoris con el pulgar y me hundo más fuerte. Georgina se abraza a mí, con la frente apoyada en mi hombro, completamente rendida. Me corro pronunciando su nombre y me desplomo a su lado, exhausto y sudoroso. Ella extiende la mano para tocarme el pelo. La atrapo y le beso el dorso. Me sonríe.

—Quédate a dormir —suena como una súplica, pero me da igual.

Se tumba de lado y se acurruca conmigo. En algún momento tendremos que salir de la cama, pero lo único que me apetece ahora es abrazarla. Le acaricio la espalda mientras se va relajando. Al cabo de unos minutos, su respiración se vuelve irregular y sé que se ha quedado dormida. Me sorprende y a la vez me agrada que tenga tanta facilidad para dormir conmigo, porque eso significa que confía en mí, y haré todo lo posible por seguir mereciéndolo.

Me levanto de mala gana y voy al baño a quitarme el preservativo. Después regreso, cojo el móvil y me tumbo de nuevo a su lado. Le aparto un mechón de la frente con cuidado de no despertarla. Tiene

la piel de gallina, así que la tapo con el edredón. Le doy un beso en la frente y, sin pensarlo demasiado, le hago una foto. Me matará si se entera, pero eso no me impide ponerla de fondo de pantalla. Luego le envío un wasap a Casandra:

Yo: Necesito pedirte un favor.



62

Si le haces daño, te mato

Los últimos días con Georgina han sido simplemente maravillosos; pasamos tanto tiempo juntos como podemos y dormimos todas las noches en mi casa para tener más privacidad. Sus amigos son geniales, pero también un poco invasivos, aunque no se lo tengo en cuenta porque sé que solo se preocupan por ella. Me gusta ver que son tan buenos amigos; yo perdí al único que realmente tuve hace siete años, y no hay día que no me arrepienta.

Aún no le hemos contado a mi abuela que estamos saliendo juntos. Tengo mis motivos; la adoro, pero le encanta meterse en mi vida. Así que prefiero que vayamos con calma antes de que se haga ilusiones, exija que nos casemos y le demos al menos un bisnieto. El problema es que este fin de semana deberemos disimular delante de ella porque es su cumpleaños. Le prometí que no faltaría, por lo que no me queda más remedio que recoger a Georgina cuando sale de trabajar en la ludoteca. Sus amigos también están invitados a la casa

de campo, así que vienen con nosotros.

Me encanta este lugar. La casa se alza majestuosa en la cima de una montaña y su belleza me deja sin aliento. Hacía mucho tiempo que no venía. Mi abuela siempre celebra aquí sus cumpleaños, acompañada de la familia y algunos amigos. La última vez que vine, tuve una discusión monumental con mi padre, para variar. Desde entonces, he faltado a todas las celebraciones. Espero que no me haya equivocado al venir. Lo único que quiero es celebrarlo con ella y pasar un fin de semana agradable con mi novia y sus amigos.

«Mi novia». Es… increíble.

Cristina y los demás se caerían de espaldas si se enteraran. Tenemos que decírselo a mi abuela. Sé que solo quiere lo mejor para mí, pero me irrita su necesidad de «arreglar» mi vida. Le encantará saber que al final me ha ido bien sin su ayuda. He conocido a una chica maravillosa y le doy gracias al destino por ponerla en mi camino.

—¡Oliver, qué alegría verte!

La anciana pelirroja que viene corriendo hacia mí con los brazos extendidos es Dori, la mejor amiga de mi abuela. A Dori siempre le ha dado igual que no sea muy fan de los abrazos; me aplasta con tanta fuerza que me deja sin respiración y luego, por si no fuera suficiente, me llena la cara de besos. Fuerzo una sonrisa incómoda. Dori me cae bien porque ella y mi abuela son uña y carne desde el instituto. Cuestión aparte es que me trate como si fuera el nieto que no tiene.

—Hola, Dori —la saludo—. Me alegro de verte.

—¡Qué embustero! —Se ríe y me da otro achuchón—. ¡Si nunca te dejas ver!

—He estado ocupado… —miento para salir del paso.

Deja de prestarme atención y se vuelve hacia Georgina, que le sonríe con sinceridad. Dori me da un codazo sin disimulo, como si supiera que estoy loco por ella. A saber qué le habrá contado mi abuela; a eso me refiero con lo de que no puede evitar entrometerse en mi vida.

—¡Eres una preciosidad! —Dori la envuelve entre sus brazos y Georgina la acepta con una sonrisa genuina—. Elvi me ha hablado mucho de ti. Sabía que eras una monada, pero no me esperaba que tuvieses una carita tan linda.

—Eh… gracias —responde Georgina con timidez.

—¡Tú y yo vamos a ser grandes amigas! Si Elvi te quiere, ya me has ganado. ¡Y vosotros debéis de ser Víctor y Dani!

Se dirige a los amigos de Georgina, que la observan con curiosidad. No es para menos: Dori es una mujer alta y corpulenta que suele vestir batas llamativas y lleva collares de cuentas en el cuello. Hoy ha elegido un vestido azul con un estampado tribal y varios collares amarillos. Cuando se junta con mi abuela, no pasan desapercibidas. Mi padre no la soporta y cree que es una mala influencia para una «señora respetable de la alta sociedad» como mi abuela; lo que es una razón de peso para que Dori me caiga genial.

Dani, Víctor y Georgina charlan animadamente con Dori como si se conocieran de toda la vida. Permanezco en un segundo plano, contento de que hayan congeniado tan pronto. Luego nos presenta a Fede, su nuevo marido. El hombre, que es más reservado que su mujer, nos estrecha la mano y dice que es un placer conocernos a todos. Me pregunto dónde se habrá metido mi abuela justo cuando aparece en el umbral de la puerta acompañada de Javier.

Vaya, sí que se han hecho buenos «amigos».

Georgina y yo intercambiamos una mirada cómplice. Mi abuela

tiene las mejillas sonrosadas y un brillo especial en los ojos. Me percato de que Javier acaba de soltarle la mano antes de susurrarle algo al oído que la ha hecho sonreír.

—¡Bienvenidos! —nos saluda. Luego viene hacia mí y me da un abrazo de los suyos—. Cuánto me alegro de teneros aquí. Oliver ya conoce el lugar, así que voy a enseñároslo a los demás. Estáis en vuestra casa, ¡sentiros cómodos!

Todos la siguen para la visita. Estamos en la cima de la Sierra Norte y las vistas son impresionantes. La casa es elegante, sin perder el encanto rústico. Está construida en piedra y tiene unos enormes ventanales que llenan el interior de luz natural; los techos altos con vigas de madera vista y los suelos de terracota combinan con muebles modernos y varias antigüedades y obras de arte. El exterior está rodeado de jardines con olivos centenarios y una piscina infinita que se funde con el horizonte.

—¿Te gusta? —me pregunta Javier.

—Es una casa muy especial. Si no me falla la memoria, pertenece a un amigo de mi abuela.

—Es mía. —Su respuesta me deja estupefacto—. El verano del último curso del instituto estuvimos aquí con nuestros padres, quienes eran buenos amigos. Aún recuerdo aquellos días… Tu abuela y yo no dejamos de discutir. —Niega con la cabeza, sonriendo —. Ella se enamoró de esta casa y me prometí que algún día conseguiría que fuese suya. La compré unos años después; por aquel entonces, tu abuela ya se había casado y yo estaba prometido con mi mujer, pero sentí que debía hacerlo. No volví a pisar este lugar hasta que mi querida esposa falleció. Era… como si la estuviese traicionando. Supongo que, de algún modo, siempre albergué la esperanza de regresar a este lugar con tu abuela y vivir juntos

nuestros últimos años.

—¿Ella lo sabe?

—¿Que llevo toda la vida enamorado de ella? —Tiene la expresión serena y un brillo nostálgico en los ojos—. Claro que sí, aunque es demasiado orgullosa para admitirlo. La vida nos hizo tomar caminos separados, principalmente porque somos un par de tontos orgullosos. Pero, en el fondo, ninguno de nosotros se arrepiente. Ella se casó con tu abuelo, que me consta que la amaba profundamente, y yo conocí a mi mujer y fuimos muy felices, aunque nunca dejé de pensar en Elvira. Así que le pedí a un amigo en común que le alquilase la casa, sin decirle que era mía. Sospechaba que tu abuela se negaría si sabía que yo era el propietario. Todos estos años hemos estado unidos sin que ella lo supiera. Y hoy, por fin, estamos aquí juntos.

—Nunca perdiste la esperanza de estar con ella… —reflexiono, sin saber si es triste o hermoso que la vida les haya dado una segunda oportunidad después de tanto tiempo.

—Ni por un solo instante. —Saca una cajita de terciopelo del bolsillo trasero del pantalón—. Sé lo importante que eres para Elvira. No te estoy pidiendo permiso; solo quiero que sepas que ahora voy a hacer las cosas bien. No sé cuánto años me quedan, pero quiero pasarlos todos al lado de tu abuela.

—Vas a pedirle matrimonio —digo con un hilo de voz.

Javier se guarda la caja en el bolsillo cuando mi abuela regresa con Georgina y sus amigos. Me rasco la nuca, sorprendido. Sabía que tenían algo especial, pero no imaginé que su historia fuera tan poderosa.

—¡Vamos con el reparto de habitaciones! —Mi abuela nos hace un gesto para que entremos—. Georgina y Dani podéis quedaros con la

habitación de arriba. Oliver, ¿te importa compartir la habitación de abajo con Víctor?

La pregunta me toma desprevenido. No tengo nada en contra de Víctor, pero prefiero dormir con Georgina. Mi abuela me mira expectante. O le digo que Georgina y yo estamos juntos, o acepto dormir separado de ella un fin de semana.

—¡Estupendo! —exclama al ver que no contesto.

Me percato de que Georgina aprieta los labios cuando Dani le dice algo en voz baja. Mierda, tengo la impresión de que acabo de meter la pata. No he sabido reaccionar. No quiero ocultarle a mi abuela que salimos juntos; es solo que me ha sorprendido con la guardia baja.

Voy a dejar la maleta en mi habitación mientras Georgina me mira de reojo, como si quisiera decirme algo. Debo hablar con ella. Es ridículo que durmamos separados. Descanso mejor a su lado. Me gusta abrazarla y que mis sábanas huelan a ella.

—¿Te avergüenzas de Georgi? —me pregunta Dani a bocajarro.

Me vuelvo hacia ella con la expresión descompuesta.

—¡No! —contesto horrorizado—. Estar con ella es la única buena decisión que he tomado en mucho tiempo. Georgina es lo mejor que me ha pasado. Sin embargo, no me apetece que mi abuela se meta en nuestra relación. Lo haría sin maldad, pero la conozco de sobra.

—Vale —dice, algo más tranquila—. Porque hace un momento me ha parecido lo contrario. Y te juro que si le haces daño, te mato.

—No hará falta, querida. —Mi abuela asoma la cabeza por la puerta, satisfecha. Olvidaba que aquí las paredes tienen oídos—. Ya sabía que están juntos. Solo quería ver hasta dónde era capaz de llegar Oliver para ocultármelo.

—¡Abuela! —protesto indignado—. ¡Ya te vale!

—Le diré a Georgina que traiga sus cosas aquí —me ignora, feliz

de haberse salido con la suya. Dani sale de la habitación tras lanzarme una mirada empática. Mi abuela se acerca y me agarra del rostro—. Ay, Oliver. ¡Estoy muy contenta de que salgas con Georgina! Te juro que no voy a meterme en vuestra relación. Lo único que quiero es tu felicidad.

—Ni una palabra a mis padres, ni a mi hermana —le advierto más serio—. Sobre todo a mis padres. No voy a permitir que la juzguen, ni que la hagan sentir como una mierda. Conmigo ya lo consiguieron, pero a ella la protegeré a cualquier precio.

Espero que me lleve la contraria; es una persona conciliadora por naturaleza y su mayor deseo es que volvamos a ser una familia unida. Por eso me sorprende que asienta con calma, sin una pizca de resignación o tristeza.

—No esperaba menos de ti, querido. Los demás no tenemos nada que decir. Georgina es estupenda, pero es a ti a quien debe gustarte.

«Gustar» es una palabra que se queda corta para describir lo que siento por ella. «Amor», pienso con una alegría que me llena el pecho. Y lo que más me sorprende es que, por primera vez en mucho tiempo, la esperanza le gana la partida al miedo.



63

Siempre puedes contar conmigo

Una vez que lo nuestro ha salido a la luz, no hay motivo para que duerma con Dani, quien, por cierto, ronca y no me besa con lengua, lo que sería bastante raro. Ahora estoy deshaciendo la maleta mientras Oliver me pregunta si me parece bien que una las dos camas de noventa. Lo miro con incredulidad. ¿En serio? Lo que me resultaría ridículo es que durmiésemos separados. Es un detalle por su parte que me lo consulte, pero…

—¿Estás enfadada conmigo?

Dejo de colocar la ropa y parpadeo sin entender. Ha estado muy callado desde que he entrado en la habitación.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Pensaba que te había decepcionado por no decirle a mi abuela que quería dormir contigo —explica avergonzado. Se rasca la nuca, un gesto que he descubierto que hace cuando está nervioso—. No he

sabido qué contestarle porque aún no le habíamos dicho que estamos juntos. No tengo miedo de gritar a los cuatro vientos que estoy saliendo contigo, es solo que… me agobiaba que mi abuela se pusiese en plan metiche. Ya la conoces, lo hace con la mejor intención, pero esto es nuevo para mí, y lo último que necesito es que alguien me dé la lata. Prefiero acertar o equivocarme por mis propias decisiones en vez de seguir los consejos de otros, incluidos los de mi abuela.

Entiendo sus reparos porque conozco a Elvira y sé mejor que nadie que es muy entrometida. Por supuesto que quiere con locura a su nieto y solo intenta ayudarlo, pero eso no justifica que invada su privacidad.

Te recuerdo que aceptaste hacerte amiga de su nieto gracias a que es una metomentodo y que, de haber rechazado su oferta, jamás habrías conocido a Oliver y ahora no estaríais juntos.

Ignoro a la voz de mi conciencia y me acerco a Oliver para rodearle la cintura y mirarlo a los ojos.

—Te entiendo, no pasa nada. Es lógico que te quedases callado; yo tampoco he sabido cómo reaccionar. De hecho, Dani me ha dicho que eras un imbécil por no decir nada en aquel momento y la he mandado a la mierda, porque yo sé que es un tema complicado.

Oliver se relaja de golpe; pone una mano en la parte baja de mi espalda y deja la otra enredada en mi pelo. Le sonrío con franqueza. Me gusta que hablemos las cosas cuando surge un pequeño malentendido, en lugar de dejar que la bola se haga más grande.

—Me gusta que saques las uñas por mí. Había olvidado lo bonito que es que alguien me defienda —dice, acariciándome la mejilla.

Miro a mi Gruñón y me pregunto qué personas formaron parte de su vida y por qué ahora está tan solo.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo. —Me pongo de puntillas para darle un beso suave en los labios.

—Espero que tú también sepas que me tienes —contesta con sinceridad—. Absolutamente para todo, Georgina. Tengo un millón de fallos y justo estoy aprendiendo a ser más abierto, así que vas a necesitar toneladas de paciencia conmigo, pero nunca dudes que si tienes algún problema, dejaré lo que sea que esté haciendo para ayudarte porque tú siempre serás mi prioridad. No lo olvides.

Sus palabras me derriten como el caramelo a fuego lento. Si alguien me hubiese advertido que Oliver me diría un día que siempre seré su prioridad, le habría gritado que estaba loco. Mi dulce Gruñón; el mismo hombre que se puso hecho una furia cuando le derramé un café encima y ahora me mira como si fuera lo mejor que le ha pasado…

—¿Sabes cuál es mi prioridad justo ahora? —Le dedico una mirada cargada de intenciones y le acaricio el pecho por encima del jersey.

Sus ojos se oscurecen presos del deseo mientras una sonrisa traviesa me curva los labios. Hace menos de veinticuatro horas que lo hicimos, pero siento que voy a perder la cabeza si no me toca.

—Te daré lo que quieras —dice con los ojos clavados en mi boca.

—A ti. —Le acaricio los labios con los míos—. Te quiero a ti.

El ambiente se carga de una electricidad peligrosa cuando nos besamos. Nunca tengo suficiente, y es evidente que a él le sucede lo mismo conmigo. Lo atraigo del jersey y apreso su labio inferior entre mis dientes, tirando de él. Oliver entierra una mano en el pelo de mi nuca y me agarra el culo con la otra. Veo las estrellas cuando empuja mis caderas contra su erección.

Dios, qué bueno. Qué sensación tan deliciosa.

Me gira la cabeza al tirarme del pelo y luego, muy despacio,

devora la piel de mi cuello. Su lengua traza un recorrido húmedo y cálido desde la base de mi garganta hasta la piel que hay detrás del lóbulo de la oreja. Me aferro a sus antebrazos porque me tiemblan las piernas, a pesar de que no voy a caerme porque me tiene bien sujeta por la cintura. Tengo el corazón acelerado y respiro de forma entrecortada cuando me muerde el cuello; un gemido ronco escapa de mi garganta.

—Si vamos a hacer esto —me susurra al oído—, no puedes hacer ruido.

Oliver me suelta, va hacia la puerta y echa el pestillo. Un segundo después, estoy entre sus brazos, con la espalda pegada contra la pared y sus manos desvistiéndome con urgencia. Si estuviéramos a solas no tendríamos prisa, pero sabemos que podrían llamar a la puerta en cualquier momento. Sin embargo, eso no nos detiene.

No importa que sea rápido y desesperado. A veces se toma su tiempo para adorar cada centímetro de mi cuerpo, y otras estamos tan cachondos que lo hacemos en cualquier rincón de su casa, sin ni siquiera llegar a la cama. Me encanta follar con él de cualquier modo; somos tremendamente compatibles.

Baja la cremallera de mis pantalones y me acaricia por encima de las bragas. Sus ojos se oscurecen y tiene una sonrisa satisfecha cuando me mira.

—Estás mojada y ni siquiera te he tocado —dice orgulloso. Me agarra del pelo y tira de él con suavidad para exponer mi garganta antes de lamerme despacio hasta llegar a la clavícula—. Dime la verdad. ¿Alguna vez habías sentido esto con otra persona? —Me atrapa la piel del cuello entre los dientes y luego la calma con un beso húmedo, arrancándome un gemido—. Silencio, cariño. Sé buena. No pueden oírnos. —Me besa la barbilla mientras sus manos

se cuelan por debajo de mi jersey—. ¿Alguien te ha hecho sentir así de bien?

—Solo tú —jadeo—. Idiota arrogante.

Se ríe antes de besarme. Le muerdo el labio, cosa que le encanta por cómo aprieta su cuerpo contra el mío. Me desabrocha el sujetador con una mano y me acaricia un pecho con la otra. Ya tengo los pezones duros y dolorosamente sensibles.

—¿Y a ti? —Le rozo la erección por encima de los pantalones—. ¿Te habías sentido tan bien con otra persona?

Deja de besarme y me mira contrariado.

—Me ofende que lo preguntes. —Se arrodilla sin quitarme los ojos de encima mientras me baja los pantalones y las bragas—. Deberías saberlo.

Las palabras mueren en mis labios cuando me quita la ropa de un fuerte tirón. Su sonrisa es lobuna, peligrosa. Me tiemblan las piernas y me aferro a sus hombros, consciente de lo que está a punto de hacer. Anoche, después de que me regalase un orgasmo devastador, le confesé que es el único hombre con el que de verdad he disfrutado el sexo oral.

—¿Te he dicho alguna vez… —me besa el tobillo y su boca asciende lentamente por el interior de mi pierna—… que me encanta comerte el coño?

Soy incapaz de responder. Lo único que brota de mis labios es un suspiro entrecortado. Me da un lametón en el muslo y luego se aparta. Lo observo confundida, con los ojos nublados por el deseo. Si es una broma, no tiene ninguna gracia.

—No pongas esa cara. —Se pone de pie, me agarra de la cintura y me lleva hasta la cama—. Jamás te dejaría con las ganas. Voy a dedicar el resto de mi vida a tenerte satisfecha. —Se tumba bocarriba

y me da una palmadita en el trasero—. Y ahora agárrate al cabecero y siéntate en mi cara para que pueda saborearte hasta que te corras en mi boca.

Oh, vale.

Nunca lo había hecho con nadie. Es una postura tremendamente íntima y expuesta. Entre nosotros no existe la vergüenza en el plano sexual, pero reconozco que me ha tomado desprevenida. Por la forma en que me mira, sé que sabe lo que estoy pensando.

Tras uno segundos de vacilación, me agarro al cabecero y separo las piernas a los lados de su cabeza. Tengo miedo de aplastarlo o pasarme de la raya.

—Tírame del pelo. Móntame como sé que te gustaría. —Me besa tan cerca que contengo un gemido para no hacer ruido—. Úsame como quieras.

Y entonces me agarra del culo para acercarme a su boca.

El primer lametón casi consigue acabar conmigo. El segundo me obliga a agarrarme con fuerza del cabecero. Sacudo las caderas, frotándome con desesperación contra su boca mientras me devora como si le fuera la vida en ello. No sé cómo se las apaña para darme justo lo que necesito. Besándome, lamiéndome, succionando. Con la intensidad y la presión perfecta, como si conociera mi cuerpo mejor que yo.

Dejo caer una de mis manos para agarrarlo del pelo sin dejar de moverme hacia delante y detrás, restregándome despacio. Intento contener en vano los gemidos mientras su lengua me atormenta de una forma deliciosa. La palma de su mano presiona mi estómago, intensificando una sensación que ya de por sí es devastadora. No puedo soportarlo más. Me corro sobre su boca y si no me caigo hacia delante es porque él me sostiene. Apoyo la frente contra el cabecero

y respiro de forma entrecortada. Oliver no deja de lamerme hasta que me tranquilizo y mi cuerpo se relaja.

Necesito un instante para recuperar el aliento y volver en mí. Me acaricia la espalda hasta que mi pulso recobra la normalidad y me tumbo encima de él. Al besarlo noto mi sabor en sus labios y lo desvisto con una mezcla de urgencia y torpeza, porque lo necesito de nuevo. Tiene la polla tan dura que estoy segura de que debe dolerle; la punta está húmeda y rosada. Me siento a horcajadas encima de él, que contiene la respiración cuando su erección me roza.

—Un preservativo —murmura.

Sacudo la cabeza, por lo que me mira con los ojos abiertos. Me encanta ser yo quien lo toma desprevenido. Es que me muero de ganas de sentirlo por completo, sin una sola barrera.

—Hace unos días que empecé a tomar la píldora y los dos estamos sanos. No veo por qué no… —Suelto un suspiro cuando la punta acaricia mi entrada. Dejo caer la cabeza. Oliver permanece inmóvil, aferrado a mis caderas—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿No te apetece?

—Demasiado —admite con la voz entrecortada—. Probablemente me corra muy pronto.

—No pasa nada. Yo tampoco duraré mucho.

Resbala dentro de mí con facilidad y los dos contenemos la respiración cuando me penetra por completo. Esto no se parece en nada a… *nada*. La sensación es increíble.

—Qué bueno, cariño. —Sus manos se clavan en mi culo—. Muévete despacio. Necesito que dure.

Hago justo lo que me pide, pero me temo que ninguno de los dos va a aguantar mucho. En cuanto empiezo a moverme, Oliver murmura una retahíla de palabras; sucias, calientes. Algunas ni siquiera llego a entenderlas.

—No tan deprisa, por favor —suplica desesperado—. No seas mala.

Me inclino hacia delante para rozarle la boca.

—Apenas me he movido.

Me aparta el pelo de la cara y deja la mano en mi mejilla.

—Nadie me hace sentir tan bien como tú —admite mirándome—. Por si te lo estabas preguntando.

Sí, necesitaba oírselo decir, aunque ya lo sabía.

Mi boca se aplasta contra la suya, sus manos se entierran en mi pelo y no existe nada más; solo nosotros, solo lo que sentimos. Ambos rindiéndonos y perdiendo el control hasta que él se corre y yo lo sigo unos segundos después, convencida de que ni he sentido nada parecido con otra persona, ni lo sentiré jamás, porque estoy hecha para él.



64

¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Pasamos un rato muy agradable con Elvira y sus amigos, haciendo una barbacoa en el precioso jardín y comiendo hasta reventar. Luego nos aventuramos en una ruta de senderismo que nos lleva a un riachuelo. Oliver decide soltar a la perra para que desfogue un poco, pero Leia se emociona demasiado y se lanza al agua, así que a él no le queda más remedio que meterse para rescatarla. Los demás nos partimos de risa mientras lo vemos quitarse los zapatos y remangarse los pantalones para atrapar a la perra, que nada hacia el fondo pensado que se trata de un juego. Mis amigos le toman el pelo a Oliver mientras regresamos a la casa, pues está empapado y muerto de frío. Sorprendentemente, él se lo toma con humor.

—Tengo un jack russell al que le vendría bien que le dieran largos

paseos. Ya no tengo la energía de antes —dice Javier—. Seguro que se llevaría bien con Leia.

—Y con Oliver —añade mi novio, mirándome—, aquel San Bernardo que se llama igual que yo.

—Eh… mi amigo se mudó hace poco. Ahora viven en otra ciudad —respondo deprisa, intercambiando una mirada de circunstancia con Elvira—. ¡Echaré de menos a Oli!

Odio seguir mintiéndole a Oliver; me callo por su abuela, pero cada vez soy más consciente de que es un lastre en nuestra relación.

—Los perros y los niños se te dan igual de bien —interviene Oliver, que deja la mano en mi muslo y me mira con un afecto que me calienta el corazón—. En la ludoteca la adoran, hasta hay un niño que quiere ser su novio.

Oliver les cuenta la anécdota del crío y todos se echan a reír, excepto su abuela, que parece pensativa. Se levanta para servir la cena y me pide que la ayude. Sé que solo es una excusa para que podamos hablar en privado, por eso voy directa al grano en cuanto nos encerramos en la cocina.

—No quería ocultarte lo mío con Oliver —comienzo a decir—. Llevamos poco tiempo y pensamos que…

—Querida —me interrumpe—. No tienes que darme explicaciones; estoy muy feliz. El día que os vi bailar supe que ya no hacía falta que interviniera porque lo que había entre vosotros era más grande que mi deseo de ayudar a mi nieto.

—No puedo seguir mintiéndole, Elvira. Él cree que todos nuestros encuentros fueron obra del destino.

—Podría decir que me siento culpable de abordarte aquel día en el metro, pero estaría engañándote. Nunca había visto a Oliver tan relajado. Ha recuperado las ganas de escribir, de hacer cosas…, y

todo te lo debo a ti.

No he hecho nada especial, salvo ser yo misma y ocultarle nuestro acuerdo. Así que me siento de todo menos orgullosa.

—Oliver me gusta de verdad.

—Lo sé. —Me sonríe con franqueza—. Me doy cuenta de cómo lo miras, tesoro.

—No quiero… —Juego con mis manos, cada vez más agobiada—. Te parecerá una locura, pero nunca había tenido tan claro que he encontrado al hombre de mi vida. Lo último que quiero es perderlo por ser una cobarde.

—No es ninguna locura. —Me acaricia la mejilla con cariño—. Sentí lo mismo cuando conocí a mi marido, pero…

—A veces te preguntas cómo habría sido tu vida si hubieses elegido a Javier —aventuro.

Elvira tiene los ojos brillantes de emoción y una sonrisa triste en los labios.

—Amé a mi marido con todo mi corazón, y en el fondo sabía que Javier era una elección arriesgada. El problema es que las decisiones más sensatas no siempre son las que nos hacen más felices. —Cabecea reflexiva—. Tuve miedo de arriesgarme, ¿sabes por qué?

La miro intrigada. Elvira suspira hondo.

—Javier y yo pertenecíamos al mismo círculo, crecimos viéndonos en cenas, coincidiendo en fiestas, e incluso nuestros padres alquilaron juntos esta casa un verano. —Sonríe con añoranza—. Nunca podré olvidar aquel mes de julio… Discutíamos por todo. Creo que nos gustábamos demasiado, y por eso siempre andábamos peleando. Él tenía ideas más modernas, más libres. Nunca entendí cómo podía tener tan claro quién era y qué quería. Yo, en cambio… vivía para complacer.

La escucho en silencio. Ahora hay algo profundamente triste en sus ojos, pero también un deje de orgullo.

—Javier sabía que yo quería ser diseñadora. Me apoyaba, me animaba a estudiar, a trabajar, a vestirme como me diera la gana… porque sabía que, para mí, la moda era una forma de hablar sin palabras. Con él, podía ser yo misma. Pero eso no encajaba con los planes de mis padres, ni con la vida que me habían asignado antes incluso de que yo supiera quién era. —Chasquea la lengua—. No digo que haya sido infeliz, pero quería ser algo más que una esposa y una madre abnegada. Por desgracia, corrían otros tiempos y mis padres eran muy conservadores.

Hace una pausa y se encoge de hombros.

—Elegir a Javier habría significado elegirme también a mí, y romper todos los lazos con mi familia… En aquel entonces era joven y cobarde; no estaba preparada para decepcionar a mis padres. Así que me casé con el hombre que aprobaban. Y callé lo que sentía por el único que me habría impulsado a volar en lugar de cortarme las alas.

Me toma la cara y me da un beso en cada mejilla.

—Por eso te envidio tanto, Georgina. Tardé demasiado en comprender que el tiempo es un regalo precioso y no debemos malgastarlo viviendo para otros —reflexiona—. Tú no tienes miedo de ser tú misma, y por eso sé que mi nieto no te dejará escapar. No temas ser sincera.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunto desconcertada.

—Estos últimos años han sido tan duros para él que pensé que, si le contabas la verdad, volvería a retroceder mil pasos —contesta—. Pero fue una petición egoísta. Ahora os miro y me doy cuenta de que

merecéis empezar una relación con la verdad por delante.

—Esperaré a que termine tu cumpleaños —decido. Oliver me ha contado que Javier quiere pedirle matrimonio y no voy a arruinar el momento, ya que no estoy tan segura como ella de que Oliver se lo vaya a tomar demasiado bien—. Te quiero, Elvira.

Nos fundimos en un abrazo.

Quizá el destino sí tuvo algo que ver cuando la trajo a mi vida aquel día, porque me ha regalado una abuela maravillosa y un gruñón que en el fondo es pura dulzura.



65

¿No me vas a dar dos besos?

A la mañana siguiente es el cumpleaños de Elvira.

—¡Felicidades, Elvi! —exclama Víctor cuando ella entra en la cocina.

Todos nos levantamos a felicitarla. Javier se mete una mano en el bolsillo trasero del pantalón y Oliver y yo intercambiamos una mirada cómplice al comprender lo que está a punto de suceder. Ay, madre mía, ¡va a pedirle matrimonio!

Me muerdo el labio, expectante y emocionada. Javier está arrodillándose cuando, a través del ventanal de la cocina, veo un enorme deportivo que aparca en la entrada. Una mujer de larga cabellera azabache baja del asiento del copiloto al mismo tiempo que una niña rubia echa a correr hacia la casa.

—Abuela —protesta Oliver con un hilo de voz.

Me percato de que mi novio está pálido, como si acabase de ver un

fantasma. Elvira parece igual de conmocionada e intenta agarrarlo del brazo, pero él se aparta, contrariado.

Vale, me he perdido algo, porque no entiendo nada.

—Te juro que no sabía… —comienza a decirle en voz baja.

No le da tiempo a terminar la frase, ya que un torbellino entra en la cocina y se abraza a las piernas de Elvira como si fuera un koala. Javier se endereza y guarda con disimulo la cajita en el bolsillo del pantalón. De repente, la niña se gira hacia Oliver, ladea la cabeza y lo observa con los ojos entrecerrados, como si intentara descifrar un misterio.

—Hola —dice, arrugando la nariz—. ¡Mamá tiene fotos tuyas! ¡Tú eres el hombre invisible que me manda regalos por mi cumple!

Oliver la mira como si hubiera visto un fantasma.

—Sí, pero no soy invisi…

No le da tiempo a acabar la frase. La niña suelta a Elvira y se lanza hacia él con los brazos abiertos, estampándose contra su cintura.

Todos estamos perplejos por la interrupción. Excepto Oliver, que permanece más quieto que una estatua mientras la niña, colgada de su cintura, se aferra a él con fuerza. Estoy segura de que no soy la única que se percata del malestar de Oliver, quien hace un gran esfuerzo por no quitársela de encima. Su rostro es una máscara de angustia apenas disimulada que contrasta con la alegría despreocupada de la pequeña. Es como si el mero hecho de devolverle el abrazo le resultara físicamente doloroso.

—¡Encantada de conocerte, tío Oliver! ¡Gracias por los regalos! —exclama la niña.

Un momento, ¿tío Oliver? No sabía que tuviese una sobrina. En alguna ocasión ha mencionado de pasada que tiene una hermana, pero no le había dado mucha importancia porque me contó que

mantiene una relación tensa con sus padres y supuse que no estaban muy unidos.

—¿Ya te has olvidado de tu bisabuela? —interviene Elvira.

La niña gira la cabeza y le dedica una sonrisa mellada. No se parece en nada a Oliver ni a Elvira. Tiene los ojos marrones y unos tirabuzones rubios le caen por los hombros. Es una auténtica princesita.

—¡Ay, *abu*! —la niña salta de nuevo hacia Elvira, quien sí la estrecha con cariño.

A mi lado, Oliver permanece boquiabierto. Su expresión es el reflejo de la conmoción. No entiendo nada, y tampoco me atrevo a preguntar.

—Mami quería que viniéramos por sorpresa —le dice la niña—. Ha pensado que te pondrías muy feliz al vernos, así que hemos adelantado nuestro regreso para estar contigo. ¿Estás contenta, *abu*?

—Mucho, Elena —contesta Elvira, peinándole los rizos con una mano. Le da un golpecito en la nariz y ella se ríe—. ¡Se te ha caído otro diente!

La niña le enseña con orgullo el hueco donde debería estar el incisivo. Entonces me doy cuenta de algo: la ha llamado «Elena».

No puede ser…

¿Estamos hablando de la misma Elena de la que llevo tanto tiempo preocupada? Pensaba que era una mujer importante en la vida de Oliver, pero… ¡resulta que es su sobrina!

Mis amigos parecen tan desconcertados como yo, y no es para menos: todos hemos sido testigos de la incomodidad de Oliver al dejarse abrazar por la niña. Por poco sale corriendo. Por el amor de Dios, es una cría adorable. ¿Cuál es su problema?

Leia, ajena al malestar de su dueño, se pone a saltar alrededor de

Elena, quien grita de alegría al verla. En ese momento, un hombre y una mujer entran en la cocina. Al hombre es la primera vez que lo veo, pero a ella sí la reconozco: es la chica que aparecía junto a Oliver y Thiago en la foto que encontré en aquel libro. Al observarla de cerca puedo apreciar las similitudes que se me pasaron por alto en su momento: el ceño fruncido, la boca carnosa y los mismos ojos.

—¡Mami! —la llama Elena, que tiene a Leia en brazos. La perra le lame la cara y la niña suelta una carcajada—. ¿Me puedo quedar con el perrito?

Leia se escapa de un salto y se esconde detrás de los pies de Oliver. La mujer desvía la mirada desde su hija a él. Entonces se cruza de brazos y estrecha los ojos, como si no pudiera creer lo que ve.

—Hola, hermanito —dice con tono afilado y burlón—. ¿No me vas a dar dos besos?

El hombre que ha llegado con ella le pasa un brazo por encima de los hombros, intentando apaciguarla, y luego sonríe a Oliver con cordialidad.

—Hola, Oliver —lo saluda.

—Hola, Gael —contesta él, aún aturdido.

—¿De quién es el perro? ¿Es tuyo, tío Oliver? —pregunta Elena, agachándose para seguir acariciándolo—. Oh, ¡qué bonito!

—Eh… sí —responde Oliver—. Se llama Leia.

—¡Una niña! Mami, yo quiero una. *¡Porfa!*

—De eso nada —responde su madre, categórica.

—¡Jo! —Elena sigue en el suelo jugando con Leia, pero ahora parece decepcionada—. ¡Me quiero quedar con la perrita del tío Oliver! —Oliver abre la boca para responder, pero no dice nada. Su hermana suelta un gruñido de frustración y me percato de que su acompañante le frota la espalda. Justo cuando pienso que la

situación no puede ser más tensa, Oliver se da la vuelta y sale de la cocina, ante las miradas atónitas de todos y la mueca sarcástica de su hermana.

Estoy a punto de seguirlo para preguntarle qué está pasando cuando ella se me adelanta y va detrás de él como una exhalación; sea lo que sea que hay entre ellos, primero deben resolverlo solos.

—Uy. —Elena pone cara de susto—. Mami está enfadada.

—Bueno… —El hombre al que Oliver ha llamado Gael le tiende una mano al primero que tiene delante, que resulta ser Víctor—. ¡Encantado de conoceros!



66

Te las verás conmigo

«Cálmate; cálmate; cálmate».

Y una mierda.

Si me adentro en el bosque, quizá me pierda y no tenga que enfrentarme a mi familia; de verdad que no puedo. Me da igual que Georgina crea que soy una mala persona. Bueno, sí que me importa; pero la alternativa implica regresar y dar la cara, algo para lo que no estoy preparado.

Me paso una mano por el pelo. Camino tan deprisa que ni siquiera sé dónde estoy. De pronto, me tropiezo con la raíz enterrada de un árbol y suelto una maldición. Al final acabaré desorientado de verdad. Fantástico.

Necesito recuperar el aliento, así que paro un momento, me apoyo con ambas manos en el tronco de un árbol y cuento mentalmente hasta diez. Sé que no es culpa de mi abuela, que estaba tan sorprendida como yo. Si al menos hubiera estado preparado, podría

haber fingido que era capaz de estar en la misma habitación que la cría. Qué idiota soy.

Le pego un puñetazo al árbol para desquitarme, pero no me siento mejor. Es como si el pasado me hubiese engullido para devolverme de golpe a la casilla de salida. Las emociones me desbordan por completo. Siento rabia, dolor y una profunda tristeza. Si no hago algo, explotaré. Pero ¿qué voy a hacer?

Ni siquiera puedo abrazar a mi sobrina sin sentir que me asfixio. ¿En qué clase de hombre me convierte eso? Es evidente que en uno no muy bueno. Vuelvo a incorporarme mientras exhalo con fuerza. Cierro los ojos y reflexiono. Al abrirlos, me encuentro a mi hermana de frente. Está furiosa.

—Maldita sea —murmuro alterado.

Debería haber supuesto que me seguiría. La maternidad se ha llevado a la joven frágil e insegura que era hace unos años y delante de mí tengo a una mujer calmada y decidida.

—¿En serio, Oliver? —protesta indignada. Todos dicen que nos parecemos, pero ella siempre ha sido mejor persona que yo—. Llevas casi dos años sin cogerme el teléfono y, cuando por fin nos vemos, sales huyendo como un cobarde.

No tengo nada que decir en mi defensa, así que guardo silencio. Cristina me observa impaciente hasta que se da por vencida. Cómo han cambiado las cosas; antes era yo el que tomaba las decisiones y tiraba de ella.

—Parece que la única que puede contar contigo de toda la familia es la abuela. A lo mejor debería ser igual de invasiva que ella, ¿no? —dice con sorna—. Así no podrías ignorarme, ni a mí ni a papá y mamá.

—No vayas por ahí —contesto molesto. Ella mejor que nadie

debería entender por qué no quiero retomar el contacto con nuestros padres.

—Vale —concede—. Me da igual si no quieres verlos a ellos. Entiendo que tienes tus motivos, pero ¿qué coño te hemos hecho nosotras?, ¿y Gael?

«Nada. No me habéis hecho nada».

¿Cómo voy a explicarle la verdad sin partirle el corazón? No puedo, ese es el maldito problema. Hace siete años desaparecí de sus vidas y no quise saber nada del mundo. Mientras tanto, mi hermana dio a luz a Elena… y yo ni siquiera fui capaz de conocerla. Luego fui a terapia, me desintoxiqué y tuve la absurda esperanza de empezar de cero. Retomé el contacto con mi hermana y Gael, y conocí por fin a mi sobrina. Cristina me abrió la puerta sin reproches, como siempre había hecho, y Gael me dejó entrar en su vida con esa mezcla de cautela y buena fe. Y Elena… bueno, Elena solo era un bebé y tenía a sus padres; no me necesitaba. Podía estar ahí sin implicarme demasiado.

Pero luego empezó a crecer. Y, con ella, también lo hizo todo lo que yo intentaba enterrar. Porque el parecido era devastador. Y, Dios, apenas podía mirarla sin sentirme miserable, sin recordar todo lo que nunca podré arreglar.

—Oliver —insiste seria—. Te he hecho una pregunta.

—Nada.

—¿Y entonces por qué actúas como si tuviésemos una enfermedad contagiosa? ¿Por qué no respondiste a mis llamadas? ¿Por qué no querías quedar con nosotros? —me recrimina hecha una furia. Una lágrima se desliza por su mejilla y ella la limpia de un manotazo. Yo soy el culpable. Sin embargo, soy incapaz de mover un dedo para cambiar las cosas—. ¡Es tu sobrina!

—Lo sé —respondo entre dientes—. Pero sabes que…

—¿… lo has pasado mal? —intuye con tono crispado—. ¿Crees que eres el único que ha sufrido? Gael y yo también estábamos allí. Todos tuvimos que empezar de cero. Tú dejaste la universidad, yo me quedé embarazada y decidí abandonar los estudios, y papá se puso furioso conmigo. Pero no estuviste ahí, Oliver. Te necesitaba y me diste la espalda. El único que se quedó a mi lado fue Gael. No te culpé porque entendí que necesitabas espacio, pero a veces me pregunto si solo estabas siendo un completo egoísta.

—Sí.

—Oh, es increíble. —Le da una patada a una piedra—. ¡No me digas lo que quiero oír! Grítame, reacciona, haz algo. ¡Por Dios, no te quedes ahí parado como si esto no fuera contigo!

Eso es justo lo que hago. Puedo aceptar su furia, pero no darle las respuestas que necesita. Mi hermana chasquea la lengua, decepcionada.

—Muy bien —se rinde—. Es el cumpleaños de la abuela, así que no voy a montar un espectáculo. Pero tampoco nos iremos, por mucho que te incomode nuestra presencia. Lamento haberte estropeado la fiesta, hermanito.

Cristina comienza a alejarse, aunque cambia de opinión al cabo de unos metros y se da la vuelta. Su rostro es el reflejo de la determinación cuando me mira.

—Más te vale fingir que puedes ser un buen tío. Conmigo puedes tener todos los desplantes que te dé la gana. Pero te juro que te arrepentirás si mi hija se da cuenta de que no la quieres.

El bochorno me aplasta el pecho.

—No es que no…

—Ni se te ocurra decir que la quieres —me advierte dolida—. No

eres un buen tío por enviarle una postal y un regalo carísimo por su cumpleaños. ¿De verdad piensas que eso es suficiente?

Por supuesto que no, mierda. No voy a negar que me gustaría formar parte de su vida, pero no sé cómo hacerlo.

—Te juro que si antes no he gritado tres cosas es porque no quería avergonzar a la abuela delante de sus amigos.

La idea de que Georgina descubra lo que sucedió me provoca nauseas.

—Cristina, por favor, mi novia no tiene por qué saber…

—Tu novia —repite con los ojos muy abiertos—. ¡Ahora tienes novia!

—Sí, pero ella no…

—No sabe nada de lo que pasó hace siete años —me interrumpe con brusquedad, asintiendo como para sí misma—. Te quedarás hasta que la abuela sople las velas, esbozarás una sonrisa falsa y jugarás con tu sobrina. —Ignora mi malestar—. Me importa una mierda lo mucho que tengas que esforzarte para parecer convincente, pero te juro que, si vuelves a rechazar un abrazo de mi hija, te las verás conmigo.

Cristina me deja completamente deshecho cuando se va. No sabe lo que me pide. De lo contrario, no me pondría en este aprieto.



67

¿Quieres jugar conmigo?

Gael me da buenas vibraciones nada más verlo. Es evidente que Elvira lo aprecia, porque se funde con él en un abrazo sincero y lo mira con adoración. Después de saludarla, Gael continúa presentándose a los demás en un intento por restarle importancia a lo sucedido hace unos minutos. Me tiende la mano y me sonríe con franqueza; es el típico chico mono y agradable con un aire a Seth Cohen del que sabes que puedes fiarte.

—¡Hola! Soy Gael, el marido de Cristina y el padre de este bichito tan revoltoso. —Señala con la cabeza a Elena, que juega en el suelo con Leia.

—Encantada de conocerte. Soy Georgina, la novia de Oliver.

Sus ojos se abren por la sorpresa al mismo tiempo que su sonrisa se ensancha.

—Vaya, eso es… ¡genial! —exclama feliz, como si el hecho de que

Oliver tuviese pareja fuese una grata noticia—. Bienvenida a la familia, Georgina. Me alegro mucho de conocerte. Oliver y yo somos amigos desde que éramos unos críos. Mi padre es su padrino.

Me sorprende que hable en presente. Oliver me confesó que no tiene amigos, pero parece que Gael aún lo considera uno.

—¡Eso significa que eres mi tía! —Elena se levanta de un salto y se abraza a mi cintura, tomándome desprevenida. Me inclino hacia delante para corresponder a su abrazo, con el pecho lleno de una sensación cálida y reconfortante. La niña echa la cabeza hacia atrás y me regala una sonrisa mellada que termina de derretirme. Qué pequeña tan adorable. Si pudiera, me la llevaba a casa—. ¿Te gustan los sándwiches de Nutella? ¿Y el color amarillo? ¿Cuál es tu estación favorita?

—Sí, sí y mi estación favorita es el verano.

—¡La mía también!

Le aparto un rizo de la cara. Es encantadora. Físicamente no se parece en nada a Oliver ni a su madre, aunque tiene la sonrisa afable de su padre—. ¿Qué edad tienes?

—Seis años—responde, sin soltarme. Se nota que es una niña muy simpática y cariñosa. Los críos como ella son mi debilidad—. ¿Quieres ser mi amiga?

—¡Iba a preguntarte lo mismo!

Su expresión se ilumina de felicidad. Ay, me la como. Es una monada.

—¿Quieres jugar conmigo? —Antes de que pueda responder, se gira hacia su padre y le lanza una mirada suplicante—. Papi, ¿puedo jugar con Georgina en el jardín?

Gael me observa con cara de circunstancias, como si temiera que la niña me hubiese puesto en un compromiso. Le doy la mano a la

pequeña y le hago un gesto para que no se preocupe; si hay algo que se me dé bien en esta vida son los niños.

—Solo si a ella le apetece —le dice Gael.

—¡Le apetece! —exclama la niña, tirando de mí hacia la puerta—. ¿Verdad, tía Georgina?

Oh, ahora soy *tita*; estoy viviendo un sueño.

—Me gustaría mucho jugar contigo, bollito.

—¡Bollito! —ríe complacida—. ¿Cómo puedo llamarte yo?

—Mis amigos me llaman Georgi.

—¡Me gusta! —Me arrastra con impaciencia hacia el jardín—. ¿A qué quieres jugar? Tengo una pelota en la mochila. ¡O si quieres podemos jugar a las Barbies! He traído dos. Tú serás la princesa Georgi y yo tu gran amiga que ha llegado para rescatarte de las garras del malvado… —Saca dos muñecas y un oso de peluche de color lila que zarandea en el aire—. ¡El malvado Maléfico Morado!

Elena tiene tanta energía como imaginación. Creamos un escenario con los juguetes que hay en su mochila y me meto en el papel de la princesa Georgi mientras Leia corretea a nuestro alrededor y los adultos charlan en el porche. Ella es la superheroína Elenator, la mejor amiga de la princesa y archienemiga de Maléfico Morado. Después de una ardua misión de rescate, Elenator consigue rescatar a la princesa y juntas se embarcan en otra nueva aventura. Pasamos un rato muy divertido y acabamos tumbadas en la hierba, llorando de la risa mientras Leia nos muerde el pelo.

Qué niña tan graciosa y espabilada. Es un amor.

—Oliver es mi único tío, ¡me gustaría conocerlo más! —exclama la niña—. Es un escritor famoso, pero todavía no puedo leer sus libros porque mami dice que soy muy pequeña. Siempre me hace unos regalos muy chulos por mi cumpleaños. El año pasado me regaló un

viaje a Disneyland Orlando y fui vestida de princesa Rapunzel. ¡Es la que más mola! Me gusta porque tiene el pelo súper largo y un camaleón que se llama Pascal. Mami no me deja tener mascotas, pero algún día la convenceré para tener un conejo, tres gatos y una tortuga —habla sin parar. Tiene la cabecita apoyada en mi hombro y le estoy acariciando el pelo—. Me da pena que el tío Oliver nunca venga a visitarnos, pero está muy ocupado con su trabajo. O eso dicen papá y mamá.

Noto una punzada en el estómago. Fui consciente de lo que pasó cuando abrazó a su tío. Aún no entiendo por qué Oliver se siente tan incómodo con ella. Es que no me entra en la cabeza. A lo mejor no sabe cómo lidiar con su sobrina porque es una niña muy extrovertida, pero tengo la impresión de que se trata de algo más complicado.

—Escribir libros es muy difícil —digo para salir del paso.

—Nunca nos llama —responde apenada—. Soy la única niña de mi clase que no conoce a su tío.

Como si lo hubiésemos invocado, Oliver regresa caminando desde el sendero que conduce al bosque. Parece hecho polvo. Levanta la mano al verme, más relajado, pero se endereza cuando Elena se incorpora y corre hacia él, seguida de Leia, que va moviendo la cola. Se me parte el corazón cuando se queda rígido, como si se hubiera electrocutado. Hace un gran esfuerzo al acariciarle la cabeza con torpeza, como si la niña fuese un cachorrito. Luego se aparta con incomodidad. Su expresión me confirma que le gustaría estar lo más lejos posible de ella.

—Georgina y yo hemos jugado a las Barbies —le cuenta Elena, emocionada.

—Qué bien. —Oliver fuerza una sonrisa.

—¡Juega con nosotras, *porfa*!

Oliver se muestra reacio cuando su sobrina le da la mano. Me muerdo el labio, sin saber qué hacer. Por un lado me gustaría rescatarlo, quedarme a solas con él y preguntarle qué narices le pasa. Por otro, considero que debo mantenerme al margen. Es un adulto, por el amor de Dios. Entiendo que los niños no sean lo suyo, pero al menos podría hacer un esfuerzo con su sobrina.

—Yo no… —balbucea, pálido como una estatua de mármol—. Es que no…

—¡Podemos jugar al escondite! —sugiere la niña, ajena a la incomodidad que despierta en su tío—. Nosotras nos escondemos y tú cuentas hasta diez.

Oliver asiente resignado. Su sobrina corre a esconderse detrás de un árbol mientras él empieza a contar. No tengo más remedio que unirme al juego, aunque lo que de verdad quiero es hablar con él. Al menos se involucra y deja ganar a la niña, a pesar de que la ha descubierto. Elena grita de alegría y nos pide que la dejemos contar a ella. En cuanto se da la vuelta, Oliver suspira aliviado y me dice en voz baja:

—Me duele la cabeza.

—Ni se te ocurra… —comienzo a decir, al advertir sus intenciones.

Pero él ya se está alejando hacia la casa, así que no me queda más remedio que quedarme con Elena. Elvira y los demás observan en silencio cómo Oliver entra en la casa. Cuando la niña termina de contar, le explico que su tío no se encuentra bien; su cara de desilusión me destroza. Cristina lo observa desde el porche y parece disgustada. Hace el amago de seguir a su hermano, pero Gael la agarra del brazo y le susurra algo al oído.

Vaya, parece que no soy la única que tiene un secreto.



68

Aquí tienes un amigo

Alguien llama a la puerta de la habitación; supongo que se trata de Georgina o Cristina. He visto la cara de decepción de mi novia al marcharme; me duele que crea que soy un tipo sin sentimientos al que no le importa rechazar a su sobrina, pero la opción de contarle la verdad es peor aún. En cuanto a mi hermana, acaba de comprobar con sus propios ojos que soy incapaz de relacionarme con normalidad con su hija. ¿Qué demonios quiere de mí? Maldita sea, ¿por qué no puede dejarme en paz?

—Oliver —me llama Gael—. ¿Puedo pasar?

Me incorporo en el colchón y me sujeto la cabeza entre las manos. El bueno de Gael. A veces olvido que es el mediador por excelencia. Nunca he conocido a una persona más considerada que él. Esperó años a tener una oportunidad con mi hermana, de la que siempre estuvo enamorado. Es un buen padre para Elena y besa el suelo que pisa Cristina. Y, si me guarda rencor, lo disimula de maravilla.

—Sí —respondo de mala gana. No tengo ganas de hablar con nadie, pero supongo que quiere advertirme de que mi hermana está hecha una furia.

Gael entra en la habitación. Es el que menos ha cambiado físicamente de los tres. Tiene mi edad, pero aparenta veinte años. Su rostro aniñado y su sonrisa cálida le dan un aspecto de buen tío, que es justo lo que es: un padre ejemplar, un marido abnegado y un empresario respetable.

—Si vienes a decirme que mi hermana está cabreadísima conmigo, puedes ahorrártelo. Ya he hablado con ella y sé lo que opina sobre mi nula capacidad para ejercer de tío. No sé qué esperaba de mí.

—He conocido a Georgina —dice sin alterarse—. Es estupenda. Ha hecho buenas migas con Elena.

Me relajo cuando me habla de ella. Gael percibe mi cambio de actitud y se sienta a mi lado. No sé si Georgina podrá perdonarme por no haberle contado que tengo una sobrina. Le han bastado unos minutos para encariñarse con la niña; no es de extrañar. En realidad, yo soy el que tiene un maldito problema.

—Sí, Georgina es… —«dulce, amable, divertida, inteligente, todo para mí»—… increíble.

Gael asiente. Sé que no lo hace de forma condescendiente. Es un tipo que suele juzgar con precisión a los demás. Con Thiago acertó e intentó advertirme, pero no quise escucharlo.

—Me alegro de que compartas tu vida con ella. Lo digo de corazón, Oliver. Es reconfortante saber que no estás solo.

—¿Qué quieres, Gael? —No soporto que no vaya directo al grano. Me está poniendo nervioso.

—Que sepas que no importa cuánto tiempo hayamos estado distanciados, porque para mí sigues siendo un amigo. He pensado

que debía decírtelo, por si acaso tenías alguna duda.

Un nudo se forma en mi garganta. No merezco su amistad ni su generosidad; fui cruel con él en el pasado. Lo acusé de estar celoso de Thiago y de un montón de cosas sin sentido, como intentar separarnos al decir mentiras que terminaron siendo verdad, o echarle en cara que era el perrito faldero de mi hermana, pero que ella nunca lo vería como algo más. Sin embargo, al mirarlo a los ojos, no encuentro ni un ápice de resentimiento. Ojalá lo hubiera. Todo sería más fácil si me gritase o me hiciera alguna recriminación.

—Fui un imbécil contigo —le recuerdo con aspereza—. Solo recurría a ti cuando me enfadaba con Thiago. La mayoría de las veces te ignorábamos o nos burlábamos de tus sentimientos por Cristina.

Gael ni siquiera se inmuta. No puedo creer que no me guarde rencor. ¿Acaso no tiene sangre en las venas?

—Esa es parte de nuestra historia —admite con calma—. Prefiero quedarme con la otra. Hubo cosas buenas, aunque a ti se te hayan olvidado. Estuviste a mi lado cuando mi hermano falleció de leucemia; aquel verano te mudaste a mi casa e hiciste lo imposible por animarme.

Cierro los ojos y trago con dificultad. Sí, hice lo mismo que hubiese hecho cualquier persona decente; al fin y al cabo, él estaba hecho polvo y necesitaba un amigo. Pero eso no cambia lo mal que me porté.

—También me defendiste de aquel profesor que se metía en público conmigo. Te dio igual que casi te expulsaran, a pesar de que te llevaste una bronca monumental de tu padre.

Por supuesto que mi padre se cabreó. Si no me echaron del instituto en aquella ocasión fue porque él habló con el director e hizo

una generosa donación.

—Te llamé perdedor cuando me enteré de que Cristina y Thiago estaban liados. Lo pagué contigo porque necesitaba desquitarme con alguien —rememoro, avergonzado.

—Él se portó fatal con ella. Tú estabas enfadado por no haberte dado cuenta, y en el fondo querías que yo espabilara. No te faltaba razón, aunque podrías haberte ahorrado lo de perdedor. —Sacude la cabeza y se ríe en voz baja—. Te negaste a entrar en aquella discoteca cuando el portero no me dejó pasar, y convenciste al resto del grupo para que fuéramos a otro sitio. Tú puedes quedarte con las cosas malas, pero a mí me pesan más las buenas.

Me levanto y me pongo delante de él.

—¡Fui un amigo de mierda!

—¿Es lo que te dices constantemente para alejarte de nosotros? —replica sin perder la compostura—. ¿Que fuiste un mal amigo, un mal hermano, un mal hijo?, ¿que la muerte de Thiago fue culpa tuya?

Es como si me hubiera dado un puñetazo en el plexo solar. El aire escapa de mis pulmones y retrocedo conmocionado.

—Lo fue —murmuro con un hilo de voz.

Gael se pone de pie y me mira con una compasión que no merezco. Corta la distancia que nos separa y pone las manos en mis hombros.

—No —dice muy tranquilo—. Y no lo digo solo porque te aprecie y quiera quitarte un peso de encima, sino porque lo pienso de veras. Yo estaba allí, y fue un maldito accidente. Si creyera que eres una mala persona, no permitiría que mi hija se acercase a ti. Solo eres un hombre roto y asustado que no ha superado la muerte de quien había sido su mejor amigo.

Doy un paso atrás para romper el contacto; no puedo seguir

escuchándolo.

—Solo he venido a recordarte que aquí tienes un amigo —continúa —. No pretendo reemplazar a nadie, ninguno de nosotros puede. Pero, por mucho que te duela lo que voy a decir, necesito hacerlo: estás mejor sin él. Teníais una relación tóxica. Y, si vas a culparte, al menos reconoce que lo que pasó también fue culpa suya.

—No te atrevas a…

—Estás mejor sin él —insiste sin perder la compostura—. Quizás por eso te asusta pasar página. Si admites que mereces ser feliz, dejarás de pensar en él. Pero te aferras al pasado porque tienes miedo de olvidarlo, como si lo estuvieras traicionando. ¿Y sabes qué? Si Thiago te hubiese querido de verdad, le gustaría que dejaras de culparte por su muerte y empezaras a vivir de una maldita vez.

No hace falta que le grite que se largue, pues Gael se marcha, satisfecho de haber dicho todo lo que tenía que decir.



69

Tarta de Fresa

Quería ir a buscar a Oliver, pero Elena no se ha separado de mí en toda la mañana. La niña ha insistido en que la acompañe a todas partes y, aunque sus padres y los demás están por aquí, se ha encariñado conmigo.

Le he preguntado a Gael si podía prepararle algo a su hija porque ella me ha dicho que tenía hambre. Él me ha sonreído y ha dicho que por supuesto, después de disculparse porque su hija se ha convertido en mi sombra. A mí no me importa, pues la cría es un encanto. Así que vengo con la intención de hacerle un aperitivo, pero al entrar en la cocina me encuentro a Cristina de pie, con los brazos cruzados frente al ventanal. No me percato de que está llorando hasta que se da la vuelta y se sobresalta al verme. Se limpia las lágrimas con rapidez, incómoda de que la haya descubierto en un momento tan vulnerable.

—¡Hola! —Decido hacer como que no me he dado cuenta porque parece tan orgullosa como su hermano—. Elena quiere comer. Le he preguntado a Gael si podía darle algo, pero no sé si es alérgica a algún alimento.

—Ya le preparo yo algo, que llevas toda la mañana ocupándote de ella —contesta, dirigiéndose al frigorífico—. Es alérgica al plátano.

—No te preocupes, puedo hacerlo yo —me ofrezco—. No me importa, de verdad.

Cristina me mira durante un instante, pero al final asiente y se aparta del frigorífico. Es difícil saber lo que está pensando. No parece tener nada en contra de mí, pero es lógico que muestre recelo teniendo en cuenta que soy la novia de su hermano, con el que no parece llevarse del todo bien.

—Le encantan los sándwiches de atún.

—¿Sin corteza, con salsa de tomate y mahonesa, y todo muy mezclado para que no encuentre ningún grumo?

—¿Cómo lo sabes? —pregunta sorprendida.

—Trabajo en una ludoteca. Los niños quisquillosos con la comida son mi especialidad.

—¿Te gustan los niños?

—Me encantan —admito sonriendo—. Tengo buena mano con ellos.

Asiente pensativa, como si quisiera decir algo más. Cojo los ingredientes para el sándwich, me lavo las manos y empiezo a prepararlo.

—Elena es un encanto de niña. Muy lista y cariñosa. —No lo digo por ganármela, pues lo creo de verdad. Solo llevo un par de horas con su hija y ya me he encariñado con ella.

—Vaya. —Suelta una risa incrédula, desprovista de humor

—.Cuando Oliver me ha contado que tenía novia, esperaba a alguien más…

Deja la frase en el aire, así que decido terminarla por ella.

—¿… parecida a él?

—Desagradable.

—Tu hermano no es desagradable.

—No, qué va —contesta con ironía—. Es una persona fácil de tratar y cuenta unos chistes divertidísimos.

—Tiene sentido del humor, lo que pasa es que…

—Está amargado.

—Bueno. —Aprieto los labios, disgustada. Soy hija única y no entiendo las dinámicas entre hermanos—. Es un poco gruñón, sí; pero también es considerado, protector y cariñoso.

—¡¿Cariñoso?! —exclama con incredulidad—. Te has equivocado de persona. Lo siento por ti, de verdad. No imaginé que mi hermano estuviese saliendo con un terrón de azúcar, pero siempre se le ha dado bien conseguir lo que quiere de las mujeres. No me extraña que te haya engatusado.

¿Acaba de compararme con un terrón de azúcar? Parpadeo sin dar crédito, inspiro hondo y trato de no perder los nervios. No sé si me molesta más que me considere tonta o que hable mal de su hermano.

—Mira, no sé qué pretende demostrar al salir contigo. —Chasquea la lengua—. Primero adopta un perro, luego se busca a una novia que parece una copia de Tarta de Fresa…

—¡Oye! —protesto indignada.

—Pero a mí no me engaña —continúa, ignorándome—. Me ha demostrado que solo se preocupa por sí mismo y va a su bola. Por mucho que lo quiera, ya estoy harta de echarlo de menos. Hazme caso: si no quieres acabar sintiéndote igual, aléjate antes de que te

deje tirada a ti también, Tarta de Fresa.

Estoy a punto de abrir la boca cuando Oliver entra en la cocina, se interpone entre nosotras y fulmina a su hermana con la mirada. Ella se cruza de brazos y levanta la barbilla, dispuesta a plantarle cara.

—Desquítate todo lo que quieras conmigo —le advierte, hecho una furia—. Pero no vuelvas a hablarle así. Tiene un nombre, se llama Georgina.

Cristina tiene los puños apretados y el rostro contraído por la rabia, además de algo más intenso y triste. Sus ojos se tornan vidriosos de nuevo, pero no se derrumba.

—Ahora ya sabes lo que se siente cuando menosprecian a alguien que te importa —le suelta, pero no hay satisfacción en su expresión cuando se fija en mí y añade—: Lo siento, Georgina, tú no tienes la culpa de nada.

No me atrevo a girarme hacia Oliver hasta que nos quedamos solos. Él parece deshecho; se pasa una mano por el pelo y niega con la cabeza.

—Lo siento —dice devastado—. No puede hablarte así. Te juro que no volverá a pasar.

—No es eso lo que me preocupa. Es evidente que no iba conmigo. —Abro los brazos y lo miro fijamente, cansada de no saber a lo que me enfrento—. Oliver, ¿qué pasa?

—Rencillas familiares.

—Ya me he dado cuenta, pero…

Él me interrumpe al dar un paso hacia mí, tomarme del rostro y darme un beso en la frente. Cierro los ojos y lo agarro del jersey; ojalá pudiésemos refugiarnos para siempre en este beso.

—Puedes contármelo.

—Lo sé, pero no quiero.

Su respuesta me duele tanto que me aparto de él, aunque intenta retenerme entre sus brazos. Tiene derecho a tener secretos conmigo, al igual que yo tengo los míos, pero me niego a seguir fingiendo que su pasado no me aleja de él.

¿Por qué no podemos confiar el uno en el otro?



70

El gran amor de mi vida

La tensión puede cortarse con un cuchillo durante la comida, a pesar de que Dori y mis amigos se esfuerzan en animar la reunión. Elvira está cabizbaja e intenta sonreír cuando su amiga nos habla del día que las echaron de un crucero por el Báltico por bailar encima de la barra tras beber demasiados margaritas. Me sumaría a las risas de los demás si no estuviese tan preocupada por las miradas furiosas que intercambian Oliver y su hermana. No me queda más remedio que olvidar lo sucedido en la cocina y apretarle la mano para que se relaje. Me doy cuenta de que Gael hace lo mismo con su mujer, que sostiene el tenedor como si quisiera apuñalar a su hermano.

Oliver la ignora cuando le acaricio el dorso de la mano con el pulgar. La tensión de sus hombros se esfuma poco a poco, se gira y me sonríe como si fuera todo su mundo. Aunque me ha dolido un poco que dijera que no quería hablar conmigo, le devuelvo el gesto y

sigo acariciándolo. Cuando me mira así, mi corazón se acelera y siento que encajamos de una forma perfecta y preciosa, aunque no haya sido del todo sincera con él.

Después de comer, Elena le pide a Javier que la acompañe a ver su colección de Barbies y Cristina aprovecha para intervenir. Es la primera vez que abre la boca desde que nos hemos sentado a la mesa.

—¿Cómo os conocisteis?

Tardo un instante en darme cuenta de que nos está hablando a nosotros. Oliver se endereza, así que le doy un apretón en el muslo. Parece que su hermana siente más curiosidad que ganas de iniciar una pelea. O eso espero.

—Le derramé un café encima —le explico, y añado ruborizada—: Fue sin querer.

—A ver si lo adivino. —Centra la atención en su hermano—. Él se puso hecho una furia.

—Sí —admite Oliver—. Fui un auténtico imbécil. La confundí con una fan y le dije que si quería un autógrafo no hacía falta que montase semejante numerito.

—Guau. —Cristina suelta un resoplido burlón—. Por qué será que no me sorprende. Siempre se te ha dado bien tratar a los demás con la punta del pie.

—Bueno —intervengo conciliadora. Siento la necesidad de defenderlo. Nuestro primer encuentro fue un desastre, pero no puedo culpar del todo a Oliver. Al fin y al cabo, él ni siquiera sabe por qué estaba en aquella cafetería—. Es cierto que no empezamos de la mejor forma, pero…

—¿Sabes que Oliver se acostó con mi mejor amiga de la universidad? —me interrumpe Cristina—. Fue un imbécil, aunque le

supliqué que se fijase en otra persona porque ella estaba coladísima y él se jactaba de no buscar nada serio. A mi hermano le dio igual, por supuesto. Siempre conseguía lo que se le antojaba; cualquier cosa menos la aprobación de nuestro padre, ¡una lástima!

—Cristina —le ruega Gael en voz baja—. Georgina no necesita saber…

—Al día siguiente ni siquiera la llamó, e incluso fingió que no se acordaba de ella cuando coincidieron en una clase. Podría darte una lista de las chicas a las que les rompió el corazón —continúa su hermana, bajo la atenta mirada de Oliver, que permanece impasible —. Pero prefiero advertirte sobre la clase de persona con la que sales. Solo para que no sufras cuando te deje tirada como una colilla, porque es lo que mejor se le da. Lo digo por experiencia propia.

—Cristina. —Elvira golpea la mesa. Jamás la había visto tan enfadada—. ¡Basta ya!

—No pasa nada —dice Oliver sin perder la calma. Le hace un gesto a su abuela para que no intervenga. Entonces, se dirige a su hermana—. Tienes razón. ¿Eso es lo que quieres oír? Es verdad, Cristina. Ese era yo y no me siento orgulloso de ello. Georgina ya lo sabe. —Me mira consternado—. Por aquella época era un adicto al alcohol, a las fiestas y a despilfarrar dinero. Necesitaba ser el centro de atención porque, en el fondo, tenía un grandísimo complejo de inferioridad.

—Oliver, no hace falta que sigas. —Le aprieto la mano, horrorizada por cómo lo ha expuesto su hermana.

—He pasado mucho tiempo huyendo de la persona que era —confiesa con voz queda—. Ya no bebo, ni voy a fiestas, y el dinero no podría importarme menos. El primer año después de aquello desaparecí, fui a terapia y me aislé de todos porque estaba

convencido de que no merecía seguir formando parte de vuestras vidas. Luego regresé y lo intenté… ¡Os lo juro! Me esforcé por ser la versión más decente de mí mismo. —Hace una pausa y se pasa una mano por el pelo, visiblemente agobiado—. Pero hace un par de años, cuando creí que lo tenía todo más o menos bajo control, me di cuenta de que no. Así que volví a alejarme porque entendí que lo mejor era desaparecer antes de haceros más daño. Asumí que no valía nada y que debía pagar una penitencia por los errores de mi pasado.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión? —le grita su hermana.

—¡Que conocí a Georgina! —responde él. Sus ojos me miran con una intensa vulnerabilidad—. Escuché tu risa; te vi bailar; me sonreíste. Me llegaste tan dentro que ahora estás en todas partes. Dejé de querer estar solo porque lo único que deseaba era estar siempre contigo. Y me da igual si no te merezco, o si no soy la mejor persona, porque, maldita sea, no quiero vivir sin ti.

A alguien se le escapa un gemido de sorpresa; creo que ha sido Dani. Cristina permanece perpleja, callada. Y yo solo puedo observar con ternura al hombre que tengo a mi lado; el mismo que acaba de confesar delante de todos que no quiere vivir sin mí.

Me inclino hacia él justo cuando Javier y Elena aparecen en el salón cantando *Cumpleaños feliz*. La niña sujeta una tarta de chocolate cubierta de velas y Javier, que la ayuda a llegar a la mesa, nos mira con el ceño fruncido al ver que no cantamos. Un segundo después, todos nos sumamos a la celebración. Elvira cierra los ojos y sopla las velas. Javier le da un beso en la mejilla y ella le sonríe con cariño. Entonces, él se arrodilla y saca algo del bolsillo de su pantalón.

—Javier… —musita ella, sorprendida.

—Eres el gran amor de mi vida —se declara emocionado—.

¿Quieres casarte conmigo?

Elvira asiente, incapaz de hablar. Está temblando como un flan cuando él le pone el anillo. Me percato de que Dani y Víctor lloran a lágrima viva. Los demás aplaudimos. Incluso Cristina, que parece haberse relajado.

Entrelazo mi mano con la de Oliver. Luego, él me susurra al oído:

—Ya estoy preparado para contártelo todo.



71

Es una fotocopia

Aprovecho para abordar a mi hermana después de que todos hayamos felicitado a mi abuela. Estoy muy feliz por ella, pero necesito aclarar las cosas con Cristina. No voy a permitir que me arrebate la posibilidad de contarle la verdad a Georgina. Entiendo que esté furiosa —tiene motivos de sobra—, pero eso no le da derecho a arruinar mi felicidad, ni mucho menos la de mi novia.

—¿Podemos hablar a solas? —le pido en voz baja.

—¿Ahora quieres hablar? —dice con los dientes apretados—. Llevas meses sin contestar a mis mensajes, ¿sabes cómo me siento?

—Cabreada.

—Decepcionada —me corrige con aspereza—. Porque te he necesitado muchas veces, pero estabas tan encerrado en tu propio dolor que no te paraste a pensar que yo también lo estaba pasando mal.

—Ahora estoy aquí.

—¿En serio? —pregunta incrédula. Sus ojos se desvían hacia Elena, que está sentada en el regazo de nuestra abuela. Se me cae el alma a los pies cuando vuelve a mirarme, esta vez con mayor dureza—. Te escucho.

No estoy dispuesto a tener esta conversación aquí. Antes me ha expuesto sin piedad, y de verdad que la entiendo porque, aunque fui un imbécil con ella, siempre estuvimos muy unidos y podíamos contar el uno con el otro. Sin embargo, en los últimos años he sido un hermano pésimo, ausente. No aspiro a recuperar la relación, ni mucho menos. Solo necesito que se ponga en mi lugar por un momento.

—Vamos a un lugar más tranquilo.

—No vaya a ser que la ingenua de tu novia abra los ojos y te vea como realmente eres —replica con sarcasmo.

Nos dirigimos a una salita en el otro extremo de la casa. Al llegar, me giro hacia ella sin ocultar mi irritación. Se lo he advertido: conmigo lo que quiera, pero será mejor que deje en paz a Georgina.

—¿Qué coño te pasa con ella? —le ladro—. ¡No te ha hecho nada! ¿Cuál es tu maldito problema? No te reconozco. ¡Tú no eres así! Lo entiendo, no he estado a la altura. He sido un tío, un amigo, un hermano, e incluso una persona, de mierda. Pero ¿por qué lo pagas con Georgina? Es lo único bueno que me ha pasado en los últimos años y no entiendo por qué te empeñas en arrebatármelo.

Cristina retrocede como si la hubiese golpeado. Sus ojos se llenan de lágrimas y su rostro refleja una profunda tristeza.

—Lo único bueno que te ha pasado… —repite, rota de dolor—. ¿Qué hay de tu sobrina? ¿Ella no es lo bastante buena?

—Eso no es… —Me paso una mano por la cara con agotamiento. ¿Por qué siempre insiste en desviar la conversación hacia la niña?—

No me refería a… —carraspeo, sin encontrar las palabras adecuadas —. Lo que intento decir es que ella me ha devuelto la ilusión. ¡Mi relación con Georgina no tiene nada que ver con vosotras!

—¡Ese es el maldito problema! —estalla, como si yo no pudiera verlo. De hecho, no entiendo a qué se refiere—. No tengo nada en contra de Georgina, idiota. Es agradable y te mira como si fueras lo único que existe. La abuela la adora y mi hija dice que es su nueva mejor amiga. Se nota que es una chica estupenda. Y me alegro por ti, Oliver.

—¿De verdad? —replico con estupor—. Pues no lo parece.

—No puedo evitarlo. Gael me ha echado la bronca… —Se muerde el labio y niega con la cabeza—. Es que me resulta tremendamente difícil e injusto.

—¿El qué?

—Que todos te sobremos menos ella. Que, mientras yo mendigo tu atención, ella no tiene que hacer nada para tenerte. Porque yo te he echado de menos los dos últimos años, Oliver. Te necesitaba, pero te llamaba y me topaba contra un muro de silencio y rechazo. —Las lágrimas comienzan a correr por sus mejillas, pero levanta una mano cuando intento acercarme para consolarla—. Y no me refiero a nuestros padres, que por mí se pueden ir a la mierda. Te hablo como tu hermana pequeña, que se quedó embarazada, estaba muerta de miedo y tuvo que enfrentarse a nuestro padre cuando intentó convencerme de que abortara.

—Dios mío —murmuro horrorizado. No sé de qué me sorprendo, dado que es algo que haría mi padre—. No sabía…

—Claro que no, Oliver. No tenías ni idea porque desapareciste después del funeral. En ese momento no te culpé porque entendí que estabas pasando el duelo. Creí que necesitarías tiempo y espacio, así

que te recibí con los brazos abiertos cuando regresaste un año más tarde. ¡Porque nunca pensé que un tiempo después nos expulsarías de tu vida para siempre! —Llora con fuerza mientras siento todo el peso de la culpa aplastándome el pecho—. Durante el embarazo solo conté con Gael y con la abuela. Ya sabes cómo es mamá. No es mala, pero siempre se pone de parte de papá. Estaba muerta de miedo. Iba a tener una hija, no sabía si estaba preparada, y sufrí los reproches de nuestro padre, que se quejaba de que tú hubieses dejado la universidad y yo hubiese sido otra decepción.

—Maldito sea —escupo con repulsión.

—No eres el único que sufrió con su muerte.

—Lo sé.

—Pero pensé que la terapia te había ayudado a superarlo. Nunca entendí por qué volviste a desaparecer hace dos años —comenta extrañada—. Antes has dicho que creías que lo tenías todo bajo control, pero que te diste cuenta de que no y asumiste que debías pagar una penitencia por los errores de tu pasado. —Mi hermana me mira a los ojos—. Solo te lo preguntaré una vez, Oliver. ¿Qué pasó hace dos años para que cambiaras de opinión?

—Cristina… —le suplico. No puedo soportar que saque el tema.

Se lleva una mano a la boca, horrorizada.

—Dios, aún te sigues culpando de su muerte.

—¡Porque yo lo maté! Fue culpa mía.

—No es cierto —susurra consternada—. Sé que antes lo he insinuado, pero no lo pienso; nunca lo he hecho. Solo quería que reaccionaras, porque prefiero mil veces que me odies a que me ignores.

—Todo lo que has dicho era cierto. Que no quisiera que Georgina lo supiera no significa que pueda culparte por exponerme.

—No eras perfecto, pero yo tampoco. Ni siquiera Gael lo era, y todos sabemos que es un pedazo de pan. —Se le iluminan los ojos al hablar de él—. Yo era débil, sumisa, insegura y siempre me refugiaba en ti cuando las cosas se ponían feas. Tú solo querías ser el mejor porque te han educado para que lo seas. Aunque, cuando te diste cuenta de que jamás serías suficiente, tomaste malas decisiones para llamar la atención de nuestro padre. Y Thiago…

—No —le ruego, devastado.

—Te tenía envidia.

—No quiero que…

—No sé si llegó a quererte de verdad. Con el tiempo he comprendido que estaba obsesionado contigo. ¿No es irónico? Tú deseabas impresionar a nuestro padre a cualquier precio, y Thiago habría dado cualquier cosa por ser como tú.

—Deja de hablar de él, por favor.

—¡No! —Se acerca y me zarandea por los hombros—. No permitiré que siga separándonos. Fue un maldito accidente. Te hablaré de él hasta que aceptes que no tuviste la culpa y puedas abrazar a mi hija.

Me aparto de ella, alterado. Paseo de un lado a otro de la habitación, confundido y agitado. No puedo pensar con claridad. De repente, me falta el aire y lo veo todo borroso.

—Oliver —dice asustada—. ¿Qué te pasa?

—¡Que nunca podré abrazar a Elena! —exploto. Mi hermana abre los ojos de par en par, pero es demasiado tarde para contener las emociones que me desbordan como el agua de una presa rota, inundando todo a su paso sin control—. ¡Es imposible! Aunque lo desee con toda mi alma. ¡No puedo!

—¿Por qué? —pregunta en un susurro.

—¡Porque es igual que él! —grito, con el corazón destrozado—.

Tiene sus ojos, su pelo, su maldita sonrisa. Cuando me mira, cuando me sonríe, cuando me da un abrazo… es como traerlo de vuelta. ¡Es una fotocopia! Ni siquiera puedo estar cerca de ella sin sentir que debo ponerme de rodillas y suplicarle que me perdone por haber matado a su padre. Es igual, ¿de verdad no puedes verlo?, ¿en serio no te duele? Porque cada vez que miro a Elena yo solo veo a Thiago, su verdadero padre.

Cristina pega un grito. Creo que se debe a lo que acabo de revelar, hasta que me doy cuenta de que la niña está en el umbral, con la mano apoyada en el pomo. Mira a su madre con gesto confuso mientras sus ojos se van llenando de lágrimas.

—Mami —dice, haciendo un puchero—. ¿Papi no es mi verdadero papá?



72

Thiago

—¿Qué pasa ahora? —me pregunta Dani al oído.

Estoy igual de perdida que ella. Todos nos hemos quedado perplejos cuando Cristina se ha llevado a Elena, que lloraba desconsolada, hacia el coche. Gael la ha seguido, apresurado, preguntándole qué le pasaba; y Oliver iba detrás, pidiéndole perdón. Ahora están discutiendo los unos con los otros. Incluso Gael, que parece la viva imagen de la calma, ha perdido los nervios. Para colmo, la niña se ha encerrado en el coche sin querer hablar con nadie.

—Ni idea —respondo agobiada. No me atrevo a intervenir. Ni siquiera Elvira se acerca a mediar. Todos estamos igual de confundidos.

La cara de Gael es un poema cuando mira a su hija, le sonríe con tristeza y luego le da un beso en la mejilla a su mujer antes de

subirse al coche. Oliver se acerca a su hermana, pero ella niega con la cabeza y se marcha. Mi novio murmura una palabrota y se frota la cara. Tiene los hombros hundidos y la expresión desolada.

—Deberías ir a por él —sugiere Víctor, empujándome con suavidad hacia delante cuando el coche de Cristina y su familia desaparece por el camino de la entrada.

Tiene razón, no puedo quedarme al margen. Los demás vuelven a la casa para darnos algo de privacidad, excepto Elvira, que se acerca a mí.

—Tarde o temprano iba a pasar —se lamenta—. No dejes que se culpe. Ya carga con un peso demasiado grande.

Quiero preguntarle a qué se refiere, pero ella entra en la casa. Me da pena que su cumpleaños haya sido tan agridulce. Me giro hacia Oliver, que está apoyado en un banco, como si fuera incapaz de sostenerse en pie. A medida que me acerco percibo el temblor de sus hombros y la tensión de sus nudillos. Cuando llego hasta él, me doy cuenta de que tiene el rostro empapado en lágrimas. Se gira hacia mí y permanezco quieta, por si me pide que lo deje en paz; no sería la primera vez que me esconde su dolor. Pero, cuando me mira, sus ojos son un pozo de tristeza desbordada. Me necesita.

—Estábamos discutiendo —dice—. Ella quería saber por qué no puedo acercarme a mi sobrina y… no he podido evitarlo. —Cierra los ojos y las lágrimas ruedan por sus mejillas. Le doy la mano para que nos sentemos y se desploma a mi lado con un suspiro tembloroso y grave. Nunca lo había visto tan roto—. Le he confesado que soy incapaz de abrazarla porque me recuerda demasiado a su padre; es igual que él.

—¿Gael? —dudo; he notado que ambos tienen la sonrisa afable, pero poco más. ¿Qué le pasa realmente?

—No, Thiago. —Pronuncia su nombre como si le doliera físicamente—. Es igual que Thiago.

Su mejor amigo, con el que tiene pesadillas.

No entiendo nada, pero le aprieto la mano para que sepa que no voy a irme. No me importa quién fue y me da igual lo que me contó Cristina, o lo que él tiene tanto miedo de confesarme. Estoy aquí; quiero estar aquí. No conocí al hombre que fue hace siete años. ¿Y qué? A mí solo me interesa el escritor gruñón, protector, dulce y generoso. Me he enamorado perdidamente de él.

—¿Quieres hablar de Thiago? —pregunto con tacto.

—Quiero contártelo todo. —Su nuez baja al tragar. Me estrecha la mano y le devuelvo el apretón—. Pero no sé por dónde empezar.

Guardo silencio, sin saber qué más hacer. No quiero presionarlo ni dar un paso en falso; quizá solo necesita que permanezca a su lado hasta que encuentre el valor necesario.

Oliver entrelaza nuestros dedos, con la mirada perdida en el horizonte.

—Nos conocíamos desde los cuatro años. Thiago era el hijo del jardinero y de nuestra asistenta —comienza—. Vivía con nosotros. No bajo nuestro techo, mis padres nunca lo habrían permitido, sino en una casita en la propiedad.

»Recuerdo la primera vez que lo vi: estaba disfrazado de Spiderman y me burlé de él; me empujó y su madre le obligó a pedirme disculpas. A partir de ese momento, fuimos inseparables. Mi hermana solía venir con nosotros, además de Gael, que era nuestro vecino. Pero Thiago era mi mejor amigo, y yo el suyo… o eso quiero creer —exhala una bocanada de aire. Tiene los ojos entrecerrados y sigue apretándome la mano—. Los cuatro éramos uña y carne. Al principio solo éramos unos críos que iban a la playa,

hacían los deberes juntos… Lo típico. Veníamos de familias donde los padres no se encargaban de sus hijos, así que los dejaban al cuidado de la niñera de turno mientras ellos iban a jugar al golf o a socializar al club de campo. Los padres de Thiago eran diferentes, claro, pero tampoco podían pasar mucho tiempo con él porque siempre estaban trabajando, así que solo nos teníamos los unos a los otros. Nos desahogábamos, nos quejábamos de nuestras familias… Al principio solo eran cosas de críos, pero, con el tiempo, mi padre se volvió un tirano. Y, aunque yo me esforzaba por estar a la altura de sus expectativas con una desesperación patética, nunca funcionaba. Thiago solía decirme que mi padre nunca cambiaría, pero yo no le hacía caso. A pesar de ello, él siempre me apoyaba, era mi fiel escudero.

Oliver hace una pausa para tomar aliento. Me acaricia los nudillos, distraído, como si al hablar del pasado lo estuviese reviviendo.

—Las expectativas de mi padre empezaron a pesarme demasiado en el instituto. Con Cristina también era duro, pero conmigo era mucho peor. Tenía un montón de planes para mí: que fuera capitán del equipo de fútbol, que fuera a una buena universidad, que me casara con la hija de alguno de sus amigos… Quería que lo sustituyera en la empresa, aunque a mí no podría interesarme menos. Y se burló de mí cuando le confesé que quería estudiar Literatura y ser escritor… —Agacha la cabeza, avergonzado. Me duele en el alma que su padre lo menospreciara de esa manera—. Te juro que intentaba agradarlo. Estaba desesperado por ganarme su aprobación. Sacaba las mejores notas, me relacionaba con los hijos de sus amigos y me esforcé cuanto pude en el fútbol; todo para impresionarlo. Pero nunca era suficiente. A menudo, me recordaba que yo era una decepción. Así que, finalmente, mi forma de

rebelarme fue meterme en líos. Empezaron como tonterías, en las que yo era el cabecilla y Thiago mi cómplice. Gael y Cristina nos seguían el rollo, aunque a veces intentaban detenernos.

»Con el tiempo, empecé a salir de fiesta, a beber más de la cuenta y a llegar borracho a clase; ese tipo de cosas. Cuando mi padre me llamaba cabreado, sentía que había ganado una batalla. Si no podía lograr que se sintiera orgulloso, al menos conseguiría enfurecerlo. Y eso, maldita sea, se me daba de maravilla. Frecuentaba malas compañías, me metía en peleas, amanecía cada fin de semana con una chica distinta… A los dieciocho, estrellé el deportivo que me había regalado por mi cumpleaños porque lo único que me dijo cuando le conté emocionado que había sacado matrícula de honor en Economía fue: «¿Acaso esperas una palmadita en la espalda?». Y sí, maldita sea. Claro que deseaba que me diera la enhorabuena, o al menos que fingiera no estar decepcionado.

—Eso es… —«Peor que no tener un padre. Absolutamente cruel»—. Es terrible, Oliver.

—No te compadezcas de mí. Aún no has oído toda la historia.

—Eso no quita que tu padre fuera…

—Un padre de mierda, sí. —Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar, como si sintiera un gran alivio al tocarme—. Pero eso no justifica las cosas que hice. —Inspira hondo y se gira hacia mí, con los ojos brillantes de vergüenza—. Paradójicamente, Thiago sí quería cursar la carrera de ADE que mi padre quería que yo siguiese, pero no consiguió una beca y sus padres no podían costearle los estudios, así que le dije al mío que pasaría por el aro si le costeaba los estudios a mi amigo. Le aseguré que me olvidaría de estudiar Literatura, sería el mejor en fútbol y todas las mierdas que le importaban. Él accedió y, por un tiempo, todo pareció funcionar. Sin embargo, por aquel

entonces yo ya estaba enganchado al alcohol y a las fiestas, y mi padre, cabreado ante mis resultados académicos, no tardó en cortarme el grifo. El problema es que, como sabía darme donde más dolía, hizo lo mismo con Thiago. De modo que mi amigo sufrió las consecuencias de nuestra mala relación. Puede que mi padre no pagase mis caprichos, pero siguió costeando la matrícula de la universidad porque le importaba que acabase la carrera. Pero cambió de opinión respecto a mi amigo, al que culpó de mi mal comportamiento, y dejó de pagarle los estudios.

Oliver se aprieta los ojos con el pulgar y el índice de la otra mano. Parece cansado, como si rememorar el pasado le chupase toda la energía.

—Thiago tuvo que trabajar en un *pub* para pagarse la universidad en la que estudiábamos, pero era una institución privada y el dinero que ganaba no era suficiente, así que empezó a trapichear. —Se muerde el labio inferior con rabia—. Si hubiese sabido que enfurecer a mi padre le afectaría de este modo, yo nunca…

—Eh —intervengo sin poder evitarlo. Lo agarro de la barbilla para que me mire—. Thiago podría haber elegido otro camino o pasarse a la pública. Entiendo que quisieras ayudarlo, pero fue su decisión. No era tu responsabilidad cuidarlo, ni tampoco tienes la culpa de que tu padre cambiase de opinión.

—Lo sé —dice en voz baja, aunque se nota que aún lo lamenta—. Pero desearía haber hecho las cosas de otra forma. Quizá todo habría sido distinto si yo no me hubiese rebelado contra mi padre. Entonces, Thiago no habría tomado esa decisión desesperada, y tal vez no habría cambiado. O puede que ya fuera así antes y que yo estuviera demasiado ciego para verlo, y ahora necesito aferrarme a un clavo ardiendo. Dios, no lo sé. No tengo ni idea.

Se pasa una mano por el pelo y suelta una maldición. Luego vuelve a tomar aliento, sin recuperarse del todo. Me sorprende que continúe. pero es como si necesitara liberarse de una vez, y yo estoy más que dispuesta a escucharlo sin juzgar.

—No sé en qué momento cambió conmigo. Al principio no me di cuenta, o no quería ser consciente de ello. Luego empezaron las mentiras, los robos… y siempre encontraba alguien a quien echarle la culpa. —Cierra los ojos, horrorizado—. Gael me avisó muchas veces, pero no quise escucharlo. Thiago era como un hermano para mí. Vivimos juntos desde los cuatro años. Éramos inseparables. A donde iba uno, lo seguía el otro. Pensé que lo conocía mejor que nadie. ¿De verdad no me di cuenta de que nuestra amistad era una puta mentira o, en realidad, no quise abrir los ojos? —se pregunta consternado—. De hecho, de no ser por lo que le hizo a mi hermana, jamás me habría enterado.

Me sobresalto cuando me suelta la mano y se levanta. De repente, está más furioso que apenado. Camina de un lado a otro, con los puños apretados, respirando de forma acelerada.

—Cristina se quedó muy delgada, dejó de salir con sus amigas, empezó a sacar malas notas… —explica, de nuevo cabizbajo—. Le pregunté a Gael si sabía algo, pues siempre había estado enamorado de mi hermana y era su confidente. Me quedé helado cuando me contó que ella lo evitaba. Aquello no era propio de mi hermana, así que la confronté. No quiso decirme qué le pasaba, pero tenía clarísimo que era culpa de algún idiota. Lo último que esperaba era que el tipo que le estaba haciendo daño fuera Thiago —dice incrédulo, como si aún no pudiese creerlo—. Thiago, que la conocía desde que era una niña y jamás había mostrado interés en ella. Me enteré cuando le cogí el móvil a escondidas. Dios, no me siento

orgulloso. Hay muchísimas cosas que hice mal en esa época, pero estaba preocupado por ella. Al leer esos mensajes, sentí que el mundo se me venía abajo.

—¿Qué decían? —pregunto angustiada.

—Llevaban meses viéndose a escondidas. Thiago la convenció de que era lo mejor, supuestamente porque yo me interpondría. Maldita sea, no me habría importado si estaban juntos, siempre y cuando la tratara bien. Pero fue un auténtico cabrón, y eso no se lo perdonaré nunca —continúa, con una mezcla de resentimiento y estupor—. En los mensajes le decía que estaba gorda y que debía adelgazar; que sus amigas eran unas zorras. Le ordenó que dejase de salir con ellas e incluso la convenció de que se alejase de Gael diciéndole que él solo quería acostarse con ella. La anuló, le destrozó la autoestima, le provocó un montón de complejos y un trastorno alimenticio, la alejó de todos los que la querían y, cuando mi hermana se quedó completamente sola, rompió con ella de una forma cruel y empezó a restregarle en la cara a todas las chicas con las que se acostaba; la torturó sin que yo me diera cuenta de nada, Georgina.

Estoy tan horrorizada que no puedo moverme. Lo que cuenta es terrible; no me entra en la cabeza semejante maldad. Pobre Cristina.

—Quería hacerme daño —me explica, leyéndome la mente—. No son imaginaciones mías. Él me lo dijo cuando lo confronté.

—Dios mío.

—Utilizó a mi hermana para vengarse de mí. Cuando se lo dije, se encogió de hombros, se echó a reír y me soltó que había sido un lamentable daño colateral —escupe cada palabra con furia—. Te juro que en aquel momento quise matarlo por lo que le hizo. Pero cuando me enteré de que ella se había quedado embarazada y él tuvo la osadía, después de lo mal que la había tratado, de fingir que el bebé

le importaba… —Se tapa la cara con las manos—. Quise destruirlo.

»Ni siquiera entiendo por qué quería vengarse de mí. Hoy en día sigo dándole vueltas. Para mí, él lo era todo. No te haces una idea de cómo me sentí al descubrir que el amigo al que consideraba un hermano me odiaba con todas sus fuerzas. —Cierra los ojos y una lágrima silenciosa se desliza por su mejilla—. Me hizo más daño que cualquier otra persona, incluso mi padre. Estaba furioso y profundamente avergonzado. Me sentía fatal por Cristina y, esa noche, tomé la peor decisión.

Oliver se desploma a mi lado. La rabia lo ha abandonado de golpe; ahora solo veo a un hombre asustado y roto que lleva sobre su espalda una carga muy pesada. Necesita soltarla. Le paso un brazo por los hombros, y siento cómo todo su cuerpo tiembla. Se acurruca contra mí, buscando refugio. Acerco mi cabeza a la suya con suma ternura.

—Estábamos en una fiesta. Yo necesitaba entender qué había hecho para ganarme su desprecio… —Su voz se quiebra—. Aproveché que se iba de la fiesta para subirme a su coche y confrontarlo. Los dos estábamos muy borrachos. Debería haberle pedido que detuviera el coche, pero estaba furioso y empezamos a discutir.

Tengo un nudo de ansiedad en el centro del pecho y me sudan las manos. Siento el peso de lo inevitable acercándose mientras Oliver guarda silencio. Cada segundo que pasa, la sensación se intensifica, y el miedo se transforma en una llamarada de calor que sube desde mi estómago hasta la garganta.

—Fue culpa mía —dice, tan bajo que apenas lo oigo—. Le pregunté si se sentía orgulloso de lo que había hecho. Le grité que era un amigo de mierda y un montón de cosas peores para sacarlo de quicio. Lo llevé al límite, a pesar de que iba al volante. —Oliver me

mira afligido—. Entonces se volvió hacia mí y me gritó que todos me tenían miedo, incluso Gael y Cristina. Que me encantaba ser el mejor, el líder… aunque tuviese que pisotear a los demás. Y que todos me odiaban porque era igual que mi padre.

«Oh, Dios mío…».

—Y eso fue lo último que dijo —confiesa, avergonzado—, que era igual que mi padre. Estaba tan furioso que no pudo recuperar el control del coche cuando se salió de la carretera. Y yo estaba tan impactado que ni siquiera me di cuenta de lo que pasaba hasta que fue demasiado tarde. —Levanta la mirada hacia mí, buscando consuelo.

Siento su impotencia, su dolor, su tristeza. No hay nada que pueda decir para hacerlo sentir mejor, salvo permanecer a su lado y demostrarle que no está solo.

—Al día siguiente, desperté en el hospital. Mi hermana me contó que Thiago había muerto en el acto. Fue culpa mía. —Se tapa la cara y rompe a llorar.

«No», quiero decirle. «Fue un terrible accidente». Sin embargo, dudo que pueda convencerlo en este momento; así que me limito a abrazarlo para ofrecerle el consuelo que busca, y le susurro al oído que estoy aquí. Oliver se aferra a mí con desesperación y me rodea con fuerza, como si tuviera miedo de soltarme. Pero no necesita pedirme que me quede, no voy a abandonarlo.



73

Déjame cuidar de ti

No sé cuánto tiempo permanecemos sentados en el banco, mientras Georgina me abraza sin decir nada. Me da pánico soltarla, mirarla a los ojos y descubrir que la he decepcionado.

Ahora lo sabe todo.

Thiago murió por mi culpa. Seguiría vivo si no me hubiese dejado llevar por el rencor. Esa noche tomé una mala decisión que me ha perseguido durante los últimos años. Estaba borracho, furioso y decepcionado. No entendía nada. Aún sigo sin comprender por qué mi mejor amigo me odiaba.

—Deberíamos entrar —sugiere con voz suave.

Sus brazos envuelven mi cintura y su mejilla descansa en mi pecho. Le aparto el pelo de la cara y le doy un beso tembloroso en la coronilla. Ella me abraza con más fuerza. Me aterra preguntarle si solo me consuela porque sabe que lo necesito. Georgina es una buena persona y no me abandonaría, aunque lo que hice le pareciera

imperdonable. La conozco: nunca me dejaría en mi momento más vulnerable, pero no puedo permitir que se quede por obligación; por mucho que yo esté dispuesto a elegirla siempre.

Lo supe desde el primer momento en que la escuché reír: para mí, siempre será ella. Ni siquiera importa si me elige de vuelta o no siente lo mismo que yo. Da igual, porque mi corazón la ha escogido y no hay nada que pueda ni quiera hacer para cambiarlo.

Respiro hondo y reúno el valor necesario para mirarla a los ojos. Enredo los dedos en su pelo y ella me observa sin pestañear. Mi dulce Torbellino. Soy el tipo más afortunado del puto mundo.

—No tienes que quedarte.

—No te entiendo —responde confusa.

—Quiero que estés conmigo, pero comprendo que lo que hice te parezca horrible y que quieras irte. Si has cambiado de opinión sobre mí, lo aceptaré. No te quedes solo porque creas que te necesito. Porque sí, te necesito. Pero, por encima de todo, quiero verte feliz, aunque no sea conmigo. —La tomo de la cara y le doy un beso suave en la punta de la nariz. Luego me aparto y vuelvo a mirarla a los ojos. Los suyos están llenos de una emoción intensa—. Te dije que siempre ibas a ser mi prioridad. Y lo mantengo.

Georgina se pone de pie. Me ofrece su mano y la acepto sin dudar.

—Vamos dentro.

La sigo sin hacer preguntas. Al llegar al dormitorio, cierra la puerta, echa el pestillo y comienza a desvestirme con cuidado, como si fuese una valiosa pieza de porcelana envuelta en plástico de burbujas. Luego se desnuda, ante mi atenta mirada. Los dos nos quedamos en ropa interior. Entonces, me sonríe con franqueza y me da la mano para que me tumbe con ella en la cama. Nos metemos bajo el edredón y nos quedamos de lado, mirándonos mientras me

acaricia el pelo. Suelto un suspiro de alivio. Me encanta que me toque el pelo.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto relajado.

—¿No te gusta? —replica en voz baja, sonriendo con dulzura.

—Sí. —Entrecierro los ojos y dejo escapar el aire—. Sabes que sí. Pero no tienes por qué…

—Cuido de ti. —Pone la mano en mi pecho y me empuja suavemente hasta que quedo tumbado bocarriba. Mete una pierna entre las mías y me acaricia el cuero cabelludo con las yemas de los dedos. Estoy en la gloria—. Déjame cuidar de ti.

Me rindo y cierro los ojos. Voy a quedarme dormido si sigue así. Ha descubierto mi gran debilidad. Mientras me acaricia, me llena la cara de besos y me pregunto qué demonios he hecho en esta vida para merecer a una mujer que me hace sentir tan bien.

—¿Cómo puedes seguir a mi lado después de lo que te he contado? —Necesito saberlo. No soportaría que estuviese conmigo por pena.

—Quiero estar contigo —contesta sin dudar. Siento un profundo consuelo al escucharla tan segura—. No tenía la menor duda antes, y no la tengo ahora.

—Tenía miedo de que me abandonaras cuando te contase la verdad. No me atrevía a ser sincero.

—Lo sé. —Presiona su cuerpo contra el mío y me acaricia la barbilla con su boca—. Lo he sabido todo este tiempo y por eso no te presionaba. Pero tienes que entender una cosa. —Deja de acariciarme, se echa hacia atrás y me mira con sinceridad—. No necesito que seas perfecto, porque yo tampoco lo soy. Adoro cada parte de ti, incluso esos errores que te parecen horribles, pero que a mí no podrían importarme menos. Porque cada decisión, buena o

mala, te convirtió en el hombre que eres y te trajo hasta mí.

Siento una gratitud tan profunda como el sentimiento poderoso y abrasador que se enciende en mi pecho. Al besar a Georgina, las dudas que albergaba sobre lo nuestro se disipan como una voluta de humo llevada por el viento. Porque, si me elige, no hay fuerza en este mundo que pueda alejarme de ella.



74

Vuelta a la realidad

Cuatro días después de que Elena se enterase por mi culpa de que no es hija biológica de Gael, envío el manuscrito terminado a Casandra. Han sido noventa y seis horas en las que he sobrevivido a base de cafeína, sin levantar la cabeza de la pantalla del ordenador. Georgina ha sido muy comprensiva; creo que entendía que necesitaba mantener la mente ocupada. Era eso o volverme loco.

He perdido la cuenta de las veces que he llamado y mensajeado a mi hermana. Sigue sin responderme. Ahora sé lo que se siente cuando alguien que te importa te ignora. No me doy por vencido, aunque ya solo le envío un wasap al día para pedirle perdón (otra vez), preguntarle cómo están Gael y Elena, y recordarle que puede contar conmigo.

Estoy deshecho. No era mi intención que Elena supiese la verdad hasta que ellos quisiesen contársela. Seguro que Gael y Cristina no vuelven a mirarme a la cara. Tiene gracia: antes quería que me

dejasen en paz, y ahora la idea de que me expulsen de sus vidas me resulta insoportable. Es como si al haber hablado por primera vez de lo que sucedió hace siete años me hubiese quitado un grandísimo peso de encima. Lleva años siendo un tema vetado, y siempre que mi abuela o mi hermana intentaban sacarlo, me ponía a la defensiva y les gritaba que me dejasen en paz. Sin embargo, con Georgina fue diferente, quizá porque con ella todo es más fácil y me tendió la mano en mi momento más vulnerable.

No lo he superado del todo, claro está. Al menos he entendido que no puedo manejarlo solo. Si quiero seguir adelante, necesito ayuda. Por eso he decidido volver a terapia. Tengo la primera cita la semana que viene. Aunque estoy asustado, quiero mejorar por las personas que me importan. Algún día me gustaría poder abrazar a mi sobrina sin sentir que el fantasma de su padre me atormenta. Quiero a la niña con todo mi corazón. Otra cosa es que no haya sabido demostrarlo. Al igual que adoro a mi hermana y a Gael.

Le envío un mensaje a Georgina para contarle que acabo de terminar el manuscrito y que estoy libre para pasar el resto de la tarde con ella. Quiero mimarla. Me apetece llevarla a ese restaurante hindú que tanto le gusta, acompañarla a alguna librería de segunda mano y ver una película acurrucados en la cama mientras Leia nos muerde los pies. Llaman al timbre justo cuando me responde que le parece un plan perfecto. Sonrío como un idiota mientras voy hacia la puerta y abro sin mirar.

—¡Enhorabuena! —me felicita Casandra.

No debería sorprenderme que aparezca sin avisar con una botella de vino espumoso sin alcohol y un gorro de cartón en forma de cono en la cabeza. Sopla una serpentina y entra sin ser invitada. Acto seguido me da un efusivo abrazo que correspondo con torpeza.

—Tenemos que celebrar que dejaré de darte la lata porque vamos a ganar mucho dinero.

—Te he dicho mil veces que no me gusta que vengas sin avisar. —Finjo estar molesto. Le debo mucho a esta mujer; confió en mí cuando estaba hecho una mierda y la escritura fue lo único que me mantuvo cuerdo.

—Ay, el amor. Ya ni siquiera puedes ocultar que te alegras de verme. —Me guiña un ojo y va a la cocina. Deja la botella en la encimera y abre todos los cajones hasta que encuentra dos vasos—. Esto servirá.

Casandra llena los dos vasos y me da uno. Levanta el suyo, carraspea y dice satisfecha:

—Por las agentes que nunca se rinden y los escritores que se enamoran.

Chocamos los vasos, doy un sorbo y arrugo la nariz: está asqueroso. No me extraña que no lo llamen *champagne*, aunque no me arrepiento de haberme vuelto abstemio. Dejar el alcohol fue la mejor decisión que he tomado, igual que aceptar que estoy loco por Georgina.

—Ni siquiera lo has leído. Te lo he enviado hace dos horas.

—Me he bebido los primeros doce capítulos. Es un gran libro. —Me señala con una uña pintada de rojo—. No me agües la fiesta. Por cierto, ya he conseguido el favor que me pediste. La próxima vez pídeme que te baje la luna. Habría sido más fácil.

—Eres la mejor.

Casandra se queda tan sorprendida como yo cuando le doy un beso en la mejilla. Frunce el ceño, descolocada.

—¿Estás enfermo? —pregunta horrorizada—. Mierda, no me digas que te estás muriendo y haces esto para estar en paz con la única

persona que ha creído en ti todo este tiempo.

—No eres la única. Tengo a Georgina.

—Ah, vale. Solo estás encoñado. —Suelta una carcajada y se cuelga el bolso al hombro—. Disfruta de los primeros meses. Son los mejores.

No tiene ni idea. Nunca me cansaré de Georgina, lo sé; lo tengo tan claro como que necesito respirar para seguir vivo.

—¡No seas muy dura con las correcciones! —le grito antes de que salga por la puerta.

Casandra me hace una peineta desde el ascensor. Todavía estoy riéndome cuando suena mi móvil. Vaya, de repente estoy muy solicitado. Mi alegría se esfuma al ver quién me llama. Es mi madre.

Por un instante siento el impulso desesperado de colgar. Luego recuerdo la conversación que tuve aquella noche con Georgina, cuando le confesé que a veces echaba de menos a mi madre, pero que la daba por perdida, igual que mi padre. Me animó a hablar con ella antes de tomar una decisión drástica. Tiene razón. Al menos debería escucharla. ¿Por qué no?

Descuelgo sin pensar. Hay un profundo silencio al otro lado. Ella tampoco se lo esperaba.

—Hola, mamá.

—Oliver —contesta atónita. Mi nombre suena como siempre en sus labios: frío e impersonal. No parece una madre que llama a su hijo para preocuparse por él—. Por fin te has dignado a cogerme el teléfono.

No me sorprende que lo primero que haga sea una recriminación. De lo contrario, no sería mi madre. Pero quiero darle el beneficio de la duda.

—¿Qué tal estás? —pregunto, porque de verdad me interesa.

Ella tarda un buen rato en responder. Parece que le extraña que quiera saber cómo se encuentra.

—Bien, como siempre. Un poco más vieja. El mes pasado me hice un estiramiento facial. Mis amigas dicen que estoy estupenda, pero no noto la diferencia. —Suelta un suspiro resignado—. Supongo que debo aceptar que tengo cincuenta y cinco años. ¿Qué se hará Jenifer López para aparentar quince años menos? —Suelta una risa frívola —. También hemos remodelado la casa de Saint-Tropez. Te encantaría, si alguna vez tuvieses la decencia de visitarnos. —Ahora parece irritada—. ¿Viste el reportaje que nos hicieron en Fortune? Salimos en la portada. No nos sacaron muy favorecidos. Le dije al fotógrafo que mi perfil bueno es el derecho, pero no me hizo caso.

—No leo la prensa, mamá. Seguro que sales genial.

—Siempre tan desconectado del mundo. —Chasquea la lengua con desaprobación—. Mi amiga Sophie leyó un libro tuyo. Dijo que le pareció obscenamente morboso. O sea, le encantó. Es una rarita aficionada a los documentales de crímenes reales. Su marido es el dueño de un campo de golf. Son un quiero y no puedo. Unos nuevos ricos, vaya. Tu padre no puede con ellos, y con razón. No tienen clase. Creo que su hijo fue contigo a la universidad…

—¿Qué quieres, mamá? —pregunto cansado. Ojalá me hubiese preguntado cómo me va, o al menos fingiese que le interesa mi bienestar. Por eso nunca hablamos. Las pocas veces en las que lo hemos hecho a lo largo de los últimos años solo he recibido reproches y comentarios mezquinos sobre sus amistades.

—Tu padre se va a jubilar —dice con tirantez.

—Lleva diciendo lo mismo desde hace diez años.

—El médico le ha diagnosticado psoriasis por culpa del estrés. Ni se te ocurra decirle que te lo he contado, que ya sabes cómo se pone.

Bueno, nunca habláis. Supongo que no tengo de qué preocuparme; pero, por si acaso —aclara con tono gélido—. Para colmo, acabamos de enterarnos de que tu abuela se ha comprometido. ¿Te lo puedes creer? Tu padre la llamó para decirle que ha perdido el juicio. Le dije que no se molestara, pues ella siempre hace lo que le da la gana. ¡Casarse a su edad! Nuestros amigos se pondrán las botas. ¡Vamos a ser la comidilla del club de campo!

—No tenéis amigos —suelto, incapaz de callarme cuando se mete con mi abuela—. Solo conocidos con los que compartís una aversión mutua.

—Eres igual que tu hermana —protesta indignada. No sé a qué se refiere; hasta donde sé, tienen buena relación—. ¡No entiendo qué hemos hecho para tener unos hijos tan desagradecidos! Os lo dimos todo: dinero, la mejor educación, un futuro prometedor… Es una vergüenza que ni siquiera os graduaseis. Ella se quedó embarazada de aquel… —Noto que se muerde la lengua para no insultar a mi difunto amigo—. Y luego creyó que nos parecería bien que siguiese adelante con el embarazo, por mucho que se casara con Gael. A ver, es un chico de buena familia, pero le falta carácter. Por eso tu padre no lo traga.

—Es una de las mejores personas que conozco, y ama con locura a mi hermana —lo defiendo, furioso—. Es lo único que debería importarte.

—Prefirió seguir trabajando por su cuenta antes que aceptar el puesto que le ofreció tu padre. Habría ganado mucho más. Nunca respetaré a un hombre que no le da lo mejor a mi hija y mi nieta.

Me ahorro decirle que Gael es un empresario honrado, a diferencia de mi padre. Por eso nunca aceptaría trabajar para él. Si guardo silencio es porque sé que no sirve de nada discutir con ella.

—En cuanto a ti, y por eso llevo días intentando hablar contigo, ya estamos hartos de que no asumas tus responsabilidades —continúa, como si tuviese derecho a inmiscuirse en mi vida—. Te hemos dado un margen razonable. Entendí que estuvieses deprimido, pero has tenido tiempo de sobra para superarlo. Fuimos más que generosos con los padres de Thiago.

—¿Crees que el dinero puede reemplazar a su hijo? —inquiero atónito.

Qué pregunta tan absurda. Para ella, el dinero lo soluciona todo.

—Eran un jardinero y una asistenta. ¡Ahora tienen la vida resuelta! No pudimos devolverles a su hijo, pero al menos conseguimos que mantuvieran la boca cerrada. Deberías estar agradecido, Oliver.

—Nunca os pedí que…

—Es hora de que nos agradezcas lo generosos que fuimos contigo —me interrumpe, ante mi estupor—. No podemos contar con tu hermana, y a tu padre ni siquiera le importa que no terminases la carrera. Se niega a dejar la empresa que fundó tu abuelo en manos de un extraño. Sería una vergüenza para nuestro apellido. Así que es hora de que des un paso al frente. Eres un Vidal; compórtate como tal.

Respiro hondo y me froto la cara. Debería haber imaginado que me llamaba para esto. No es igual que mi padre; en el fondo, es mucho peor.

—No —respondo con firmeza—. Ahí tienes mi respuesta.

—No te lo estoy pidiendo. Soy tu madre y…

—No —repito sin alterarme—. Me da igual si vende la empresa. Que haga lo que le dé la gana, pero no contéis conmigo. La muerte de Thiago me cambió. Fuisteis unos padres nefastos; no os culpo de lo que pasó, solo es un hecho. Necesitaba la aprobación de papá y tu

amor. Lo necesitaba, ¿me oyes? Estaba tan desesperado por conseguirlo que no supe ver lo que de verdad merece la pena: el cariño y la aceptación incondicional de la abuela, mi hermana, un buen amigo y una chica increíble a la que jamás os presentaré porque ya he decidido que no os quiero en mi vida. Espero que te vaya bien, mamá; no vuelvas a llamarme.

Cuelgo antes de escuchar su respuesta. He dicho todo lo que tenía que decir. No siento un ápice de tristeza, sino un profundo alivio. No quiero unos padres que no me acepten. En realidad, ni los quiero ni los necesito.



75

¿De verdad no es un sueño?

—Entonces, ¿se lo vas a contar? —insiste Dani.

Es insoportable cuando se pone pesada. De verdad. Incluso más que la voz de mi conciencia, que últimamente está muy callada, por cierto.

Estoy aquí. Y pienso igual que ella.

«Casi empezaba a echarte de menos…».

—Sí —respondo con firmeza.

—Haces lo correcto.

—¡Se va a cabrear! —grita Víctor desde la cocina—. ¡Quien avisa no es traidor!

—¡Métete en tus asuntos! —replica Dani, asomando la cabeza por la puerta—. ¡Por eso nunca te contamos nada! Tus consejos son una porquería.

—¡Eh! —Mi amigo tarda menos de cuatro segundos en plantarse

en mi habitación. Tiene el rostro contraído por el esfuerzo—. Georgi acudió a mí primero. Es evidente que ella no opina lo mismo.

Dani me lanza una mirada resentida.

—Te lo tendré en cuenta durante el resto de nuestras vidas.

—¿Quién da mejores consejos? —me pregunta Víctor—. ¿Ella o yo? No tengas miedo de ser sincera. Entre los dos podemos con ella. Su debilidad son las cosquillas en el costado izquierdo; no es tan fuerte como aparenta.

—¿Quieres que te lo demuestre? —Dani cierra los puños y adopta una posición de combate. Empieza a dar vueltas alrededor de Víctor, que flexiona las rodillas a la defensiva. Sacudo la cabeza, perpleja. No debería sorprenderme que se peleen. Si algún día vuelven, me pegaré un tiro. Cojo el abrigo, el bolso y el móvil mientras ellos continúan a lo suyo—. Hago *kick boxing* tres días a las semanas. ¡Te vas a tragar tus palabras!

—Georgi está de testigo. ¡Tú te lo has buscado!

Salgo de la habitación, riendo. Son de lo que no hay. Si tuviera que apostar por alguien, iría con Dani. Tiene más mala leche y siempre hace trampas. Pero hay que admitir que sus consejos son mejores que los de Víctor. En cualquier caso, ellos no tienen la culpa; ni siquiera Elvira. Nadie me obligó a aceptar el empleo. Perdí muchas oportunidades de contarle a Oliver la verdad. Decidí sincerarme con él en el cumpleaños de su abuela, pero con todo lo que sucedió… No era el momento de echar más leña al fuego. Para colmo, los últimos días ha estado centrado en el trabajo. Le he dado su espacio porque lo necesitaba, pero ya ha pasado casi una semana y no puedo seguir posponiéndolo. Ayer terminó el manuscrito y, cuando quedamos, no tuve valor de decirle nada, porque no quería estropear el momento después de tantos días separados, pero es hora de que yo también

sea honesta con él. Tampoco es tan terrible, solo tengo que encontrar las palabras adecuadas. Por ejemplo: «Uy, te vas a reír. ¿Recuerdas el día que te tiré un café hirviendo encima? ¿O cuando casi te saqué un ojo en el supermercado? ¿El accidente con el San Bernardo? ¿La película del cine? Debo confesarte que fue cosa de tu abuela. La pobre estaba preocupada por ti y decidió contratar a alguien para que fuese tu amiga porque te veía muy solo. Yo estaba sin blanca, mis amigos me hicieron el lío… Pero, ¡sorpresa!, al final terminé enamorándome de ti. Oliver, ¿por qué pones esa cara? Ya ni siquiera trabajo para ella. Será mejor que sueltes ese cuchillo…».

Sí, lamentable. Se masca la tragedia.

Al salir del portal, me lo encuentro de frente, tan atractivo como siempre. Me regala una sonrisa espontánea, de esas que le nacen nada más verme. Me encantan las arrugas que se marcan alrededor de sus ojos, que brillan de pura felicidad. Es increíble lo mucho que ha cambiado desde la primera vez que lo vi. No, en realidad, siempre ha sido así; solo estaba escondido bajo la culpa y el duelo. Mi Gruñón es cariñoso, considerado y fan de *Star Wars*; solo hizo falta escarbar un poco.

Pone una mano en mi nuca, la otra en mi cintura y me besa como si no hiciera menos de veinticuatro horas que me folló contra la pared de su dormitorio. Mis rodillas tiemblan como si fueran de gelatina y me aferro a sus antebrazos, suspirando contra sus labios. Si esta es la última vez que nos besamos, será mejor que la disfrute. Él se da cuenta de que algo no va bien y se aparta, para mi consternación. Me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa, Torbellino?

«Te vas a enfadar. No volverás a mirarme a la cara. Lo siento muchísimo. Bueno, solo un poco. De lo contrario, no nos habríamos

conocido. Por favor, perdóname. Llévame a casa, quema la cena y pidamos comida china. Solo quiero acurrucarme contigo en el sofá durante el resto de nuestras vidas».

—Tienes cara de cansada —dice cuando guardo silencio. Acuna mi rostro y vuelve a besarme, ahora con más suavidad—. ¿Los niños te han dado mucho trabajo?

—Un poco —admito, derritiéndome por el roce de sus labios—. Ana se ha clavado una chincheta en el pie y he tenido que llevarla al ambulatorio. Y a dos críos que se hacen llamar Batman y Robin les ha parecido buena idea echar azafrán en el acuario. He tardado casi dos horas en rescatar a los peces porque no veía nada. Por lo demás, lo mismo de siempre.

Oliver se pone serio.

—Hablaré con ellos para decirles que se porten bien con mi chica. —Me entra la risa floja, que es justo lo que él pretendía—. Si hubiese sabido que estarías cansada, lo habría dejado para otro día.

—¿El qué?

—Algo que te va a hacer mucha ilusión. —Me da la mano y empezamos a caminar—. Te lo prometo.

Apenas llevamos diez metros cuando me detengo. Él me observa confundido. El corazón me late desbocado y el sudor frío se acumula en mi coronilla. Se lo voy a decir. Ya está, es un hecho.

—Tengo que hablar contigo.

Me presta toda su atención, aunque parece impaciente.

—Vale. —Asiente, saca su teléfono y mira la hora—. Mierda, llegamos tarde.

Vuelve a darme la mano y me arrastra hacia un callejón. Me veo obligada a acelerar el paso para seguirle el ritmo.

—Oliver, tengo que decirte algo. —Genial, para una vez que

encuentro el valor, él no quiere escucharme—. Es importante, en serio.

—Esto también —asegura sin detenerse—. Hablaremos luego. Confía en mí. Te va a encantar, te lo juro.

Me muerdo el labio, pero decido seguirlo. Supongo que puedo esperar un poco más. Parece nervioso. Es evidente que va a darme una sorpresa y no quiero estropear sus planes. Es increíble. Cada vez que me atrevo a ser valiente, pasa algo que me devuelve a la casilla de salida.

—Pero luego tengo algo que decirte —repito, con tal de no echarme atrás—. No puedo esperar.

Oliver se detiene delante de una librería abarrotada de gente. Mira a su alrededor, como si buscase a alguien. Está tan inquieto que casi se tropieza con una señora a la que le pide disculpas. Luego me aparta de la fila y, ahora sí, me observa con más preocupación.

—De acuerdo —responde, confuso—. Hablaremos después.

—Vale. —No me tranquilizo del todo—. ¿Por qué estamos aquí?

—Dijiste que tu autora favorita es Sarah J. Maas. —Saca un libro enorme del bolsillo interior de su chaqueta. No sé cómo lo ha escondido ahí—. Es una edición especial, de esas que tanto te gustan. Con los cantos pintados, ilustraciones y… esas láminas superpuestas que no recuerdo cómo se llaman. —Se rasca la cabeza, intentando hacer memoria. Me sorprende que se acuerde de lo pesada que fui sobre mi colección de láminas de *El príncipe cruel*. Pensé que se había quedado dormido—. *¿Overlock? ¿Overlaps?*

—*Overlays*.

—Eso. —Me da el libro—. Tiene un montón de *overlays*.

Acaricio la portada con dedos temblorosos. Es una maravilla. Este libro se agotó en seis horas. Quise comprarlo de segunda mano, pero

el precio era desorbitado.

—¿Cómo lo has conseguido? —pregunto, perpleja.

La sonrisa que me regala está llena de orgullo.

—Salir con un escritor tiene sus ventajas. —Me pone un mechón detrás de la oreja y deja la mano en mi mejilla—. ¿Te gusta?

Asiento emocionada. Abro el libro y ojeo las ilustraciones; es una edición preciosa, cuidada hasta el más mínimo detalle. La abrazo contra mi pecho. Si no me conociera, juraría que estoy a punto de echarme a llorar. Es el mejor regalo que me han hecho nunca.

Estoy a punto de darle las gracias cuando una mujer rubia, vestida con un elegante traje de dos piezas color marfil, se abre paso entre la gente hasta llegar a nosotros. Me causa la misma impresión que la primera vez que la vi: es imponente. No se corta al decirle a las personas que esperan la cola que no se apelotonen en la entrada o llamará a seguridad. Al verme, su expresión cambia de golpe y se relaja.

—¡Hola, Georgina! —Me da dos besos. Luego, se vuelve hacia Oliver con cara de pocos amigos—. Llegas tarde.

—Dijiste a las seis en punto. Son las seis y un minuto.

—Tarde —remarca ella. Me pasa un brazo por encima de los hombros y nos guía hacia el interior de la librería, ante las miradas indignadas de la gente. No entiendo nada. ¿Por qué nos colamos? Me relajo cuando Oliver me hace un gesto con el pulgar, indicándome que siga a su agente mientras camina detrás de nosotras—. Ese hombre te adora.

—¿Qué…?

Casandra se detiene en una esquina de la librería, me pone las manos en los hombros y me dice al oído:

—Gracias por cuidar de él. —La miro sin saber qué decir. Aún

estoy perdida. Ella le hace un gesto a alguien y luego asiente—. Tienes cinco minutos para hablar con ella. ¿Sabes inglés?

—Sí, pero…

—¡Estupendo! —Me empuja hacia una mesa. Apenas me fijo en la mujer rubia que hay detrás de una enorme pila de libros—. Avísame si necesitas cualquier cosa. No te cortes en preguntar. Me han dicho que es muy maja.

—¿Quién?

—Sarah J. Maas.

Se vuelve hacia Oliver, que está apoyado en una estantería, observándome con ternura.

El latido de mi corazón retumba en mis oídos como un tambor. Apenas oigo las palabras de Casandra. Solo puedo mirar a Oliver, que a su vez señala con la cabeza a la mujer que creó a unos personajes con los que estoy obsesionada. Tengo los pies pegados al suelo, incapaz de moverme. ¿Esto es real? ¿De verdad no es un sueño?

Me atrevo a mirar a mi autora favorita, que me saluda con la mano y me sonríe con amabilidad. Nos separan un puñado de metros que soy incapaz de cruzar. Mis dedos acarician el libro que sostengo contra el pecho. El tacto del papel me reconforta y consigo devolverle una sonrisa tímida.

¡Es Sarah J. Maas! ¿Creerá que estoy loca si me pongo a chillar, la zarandeo y le exijo que termine de una vez el libro de Elain?

—¿No te ha contado que moví cielo y tierra para conseguir que ella viniera a la ciudad? —me pregunta Casandra, devolviéndome a la realidad—. A cambio, él hará una gira de firmas por toda España. Y no se quejará ni un poquito. Incluso será amable y no pondrá cara de terror cuando los lectores lo abracen. ¿A que sí?

Oliver levanta la mano de forma solemne, como si estuviese haciendo un juramento.

—Te lo prometo —asegura, suspirando.

No puedo creer lo que está pasando. Oliver me sonríe. Estoy tan perpleja que ni siquiera puedo devolverle el gesto.

Esto es… Nunca, nadie, había hecho algo así por mí. Casandra me da una palmadita en la espalda, como si entendiese lo que siento, pero no se hace una idea.

Oliver es alérgico a las multitudes. Me contó lo mal que lo pasa en las firmas. ¿De verdad se ha comprometido a hacer una gira solo para que yo conozca a mi autora favorita? La misma que nunca había pisado España, y que ahora me mira con curiosidad mientras yo tiemblo como un pajarillo asustado.

Es real, aunque parezca un sueño.

Quería ser la prioridad de otra persona. Sin embargo, cuando miro al hombre del que estoy profundamente enamorada, comprendo que para él soy su mundo entero.



76

No me pongas a prueba, idiota

—¡Ha sido increíble! —Doy vueltas sobre mí misma, embriagada por la emoción de haber conocido a mi autora favorita.

Ha sido encantadora. Estaba tan nerviosa que no le he hecho todas las preguntas que quería, y me avergüenza un poco que lo primero que se me haya ocurrido preguntarle fuera que de dónde saca sus ideas. Patético. Aunque me ha contestado sin perder la sonrisa. Nos hemos hecho una foto, y he podido abrazarla con el corazón blando como un chicle.

Nunca olvidaré este día.

—Gracias. —Le echo los brazos al cuello y le lleno la cara de besos —. ¡Gracias, gracias, gracias! Todavía no puedo creerlo. Estoy en una nube.

—Sigo sin entender qué tiene el tal Rhysand. Solo es un elfo con orejas puntiagudas. Como Legolas, pero con el pelo negro.

—¡Es un alto *fae*, mitad *ilyrio*! —protesto indignada.

—¿No son lo mismo?

Me relajo al comprender que me está tomando el pelo. Abrazo el libro contra mi pecho, y él pasa un brazo por mis hombros, acercándome para darme un beso en la coronilla. Sonrío como lo que soy: una tonta enamorada hasta el tuétano de su novio. Aún no puedo creer que no se lo haya confesado. Bueno, claro que sí. Primero quiero ser del todo sincera con él, o creerá que solo se lo digo para minimizar su enfado.

—¿Casandra iba en serio con lo de la gira de firmas por toda España?

—Totalmente.

Pone cara de sufrimiento. Mi pobre Gruñón. Nos detenemos en un paso de peatones, y aprovecho para darle un beso en la mejilla. Su libro saldrá a principios de julio, justo cuando tengo un mes de vacaciones en la ludoteca, y una idea impulsiva se forma en mi cabeza.

—Podría acompañarte mientras esté de vacaciones… —digo sin pensar. Se queda descolocado, así que añado avergonzada—: Vale, prefieres ir solo. No pasa nada. He pensado que quizá sería más fácil para ti si yo…

—Me encantaría —me interrumpe con franqueza—. Claro que me gustaría que vinieses conmigo. Es que no me lo esperaba.

—¿Que quiera estar contigo? —Le saco la lengua—. ¡Quién lo diría! Casi siempre estoy pegada a ti como una lapa. Víctor y Dani me toman el pelo. ¿Cómo es posible que quiera acompañarte por todo el país, sacarte fotos y presumir de lo orgullosa que estoy de ti?

Oliver se ruboriza, como si la idea de que quiera pasar más tiempo con él le resultase sorprendente. Debo decirle que lo quiero para que

deje de dudar de nosotros. No importa que él aún no esté preparado para decirlo. Pero, sobre todo, tengo que ser sincera con él. No hay otra opción.

—De acuerdo, pero no me hagas fotos. —Odia ser el centro de atención, pero se ha sacrificado por mí.

—Todas las que me dé la gana.

—Eres lo peor. —Se inclina y atrapa mi labio inferior con los dientes. Luego, pasa la lengua por la misma zona—. ¿De qué querías hablar conmigo?

El calor se desvanece hasta que solo siento algo tibio y pesado subiéndome por la garganta. Oliver me observa con interés. Está tranquilo, confía en mí, y yo sé que le partiré el corazón. Sin embargo, es lo correcto.

Cruzamos el paso de peatones y nos dirigimos hacia la plaza más cercana. Nos quedamos de pie frente a un banco. No puedo sentarme. Estoy paralizada.

—Te vas a enfadar —le advierto, intentando preparar el terreno.

—No, qué va. —Tiene las manos metidas en los bolsillos. Para él es impensable que pueda defraudarlo—. ¿Qué pasa, Georgina?

—Prométeme que no vas a odiarme. Puedes gritarme, y cabrearte todo lo que quieras, pero no soportaría que tú… —Mi voz se quiebra.

—Eh. —Me acaricia la mejilla con delicadeza—. Nunca podría odiarte.

Me aparto de él, a pesar de que lo único que quiero es refugiarme en su abrazo. El afecto que hay en sus ojos me destroza, en lugar de reconfortarme. Esta es la razón por la que tenía tanto miedo de ser sincera. Oliver confía en mí. Él, que se alejó de todas las personas que le importan, ha hecho un gran esfuerzo para salir de su

caparazón, y estoy segura de que, como dijo Elvira un día, volverá a encerrarse cuando le cuente la verdad. Sin embargo, no puedo seguir engañándolo.

—Yo… —Retuerzo mis manos, nerviosa—. ¿Te acuerdas del día que nos conocimos?

Su expresión se ilumina.

—Por supuesto.

—Oliver. —Trago saliva. Tengo la boca seca—. Aquel día…

Un sonido de aplausos me interrumpe. Me vuelvo horrorizada hacia el hombre que se acerca a nosotros esbozando una sonrisa maliciosa.

Es Marcos.

«No, por favor».

Oh, mierda. Con lo bien que ibas.

Oliver se pone a mi lado, me rodea con un brazo de forma protectora y lo fulmina con la mirada. Marcos lo ignora, centrándose en mí. Su expresión satisfecha me pone enferma. Aplaude despacio, con sorna. Cada palmada resuena como una bofetada.

—Georgi… —Su labio superior se enrosca en una mueca de desprecio.

—Marcos. —Mi voz suena suplicante, pero no me importa. No puede hacerme esto justo cuando estaba a punto de contárselo yo.

—No deberías tomarte tantas molestias con ella —se dirige a Oliver, deteniéndose a una distancia prudente—. Es una mentirosa. Y una auténtica…

Oliver tarda una fracción de segundo en soltarme. Acto seguido está encima de él. Lo tiene agarrado del jersey contra una farola. A Marcos se le desorbitan los ojos cuando Oliver empuja el antebrazo contra su garganta.

—Lo lamentarás si terminas esa frase —dice, acercando su rostro al de Marcos, tan despacio que el otro traga saliva. La sonrisa pagada de sí mismo se borra de golpe, sustituida por una expresión de puro pánico—. Último aviso. Si vuelves a molestarla, atente a las consecuencias.

—Pero ella… —protesta Marcos, completamente pálido—, te ha mentido. La escuché hablar con su amiga. Tu abuela le pagó para que se acercase a ti. ¡Te hago un favor al decírtelo!

Oliver lo suelta como si le diera asco tocarlo. Sacude la cabeza con incredulidad. Marcos se tambalea hacia atrás, jadeando. Cuando intenta mirarme, Oliver se interpone en su camino sin pestañear.

—Déjala en paz —le ladra—. Escribo libros de terror. Tengo una imaginación retorcida, muchos recursos y tiempo libre. Créeme, se me ocurren formas de hacerte desear no haber nacido sin mover un solo dedo. No me pongas a prueba, idiota.

Marcos retrocede asustado. Se tropieza con un adoquín en mal estado y suelta una palabrota. Luego se endereza y observa a Oliver con un profundo desprecio.

—¿De verdad la crees?

—Sí —responde Oliver, sin dudar un segundo.

Marcos se ríe sin gracia y escupe en el suelo. Oliver está cruzado de brazos. Es el vivo reflejo de la calma más peligrosa. A mi ex no le queda más remedio que darse la vuelta, pero antes grita:

—¡Quería abrirte los ojos!

Oliver lo observa en silencio hasta que desaparece de nuestra vista. Solo entonces se vuelve hacia mí. Su rostro refleja preocupación cuando me mira. No recelo, ni tan siquiera una ligera sombra de duda. Me ha defendido sin contemplar otra posibilidad. Se habría peleado con Marcos si este hubiese insistido, porque cree ciegamente

en mí.

No me lo merezco. Soy lo peor. Una mentirosa, una cobarde, una novia de mierda.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza. No puedo encontrar mi voz. Oliver me levanta la barbilla con dos dedos.

—No te preocupes. Estoy casi seguro de que no volverá a molestarte. Le ha quedado claro. Pero si no estás tranquila, podemos ir a la policía. No permitiré que se acerque a ti, ¿vale?

Siento una profunda gratitud hacia este hombre que siempre da la cara por mí y que es capaz de meterse en problemas con tal de defenderme. Por eso doy un paso hacia atrás, exhalo un suspiro tembloroso y digo:

—No es eso. —Lo miro a los ojos, que brillan de desconcierto—. Tiene razón.

Oliver me observa confundido, como si mis palabras no tuvieran el menor sentido. Parpadea despacio. Sus cejas se fruncen ligeramente. No se mueve. Durante un largo instante, solo es un hombre que se niega a aceptar la realidad.

—No te entiendo.

—Lo siento, Oliver.

Ladea la cabeza y entrecierra los ojos. Abre la boca, pero no dice nada. Su mandíbula se contrae, mientras una sombra de miedo oscurece su expresión. De repente, su gesto cambia. Sus ojos se ensanchan, como si la comprensión lo golpeara con fuerza. En una fracción de segundo pasa de la incredulidad al horror, y, de ahí, a la conmoción. Los músculos de su rostro se endurecen y exhala una respiración brusca. Entonces, retrocede. Un solo paso que me duele como si me hubiera dado una puñalada. Ese es el momento exacto

en el que su cara se convierte en una máscara de decepción y comprendo que lo he perdido.



77

Una burbuja bonita

Tengo los músculos entumecidos y siento una presión intensa en el pecho. No puedo respirar con normalidad. Mi visión se vuelve borrosa y doy un paso atrás de manera instintiva.

No es cierto. *Imposible*.

Debe de ser una puta broma.

No… es… verdad.

No, no, no. Mierda, otra vez no. Soy incapaz de pasar dos veces por lo mismo. Me niego a creer que todo haya sido una mentira. Estoy enamorado de ella. Iba a decírselo. Incluso albergaba la esperanza de que ella sintiera lo mismo. ¿Qué cojones está pasando? ¿Acaso las personas a las que más quiero siempre me traicionan?

Quiero gritar para deshacerme del nudo que tengo en la garganta. Aprieto los puños y cuento mentalmente hasta diez en un desesperado intento por deshacerme de esta rabia silenciosa que me pone enfermo.

Venga ya.

Si es una broma, no tiene ninguna gracia. Pero, al mirarla a los ojos, la verdad se abre paso a bocados entre el estupor.

—¿Por qué te disculpas? —Aún mantengo la esperanza de que todo sea un error de mi imaginación.

Debo reconocer que ella parece devastada, como si de verdad le doliese. Necesito que lo diga en voz alta. Bueno, es lo último que quiero. Pero, si no lo hace, seré incapaz de aceptarlo.

—Perdóname —dice en un susurro.

—¿Por qué? —insisto desesperado—. ¿Por qué quieres que te perdone?

Se muerde el labio con fuerza. Siento el impulso de abrazarla para que no se haga daño, pero me contengo. Casi preferiría vivir en una burbuja. Porque era la nuestra, y era bonita; dentro me sentía de maravilla.

—Te mentí.

Pum, en toda la cara. Un golpe bajo. Me habría dolido menos si me hubiese pegado un tiro.

—¿Sobre qué?

—Oliver, por favor…

—Quiero que lo digas en voz alta. Si voy a sentirme como un imbécil, al menos me gustaría entender por qué. —Odio cómo suena mi voz: fría, desdeñosa. No me gusta dirigirme a ella así, cuando lo único que quiero es alzarla en brazos y llevarla a casa. Su sitio está a mi lado. Soy completamente suyo.

Asiente resignada. Nunca la había visto tan triste.

—Te mentí sobre cómo nos conocimos —habla tan bajo que tengo que hacer un esfuerzo para oírla—. Tu abuela me contrató… Ya sé cómo suena. Quería que nos hiciéramos amigos. Estaba sin trabajo

y…

—Para —la interrumpo con brusquedad. De repente, estoy muy mareado—. ¿Quieres decir que todo este tiempo me has mentido? ¿Tú y yo no…? —Nos señalo con impotencia. Tengo ganas de vomitar—. ¿En qué momento…? Dios, Georgina. ¿Todo ha sido una puta mentira?

—¡No! —Intenta acercarse a mí, pero retrocedo, bastante alterado —. No, te lo juro. Oliver, mírame. Se terminó antes de que nosotros empezáramos a salir.

No puedo seguir escuchándola. Un vacío desolador me consume al pensar que todo lo que hemos vivido no ha sido real. En el fondo, sin embargo, siempre lo supe: era demasiado bueno. Me aferré a ella con desesperación y me ha traicionado, como si me hubiese apuñalado por la espalda mientras estaba demasiado ciego para abrir los ojos. Una vez asumo la traición, viene la vergüenza. Por eso le pregunto:

—¿Todos lo sabían?

—Cuando te refieres a todos…

—Tus amigos.

Asiente una sola vez. Se me escapa una risa incrédula. Genial. Soy un maldito hazmerreír. Aunque me da igual, porque lo único que me importa es que la mujer que amo solo siente por mí… Mierda, ni siquiera lo sé. ¿Lástima? ¿Por eso aceptó la propuesta de mi abuela? Pues claro que le doy pena. Por eso se quedó conmigo cuando le conté toda la verdad. Dios, soy patético.

—Puedo entender cómo te sientes.

Le lanzo una mirada llena de furia y ella se encoge como si la hubiera golpeado.

—No tienes ni idea de cómo me siento. —Mi voz es afilada como un cuchillo.

Triste, humillado, impotente, avergonzado, insuficiente, engañado… roto. Me habría dolido menos que me arrancase el corazón del pecho y lo pisotease delante de mis narices.

—Lo que hemos vivido…

—Ha sido una farsa —espeto—. Lo sé.

—¡No! —Levanto los brazos cuando hace el amago de tocarme de nuevo. Ella se queda quieta, mirándome apenada. Se lo puede ahorrar, no quiero su compasión—. Todo lo que hemos vivido ha sido increíble.

—Increíblemente falso —replico con tono mordaz.

—Tú me conoces mejor que nadie.

—Por lo visto no.

—Mírame y dime que de verdad crees que todo ha sido una mentira —ignora mi pulla, pero me niego a mirarla a los ojos. Tengo la vista clavada en los pies y el alma destrozada—. Oliver, por favor. Mírame un segundo. Luego responderé a tus preguntas. Tienes miles de dudas, lo entiendo. Por eso quería hablar contigo.

Sé que iba a decírmelo antes de que el idiota de su ex la interrumpiera. Quería hablar conmigo de algo importante, pero eso no hace que me duela menos.

—Tuviste tiempo de sobra para contármelo —le reprocho.

—Hubo varias ocasiones en las que estuve a punto de hacerlo: aquel día en tu casa, durante nuestra primera cita, en el cumpleaños de tu abuela…

—Pero no lo hiciste.

—No —admite abochornada—. Tenía miedo porque sabía que te enfadarías y, además, siempre pasaba algo que me hacía pensar que no era el momento oportuno. Eso no me excusa, lo sé.

«No estoy enfadado. Soy incapaz de enfadarme contigo porque

siento una debilidad absurda e irracional por ti. Te quiero. Dios, te quiero tanto que me resulta insoportable que tú solo sientas pena por mí».

Ojalá la tierra se abriera y me tragara. Quiero esconderme, desaparecer, lamer mis heridas en soledad…

—Tengo que… —Me froto la cara, incapaz de procesarlo—. Será mejor que me vaya. Prefiero que no me llames ni me busques. Si me quedo, diré algo de lo que podría arrepentirme y no quiero hacerte daño. Necesito estar solo.

Me cuestiono si cada momento que hemos pasado juntos fue auténtico o si en el fondo solo fui un proyecto, alguien a quien ayudar, una causa noble. Todas mis inseguridades me golpean sin piedad. Mi mejor amigo me traicionó, y ahora la mujer en la que más confío al final solo me tiene lástima.

No puedo quedarme.

Georgina abre la boca para decir algo, pero al final parece pensárselo mejor y me mira resignada. Le duele que me vaya y no siento ni una pizca de satisfacción al devolverle parte del dolor que me ha causado; en absoluto. Pero no me voy porque no quiera estar con ella, sino porque no soporto la idea de que ella se sienta obligada a quedarse a mi lado.



78

¿Se ha muerto alguien?

Llego a casa con el corazón en un puño y me derrumbo nada más cerrar la puerta. De repente, me siento muy pequeña. Ya está, lo sabe, y nunca volverá a mirarme a la cara.

Esperaba que me gritara y se enfadara; ojalá lo hubiese hecho. Cualquier cosa menos reaccionar como si le hubiese clavado un cuchillo y se estuviese desangrando delante de mí, sin querer mi ayuda porque le repugnaba.

Me apoyo contra la puerta, intentando respirar. Siento una presión profunda y extraña en el pecho. No sé qué hacer con ella. Necesito saber cómo está, pero ha dejado claro que no quiere verme. Tengo que respetarlo, aunque me duela. Y me duele muchísimo.

—Georgi, ¿estás…? —Dani acaba de salir de la cocina. El plátano que sostiene se le cae al verme.

Ahora no puedo fingir. La antigua Georgina forzaría una sonrisa y

haría algún comentario para restarle importancia. Pero soy incapaz. Solo quiero meterme en la cama y acurrucarme bajo el edredón durante los próximos doscientos años.

Siento una humedad extraña en las mejillas. Me pican los ojos y me duele la garganta. Mi amiga suelta una exclamación y llama a Víctor, que viene corriendo. Mi amigo pellizca a Dani, que se sobresalta. Luego se disculpa y le dice que pensaba que estaba soñando.

—¿Se ha muerto alguien? —pregunta asustado.

Sacudo la cabeza. Qué raro, los veo borrosos.

—Georgi —musita Dani—, estás llorando.

Voy a decirle que es imposible porque nunca lloro, pero entonces me doy cuenta de que tengo los ojos vidriosos. Por eso no los veo bien. Me paso una mano por la mejilla mojada. Abro la boca, incrédula.

—Lo sabe todo —digo con una voz débil y llorosa que no parece la mía—. Creo que me ha dejado. No lo sé. Quiere estar solo. Me ha pedido que no lo llame.

—Oh, Georgi. Ven aquí. —Dani me atrae hacia su pecho—. Todo saldrá bien.

No es cierto; eso es lo que siempre digo para animarla cuando su último ligue resulta ser un imbécil. Pero es justo lo que necesito escuchar para venirme abajo, porque rompo a llorar. Las lágrimas me desbordan mientras Dani me abraza con fuerza y Víctor se une a nosotras.

Llorar no lo solucionará ni lo traerá de vuelta; no lo hizo con mi abuela. Las lágrimas son inútiles, no sirven de nada. Solo son una reacción fisiológica producto de la culpa y la tristeza. Entonces, ¿por qué no puedo dejar de llorar?

Ni idea.

Pero, en cuanto empiezo, no puedo parar. Lloro con amargura, como un dique roto, mientras mis amigos intentan consolarme en vano.



79

No me arrepiento en absoluto

—Me gustaría hablar a solas con mi abuela —le digo a Javier, que me mira perplejo. No es para menos; nunca vengo sin avisar. Eso es algo propio de mi abuela, a la que le encanta inmiscuirse en mi vida. Por lo visto, más de lo que imaginaba.

Esto es el colmo. Me va a oír, le voy a cantar las cuarenta. ¿En serio cree que puede hacer lo que le dé la gana? En fin, menuda pregunta. Claro que sí. Pasó cincuenta y un años atrapada en una vida que no la satisfacía del todo, así que lo ha compensado con creces durante los últimos quince. Me parece estupendo que se vista de forma extravagante, se divierta con su amiga y quiera volver a casarse. Pero, en lo que a mí respecta, se acabó.

Dios, estoy furioso. Nunca me enfado con ella, pero ahora sí que me va a oír.

—Tu padre la ha llamado hace un rato y le ha estado gritando durante media hora. —Javier permanece cruzado de brazos en la

entrada—. Sabes que te tengo aprecio, pero no permitiré que otra persona le grite y no parece que vengas en son de paz.

—No voy a levantar la voz —respondo impaciente—. Solo he venido a decirle que esta vez se ha pasado de la raya. —Javier parece confundido, así que supongo que no sabe nada—. ¿No te lo ha contado? Contrató a Georgina para que se hiciera mi amiga. Acabo de enterarme de que mi relación era una maldita mentira. ¿Qué te parece, Javier?

Parpadea varias veces. Está atónito.

—Pues… —comienza a decir—, que tu abuela tendría sus motivos para tomar esa decisión.

Javier endereza la postura. Hay que reconocer que está en plena forma para ser un octogenario. Suelto un gruñido exasperado. Qué va a decir; está locamente enamorado de mi abuela y la defenderá a muerte. Me parecería bonito si no estuviese tan cabreado con ella.

—Déjalo, Javier. —Mi abuela le pone una mano en el hombro—. No pasa nada. Mi nieto y yo tenemos que hablar.

—Y tanto que sí —respondo con sequedad.

Su prometido se aparta de mala gana, no sin antes lanzarme una mirada de advertencia. Pongo los ojos en blanco. ¡Ella es la peligrosa! ¿A quién se le ocurre contratar a una extraña para que se haga amiga de su nieto?

—¿Te apetece tomar un café? —pregunta mi abuela.

No voy a dejarme engañar por su actitud conciliadora, de eso nada.

—No voy a entrar. —Es increíble que ni siquiera muestre un ápice de arrepentimiento—. Solo he venido a decirte que esta vez te has pasado de la raya. Me mentiste. Puedo llegar a entender que ella estuviera desesperada, pero tú te aprovechaste de su situación y…

—No vamos a tener esta conversación en la calle. —Se pierde por el pasillo, sin molestarse en comprobar si la sigo—. ¿Café o té?

—Un vaso de agua —acepto a regañadientes.

No me queda más remedio que ir tras ella. Mi abuela me sirve un vaso de agua y luego empieza a preparar café. Su calma contrasta con el ataque al corazón que estoy a punto de sufrir.

—Te has reído de mí.

—Te he mentido. Es diferente.

—¡Peor! —exploto. Recuerdo que le prometí a Javier no gritar, así que intento mantener la compostura y repito en voz baja—: Es peor.

Pone la cafetera al fuego y se gira hacia mí. Tiene el semblante tranquilo. Parece una anciana satisfecha, sin el menor rastro de remordimientos. Su serenidad le quita fuerza a mi enfado. Inspiro hondo, me pellizco el puente de la nariz, levanto la cabeza y miro al techo antes de exhalar de golpe. Entonces la miro, profundamente dolido.

—¿Cómo has podido hacerme algo así? —le recrimino. Odio que las lágrimas empañen mi voz. Le doy un sorbo al agua para tragar el nudo que tengo en la garganta. Al menos no me he derrumbado delante de Georgina. Algo es algo.

—Te diré la verdad. —Se sienta en la silla más cercana con gesto cansado. Entrelaza las manos sobre el regazo y me observa con intensidad—. No me arrepiento en absoluto.

Me froto la cara, perplejo. ¿Qué demonios esperaba? ¿Que me rogase perdón?

Suelto una carcajada desganada. Sacudo la cabeza y, apoyándome con las manos en el respaldo de la silla, dejo escapar todo el aire que tengo en los pulmones.

—Eres la persona más orgullosa que me he echado a la cara.

—Entonces nos parecemos mucho.

—Me has destrozado la vida, abuela —le recrimino furioso—. Todo era una mentira. Y ahora, ¿qué? No puedo hacer como si nada.

—No seas exagerado. —Chasquea la lengua—. Georgina rompió nuestro acuerdo antes de que empezarais a salir.

Georgina ha dicho lo mismo, pero ahora no sé qué creer. ¿Por qué debería confiar en ella? Una parte de mí se siente traicionada y solo quiere protegerse, pero la otra me grita que ni siquiera le he dado la oportunidad de explicarse.

—Ella quiso contártelo cuando empezó a verte como algo más que un amigo, pero yo le pedí que no lo hiciera. Le aseguré que cargabas con una mochila emocional muy pesada y que te enfadarías si era sincera contigo. Además, le dije que empezaba a ver al nieto que creía perdido, y que, si te contaba la verdad, estaba segura de que volvería a perderlo —me explica sin tapujos—. Básicamente, le supliqué que no lo hiciera. Entonces dejó de trabajar para mí, pero me prometió guardar el secreto. Sé que ha querido ser sincera contigo en muchas ocasiones, pero estaba demasiado asustada… por mi culpa.

—Abuela —protesto escandalizado—. ¿Por qué narices le dijiste algo así?

Me mira con los ojos entornados. Vale, de acuerdo. Lo entiendo: he reaccionado justo como ella temía, pero eso no la excusa.

—Si te lo preguntas, hace unos días me devolvió el dinero, a pesar de que le aseguré que no era necesario.

Me desplomo en la silla, desbordado por los sentimientos. No necesitaba hablar con mi abuela para saber que Georgina quería ser sincera conmigo. El dinero me importa una mierda. La conozco, y sabía que tarde o temprano se lo devolvería. Pero eso no es lo que

me preocupa, ni lo que me llena de inseguridad.

—¿Por qué, abuela? —exijo saber—. No tenías ningún derecho.

—No —admite—. Pero soy vieja, y me queda poco tiempo. Me niego a quedarme al margen si las personas que amo lo pasan mal. Por eso le di un empujoncito a tu hermana cuando tuvo miedo de confesarle sus sentimientos a Gael. Ella empezó a verlo de otro modo, pero acababa de ser madre y pensó que no era justo que él se hiciera cargo de su hija. Qué tontería, ¿eh? Cristina y Elena son los grandes amores de su vida.

—¿Que hiciste qué? —No tenía ni idea.

Me hace un gesto con la mano para que no la interrumpa.

—Eres un buen chico, Oliver. No iba a permitir que el pasado te impidiese disfrutar de la larga vida que te queda por delante. A mi edad, lo único que de verdad te importa es que las personas que quieres sean felices. Me dolía en el alma verte encerrado en ti mismo. No intento justificarme, pero volvería a mentirte si te dijera que me arrepiento de lo que hice. —Se levanta para apartar la cafetera del fuego y sirve dos tazas. Me ofrece una sin preguntar, y luego vuelve a sentarse. Me sorprende que no retire la mano cuando toma la mía por encima de la mesa. Su apretón es suave y reconfortante—. También mentí a Georgina, pero ella no lo sabe.

—¿A qué te refieres? —Frunzo el ceño.

—Le dije que había puesto un anuncio en Internet y que había entrevistado a un montón de candidatas para el puesto, pero que solo querían quedarse con mi dinero. —Esboza una sonrisita traviesa —. No hice tal cosa. Ni siquiera se me pasó por la cabeza buscar a alguien que se hiciera tu amiga. Habrías asustado a cualquier persona que intentase acercarse a ti. Pero aquel día en el metro conocí a una joven que parecía muy perdida. ¿Y sabes a quién me

recordó?

Creo que sé por dónde va. La miro conmocionado e intrigado a partes iguales.

—Me recordó a mi nieto —dice con suavidad—. Pensé que dos personas tan perdidas tal vez podrían encontrarse. Tuve una corazonada. En aquel momento no pensé que os enamoraríais, sino que podíais haceros mucho bien el uno al otro. Y simplemente seguí mi intuición. —Una sonrisa cargada de ternura se dibuja en sus labios—. Puedes gritarme si necesitas desahogarte, pero solo te pido que seas sincero conmigo. Me consta que Georgina te ha ayudado en muchos aspectos. Pero ¿acaso tú no has hecho lo mismo con ella?

—Yo… —Trago saliva, confuso. Recuerdo a la chica que tenía miedo de estar sola y daba por hecho que nunca sería la prioridad de nadie—. Supongo que… No lo sé. ¿Quizá? No me lo he planteado.

—Porque sentías tanta gratitud que no pensaste que ella también te necesita.

—No me necesita —digo, sin demasiada firmeza.

—No me di cuenta de que podíais ser algo más hasta que jugasteis aquella partida de *Scrabble*. Y cuando bailasteis en aquella fiesta, comprendí que estabais hechos el uno para el otro. —Me da una palmadita afectuosa en la mano—. No puedo arrepentirme, lo siento; ahora estoy siendo del todo sincera.

—No me necesita —insisto con voz apagada—. Se quedó a mi lado porque me tiene lástima.

—¿Seguro? —pregunta con delicadeza—. ¿Se lo has preguntado?

—No.

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Porque sí! —Suelto su mano y me pongo de pie. Voy de un lado a otro de la cocina, con el corazón acelerado—. Era demasiado bueno

para ser real. Eso es lo primero que he pensado cuando ella me ha contado la verdad. Ni siquiera estoy enfadado, abuela. Solo siento resignación y una pena tan intensa por mí mismo que me consume. No puedo soportar que lo más real que me ha pasado en la vida sea una mentira. Georgina ha sido un soplo de aire fresco, un regalo inesperado. Desde que acepté que estoy loco por ella, he intentado ser un hombre mejor porque, por primera vez en siete años, sentía que el futuro tenía sentido. Lo único que quiero es hacerla feliz. Pero ¿cómo va a serlo al lado de un hombre por el que solo siente lástima?

—Te entiendo perfectamente —interviene Javier. A saber dónde estaba escondido—. Tienes miedo. A mí me pasó lo mismo hace casi setenta años.

Mira a mi abuela con ternura y se queda a su lado. Ella le da la mano y se sonríen con complicidad.

—Estaba asustado de confesarle a tu abuela que la amaba con todo mi corazón porque pensé que no sentía lo mismo. —Ella lo mira emocionada—. No tengas miedo de confesarle tus sentimientos. Te aseguro por experiencia propia que es peor vivir con la incertidumbre que aceptar un rechazo.



80

¿A qué esperas, tonto?

Durante tres días apenas como o descanso. Los dolores de cabeza regresan, y no tengo más remedio que volver a los analgésicos. Lo único que me alivia un poco es salir a correr y pasear a Leia, que ya puede salir a la calle.

No dejo de darle vueltas a las palabras de Javier. Ojalá fuera tan sencillo. De lo contrario, él no habría tardado tanto tiempo en declararse a mi abuela, ni yo me atormentaría pensando en Georgina.

Mierda, cuánto la echo de menos. Sus manos pálidas, suaves y pecosas; su sonrisa de hoyuelos; sus mejillas arreboladas cuando llega al orgasmo; su risa estridente, que siempre me levanta el ánimo; su pelo con olor a fresas; sus besos en mi cuello; su cintura estrecha, que casi puedo rodear por completo con mis manos; su entusiasmo al hablar de los libros que le gustan; su debilidad por Leia; su forma de mirarme, como si de verdad me quisiera…

Llego al portal empapado en sudor; he superado mi marca personal. Me inclino hacia delante para recuperar el aliento. Quizá debería seguir el consejo de Javier. Al fin y al cabo, es más viejo que yo. Ha tenido tiempo de sobra para aprender de sus errores. ¿De verdad quiero vivir sin saber si ella siente lo mismo? ¿Tan terrible sería que no correspondiera mis sentimientos? Me incorporo y descubro horrorizado que, en efecto, estoy aterrado. Por eso todavía no la he llamado.

Me pregunto qué estará haciendo. ¿Seguirá triste? La última vez que la vi se quedó destrozada cuando le pedí que no me llamase ni me buscase. ¿Estará resignada? Tal vez está leyendo una comedia romántica mientras intenta no pensar en mí. ¿Se sentirá culpable? No tengo la menor duda. Odio que lo esté pasando mal cuando yo ya la he perdonado. Aunque, en el fondo, nunca he estado realmente enfadado con ella.

Subo por las escaleras al recordar el día que la cargué en brazos en el ascensor porque se había torcido el tobillo. Ahí todavía trabajaba para mi abuela. ¿Cuál fue el momento exacto en el que cambió de opinión? Me frustra analizar cada segundo de nuestra relación. Me pregunto qué fue real y la inseguridad me está destruyendo.

Unos escalones antes de llegar al rellano, veo a una mujer llamando a mi puerta. El corazón me da un vuelco y subo a toda prisa solo para descubrir que no se trata de Georgina, sino de mi hermana. Mis latidos se relajan. Me apoyo en las rodillas y resuello.

—Pareces decepcionado. —Estudia mi expresión con la frente fruncida—. Esperabas a otra persona.

Quería que Georgina viniese a verme, sí. No tiene sentido, ya que le pedí que no lo hiciera, pero… Un momento, ¿de verdad me he ilusionado al confundirla con Georgina?

—No, es que… —Me echo hacia atrás. Cristina está aquí, después de que le enviase un montón de mensajes—. He pensado que eras Georgina. Le pedí que no me llamara o viniera a verme y, la verdad, no sé en qué punto estamos.

Cristina me mira descolocada.

—¿Qué ha pasado? —se interesa—. Se os veía muy bien juntos. Gael está convencido de que vas a pedirle matrimonio. Le dije que no eres tan romántico, aunque al ver cómo dabas la cara por ella, he de admitir que no me pareció tan descabellado.

Me sorprende que le interese. No está enfadada, o al menos se muestra dialogante. Abro la puerta y la invito a pasar con un gesto. Ella entra en el ático. Es la primera vez que está en mi casa. Gael y ella viven en Madrid desde hace unos años y, hasta hace poco, la distancia me venía de perlas.

—¿En serio quieres saberlo?

Pone cara de impaciencia.

—Acabo de preguntarte.

—Vale.

No seré yo quien ponga trabas a nuestra relación. Le cuento con detalle lo ocurrido en los últimos días mientras ella me escucha con atención. No parece sorprendida, ni tampoco alegre de que mi novia me haya mentido. Solo es mi hermana, la misma con la que solía desahogarme de nuestros padres de críos.

—¿Qué te parece? —pregunto al terminar.

Se encoge de hombros.

—No cambia nada.

—¿Cómo?

—A tu novia se le iluminaron los ojos al hablarme de ti. Tal vez empezó como una mentira, pero lo que yo vi entre vosotros parecía

muy real. De acuerdo, tienes derecho a estar indignado. Yo, en tu lugar, habría montado en cólera. Pero ¿qué quieres que te diga? Se nota que la quieres. No dejes que tus inseguridades te impidan aceptar que esa chica también siente lo mismo por ti.

—Ni siquiera sé si ella… —Me rasco la nuca, incómodo—. Quizá solo me tiene lástima.

Cristina se ríe, como si acabase de contarle un chiste.

—Créeme, no le das pena. Se puso furiosa cuando le dije que eras un amargado —me confiesa, un poco turbada—. No seré yo la que justifique a la abuela, pero hay que reconocer que tiene un sexto sentido para las relaciones. ¿Sabías que me cogió el móvil a escondidas y le envió un mensaje a Gael para confesarle que estaba enamorada de él? Cuando Gael se presentó en casa y me dijo que llevaba años suspirando por mí en silencio, sin atreverse a decírmelo porque pensaba que nunca lo vería de la misma forma, casi me caigo de espaldas. No nos hemos separado desde aquel día. Le recriminé a la abuela lo que hizo, ¿y sabes qué dijo?

Esto me suena.

—Que no se arrepentía en absoluto.

—¡Sí! —Se da una palmada en la frente—. ¿Te lo puedes creer?

—Me dijo lo mismo cuando la confronté.

—Gael y yo no estaríamos juntos sin su intervención. No digo que esté bien meterse en la vida de la gente, pero me hizo un gran favor —me confiesa emocionada—. Después de la muerte de Thiago, cuando decidí seguir adelante con el embarazo, Gael se quedó a mi lado. Fue mi máximo apoyo. Iba a comprar helado a las tantas de la madrugada si yo tenía un antojo, y me acompañaba a todas las citas médicas. Me cuidó sin esperar nada a cambio. Pero no me di cuenta de que lo veía con otros ojos hasta que se enfrentó a papá un día en

el que él me recriminó que debería haber abortado. Nunca lo había visto tan furioso. Gael le gritó que era un idiota por no valorarme. Ese fue el momento en el que me enamoré de él.

—Estaba ahí, pero no vi nada de eso —admito, avergonzado—. Supongo que estaba tan encerrado en mi propio dolor que me perdí lo que de verdad importaba.

Cristina me toma desprevenido al acercarse y ponerme una mano en el hombro. Sin acritud, sin resentimiento.

—Solo necesito saber si quieres formar parte de nuestra vida a partir de este momento. —Su voz se quiebra. Tiene los ojos vidriosos —. Te he echado mucho de menos.

—Y yo. —La abrazo como llevo demasiados años deseando. Cristina me corresponde con la misma intensidad—. Te quiero. Lo siento.

Permanecemos abrazados durante varios minutos, sin decir nada. No quiero romper el contacto. Necesito a mi hermana, a Gael y a mi sobrina. No estoy seguro de que merezca otra oportunidad, aunque eso no significa que no vaya a aceptarla con los brazos abiertos. No será fácil, pero estoy dispuesto a esforzarme.

—Lamento que Elena se enterase por mi culpa. —Alguien debe abordar el tema, y está claro que mi hermana no ha venido aquí para recriminarme nada.

—No te voy a engañar. Han sido unos días muy duros —dice cabizbaja—. Gael nunca quiso ocultarle la verdad. Él era partidario de que le hablásemos de Thiago. Pero yo… Puede que Thiago sea su padre biológico, pero tuve clarísimo que Gael era el mejor padre para mi hija cuando la levantó en brazos en el hospital, antes incluso de pensar en estar juntos. Elena está más confundida que triste. No entiende por qué le mentimos. Pero su padre es su superhéroe

favorito y lo tiene en un altar. Con el tiempo lo superaremos. Ya ni siquiera pienso en él, ¿sabes?

—¿En Thiago? —pregunto, y me extraña que no me duela pronunciar su nombre en voz alta.

—Siento que tuviese aquel final, pero no lo echo de menos. No solo porque tuvimos una relación enfermiza y me maltrató, sino porque fue un mal amigo contigo. Ojalá algún día aceptes que merecías a alguien mejor. No hiciste nada para ganarte su desprecio. Espero que lo sepas.

¿Lo sé? Tal vez con el tiempo consiga reconocerlo. Roma no se construyó en un día.

—Volvemos a Sevilla, por cierto. A Gael lo han ascendido y yo quiero estar cerca de la abuela. —Se muerde el labio, indecisa—. Y de ti.

—Me gustaría formar parte de vuestra vida. Y de la vida de mi sobrina —puntualizo—. Voy a volver a ir a terapia.

—Eso es estupendo —concuerda—. No debería haberte presionado aquel día. Creo que en el fondo sabía lo que te pasaba, pero no quería aceptarlo. La primera vez que sostuve a mi hija se me cayó el alma a los pies al reconocer el parecido físico. Tuve depresión posparto y durante tres meses ni siquiera podía cambiarle el pañal o consolarla cuando lloraba. Habría perdido la cabeza de no ser por Gael, que me animó a buscar ayuda y permaneció a mi lado sin juzgarme. Ahora sé que mi hija es lo mejor que me ha pasado en la vida. Pero en ese momento… —Sacude la cabeza, aún horrorizada—. Quiero que sepas que te entendemos. No voy a presionarte. Solo necesito saber que me cogerás el teléfono y estarás a mi lado cuando te necesite, ¿vale?

Asiento, emocionado y a la vez agradecido por la oportunidad que

me brinda. Mi hermana me despeina con cariño. Leia, que acaba de despertar de su larga siesta, corre hacia ella en busca de mimos. Cristina la levanta en brazos y deja que le llene la cara de lametones. Luego me mira con una sonrisa enorme y dice:

—¿A qué esperas, tonto? Ve a buscar a tu chica.



81

Estás llorando

Nunca había llorado tanto. Ni siquiera cuando me rompí la tibia a los once años, o cuando Fluffy, mi hámster, murió de viejo y mi abuela intentó sustituirlo por otro igual pensando que no me daría cuenta (lo hice y estuve una semana sin hablarle).

Es curioso. Llevaba siete años sin llorar. Pero, una vez que empiezo, no puedo parar. El sábado por la mañana voy a la ludoteca con los ojos hinchados como dos pelotas de tenis y le digo a mi jefa que tengo alergia. No cuela, aunque al menos no indaga y me pide que ordene el almacén para que los niños me den un respiro. Lucas, el crío con el que suelo jugar a *Ninjago*, dice que no esté triste por culpa del «tonto de mi novio», porque cuando sea mayor se casará conmigo y viviremos en Disneyland París; trabajaremos vendiendo perritos calientes, dormiremos en un cama de Rayo McQueen y subiremos a la montaña rusa todos los días. Suena bien, la verdad.

Al volver a casa después del trabajo, me meto en la cama y solo salgo para ir al baño o a la cocina —para abrir el tercer cajón del congelador (el mío) y coger una tarrina de helado de vainilla y nueces de macadamia—, y para buscar el cargador del móvil por si Oliver me llama o me envía un mensaje (no lo hace).

Lo odio. Bueno, no. Lo quiero. Muchísimo.

No se parece al atontamiento que sufrí en tercero de primaria por Adri, mi primer enamoramiento efímero. Ni tampoco a lo que sentí por Jorge, el chico con el que perdí la virginidad a los diecisiete años y en el que no pensé demasiado después de que se fuera a estudiar a Alemania. O a lo que sentí a los veinte con Tyler, un surfero californiano al que conocí en Tarifa. Me enseñó a subirme a la tabla y me pidió que me mudase con él a San Diego. Tres horas después, rompimos.

No, este sentimiento de pérdida que me oprime el corazón es completamente nuevo. Mis amigos están tan asustados que se limitan a reponer mis suministros de helado y llamar a la puerta de mi habitación cada noventa minutos para comprobar si sigo respirando. A veces me preguntan si me apetece ver una comedia de Julia Roberts (negativo), comprar por Shein (¿para qué? Voy a vivir en pijama durante el resto de mi vida), o criticar a la nueva compañera de trabajo de Víctor, que en el fondo sabemos que le gusta (no tengo ganas de cotillear). Sí, es preocupante.

El lunes me pido fiesta en el trabajo (los niños no pueden verme con esa cara) y no sé qué hora es cuando suena el timbre del portal, que por fin está arreglado, porque ya he perdido la noción del tiempo; podrían ser las seis de la tarde o las cuatro de la madrugada. Les grito a mis amigos que vayan a abrir, pero nadie responde. Supongo que estarán trabajando. Suelto un gruñido. No quiero salir

de la cama. Al quinto timbrazo, me rindo y me quito el edredón de encima de una patada. ¡Una ni siquiera puede llorar tranquila! No me molesto en mirarme al espejo antes de salir de mi habitación. Total, sé que tengo un aspecto lamentable. Llevo un pijama con estampado de renos y muñecos de nieve que solo me pongo en Navidad, pero era el único limpio, dos calcetines disparejos y mi pelo es un nido de pájaros.

Será un repartidor de Amazon, así que pulso el botón para abrir sin preguntar quién es. Dani es adicta a las compras por Internet; alguien debería explicarle que hay una estrecha relación entre el transporte de los productos y la huella de carbono, ya que los envíos exprés requieren medios de transporte más contaminantes que no optimizan sus rutas. Quizá lo piense la próxima vez antes de comprar un colador por Temu en lugar de bajar a la tienda de la esquina. Así no obligará a su amiga llorosa a abandonar el calor del edredón nórdico. Más le vale al repartidor no hacer ninguna mueca. Estoy deseando desquitarme con alguien, y él tiene todas las papeletas.

—Hola —saludo con voz rasposa al abrir.

—Georgina.

Me tambaleo hacia atrás, con una mano en el pecho.

De todas las personas posibles, tenía que ser él. El único que no quiero que me vea así.

Oliver.

Tan guapo como siempre. Aunque, al observarlo mejor, veo las profundas ojeras y la barba descuidada. Me mira confundido, como si fuera yo la que hubiera aparecido en su casa después de pedirle que no me llamara ni me buscara.

Los ojos me pican de nuevo. Tengo la garganta cerrada y la nariz

llena de mocos. Soy consciente de mi aspecto lamentable, con este pijama hortera dos tallas más grande, y el sarpullido en mi mejilla izquierda que siempre aparece cuando estoy deprimida o estresada.

—Georgina —insiste, con el ceño fruncido—. Estás…

—Horrible, lo sé —respondo avergonzada. «Por favor, no te fijes en mi erupción cutánea».

Le doy la espalda, incapaz de sostenerle la mirada. Ya sé a qué ha venido. Sigue siendo el hombre generoso del que me he enamorado. Da igual que le haya hecho daño, porque él nunca rompería conmigo por teléfono. Por eso ha venido a decírmelo en persona. Muy atento por su parte. Sí, un detalle. Pero podría habérselo ahorrado, para qué nos vamos a engañar.

—No —dice con una delicadeza que no merezco. Solo intenta hacerme sentir mejor, allanar el terreno para que la hostia emocional sea menos dolorosa—. Tú nunca estás horrible. A mí siempre me pareces preciosa.

Suelto una carcajada desganada. Ya, claro. No hace falta que me mienta. Sabré encajar la verdad… dentro de unos cien años. Soy fuerte. Sobreviviré a la pérdida del amor de mi vida. Lo que quizá no supere nunca es haber arruinado una relación maravillosa con un hombre que me ha demostrado que lo soy todo para él.

Me giro hacia él muy despacio. No es justo que no lo mire cuando ha tenido la deferencia de venir a romper conmigo. En fin, fue bonito mientras duró. Por eso me descoloca que no haya resentimiento en sus ojos. Casi tanto como la mano que acerca a mi mejilla para inspeccionar el sarpullido. No me toca con asco —él no es así—, sino que me acaricia con preocupación, con dulzura.

—Supongo que era mucho pedir que no te fijases —digo con ironía.

—¿Te has echado crema?

«Estaba demasiado ocupada comiendo helado y llorando a mares como para preocuparme por mi aspecto».

—Se me pasará. A veces me sale cuando… —«Estoy triste, angustiada, hecha polvo»—. Da igual. Suele quitarse solo.

—¿Te pica?

Niego con la cabeza. Pues claro que sí. Me rasco más que un mono. Pero no quiero que se apiade de mí. Prefiero que sea rápido o, de lo contrario, no lo dejaré irse cuando me explique con tacto por qué no podemos seguir juntos.

—Ahora vuelvo.

—¿Qué…? ¿Dónde vas?

Oliver baja las escaleras a toda prisa, ignorando mis preguntas. Quizá necesita hacer pis y no quiere utilizar el baño de la chica con la que va a romper. Me cruzo de brazos, sin saber qué hacer. En ese momento, la vecina de enfrente sale con su hija. La niña me mira asustada, se agarra al dobladillo del jersey de su madre mientras me señala y le dice en voz baja: «Es un monstruo, mami. Me da miedo». La mujer esboza una mueca al verme, luego me lanza una mirada cargada de empatía y murmura que todos los hombres son unos cerdos.

«Con que no estoy fea, eh, Oliver».

Permanezco indecisa en el umbral. Tal vez debería entrar, pero ha dicho que volvería. A lo mejor ha ido a buscar papel y lápiz para escribirme una nota tras comprender que soy incapaz de encajar un rechazo. Salgo de dudas al cabo de cinco minutos, cuando regresa con una bolsa de papel de la farmacia que hay al final de la calle y saca un bote de crema con hidrocortisona. ¿Ha ido a comprarlo porque ha adivinado que le he mentido sobre el picor? Abro los ojos,

en un intento de contener las lágrimas. Estoy *casi* preparada para que rompa conmigo. Lo que no soporto es que siga preocupándose por mí. ¿Cómo demonios voy a superarlo si me recuerda todo lo que he perdido?

—¿Puedo entrar?

—Claro. —Me echo a un lado para que pase y cierro la puerta. Estoy tan nerviosa que ni siquiera lo había invitado—. Gracias. No hacía falta que…

Dejo la frase sin acabar. De lo contrario, romperé a llorar. Oliver me sigue al salón. No nos sentamos. Permanecemos delante del sofá. Él desenrosca el tapón de la crema y extiende una capa fina sobre mi sarpullido. Lo hace con tanto cuidado que me dan más ganas de llorar. Noto que me observa con intensidad mientras clavo la vista en un Funko Pop de Eleven de *Stranger Things*.

No llores, no llores, no llores.

«¡Eso intento!».

—Es un corticoide suave. Es lo único que vendían sin receta —me explica, sin dejar de mirarme—. Debería reducir la inflamación y el picor. Puedes usarla dos veces al día, máximo una semana. Si no mejora, debes ir al médico. Eso es lo que ha dicho el farmacéutico.

Asiento en silencio. Mis ojos son una presa a punto de desbordarse.

«Por favor, rompe conmigo y vete antes de que te suplique que me des otra oportunidad».

Oliver deja el bote de crema en la mesa y se me escapa un gemido de sorpresa cuando me agarra de la cintura y me sienta con él en el sofá. Ha sido tan rápido que me ha tomado desprevenida. Ahora estoy sentada en sus piernas, mientras me mira con una emoción que no sé descifrar. Me aparta el pelo de la cara. Tiene una mano

apoyada en la parte baja de mi espalda como si fuese lo más normal del mundo. Pero un hombre que va a cortar contigo no debería tocarte como si no quisiera dejar de hacerlo, ¿no?

—Antes pensabas que iba a decir que estabas horrible —empieza —, pero no era eso lo que quería decir.

—Lo estoy —resoplo, enfurruñada—. La niña de la vecina me acaba de confundir con un monstruo.

Se muerde el labio, intentando no reírse. Lo golpeo sin fuerza en el hombro. Él atrapa mi mano y me besa los nudillos. Es un gesto espontáneo, natural entre nosotros; uno que me calienta el corazón y me dice que tal vez no todo esté perdido. Me aferro a ese diminuto rayo de esperanza y lo agarro con fuerza con las dos manos.

—¿Qué ibas a decir?

—Que has estado llorando. Tienes los ojos rojos —señala sorprendido.

—No —murmuro, sin entender por qué me hago la dura—. Yo nunca… lloro.

—Ya lo sé.

Niego con la cabeza, abrumada. La primera lágrima se desliza por mi mejilla, la muy traidora. Me tapo la cara con las manos, avergonzada. Tiene gracia. ¿No fui yo la que se quejó de que él reprimiese sus emociones? Pero llorar delante de él me resulta nuevo, íntimo. Me da miedo. Porque sé que una vez que empiece no podré parar. Es fácil llorar con Víctor y Dani, que me dan mi espacio y me abrazan si lo necesito. Pero ¿cómo voy a derrumbarme con un hombre al que amo y que cabe la posibilidad de que haya venido para romper conmigo?

—Tengo que… —Hago el amago de levantarme, pero él pone una mano en mi rodilla. Lo miro furiosa, a través de las lágrimas que

ahora salen a raudales—. Suéltame.

—No.

—¿No? —Le doy un empujón, pero atrapa mis muñecas—. No puedes abrazarme. Luego te irás. Y yo me quedaré aquí, sola, sin saber cómo dejar de llorar. Será mejor que te vayas antes de que…

Sus brazos me envuelven contra su pecho. Me rompo del todo al sentir la calidez de su cuerpo. Pensé que nunca volvería a abrazarlo. Lo he echado muchísimo de menos. Me aferro a su jersey, llorando como una niña, mientras él me acaricia el pelo despacio. Le mancho la ropa de mocos y lágrimas. Le pido disculpas, pero dice que no le importa. No sé cuánto tiempo permanezco pegada a él, hasta que el llanto se convierte en hipidos. Oliver me da un beso en la cabeza. Un gesto cargado de ternura que me saca una sonrisa débil.

—¿Cuánto tiempo llevas llorando?

—Desde que me pediste espacio —confieso, intentando contener el hipo.

Me aparta con delicadeza, lo justo para que podamos mirarnos, y me entran ganas de pegarle cuando descubro que está sonriendo, pero se me pasa el enfado al entender que no es una sonrisa arrogante ni satisfecha, sino una repleta de cariño.

—Te juro que habría venido antes si hubiera sabido que llorabas por mi culpa —confiesa, aún aturdido—. No he dejado de pensar en ti. Ni un solo minuto, Georgina. Pero en ninguno de esos pensamientos contemplé la posibilidad de que estuvieses llorando. De lo contrario, habría dejado a un lado mis dudas para venir a consolarte.

—Creo que es una reacción que nos ha sorprendido a todos. Mis amigos pensaron que habías muerto.

Oliver se ríe, perplejo.

—¿Por qué lloras?

Me aparto de él, de nuevo mosqueada. Es increíble que no lo sepa. ¿Acaso no está claro?

—¿En serio? —replico, con un deje de irritación. Él asiente, más serio, como si de verdad necesitara que se lo explique—. ¡Llevo tres días pensando que lo nuestro se había terminado! Me dijiste que no te llamara ni te buscara. Quería darte una explicación, pero también respetar tus deseos. Tenía tanto miedo de contarte la verdad que al final te he perdido por ser una cobarde. Así que llevo tres días llorando porque me niego a aceptar que el hombre del que me he enamorado ni siquiera me deje explicarme —suelto de forma atropellada. Noto que se sobresalta, pero continuo porque no pienso desperdiciar la oportunidad—. No tengo justificación, lo entiendo. Aunque, pensándolo mejor, si no hubiese aceptado la oferta de tu abuela, jamás nos habríamos conocido. Al margen de esa verdad irrefutable, he de admitir que tuve un montón de ocasiones de contarte la verdad, pero estaba muerta de miedo. Debes saber que dejé de trabajar para tu abuela después de ese día en el que estuvimos a punto de besarnos y Casandra nos interrumpió. Hacía días que había empezado a verte de otra forma y no podía seguir con ese disparate, esa es la verdad. No tengo derecho a pedirte que me creas, pero nuestra relación ha sido real. Te lo juro. Incluso cuanto tu abuela forzaba nuestros encuentros, lo que sentí no tenía nada que ver con ella. —Hago una pausa para tomar aliento. Él permanece callado—. Estaba llorando porque pensé que te había perdido. Entonces llamas a la puerta, y te confundo con un repartidor. Al verte, supongo que vienes a cortar conmigo. Luego vas a la farmacia, me abrazas y… no sé qué pensar. ¿Quieres romper? ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué sonríes, Gruñón?

Su sonrisa se ensancha. No entiendo nada.

—Repítelo.

—¿Qué? —pregunto aturdida.

—La parte en la que admites que estás enamorada de mí.

—Ah. —Un intenso rubor se apodera de mis mejillas—. Ah, eso. Pensaba que era evidente. Lo sé desde el cumpleaños de tu abuela, tal vez antes. No te lo dije porque consideraba que primero debía ser sincera contigo.

—Dilo, por favor. —La sonrisa le llega hasta los ojos, brillantes de felicidad—. Dilo, Georgina.

No lo dudo ni un segundo.

—Estoy enamorada de ti y… te quiero. —Me inclino hacia él y murmuro pegada a sus labios—: Te quiero, te quiero, te quiero.

Se le escapa un gruñido de satisfacción antes de atraparme por la cintura y besarme con fuerza, con ganas. No es un beso de despedida, sino uno de «vivieron felices y comieron perdices». Le rodeo el cuello con los brazos y se lo devuelvo con un ansia feroz.

—Solo para que quede claro —dice, apartándose un poco—: No he venido a cortar contigo.

El alivio se apodera de mí.

—Lo sabía —miento descaradamente.

Ahueca las manos alrededor de mi cara y me mira con una emoción que empiezo a descifrar.

—No estoy enfadado. Estaba dolido y asustado porque pensaba que solo me tenías lástima.

Su confesión me deja atónita.

—¿Qué?

—Tenía miedo de que todo hubiera sido una farsa. Pensé que te sentías obligada a estar conmigo porque te daba pena. —Su

expresión es tan vulnerable que tengo que contener el impulso de agarrarle la mano y llevarlo a mi habitación para demostrarle que me hace sentir muchas cosas, pero pena no es una de ellas.

—Nunca me has dado pena —digo con franqueza—. Bueno, al principio pensé que eras un cretino, estirado, borde, antipático y…

Me tapa la boca.

—Georgina —dice, apartando la mano—. Yo también estoy completamente enamorado de ti.

Mi corazón se salta un latido, y luego se acelera sin remedio. Me entran ganas de llorar, pero esta vez de felicidad. Él pone la mano en mi mejilla. Sonreímos. He leído demasiados libros románticos para saber que este es el mejor final del mundo. Aunque es un final con puntos suspensivos, porque aún nos quedan miles de cosas por vivir.

—Te quiero —insiste, por si me quedaba alguna duda—. Dios, cuánto te quiero.



Cuatro meses después...

Una de las cosas buenas de salir con un escritor famoso (además del buen sexo y de colarme en las firmas) es que puedo leer sus libros antes de que se publiquen. Hace dos días, Oliver me regaló un ejemplar de *Sombras en el bosque*, su próximo libro.

Llevo todo el día leyendo sin parar. Casandra tiene razón: será un bombazo. Es tan adictivo como los anteriores, pero con un toque más macabro. Por eso me sorprende tanto el final. Oliver mató a sus protagonistas en los libros anteriores, pero en este ha salvado a Claudia; una joven que, casualmente, tiene veintiséis años, el pelo castaño y los ojos verdes, y mide un metro cincuenta y ocho centímetros. Claudia es adicta a las novelas románticas, siente debilidad por los niños y los animales, y es animadora infantil. Para colmo, tiene un ex que es un imbécil. Cierro el libro, perpleja.

Salgo de mi habitación y voy a buscar a Oliver, que está jugando a

la Play con Víctor. Suele venir mucho por aquí y casi siempre dormimos juntos. Algunos días me quedo en su ático, y otros viene a pasar la noche. Mis amigos lo adoran casi tanto como a Leia, que ya tiene su propia cama al lado del sofá.

—Oliver —lo llamo, sosteniendo el libro.

No me hace caso. Está demasiado ocupado disparando a sus enemigos. Dani aparece y sacude la cabeza.

—Qué sopor. Al final, todos son unos críos.

No sé por qué lo dice. Lleva dos meses saliendo con su compañero de trabajo y está feliz, igual que Víctor, que el otro día nos presentó a Nerea, su novia. A todos nos va bien. Excepto a Oliver, que acaba de perder al *Call of Duty*.

—El botón R2 se ha quedado atascado —protesta Oliver.

—Claro, tío. Lo que tú digas —se burla Víctor mientras levanta a Leia en brazos, que está dormida a sus pies, y le da un beso en el hocico, ante mi estupor. Resulta que no era tan alérgico como nos hizo creer. Le salen algunos granos, nada grave que no se solucione con un antihistamínico. No se queda sin respiración ni hay que hacerle el boca a boca. En fin, qué mentiroso—. Vamos de paseo, cosita hermosa. ¿Quién es la perra más adorable del mundo? ¡Tú, bonita!

—Ni se te ocurra soltarla en el parque —le advierto. Se empeña en llevarla de paseo cada vez que queda con su novia, a la que le encantan los perros—. ¡Y no le compres chucherías!

Víctor me lanza una mirada de «voy a comprarle todas las que me dé la gana» antes de irse. Dani se despide y se va a trabajar. Por fin, Oliver suelta el mando y me presta atención. Enarco las cejas y le enseño el libro. Él me mira con cara de inocencia.

—¿Te ha gustado?

—Sí —admito—. No podía dejar de leer.

Parece aliviado. Todavía me cuesta entender que le importe tanto mi opinión; no soy crítica literaria, solo alguien a quien le encanta leer. Pero siempre tiene en cuenta lo que pienso. A veces para cosas tontas, y otras para preguntarme cómo puede acercarse a su sobrina, o si debería apuntarse a una liguilla de fútbol con Gael (no le gusta el fútbol porque le trae malos recuerdos, pero quiere retomar la relación con su antiguo amigo).

—Oliver. —Aprieto los labios—. La protagonista…

Ya está sonriendo. ¡Lo sabía!

—Ajá.

—Se parece un poco a mí. —«Un poco» es quedarse corta. Somos dos gotas de agua, no solo físicamente, sino también en lo personal. Cada vez que tomaba una decisión, me sentía muy identificada con ella—. Vamos, que soy yo.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí.

—¡Te has basado en mí! —exclamo alucinada.

—Pensaba que lo sabías —contesta sin inmutarse—. Me has devuelto la ilusión por muchas cosas, entre ellas escribir.

—Es que… —Me rasco la sien. Soy la protagonista de su libro, ¡pensó en mí mientras lo escribía! Una sonrisa boba se dibuja en mis labios—. No me lo esperaba.

—Casandra dijo que te darías cuenta en cuanto leyeras la primera página, y eso que ella no te conoce tan bien como yo. Dijo que el parecido era descarado, y comentó algo sobre darte un porcentaje de regalías. —Nos reímos—. Estaba esperando que me lo echases en cara.

—La parte en la que Marcos muere estrangulado fue muy esclarecedora —digo con tono acusador. Él no parece arrepentido; solo por eso lo quiero más—. ¡Ni siquiera le has cambiado el nombre! Y lo has hecho quedar como un auténtico…

—Imbécil —termina por mí—. Que le den. No merece menos.

Tiene razón. No ha vuelto a molestarme, menos mal. Al final captó el mensaje.

—Estaba aguardando a leer el final —reconozco—. No sabía si ibas a matarme. Estaba muy cabreada cuando me caí en aquel pozo, es decir, cuando Claudia se cayó. Pensé que ibas a dejar que se pudriera ahí dentro. Como siempre matas a los protagonistas…

—No podía. —Suelta un suspiro—. Siento debilidad por ti.

—No me digas. —Me siento en su regazo y le doy besos en el cuello, algo que sé que le encanta—. Un final esperanzador. Me ha gustado.

—Tú me das esperanza, Torbellino. —Sus ojos adquieren ese brillo especial que tienen cada vez que me mira—. Iba a preguntártelo dentro de tres días, en tu cumpleaños, pero ahora me parece un momento perfecto.

—¿Preguntarme qué? —inquiero emocionada.

—¿Quieres vivir conmigo? —Carraspea y añade—: Y con Leia, por supuesto.

—¿De verdad?

Solo llevamos cuatro meses juntos. Tal vez es muy pronto y no lo ha pensado bien.

—Creo que Víctor y Dani lo entenderán. Si lo prefieres, puedo mudarme contigo. Pero, si quieres que ellos se queden aquí, entonces me encantaría que vinieras a vivir conmigo —sugiere, ilusionado y un poco nervioso—. Puedes pintar esas paredes blancas que tanto

odias del color que quieras. Tira los muebles, compra otros nuevos. Llena la casa de plantas. Trae ese edredón de *Las Supernenas* y tu colección de libros. Pon muñequitos de esos por todas las estanterías. Me da igual.

—¿No te importa? —insisto, conteniendo a duras penas la risa—. ¿Puedo pintar la pared de tu escritorio de amarillo limón? ¿Sembrar alcachofas en la terraza? ¿Poner la banda sonora de Mulán a todo volumen? ¿Decorar los muebles de la cocina con un vinilo de Hello Kitty?

Pone cara de sufrimiento, aunque asiente sin dudar.

—Sé que te estás burlando de mí, pero la respuesta es sí. —Me acaricia la mejilla con el pulgar y sonríe intranquilo, como si pensara que podría decirle que no.

—El amarillo es mi color favorito. Solo para que lo sepas. —Me inclino para darle un beso suave en los labios—. Por supuesto que sí, Gruñón.

Me envuelve la cintura y respira aliviado.

—No me gusta que me llames así.

—Dijimos que no más mentiras —le recuerdo, juguetona.

—Ahí va una verdad: el amarillo es un color horroroso.

—¡Eh! —protesto. Le doy un empujón que lo tira boca arriba en el sofá. Me agarra de las muñecas, arrastrándome con él—. ¡Voy a pintar todas las paredes de amarillo!

Entierra la cara en el hueco de mi cuello.

—Sabía que me dirías que sí.

—¡Engreído!

—Georgina.

—¿Uhm? —Me derrito cuando sus manos ascienden por la curva de mi cintura.

—Te quiero. —Me besa en la barbilla, la zona que le queda más cerca—. Soy completamente tuyo, y nuestro hogar también. Con vinilos de Hello Kitty o sin ellos, siempre será más bonito si tú estás en él.



Un año después...

—¿Qué tal estoy? —pregunta indecisa.

«Increíble. Guapísima. Espectacular. Eres una diosa».

Georgina lleva el pelo recogido en una corona de trenza que enmarca su rostro de una forma elegante y natural, con algunos mechones sueltos. Tengo que resistir el impulso de jugar con uno de ellos, pues sé que me echaría la bronca. El vestido de seda azul noche se ajusta a sus curvas. La falda tiene una apertura lateral por la que asoma su rodilla, y el escote en V le alarga el cuello, dejando ver su clavícula. Se da la vuelta y me deja sin aliento al ver el escote de la espalda.

Menos mal que es un evento íntimo. De lo contrario, tendría que quitarle de encima a un montón de babosos.

—Preciosa. —Trago saliva—. Estás preciosa.

Me sonríe radiante. No necesito preguntarme si algún día dejará de acelerarme el corazón, porque sé la respuesta. Para mí es la mujer

más guapa del mundo, incluso con ese pijama de renos y muñecos de nieve que impedí que tirase a la basura.

—Tú también estás muy guapo, Gruñón.

Me recoloca la pajarita antes de darme un beso que me sabe a poco. Cuando regresemos, voy a hacerle un montón de cosas en las que ahora mismo no puedo pensar sin empalmarme. No quiero que se quite el vestido, ni los tacones. Después estará desnuda en nuestra cama y besaré cada centímetro de esa piel suave que me vuelve loco.

—¿En qué piensas? —Parece leerme la mente, porque me mira con picardía.

—Luego te lo cuento. —La beso en la sien—. ¿Dónde se ha metido Leia?

—Está enfadada porque odia el trajecito. Con lo mona que está.

La perra está escondida detrás del enorme ficus. Al final, Georgina se conformó con llenar el ático de plantas y pintar el cabecero de nuestro dormitorio de amarillo. Ni rastro de Hello Kitty, gracias a Dios.

Leia me gruñe desde su escondite. Mi abuela insistió en que la perra llevase los anillos, y Elena las arras. Georgina dice que todas las novias tienen sus extravagancias, pero Leia parece indignada porque le hemos puesto un vestido de tul color rosa y un lazo a juego en la cabeza.

—Solo será un momento —le prometo. Me mira como si supiera que tiene que estar disfrazada hasta el reportaje fotográfico—. Hay menú para perros: bocaditos de hígado de ternera y, de segundo, estofado de pollo con calabaza y guisantes. ¡Y una deliciosa tarta de zanahoria de postre!

Leia se relame el hocico. Luego se digna a salir, no sin antes lanzarme una mirada furibunda. Le pongo la correa mientras

Georgina murmura que está demasiado mimada. Mira quién fue a hablar. Ella le compró una videocámara que escupe galletas para cuando estamos fuera de casa. Ahora puede hablar con Leia aunque estemos lejos.

—¡Este vestido pica! —protesta mi sobrina.

La niña sale enfurruñada del cuarto de baño. Sí, mi abuela ha decidido que vaya conjuntada con la perra. Elena se tira del lazo del pelo, intentando quitárselo. Georgina vuelve a peinarla y le promete que podrá cambiarse de ropa después de la ceremonia. Mi sobrina no se queda del todo conforme hasta que Georgina, tras negociar con ella, le promete que este verano la llevaremos a Agua Mágica.

—Estamos ridículas —le dice a Leia, cogiéndola de la correa. La perra aúlla de forma lastimera. Son un par de dramáticas—. El rosa apesta. Yo quería ir de verde, como Hulka.

—Vamos, Hulka. —La despeino con cariño—. Llegamos tarde.

Elena me saca la lengua.

—Ya no eres mi tío favorito. Ahora prefiero a Georgi.

No puedo disimular mi cara de fastidio. Georgina se encoge de hombros y me susurra al oído: «¿Qué esperabas? Nunca te perdonará que te pusieras de parte de su madre y la obligases a vestir de rosa».



La ceremonia civil es corta y más animada de lo que suelen ser las bodas. Mi abuela no deja de sonreír, a diferencia de Javier, que llora emocionado desde que la ve caminar hacia el altar. Georgina me da la mano con fuerza cuando pronuncian sus votos. La miro de reojo, sin que se dé cuenta. Algún día le pediré que se case conmigo.

«Pronto», decido al ver cómo se ilumina su expresión cuando mi abuela y Javier se besan.

Somos pocos invitados: Cristina, Gael, Dori y su marido, Víctor y Dani, un puñado de amigos cercanos de la pareja y poco más. Mis padres no se han dignado a venir, aunque estaban invitados. No los echo de menos, y sé que mi hermana tampoco. Respecto a mi abuela, no parece dispuesta a que nadie le arruine el día.

Al principio, me resultó difícil recuperar la relación con mi hermana y Gael. No porque ellos no pusieran de su parte, sino porque yo iba caminando de puntillas, temeroso de dar un paso en falso. Los primeros meses estuvieron llenos de cenas incómodas y reuniones familiares en las que permanecía callado por miedo a meter la pata. Mejoré de forma exponencial al ir a terapia y seguir los consejos de Georgina. Poco a poco, perdí la mayoría de mis inseguridades y superé mis miedos. No ha sido un camino recto; ha estado lleno de baches y curvas imprevistas.

La primera vez que abracé a mi sobrina, hace dos meses, sentí que por fin estaba dejando atrás el pasado.

El primer día que la llevamos al cine, volví a casa sin dejar de sonreír.

La primera noche que se quedó a dormir con nosotros, hicimos una fiesta de pijamas y vimos *Enredados*, su película favorita. Desde entonces, la niña se ha convertido en una constante en nuestras vidas. Quizá ya no soy su tío favorito porque Georgina se la ha ganado, como a todos; pero ella sí es mi sobrina favorita. Y voy a tener otra, ya que Cristina está embarazada de tres meses. No sé por qué, pero estoy seguro de que tendrá una niña.

Cristina se sienta a mi lado. Georgi y los demás están bailando en la pista. Mi novia lo da todo mientras suena *Bad Romance*, de Lady

Gaga. Por supuesto, se sabe la coreografía. Cristina la mira alucinada mientras yo asiento, orgulloso. Sí, esa es mi chica; la vergüenza no es una palabra que la defina. Dios, cómo la quiero.

—¡Bravo! —Mi hermana aplaude y silba. Es la mayor fan de mi novia; se llevan de maravilla. Me da un codazo—. Sal a bailar, muermo. Yo tengo excusa. Mis pies están hinchados por el embarazo.

Odio bailar. Georgina lo sabe, por eso no insiste. La única vez que bailé fue porque no quise dejarla sola, pero ahora está acompañada de sus amigos, Dori y mi abuela, que intentan seguirle el ritmo.

—Baila conmigo. —Mi sobrina se planta delante de mí. Ya se ha quitado el vestido. Ahora lleva un chándal verde porque dice que es del Betis, su equipo favorito. Me dedica una sonrisa—. *Porfa*, tío Oliver.

Mierda, nunca le niego nada.

Cristina se ríe cuando me levanto y le doy la mano. La acompaño resignado al centro de la pista y, cuando Georgina nos ve, me guiña un ojo. Mi sobrina se sube a mis zapatos y empezamos a dar vueltas.

—Entre nosotros —digo en voz baja—. Dime la verdad. Te prometo que no voy a chivarme. —La miro esperanzado—. ¿Quién es tu tío favorito?

La niña exclama sin dudar:

—¡Georgi!

Agradecimientos

Escribir es un proceso solitario la mayor parte del tiempo, pero eso no significa que pueda hacerlo sola. Tengo la enorme suerte de contar con personas maravillosas que me dan un tirón de orejas cuando me olvido de creer en mí (sucede a menudo, *ups*).

Gracias a Samuel, mi marido, por su paciencia infinita y su apoyo constante.

A mis amigas Rosa, Araceli y Mari Ángeles, por escucharme hablar durante horas sobre mis historias sin quejarse.

Y a Lucía, que vive demasiado lejos para mi gusto, pero siempre les cuenta con orgullo a sus amigos que tiene una hermana escritora. Da igual que ya seas adulta: seguiré preocupándome por ti (y bromeando con que mamá y papá te encontraron en el cubo de la basura).

A mis padres. Siento tener este carácter tan poco cariñoso y despegado, pero ya sabéis que vivo en mi mundo. Os quiero más de lo que digo.

A todos mis amigos, en general, cuyas anécdotas son una fuente inagotable de ideas para mis libros. No, no pienso daros un porcentaje de las regalías. Pero si hacen una película de alguno, prometo llevaros de viaje conmigo (ya está por escrito, no puedo desdecirme).

Georgina y Oliver no serían los mismos sin los comentarios acertados de mis lectoras cero: Ana y Úrsula. Bookstagram nos

reunió y espero que siempre forméis parte de mi vida. Gracias por leer esta historia desde el principio y tratar con tanto cariño a mis chicos.

Gracias a todo el equipo de Editabundo, que confió en mí desde el primer momento y me ha hecho sentir valorada de verdad. En especial a David, que apostó por *Si fuera amor* desde el minuto uno, y sin cuyos consejos no estaría tan orgullosa de este libro.

Y gracias a todo el equipo de Titania, porque Georgina y Oliver no podrían estar en mejores manos.

A Sevilla, mi ciudad, aunque me queje de que la primavera solo dure un día y diga que no soporto el calor. Cada vez que me quedaba en blanco, salía a pasear por tus calles con olor a azahar… y volvía a enamorarme de esta historia.

Ah, y a Taylor Swift y Lana del Rey, sin cuya música no habría podido escribir este libro. Literalmente.



#SíSoyRomántica